

La guerra en el norte
de África, 1942-1943

Un ejército al amanecer

Rick Atkinson



MEMORIA CRÍTICA

Annotation

Este libro, galardonado con el Premio Pulitzer de Historia 2003, ha sido considerado por el Wall Street Journal como el mejor relato que se ha escrito sobre la segunda guerra mundial desde las obras clásicas de Cornelius Ryan *El día más largo* y *Un puente demasiado lejano*. La liberación de Europa y la destrucción del Tercer Reich es una epopeya de coraje y de penalidades, de aciertos, de errores y de triunfo final. Pero no se puede entender la victoria de los Aliados si no se conoce la historia del inmenso drama que se desarrolló en el norte de África durante 1942 y 1943. El relato de Atkinson comienza con la operación "Antorcha" y el enfrentamiento inicial con las tropas francesas colaboracionistas para proseguir con la lucha abierta de las fuerzas aliadas contra el ejército alemán. En aquel escenario terrible fue donde los Aliados conocieron el precio de vencer a un enemigo formidable y donde se forjó la mayoría de los grandes generales de la segunda guerra mundial, como Eisenhower, Patton, Bradley o Montgomery, que tuvieron que enfrentarse a guerreros tan prestigiosos como Rommel o Kesselring. Pero, más allá de los grandes nombres, estas páginas, escritas con una maestría insuperable, nos trasladan también hasta la primera línea de fuego donde el olor y el sabor del combate, la muerte en las trincheras y las tragedias anónimas nos muestran el rostro humano de una batalla crucial para el destino de la civilización. «Un ejército al amanecer se convertirá en un clásico de la historia militar y de los estudios de estrategia. Atkinson escribe con increíble perspicacia y maestría sobre los detalles cotidianos sin perder nunca de vista el panorama general y nos lleva desde las cumbres de la más alta política hasta el fondo de la trinchera más miserable. Esto es historia con mayúsculas.» General Wesley Clark, ex comandante supremo de la OTAN.

-
- [Prólogo](#)
- [PRIMERA PARTE](#)
 - [1. La travesía](#)
 - [2. El desembarco](#)
 - [3. Cabeza de playa](#)
- [SEGUNDA PARTE](#)
 - [4. Hacia el este](#)
 - [5. Primus in Cartago](#)
 - [6. Un país de desfiladeros](#)
- [TERCERA PARTE](#)
 - [7. Casablanca](#)
 - [8. Una guerra de cabos sueltos](#)

- [9. Kasserine](#)
 - [CUARTA PARTE](#)
 - [10. Hace tiempo que el mundo conocido está muerto](#)
 - [11. Al ataque](#)
 - [12. El pilar interior](#)
 - [Epílogo](#)
-

RICK ATKINSON

UN EJÉRCITO AL AMANECER. LA GUERRA EN EL
NORTE DE AFRICA, 1942-1943

A mi madre y mi padre.

Al final, los ejércitos chocaron en un paraje estratégico,
Estrellaron los escudos, rechinaron las picas contra la picas
En la lucha feroz de los guerreros armados de bronce
Y resonaron sus escudos redondos, tachón soldado contra tachón soldado,
Y el estrépito de la batalla resonó y estremeció la tierra.

La Iliada, libro IV

Prólogo

Once hectáreas de lápidas conforman el cementerio estadounidense en Cartago, Tunicia. No hay obeliscos, ni panteones ni monumentos ostentosos, nada más que dos mil ochocientos cuarenta y un jalones de mármol blanco de sesenta centímetros de altura dispuestos en hileras rectas como disparos. Únicamente los cincelados nombres y fechas de desaparición sugieren singularidad. Cuatro grupos de hermanos yacen codo a codo. Unas doscientas cuarenta lápidas muestran una inscripción con las trece palabras más tristes de nuestro idioma: «Aquí descansa en honorable gloria un camarada de armas sólo conocido por Dios». Un extenso muro de piedra caliza recuerda los nombres de otros tres mil setecientos veinticuatro hombres aún perdidos en acción, y una bendición: «En tus manos, oh, Señor».

Es un lugar antiguo construido sobre las ruinas del Cartago romano y a un tiro de piedra de la ciudad púnica aún más antigua. Es incomparablemente sereno. El olor de los eucaliptos y del salobre Mediterráneo a apenas tres kilómetros de distancia es transportado por el aire matinal, y la luz africana es precisa y reluciente, como tallada por un platero. Los enamorados tunecinos pasean de la mano sobre el césped kikuyu o se sientan bajo las enramadas rodeados de hibiscos carmesíes y de caléndulas. Cipreses y olivos circunvalan el sitio y hay acacias, pinos de Aleppoy espinos dispersos. Un carillón emite himnos cada hora, que a veces se mezclan con la llamada a la oración del muecín de un cercano minarete. En otro muro, están inscritas las batallas en que murieron estos jóvenes en 1942 y 1943: Casablanca, Argel, Oran, Kasserine, El Guettara, Sidi Nsir, Bizerta, junto a un verso del «Adonais» de Shelley: «Los que han sobrevolado la oscuridad de nuestra noche».

En la tradición de las tumbas oficiales, las lápidas carecen de epitafios, palabras de despedida o fechas de nacimiento, pero los visitantes familiarizados con la invasión norteamericana y británica del norte de Africa en noviembre de 1942 y los siguientes siete meses de lucha para expulsar de allí a las fuerzas del Eje, pueden hacer razonables conjeturas. Podemos suponer que Willett H. Wallace, un cabo primero del 26.º regimiento de infantería muerto el 9 de noviembre de 1942 en St. Cloud, Argelia, cayó durante los tres días de intenso combate luchando, de manera inverosímil, contra los franceses. Ward H. Osmun y su hermano Wilbur W., ambos soldados rasos de Nueva Jersey en el 18 de infantería y ambos muertos en la Navidad de 1942, seguramente cayeron en la brutal batalla de la colina Longstop, donde fue detenido el avance inicial de los aliados durante más de cinco meses y a la vista de la ciudad de Túnez. Ignatius Glovach, un cabo primero del 701.º batallón antitanques que cayó el día de San Valentín de 1943, seguramente resultó muerto en las primeras horas de la gran contraofensiva alemana durante la batalla del Paso de Kasserine. Y Jacob Feinstein, un sargento de Maryland del 135 de infantería que

murió el 29 de agosto de 1943, sin duda cayó en la épica batalla de la Colina 609, donde el ejército estadounidense alcanzó la mayoría de edad.

Una visita a los campos de batalla tunecinos revela un poco más. Durante más de medio siglo, las temperaturas y el clima han purificado el terreno de El Guettar, Kasserine y Longstop, pero permanecen las hendiduras de las trincheras y siguen dispersas como granos de maíz las herrumbradas latas de las raciones y los fragmentos de los proyectiles. También permanece la disposición del terreno; las vulnerables tierras bajas y el terreno más alto son imborrables recordatorios de que en una batalla la topografía manda.

No obstante, aunque se comprenda la coreografía de los ejércitos, o el movimiento de este batallón o de aquel escuadrón de fusileros, buscamos el detalle íntimo de los individuos en aquellas ratoneras. ¿Dónde estaba exactamente el soldado Anthony N. Marfione cuando sucumbió el 24 de diciembre de 1942? ¿Cuáles fueron los últimos pensamientos conscientes del teniente HUI P. Cooper antes de dejar esta tierra el 9 de abril de 1943? ¿Estaba solo el sargento Harry K. Midkiff cuando cayó el 25 de noviembre de 1942 o alguna alma caritativa le apretó la mano o le acarició la frente?

Los muertos se resisten a semejante intimidad. Cuanto más tratamos de acercarnos, más lejos se retiran, como los arcos iris o los espejos. Han sobrevolado la oscuridad de nuestra noche para residir en las grandes intemperies del pasado. La historia casi nos puede llevar hasta allí. Sus diarios y cartas, sus informes oficiales y no oficiales, incluidos documentos hasta ahora inaccesibles desde la finalización de la guerra, revelan momentos de exquisita claridad pese a la distancia de los sesenta años transcurridos. También la memoria tiene poderes trascendentes, incluso cuando rápidamente estamos llegando al día en que ni un solo superviviente seguirá vivo para contar esa historia; entonces, la épica de la segunda guerra mundial pasará a formar parte de la mitología nacional. La tarea del autor es autenticar, garantizar que esta historia y estas memorias dan integridad a lo narrado a fin de asegurar lo que realmente sucedió.

Pero los pocos pasos finales debe darlos el lector, ya que, entre los poderes humanos, sólo la imaginación puede rescatar a los muertos.

Ningún lector del siglo XXI puede comprender la victoria final en 1945 de las potencias aliadas en la segunda guerra mundial sin un conocimiento del inmenso drama que se desató en el norte de África en 1942 y 1943. La liberación de Europa occidental es un tríptico y cada panel enlaza con los otros dos: primero, norte de África; segundo, Italia; y finalmente, la invasión de Normandía, los Países Bajos y Alemania.

A una distancia de sesenta años podemos ver que el norte de África marcó un hito en la historia norteamericana, pues fue el sitio donde Estados Unidos empezó a actuar como una gran potencia en el plano militar, diplomático, estratégico y

táctico. Junto con las batallas de Stalingrado en Rusia y de Midway en el Pacífico, el norte de África fue donde las fuerzas del Eje perdieron para siempre la iniciativa en la segunda guerra mundial. Allí fue donde Gran Bretaña asumió el papel de socio menor de Estados Unidos en la alianza anglonorteamericana, y donde Estados Unidos emergió por primera vez como la potencia dominante que perdura hasta el día de hoy.

Ninguno de estos acontecimientos fue inevitable, ni las muertes individuales ni la final victoria aliada ni la eventual hegemonía norteamericana. La historia, como los destinos individuales, está en suspensión esperando que la balanza se incline a un lado u otro.

Los primeros enfrentamientos en el norte de África, comparados con los de Normandía o los de las Ardenas, fueron pequeñas escaramuzas entre pelotones y secciones que implicaron como máximo a unos pocos cientos de hombres. Al cabo de seis meses, la campaña se convirtió en batallas entre ejércitos de cientos de miles de hombres, y esa escala persistió hasta el final. El norte de África dio a la guerra europea un inmenso territorio donde se producirían cuantiosas bajas militares: setenta mil soldados aliados muertos, heridos o desaparecidos.

Ninguna operación de la segunda guerra mundial superó la invasión del norte de África en complejidad, audacia, riesgos o, como concluye la historia oficial de las fuerzas armadas norteamericanas, «el grado alcanzado de sorpresa estratégica». Además, se trató de la primera campaña conjunta anglonorteamericana; el norte de África definió a la coalición y sus planes estratégicos, prescribiendo cómo y dónde combatirían los aliados durante el resto de la contienda.

El norte de África estableció las pautas y el diseño bélico de los dos años siguientes, incluida la tensión entre la unión y la desunión de los aliados. Allí se llevaron a cabo las primeras pruebas sustanciales del poderío militar aliado contra las tropas alemanas. Como en las primeras batallas de virtualmente todas las guerras estadounidenses, al principio la campaña reveló una nación y un ejército carentes de preparación para luchar e inseguros de su capacidad bélica, pero lo bastante dispuestos e ingeniosos como para prevalecer a la larga.

El norte de África es donde empezó a notarse el tremendo peso del poderío industrial de Estados Unidos, donde la fuerza bruta emergió como la principal característica del arsenal aliado, aunque no, como sugieren algunos historiadores, como su único elemento redimible. Allí, los norteamericanos en especial reconocieron visceralmente la importancia del liderazgo y de la audacia, de la astucia y la celeridad, de la iniciativa y la tenacidad.

En el norte de África, los aliados acordaron que la rendición incondicional de los nazis era la única salida posible para el final de la guerra.

Allí es donde se formuló la polémica prioridad de enfrentarse al Eje en un teatro periférico como era el Mediterráneo y a expensas de un asalto inmediato

contra el norte de Europa y de las ulteriores campañas de Sicilia, Italia y el sur de Francia.

Allí fue donde los soldados aliados descubrieron la táctica idónea para destruir a los alemanes; donde se desvaneció la fábula de la invencibilidad alemana; donde, como reconoció más tarde un general alemán, los soldados alemanes perdieron la confianza en sus mandos y «dejaron de estar dispuestos a combatir hasta el último hombre».

Allí es donde aparecieron la mayoría de los grandes capitanes de la segunda guerra, hombres cuyos nombres aún resuenan generaciones después: Eisenhower, Patton, Bradley, Montgomery, Rommel y otros que merecen ser rescatados del olvido. Allí es donde se confirmó la verdad del principio de mando de William Tecumseh Sherman: «Un ejército tiene su propia alma así como la tiene un individuo y ningún general puede cumplir toda la misión de su ejército a menos que domine el alma de sus hombres al igual que sus cuerpos y sus piernas». Allí dieron la cara hombres capaces de un gran liderazgo y los incapaces quedaron a la vera del camino.

En el norte de Africa los soldados norteamericanos se acostumbraron a matar y allí le fue revelada a muchos la cruel verdad de la guerra. «Es una guerra muy horrible, sucia, deshonesto y no tiene nada que ver con aquella guerra fascinante sobre la que leíamos en los periódicos locales» escribió un soldado a su madre en Ohio. «Ni yo ni los otros hombres mostraremos piedad. Hemos visto demasiado para eso.» El corresponsal Ernie Pyle describió «un nuevo estilo profesional en el que matar es un arte». El norte de Africa es donde la ironía y el escepticismo, las dos lentes gemelas de la conciencia moderna, empezaron a refractar las experiencias de innumerables simples soldados. «La última guerra fue una guerra para acabar con la guerra. Esta guerra las hace reaparecer» dijo un soldado británico captando de ese modo el espíritu irónico que florecía en el norte de Africa.

Sesenta años después de la invasión del norte de África, una red de mitologías ha descendido sobre la segunda guerra mundial y sus guerreros. A los veteranos se los trata como «la mejor generación», un elogio que nadie buscó y que muchos consideran una simpleza. Están condenados a una hagiografía sentimental en que todos los hermanos son valientes y todas las hermanas, virtuosas. Sin duda, los valientes y las virtuosas hacen acto de presencia a lo largo y ancho de la campaña norteafricana, pero también los cobardes, los corruptos y los necios. Los elementos más odiosos de otras campañas subsiguientes también aparecen en el norte de Africa: el asesinato y la violación de los civiles, las falsificaciones de recuentos de víctimas.

Fue una época de inventiva y de errores de cálculo, de sacrificios y autocompasión, de ambigüedades, amor, malicia y asesinatos en masa. Hubo héroes, pero no fue una época de heroicidad tan limpia e inerte como el alabastro; en

Cartago, los semidioses yacen codo a codo con los cobardes.

Estados Unidos enviaría sesenta y una divisiones de combate a Europa, casi dos millones de soldados. Estos fueron los primeros. Podemos suponer con muchas probabilidades de acierto que ningún hombre enterrado en Cartago pensó el 1 de septiembre de 1939 que acabaría en una tumba africana. Sin embargo, fue ese día de la invasión de Polonia el que abrió el camino al norte de África y es allí donde debe empezar nuestra historia.

El 1 de septiembre de 1939 fue el primer día de una guerra que duraría 2.174 días y en el que se produjeron los primeros muertos de una guerra que tendría una media de 27.600 vidas por día, o 1.150 por hora, o diecinueve por minuto o una muerte cada tres segundos. Al cabo de cuatro semanas de la invasión y los bombardeos de Polonia a cargo de sesenta divisiones alemanas, la guerra relámpago había causado más de cien mil bajas en el ejército polaco y unos veinticinco mil civiles habían caído víctimas de los bombardeos. Otros diez mil civiles, la mayoría profesionales de clase media, habían sido hechos prisioneros y asesinados, y ahora veintidós millones de polacos pertenecían al Tercer Reich. «Echen una buena mirada a Varsovia», dijo Hitler a los periodistas durante una visita a la devastada capital polaca. «Así es como trataré a cualquier ciudad europea.»

El 3 de septiembre, Francia y Gran Bretaña declararon la guerra contra la agresión alemana, pero los combates no proliferaron durante seis meses mientras Hitler consolidaba sus conquistas y tramaba su próxima maniobra. Eso sucedió a comienzos de abril de 1940, cuando las tropas de la Wehrmacht ocuparon Dinamarca y atacaron Noruega. Un mes después, 136 divisiones alemanas barrieron Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia. Winston S. Churchill, un político de baja estatura, robusto, ceceoso y de indómita voluntad y genio oratorio, que el 10 de mayo se convirtió en primer ministro y ministro de Defensa, le dijo al presidente Franklin D. Roosevelt: «Los países pequeños han sido sencillamente arrasados y devastados uno tras otro como cerillas». Fue el primero de los novecientos cincuenta mensajes personales que Churchill enviaría a Roosevelt en la correspondencia más profética del siglo XX.

Francia no era pequeña, pero estaba arrasada. Un error de cálculo táctico de los alemanes permitió que los británicos evacuasen a 338.000 soldados en novecientos barcos del puerto nórdico de Dunkerque, pero el 14 de junio la punta de lanza alemana entró en la Place de la Concorde en París y desplegó una inmensa esvástica sobre el Arco de Triunfo. Mientras los franceses se tambaleaban, el socio de Alemania en la alianza del Eje, el gobierno italiano de Benito Mussolini, también le declaró la guerra a Francia y Gran Bretaña. «Primero fueron lo bastante cobardes para no participar», manifestó Hitler. «Ahora les corre prisa para compartir los restos del botín.»

Después de que el gabinete francés huyera en gran desorden a Burdeos, surgió

un personaje venerable para liderar el inexistente gobierno, el mariscal Phillippe Pétain, el héroe de Verdún en la primera guerra mundial y ahora un anciano lacónico y enigmático de ochenta y cuatro años, que en una ocasión había afirmado: «Sólo me llaman para las catástrofes». Ni siquiera Pétain había visto una catástrofe de esta magnitud, pero negoció las condiciones del armisticio. Berlín las aceptó. En vez de arriesgarse a que los franceses prosiguieran la lucha desde sus colonias en el norte de Africa, Hitler planteó un inteligente compromiso: el 40 por 100 de Francia, con exclusión de París, seguiría bajo la soberanía del gobierno de Pétain y sin ocupación de tropas alemanas. Desde la nueva capital en la ciudad turística de Vichy, Francia también continuaría administrando su imperio de ultramar, incluidas las colonias de Marruecos, Argelia y Tunicia, que en su conjunto comprendían dos millones seiscientos mil kilómetros cuadrados con una población de diecisiete millones de habitantes, la mayoría árabes o beréberes. Francia podía conservar su importante flota y su ejército de 120.000 hombres en el norte de Africa a cambio de la promesa de luchar contra cualquier invasor, en especial, los británicos. Para hacer respetar el acuerdo, Alemania retendría como garantía de cumplimiento a medio millón de prisioneros de guerra franceses.

Así lo prometió Pétain. Contó con el apoyo de la mayoría de los oficiales militares de mayor graduación y de los empleados públicos, que le juraron lealtad. Unos pocos se negaron, entre ellos un osado general llamado Charles André Joseph Marie de Gaulle, que se refugió en Londres, denunció todas las componendas con el demonio, y declaró, en nombre de la Francia Libre: «Suceda lo que suceda, la llama de la Resistencia francesa no se extinguirá jamás». Hitler ahora controlaba Europa desde el Cabo Norte a los Pirineos, del océano Atlántico al río Bug. En septiembre, Alemania e Italia firmaron un tratado tripartito con Japón, país que había mantenido su propia campaña de muerte en Asia. El Eje asumió un alcance global. «Esta guerra está ganada», dijo Hitler a Mussolini. «El resto sólo es cuestión de tiempo.»

Pareció una observación acertada. Gran Bretaña proseguía su lucha, pero a solas. «Luchamos por la vida y sobrevivimos día a día y hora a hora», dijo Churchill ante la Cámara de los Comunes, pero los planes de Alemania para cruzar el Canal de la Mancha e invadir Gran Bretaña fueron pospuestos una y otra vez debido a que la Luftwaffe no pudo derrotar a la Royal Air Forcé. En cambio, continuó el bombardeo conocido como el «Blitz» a lo largo de 1940 y más allá, matando a miles y luego decenas de miles de civiles, incluso cuando los pilotos de la RAF eliminaron a casi 2.500 aviones en tres meses matando a más de seis mil miembros de las tripulaciones de la Luftwaffe y salvando de ese modo al país.

Churchill también recibió una ayuda de Roosevelt, que alejaba a Estados Unidos de la neutralidad aunque seguía prometiendo mantener a los norteamericanos fuera de la guerra. Las verdaderas simpatías de Roosevelt

quedaron expresadas por su ayudante más próximo, Harry Hopkins, cuando le dijo en enero de 1941 a Churchill citando el Libro de Ruth: «Dondequiera que vayáis, yo iré. Y dondequiera que habitéis, yo habitaré; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios». Y Hopkins añadió en voz baja: «Incluso hasta el final». Roosevelt envió a Churchill cincuenta destructores a cambio del uso de las bases británicas en el Caribe y en el Atlántico occidental, y para la primavera de 1941 había logrado que el Congreso aprobara un vasto plan de asistencia con la pretensión de «alquilar» el material. Al final de la guerra, Estados Unidos había enviado a sus aliados 37.000 tanques, 800.000 camiones, casi dos millones de rifles y 43.000 aviones, tantos que se restringieron los entrenamientos de los pilotos norteamericanos debido a la falta de aparatos. Sin embargo, en 1941 los británicos pendían «de un hilo», tal como dijo el general Alan Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial.

Hitler afrontó otros perturbadores reveses. España se negó a sumarse al Eje o abandonar su neutralidad permitiendo un ataque alemán contra la fortaleza británica de Gibraltar que controlaba el estrecho del Mediterráneo. Las tropas italianas invadieron Grecia sin previo aviso el 28 de octubre de 1940. «¡Führer, estamos en marcha!», anunció Mussolini. De inmediato, fueron arrollados de tal forma por las defensas griegas que se necesitaron varias divisiones de la Wehrmacht para completar la conquista y rechazar a una mal concebida fuerza expedicionaria británica enviada allí para salvar los Balcanes. Grecia cayó en abril de 1941, una semana después que Yugoslavia, donde 17.000 personas murieron en un solo día debido a los bombardeos de la Luftwaffe.

Las legiones de Mussolini también marchaban en Africa atacando desde la colonia italiana de Libia y entrando en Egipto, un ex protectorado británico aún ocupado por tropas británicas. En diciembre de 1940, una contraofensiva británica y australiana derrotó al ejército italiano, que tenía el doble de efectivos, y le causó 150.000 bajas. Con el flanco sur del Eje en peligro, Hitler volvió al rescate de Mussolini despachando a Libia un nuevo Afrika Korps a las órdenes de un carismático oficial de carros de combate que previamente había comandado el cuartel general del Führer en Polonia. El general Erwin Rommel llegó a Trípoli a mediados de febrero de 1941 y lanzó una campaña que con altibajos azotaría el litoral norteafricano en los siguientes dos años, primero contra los británicos, luego contra los norteamericanos.

En 1941, dos acontecimientos colosales cambiaron las previsiones de la guerra. El 22 de junio, casi doscientas divisiones alemanas invadieron la Unión Soviética violando el pacto de no agresión firmado por Hitler y el líder soviético Josef Stalin en 1939 y que había permitido una repartición del botín en Europa del Este. En un solo día, los ataques alemanes habían derribado una cuarta parte de la fuerza aérea soviética. Al cabo de cuatro meses, los alemanes habían ocupado más de 1.500.000 kilómetros cuadrados de suelo ruso, capturado a tres millones de soldados del

Ejército Rojo, masacrado a innumerables judíos y civiles, y se encontraban a 120 kilómetros de Moscú. Pero cuatro meses más tarde, más de 200.000 efectivos de la Wehrmacht habían resultado muertos, 726.000 heridos, 400.000 capturados y otros 113.000 habían caído víctimas de las congelaciones.

El segundo suceso tuvo lugar en el otro lado del mundo. El 7 de diciembre, los portaaviones japoneses lanzaron 366 cazas en un artero ataque contra la flota estadounidense del Pacífico anclada en Pearl Harbor, hundiendo o dañando a ocho acorazados en sus amarraderos, destruyendo o dañando a otros once acorazados y matando a 2.400 norteamericanos. Simultáneamente, se produjeron ataques en Malasia, Hong Kong y las Filipinas. En solidaridad con su aliado japonés, Hitler y Mussolini rápidamente declararon la guerra a Estados Unidos. Tal vez se trató del mayor error de cálculo de Hitler y, como luego escribió el historiador inglés Martin Gilbert: «El acto más decisivo de la segunda guerra mundial». Ciertamente, ahora Estados Unidos volvería a Europa como fuerza beligerante, tal como había hecho en 1917 durante la primera guerra mundial.

«Me enteré de que Estados Unidos estaba embarcado en la guerra hasta el cuello», escribió después Churchill. «Me fui a la cama y dormí el sueño de los salvados y de los agradecidos.»

Habían transcurrido dos años, tres meses y siete días desde la invasión de Polonia y Estados Unidos había necesitado cada minuto de ese período de gracia para prepararse para la guerra. El jefe de la delegación militar de Churchill en Washington, el mariscal de campo sir John Dill, comunicó a Londres que, pese a ese prolongado prelude, las fuerzas norteamericanas «están menos preparadas para la guerra de lo que es posible imaginarse».

En septiembre de 1939, el ejército estadounidense estaba en el séptimo lugar mundial en tamaño y capacidad de combate, justo detrás de Rumania. Cuando nueve meses después, unas 136 divisiones alemanas conquistaron Europa, el Departamento de Guerra informó que sólo podría disponer de cinco divisiones. Incluso el propio territorio era vulnerable: hacía veinte años que algunos cañones de la Guardia Costera no habían sido probados y el ejército carecía de suficientes baterías antiaéreas como para proteger una sola ciudad estadounidense. La construcción de las fuerzas armadas fue comparada con «la reconstrucción de un dinosaurio a partir de un cubito y tres vértebras».

La tarea había comenzado con los dieciséis millones de hombres alistados en el otoño de 1940 y que expandirían las divisiones del ejército regular y de la Guardia Nacional. Sin embargo, por ley, los reclutas y las unidades de la Guardia recientemente nacionalizadas estaban limitados a doce meses de servicio y sólo en el hemisferio occidental o en territorio nacional. Las exigencias seguían siendo bastante severas, pero pronto los nuevos reclutas manifestaron que el ejército no los examinaba; se limitaba a contarlos. Un recluta debía tener una altura mínima de un

metro cincuenta y pesar un mínimo de cincuenta kilos; debía poseer al menos doce o más de sus treinta y dos dientes; no tener pies planos, enfermedades venéreas ni hernias. Se rechazaron cuarenta de cada cien hombres, un amargo legado del bajón de la salud pública acaecido durante la Gran Depresión. De acuerdo con las leyes de reclutamiento, el ejército no incorporó a padres, delincuentes ni a menores de 18 años. Esas normas también serían dejadas de lado. Se había rechazado a casi dos millones de hombres por razones psiquiátricas, aunque los exámenes de selección a veces no pasaban de preguntas como «¿Le gustan las chicas?». El índice de rechazo, dijo un comentario irónico, era alto porque «el ejército no quiere soldados inadaptados al menos por debajo del rango de comandante».

Con frecuencia, los críticos se reían del potencial militar de la nación. Una encuesta de Gallup de octubre de 1940 descubrió una visión dominante de la juventud estadounidense como «blanda, pacifista, cobarde, cínica, desanimada e izquierdista». Un sociólogo llegó a la conclusión que «hacer un soldado de un ciudadano estadounidense medio no es muy diferente de domesticar una especie salvaje de animal». Y muchos sargentos de instrucción se mostraron de acuerdo. Ciertamente, aún no había odio en el espíritu de las tropas norteamericanas ni ninguna urgencia para entablar batalla con un enemigo que antes del 7 de diciembre de 1941 parecía abstracto y lejano. La revista Time informó en la víspera de Pearl Harbor que los soldados abucheaban durante los informativos cinematográficos a Roosevelt y al general George C. Marshall, jefe del Estado Mayor, al tiempo que vitoreaban a los políticos aislacionistas.

El equipamiento y el armamento eran patéticos. Soldados entrenados con tubos de desagüe en lugar de cañones antitanques, con conductos de estufa en vez de morteros y escobas en vez de rifles. Había poco dinero y las armas pequeñas eran más baratas que las grandes, pero ninguna arma era barata. En 1939 sólo se habían construido seis tanques de tamaño medio. Una cancioncilla popular observaba: «Tanques son tanques y tanques son caros / No habrá más tanques este año». En parte, eso reflejaba una perdurable lealtad al caballo. «La idea de inmensos ejércitos rodando a toda velocidad es un sueño», advirtió el Cavalry Journal en 1940, incluso después de que el blitzkrieg alemán anunciara la llegada de la guerra mecanizada. «La gasolina y los neumáticos no se pueden obtener localmente con tanta facilidad como el forraje.» El jefe de caballería del ejército aseguró al Congreso en 1941 que cuatro jinetes bien espaciados podían cargar medio kilómetro en campo abierto y destruir un nido de ametralladoras sin sufrir un rasguño. «Los fanáticos del motor están obsesionados con la manía de excluir al caballo de la guerra», dijo ante la Asociación de Mulas y Caballos de América cuatro días antes de Pearl Harbor. El último regimiento de caballería sacrificaría sus animales para alimentar a la guarnición muerta de hambre en Batan, Filipinas, acabando con la era de la caballería no con una explosión sino con una campana que llamó a la

cena.

Para liderar un potencial de ocho millones de hombres, el ejército disponía de sólo 14.000 oficiales de carrera cuando empezó la movilización en 1940. El cuerpo de oficiales de entreguerras estaba tan lleno de personal inútil que una autoridad lo consideró como un peligro de incendio; los bastones de mando, el talismán del viejo ejército, podían servir de mecha. Comités secretos del Departamento de Guerra conocidos como «desplumaderos» empezaron una purga de centenares de oficiales que eran demasiado viejos, demasiado ineptos o estaban demasiado cansados. Ningún oficial en activo en 1941 había mandado una unidad tan grande como una división en la primera guerra mundial; la media de edad de los comandantes era de 48 años. La Guardia Nacional estaba aún más anquilosada. Casi una cuarta parte de la oficialidad superaba los 40 años y los rangos superiores eran dominados por políticos de certificada incompetencia militar. Además, las unidades de la Guardia en dieciocho estados estaban manchadas por escándalos: malversación de fondos, falsificaciones, sobornos.

Aun así, lentamente el gigante se puso en movimiento. En 1940, el Congreso había concedido 9.000 millones de dólares al ejército, más del doble de lo gastado por el Departamento de Guerra desde 1920. El fabuloso arsenal de la democracia había empezado a cobrar fuerza, aunque casi la mitad de toda la producción militar de 1941 fue a parar a manos de los aliados (incluyendo 15.000 sierras y 20.000 cuchillos de amputación para la Unión Soviética). Empezó a emerger un cuadro notable de prometedores oficiales de carrera. El período de preparación de dos años, tres meses y siete días había terminado. Sonó la hora del combate.

Pero ¿dónde? Desde los tempranos años veinte, los estrategas norteamericanos habían considerado que Tokio era el enemigo más probable, ya que Estados Unidos y Japón competían por el dominio del Pacífico. Pero en 1938, una serie de conversaciones informales con los británicos marcaron el comienzo de una creciente fraternidad anglonorteamericana alimentada por la convicción de Washington de que Alemania era letalmente peligrosa y que las rutas marítimas del Atlántico debían estar siempre controladas por fuerzas amigas. Entre los adversarios potenciales, Alemania poseía la mayor base industrial y la mayor capacidad bélica y, por tanto, representaba el mayor peligro. Un estudio estratégico estadounidense de noviembre de 1940 concluyó que si Gran Bretaña perdía la guerra, «el problema a que nos enfrentaríamos sería muy grande, y si bien no podemos perder en todas partes, podríamos posiblemente no ganar en ninguna parte».

Una serie de planes de guerra culminaron en un esquema estratégico llamado RAINBOW 5 que en la primavera de 1941 planteó la acción conjunta de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia en caso de que Estados Unidos entrase en la guerra con el pronto envío de tropas norteamericanas «para lograr la derrota total de Alemania, Italia o de ambas». Las fuerzas del Pacífico permanecerían en defensa

estratégica hasta que los enemigos europeos hubieran sido derrotados. Ni siquiera la debacle de Pearl Harbor pudo cambiar la convicción de Roosevelt y sus consejeros militares de que «Alemania primero» era conceptualmente acertado y éste siguió siendo el principio estratégico más importante de la segunda guerra mundial.

La humareda apenas se había disipado en Pearl Harbor cuando Churchill llegó a Washington para celebrar largas conversaciones. La conferencia, con el nombre secreto de ARCADIA, no logró formular un plan de ataque específico anglonorteamericano, pero el primer ministro y el presidente reafirmaron la decisión de «Alemania primero». Además, el 1 de enero de 1942, veintiséis países que se llamaron a sí mismos las «naciones unidas» firmaron un acuerdo para renunciar a cualquier paz por separado y hacer causa común en aras de «la vida, la independencia y la libertad religiosa, y para preservar los derechos del hombre y de la justicia».

La idea estadounidense de cómo derrotar al Tercer Reich era simple y obvia: avanzar directamente hasta Berlín. «Por Francia pasa nuestra ruta más corta a Alemania», declaró Marshall, el jefe del Estado Mayor. Sólo había 885 kilómetros de la costa noroeste de Francia a la capital alemana sobre terreno llano con una importante red vial y férrea que atravesaba el corazón de la industria bélica de Alemania. Si Hitler era el objetivo, el impulso estadounidense era «ir a por él con todo y lo más pronto posible, y por la ruta más corta y directa», como señaló más tarde un oficial inglés. Los yanquis, según otro oficial británico, «querían venganza, querían resultados y querían combatir».

El ataque directo y concentrado era una tradición estratégica estadounidense a menudo vinculada a Ulysses S. Grant en la guerra civil. El camino más seguro a la victoria era destruir por completo el ejército enemigo y su capacidad para hacer la guerra. Como la mayor potencia industrial del mundo y con una envergadura militar de doce millones de hombres, Estados Unidos podía lograr ese objetivo, en especial ahora que la nación pertenecía a una poderosa alianza que incluía al imperio británico, la Unión Soviética y China. La impaciencia dominante de acabar con todo fue expresada por un joven general de Kansas cuya diligencia, capacidad de organización y sonrisa incandescente le había convertido en una estrella ascendente en el Departamento de Guerra. «Tenemos que ir a Europa y luchar», garrapateó en una anotación Dwight David Eisenhower el 22 de enero de 1942. «Y tenemos que dejar de perder recursos en todo el mundo —y aún peor—perder el tiempo.»

Como nuevo jefe de planes de guerra del Estado Mayor del ejército, Eisenhower ayudó a redactar el borrador que convertiría esos impulsos estratégicos en acción. Una propuesta estadounidense vio la luz en la primavera de 1942. Bajo un plan secreto llamado BOLERO, Estados Unidos transportaría tropas y armamento a través del Atlántico durante más de un año para montar sus bases en

las islas Británicas. Esta concentración de tropas sería seguida en abril de 1943 por RODEO, una invasión a través del Canal de la Mancha de la costa francesa a cargo de 48 divisiones anglo norteamericanas apoyadas por 5.800 aviones. Entonces, la punta de lanza tomaría el puerto belga de Amberes antes de empezar a rodar en dirección al Rin. Si Alemania se debilitaba de repente antes de la invasión o si las fuerzas soviéticas parecían en peligro de fracasar y necesitaban ayuda extra, se lanzaría un pequeño ataque «de emergencia» de cinco a diez divisiones —de nombre secreto MAZO— en el otoño de 1942 para asegurar una cabeza de playa en Francia, tal vez en Cherburgo o Calais, y capturar el máximo posible de soldados alemanes.

Churchill y sus comandantes en principio se mostraron de acuerdo con esta estrategia en abril de 1942, pero de inmediato empezaron a discrepar. En esta guerra, los británicos ya habían sido expulsados tres veces de Europa: de Francia, de Noruega y de Grecia, y eran reacios a sufrir un cuarto rechazo con un apresurado ataque a través del Canal. «Nos volverán a hacer retroceder», advirtió Alan Brooke. Ahora en Francia había más de dos decenas de divisiones alemanas y los alemanes podían operar en líneas interiores para traer fuerzas adicionales del este y cercar cualquier cabeza de playa aliada.

MAZO disgustaba especialmente a los británicos, que proporcionarían la mayoría de las tropas para esta operación mientras las unidades norteamericanas aún estarían cruzando el Atlántico. Los estudios meteorológicos del Canal de la anterior década mostraban la frecuencia de los temporales en otoño que podían dismantelar cualquier fuerza expedicionaria aliada del mismo modo que lo había hecho con la Armada española en 1588. El Eje podía obtener una ventaja aérea de 6 a 1 y reforzar el punto de ataque tres veces más rápido que los aliados; con toda seguridad, las defensas de la Wehrmacht en Francia no necesitarían refuerzos del frente ruso para encerrar o incluso masacrar una cabeza de playa aliada que sería tan débil que algunos escépticos denominaron el plan MARTILLO. Hitler había empezado a construir formidables fortificaciones costeras desde el Círculo Polar Ártico hasta la frontera española en la bahía de Vizcaya, y unos pocos planificadores consideraban que la Festung Europa, la Fortaleza Europa, era inexpugnable. En su opinión, los aliados tendrían que desembarcar en Liberia —a medio camino en la costa oeste de África— y abrirse paso desde allí.

Churchill compartía los recelos de sus mandos militares. «Reaccionaba con horror ante cualquier sugerencia de ataque directo» en Europa, recordó más tarde un general británico. Una desastrosa derrota aliada en las costas francesas, advirtió el primer ministro, era «la única manera que pudiéramos perder esta guerra». Aunque deseoso de complacer a sus salvadores norteamericanos, también era consciente del millón de británicos muertos en la primera guerra mundial. Una invasión de Francia, creía, costaría otro medio millón de bajas y, si fracasaba, no lograría nada. «Le perseguía la idea de cadáveres flotando en el Canal», reconoció

más tarde el general Marshall. La propia opinión de Marshall sobre MAZO como operación de «sacrificio» para ayudar a los rusos tampoco era positiva.

Mientras el dominante impulso estratégico de los estadounidenses era una directa campaña masiva y concentrada, los británicos evitaban instintivamente las campañas territoriales a gran escala. Durante siglos, los británicos habían confiado en su mayor poderío naval para defender las islas y hacer avanzar sus intereses mundiales. Estaban acostumbrados a guerras prolongadas en las que minimizaban las pérdidas y los riesgos siendo más hábiles que sus enemigos y limitando los combates a la periferia del imperio. El punto muerto catastrófico en las trincheras de 1914 a 1918 fue una excepción a la sabiduría de sus normas estratégicas. Churchill incluso esperaba que, al rodear y asfixiar al imperio nazi, las fuerzas aliadas pudieran fomentar la rebelión de los pueblos europeos subyugados. Con la Wehrmacht enervada por esas revueltas, una fuerza anglonorteamericana podía despachar rápidamente a una Alemania diezmada y extenuada.

El norte de África parecía un sitio adecuado para empezar. En agosto de 1941, los oficiales británicos habían insinuado la posibilidad de una acción conjunta anglonorteamericana en aquellos parajes. Churchill volvió a insistir en ello durante la conferencia ARCADIA en Washington a finales de año cuando se dio al plan el nombre de GIMNASTA, y continuó haciendo referencias al mismo a lo largo de la primavera con el tenaz entusiasmo de un misionero.

Recalcando cada punto con una sacudida a su puro habitual, el primer ministro explicó las ventajas a quien quisiera oírle. La ocupación de Marruecos, Argelia y Tunicia dejaría al Afrika Korps entre la nueva fuerza anglonorteamericana y el VIII ejército británico que combatía contra Rommel en Egipto; las posesiones aliadas en el norte de África reabrirían las rutas mediterráneas a través del Canal de Suez, acortarían miles de kilómetros en la actual travesía por el cabo de Buena Esperanza y salvarían miles de toneladas de barcos; los novatos soldados norteamericanos tendrían un bautismo de fuego en condiciones menos difíciles que en un ataque frontal en Francia; la operación requeriría menos embarcaciones de desembarco y otros recursos bélicos que un ataque a través del Canal; el gobierno de Vichy podría virar a campo aliado y la operación podría montarse en 1942 manteniendo los deseos de Roosevelt de ayudar a los soviéticos lo antes posible y de acelerar la entrada de los soldados norteamericanos en la guerra.

«Esto siempre ha estado en consonancia con sus ideas», dijo Churchill al presidente. «De hecho, es su idea prioritaria. Este es el verdadero segundo frente de 1942.»

Los militares norteamericanos no estuvieron de acuerdo categóricamente y luego amargamente. El norte de África era algo secundario y derrotista, un descarrío, un picotazo en la periferia. Incluso antes de Pearl Harbor, un memorándum del Departamento de Guerra ya había advertido que un ataque en

África sólo proporcionaría «una contribución indirecta a la derrota de los nazis». Esa terca convicción se endureció aún más en los primeros seis meses de 1942. Otro memorándum, fechado en junio de 1942, llegaba a la conclusión que una invasión del norte de África «no daría como resultado el traslado de un solo soldado, tanque o avión alemán del frente ruso».

En opinión de numerosos oficiales norteamericanos, la propuesta británica parecía diseñada más para satisfacer las ambiciones imperialistas de Gran Bretaña que para ganar la guerra rápidamente. Durante siglos, el Mediterráneo había vinculado a Gran Bretaña con sus intereses en Egipto, el Golfo Pérsico, India, Australia y el Lejano Oriente. Resurgieron viejos recelos en Washington que apuntaban a que la sangre norteamericana sería derramada en aras de la defensa del imperio británico, en especial después de que las fuerzas japonesas barrieran Hong Kong, Singapur y Birmania y amenazasen la India. Los oficiales norteamericanos recordaron una amarga broma de 1917: la AEF no significaba «American Expeditionary Forcé», sino «After England Failed».

Después de otra visita de Churchill a Washington a mediados de junio de 1942 se intensificaron las fraternales discusiones y los anglonorteamericanos entraron en la fase más conflictiva de su matrimonio bélico. El 10 de julio, Marshall y el jefe del Estado Mayor de la Marina, el almirante Ernest J. King, sugirieron a Roosevelt que si los británicos seguían insistiendo en la «dispersión» del norte de África, «Estados Unidos debe volver al Pacífico para una acción decisiva contra Japón». El irascible King, que en una ocasión había acusado a Roosevelt de afeitarse con un soplete, llegó a afirmar que los británicos jamás invadirían Europa «salvo detrás de una gaita escocesa». Roosevelt comparó este repudio de Alemania primero como «recoger los platos sucios e irse» y pidió a Marshall y King que le enviaran esa misma tarde planes detallados para «su alternativa del océano Pacífico», sabiendo muy bien que esos planes eran inexistentes.

Roosevelt era tan enigmático y opaco que a menudo sus propios mandos militares tenían que recurrir a los británicos para sonsacarles información sobre sus reflexiones personales, pero parecía cada vez más seducido por los argumentos de Churchill a expensas de los de sus consejeros uniformados. Aunque Roosevelt nunca tuvo que enunciar sus principios bélicos, y seguramente podrían haber sido garrapateados en una caja de fósforos, el más importante era «el simple hecho que los ejércitos rusos están matando más soldados del Eje y destruyendo más material que las otras veinticinco Naciones Unidas juntas», tal como comentó en mayo. El Departamento de Guerra ahora calculaba que el Ejército Rojo se enfrentaba a 225 divisiones alemanas; sólo seis luchaban en Egipto contra los británicos. Si colapsaba la resistencia soviética, Hitler ganaría el acceso a las ilimitadas reservas de petróleo en el Cáucaso y Oriente Medio, y una cantidad considerable de divisiones alemanas, ahora luchando en el este, irían a reforzar el oeste. La guerra

podía durar una década, creían los analistas del Departamento de Guerra, y Estados Unidos tendría que hacer intervenir al menos 200 divisiones, aunque por el momento tenía graves problemas para constituir la mitad de esas fuerzas. Se hacía vital un gesto de buena voluntad de parte anglonorteamericana que fuera más allá de los créditos y préstamos para que los soviéticos se sintieran respaldados. Después de prometer en mayo a Moscú que Estados Unidos «esperaba» abrir un segundo frente antes de fin de año, Roosevelt anunció a sus oficiales que «es de la mayor importancia que las tropas norteamericanas de tierra entren en acción contra el enemigo en 1942».

Otros factores también influenciaron el pensamiento del presidente. Más de seis meses después de Pearl Harbor, los norteamericanos se mostraban impacientes y querían saber por qué el país no había contraatacado a las fuerzas del Eje; las elecciones legislativas de noviembre proporcionarían un referéndum sobre el liderato de Roosevelt en la guerra y las encuestas indicaban que él y el partido demócrata recibirían un severo castigo. Las manifestaciones en Trafalgar Square en Londres y en todas partes pedían a gritos un «segundo frente ya» en solidaridad con los aislados rusos. Con la conquista de Africa, los aliados eliminarían las bases potenciales del Eje para atacar las rutas marítimas del Atlántico sur o incluso el ataque contra América. La campaña del Pacífico, aunque no iba demasiado bien para los intereses aliados, se había estabilizado permitiendo la defensa estratégica formulada en el plan RAINBOW 5, pero a menos que se abriera otro frente en el Atlántico, las fuerzas norteamericanas se vaciarían en el Pacífico. En mayo, la armada norteamericana había atacado en el mar del Coral a una flota japonesa que escoltaba a tropas invasoras con rumbo a las islas Salomón y Nueva Guinea; las pérdidas en ambos bandos fueron similares. Un mes más tarde, cuatro portaaviones japoneses fueron hundidos en la batalla de Midway, marcando la primera victoria clara de Estados Unidos en la guerra. La operación ATALAYA, la primera contraofensiva aliada contra Japón, estaba apunto de comenzar con el desembarco de 16.000 soldados norteamericanos en una isla de las Salomón: Guadalcanal.

Por otro lado, flaqueaba la campaña contra Alemania e Italia. Las tropas de la Wehrmacht habían superado el río Don en el sur de Rusia y se acercaban a Moscú por el Volga. Salvo Gran Bretaña y naciones neutrales como España, Sueña y Suiza, toda Europa pertenecía al Eje. En Egipto, el Afrika Korps estaba a sólo noventa y cinco kilómetros de Alejandría y el valle del Nilo, la puerta al Canal de Suez y los campos petrolíferos de Oriente Medio. En El Cairo, los refugiados atestaban las estaciones ferroviarias y los oficiales británicos, presas del pánico, quemaban documentos en sus jardines. Tras un sitio prolongado, Rommel había capturado a 30.000 soldados de la Commonwealth en el puerto de Tobruk. Hitler lo condecoró con un bastón de mariscal de campo y Rommel replicó: «Voy a ir hasta Suez».

De casualidad, la mala noticia de Tobruk le llegó a Churchill el 21 de junio de

1942, cuando estaba en el despacho oval de Roosevelt en la Casa Blanca. El rostro de Marshall era más sombrío de lo habitual cuando entró con un despacho rosado en la mano. Churchill leyó el mensaje y dio medio paso atrás con su rubicundo rostro con color ceniciento. La reacción de Roosevelt fue un gesto emocionante de solidaridad con un amigo necesitado. «¿ Qué podemos hacer para ayudar?», preguntó el presidente.

En poco tiempo, los norteamericanos pudieron y lograron quitarle 300 nuevos tanques Sherman a la 1.ª división acorazada y enviarlos a las tropas británicas en Egipto. Marshall, el almirante King y Hopkins devolvieron la visita de Churchill viajando como delegación para más negociaciones estratégicas, pero las conversaciones se empantanaron pese a que los norteamericanos reconocieron que un ataque por el Canal era hartamente improbable ese mismo año. En un gesto benigno para aplacar los ánimos, los británicos llevaron a los tres yanquis a ver la máscara mortuoria de Oliver Cromwell y el anillo de la reina Isabel antes de que volaran de regreso a casa.

A Roosevelt se le acabó la paciencia. Había llegado la hora de terminar con la tregua y lanzarse a la guerra. Después de informar el 25 de julio a Churchill y a sus mandos militares que pensaba invadir el norte de África, cerró las puertas a cualquier otra discusión. El jueves 30 de julio, a las 8.30 de la mañana, convocó a sus subordinados en la Casa Blanca y les anunció que, como comandante en jefe, su decisión era definitiva. El norte de África «es ahora nuestro principal objetivo». No habría ningún MAZO en Francia. La ofensiva africana debía lanzarse «lo antes posible», preferiblemente dentro de dos meses.

El presidente de Estados Unidos había tomado la decisión estratégica de mayor alcance de la segunda guerra en contra de la opinión de sus generales y almirantes. Había dado la razón a los británicos y no a sus compatriotas. Había repudiado una tradición militar estadounidense de aniquilamiento al optar por rodear al enemigo y disparar a las piernas en vez de disparar directamente al corazón. Y había basado su determinación en su intuición y en el cálculo político de que había llegado la hora de la acción.

Al elegir la operación ANTORCHA, como se llamó a la invasión del norte de África, Roosevelt cometió varios graves errores. Pese a las advertencias de Marshall, se negó en redondo a creer que una intervención en África en 1942 descartaba una invasión a través del Canal de la Mancha en 1943. No vio que la estrategia mediterránea de cerco excluía otras estrategias ni que más de un millón de soldados norteamericanos y millones de toneladas de material serían enviados al Mediterráneo en los tres años siguientes dando por tierra con los preparativos en Gran Bretaña. Continuó argumentando que «la derrota de Alemania significa la derrota de Japón, probablemente sin disparar un tiro ni sufrir una sola baja más».

No obstante, la decisión del presidente fue meritoria, aunque no precisamente

sabia. Como había observado Brooke del propuesto ataque por el Canal: «Las posibilidades de éxito son pequeñas y dependen de una inmensa cantidad de imponderables, pero las probabilidades de desastre son extremas». Los planificadores norteamericanos consideraron que el argumento británico a favor de ANTORCHA era «más persuasivo que racional», pero su argumento en pro de MAZO y RODEO no era una cosa ni otra. Un ataque directo era prematuro; sus partidarios ejemplificaron una cualidad de aficionados en el pensamiento estratégico norteamericano que maduraría sólo cuando la guerra maduró.

Los militares norteamericanos habían sido animados por un celo de poder hacer cualquier cosa y un deseo de ganar de forma expedita; estas características contribuirían con el paso del tiempo en el día a día, pero sólo cuando fueron atemperadas por la experiencia en el campo de batalla y por la sensibilidad estratégica. Más tarde, un general afirmó que los expertos logísticos insistían en que podían abastecer a diez divisiones aliadas en Cherburgo aunque no estuvieran seguros de dónde estaba ese puerto francés ni mucho menos del estado de los muelles ni de dónde vendrían esas divisiones. El transporte de una sola división acorazada requería cuarenta y cinco barcos para tropas y de carga, además de los buques de escolta, y transportar las cincuenta divisiones necesarias para lanzar una invasión requería muchos más barcos de los que ahora tenían los aliados. Del mismo modo, el asunto de crucial importancia de las lanchas de desembarco había sido ignorado por completo. «¿Quién es el responsable de la construcción de las lanchas de desembarco?», había preguntado Eisenhower en un memorándum fechado en mayo de 1942. Con algunos planificadores calculando que una invasión a Francia requería al menos 7.000 lanchas de desembarco y otros creyendo que ese número se triplicaría, la dura realidad era que para el otoño de 1942 todas las lanchas de desembarco existentes en Gran Bretaña sólo podían transportar a 20.000 hombres. Y todo ello pese a que un estudio del Departamento de Guerra había llegado a la conclusión de que para desviar un número significativo de tropas alemanas en el frente ruso eran precisos al menos 600.000 soldados aliados en Francia. «¿Se podía pensar que cruzaríamos el Canal para jugar al bacará en Le Touquet o para bañarnos en la Paris Plage!», comentó Brooke.

Roosevelt había salvado a sus compatriotas de su propio atrevimiento. Su decisión provocó desaliento, incluso disgusto, y seguiría siendo polémica durante décadas. «No pudimos ver que el líder de una democracia», dijo luego Marshall de sus colegas generales, «debe mantener entretenido al pueblo.» Eisenhower creyó que la cancelación de MAZO podría ser recordada como «el día más tenebroso de nuestra historia», una hipérbole absurda dada la tenebrosidad de los demás días. La antipatía que sentían numerosos oficiales norteamericanos por sus congéneres británicos pudo verse reflejada en un mensaje del Departamento de Guerra de finales de agosto proponiendo que «se debe mantener Oriente Medio siempre que

sea posible, pero su pérdida podría ser una encubierta bendición», ya que los británicos recibirían su merecido y quizá pudieran recuperar el sentido común.

Pero la decisión estaba tomada. Las «palizas en la oscuridad», tal como se expresó Eisenhower, habían acabado. Se había roto la peligrosa tregua.

Quedaba mucho por hacer. Los problemas que iban desde el tamaño y la composición de las fuerzas invasoras hasta la fecha y el lugar de los desembarcos requerían soluciones. A principios de agosto, los planificadores de ANTORCHA se instalaron en las oficinas de Norfolk House en St. James Square de Londres bajo la supervisión de Eisenhower, que hacía poco había sido enviado de Washington a Londres como comandante en jefe del Teatro Europeo de Operaciones. Como gesto de reconciliación y anticipándose a la eventual preponderancia estadounidense, los británicos propusieron que la expedición aliada fuera mandada por un norteamericano. Churchill sugirió a Marshall, pero Roosevelt no quiso desprenderse de su indispensable jefe del Estado Mayor. Eisenhower, ya en ultramar, había demostrado una diligencia y energía impresionantes, y el 13 de agosto fue nombrado comandante en jefe de ANTORCHA.

A medida que los días se hacían más cortos y acababa el verano de 1942, pocos podían sentirse animados por las noticias que llegaban del frente.

Las tropas de la Wehrmacht habían alcanzado el Volgaya se intercambiaban los primeros disparos de la batalla de Stalingrado. Los submarinos alemanes, viajando como depredadoras «jaurías de lobos», hundían más barcos de los que podían construir los aliados; un convoy de abastecimiento al norte de Rusia perdió 13 de 40 barcos pese a una escolta de 77 buques. El esfuerzo bélico chino contra los japoneses se había desmoronado. La guerra por las islas Salomón había provocado el caos en Guadalcanal. La caída del Canal de Suez parecía inminente. Cuatro de los siete portaaviones de la flota cuando Estados Unidos entró en guerra habían sido hundidos. Y la antipatía entre los aliados norteamericanos y británicos amenazaba la alianza incluso antes de que empezara la lucha contra el enemigo común. Únicamente los visionarios y los optimistas empedernidos podían adivinar que estos portentos anunciaban victoria. Los aliados aún no ganaban, pero estaban a punto de empezar a hacerlo. La noche acabaría, cambiaría la corriente y con esa nueva marea un ejército desembarcaría en las playas de Africa, listo para corregir un mundo equivocado.

PRIMERA PARTE

1. La travesía

UNA REUNIÓN CON EL HOLANDÉS

Pocos minutos después de las diez de la mañana del 21 de octubre de 1942, un bimotor de pasajeros de la marina atravesó las nubes bajas sobre Washington D.C., luego pasó sobre el río Potomac para su destino final en el aeropuerto de Anacostia. Cuando la blanca cúpula del Capitolio estuvo a la vista, el vicealmirante Henry Kent Hewitt se permitió lanzar un suspiro de alivio. Antes del alba, Hewitt había decidido volar a Washington desde su cuartel general cerca de Norfolk en vez de hacer las cinco horas en coche atravesando Virginia. Pero de improviso arreció el mal tiempo, y durante más de una hora de ansiedad, el aparato había volado en círculo alrededor de la capital buscando un claro entre las nubes. Pese a ser una persona caracterizada por la paciencia, Hewitt ardía de impaciencia ante la demora. El presidente Roosevelt en persona le había convocado en la Casa Blanca para esta reunión secreta y, aunque lo más probable era que no se tratase de una reunión de mera cortesía, hacer esperar a su comandante en jefe no le gustó nada al hombre elegido para propinar el primer golpe estadounidense en pro de la liberación de Europa.

Kent Hewitt parecía un improbable hombre de armas. Con 55 años cumplidos, tenía una ancha y alta frente de intelectual y cabellos canos. Una doble papada le formaba una nasa carnosa en la garganta, y en el puente de un barco y con el uniforme de fajina, parecía «una figura gordinflona y desaliñada vestida de caqui», como observó en cierta ocasión un almirante británico con más precisión que misericordia. Hasta el fino uniforme que llevaba esa mañana parecía de un azul desvaído, pese a los galones dorados de oficial que lucía en las mangas. Oriundo de Hasensack, Nueva Jersey, Hewitt era hijo de un ingeniero mecánico y nieto de un ex presidente de la Trenton Iron Works. Un tío suyo había sido alcalde de Nueva York; otro, director del Metropolitan Museum of Art. Kent optó por la marina, pero como guardiamarina en la base de Annapolis, se dijo que temía tanto las alturas que le «arrancaba el alquitrán a las jarcias». Como joven marino, le gustaba bailar el «turkey trot»; en tiempos más recientes, era más probable que jugueteara con la regla de cálculo o asistiera a una reunión de su logia masónica.

Sin embargo, Hewitt se convirtió en un formidable lobo de mar. A bordo del acorazado *Missouri*, había dado la vuelta al mundo durante quince meses con la Gran Flota Blanca de Theodore Roosevelt demostrando tal maestría en la navegación que las estrellas parecían comer de su mano. Como capitán de un destructor en la primera guerra mundial, mereció la Cruz de la Marina por heroísmo. Más tarde, dirigió el Departamento de Matemáticas de la Academia Naval, y durante dos años después de la invasión de Polonia capitaneó buques escolta de convoyes entre Terranova e Islandia que transportaban pertrechos bélicos a través del mar del Norte.

En abril de 1942, Hewitt recibió la orden de desplazarse a Hampton Roads para comandar la nueva fuerza anfibia de la flota del Atlántico; más tarde en ese verano, se produjo la decisión de Roosevelt de ocupar el norte de Africa con la operación ANTORCHA. Dos grandes flotas transportarían a más de 100.000 soldados hasta las playas de la invasión. Una flota navegaría 2.800 millas desde Gran Bretaña hasta Argelia y se compondría casi exclusivamente de barcos británicos transportando soldados norteamericanos. La segunda flota, llamada Task Forcé 34, era la de Hewitt. Navegaría 4.500 millas desde Hampton Roads y otros puertos de Estados Unidos hasta Marruecos con más de cien barcos llevando 33.843 soldados. En un mensaje del 3 de octubre, el general Eisenhower, jefe supremo de ANTORCHA, sintetizó la misión en pocas palabras: «El objetivo de las operaciones en su conjunto es ocupar Marruecos y la Argelia franceses con vistas a la inmediata y previsible ocupación de Tunicia». La ambición aliada puesta de manifiesto en ANTORCHA había sido definida por Roosevelt y Churchill: «El completo control del norte de Africa del Atlántico al mar Rojo».

A través de una pequeña ventanilla sobre el ala del avión, Hewitt pudo contemplar la gloria del veranillo de San Martín sobre la capital de la nación. Grandes manchas de color carmesí y naranja, ámbar y verde pálido, se extendían desde los álamos del Lincoln Memorial a los robles y arces más allá de la catedral nacional. En la otra orilla del Potomac, el nuevo edificio del Pentágono ocupaba Hell's Bottom, entre el cementerio de Arlington y el río. Ya circulaban chistes sobre el inmenso laberinto de cinco lados, incluida la historia de un mensajero de Western Union que entró un viernes en el Pentágono y salió el lunes ya nombrado teniente coronel. El ejército, aunque ahora poseía el edificio más grande del mundo, aún alquilaba otros treinta y cinco edificios de oficinas en la ciudad. Los cínicos observaban que si los militares conquistaban territorio enemigo con la misma celeridad con que invadían Washington, la guerra acabaría en una semana.

El avión aterrizó en la pista y se dirigió a un hangar. Hewitt se abrochó la chaqueta y se apresuró a bajar y caminar hasta el coche oficial que le esperaba. El coche aceleró hasta la puerta del aeropuerto, cruzó el río Anacostia y tomó la dirección de Pennsylvania Avenue. Hewitt tuvo tiempo suficiente para detenerse un instante en el edificio del Departamento de Marina y ver si tenía mensajes antes de seguir hacia la Casa Blanca.

«Se hace todo lo que se puede», solía decir, «y luego se espera lo mejor.» Desde que había recibido las primeras órdenes ultrasecretas para la Task Forcé 34, había hecho todo lo posible hasta el borde del agotamiento. Cada día traía nuevos problemas por resolver, nuevos errores para enmendar, nuevas ansiedades que dominar. Los ejercicios para el desembarco de ANTORCHA habían sido realizados a toda prisa y con torpeza. Con los depredadores del Eje hundiendo casi 200 navios aliados por semana, muchos de ellos cerca de la costa de Estados Unidos, todo el entrenamiento

anfibia se había realizado en la bahía de Chesapeake, cuyas tímidas mareas y suaves olas no se parecían en nada al furioso oleaje característico de la costa marroquí. Durante un ejercicio, una sola embarcación llegó a la playa asignada, aunque un faro había brindado luz adicional en una noche clara y con el mar en calma; el resto de la flotilla estaba desperdigado a lo largo de muchos kilómetros de la costa de Maryland. En otro, en Cove Point, a 150 kilómetros de Norfolk, falló la seguridad y los hombres llegaron a la playa, donde fueron recibidos por un avisado vendedor de helados. En Escocia, las tropas destinadas a Argelia no iban mucho mejor; a veces los ejercicios se llevaban a cabo sin barcos reales porque no había ninguno disponible. Las tropas avanzaban a pie por un océano imaginario hacia una costa imaginaria.

¿Presentarían batalla las ocho divisiones de Vichy en el norte de África? Nadie lo sabía. Los servicios aliados de inteligencia calculaban que si esas tropas resistían con todos sus recursos, las fuerzas de Eisenhower tardarían unos tres meses en empezar a avanzar hacia Tunicia. Si los submarinos alemanes torpedeaban un transporte en la travesía del Atlántico, ¿cuántos destructores habría disponibles para recoger a los supervivientes? Hewitt no estaba seguro de disponer de uno solo sin poner en peligro a toda la flota; le atormentaba la posibilidad de abandonar a los hombres en el agua. ¿Se había filtrado alguna información sobre la expedición? Cada día recibía informes sobre alguien que en alguna parte había hablado demasiado. En los primeros meses de su creación, la fuerza anfibia había sido tan secreta que usaba un apartado de correo de Nueva York para la correspondencia. Sólo un reducido grupo de elegidos conocía el destino de Hewitt, pero no se podía mantener más en secreto la existencia de una gran flota estadounidense destinada a conquistar costas hostiles. Unas semanas antes, Hewitt había recibido una carta de Walt Disney, escrita en un papel con membrete en relieve que decía «Bambi: una gran historia de amor», en la que se ofrecía para dibujar un logotipo para la fuerza anfibia. Siempre un caballero, Hewitt le contestó el 7 de octubre agradeciéndole la propuesta con palabras amables y evasivas.

El coche oficial pasó Capítol Hill y entró en Independence Avenue. Pronto empezaría el racionamiento nacional de gasolina, pero la población de Washington casi se había duplicado en los últimos tres años y las calles estaban llenas de coches. El racionamiento del café empezaría incluso más pronto, una taza por persona y por día, y las tiendas habían empezado a acaparar todo lo que podían para clientes especiales, como los bares que habían hecho acopio de licores justo antes de la Prohibición. Los vendedores de periódicos voceaban las noticias de los distintos frentes en las esquinas: disminuía la lucha en Guadalcanal; las defensas soviéticas paraban los ataques de los tanques nazis en Stalingrado; otro mercante hundido en el Atlántico, ya eran 500 los navios hundidos por submarinos alemanes desde Pearl Harbor. Las noticias internas también se relacionaban con la guerra, aunque eran menos febriles: el primer martes sin carne había transcurrido sin incidentes; los presos convictos por un solo delito eran animados a pedir la libertad condicional a fin de poder alistarse en las

fuerzas armadas; una inspección a las tiendas de Washington señalaba que «no hay más medias de nailon por más que se quiera comprarlas o se pague lo que sea».

El automóvil se detuvo ante el gris y macizo edificio del Departamento de Marina, justo al sur del Malí. Hewitt salió del coche y subió rápidamente las escalinatas. *El* sabía donde habían ido a parar todas esas medias. Aquella mañana, durante el vuelo de Norfolk, pudo ver a los estibadores en los muelles aún afanándose por cargar 50.000 toneladas de alimentos, gasolina y municiones en las bodegas de los barcos anclados en Hampton Roads. Entre los cargamentos secretos en sellados contenedores había seis toneladas de ropa interior y de medias de mujer que se pensaban usar para comerciar con los nativos marroquíes. Compradores clandestinos militares habían dejado vacías todas las tiendas de la costa este.

Para Hewitt, se trataba de guardar otro secreto.

Desde el 30 de julio, fecha de la decisión definitiva de Roosevelt, ANTORCHA se había vuelto tan complicada que los documentos de la operación ahora llenaban dos sacas de correos que pesaban veinte kilos cada una. Dos temas en especial habían preocupado a los estrategas anglonorteamericanos y en ambas instancias, el presidente, que se definía a sí mismo como un «holandés empedernido», había hecho valer su opinión de forma categórica.

En primer lugar, insistió en que casi ninguna tropa británica participara en el desembarco inicial. Una furibunda anglofobia se había extendido por la Francia de Vichy en los últimos dos años a consecuencia de varios incidentes desgraciados. Los bombardeos de la RAF habían matado accidentalmente a 500 civiles galos en un ataque a la planta de Renault en las afueras de París. Las fuerzas británicas habían intervenido en las posesiones francesas de ultramar en Siria y Madagascar. Gran Bretaña también había patrocinado un fracasado ataque contra el puerto de Dakar, en Senegal, a cargo de las fuerzas de la Francia Libre de Charles de Gaulle, a quien el mariscal Pétain y numerosos oficiales franceses consideraban un renegado impertinente. Y lo peor de todo, en julio de 1940, una flota británica había dado un ultimátum a la flota de Vichy en Mers el-Kébir, cerca de Oran. A fin de que los barcos franceses no cayeran en manos alemanas, los capitanes recibieron la orden de fondear en Gran Bretaña o en un puerto neutral. Cuando el ultimátum fue rechazado, los británicos abrieron fuego. En cinco minutos, habían masacrado a 1.200 marineros franceses.

«Tengo la razonable certidumbre de que un desembarco simultáneo de tropas anglonorteamericanas redundaría en una resistencia unánime de todos los franceses en Africa, mientras que un desembarco inicial norteamericano, sin participación de fuerzas británicas de tierra, ofrece una auténtica probabilidad de no tropezar con la resistencia de los franceses, o a lo sumo con una resistencia puramente simbólica», cablegrafió Roosevelt a Churchill el 30 de agosto. Para probar su teoría, el presidente contrató a una empresa de Princeton, Nueva Jersey, para que llevara a cabo una discreta encuesta de opinión en el norte de Africa. Los resultados, sacados de una

muestra dudosamente científica de 150 encuestados, afianzaron la opinión presidencial.

En Londres, reinaba el escepticismo. Un diplomático británico creía que el «espíritu de Lafayette» de Roosevelt sólo reflejaba un afecto sentimental de los yanquis por París, «donde todo buen norteamericano esperaba residir en la otra vida». Pero, habiendo ganado la discusión sobre el tema más importante de invadir África o Francia, Churchill optó por coincidir con el presidente. «Me considero su subordinado», escribió Churchill a Roosevelt. «Ésta es una empresa norteamericana en la que nosotros somos sus asistentes.» La posterior sugerencia presidencial de que los británicos esperaran todo un mes después de la invasión antes de ir al norte de África fue amablemente rechazada; el plan exigía que los británicos pisasen los talones de sus congéneres yanquis en Argelia.

El segundo asunto de vital importancia era dónde desembarcar. La mayoría de los estrategas británicos, apoyados por Eisenhower, habían subrayado la importancia de controlar Tunicia a las dos semanas de la invasión, antes de que los alemanes de la cercana Sicilia y de la tierra firme italiana pudieran establecer una cabeza de puente. «Toda la concepción de ANTORCHA puede triunfar o derrumbarse dependiendo de una temprana ocupación aliada de Tunicia», advertía un mensaje británico. Una vez ocupado Tunicia, el control aliado de la navegación mediterránea podía estar asegurado. El Afrika Korps de Rommel se encontraría atrapado en Libia y los aliados estarían en posesión de un trampolín para las posteriores operaciones en Sicilia o el continente europeo.

Estas consideraciones implicaban situar a las fuerzas invasoras de las dos armadas en las playas mediterráneas de Argelia, y acaso incluso tan al este como Bizerta, el principal puerto de Tunicia. «Debemos correr el grave riesgo» de llegar a Túnez primero, clamaban los mandos británicos. Desembarcar demasiado al oeste tenía que evitarse «como la plaga» debido al riesgo de que el subsiguiente avance «al este sea tan lento como para permitir que las fuerzas alemanas lleguen antes a Túnez». A finales de agosto, el plan preliminar de ANTORCHA de Eisenhower favorecía desembarcos dentro del Mediterráneo en los puertos argelinos de Oran, Argel y Bône.

Pero el general Marshall y los estrategas del Departamento de Guerra tenían otras ideas. Tunicia y el este de Argelia estaban al alcance de la aviación del Eje de Sicilia y fuera del alcance de los aviones aliados de Gibraltar. Además, los norteamericanos temían que Hitler irrumpiera a través de la España neutral y taponara el estrecho de Gibraltar, encerrando a las fuerzas aliadas como en una bolsa. Eso requería que al menos se llevase a cabo un desembarco en la costa atlántica de Marruecos a fin de garantizar una línea abierta de abastecimiento a través del Atlántico.

Durante semanas, los telegramas fueron y vinieron en lo que Eisenhower llamó un «concurso transatlántico de ensayos». La Royal Navy creía que, aunque el estrecho de Gibraltar sólo tenía poco más de 10 kilómetros de ancho en su parte más estrecha, no podía ser más controlado por fuerzas extranjeras que el Canal de la Mancha. Los

estrategas británicos también calcularon que incluso con el consentimiento de Madrid para cruzar España, consentimiento, según los británicos, harto improbable, los alemanes necesitarían al menos seis divisiones y más de dos meses para conquistar Gibraltar.

Sin embargo, para los norteamericanos, los peligros eran excesivos. Los desembarcos de ANTORCHA debían obtener el éxito, argumentaba Marshall, porque un primer gran fracaso de la ofensiva estadounidense en la guerra «sólo causaría el ridículo y una pérdida generalizada de confianza».

Roosevelt estuvo de acuerdo y volvió a intervenir. «Quiero subrayar», telegrafió a Churchill el 30 de agosto, «que en cualquier circunstancia uno de nuestros desembarcos debe tener lugar en el Atlántico.» El presidente descartó alegremente la noción de que las fuerzas del Eje pudieran levantar defensas en Tunicia antes de la llegada de los aliados. En otro mensaje al primer ministro, reiteró «nuestra convicción de que las fuerzas alemanas aéreas y de paracaidistas no pueden hacer llegar a Argelia o Túnez una masiva cantidad de tropas durante al menos dos semanas después del ataque (inicial)».

Una vez más, Churchill accedió, en parte porque el general Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial, compartía la inquietud estadounidense y creía que desviar la flota de Hewitt a Marruecos era «un plan mucho más sabio».

Si no más sabio, era más seguro a corto plazo, pero las guerras rara vez se ganan a corto plazo. Los norteamericanos se habían mostrado osados hasta el punto de la locura al proponer MAZO, el desembarco propiciatorio de una fuerza mayoritariamente británica en la costa francesa. Ahora, con una mayoría de soldados estadounidenses en ANTORCHA, prevaleció la cautela y desapareció la audacia. La Task Forcé 34 de Hewitt depositaría una tercera parte de las fuerzas invasoras a más de 1.500 kilómetros de Túnez. Los invasores se bifurcarían al este y al oeste violando el principio sagrado de concentración y debilitando la fuerza de su impacto. En Londres, Eisenhower describió las posibilidades de conquistar rápidamente Túnez como pasando «del dominio de lo probable a lo remotamente posible». El 5 de septiembre se tomó la decisión final de probar desembarcos en tres sitios de Marruecos y media docena de playas alrededor de Oran y Argel. «Por favor, que se lleven a cabo antes de las elecciones», pidió Roosevelt a Marshall. El presidente se vería decepcionado. Se interpusieron varias demoras y el 21 de septiembre, Eisenhower fijó la invasión para la mañana del domingo 8 de noviembre, cinco días después de las elecciones legislativas en Estados Unidos.

ANTORCHA seguía siendo una operación asombrosamente audaz, una empresa llena de imaginación y poderío, pero en un momento clave los aliados se sometieron a las instigaciones de sus propios miedos.

Habiendo cumplido sus obligaciones en el Departamento de Marina, Hewitt salió de allí a las 13 horas y vio que el día se había vuelto cálido y húmedo, con

temperaturas que rondaban los 30 grados. El coche lo recogió y avanzó por Independence Avenue antes de girar al norte cruzando el Malí en la calle 15.

En la Casa Blanca, un agente del servicio secreto hizo pasar al chófer por la puerta sur y luego guió a Hewitt por un camino tortuoso para evitar a los periodistas. Al caminar por los estrechos pasillos, el almirante vio que la residencia estaba preparada para el combate. Negros cortinajes colgaban en las ventanas y las claraboyas también estaban pintadas de negro. Todas las habitaciones del viejo edificio estaban equipadas con cubos de arena y palas, además de máscaras de gas plegadas. El Fish Room, atestado de objetos y donde Roosevelt guardaba sus trofeos de pesca, le recordó al almirante su último encuentro con el presidente. En diciembre de 1936, en su calidad de capitán del *Indianapolis*, había llevado a Roosevelt en un viaje de un mes por Suramérica. Recordaba con cariño a su pasajero en la cubierta y rebosante de felicidad cuando pescó dos peces a la vez. Roosevelt los bautizó «Maine» y «Vermont», ya que en esos dos estados no había podido ganar la reciente reelección.

A la espera, como estaba previsto, en una pequeña antecámara abovedada, estaba el jefe militar que dirigiría las tropas norteamericanas en Marruecos una vez que Hewitt los depositara en tierra: el general de división George S. Patton. El también había sido conducido por un camino tortuoso para evitar a la prensa, pero Patton era incapaz de pasar inadvertido. Alto e inmaculado en su uniforme a medida, la raya del pantalón recta como una bayoneta, los guantes doblados sobre la mano izquierda, Patton era la imagen misma del guerrero en busca de una guerra.

Incluso cuando estrechó su mano y le devolvió la amplia sonrisa, Hewitt no sabía a qué atenerse con este hombre tan extravagante. Era obvio que se trataba de un oficial capaz y carismático destinado a la gloria, pero, comedido y absolutamente encantador en un momento, al siguiente podía mostrarse blasfemo y truculento. Anteriormente, los estrategas militares habían recomendado al menos seis meses de preparación desde el día de la orden de invasión hasta el día de partida de la flota. La demorada decisión de invadir Marruecos había dado a la Task Forcé 34 únicamente siete semanas para preparar una de las más complicadas operaciones militares de la historia de Estados Unidos. George Patton pareció empeñado en dificultar las cosas al máximo.

En vez de trasladar su cuartel general a Hampton Roads, Patton había seguido en la espaciosa oficina del Edificio de Municiones en el Malí pese a que bramaba contra «los malditos imbéciles de Washington». «Le ruego, tal como ya le he escrito, que venga a verme lo antes posible», le había escrito Hewitt presa de la exasperación. Sin consultar a la marina, los estrategas del ejército habían propuesto varios lugares de desembarco en Marruecos, uno de los cuales carecía de playa y otro estaba lleno de bancos de arena. En los últimos días, Patton se había finalmente trasladado de Washington a Norfolk; sin embargo, parecía seguir recelando al máximo de los oficiales navales y de Hewitt en particular. «Ésa banda de serpientes de cascabel», los

llamaba. Hewitt se había sentido perplejo al principio, luego molesto, pero sus discretas quejas de agosto habían subido de tono hasta que a mediados de septiembre formuló una protesta formal por la «nula cooperación del ejército». Sólo el aval personal de Eisenhower ante el Departamento de Guerra en pro de las virtudes personales de Patton había evitado que lo echasen y acabase una carrera sobresaliente antes de empezar. Marshall añadió su propia reprimenda en una reunión personal con Patton: «No moleste más a la marina».

Hubo otro momento de tensión cuando Hewitt propuso retrasar ANTORCHA una semana para no arriesgarse a que la marea prevista para la madrugada del 8 de noviembre encallara las lanchas de desembarco. Patton objetó enérgicamente. Hasta los superiores de Hewitt coincidieron en que un nuevo aplazamiento resultaba imposible. Extrañamente, Patton parecía no tomarse de forma personal los reparos de Hewitt a su conducta ni sus desacuerdos profesionales. Aún más extraño, Hewitt se dio cuenta de que el sujeto le caía bien y sospechaba que Patton también le tenía simpatía. Hewitt sólo podía sonreír ante los casamientos de penalty que producía una guerra.

A las dos en punto se abrió la ancha puerta del despacho oval y Roosevelt habló: «Adelante, capitán y veterano de caballería, y cuéntenme las buenas noticias». El presidente estaba radiante en su silla de ruedas y les señaló un par de sillas vacías. A Patton, ignorante de que Hewitt y Roosevelt habían viajado juntos hacía seis años, le desconcertó que el almirante tuviera que presentarle al presidente.

«Pues, bien, caballeros», dijo Roosevelt moviendo su cigarrillo en el aire, «¿qué tienen en mente?»

Hewitt tenía muchas cosas en mente, pero trató de sintetizar la operación ANTORCHA lo máximo posible. Trescientos barcos de guerra y casi 400 buques de transporte y de carga desembarcarían a más de 100.000 soldados, tres cuartas partes de ellos norteamericanos, el resto, británicos, en el norte de Africa. La Task Force 34 zarparía con rumbo a Marruecos el domingo por la mañana. La otra flota partiría poco después de Gran Bretaña con rumbo a Argelia. Con suerte, los franceses de Vichy que controlaban el norte de Africa no se opondrían a los desembarcos. Pasara lo que pasara, los aliados pivotarían hacia el este para ocupar Tunicia antes de que llegasen los alemanes.

Las paredes grises y verdes del despacho oval creaban un ambiente náutico. Patton esperó una pausa para decir con su voz nasal y aguda: «Señor, lo único que quiero decirle es lo siguiente. Dejaré esas playas como un conquistador o como un cadáver».

Roosevelt sonrió y acusó recibo de las palabras de Patton con aquel movimiento brusco de cabeza que en privado Marshall llamaba «el gesto de la boquilla del pitillo». ¿Piensa el general poner su vieja montura en la torreta de un tanque?, preguntó el presidente. ¿Cargaría con el sable desenvainado?

La conversación siguió a trancas y barrancas dejando muchas cosas sin decir.

Hewitt optó por no extenderse en los riesgos que suponía ANTORCHA. A diferencia de la mayoría de los oficiales de alto rango, había sentido un gran alivio al enterarse de que no habría un ataque frontal contra la costa francesa; ahora, hasta los más acérrimos partidarios de MAZO se aplacaron cuando a mediados de agosto una incursión de 6.000 tropas anglocanadienses contra Dieppe, el puerto francés ocupado por los alemanes, acabó en catástrofe. Hewitt había presenciado los preparativos para Dieppe durante una visita a Inglaterra y aún le costaba aceptar que la mitad de esos voluntariosos jóvenes estaban muertos o en campos de internamiento alemanes.

Pero ANTORCHA tenía sus propios riesgos. Salvo por los desembarcos en agosto en Guadalcanal, representaría la primera gran operación llevada a cabo por Estados Unidos en cuarenta y cinco años y la más audaz de todos los tiempos. Algunos la consideraban la apuesta anfibia más ambiciosa desde que Jerjes cruzara el Helesponto en el siglo V a.C. El único precedente moderno de desembarco en una playa hostil tras una larga travesía oceánica y por aguas peligrosas era el desastre británico en Gallipoli en 1915, que costó un cuarto de millón de bajas aliadas. La misión inicial de tomar tres ciudades portuarias, Casablanca, Argel y Oran, se había complicado debido a la necesidad de desembarcar en nueve puntos costeros dispersos a lo largo de 1.500 kilómetros. Y no sólo los submarinos amenazaban a la Task Forcé 34; también lo hacía el mar, porque tras la larga travesía a través del Atlántico deberían afrontar las inmensas olas en la costa de Marruecos.

Por su parte, Roosevelt no quiso mencionar el persistente resentimiento del Departamento de Guerra contra ANTORCHA; incluso su secretario de Guerra, Henry L. Stimson, le había acusado de la «peor clase de orgía de dispersión», denominando al norte de África como «el gran bebé secreto del presidente». Tampoco el presidente se quejó de los atrasos en la fecha de desembarco, aunque debía temerse los malos resultados que obtendría su partido en las inminentes elecciones a menos de dos semanas. (Los demócratas perderían casi sesenta escaños con un electorado descontento que desconocía que la nación estaba a punto de contraatacar.)

A la media hora, la conversación derivó en trivialidades. Roosevelt ofreció amplios detalles a Hewitt de cómo amarrar un barco con un ancla de popa para mantenerse en la dirección del viento, una táctica que había utilizado en una ocasión con un yate. Patton trató por última vez de que la conversación volviera a recalar en ANTORCHA. «El almirante y yo creemos que debemos desembarcar al coste que sea, ya que el desenlace de la guerra depende de nuestro éxito», le dijo al presidente, pero la reunión había acabado. «Por supuesto que sí», replicó Roosevelt con otro gesto de boquilla. Les acompañó hasta la puerta, les dio la mano y se despidió con un emocionado «Que Dios les acompañe».

Patton regresó al Edificio de Municiones. Hewitt fue directamente al aeropuerto de Anacostia y voló a Hampton Roads. Al anochecer estaba de regreso en su despacho, un diminuto dormitorio reformado en el Hotel Nansmond en Ocean View. Sólo había

estado afuera diez horas, pero le aguardaba una gruesa pila de papeles, que incluían partes meteorológicos del norte de Africa y del Atlántico y las últimas noticias de la inteligencia sobre los submarinos alemanes.

«Se hace todo lo que se puede; y luego se espera lo mejor.» Había anochecido cuando subió a la lancha del Almirantazgo en el muelle de Willoughby Spit. El timonel dirigió la embarcación por Hampton Roads hacia el Hotel Chamberlin en Fortress Monroe, donde Hewitt tenía una suite con su esposa Floride. Observó la silueta de los barcos amarrados en la gran bahía. Sus estructuras destacaban sobre la línea del horizonte, negras azabache, pero en las cubiertas se veía el ocasional resplandor naranja de los pitillos. Dentro de dos días, esta armada transportaría a 33.843 soldados, todos ellos bajo su responsabilidad.

Hewitt comió una cena ligera en el Chamberlin, luego se sentó en un sillón en la sala y abrió el periódico vespertino. Pocos minutos después, Floride Hewitt miró a su marido y lanzó un grito cuando le vio caído en el suelo. Hewitt se levantó lentamente, más sorprendido que atemorizado. «Supongo que me caí», dijo. Se despachó la lancha en busca del oficial médico, que examinó a Hewitt y le declaró sano, pero agotado. El almirante, advirtió el médico, debía descansar más.

AGRUPANDO LOS BARCOS

Al alba del 22 de octubre, en Hampton Roads reinaba un ruido infernal. A bordo de doce buques en cinco muelles distintos, los marineros vestidos con overoles y gorras blancas arrancaban el linóleo de las cubiertas, los paneles de madera y el corcho de aislamiento. Cientos de hombres quitaban la pintura de los mamparos con martillos y cinceles. Los incendios de barcos ocurridos ese otoño en las islas Salomón convencieron a las autoridades de que había que quitar todo el material inflamable de la Task Forcé 34, dando a la flota el aspecto bélico de un garaje a medio construir.

Desde Norfolk y Portsmouth en la ribera sur de Roads hasta Newport News y Hampton en el norte, los remolcadores esperaban a un grupo de cargueros en los embarcaderos. Batallones de estibadores hormigueaban en cada barco apilando en las popas las lonas que habían cubierto las escotillas y movían las botavaras por encima de las bodegas abiertas. Las pasarelas sujetaban las eslingas de carga a una uña de trinquete y los ruidosos cabrestantes a vapor ponían otra carga más en el barco. Por encima de la cacofonía de las remachadoras y las soldadoras y el chirrido de las raspaduras de metal, la música de *Over There* resonaba desde un depósito donde la banda había practicado su repertorio de guerra. «The Yanks are coming, the Yanks are coming...»

En las bodegas entraron tanques y cañones, botes de goma y motores fuera borda, municiones y ametralladoras, lentes de aumento y escaleras de mano, relojes de alarma y bicicletas. En las bodegas entraron tractores, cemento, alquitrán y más de un millón de galones de gasolina, casi todos en latas de cinco galones. En las bodegas entraron

miles de metros de alambre, maquinaria para perforar pozos, vagones de tren, 750.000 botellones de repelente de insectos y 7.000 toneladas de carbón en bolsas de arpillera. En las bodegas entraron zapatillas negras de baloncesto, 3.000 vehículos, altavoces, 5.000 metros de cuerdas de algodón y 100.000 dólares en monedas de oro confiadas personalmente a George Patton. Y en las bodegas entraron una sección de palomas mensajeras, seis matamoscas y setenta rollos de papel insecticida para cada 1.000 soldados, además de 25 kilos de raticida por compañía.

Un contenedor especial, requisado el 18 de octubre con un mensaje urgente al Departamento de Guerra, portaba mil condecoraciones para heridos de guerra.

En teoría, sólo 800 personas en el mundo conocían el destino final de las flotas de ANTORCHA. Muchas cajas habían sido selladas y puestas bajo custodia para evitar cualquier filtración sobre el norte de África francés. Los libros de frases en francés con claves de pronunciación, para ser distribuidos en alta mar, revelaban perfectamente la ambivalencia de los aliados. Tanto se enseñaba «Yo soy tu amigo» como «Te mataré si te resistes». Una emisora de propaganda, improvisada con un transmisor de Jersey City y un generador de una fábrica de tejidos de Carolina del Sur, estaba instalada secretamente en el acorazado *Texas*, con un texto para ser transmitido a las tribus beréberes: «Atención, nosotros, los guerreros sagrados de Estados Unidos, hemos llegado... Hemos venido para liberaros». Los responsables de intendencia no sólo habían acaparado toda la lencería que pudieron comprar, sino también 70.000 pares de gafas de sol y una cantidad similar de pañuelos de cuello confeccionados en un taller secreto de Filadelfia, así como 10 millones de tabletas de sal y 67.000 brazaletes con la bandera estadounidense, además de 138.000 imperdibles para fijarlos en las mangas de los uniformes. Unos rótulos en letras negras advertían: «No abrir hasta haber llegado a destino». Un suministro para treinta días de bombas, obuses y minas de gas venenoso había sido consignado en principio a un posterior convoy, pero a finales de septiembre fue cancelado cuando los comandantes aliados consideraron «muy improbable» que el enemigo usara armas químicas en los inicios de la campaña africana.

Usando una guía comercial Michelin de Marruecos, una imprenta oficial en las afueras de Washington pasó semanas reproduciendo toneladas de mapas que fueron llevados a las bodegas junto con cajas selladas de Baedekers, viejos números del *National Geographic*, guías francesas de turismo y el volumen «M» de varias enciclopedias. Correos secretos adquirieron en el extranjero mapas en relieve de yeso de los puertos y costas marroquíes. El Departamento de Guerra descubrió que los hombres provenientes del sindicato de pasteleros y panaderos eran quienes hacían los mejores modelos. Otras cajas secretas contenían unos peculiares tubos abiertos de 53 centímetros con dardos de un kilo y medio, junto con un manual de instrucciones porque nadie en la Task Force 34 había oído hablar jamás de un lanzacohetes o cohetes antitanques o M9, pronto conocidos como bazucas.

Se suponía que todo el cargamento sería embarcado como carga de combate, un principio clave para acciones de guerra por el cual todo el equipo se almacena en orden inverso a la secuencia necesaria para un desembarco bajo fuego enemigo. En cambio, el único principio imperante fue el caos. El material había estado llegando a puerto desde finales de septiembre en vagones de tren tan mal marcados que en un momento se paralizó todo embarque mientras los soldados revisaban 700 cajas misteriosas que habían acabado por error en una vía muerta de Richmond.

Diferentes líneas de ferrocarril servían a distintos muelles, de modo que las cargas extraviadas tenían que ser transportadas a través de la bahía. Los muelles se llenaron de material; los cargamentos estaban tan mal preparados que los soldados que se encaramaban a los vehículos en busca de sus equipos rompieron casi una tercera parte de los parabrisas. La munición necesaria como lastre llegó tarde, obligando a algunos buques a regresar a los muelles para volver a cargar. proyectiles de artillería, granadas extraviadas y TNT campeaban en los muelles o en las pasarelas, camarotes y dormitorios de las tropas. El capitán del *Lakehurst* confesó que un torpedo hundiría su barco en pocos minutos a menos que diera en los depósitos de gasolina y de municiones, con lo cual el hundimiento sería mucho más rápido.

Un oficial con una mente retorcida y una formación clásica tomó prestadas unas palabras de la *Eneida* para describir el puerto de embarque de Hampton Roads: «Forsan et haec olim meminisse invabit». Algún día, tal vez, la memoria de estas cosas será agradable. Algún día, tal vez, pero no muy pronto.

Ese jueves caótico, Patton voló de Washington a Norfolk en un avión C-47 de transporte con su maletín y un séquito de ocho oficiales de rango superior. Con su letra oblicua y rúnica, había escrito su testamento y un extenso texto para su esposa Bea sobre cómo cuidar a los caballos en su ausencia. A su cuñado escribió: «Mi proverbial buena suerte ahora debe dar el máximo de sí. Toda mi vida he querido liderar a un grupo de hombres en una batalla desesperada; ahora voy a hacerlo». A una amiga de la familia, señaló que para cuando ella leyera la carta: «Estaré muerto o no; si es así, prométeme un buen velatorio irlandés». Ahora, andando de buque en buque por los muelles, Patton inspeccionó la carga con la mirada posesiva de un hombre que pensaba utilizar cada bala, bomba y zapatilla de baloncesto. Cuando le preguntó a un joven capitán de intendencia cómo iba la carga, el oficial le contestó: «No lo sé, pero mis camiones han llegado sin novedad». Patton se tomó un respiro para escribir en su diario: «Ésa es la respuesta. Si cada uno cumple con su deber, esta empresa aparentemente imposible se llevará a cabo. Cuando pienso en la grandeza de mi trabajo y tomo conciencia de quién soy, me quedo atónito, pero después de reflexionar me pregunto quién es mejor que yo. No conozco a nadie». Fue la correcta autoevaluación de un hombre que había pasado las últimas cuatro décadas preparándose para este momento, desde el día que había llegado como un cadete más a West Point. Había pasado más de un cuarto de siglo desde que recibiera por primera vez el sabor

intoxicador de la batalla y la fama durante la expedición punitiva a México en 1916, cuando por un instante se había convertido en un héroe nacional por matar a tres bandidos y haber atado sus cuerpos en los estribos del coche como si fueran trofeos de caza. Había sido ascendido a coronel a los 32 años durante la Gran Guerra y fue padre fundador de la guerra acorazada. Entonces, su carrera pareció haber llegado a su fin debido a la inactividad del ejército de entreguerras. A los cincuenta años, después de leer *Generalship: Its Diseases and Their Cures*, el clásico de J. F. C. Fuller, Patton había llorado amargamente porque ochenta y nueve de los cien grandes comandantes biografiados allí eran menores que él. Ahora, a los 56 años, le había llegado la hora del adiós.

Patton era una auténtica paradoja y lo seguiría siendo, un gran cúmulo de gestos calculados y emociones palmarias y espontáneas. Instruido, con dominio del francés y lleno de privilegios, podía ser grosero, descortés y presuntuoso. Había sintetizado su profundo estudio de la historia y de la ciencia militar en un manifiesto de ocho palabras: «Violentos ataques en todas partes y contra todo». En menos de tres años, sería el líder militar más famoso del siglo XX, una persona cuyo nombre, como los de Jeb Stuart y Phil Sheridan, evocaba el ímpetu y el brío de una carga de caballería. Moriría en menos de cuatro años y el obituario del *New York Times* publicaría el epitafio perfecto: «No fue un hombre de paz».

«Denme generales con suerte», había dicho recientemente Roosevelt a un oficial británico. En la reunión celebrada en el despacho oval la tarde anterior, el presidente había descrito con perspicacia a Patton como un hombre con suerte que además creía en ella. «Patton es fascinante», había escrito después de la reunión. Por su parte, muy propio de él, Patton había puesto de manifiesto su disgusto porque el presidente no le había dado un mensaje de «victoria o muerte» a Hewitt, de cuya determinación dudaba. «Un gran político», escribió en su diario Patton después de la reunión, «no es necesariamente un gran líder militar.»

Tampoco un gran líder militar era necesariamente un gran político, tal como Patton había demostrado en incontables ocasiones durante los preparativos de ANTORCHA. Mientras Hewitt preparaba sus barcos, Patton entrenaba a sus hombres y había afrontado esa tarea imponiendo su voluntad.

Su mando en ANTORCHA consistía en tres divisiones provenientes de diversas unidades (la 9.ª de infantería, la 3.ª de infantería y el 2.º regimiento acorazado). Otras ocho divisiones tuvieron que cederle tanto equipo y tropas que tardaron seis meses en recuperarse. En las últimas dos semanas, Patton había viajado a diferentes cuarteles de Virginia y Carolina del Norte para inspeccionar las tropas y «endurecerles el alma». Más tarde, un comandante recordó que siempre se enteraba de las visitas de Patton porque las unidades así honradas invariablemente daban parte de que varios oficiales «habían sido puestos bajo arresto por haber incurrido en su ira». El 14 de octubre, Patton envió idénticas cartas a todos los oficiales a cargo de tropas. «Si no obtienen el

éxito, no quiero verlos con vida», avisaba. «No veo razón alguna para sobrevivir a una derrota y estoy seguro de que si todos ustedes entran en batalla con igual resolución, triunfaremos, tendremos larga vida y hasta ganaremos un poco de gloria.»

En un brindis en una base, Patton declaró: «A la salud de nuestras mujeres. Dios santo, qué viudas más guapas dejaremos». Su consejo a la 9.ª división para derrotar a los alemanes fue: «Cojan a esos pusilánimes hijos de puta por la nariz y denles una buena patada en los huevos». A otros les ordenó masacrar «en masa a esos hunos bastardos». En Fort Bragg, mientras se dirigía a las tropas que había capitaneado en la 2.ª división acorazada, las lágrimas le corrieron por las mejillas y se retiró del podio sin decir palabra. Los hombres le ovacionaron. En su diario, Patton se reprochó una vez más su «inclinación a exteriorizar emoción, un atributo muy poco militar».

La mañana del viernes 23 de octubre, más de 150 jefes de compañía, capitanes de barco y oficiales de alto rango llenaron un depósito fuertemente vigilado en Norfolk. Hewitt habló brevemente revelando por primera vez que el destino sería África. Durante más de cuatro horas, los planificadores de ANTORCHA revisaron la operación hasta el último detalle. Terminaron con los procedimientos debidos para enterrar a los muertos y registrar sus tumbas.

Entonces, Patton subió a la tribuna con pantalones y botas de montar y una pistola con empuñadura de marfil a cada lado. Arengó a los hombres y señaló que mataría a cualquier soldado norteamericano que molestara a las mujeres marroquíes.

«Si tienen alguna duda sobre lo que deben hacer, se lo diré muy simplemente», dijo con su voz estridente y aguda. «La idea es avanzar y normalmente se sabe donde está el frente por el ruido de los tiros. Para dejarlo aún más claro: supongamos que pierden una mano o una oreja o quizá parte de la nariz, y piensan que deben ir a primeros auxilios. Si yo los veo haciendo eso, será el último itinerario que hagan. Como oficiales, se espera que avancen.»

A continuación desafió a la marina a emular al almirante David Farragut, que había maldecido los torpedos en 1864, en la bahía de Mobile, pero, continuó Patton: «No tengo ninguna fe en que la maldita marina nos deje a menos de cien kilómetros de la playa o no se demore una semana para el previsto desembarco. No importa. Póngannos en África. Y nosotros caminaremos».

Terminó con arrogancia: «Atacaremos durante sesenta días y, entonces, si tenemos que hacerlo, sesenta más. Si avanzamos con desesperación a la máxima velocidad y luchamos, esa gente no podrá enfrentarse con nosotros».

Los hombres se pusieron firmes mientras Patton salía del recinto. La mayoría de los marinos y muchos de sus colegas del ejército nunca habían oído hablar de George S. Patton. Ahora sabían quién era.

Cuando se aproximó la hora de la partida, se desató la anarquía en los muelles. A veces Patton contribuía al desorden. En una mañana especialmente febril, entre las 8 y las 9, sus oficiales de intendencia cambiaron seis veces los planes de carga.

Sin embargo, más habitualmente, Patton, Hewitt y los demás oficiales daban muestras de inventiva para resolver problemas, algo que caracterizaría a los norteamericanos durante la guerra. A las once, los médicos militares cayeron en la cuenta de que la Task Force había almacenado sólo una pequeña fracción del necesario plasma sanguíneo. Experiencias recientes habían demostrado que el plasma, el fluido que queda después de eliminar los glóbulos rojos y blancos de la sangre, era sumamente eficaz para mantener con vida a los soldados heridos y que secado podía ser conservado sin refrigeración alguna durante semanas. Con la autorización del Departamento de Guerra, hacia el final de ese día, el jefe médico del puerto había requisado prácticamente todo el plasma existente al este del río Mississippi y enviado tres bombarderos para transportarlo. Cuando el tiempo empeoró en Norfolk, el personal de tierra encendió grandes fogatas para guiar a los pilotos. Los camiones cruzaron el campo de aterrizaje y corrieron a toda velocidad hasta el puerto con mil preciosas unidades poco antes de que zarpara la flota.

No menos emocionante fue la historia del buque a vapor *Contessa*. Hacía semanas que el Departamento de Guerra buscaba un barco de poco calado capaz de navegar por las sinuosas aguas de un río marroquí hasta el aeropuerto de Port Lyautey, uno de los principales objetivos de Patton. Una búsqueda a escala mundial dio como resultado el *Contessa*, un herrumbrado lanchón de carga quemado por la sal y con un calado apenas superior a los cinco metros que había hecho su vulgar carrera transportando plátanos y cocos en el Caribe. Se le ordenó dirigirse a Newport News. El patrón, el capitán William H. John, un británico de cejas pobladas y bigote desaliñado en un rostro alargado y achatado, supo en puerto que cargarían mil toneladas de bombas, cargas de profundidad y combustible de alto octanaje para la aviación y zarparían con rumbo a un destino desconocido. De inmediato, la tripulación desertó.

Descargaron las bananas del *Contessa* y el 24 de octubre lo subieron a un dique seco para un rápido calafateo y una reparación de las grietas en la quilla. El capitán John y un teniente de navío de la reserva llamado A. V. Leslie se dirigieron a la penitenciaría de Norfolk, donde los guardianes estatales ya habían identificado a los presos más sórdidos de Virginia. John y Leslie entrevistaron a cincuenta reclusos. Muchos eran marineros alcoholizados, «de mirada vidriosa e inestables al máximo», pero dispuestos a un viaje que había sido descrito como con buena paga y peligroso, y lejos de las celdas de Norfolk. Eligieron a quince hombres cuyas condenas quedaron conmutadas. Policías de la marina con armas antidisturbios les escoltaron hasta el *Contessa*. Secado y fuertemente emparchado, el lanchón frutero bajó del dique seco con el casco limpio y fue al Dique X, el muelle de las municiones, para empezar a embarcar el cargamento.

Toda la confusión que caracterizó el embarque de la carga ahora se reprodujo con la llegada a Hampton Roads de 34.000 soldados. Los trenes con las ventanillas cerradas cruzaron Norfolk y Portsmouth, a veces llegando al muelle correcto y a veces

no. Muchos hombres se encontraban exhaustos tras haber viajado toda la noche y algunos, toda la semana. Un comandante de artillería, sospechando que iban a un campo de batalla tropical, había decidido aclimatar a sus hombres cerrando herméticamente las ventanillas de los vagones y transformándolos en lo que un oficial superviviente denominó «un sofocante infierno».

La policía militar patrullaba las vías y las estaciones de autobuses en busca de desertores. En los últimos seis meses, el ejército había presentado cargos de desertión contra más de 2.600 soldados, declarando culpable al 90 por 100. La indisciplina también plagaba las unidades que habían sido estacionadas durante semanas en Virginia. Tantos hombres poblaban el penal de Solomon's Islands en la bahía de Chesapeake durante los ejercicios anfibios que había una lista de espera para entrar en la cárcel; sólo el 3 de octubre treinta hombres pasaron por el consejo de guerra por distintas infracciones. Al presentir que irían a la guerra, muchos soldados bebían hasta perder el conocimiento. Los jefes distribuyeron panfletos de advertencia. «La verdad es que el abuso de las glándulas sexuales cansa y debilita a un hombre.» Finalmente, muchos hombres debilitados se arrastraron hasta los muelles.

Hubo establecimientos de Norfolk que sirvieron a quienes iban en busca de libertinaje antes de embarcar pese al ocasional letrero de «Prohibida la entrada a marineros y perros». La corrupción de la ciudad aumentaba con la llegada de cada nuevo regimiento. Cada noche, miles de hombres andaban de una punta a otra de Main Street, que era descrita como «la manzana más grande y más poblada de cervecerías de todo el mundo». Los taxis se convirtieron en burdeles rodantes y flotillas de caravanas con chicas se ocupaban de los concupiscentes. El 18 de octubre, la policía antivicio arrestó a 115 personas en «la mayor redada moral de la historia local». Con las celdas llenas a rebosar, el jefe de policía de la ciudad solicitó al gobierno que le proporcionara «un campo de concentración... un campo lo bastante grande como para alojar a dos o tres mil mujeres». La dura realidad de la guerra, incluidos numerosos ataques de submarinos en las costas de Virginia, había llevado la ciudad a la histeria. Circulaban rumores de que los negros locales planeaban masacrar a los ciudadanos blancos durante un apagón eléctrico. Se decía que los organizadores habían comprado 300 piquetas en una ferretería del centro.

Los soldados, sobrios o no, encontraron el rumbo a los veintiocho barcos de transporte. Fueron desconectados los teléfonos públicos en todos los muelles y los ingenieros del puerto levantaron una alta valla alrededor de cada zona del puerto. «Si dicen adonde van, es muy posible que nunca lleguen allí», advertían los letreros de seguridad, lo que era absurdo porque muy pocos tenían una remota idea de su destinación. Algunos soldados inflaban condones con gas natural de los calentadores de las tiendas de campaña y los hacían volar en dirección a la ciudad con notas invitando a cualquier chica dispuesta a satisfacer las necesidades de un guerrero de viaje a que se saltase las medidas de seguridad. En un acto absurdo y final, el ejército

insistió en que los hombres subieran a bordo por orden alfabético en vez de por unidad táctica. Miles y miles subieron por las rampas con pesadas mochilas militares y anduvieron horas arriba y abajo por las escaleras en busca de sus camaradas. Otros tuvieron que desembarcar de noche para reagruparse antes de regresar a bordo.

De ocho a doce oficiales compartían cada camarote. Tuvieron que acomodarse en cuatro literas una encima de la otra mientras que los coys ocupaban el resto del espacio disponible. Se decía: «Dios debe amar mucho a los soldados porque ha creado a tantos», entre otras cosas. Partidas de póquer y de dados proliferaron por las escaleras. Los marineros no paraban de fregar. Muchachos casi imberbes se tendían en los camastros y miraban con expresión ausente los mamparos o se esforzaban por poner por escrito en cartas a sus casas lo que todos ellos sentían. «Siento miedo. Te añoro. Te amo.»

Un distante fragor de cabrestantes señaló la subida de la eslinga con la última carga. Y un nuevo ruido se sumó a la barahúnda generalizada: el sonido de miles de soldados afilando sus bayonetas y sus puñales de combate cuerpo a cuerpo.

La madrugada del 24 de octubre reveló un bosque de mástiles y torretas a lo largo y ancho de Hampton Roads, de donde se disponía a zarpar la mayor flota de guerra jamás reunida en aguas estadounidenses. Borrascas efímeras soplaban del Atlántico envolviendo a las embarcaciones con una niebla grisácea. Unas lanchas con los focos recubiertos transportaban a unos pocos oficiales que acababan de pasar una última noche con sus mujeres en el Hotel Chamberlin. Arropado con una capa náutica, Hewitt subió a bordo del buque insignia, el *Augusta*. El sonido en aumento de la sirena del contraalmirante anunció la llegada del almirante.

En 1907, desde este mismo fondeadero, despedido con vítores patrióticos y ante la presencia de Theodore Roosevelt a bordo de su yate, el *Mayflower*, Hewitt había zarpado a navegar por el mundo con dieciséis acorazados en la Gran Flota Blanca. Para hacer menos aparatosa esta salida, Hewitt organizó una reunión en alta mar con varios de sus barcos más poderosos, incluido el nuevo acorazado *Massachusetts*, que había zarpado de Maine. Un contingente aún más numeroso esperaba a la Task Force cerca de Bermudas. Ese grupo contaba con el *Ranger*, el único verdadero portaaviones, y cuatro «portaaviones» de escolta, unos petroleros que habían sido revestidos con cubiertas de vuelo. Ninguno de los portaaviones tenía más de una decena de aviadores experimentados; la marina también informó que algunas tripulaciones incluían «apenas un puñado de oficiales y de hombres que habían visto agua salada alguna vez». Pero de los 102 barcos de la flota, sólo el *Contessa* sufrió una grave demora. Aún cargando gasolina y bombas en el Dique X, seguiría al convoy a solas en dos días.

Patton se instaló en la cómoda cabina de capitán a bordo del *Augusta*. Había un montón de novelas de misterio en la mesilla al lado de la cama, junto con el Corán, que pensaba leer durante la travesía. A menudo practicaba ante el espejo feroces gestos marciales, pero aquí no había necesidad de teatro. Estaba solo como únicamente puede

estarlo un mando de tierra que viaja a lejanos confines del mundo.

«Ésta es mi última noche en Estados Unidos», había escrito en su diario la noche anterior. «Pueden pasar años antes de volver o quizá sea para siempre. Si Dios quiere, cumpliré mis deberes con mis hombres y conmigo mismo.» Pensó en la mañana del miércoles en Washington, hacía sólo tres días. Antes de ir a la Casa Blanca, había ido a ver en el hospital Walter Reed Army, en la calle 16, a su viejo héroe, el general John J. Pershing. El general, un débil anciano de 82 años, le hacía recordar sus aventuras en México, donde Patton había servido como ayudante de campo. «Me gustan los generales tan audaces que resultan peligrosos.» Patton besó la mano de Pershing, una mano desecada como una hoja caída, y le pidió la bendición. «Adiós, George», replicó el viejo general. «Que Dios te bendiga, te proteja y te dé la victoria.»

«Generales tan audaces que resultan peligrosos.» Él podía afrontar ese reto. A su viejo amigo Eisenhower en Londres le había escrito: «Debemos pensar en vencer o ser aniquilados en Casablanca». También garrapateó dos notas a Bea. «Probablemente pase algún tiempo antes de que recibas una carta mía, pero estaré pensando en ti y amándote», dijo en una. En la otra, para ser abierta sólo «si se me declara oficialmente muerto», confesaba cuan difícil le resultaba expresar sus sentimientos por una mujer que había conocido a los 16 años. Se dirigía a ella como de ultratumba: «Tu confianza en mí fue lo único seguro en un mundo de tenebrosas incertidumbres».

Poco después de las siete de la mañana, el *Joseph T. Dickman* levó anclas y avanzó por las aguas, seguido por el *Thomas Jefferson*, el *Leonard Wood* y un majestuoso desfile de embarcaciones. Los destructores se adelantaron y entraron en las nieblas marinas, el barco en cabeza en la posición conocida como «Dead Man's Corner», mientras los transportes retiraban las redes antisubmarinas que protegían Hampton Roads. Impuesto el silencio en las radios, los ajustes de curso recorrían la flota en un éxtasis de señales luminosas y de banderas de códigos de señales. Los aviones patrulleros y dos dirigibles plateados vigilaban el canal que giraba al este en Cape Henry y Cape Charles. Aumentando la velocidad a catorce nudos, los barcos de transporte salieron de la boca del río James y cruzaron Thimble Shoals y Tail of the Horseshoe. Los soldados se ajustaron las chaquetas salvavidas y se amontonaron en las barandillas de cubierta mirando en silencio Old Point Comfort.

La madrugada era luminosa y ventosa. Los ángeles pendían invisibles de los obenques y las crucetas. Los jóvenes destinados a sobrevivir y a morir de viejos cincuenta años más tarde recordarían siempre ese momento, cuando un ejército al alba partió a alta mar por una causa que aún ninguno de ellos comprendía del todo. En tierra, mientras la gran armada zarpaba majestuosamente, sus sueños, como seres vivos, entraron en las habitaciones donde dormían sus seres queridos.

ENCUENTRO EN CHERCHELL

Incluso antes de que la armada levara anclas en Virginia, una reducida avanzadilla

invasora ya se encontraba cerca de la costa africana. La partida era de menos de una decena de hombres; su misión valiente y arriesgada se convertiría en una de las más famosas operaciones clandestinas de la guerra.

Dio comienzo con una luz. El general de división Mark W. Clark apareció en el puente del submarino *Seraph* a las diez de la noche del 21 de octubre y enfocó con sus binoculares una luz brillante en la costa argelina. Sujetado con el fin de aguantar las sacudidas del submarino, paseó los lentes por la blanca línea del rompiente a tres kilómetros de distancia. Tras varios días de lento viaje submarino a cuatro nudos por hora desde Gibraltar, Clark desesperaba por llegar a tierra. Aunque el *Seraph* subía cada noche a la superficie a cargar las baterías, el aire fétido del interior estaba tan viciado que no encendían las cerillas. Clark y los otros cuatro oficiales norteamericanos habían pasado el tiempo jugando incontables partidas de bridge y, después de unas lecciones impartidas por los comandos británicos a bordo, de otros juegos de naipes. Clark tenía la cabeza llena de chichones. Con su metro noventa de altura le resultaba imposible evitar los innumerables conductos y clavijas del submarino.

«Allí, a la izquierda, está la colina como pan de azúcar. Puedo ver su contorno contra el cielo», le comunicó al capitán del *Seraph*, el teniente Norman I. A. Jewell. Un pálido resplandor indicaba hacia el este el puerto pesquero de Cherchell, que se creía fundado por Selene, hija de Marco Antonio y Cleopatra. Argel estaba a menos de cien kilómetros de costa. Clark volvió a enfocar la luz que brillaba en el tejado de una granja aislada. «Hay una playa debajo de la casa. Y una mancha oscura detrás de la playa. ¡Esos son los árboles!», dijo Clark. «Sí, señor, éste es el lugar que buscamos.»

Jewell ordenó poner en marcha los motores. El *Seraph* avanzó hasta casi 400 metros del rompiente y allí permaneció subiendo y bajando con la marejada. La luna creciente iluminó la cubierta y el mar oscuro. Los comandos montaron diestramente las canoas, unos kayaks hechos con lonas y planchas de nogal americano. Clark y el resto de los hombres volvieron a verificar sus equipos, incluidos los cinturones llenos de dinero y 1.000 dólares en monedas canadienses de oro que se habían obtenido con dificultades el domingo por la tarde del Banco de Inglaterra en Londres. Cada hombre llevaba uniforme militar; seis saboteadores alemanes capturados con vestimenta civil y desembarcados de un submarino alemán en las costas de Nueva York y Florida habían sido ejecutados en la silla eléctrica del Distrito de Columbia hacía dos meses. Nadie en esta misión tenía la menor intención de ser ejecutado por espía.

Las primeras tres parejas de hombres lograron controlar las canoas y sentarse en aquel mínimo espacio, pero cuando Clark estaba a punto de bajar del submarino, el fuerte oleaje volcó el bote y al comando que ya estaba allí, el capitán Godfrey B. Courtney. «¡Tengo que desembarcar!», gritó Clark. «¡Tengo que desembarcar de inmediato!» Trajeron otra canoa y uno de los norteamericanos cedió su sitio a Clark. La tripulación enderezó la embarcación volcada y rescató a Courtney de las aguas.

Listos finalmente, los hombres se alejaron remando del *Seraph* y en formación V avanzaron hacia la luz por encima de la playa.

Mark Clark, Wayne para los amigos, era una extraña opción para liderar una misión clandestina detrás de las líneas enemigas. Como asistente de Eisenhower y jefe de planificación, conocía mejor que nadie la operación ANTORCHA. Asimismo, era uno de los pocos norteamericanos que conocía Ultra, el grupo de inteligencia reunido en torno al desciframiento británico de los mensajes en clave de la radio alemana, un secreto tan insondable que en broma era conocido como QAL, «quemar antes de leer». Si las fuerzas de Vichy capturaban a Clark y lo entregaban a la Gestapo, las consecuencias serían incalculables tanto para ANTORCHA como para la causa aliada.

El hecho de que Eisenhower hubiera confiado la misión a Clark pese a los peligros que entrañaba era tanto una señal de su ingenuidad como comandante en jefe como de su fe en Clark, que se había convertido en su imprescindible áter ego. Los padres de Clark eran un militar y la hija de un inmigrante judío rumano; como cadete en West Point, se hizo bautizar como episcopaliano, el credo considerado más conveniente para los aspirantes a general. En la academia, le conocían por el Contrabandista por su habilidad para entrar dulces prohibidos en las barracas. Aún más importante que eso fue que hizo amistad con un sargento de compañía, un cadete mayor que él llamado Ike Eisenhower. Gravemente herido por metralla en 1918, Clark, entonces un joven capitán, había sido destinado a una gira por Chautauqua predicando el evangelio de la vida castrense con un grupo de ventrílocuos, actores itinerantes y campaneros suizos.

Más recientemente, mientras servía como oficial en el Departamento de Guerra, se le atribuyó el diseño de técnicas de cadena de montaje para crear divisiones en serie. En junio de 1941, su superior le describió como una «rara combinación de atractiva personalidad con corazón decidido, fino tacto e inteligencia». Después de Pearl Harbor, Marshall le pidió una lista de diez generales de brigada para seleccionar al jefe de planificación de guerra. «Le doy un nombre concreto y nueve posibilidades», replicó Clark. «Dwight D. Eisenhower.» Años después, Eisenhower le dijo a Clark: «Tú eres más responsable que nadie en este país de la oportunidad que me dieron».

La deuda se pagó en agosto de 1942, cuando Eisenhower le nombró su jefe de planificación de guerra en Londres y subcomandante de la operación ANTORCHA. Pronto los dos norteamericanos se convirtieron en favoritos de Churchill y eran convocados con frecuencia al 10 de Downing Street y a la residencia del primer ministro en Chequers para realizar sesiones de brainstorming a medianoche. Clark describió gráficamente a Churchill con su bata holgada y zapatillas hablando de estrategia mientras bebía un brandy o devoraba una cena de última hora:

Cuando le pusieron la sopa delante, la atacó con ganas, la boca a cinco centímetros del líquido y el cuerpo doblado. Comía con un ronroneo y sorbiendo el

líquido, y la cuchara volaba tan rápidamente de la boca al plato que casi no se veía, hasta que limpió el fondo del plato y bramó con gusto: «¡Más sopa!». Dirigiéndose a los invitados, comentó: «Una buena sopa, ¿verdad?».

Al igual que Eisenhower, en los últimos dos años Clark había sobrepasado a cientos de oficiales de mayor antigüedad durante su ascenso de comandante a general de división. Meticuloso y sagaz, también era dado a una autopromoción implacable que ofendía a sus amigos e indignaba a sus rivales. Entre estos últimos estaba Patton, quien confió a su diario a fines de septiembre: «Parece más interesado en su futuro que en ganar la guerra». Otro general calificó a Clark como el «genio perverso» de la fuerza aliada, pero ese epíteto caricaturizaba y ultrajaba su papel. En verdad, era un hábil comunicador, sus memorándum diarios a Eisenhower son pequeñas obras de arte de precisión y eficacia, pero estaba al albur de sus inseguridades. «Cuantas más estrellas se poseen, cuanto más alto se asciende, más expuesto está uno a cualquier peligro», afirmó en una ocasión. «La gente siempre está a la espera de una oportunidad para malinterpretar tus acciones.»

El viaje a Cherchell había sido organizado apresuradamente a petición secreta del general Charles Emmanuel Mast, un alto mando de Vichy en Argelia. Mast había enviado un mensaje diciendo que quería conferenciar con un mando norteamericano sobre el modo en que los aliados podían «entrar sin prácticamente disparar un tiro». Clark insistió en encabezar la misión, «contento como un niño con un juguete nuevo», con la posible aventura y la oportunidad de consumir el mayor golpe diplomático norteamericano de la guerra.

Además de recoger información por medio de Ultra, los aliados se las habían ingeniado, por medio de seducciones y robos, para apropiarse de varios códigos diplomáticos de los italianos, los franceses de Vichy y los españoles. Washington también disponía de una red de espionaje en el norte de África: una docena de vicecónsules conocidos como los Doce Apóstoles, que técnicamente servían como «oficiales de control de alimentos» según un acuerdo comercial todavía en vigor entre Washington y Vichy. Pero los Apóstoles no eran de ningún modo espías profesionales. Uno había sido un vendedor de Coca-Cola en Mississippi y otro fue descrito como «un ornamento del Harris de París». Un tercero confesó más tarde: «Yo no sabía ni cómo abrir el cajón de un escritorio». El apóstol Kenneth Pendar, un ex arqueólogo de Harvard, reconoció: «Nosotros volamos... para caer como Alicia en el País africano de las Maravillas». Un despectivo agente alemán informó en Berlín: «Se concentran enteramente en sus intereses sexuales, sociales y culinarios». Aunque de hecho los Apóstoles obtuvieron una valiosa información sobre puertos, playas y defensas costeras, no podían dar respuesta a la pregunta fundamental de si lucharían los franceses. Clark intentó averiguarlo.

Sólo el ladrido de un perro y los murmullos del oleaje rompían el silencio reinante mientras Clark y el capitán Courtney esperaban a menos de 200 metros de la

playa. Era poco más de la medianoche del 22 de octubre. La luz de la luna y la desnuda bombilla que se balanceaba en la ventana superior revelaron que la granja en el alto tenía tejas naranjas y las paredes de estuco cubiertas de hiedra. Desde la playa llegó la señal de todo en orden: guión punto guión de un código Morse «K». Inclinados sobre sus remos, los dos hombres se deslizaron limpiamente a través del rompiente y se unieron a los demás que ya arrastraban sus botes por la arena.

De un olivar al borde de la colina salió un hombre alto y encorvado vestido con un jersey de cuello alto, zapatillas y una gorra de baloncesto. Era Robert Murphy, el diplomático norteamericano de mayor rango en Argelia y jefe de los Apóstoles. «Bienvenidos a Africa», dijo con aire de experimentado anfitrión recibiendo a los invitados. Clark dejó a un lado el pomposo discurso que se había preparado en francés y contestó simplemente: «Suerte que lo hemos logrado». Los hombres portaron a hombros las canoas y siguiendo a Murphy subieron la colina y traspasaron una gran puerta verde. Al entrar en un recinto con hileras de palmeras, pasaron la casa del propietario, un patriota francés llamado Henri Teissier, que miraba nervioso desde las sombras. Al ver a Clark con una carabina, otro francés murmuró: «¡Un general con escopeta! ¿Qué clase de ejército es este?». Después de esconder las canoas en una gran despensa, se reunieron en una pequeña habitación desordenada de la granja, donde celebraron su buena suerte con vasos de whisky antes de retirarse a descansar.

Murphy estaba demasiado excitado para dormir. El encuentro había sido obra suya y creía que si tenía éxito, el norte de Africa podía pasar a manos aliadas sin derramamiento de sangre. De 47 años, pálida piel irlandesa y «una alegría contagiosa», el hombre había crecido en Milwaukee. Un pie destrozado en un accidente de ascensor le había impedido la entrada en el ejército en la primera guerra mundial; en cambio, había estudiado derecho antes de ingresar en el cuerpo diplomático. Con dominio del alemán y del francés, simpático y culto, pasó una década en París; allí estaba cuando llegaron los alemanes, y él, por orden de Washington, siguió a lo que quedaba del gobierno hasta Vichy. Había ayudado a organizar un envío de casi 2.000 toneladas de oro del Banco de Francia a Dakar en un crucero estadounidense, y Roosevelt, que siempre apreciaba a un agente encantador, nombró a Murphy su representante personal en el Africa francesa con la admonición: «No se moleste en contactar con el Departamento de Estado». Durante meses, Murphy había viajado entre Washington y Londres, a veces disfrazado de teniente coronel porque, según señaló el general Marshall, «nadie presta la más mínima atención a un teniente coronel». En sus frecuentes viajes al norte de África, contrabandeaba transmisores de radio en la maleta diplomática.

Debido a su inclinación natural al *statu quo* conservador, los franceses libres de Charles de Gaulle recelaban de Murphy y lo desdeñaban por «creer que Francia consistía en la gente que cenaba con él». El diplomático británico Harold Macmillan llegó a la conclusión de que Murphy «tiene el hábito incorregible de ver a todo el

mundo y coincidir en todo con todos». Bob Murphy hacía caso omiso de esos comentarios con una sonrisa de indiferencia y con la convicción de que él era una apuesta personal de Roosevelt.

A las seis de la mañana llegó en coche de Argel el general Mast con un séquito de cinco oficiales. Murphy despertó a Clark y los otros para hacer las presentaciones y luego ofreció un desayuno de café y sardinas en la sala. De baja estatura, complexión recia y con dominio del inglés, Mast había sido capturado por los alemanes en 1940 y repatriado después de meses de reclusión en el famoso penal sajón de Kónigstein. Pese a su cargo de vicecomandante de la 19.ª compañía del ejército de Vichy, Mast tenía el corazón de un insurrecto. Si los norteamericanos invadían el norte de África, le dijo a Clark, debían considerar hacerlo en primavera, cuando los oficiales rebeldes estuvieran totalmente preparados para poner el hombro. Clark tenía órdenes estrictas de no revelar que ANTORCHA estaba en marcha y respondió vagamente: «Lo mejor es hacer algo pronto. Tenemos el ejército y los medios».

Durante más de cuatro horas, los generales intercambiaron falsedades. Mast presionó para que los aliados se pusieran de parte de su jefe Henri Giraud, un general veterano cuya reciente y valiente fuga de Kónigstein había avivado la resistencia francesa. Si ustedes traen a Giraud de su escondite en el sur de Francia, prometió Mast, todo el norte de África «se lanzaría a la revuelta» y se uniría apoyándolo como símbolo del resurgimiento francés. Con armas suficientes, y aquí Mast casi lloró al describir el estado calamitoso de las tropas francesas, el norte de África podía reunir una fuerza de 300.000 combatientes haciendo causa común con los aliados, todos bajo el mando inspirado de Giraud. También instó a una invasión simultánea del sur de Francia para evitar que Alemania dominara la parte del país que aún controlaba Vichy.

Clark tamizaba cuidadosamente las propuestas de Mast. Prometió el envío inmediato al norte de África de 2.000 armas automáticas, promesa que no se cumpliría. En una rara muestra de sinceridad, reconoció que la invasión simultánea del norte de África y de Francia continental excedía los medios aliados. Pero aseguró a Mast que cualquier ataque sería algo más que el asalto relámpago de Dieppe en agosto. Una fuerza de invasión de África implicaría a medio millón de hombres y 2.000 aviones. Se trataba de una exageración multiplicada por cinco.

«¿De dónde vendrán esos 500.000 hombres?», preguntó Mast. «¿Dónde están?»

«En Estados Unidos y en Gran Bretaña», contestó Clark.

«Bastante lejos, ¿eh?»

«No.»

Tal vez las mentiras y los malentendidos fueron inevitables. Clark no podía revelar la inminencia de ANTORCHA, aunque la buena fe de Mast parecía genuina. A media mañana diminutas semillas de confusión y recelo habían brotado sobre la fecha de la invasión, las realidades políticas de la situación francesa en el norte de África, el alcance de la posible ayuda mutua y, lo más importante, quién mandaría a quién. A las

once, Mast se puso en pie y anunció que debía regresar a Argel para que nadie recelase de su ausencia. Antes de entrar en su coche, le advirtió a Clark: «La marina francesa no está de nuestra parte. Pero lo están el ejército y la fuerza aérea».

Asimismo, Mast reiteró su declaración de que el general Giraud pretendía el mando supremo de todas las fuerzas en el norte de África, incluida cualquier tropa aliada. Clark no se comprometió a nada y Mast partió tras despedirse efusivamente. Pasó lentamente delante de los jugadores de cartas en el bar y de los viejos que jugaban a la petanca en la plaza de Cherchell llevándose la agradable ilusión de que tenía semanas, incluso meses, para prepararse adecuadamente antes de la invasión aliada.

Tras doce horas de albergar esta conspiración, el señor Teissier se mostraba visiblemente inquieto. De cualquier modo, sirvió a los conspiradores un succulento almuerzo a base de pollo picante acompañado de vino tinto y naranjas. Varios de los oficiales del general Mast habían permanecido en la granja para seguir las conversaciones. Entregaron mapas y gráficos que indicaban depósitos de gasolina y de municiones, aeropuertos, número de tropas y otros secretos militares. Clark intercambió su camisa oficial por la de un oficial francés y salió a caminar y a tomar un poco de aire fresco.

El feliz coloquio acabó abruptamente con una llamada de teléfono a primera hora de la tarde. Teissier contestó. Después colgó el auricular y lanzó un grito: «¡La policía estará aquí en cinco minutos!».

La noticia, comentó Clark más tarde, tuvo el efecto de «echar cincuenta zorrinos muertos sobre la mesa». Un oficial francés abrió la puerta de un golpe. Otros saltaron por las ventanas y desaparecieron entre los árboles. Las monedas de oro resonaron por el suelo junto con los dólares estadounidenses y canadienses que Murphy debía utilizar para posibles sobornos. Clark reunió a los comandos británicos y envió a un par a la playa con un walkie-talkie para que alertaran al *Seraph*. Con otros seis camaradas, bajó a la bodega debajo del patio. «No quiero que cierren la puerta», gritó. Teissier cerró la puerta de cualquier modo. Los hombres se agazaparon en la oscuridad aferrados a sus fusiles y a las mochilas llenas de documentos.

Murphy y Teissier acordaron simular que había habido una fiesta. A las 21.30, un joven guardacostas simpatizante de Teissier hizo acto de presencia en la puerta verde para explicar su anterior llamada telefónica: un agente fuera de servicio había detectado actividades anómalas en la granja; la policía, sospechando que podía tratarse de contrabandistas, estaba organizando una redada. Murphy le pidió que demorara a la policía el máximo posible. «Hemos celebrado una fiesta. Han venido algunas chicas y ha habido bastante bebida y comida», dijo Murphy. «Ya se ha ido todo el mundo, pero le puedo asegurar que aquí no ha pasado nada extraño.»

Pronto Clark y los otros salieron del sótano. «Id a la playa lo antes posible», urgió Murphy. Con las canoas al hombro, los comandos bajaron corriendo la colina. El

rápido tableteo de un molino cercano señaló que soplaban un fuerte viento de mar. Para consternación de Clark, las olas superaban los dos metros de altura. Se quitó los pantalones y metió los cinturones del dinero y los pantalones plegados en el interior de la canoa. Tras una breve carrera en el agua, él y otro comando se subieron a bordo y remararon frenéticamente. Una inmensa ola levantó la proa de la embarcación hasta que estuvo vertical y luego la echó hacia atrás en el agua espumeante. «Al diablo con los pantalones», gritó alguien. «¡Salvad los remos!»

Con frío y en calzoncillos, Clark requisó los pantalones de un comando y salió corriendo hacia la granja, donde lo recibió un horrorizado Teissier. «Por favor», rogó el francés, «¡vayase de esta casa!» «No me gusta que me den prisa», replicó Clark. Envuelto en un mantel de seda, volvió descalzo a la playa con una barra de pan, dos jerséis y varias botellas de vino. Para entrar en calor, Clark se puso a hacer unas frenéticas flexiones; luego los hombres estudiaron sus opciones. ¿Debían ir a Cherchell y robar un bote de pesca? Tal vez debían comprar uno; Murphy sugirió ofrecer 200.000 francos. Un oficial francés señaló que ambas opciones alertarían a la policía o al ejército. Los norteamericanos acordaron que si aparecía un árabe en la playa, lo atraparían y lo estrangularían.

A las cuatro de la madrugada, alguien divisó un lugar protegido donde el oleaje parecía más sosegado. Clark y un compañero montaron en el kayak. Otros cuatro los llevaron a hombros y los empujaron hacia adelante cuando el agua les llegó a los hombros. Una vez más, la embarcación casi se puso perpendicular, pero esta vez se montó en la ola. A bordo del *Seraph*, el teniente Jewell acercó tanto el submarino a la costa que la quilla temblaba por la proximidad del fondo. Los otros kayaks, después de volcar al menos una vez más, superaron finalmente el rompiente y se dirigieron al submarino. Murphy dio saltos de alegría en la playa y besó a los oficiales franceses que recogían las armas abandonadas por los comandos y borraban todas las huellas en la arena.

Los hombres de Clark pusieron a secar los documentos mojados en la sala de máquinas. Reanimado con un buen trago de ron de la bodega del *Seraph*, Clark redactó un mensaje para Londres.

Sólo para Eisenhower... Todos los problemas solucionados satisfactoriamente salvo cuando los franceses pretendieron el mando supremo... Anticipo que el grueso del ejército y de la fuerza aérea franceses opondrán poca resistencia... La resistencia inicial de la marina francesa y de las defensas costeras señaladas por la información francesa decaerá rápidamente cuando desembarquen nuestras tropas, según la misma fuente.

Jewell puso el submarino rumbo al oeste, a Gibraltar, e hizo sonar el claxon de inmersión.

EN EL REGAZO DE LOS DIOSES

Mientras la Task Forcé 34 de Hewitt zigzagueaba rumbo a Marruecos con las legiones de Patton a bordo, más de 300 barcos zarpaban del estuario de Clyde y de la costa oeste inglesa. Para que todos los barcos atravesaran en secuencia el estrecho de Gibraltar y llegaran puntualmente a las costas de Berbería, la travesía de dos semanas debía, según una frase de Churchill, «encajar como un brazaletes». El desafío fue aceptado por la Royal Navy como una prueba de fuego para la marinería inglesa, y los barcos iban en una formación tan perfecta que «sólo la blanca espuma de las hélices indicaba que los navios se movían».

Los aliados habían adoptado ocho estrategias distintas para sugerir que la flota se dirigía a Escandinavia, a Francia o a Oriente Medio. Los planes incluyeron aparatosas búsquedas de dinero noruego, conferencias sobre el peligro de la congelación, el acopio de ropa contra el frío, compras de grandes cantidades de diccionarios franceses e instrucciones a los cocineros del ejército sobre cómo preparar el arroz. Un destacamento de reporteros fue enviado al norte de Escocia para que aprendiera a esquiar y a usar las raquetas de nieve. Estas pistas falsas, aparte del efecto que puedan haber tenido en el espionaje alemán, confundieron tanto a las tropas norteamericanas que muchos pensaron que sencillamente volvían a casa, sobre todo cuando al principio la flota viró muy al oeste para evitar a los submarinos alemanes antes de girar al sureste rumbo al Mediterráneo.

Al igual que los buques de Hewitt, los cargados en el Reino Unido llevaban miles de toneladas de suministros de guerra. El cargamento incluía 500.000 dólares en té, herramientas de mano para cinco mil nativos, 390.000 pares de calcetines y cinco millones de dólares en oro embalados por el Banco de Inglaterra en treinta pequeñas cajas fuertes. Complementando todos los diccionarios franceses, había un glosario especial para traducir del británico al americano señalando, por ejemplo, que un «acumulador» era una «batería», que «pedido» era «solicitud» y que una «perola» era una vasija para preparar el té.

La carga en los puertos ingleses hizo que hasta el caos de Hampton Roads pareciera un modelo de simplicidad logística. El 8 de septiembre, Eisenhower envió a Washington un cable de 15 páginas de extensión confesando que sus jefes de intendencia en Gran Bretaña estaban profundamente desconcertados. Aproximadamente 260.000 toneladas de suministros, municiones y armas, lo suficiente para combatir al menos un mes, se habían extraviado después de llegar al Reino Unido. ¿Consideraría el Departamento de Guerra hacer otro envío similar? El telegrama explicaba que el sistema estadounidense de marcar y despachar era harto deficiente —un regimiento norteamericano y su equipo llegaron al país en cincuenta y cinco barcos distintos— y los procedimientos británicos de almacenamiento, aún peores. El pillaje rondaba el 20 por 100 y muchos contenedores eran escondidos apenas llegaban en miles de almacenes cercanos a los muelles. Eisenhower, no tan abochornado como era de

esperar, también solicitaba que por favor le enviaran varios artículos añadidos, incluido un sillón de barbero y «un automóvil a prueba de balas y para siete pasajeros, pero de aspecto normal».

El cable provocó graves dudas sobre la capacidad organizativa de Eisenhower entre los altos mandos que pudieron leerlo. Tanto él como Patton parecían estar improvisando de un modo alarmante. Un cortante mensaje del Departamento de Guerra a Londres en octubre señaló: «Parece que ya hemos enviado el material al menos dos veces y en algunos casos tres». Pero con ANTORCHA a punto de iniciar su andadura, los jefes de logística tenían poco derecho al pataleo. Hacia el 16 de octubre se había enviado otro cargamento de 186.000 toneladas a través del Atlántico y a los británicos se les pidieron prestados 11 millones de municiones. Gran parte de este cargamento ya estaba de viaje a África.

Muy pocos de los 72.000 hombres embarcados en el Reino Unido sabían o les importaba saber de estos problemas. Los norteamericanos, doblando en número a sus camaradas británicos, provenían mayoritariamente de tres divisiones estacionadas en Inglaterra, Escocia e Irlanda del Norte: la 1.ª de infantería, la 1.ª acorazada y la 34.ª de infantería. Al cabo de unos días, la vida en el convoy se volvió monótona y sólo se aliviaba con combates de boxeo en cuadriláteros improvisados en los que los púgiles se golpeaban hasta que caía uno de los dos. Un manual del ejército, *Qué hacer a bordo de un navio de transporte*, tenía secciones dedicadas al «mareo, el frío y la pérdida de equilibrio» y «la malaria y otras plagas». Un ensayo igualmente deprimente sobre «problemas mentales» advertía que «uno de los impulsos que se deben controlar es el sexual», consejo que no lograba neutralizar las incesantes evocaciones que tenía la tropa de conquistas reales o imaginarias. (El Hotel Belgravia, de Belfast, llamado la Academia de Equitación Belgravia, era el lugar elegido para las fantasías de la 34.ª división.) Los exámenes físicos obligatorios para detectar enfermedades venéreas dieron su merecido a numerosos tenorios.

Las bandas de los regimientos organizaron conciertos vespertinos de canciones y marchas guerreras universitarias que siempre acababan con el *Himno de las barras y las estrellas*, el *Dios salve a la reina* y *La marsellesa* en orden rotatorio. Una formación escocesa marchaba de proa a popa en el *Cathay* ruidosamente acompañada por los gaiteros; aunque a todos los soldados se les había ordenado que se quitaran la insignia de su unidad, era *vox populi* que cualquier enemigo potencial sabría quiénes eran los escoceses. Yanquis con armónicas o guitarras tocaban *Marching Through Georgia* o una procaz balada sobre un eximido por razones médicas llamada *4-F Charley*. Por su parte, los británicos cantaban: «No habrá ascensos en este lado del océano / a la mierda con todos, a la mierda con todos». Un actor de la 34.ª división en el *Otranto* brindaba un entretenimiento más refinado entonando monólogos de *Hamlet* por el sistema de megafonía.

Para los oficiales, el viaje era extrañamente lánguido, como si fueran a la guerra

en un crucero de Cunard. Los camareros los despertaban cada mañana con tazas de té. Antes de cada comida, colgaban menús impresos en los comedores. Más tarde, un oficial norteamericano que viajaba en el *Durban Castle* recordó: «A la cena, se iba de uniforme, y después, se tomaba el café en el salón». Cada tarde, jóvenes y delgados grumetes indios de librea blanca y negra llenaban con agua caliente las bañeras y preguntaban: «¿Un baño, sahib?». En el *Monarch of Bermuda*, el general de brigada Theodore Roosevelt Jr., subcomandante de la 1.ª división de infantería, entretuvo en una ocasión a sus camaradas de armas recitando de memoria largos pasajes de Kipling después de que fuera desafiado con una serie de primeras líneas de párrafos. Luego los animó al observar que el buque insignia de la división a varios cientos de metros a popa parecía avanzar al doble de velocidad que el *Monarch*. «Rumbo a puertos desconocidos, así es como estamos», escribió a su esposa el 26 de octubre. «Aquí estoy otra vez en una gran aventura.»

A quienes estaban por debajo de la línea de flotación, en las bodegas conocidas como el «reino de los torpedos», la aventura les parecía menos fascinante. El hedor a sudor, gasolina y colchones de lana laceraba el olfato mientras el oído sufría un incesante repiqueteo de dados y unos ronquidos tan sonoros que se los comparaba con el desmoche de las ramas de los árboles. Las literas se apilaban hasta casi dos metros; un soldado en la cucheta superior se pasaba el tiempo escribiendo poesía en el metal del techo, a pocos centímetros de su nariz, y dibujando un mapa turístico de su Filadelfia natal. Para que no se vieran luces, de noche se cerraban las escotillas; el aire estaba tan viciado que algunos guardias improvisaron unos ventiladores, que no dieron resultado. En medio de una mar gruesa a media travesía, los inmensos bidones que se usaban para los vómitos resbalaban por la cubierta y lo salpicaban todo. Las baterías de cocina, lavadas con agua de mar, causaban disentería en masa. Se formaban largas colas de soldados indispuestos ante la enfermería.

Los soldados sorprendidos comiendo sus raciones de chocolate de emergencia eran apodados «soldados chocolate» y castigados a perderse dos comidas. El castigo era bienvenido. La cocina servía tanta grasa de cordero que por todo el convoy se oían balidos de descontento y el 13.º regimiento acorazado propuso un nuevo grito de guerra: «¡Beeeeé!». Las pasas crujientes del pan resultaron ser insectos; pronto los soldados aprendieron a inspeccionar el pan a través de una luz. La 1.ª división de infantería en el *Reina del Pacífico* organizó destacamentos para tamizar la harina en busca de insectos. La carne agusanada a bordo del *Keren* provocó tal indignación a los soldados de la 34.ª división que los oficiales tuvieron que personarse para imponer la disciplina en el comedor. Cuando los soldados a bordo del *Letitia* ofendieron el honor culinario de un cocinero francés, éste «enfureció y amenazó con saltar por la borda».

La moral sufría como los estómagos. Las relaciones entre los congéneres se deterioraron. A los yanquis no les gustaba la comida británica y no les gustaba la guerra. Los británicos, que siempre habían tenido derecho a raciones de ron, se

quedaron de piedra cuando en los barcos no pudieron conseguir algo más fuerte que *ginger ale*. Para supervisar la moral, los censores norteamericanos suprimieron párrafos de las más de 8.000 cartas de la tropa. «Los ingleses no son más que unos hijos de puta; nos alimentan con una comida que no comería ni un cerdo», escribió un soldado descontento. Otro confesaba: «No te preocupes por mis continuas quejas. Pero me detesto a mí mismo, esta vida y estoy harto de todo».

«Para formar un buen ejército con los mejores hombres se necesitan tres años», sentenció a comienzos del siglo XIX Sylvanus Thayer, fundador de la academia de West Point. La mayoría de los soldados norteamericanos camino de Africa en octubre de 1942 no llevaba tres años en el ejército, y algunos, menos de tres meses. Eran buenos hombres, pero aún no formaban un buen ejército. Ciertamente, aquello no era un ejército, sino una mezcla de unidades combinadas a raíz de la decisión de lanzar ANTORCHA. Rara vez los expedientes administrativos pueden constituir un ejército poderoso.

La 1.ª división acorazada, creada en 1940 y conocida como los «Oíd Ironsides», era un buen ejemplo. Más de la mitad de sus tropas habían quedado en el Reino Unido a la espera de un convoy posterior. También habían quedado atrás la mitad de sus tanques de tamaño mediano después de que se comprobó que no entraban por centímetros en la rampa de popa de los únicos navios de desembarco disponibles. En su lugar embarcaron tanques ligeros con unos cañones de 37 mm. Algunas unidades todavía llevaban material de la época de la caballería. Incluso antes de cruzar el Atlántico hasta Irlanda del Norte, la 1.ª división acorazada había sido desmantelada por distintas razones. Era bastante agradable pescar caballas en la bahía de Dundrum y comprar langosta a cincuenta céntimos la pieza, pero entrenarse en los estrechos caminos británicos y en los campos con cercados de piedra era algo bastante limitado. (Los oficiales británicos remolcaban los tanques estadounidenses y pagaban a los granjeros locales un chelín por cada cinco metros de valla destruida.) Muchos de los mejores soldados de la división se ofrecieron voluntarios para formar parte de los Rangers, el cuerpo de paracaidistas y las unidades de comandos y fueron reemplazados por hombres de temple inferior y sin entrenamiento en unidades acorazadas. Algunas tropas sólo habían disparado tres veces en su vida con cañones de tanques. Hacía tiempo que el Departamento de Guerra había supuesto que la división combatiría en el norte de Europa y poco se pensó en otros campos de batalla. Los Oíd Ironsides, la única división acorazada norteamericana que viviría combates en el desierto en la segunda guerra mundial, fueron también los únicos que no tuvieron ningún entrenamiento en el desierto. Hamilton H. Howze, el jefe de operaciones de la 1.ª acorazada y un futuro general de cuatro estrellas, más tarde afirmó: «Aquella división no valía nada».

Este penoso secreto, sospechado por pocos y creído por menos, también era aplicable a otras unidades. La 34.ª de infantería merece especial atención porque había

sido la primera división norteamericana enviada al teatro de guerra europeo y porque la historia de la división en el norte de Africa y otras partes simbolizaría las tribulaciones y los triunfos de todo el ejército, así como de las ochenta y nueve divisiones que finalmente participaron en la segunda guerra mundial.

Veinte meses antes, la 34.a división sólo había existido al principio como regimientos de la Guardia Nacional de Iowa y unidades de Minnesota. En tiempos de paz, los guardias se reunían una vez a la semana, normalmente los lunes por la tarde. Por las dos horas de duros ejercicios en orden cerrado cobraban un dólar. El entrenamiento en el arte de la guerra se limitaba a asaltos con bayoneta contra un poste de fútbol americano y escaramuzas en la plaza del pueblo, donde los pelotones practicaban flanquear el monumento local a la guerra civil. La instrucción más sofisticada en prácticas castrenses se limitaba a un par de semanas en un campamento de verano. A las tropas se las convocaba para servicios civiles en caso de inundaciones, cosechas o como esquiroleros en la industria cárnica Swift de Sioux City, donde en 1938 los guardias habían abierto una brecha en un cordón de obreros antes de instalar las ametralladoras en una plataforma de carga. Esto había sido lo más cerca que jamás habían estado de un combate.

El 10 de febrero de 1941, tras nueve falsas alarmas, el Departamento de Guerra nacionalizó los regimientos de Iowa y Minnesota para formar la 34.a división. Fue una de las últimas de las dieciocho divisiones de la guardia integradas en el ejército por una ley aprobada en el Congreso que limitó a los guardias a un año de servicio en defensa del hemisferio occidental. Los regimientos organizaron rápidos reclutamientos para completar sus filas antes de viajar a Luisiana para recibir instrucción. La 151.a división de artillería de campaña ofreció a los nuevos reclutas 21 dólares mensuales «y una oportunidad de ir al sur con los artilleros acorazados». Quienes firmaron se reunieron ante un balcón del depósito estatal de armas, donde un general de división de la Guardia les dijo: «Espero que regreséis con Hitler y Mussolini en el morral», palabras desconcertantes para unas tropas que se habían alistado para doce meses de defensa nacional. Muchos preferían hacerle caso al presidente Roosevelt, quien había prometido a una multitud en Boston: «Lo he dicho antes, pero lo volveré a decir una y otra vez: vosotros no seréis enviados a guerras extranjeras». Las editoriales de los diarios del Medio Oeste hacían gala del mismo espíritu de negación. El 27 de febrero de 1941 se pudo leer en el *Daily Freeman Journal* de Webster City, Iowa: «La segunda guerra mundial es una batalla de aviones y de unidades navales. Nadie espera que la infantería nacional deje las fronteras de Estados Unidos, aun en el caso de que este país entre en guerra».

Diez meses después, la guerra estaba declarada, y no fue una guerra amable que no requiriera el uso de la infantería. La 34.a división fue enviada al Reino Unido en enero de 1942 como símbolo del compromiso estadounidense con la causa aliada. En Gran Bretaña, las tropas descargaron los suministros y custodiaron varios cuarteles con

pocas oportunidades de que los soldados se convirtieran en expertos combatientes. La división añoraba las grandes maniobras en Luisiana y las Carolinas que beneficiaban a otras unidades. Como en el caso de la 1.ª acorazada, cientos de los mejores hombres se fueron a formar nuevas unidades; el flamante 1.º batallón de tropas de asalto provenía mayoritariamente de la 34.ª división. Tomada la decisión de lanzar ANTORCHA, la 34.ª, ya en Gran Bretaña y por tanto disponible aunque mal preparada, fue consignada a Argelia. Los rangos inferiores aún estaban ahitos de muchachos de Iowa y Minnesota, pero no los cuadros superiores de la división: gracias a una purga generalizada de oficiales de guardia, la 34.ª retuvo a unos pocos líderes originarios del Medio Oeste. Una vez abiertas las compuertas, se formó una bola de nieve. Sólo en el año anterior, por ejemplo, fueron separados del servicio tres veces y en su totalidad los mandos del 168.º regimiento de infantería.

Entre los supervivientes de las purgas había un interesante ciudadano y soldado llamado Robert R. Moore. Ahora a bordo del *Keren*, Moore había pasado el tiempo desde la partida a Gran Bretaña sofocando amotinamientos en el comedor y manteniendo ocupados a sus hombres con ejercicios físicos y duras tareas. De altura media, con un ancho rostro irlandés y amplia sonrisa, Moore tenía ojos grises y un mechón que le colgaba sobre la frente. Provenía de Villisca, un pueblo de Iowa con una población de 2.011 habitantes, donde era propietario de la tienda local de ramos generales, un sitio acogedor con un toldo a rayas plegable y letreros del helado Meadow Gold en la ventana. Moore se había alistado en 1922 en la guardia, a los diecisiete años, y seis años después obtuvo el mando de la compañía F del 2.º batallón del 168.º de infantería. Conocido como capitán Bob o el «Capitán Niño», Moore era obstinado, encantador e implacable, y purgó la compañía de todos los elementos que consideraba «despreciables». Trabajó duramente para que sus guardias estuvieran preparados para una guerra en la que nadie esperaba luchar.

Catorce años después, Bob Moore tenía treinta y siete años. Ya no era un muchacho ni un capitán. Había sido ascendido a comandante, y segundo en el mando, del 2.º batallón. De noche en el *Keren*, en el camarote atestado o a la luz de la luna en la cubierta, escribía cartas a casa y pensaba en los últimos días pasados en Iowa, en febrero de 1941, cuando su regimiento se preparaba para partir a lo que todos creían que sería un año de instrucción. Esos días marcaban el punto de referencia con el que se podía medir todo el progreso subsiguiente en la transmutación de normales muchachos norteamericanos en tropas capaces de aniquilar al Tercer Reich. Moore recordaba que los hombres se habían arrancado la insignia «Iowa» y la habían reemplazado por la de «US» en los uniformes. Aún tenía en su poder la carta que había enviado a los 114 hombres de la compañía F ordenándoles que se presentaran en el depósito de armas de Villisca con «tres pares de calzoncillos (largos o cortos, no importa; los que usen); 6 pañuelos; 6 pares de calcetines; 1 camisa blanca (si la tienen. Sin embargo, no es imprescindible)». Durante tres semanas, habían practicado el

manual de armas con los mismos cascos redondos y con los mismos rifles Springfield de cerrojo que habían utilizado sus padres en Meuse-Argonne. Montaron tiendas de campaña en la plaza del pueblo luciendo las botas de cuatro hebillas que el ejército había diseñado deliberadamente dos centímetros más bajas que la profundidad normal de un lodazal; luego comieron pollo frito en el sótano de la iglesia presbiteriana. Los metodistas organizaron un banquete ciudadano para honrar a los guerreros que se iban a la guerra con pavos asados servidos por estudiantes de economía vestidos con uniformes blancos, rojos y azules. Los actos después de la cena incluyeron un solo de *If I'm Not at the Roll Call* y una lectura de *Old Glory* de Eva Arbuckle. Un animador local aportó una canción con estos animosos versos: «Los muchachos están bien, no hay nada que temer / porque se han entrenado cada semana los últimos tres años». La espléndida velada acabó con la gente del pueblo puesta en pie y cantando *Dios bendiga a America*, y acto seguido se oyeron las tristes notas del toque de silencio ejecutado por el corneta de la compañía.

Luego llegó la hora de la partida y las tropas se reunieron en los depósitos de armas de 32 pueblos de Iowa durante la primera semana de marzo de 1941, mientras la ciudadanía llenaba las calles que desembocaban en el depósito. Viejos veteranos de la Gran Guerra, sus sombras largas y azules estiradas sobre la nieve, se cuadraban con los pies fríos recordando su propia llamada a filas hacía casi un cuarto de siglo. En Des Moines, una emisora de radio cubrió el paso de los 600 hombres del 168.º de infantería desde la calle East First, el puente Grand Avenue y la Union Station. Cuando la banda se lanzó a tocar *Field Artillery March* de Sousa, un himno evocador de la Gran Guerra, una madre que caminaba con su hijo en brazos gritó: «¡Esos bastardos! Juraron que no volverían a tocarlo!». En Clarinda, la banda de la escuela tocó *God Be With You Until We Meet Again* mientras la compañía antitanques subía al tren especial de Burlington. En Red Oak, donde los oficiales de la compañía M habían pedido a las madres que permaneciesen en casa para «evitar cualquier exteriorización de emociones cuando los hombres partan para un año de ejercicios», un gran número de madres lacrimosas llenó los andenes para abrazar a sus hijos.

Y en Villisca, el 2 de marzo, los coches atestaron la plaza del pueblo y 1.500 personas fueron hasta la pequeña estación en una calle adyacente. «Hay más coches de los que jamás he visto un domingo por la mañana en este pueblo», dijo uno de los veteranos antes de volver a contar su propia partida en 1917. Poco antes de las ocho, alguien vio el fulgor de la batuta de un batonista en la Tercera Avenida. «¡Ya vienen!», exclamó la multitud. Detrás del portaguión, Bob Moore encabezaba a sus hombres por el viaducto con paso perfecto de marcha. En la estación, dio la orden de descanso para unos últimos abrazos y besos y palabras de ánimo en las que nadie creía. Un avión sobrevolaba la ciudad. Un gracioso gritó: «¡Un avión alemán!». Unas risitas nerviosas se oyeron entre el gentío. Luego llegó la orden inevitable. Los hombres se dispusieron a embarcar sus equipos en el tren y luego echaron besos por las ventanillas. Con un

temblor, el tren se puso en movimiento y se oyó un grito formado en los pulmones de la gente del andén, un grito de orgullo, esperanza y temor por todo lo que les esperaba.

«Los muchachos están bien, no hay nada que temer.» Han pasado ochenta y siete semanas desde aquel momento, bastante menos de los tres años que Sylvanus Thayer creía necesario para formar un buen ejército con los mejores hombres. Bob Moore sabía que ahora era mejor oficial y que sus hombres eran mejores soldados. Pero faltaba ver si la división servía para algo.

A medida que el convoy se aproximaba a la costa del Mediterráneo a principios de noviembre, los hombres finalmente se enteraron de su destinación: Argelia. Disminuyeron las quejas. Se logró un sentimiento de entrega al servicio cuando las tropas tomaron conciencia de que pronto intentarían la operación anfibia más audaz en la historia de la guerra.

«Todo el mundo se sentía entusiasmado y trataba de calmarse», escribió un soldado. Alguien del 1.er batallón de Rangers en el *Ulster Monarch* confundió a dos tortugas juguetonas con dos torpedos y provocó un breve, aunque frenético, pánico. Los oficiales francófonos de la 1.a división de infantería se ofrecieron a dar clases de francés sólo para salir de las clases empolvados de tiza y con expresión desesperada. Los soldados con chalecos salvavidas amarillos saltaban en cubierta y cantaban «*Nous sommes soldats américains, nous sommes vos amis*». Para ocultar la participación británica en ANTORCHA, todos los isleños se cosieron una bandera estadounidense en la manga. «Mientras ayude a salvar vidas, no nos importa si llevamos la maldita bandera china», dijo un oficial británico. Un nuevo manual de 15 páginas recién rescatado de un contenedor advertía: «Nunca fume o escupa delante de una mezquita» y «Cuando vea a dos hombres caminando de la mano, ignórelos. No son mariquitas». La repetida lectura del manual recalcaba tanto la dignidad árabe que muchos soldados pensaban que los norteafricanos eran como «las primeras familias de Virginia, pero con batas».

Poco después del atardecer del 5 de noviembre, el convoy empezó a girar hacia el este y pasó por las Columnas de Hércules. Pronto, la flota empezó a dividirse en dos; 33.000 hombres iban con destino a Argel, 39.000 para Oran. La bruma marítima rodeaba los castillos de proa. Los artilleros antiaéreos se subieron los cuellos de los chaquetones mientras vigilaban un cielo lleno de estrellas, pero aún vacío de aviones enemigos. Desde la proa se divisaba Gibraltar. Las luces de Algeciras en la costa española al norte y de Ceuta en el Marruecos español al sur atrajeron a miles de hombres a cubierta. Hacía meses o incluso años que la mayoría no veía una ciudad iluminada por la noche; la visión les hizo añorar sus hogares y la paz.

«La suerte está echada», escribió Ted Roosevelt a su mujer, «y el resultado está en el regazo de los dioses.»

UN HOMBRE DEBE CREER EN SU SUERTE

Conocido por TUXFORD en los libros de códigos británicos y por DURBAR en los estadounidenses, bajo cualquier nombre, Gibraltar era formidable. Los cañones sobresalían como púas de la inmensa losa de piedra caliza jurásica de cinco kilómetros de largo y kilómetro y medio de ancho. Los centinelas británicos patrullaban todo el perímetro alertas contra cualquier enemigo del imperio, pero prestando especial atención a los equipos de vigilancia conocidos como «los espías del Führer», que vigilaban la Roca desde La Línea, ya en territorio español. Unos mineros canadienses barrenaban la piedra con explosivos de gelignita y perforadoras especiales con el objeto de horadar la roca y sacar diamantes industriales de nueve quilates. En Gibraltar ya había 50 kilómetros de túneles. Excavadoras de aire comprimido retiraban las piedras que los ingenieros arrojaban al mar para añadir 250 metros a la pista de aterrizaje del aeropuerto. El puerto estaba lleno de petroleros, cargueros y buques de guerra cargando combustible. Parecían «truncos en el dique de un aserradero». Los marineros paseaban por las callejas estrechas de Gibraltar encantados de saber que el licor sólo costaba diez chelines la botella.

Los «espías» tenían mucho que observar. Catorce escuadrones de aviones cazas que habían llegado en cajones de embalaje en las últimas semanas ahora estaban montados ala por ala alrededor del cementerio colonial. La caja de salida del hipódromo había sido convertida en una de las torres de control más atareadas del mundo. Varios centenares de pilotos hacían turnos de patrulla con sus aparatos Spitfire y Hurricane a fin de controlar las condiciones locales; los vientos que pasaban sobre los acantilados podían ser tan traicioneros que a veces las mangas de viento al final de la pista se confundían.

A última hora de la tarde del 5 de noviembre de 1942, cuando los barcos que navegaban con rumbo a Argelia asomaron la nariz en el Mediterráneo, cinco fortalezas volantes B-17 aterrizaron en el aeródromo tras un vuelo angustioso desde Inglaterra. Su partida había sido pospuesta dos veces debido a una densa neblina en la costa del Canal; como señaló un piloto, «hasta los pájaros caminaban». Habiendo volado a una altura de 30 metros sobre el nivel del mar para evitar los cazas enemigos, los aviones dieron vueltas sobre Gibraltar durante una hora hasta que finalmente la pista estuvo despejada.

Los autocares se estacionaron delante de la escalerilla de los bombarderos para esconder a los pasajeros de miradas indiscretas. El líder, desembarcando de un avión llamado *Red Gremlin*, viajaba con el nombre de guerra de «general Howe», pero las maletas enviadas a un ex convento ahora conocido como la Casa de Gobierno tenían escrito en las etiquetas «general de división Dwight D. Eisenhower». A las ocho de la tarde, cablegrafió a Londres: «Puesto de comando abierto en Gibraltar, 2000 Zulú. Notifiquen a todos los interesados».

Eisenhower dejó la suite de invitados del segundo piso haciendo caso omiso de la cesta de cerezas en la sala del gobernador general y de inmediato se encaminó por el

túnel que hacía un ángulo bajo el monte Misery, por encima del puerto. El guardia en la casilla de centinelas se cuadró cuando el jefe de ANTORCHA y su equipo se dirigieron al cuartel general. En el futuro, Eisenhower cubriría los 800 metros haciendo jogging, pero esa tarde la caminata de diez minutos le permitió a su anfitrión británico describirle la guarida subterránea que sería su cuartel general en las próximas tres semanas.

Era un pueblo subterráneo con alcantarillas, tubos de calefacción y cañerías para el agua dispuestos a lo largo de los túneles. Unos letreros indicaban salidas a un lavadero y al hospital de convalecientes Monkey's Cave. Cada ocho metros brillaba una bombilla desnuda provocando sombras fantasmagóricas en las paredes de húmeda piedra caliza. Pasos de tablones franqueaban los charcos y los ruidosos ventiladores dificultaban cualquier conversación. Las ratas eran una molestia y se comían hasta los paquetes de jabón. Se habían abierto galerías que iban a una treintena de edificios construidos con chapas de acero; unos bidones recogían el agua que caía.

La rápida caminata de Eisenhower permitió que los británicos le tomasen la medida. Estaba la sonrisa incandescente, por supuesto, que «valía un cuerpo de ejército en cualquier campaña». Tenía los ojos bien abiertos y la mirada era fija; la cabeza de amplia frente y perfectamente centrada sobre los anchos hombros. Tanto la cara como las manos estaban en continuo movimiento y de él emanaba una amabilidad magnética que hacía que todos quisieran satisfacerlo. Tal vez eso se debía, como dijo un admirador, a que «la gente intuía que era una persona buena y recta en el sentido moral», o como señaló un mariscal del aire británico, a que «Ike tiene unas cualidades de niño pequeño que te hacen quererlo».

En su rápido ascenso, el talento, el sentido de la oportunidad y la suerte convergieron mágicamente, y para muchos, providencialmente. Patton, quien a comienzos de ese mismo año le había confiado a Eisenhower, «Eres mi más viejo amigo», decía que las iniciales D. D. significaban «destino divino». Treinta meses antes, Eisenhower había sido un teniente coronel que jamás había comandado ni un pelotón en combate. El joven Ike, el tercer hijo de un comerciante fracasado del Medio Oeste que acabó de empleado en una lechería, había elegido la carrera militar porque en West Point la educación era gratuita. Tras unos estudios poco brillantes, empezó una carrera normal de oficial y se estancó dieciséis años en el rango medio de comandante. Incluso su entrada en los círculos más selectos, en los que viviría durante veinte años, no fue auspiciosa. El registro de visitantes de la Casa Blanca señala que el 9 de febrero de 1932 el despacho oval recibió la visita de un tal «P. D. Eisenhauer».

Su visión del mundo parecía convencional y sus dones, conmensurables con la modestia que exteriorizaba. Era un auténtico creyente en la causa aliada: «Si llega a ganar [el Eje] aprenderemos de verdad lo que es la esclavitud, los trabajos forzados y la pérdida de libertad individual». Naturalmente predispuesto a tomar decisiones, había tenido pocas oportunidades para hacerlo en el ejército de entreguerras. «Aquí se

habla mucho y se aporrean los escritorios, pero se hace muy poco», escribió con signos de frustración. Se enorgullecía de ser apolítico tal como se esperaba de un oficial norteamericano, e impresionaba a los demás, como observó más tarde un almirante británico, como un hombre «sincero, sin doblez y muy sencillo», pero «no muy seguro de sí mismo».

Sin embargo, tenía profundidad suficiente para evitar apreciaciones simplistas. «Tengo la sensación», escribió el corresponsal de guerra Don Whitehead, «que era mucho más complicado de lo que aparentaba. Era un hombre que creaba eventos con tal sutileza que luego los demás creían ser los arquitectos de esos eventos. Y él se contentaba con que las cosas quedasen así.» La sinceridad y su sentido de la justicia eran tan evidentes que ocultaban su incisivo intelecto. Leía mucho y pensaba aún más, y poco después de la primera guerra mundial llegó a la conclusión de que una segunda guerra era inevitable (sus amigos le llamaban Ike, el alarmista) y que el bando ganador debía luchar como una coalición bajo un mando unificado. Se graduó como número uno en la Escuela de Oficiales del Ejército y sirvió seis años en Washington y en Filipinas en el equipo de ese Maquiavelo estadounidense llamado Douglas A. MacArthur, aprendiendo el mejor arte cortesano de cualquier palacio o cuartel general.

Su capacidad para trabajar duro era legendaria; en los últimos once meses había tenido un solo día libre, que pasó practicando tiro de pistola en las afueras de Londres. Escribía bien y hablaba mejor; la famosa «sintaxis sin rumbo fijo» de sus años en la Casa Blanca, según un historiador, «resultó afectada por razones presidenciales». Sus frecuentes cartas encabezadas por «querido general» a Marshall fueron dictadas con claridad, precisión y ocasional adulación, como esta del 20 de octubre de 1942:

Siempre que me siento tentado a flaquear ante los problemas que aquí afrontamos, pienso en los infinitamente mayores que usted debe soportar y expreso mi ferviente deseo de que el ejército tenga la suerte suficiente de retenerle a usted como su jefe hasta la victoria final.

A Mark Clark y a otras personas de su confianza, Eisenhower decía que prefería mandar una división en combate, pero sus palabras parecían carentes de contenido. Lo mismo sucedía con su actitud de máximo rigor, una cualidad que aún debía desarrollar. «Pienso», escribió en octubre, «que todos mis comandantes se sienten todavía inclinados a percibir fracasos y errores inexcusables con ojos demasiado tolerantes.» Como si temiese quedar al descubierto, le había escrito a un amigo: «Las reputaciones falsas y los hábitos de hablar demasiado y de brillar superficialmente serán descubiertos y lanzados por la borda».

A medida que se acercaba el Día D de ANTORCHA, adoptó una actitud de gran confianza en sí mismo. «Nunca me he sentido mejor en mi vida», escribió el 12 de octubre, dos días antes de cumplir cincuenta y dos años, «y a medida que se acerca el gran día, siento que podría darle una paliza a Tarzán.» De hecho, había estado irritable

y a menudo deprimido y se fumaba cuatro paquetes de Camel al día. A Marshall le confesó: «me ha resultado un tanto difícil mantener delante de todo el mundo una actitud de confianza y optimismo». Pasaron años antes de que reconociera «el ambiente sombrío, casi terrorífico, de aquellos días». Por el momento, la ocultación de sus preocupaciones formaba parte del arte de ser general.

En las entrañas de Gibraltar, cerca de los túneles Green Lañe y Great North Road, varias edificaciones prefabricadas alojaban el centro de operaciones. La armada británica avanzaba hacia el este centímetro a centímetro en el mapa del Mediterráneo que cubría una pared. Un mapa del Atlántico oriental registraba la posición aproximada de Hewitt. Un pesaroso oficial británico le mostró a Eisenhower el húmedo despacho que debía compartir con Clark. Era una celda de tres metros cuadrados con reloj de pared, mapas de Europa y el norte de África y varias sillas de respaldo recto. El simple escritorio tenía una garrafa de agua, un juego de estilográficas y un antiguo teléfono del tipo de dos campanillas. Eisenhower estaba tan fascinado de encontrarse al mando de la fortaleza de Gibraltar que apenas notó las carencias del lugar.

Durante cuarenta y ocho horas, caminó y fumó. La comunicación por cable con Londres y Washington funcionaba bien, pero él no tenía nada que informar. En los convoyes que habían salido de Gran Bretaña, la radio guardaba silencio, y de las fuerzas de Hewitt no se sabía prácticamente nada, salvo que el pronóstico meteorológico anunciaba mal tiempo en Marruecos y olas de cinco metros de altura. «Querido Kent», le comunicó por radio a Hewitt, «te deseo la gloria del mayor éxito posible a ti y al general Patton... Estaré por aquí si me necesitas... Como siempre, Ike.».

El 6 de noviembre, Eisenhower encontró tiempo para preguntar a Londres sobre la salud de su perro Telek. En privado le reiteró a Clark sus reparos sobre invadir África en vez de Europa. Aún no estaba nada claro si los franceses resistirían. Aunque el general Mast había garantizado que no habría resistencia en los aeropuertos próximos a Oran y a otros lugares clave, el 4 de noviembre Robert Murphy había transmitido desde Argel el aviso de un comandante francés que reveló «órdenes de defender el África francesa a toda costa, por tanto, no tendríamos que cometer el error de atacar». Murphy envió otro cable temeroso insistiendo en que ANTORCHA debía postergarse al menos dos semanas para analizar la política de Vichy. Fue terminantemente rechazado. La propuesta era «inconcebible», dictaminó Eisenhower. Él y Clark pensaron que le «había entrado el canguelo». El 7 de noviembre, Eisenhower condujo un Ford para ir a ver los monos de la Roca. Un «oficial a cargo de los monos» era responsable de su supervivencia, una dura responsabilidad, dada la convicción británica de que sin los monos, el imperio perdería Gibraltar. Eisenhower tocó a uno para que le diera buena suerte. A medida que caían las sombras del anochecer, los azules reflectores se movían sobre el aeropuerto y la frontera española.

Cuatrocientos metros más abajo, pequeñas embarcaciones se apiñaban en el puerto. A 24 kilómetros de Point Europa, se extendía Africa, una mancha rojiza en el horizonte.

«Estamos a punto y debemos seguir adelante», había cableografiado a Marshall esa mañana. «Hemos hecho todo lo posible para asegurar un desembarco exitoso nos encontremos con lo que nos encontremos.»

Con la cabeza despejada, Eisenhower regresó al túnel y trotó por el Great North Road. Habían llegado las primeras noticias concretas de ANTORCHA. Eran malas.

Hasta que los aviones de reconocimiento finalmente detectaron la armada en el Mediterráneo occidental, el alto mando del Eje no había previsto una invasión en esa parte del mundo. La especulación sobre las zonas de desembarco iba del sur de Francia a Egipto. La marina alemana consideraba que el norte de África era el destino más improbable. Hitler creía que los barcos aliados iban a Trípoli o Bengasi en un intento de rodear el Afrika Korps de Rommel, que había empezado a retirarse de El Alamein después de llevarse una paliza a manos de VIII ejército de Montgomery. Con la esperanza de aniquilar la flota aliada en los estrechos de Sicilia, Hitler ordenó que se concentraran allí todas las fuerzas disponibles, treinta cinco submarinos y setenta y seis buques. «Espero un ataque implacable y victorioso», proclamó el Führer. Demasiado tarde. Pronto se daría cuenta de que casi todas las unidades para la emboscada estaban excesivamente al este.

Pero no todas. En la madrugada del sábado 7 de noviembre, el *Thomas Stone* iba a una velocidad de once nudos en la columna izquierda de buques, a 33 millas de la costa española. El *Stone* era uno de los contados cargueros estadounidenses de la flota. Transportaba a 1.400 soldados del 2.º batallón del 39.º regimiento de la 9.a división. Eisenhower los había enviado en el último momento pese a que tenían escaso entrenamiento anfibia. Un oficial de guardia en el puente divisó la blanca estela de un torpedo a varios cientos de metros del lado de babor. «¡Giro a la derecha!», ordenó al timonel. Y luego movimiento de flanqueo. El barco dio un giro de noventa grados y ya casi estaba paralelo al camino del torpedo cuando se oyó en la popa una gran explosión. La detonación fue tan fuerte que los marineros del *Samuel Chase* a 600 metros por delante pensaron que les habían dado a ellos.

Los hombres que ya estaban en sus puestos se lanzaron a cubierta. El capitán B. Frank Cochran, capellán de la 39.a división, se había levantado temprano a leer la Biblia; ahora oyó las voces de los heridos y los gritos de una brigada de bomberos que manipulaba las cajas de municiones. El impacto destrozó la popa, arrancó el árbol de hélice del *Stone* y mató a nueve hombres. Con el timón fijado a la derecha, el barco se deslizó en un lánguido arco hasta detenerse por completo a 160 millas de Argelia. Se lanzaron dos cohetes de humo blanco, la señal de «he sido torpedeado». Cumpliendo órdenes, los otros barcos de la formación siguieron adelante sin aminorar la marcha; los marineros miraban con los ojos muy abiertos desde las barandillas.

El comandante del 2.º batallón era un sujeto obstinado llamado Walter M. Oakes.

Con el *Stone* sin peligro de naufragar y la ayuda saliendo de Gibraltar, Oakes reunió a sus hombres en cubierta y anunció con gran pompa que ellos continuarían viaje a Argelia en veinticuatro lanchas de desembarco. El capellán Cochran, quien permanecería a bordo del *Stone*, se ofreció a bendecir a los soldados, y a las tres de la tarde, la tropa bajó por las redes de abordaje a las endebles embarcaciones. Entre ellos, había un cocinero, que se coló en una lancha antes de que lo dejaran atrás. «Los hombres de este batallón», dijo a sus nuevos camaradas, «están llenos de coraje.»

Pronto, también estuvieron desesperadamente mareados. Tras balancearse de un lugar a otro hasta el anochecer, la frágil flotilla de lanchas avanzó hacia el sur en tres columnas a ocho nudos. A las 20 horas se averió la primera lancha. Noventa minutos más tarde, la flotilla reanudó la marcha, pero se calaron los motores de otras dos lanchas. Como una plaga se recalentaron los motores y se rompieron los conductos de gasolina, y para cada reparación, todas las lanchas debían detenerse. Se levantó viento del este y con él la mar se puso brava obligando a los hombres a achicar agua con los cascós. A las 23 horas, la corbeta *Spey*, con la misión de guiar las lanchas a la bahía de Argel, salió a investigar un misterioso contacto de radar a cuatro millas al este. Mientras las embarcaciones esperaban, un blanco resplandor y el estruendo de un cañón de 20 mm irrumpió en la noche. Con la corbeta de regreso, el escarmentado capitán explicó que sus hombres habían confundido la lancha n.º 28 de desembarco, que iba perdida y en la dirección errónea, con un submarino enemigo. Por suerte, no dieron en el blanco.

Poco después de la medianoche, la lancha n.º 9 informó que se estaba hundiendo después de colisionar con otra embarcación. Los hombres se aprestaron a subir en los botes salvavidas. Para entonces, la flotilla avanzaba a menos de cuatro nudos cuando aún le faltaban cien millas de navegación. Se rompían las cuerdas de remolque, se fundían los motores, los soldados haciendo arcadas sobre la borda rezaban por llegar a tierra. El comandante Oakes acordó que los hombres se metieran en siete lanchas aún en condiciones aceptables y hundieran el resto, una tarea que los artilleros de la *Spey* hicieron con sumo gusto.

Incluso entonces, la batalla estuvo perdida; el mar era demasiado poderoso; las embarcaciones, demasiado débiles. Empapados y fracasados, el batallón y su polizón cocinero embarcaron entusiasmados en la *Spey*. Con toda premeditación y para evitar mares abiertos que pudieran arrojar a los hombres por la borda, la corbeta se dirigió al sur con peligro de irse a pique por los 700 hombres extras, pero decidida a invadir Argel aunque llegara fuera de horario.

Pasaron varias horas antes de que Eisenhower recibiera los primeros informes directos sobre el *Stone*. Como todo primer informe, eran exagerados. El barco no había sido hundido; sus hombres no habían muerto. Para cuando le llegó un informe más preciso, ya estaba ocupado con un problema mucho más grave que el mero ataque de un torpedo. Habían llegado los franceses.

Dos días antes, el ubicuo Seraph había, pasado a buscar al general Henri Honoré Giraud por su escondite en la Costa Azul. Llevaba un sombrero de ala curva, un arrugado traje de espiguilla, prismáticos colgándole del cuello y tenía pelillos en las arrugas de las mejillas. No había mejorado su aspecto después del chapuzón sufrido durante el difícil traslado de un bote pesquero al submarino, pero su aspecto seguía siendo imponente, y su bigote al estilo Dalí, magnífico. Alto y delgado, marchó por el Grand North Road como si estuviera en los Campos Elíseos. Eran las 17 horas del 7 de noviembre.

En un maletín, Giraud portaba sus propios planes de invasión del norte de Africa, de la liberación de Francia y de la victoria final contra Alemania. Entró en la pequeña oficina donde le esperaban Eisenhower y Clark, y tan pronto como se encendió el letrero de «No molestar» en el exterior de la puerta cerrada, él mismo proclamó: «Ha llegado el general Giraud». A continuación, dijo: «Tal como lo entiendo, cuando desembarquemos en el norte de Africa, debo asumir el mando de todas las fuerzas aliadas y ser el jefe supremo aliado en el norte de África». Clark quedó atónito. Eisenhower pudo musitar: «Debe haber algún malentendido».

Ciertamente lo había. Eisenhower había tratado de evitar esa reunión en parte porque no estaba resuelto el asunto del mando y hasta le había escrito a Giraud una disculpa por no verlo personalmente en un papel con falso membrete de Londres, pero cuando el general se presentó en Gibraltar exigiendo respuestas, Eisenhower transigió.

No cabía duda de que Giraud era intrépido. Los servicios de inteligencia estadounidenses informaron que su último mensaje antes de ser capturado en 1940 había sido: «Rodeado por cien tanques enemigos, los estoy destruyendo a conciencia». Un oficial describió que enviaba a los hombres al combate con el grito: «Allez, mes enfants!». Con una mano dentro de su túnica como Napoleón, usaba la otra para señalar el cielo siempre que hablaba del noble ejército francés. En cautiverio, firmaba sus cartas añadiendo «Resolución, Paciencia, Decisión».

Pero el valor tiene sus limitaciones. Giraud, observó uno de sus compatriotas, tenía la mirada incierta de un gato de porcelana. «Tan solemne y estúpido», escribió Harold MacMillan, agregando que el general siempre estaba predispuesto «a tragarse cualquier cantidad de lisonjas y de Bénédictine». En privado, los norteamericanos le llamaban «papá Snooks».

La principal habilidad del general era el don de dejarse apresar para luego escapar. También había sido hecho prisionero en 1914, pero escapó a Holanda y luego a Inglaterra haciéndose pasar por carnicero, mozo de establo, mercader de carbón y mago en un circo itinerante. Su fuga de Königstein en abril de 1942, después de dos años de prisión junto a otros noventa generales franceses, fue aún más espectacular. Guardando los cordeles de atar de los paquetes de regalo, elaboró una soga reforzada con trozos de alambre introducidos en latas de manteca de cerdo; tras afeitarse el bigote y oscurecerse el pelo con polvo de ladrillo, arrojó la soga por un parapeto y, a

los sesenta y tres años de edad, bajó cincuenta metros hasta el río Elba. Haciéndose pasar por un ingeniero alsaciano, viajó en tren a Praga, Munich y Estrasburgo cuando ofrecían una recompensa de 100.000 marcos por su cabeza, para luego cruzar la frontera suiza y llegar a la Francia de Vichy.

Ahora estaba en el despacho de Eisenhower, exigiéndole su propio puesto. Giraud no hablaba inglés y Clark, que apenas sabía francés, se las ingenió con la ayuda de un coronel norteamericano para traducir las palabras de un hombre que a menudo se refería a sí mismo en tercera persona. «El general Giraud no puede aceptar una posición subordinada en este mando. Sus compatriotas no lo entenderían y su honor de soldado quedaría manchado.» Eisenhower le explicó que los aliados, mediante el turbio acuerdo de Cherchell aprobado por Roosevelt, esperaban que Giraud sólo mandara las fuerzas francesas; era imposible acceder a su exigencia de mandar todas las fuerzas abadas. Para aliviar el disgusto de Giraud, el agregado militar norteamericano en Suiza había ingresado diez millones de francos en una cuenta numerada. Llamaron a un oficial para que describiera en un mapa los desembarcos a punto de empezar en Argelia y Marruecos.

Giraud no dio marcha atrás. Quedó impresionado con el plan, pero ¿qué pasaba con el desembarco en el sur de Francia? Creía que veinte divisiones acorazadas serían suficientes. ¿Estaban listas? ¿Y era consciente Eisenhower de que él era de mayor rango, cuatro estrellas en vez de tres? Pero el meollo del asunto era el mando supremo de cualquier desembarco en suelo francés. «Giraud no puede aceptar nada menos», sentenció.

Después de cuatro horas, Eisenhower salió de lo que ahora llamaba «mi mazmorra» con el rostro tan encendido como la bombilla roja que iluminaba la puerta. Había convenido cenar en el comedor del Almirantazgo británico mientras Giraud disfrutaba de la hospitalidad del gobernador general en la Casa de Gobierno. Varios días antes, Eisenhower había advertido a Marshall: «La cuestión del mando supremo será un asunto delicado...Tendré que andar sobre terreno resbaladizo en este asunto, pero creo que me las puedo arreglar sin incurrir en graves ofensas». Por desgracia, Clark había acabado la primera reunión diciéndole a Giraud: «Caballero, espero que sepa que a partir de ahora usted está con el culo al aire». Eisenhower envió un rápido mensaje a Marshall que concluyó con una escueta confesión: «Estoy hartos».

La cena en la Casa de Gobierno, donde la cesta de cerezas siempre estaba llena y la alacena bien provista, no ablandó para nada a Giraud. De vuelta en el despacho de Eisenhower a las 10.30 y a la luz de la bombilla roja, volvió a negarse a entrar en razón. Tras dos horas de hablar en vano, Giraud se retiró del campo de batalla. Las cosas seguían en punto muerto: Giraud pretendía el mando supremo y no el mando limitado de las tropas francesas que le ofrecían los norteamericanos. Su chiste favorito era que los generales se levantaban temprano para no hacer nada en todo el día, mientras que los diplomáticos se levantaban tarde con el mismo propósito y esperando

que la madrugada del día siguiente ofreciera otra oportunidad para la inacción. Ahora anunció su plan de ir a comprar ropa interior y zapatos en el mercado local. Clark le volvió a amenazar, pero esta vez de forma menos grosera. «Nos gustaría que el honorable general supiera que su hora de utilidad a los norteamericanos para la restauración de la gloria que tenía Francia *es ahora*», dijo por medio del intérprete. «No le necesitaremos después de esta noche.»

Giraud se despidió con resignación y una declaración final en tercera persona: «Giraud será un espectador en este asunto». Eisenhower murmuró una amarga broma sobre «preparar un pequeño accidente de avión» para su huésped y luego salió a meditar un momento.

Desde la Roca, el Mediterráneo se extendía hasta fundirse con el cielo nocturno en mil tonalidades de añil. Eisenhower era un hábil jugador de cartas y barruntaba un farol. Tal vez Giraud estaba ganando tiempo para observar el desarrollo de la invasión. Eisenhower sospechaba que cambiaría de actitud en cuanto la situación se definiera más.

Por otro lado, las noticias eran esperanzadoras. Después de más de dos semanas de lucha en El Alamein, Rommel estaba en plena retirada de Egipto, el VIII ejército británico podía hacer trizas el Afrika Korps o empujar a Rommel hacia las fuerzas de ANTORCHA que pronto ocuparían Tunicia. Y no sólo la emboscada del Eje en el Mediterráneo se había visto situada demasiado al este, sino que una jauría de submarinos alemanes había sido alejada de Marruecos y puesta rumbo al Adántico por un convoy de mercantes británicos que había zarpado de Sierra Leona. Hundieron más de una decena de mercantes, pero los cargueros de Hewitt de la Task Forcé 34 seguían indemnes. ¿Era posible que el gran secreto se mantuviera hasta el día siguiente? Se habían producido algunas horribles filtraciones en los servicios de inteligencia; por ejemplo, en el cuartel general aliado en Londres, unos documentos secretos lanzados al fuego habían sido succionados indemnes por la chimenea. Los oficiales se desplegaron por St. James Square durante una hora haciendo trizas todo papelito blanco a la vista. Aun así, el Eje parecía seguir en babilonia con respecto a ANTORCHA. Eisenhower le había escrito a Marshall: «No es necesario que le diga que las últimas semanas han sido un período de tensión y de inquietud. Pienso que lo hemos superado... Si un hombre se lo pudiera permitir, se pondría absolutamente frenético con las cuestiones de la meteorología, la política, los personajes de Francia y Marruecos, etc.».

Eisenhower regresó a su catacumba fumándose otro Camel. Estiró un colchón y se dispuso a estar fuera del centro de operaciones mientras esperaba informes del frente. «Sólo temo al mal tiempo y a posibles graves pérdidas a manos de los submarinos», había escrito con el ánimo de un hombre obligado por su cargo a no tener miedo a nada. Años después, tras haber sido laureado por el mundo civilizado que él había contribuido a salvar, Eisenhower recordaría esas horas como las más atroces de toda la guerra. En un mensaje a Marshall, había añadido una conmovedora posdata.

«Hasta cierto punto», escribió, «un hombre debe simplemente creer en su suerte.»

2. El desembarco

«DE NOCHE, TODOS LOS GATOS SON PARDOS»

A doscientas treinta millas marinas de Gibraltar, Oran se elevaba sobre el mar como un fragmento de Europa lanzado en la costa africana. De sus 200.000 habitantes, tres cuartas partes eran europeos, y se creía que la ciudad había sido fundada por mercaderes moriscos del sur de España. Saqueada, reconstruida y vuelta a saquear, Oran consiguió una duradera prosperidad gracias a la piratería; el rescate pagado por los esclavos cristianos había sufragado la construcción de la Gran Mezquita. Desaparecidos los corsarios hacía mucho tiempo, el puerto seguía siendo, después del de Argel, el mayor puerto de la antigua costa de los piratas. En los muelles esperaban ser exportados inmensos barriles de vino y miles de cajas de mandarinas; allí unos letreros pintados a toda prisa proclamaban el vacío lema de Pétain: «Honneur, Travail, Patrie». Un ambiente indecente y de aventureros dominaba los numerosos bares del puerto. Los muelles y los rompeolas daban al activo puerto una forma de rectángulo estrecho de menos de tres kilómetros de largo y vigilado por fortalezas y baterías costeras que oteaban el mar hasta el horizonte y convertían a Oran en uno de los puertos mejor defendidos del Mediterráneo.



Éste era el lugar elegido por los aliados para comenzar su invasión del norte de África con un ataque frontal de dos débiles guardacostas de la Guardia Costera y medio batallón norteamericano. Mientras la Task Forcé 34 de Hewitt se aproximaba a la costa de Marruecos, la flota británica se había dividido. La mitad se dirigía a tres playas de desembarco en Argelia, mientras que la otra mitad ocuparía las playas cercanas a Oran. Ya que aún era incierta la reacción de las defensas francesas en África, un rápido éxito aliado requería la toma de los puertos para acelerar el desembarco de hombres y suministros. Oran había sido tan crucial que Eisenhower en persona había aprobado la propuesta de conquistar los muelles mediante un golpe de mano antes del alba del 8 de noviembre de 1942.

El plan era británico. Concebido en agosto y bajo el nombre de RESERVISTA, el

ataque, similar a una exitosa operación británica de hacía seis meses contra las fuerzas de Vichy en Madagascar, estaba diseñado para prevenir el sabotaje del puerto de Oran. La inteligencia británica calculaba que los marinos franceses sólo necesitarían tres horas para hundir todas las embarcaciones mercantes en el puerto y otras doce para hundir el inmenso muelle flotante que obstruiría la entrada al puerto. Para propiciar un recibimiento amistoso de los defensores anglófonos, los británicos también propusieron que se usasen las tropas mayoritariamente norteamericanas a bordo de los dos patrulleros de los Grandes Lagos. En otro tiempo utilizados para perseguir a los traficantes de alcohol, esos navios habían sido prestados a la Royal Navy y rebautizados como *Walney* y *Hartland*. Nunca se consideró cómo los artilleros franceses reconocerían la autoría norteamericana del asalto pese a la advertencia de Churchill de que «de noche, todos los gatos son pardos». Cada patrullero tenía 76 metros de eslora y había sido construido para soportar el hielo del lago Erie, pero no los obuses enemigos, a pesar de que había sido blindado con planchas de acero alrededor de la timonera y del puente inferior. Palabras en clave provenientes de una exótica paleta fueron asignadas a los distintos muelles, barracas y otros objetivos que debían ser conquistados: Magenta, Limón, Clarete, Beige, Heliotropo y Escarlata.

Para el mando de RESERVISTA, los británicos eligieron a un viejo lobo de mar de cincuenta y tres años llamado Frederick Thornton Peters. De finos labios y cejas bien arqueadas, el capitán Peters había vuelto a la Royal Navy en 1939, tras doce años de ausencia. Después de comandar una flotilla de destructores defendiendo convoyes, Peters había dirigido una escuela de entrenamiento para agentes secretos en Hertford; los estudiantes Kim Philby y Gay Burgess llegarían a ser famosos traidores a su patria. Peters se afeitaba tan vigorosamente que sus mandíbulas siempre tenían rastros de sangre. Le gustaban los puros estrechos y de tabaco negro preferiblemente encendido por un adulador con una cerilla de madera. «La lluvia, la oscuridad y el secreteo lo persiguen», escribió un conocido. Ahora su objetivo era la gloria. Peters pretendía no sólo evitar el sabotaje del puerto, sino también tomar las fortificaciones y aceptar la rendición de Oran. «Ésta es», confesó, «la oportunidad que siempre he esperado.»

Peters y su plan preocupaban a los norteamericanos. Incluso Churchill había reconocido que la catástrofe en Dieppe en el pasado agosto «había demostrado que un ataque frontal contra un puerto bien defendido está condenado al fracaso». La tradición naval desde los días del almirante Horatio Nelson afirmaba que «era inútil lanzar una ofensiva semejante contra un puerto». Como mínimo, argumentó un teórico británico, «los defensores deben ser sometidos a un fuego excepcional, deben ser humillados». Ningún bombardeo excepcional precedería a RESERVISTA y ningún defensor sería humillado. Un informe de inteligencia advirtió: «El número de barcos varía cada día en el puerto de Oran y disponen de armas de largo alcance». La fecha y hora del ataque causaba especial consternación. Originariamente, RESERVISTA debía coincidir con los primeros desembarcos en las playas al este y oeste de Oran. Pero ahora los

patrulleros entrarían en puerto dos horas después de comenzados los demás desembarcos, dando tiempo para cancelar la misión si los franceses parecían especialmente exacerbados u oportunamente tranquilos. La Royal Navy insistía en que RESERVISTA era «más una operación de caballo de Troya que un ataque».

Convencido de que Peters pensaba atacar fueran las que fueran las condiciones en tierra, la mayor autoridad naval estadounidense en la campaña de Oran, el contraalmirante Andrew C. Bennett, se quejó a Eisenhower. «Si hay una decidida defensa, lo que parece ser la opinión generalizada, entonces estoy convencido de que esta pequeña fuerza será aniquilada», escribió Bennett el 17 de octubre. «Si hay una fuerte resistencia, estoy convencido de que sería insuficiente una fuerza cinco veces mayor». RESERVISTA era un plan «suicida y absolutamente erróneo».

También protestó Bernhard H. Bieri, otro almirante norteamericano destinado en Londres, pero Eisenhower se sintió obligado en aras de la armonía aliada de hacer caso a los británicos, en especial al almirante de cuatro estrellas Bertram H. Ramsay. «No puedo aceptar su consejo en este particular», dijo Eisenhower a Bieri, «porque tengo que contar con la opinión de Ramsay.» Bieri se dirigió a Ramsay, quien le contestó: «Aunque no se consiga gran cosa, es bueno para el espíritu de mi pueblo que llevemos a cabo esta clase de operaciones». Una objeción más, esta vez del general de división Orlando Ward, cuya 1.ª división acorazada proporcionaría las tropas de RESERVISTA, sólo obtuvo el rechazo vehemente de Clark, que se había vuelto un ardiente partidario del plan. «Si estas naves reciben el fuego de las defensas costeras, se retirarán», aseguró Clark a Eisenhower el 13 de octubre. Las dudas de Ward persistieron, pero como le escribió a un subordinado: «Tengo la conciencia tranquila en este asunto».

El honor de atacar Oran recayó en el 3.º batallón del 6.º regimiento acorazado de infantería de Ward. Fundado en 1789, el 6.º de infantería luchó en Chapultepec y Chancellorsville, San Juan Hill y Saint-Mihiel. Por sus filas pasaron Jefferson Davis, Zachary Taylor y un comandante especialmente aguerrido que resultó mortalmente herido cuando luchaba contra los indios seminólas en un pantano de Florida en la navidad de 1837. «Tranquilos, hombres», dijo antes de expirar. «Carguen contra el montículo.» El actual comandante del 3.º batallón era un oriundo de Florida de 31 años llamado George F. Marshall. Marshall, un egresado de West Point, cuya frente ancha coronaba un rostro alargado y una fuerte mandíbula, había servido en los exploradores filipinos y se había casado con la hija de un médico militar. Si tenía dudas sobre RESERVISTA, nunca las reveló. La misión, le confió a un oficial de la división, era «la mejor tarea» posible. Cargaría contra el montículo.

Tras unos días de entrenamiento en Gran Bretaña con garfios y escaleras de abordaje, Marshall y 192 de sus hombres (todos los que podía transportar un patrullero) zarparon con rumbo a Gibraltar en un crucero de la Royal Navy. Llegaron el 5 de noviembre, a tiempo para presenciar la llegada de Eisenhower y su plana mayor a

bordo de los B-17. Allí los hombres embarcaron en el *Walney* y el *Hartland*, que habían navegado por separado desde Irlanda del Norte. Se sumaron a especialistas en antisabotaje, entre ellos veintiséis oficiales y marineros norteamericanos, seis marines, cincuenta y dos oficiales y marineros de la Royal Navy y las tripulaciones británicas de los patrulleros. Al mediodía del 7 de noviembre, los hombres se enteraron de su destinación.

Los atestados patrulleros se bamboleaban de tal forma durante el corto viaje a través del Mediterráneo que la sopa se volcaba sobre las mesas. Ni Peters ni Marshall sabían que en Oran se estrellaba en ese momento un golpe organizado por los Doce Apóstoles de Robert Murphy y la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS; la agencia de espionaje estadounidense). Aunque un grupo de valientes conspiradores monárquicos, judíos, masones y comunistas seguía firme en su determinación de tomar el puerto y otras instalaciones, un conspirador clave en el alto mando militar había perdido los nervios. Un mensaje cifrado desde un transmisor secreto en Oran («Esperad una fuerte resistencia») no llegó a la fuerza aliada.

Cada patrullero lucía una bandera estadounidense del tamaño de un mantel. Ambos navios también portaban la Enseña Blanca, el emblema de la Royal Navy. Las tripulaciones británicas habían insistido en navegar bajo su propia bandera. Peters se reunió con sus camaradas en el salón del *Walney* para recabar los últimos detalles. «Pienso», dijo, «que tenemos una buena posibilidad de llevar a cabo la misión sin disparar un tiro.»

Un minuto después de la medianoche del 8 de noviembre, las tripulaciones de los patrulleros se pusieron en formación de combate. En el alcázar y la lavandería, cerca de los cañones, los marineros depositaban munición extra. En el puente de mando a oscuras del *Walney*, el teniente Paul E. A. Duncan de la marina británica lucía un uniforme estadounidense de combate con dos pistolas colgando sobre las caderas y un subfusil cruzado en el pecho. Era el lingüista del capitán Peters y practicaba el francés con acento norteamericano murmurando palabras que pronto gritaría por la megafonía.

Con el *Hartland* siguiéndole a más de 500 metros, el *Walney* se acercó a la costa argelina a una velocidad de seis nudos, dejando un brillante surco glauco en el mar fosforescente. Los hombres del coronel Marshall esperaban en el comedor de la cubierta inferior tomando café y oyendo el sonido del agua en el casco. Los enfermeros desplegaban sábanas blancas sobre las improvisadas mesas de operaciones. Entre ellos estaba Marvin P. Clemons, un antiguo encargado del montacargas de una mina de Eccles, Virginia Occidental. El cirujano del batallón, el capitán Robert Fuller, acababa de degradar a su bravucón asistente de sargento a soldado raso, y Clemons pensaba desertar en Oran después de la primera paga. Ayudaba a Fuller a organizar los instrumentos de cirugía mientras tramaba en secreto su fuga.

Peters, Duncan y otros quince hombres ocupaban el puente de mando. Tenían las caras tan negras del camuflaje que ni los amigos íntimos se reconocían. Las luces color

ámbar de Oran iluminaban las oscuras colinas; de repente, a las 2.45 empezaron a parpadear. El distante gemido de las sirenas antiaéreas franquearon las aguas. El patrón del *Walney*, el capitán de corbeta P. C. Meyrick, leyó en voz alta un equívoco mensaje de la nave capitana *Largs*: «Ningún disparo hasta ahora. Desembarcos sin oposición. No entren en combate a menos que tengan que hacerlo». Los hombres en el puente soltaron una carcajada. El sonido desapareció mientras una bengala se elevaba lánguidamente por encima de los muelles y a estribor. Por primera vez, Peters vio una doble barrera flotante de unos 200 metros que se extendía delante de la bocana del puerto.

Meyrick ordenó al timonel que fuera hacia las sombras de los cerros al este del puerto. Dos pequeñas lanchas motoras que habían acompañado a los patrulleros desde Gibraltar se dispusieron a lanzar una cortina de humo. Arrancaron las hélices del *Walney* cuando Meyrick quiso alcanzar los quince nudos para atravesar las barreras. Ante una señal de Peters (eran exactamente las tres de la madrugada), Duncan cogió el micrófono y con su fingido acento norteamericano gritó en la oscuridad: «Ne tirez pas. Nous sommes vos amis. Ne tirez pas».

Trazadoras rojas cruzaron las aguas y resonó el tableteo de una ametralladora en el Mole Ravin Blanc. Lenguas de fuego salieron de las baterías de Fort Laumone por encima de la bocana. «Todo el mundo a tierra», ordenó Meyrick. «Nos acercamos a las barreras.» Casi sin ninguna sacudida, el *Walney* cortó el primer cable y luego, «como un alambre en el queso», traspasó la hilera de gabarras de carbón que componía la segunda barrera. Ya estaba en el puerto.

Un fuerte estrépito ahogó toda demostración de celebración. Una de las motoras, al tratar de escapar de su propio humo asfixiante, había colisionado con el *Walney*. No hubo ningún herido, pero la lancha con la proa averiada desapareció en la oscuridad de la noche. El humo sobrevolaba los muelles como una densa neblina con nubes blancas debajo de los múltiples fogonazos que ahora se veían a lo largo del puerto. Un reflector circulaba alocadamente sobre las aguas. De los muelles y los embarcaderos disparaban armas ligeras, pero esos ruidos eran ahogados por el mayor bramido de la Batterie de Gambetta. Un proyectil cayó en el puente del *Walney* y el teniente Duncan cayó muerto con el micrófono en la mano, sus palabras de paz inacabadas y las pistolas sin haber salido de la funda.

Luego, se hizo el silencio durante un largo minuto mientras el *Walney* pasaba delante del Mole Ravin Blanc y el Mole Millerand rumbo a su objetivo en la punta occidental del puerto. Los artilleros franceses se concentraron en el *Hartland* a cinco minutos por detrás y ahora bajo las luces del reflector. En el casino de cubierta del *Walney*, 200 soldados norteamericanos habían seguido la batalla primero con entusiasmo, luego con alarma cuando las balas de una ametralladora dieron contra el casco. Varios hombres se retorcían de dolor en la cubierta. Los médicos se agachaban tratando de inyectarles morfina. El coronel Marshall pasó rápidamente entre los

hombres arengándoles con severas palabras y luego se dirigió al castillo de proa. Tal como estaba previsto, los marineros británicos bajaron los botes. Uno había sido agujereado y se hundió en el acto echando al agua a los soldados. En los otros dos, los equipos antisabotaje remaban furiosamente hacia los muelles de la rada Maroc.

El período de calma acabó tan rápidamente como había venido. Mirando por las ventanas destrozadas del puente, Peters vio que el balandro francés *La Surprise* aceleraba justo por delante. Ordenó a Meyrick que girase y atropellara la embarcación, pero el capitán francés fue más rápido. La primera descarga a 300 metros de distancia destrozó la plancha de acero que blindaba el puente del *Walney* matando al timonel y a los próximos a él. Ciego de un ojo, Peters gritó otra orden de cambio de rumbo, pero ya daba órdenes a los muertos. El *Walney* se deslizaba a cuatro nudos y los artilleros franceses barrieron la cubierta con otra descarga a 25 metros de distancia y con las terribles bocas de los cañones casi tan cercanas como para tocarlas.

Lo peor aún estaba por venir. Cuando el patrullero pasó delante del Mole Tules Giraud, una bomba detonó en la sala de máquinas causando numerosas bajas y destrozando los tanques de aceite lubricante. Con las válvulas automáticas cerradas, los motores paralizados, el *Walney* se encontró a la deriva. Más bombas rompieron las dos calderas causando quemaduras a los hombres. Dos submarinos, una batería en lo alto del puerto y los francotiradores franceses acribillaron el *Walney* a lo ancho y a lo largo. Las bombas entraron en la sala de oficiales, en el camarote del capitán, en la sala del timón. Arriba, los muertos se amontonaban; abajo, el comedor parecía una casa incendiada y enrojecida con la sangre de los soldados.

Empujado por la corriente, el *Walney* pasó el Mole Centre al oeste del puerto y se puso en ángulo recto con la quilla del amarrado destructor *Epervier*. Los supervivientes intentaron un abordaje echando un cable con garfios a la chimenea del destructor, pero sin gasolina para poner en marcha los cabrestantes, los hombres no pudieron acercarse lo suficiente al patrullero como para abordar la otra embarcación. En cambio, el *Epervier* barrió el *Walney* con sus ametralladoras de cubierta matando a Meyrick en el puente, al cirujano Fuller en la enfermería y al coronel Marshall. La última vez que se le vio fue en el castillo de proa con una docena de sus hombres arrojando granadas al destructor francés. Ahora se produjo un incendio en cubierta. De los diecisiete hombres que una hora antes habían estado en el puente de mando, un solitario superviviente se abrió paso entre los muertos a la roja luz de las llamas. Era Peters.

El *Hartland* no corrió mejor suerte. Yendo demasiado atrás de las motoras como para que lo ocultasen las cortinas de humo, el *Hartland* concitó la furia inicial de los artilleros de Fort Laumone. Las balas trazadoras bailotearon por la cubierta matando a casi todos los artilleros incluso antes de que llegase a puerto. La metralla cortó un conducto de vapor y un pitido como de muerte irrumpió en el estrépito de la batalla. La metralla también cegó temporalmente al capitán en el momento más inoportuno

haciendo que el navio efectuara un viraje y se llevase por delante el espigón a menos de dos metros de la bocana. Atrapado por las luces del reflector y de momento varado, para cuando se zafó de las rocas, el *Hartland* ya estaba agujerado e incendiado antes de realizar una segunda intentona de entrar en el puerto. El comandante, el capitán de corbeta Godfrey Philip Billot, ordenó que se contestase el fuego enemigo, pero sus artilleros ya habían muerto. El *Hartland* sólo pudo disparar tres veces con la batería de 30 mm antes de que sus cañones guardasen silencio para siempre.

Girando en el Mole Ravin Blanc y acercándose al Quai de Dunkerque, el patrullero pasó bajo el destructor *Typhon*. Una andanada disparada a 150 metros traspasó el casco sin blindaje del buque; se ladeó. La metralla barrió el puente, los compartimientos de proa y el puesto de socorro, donde murieron médicos y heridos por igual. En la sala de máquinas, los gases de cordita se mezclaron con el vapor de los conductos destrozados. Fogoneros adolescentes morían con las palas en las manos. En cubierta, la metralla se disparaba monótonamente como un aspersor de jardín. Los muertos formaban pilas tan altas que los vivos no podían alcanzar las mangueras de incendio. Los marineros ayudaban a los soldados heridos a ponerse chalecos salvavidas con los que no estaban familiarizados, luego los tiraban por la borda. El *Typhon* dejó de disparar sólo cuando las bombas de 40 mm que explotaban por el *Hartland* con llamas azules amenazaron a otras naves francesas. A las cuatro de la madrugada, el capitán Billot echó anclas y salió al puente; de inmediato fue herido en el hombro y en ambas piernas. Con las municiones detonando, las llamas elevándose cada vez más y las cubiertas enrojecidas por el infierno inferior, Billot ordenó a todos los supervivientes que abandonasen el barco.

A dos kilómetros al oeste, también agonizaba el *Walney*. La vida subsistía en la cubierta, pero se derrumbaba en el agua. El sargento Ralph Gower trepó hasta la borda, perdió conciencia cerca de la barandilla y se despertó para encontrarse debajo de un montón de cadáveres. «Esos muertos no querían moverse», dijo más tarde. Marvin Clemons, el degradado asistente del cirujano no tendría que desertar después de todo. El capitán Fuller había muerto y Clemons había recibido cuatro balazos en la pierna derecha antes de echarse al agua para refugiarse en un muelle. Leo S. Disher, un reportero a bordo del *Walney*, logró ponerse a salvo pese a sus veinticinco heridas y un salvavidas hecho pedazos por la metralla. Un soldado norteamericano sacó a Disher del agua con una sola mano. La otra le había sido amputada por la metralla.

Los hombres chapoteaban en la capa de aceite, se aferraban a los restos flotantes y se protegían las cabezas de las balas que caían por doquier. Algunos marineros franceses en los muelles y a bordo del *Epervier* ayudaban en el rescate de los supervivientes. Otros los mataban mientras nadaban con disparos de rifles y ametralladoras.

A las 4.15, una explosión destruyó definitivamente al *Walney*. Ya destruido por más de cincuenta bombas, escoró y se hundió dignamente. Las dos banderas aún

ondeaban. Peters, que había ayudado con las amarras de popa, se las ingenió para llegar a tierra en una balsa con otros diez hombres. Los marineros franceses le hicieron prisionero.

El *Hartland* ardió hasta el día siguiente. Las llamas lamían las banderas. Una detonación estruendosa y final lo hizo saltar en pedazos que dañaron los depósitos en torno al Mole Ravin Blanc. De los 200 soldados de a bordo, sólo dos lograron llegar a tierra con sus armas. Fueron capturados de inmediato.

El alba trajo una extraña tranquilidad. El apagado *pokpokpok* de los rifles se fue espaciando y finalmente cesó. Montones de restos flotantes ardían como fogatas de campamento. En lo alto, en la ermita de Notre Dame de Santa Cruz, una virgen de piedra erosionada extendía una mano al puerto como para dar su absolución por todo lo que había presenciado.

Los marineros franceses reunieron a los supervivientes. Los heridos graves, gimiendo y ensangrentados, fueron trasladados en camiones y ambulancias. Los otros tuvieron que caminar. Descalzos o en zapatillas, sólo en calzoncillos y cubiertos de petróleo, se arrastraron tres kilómetros bajo una llovizna gris por las calles de Oran hasta una prisión militar. Franceses con lágrimas en los ojos llenaban las aceras; árabes jubilosos les escupían y les arrojaban piedras. Las bajas en las fuerzas de RESERVISTA llegaron al 90 por 100 y la mitad resultaron muertos. De los 393 hombres de Marshall, 189 murieron y 157 estaban heridos. El número de bajas también incluía a 113 muertos y 86 heridos de la Royal Navy y 5 muertos y 7 heridos de la marina estadounidense.

Los británicos dirían que la valentía de RESERVISTA impresionó tanto a los franceses que contribuyó «al modo poco entusiasta» en que se llevó a cabo el sabotaje del puerto. Pero no hubo nada de poco entusiasta al respecto. Incluso cuando aún los empapados supervivientes no habían llegado a la prisión, el comandante del puerto ordenó que se abrieran las compuertas del puerto. A las pocas horas, 27 viejos barcos franceses acompañaban al *Walney* y al *Hartland* en las profundidades del fondeadero. Mástiles y chimeneas sobresalían del agua en los ángulos más extraños. Tres diques secos flotantes fueron hundidos, incluyendo el Gran Muelle, de 25.000 toneladas, que bloqueó la bocana y que luego requirió dos meses de trabajo para retirarlo. La Royal Navy se tomó una pequeña venganza hundiendo o encallando cinco buques de guerra franceses que salieron de Oran, entre ellos, *La Surprise*, que se hundió de madrugada con el capitán y los 50 miembros de la tripulación; el *Epervier*, envuelto en llamas, encalló en una playa, y el *Typhon* fue hundido en el canal del puerto.

Durante semanas aparecieron cadáveres sobre las aguas. Eran llevados a tierra y envueltos con mantas por hombres en botes de remos y con garfios. Más de 300 aliados muertos desconcertaron a los vivos. La fuerza de ataque no había incluido ningún equipo mortuario en el desembarco inicial. Las indecorosas discusiones sobre cómo y quién debía enterrar a quién persistirían hasta días después del fracaso de Oran.

Finalmente, los ingenieros militares eligieron un monte fuera de la ciudad y cavaron profundas trincheras en la dura arcilla con martillos y compresores neumáticos. Veintinueve de los enterrados no fueron identificados. Muchos desaparecieron, como George Marshall, que dejó viuda y dos hijos pequeños.

Ostensiblemente para evitar el antagonismo de los franceses, el principal comandante naval británico, el almirante Andrew Browne Cunningham, insistiría en que «el silencio es la mejor política» con respecto a RESERVISTA. Los jefes del ataque contra Oran fueron condecorados. Peters, descrito por un testigo como un bucanero con el ánimo por los suelos y un parche negro sobre un ojo, recibió la Cruz Victoria, el máximo galardón británico, y la Cruz de Servicios Distinguidos, la segunda distinción norteamericana. Cinco días después de RESERVISTA, los vientos traicioneros de Gibraltar abatieron su avión y Peters, que iba a ver a Churchill, resultó muerto. Los franceses tuvieron el increíble descaro de enviar una factura a los aliados por la entrada del *Walney* y el *Hartland* en el puerto, citando una ley local que requería que todo navio que entrase en Oran debía pagar una tasa.

Con el tiempo, Eisenhower asumió la culpa de la debacle en una reunión privada con los jefes del Estado Mayor británicos y norteamericanos. No tuvo consecuencias, pero Andrew Bennett, el almirante norteamericano más opuesto a la operación, persistió en sus críticas enfureciendo a los británicos y a Eisenhower, quien declaró: «Voy a sacar a ese tipo de aquí inmediatamente». El impenitente Bennett pronto se encontró destinado a Islandia.

En cuanto al general de división Orlando Ward, aún en Inglaterra con el grueso de la 1.ª división acorazada, la noticia de la destrucción del batallón le llevó a copiar en su diario un fragmento del *Rubaiyyat* de Ornar Khayyam:

*Algunos de los que amamos, los mejores y más tiernos
que de esta cosecha ha dispuesto el Tiempo,
han bebido antes una o dos copas
y, uno por uno, se han ido a descansar en silencio.*

EN LA COSTA DE BERBERÍA

Los ligeros aromas de Berbería (humo de carbón, tierra húmeda, descomposición vegetal) avanzaron sobre el mar hasta los casi 40.000 soldados de asalto que se aprestaban a rodear Oran por el este y el oeste a primera hora del 8 de noviembre. Desconociendo el desastre acaecido en el puerto, los soldados se despojaron de cualquier cosa que pudiera identificar sus unidades. El triste detrito de los hombres que abandonaban el mundo de la paz formó pequeños montones en los guardarropas: cartas de amor, tarjetas de baile, billetes usados de tren, insignias, carnés de conducir. Los tan vituperados cocineros prepararon una comida final, «tan espléndida como la de un condenado a muerte, pero poco apreciada». Un emprendedor operador de onda corta se las ingenió para captar el partido de fútbol entre el ejército y Notre Dame y lo

emitió por los altavoces del barco para el 16.º regimiento de infantería. El coronel Alexander N. Stark Jr., comandante del 26.º de infantería, dijo a sus hombres unas palabras finales: «Démosles todas las oportunidades de rendirse pacíficamente y con honor en vez de obligarles a luchar. Si la pifiamos, esto puede terminar siendo un desbarajuste terrible; por tanto, pensemos con claridad». Se oyó una voz en la oscuridad de la cubierta que habló en nombre de muchos: «Seguro que tengo miedo. No me digas que tú no». Los soldados del 1.er. batallón acorazado de infantería, una unidad gemela al batallón de Marshall, contemplaba la negra costa a sólo diez kilómetros de distancia. La playa estaba tranquila salvo por unos extraños resplandores del lado del puerto. «Parece que no van a luchar», se decían los hombres para tranquilizarse.

Según el plan aprobado por Eisenhower y Clark, Oran debía ser tomada por una doble acción envolvente de tropas norteamericanas desembarcadas en tres cabezas de playa designadas X, Y y Z y que cubrirían unos 80 kilómetros de costa bajo el mando del general de división Lloyd R. Fredendall. Los carros de combate de X y Z avanzarían antes del alba en un movimiento de pinza para tomar los dos aeropuertos al sur de Oran, mientras la operación RESERVISTA supuestamente conquistaba el puerto. Los soldados de infantería también cercarían la ciudad previniendo que los refuerzos llegasen a Oran si los franceses optaban por presentar batalla. La inteligencia aliada informó que 4.000 marineros franceses cubrían las trece baterías que protegían la ciudad. Diez mil soldados componían la división Oran.

El mayor contingente de fuerzas invasoras, proveniente de las divisiones 1.a de infantería y 1.a acorazada, que llegó a bordo de 34 buques de transporte, ocuparía la playa Z en las proximidades de Arzew, un pueblo de pescadores a unos 25 kilómetros al este de la ciudad. Dos fuertes defendían la playa de guijarros de Arzew; la responsabilidad de capturarla antes del desembarco principal recayó en el 1.er. batallón de tropas de asalto. Entrenados los últimos seis meses por comandos británicos, estos Rangers lucían bigotes con las puntas enceradas y barbas al estilo Vandyke, ya que pretendían emular a sus tutores. Su linaje se remontaba a las tropas irregulares de las guerras en Francia y la India, famosas por su sigilo, su gallardía y sus reyertas fratricidas. Ahora sus rangos incluían ex obreros metalúrgicos, campesinos, un torero, un domador de leones, un agente de bolsa y el tesorero de una compañía de teatro. Su extremadamente estricto comandante era William O. Darby, un carismático artillero de treinta y un años proveniente de Arkansas.

Del *Ulster Monarch*, el *Royal Ulsterman* y el *Royal Scotsman*, 500 Rangers embarcaron en lanchas de desembarco como cucharas en un cajón, los rostros pálidos y mirando por debajo de los cascos. En vez de bajar por las redes de desembarco, la mayoría de estos hombres fueron depositados en el agua en sus lanchas de desembarco por grúas de botes y chirriantes poleas. El cable de una grúa se rompió cuando bajaba un bote lanzando al mar a los Rangers, los rifles y la radio de Darby. Los perplejos

marineros rescataron a los indignados náufragos, cuyos insultos abrumaron la noche hasta que una voz más potente dijo: «Agradeced a Dios que nuestros chicos os han pescado de las profundidades».

Dos compañías capitaneadas por el comandante W. H. Dammer fueron directamente al puerto de Arzew. Encontraron a la guarnición francesa durmiendo apaciblemente. Barricas de sardinas en salmuera se alineaban en los muelles. Ocho lanchas de desembarco bajaron las rampas de proa, pero la curva del malecón era más empinada de lo esperado y los Rangers patinaban una y otra por la superficie resbaladiza hasta que al final pudieron subir el Grand Quay. Quince minutos más tarde estaban agazapados fuera del Fort de la Pointe, una vieja y enmohecida batería en lo alto del puerto. Al ver a un soldado francés llevando ropa para lavar sobre la cabeza, el pelotón de vanguardia lo siguió atravesando la puerta principal. Se oyeron unos disparos seguidos por el ruido del plomo en el adoquinado y los gemidos de un soldado moribundo. Los Rangers pusieron en custodia al comandante y su esposa junto con otros 60 soldados semidormidos. En las embarcaciones de desembarco en la playa, un jubiloso soldado británico gritó: «¡Por el rey y por la patria!». El Fort de la Pointe había caído.

Entretanto, Darby había conducido a sus otras cuatro compañías a través de una playa pedregosa a kilómetro y medio del puerto. Los Rangers, con la respiración entrecortada y aún aturcidos después de haber pasado semanas en el mar, treparon por un barranco para flanquear el Fort du Nord. Las compañías, de tres en fondo, cortaron una alambrada de púas y sorprendieron a un trío de soldados franceses en un refugio subterráneo que compartían con una prostituta argelina. Una súbita ráfaga de fuego obligó a retroceder a Darby y a sus hombres, que hicieron ochenta disparos de mortero contra el fuerte. Entonces, los Rangers aullando atacaron los emplazamientos subterráneos y echaron tubos llenos de explosivos en las bocas de cuatro grandes cañones. Otros dejaron caer granadas por los pozos de ventilación haciendo salir a los artilleros que se habían atrincherado en el polvorín.

Pronto apareció el comandante de la batería con un chaquetón de marinero encima del pijama y en zapatillas. Detrás de él iban otros sesenta marineros portando una bandera blanca. Ante la insistencia de Darby, el comandante telefoneó a una guarnición cercana que servía como casa para los convalecientes de la Legión Extranjera y ordenó que se rindieran; los legionarios obedecieron arrojando las armas en un pozo y emborrachándose. El alcalde de Arzew, con los dientes castañeteando de miedo mientras cogía el teléfono con manos temblorosas, también aceptó entregar la población.

De inmediato, Darby subió a un altozano rocoso que dominaba el mar. La Royal Navy no acercaría los buques de transporte de tropas a menos de cinco millas si los cañones de Arzew no estaban neutralizados. El proceso previsto para comunicar el éxito de la operación eran cuatro luces verdes seguidas de una doble estrella de luces

blancas. Pero todas las luces blancas se habían hundido con su radio. Frenéticamente disparó un cohete verde tras otro. Se oyeron murmullos de admiración entre los soldados que llenaban las cubiertas de los barcos. Tras un confuso debate, los jefes decidieron que significaba lo que realmente significaba: que en la tierra de Aníbal y de Escipión el Africano, los aliados habían conquistado su primera población.

En la cubierta protegida del *Reina del Pacífico*, un general de división correoso y de gran mandíbula caminaba con la postura gacha de un jinete cansado. Unos cabellos de color metálico brillaban en su coronilla. El cuello delgado y los hombros caídos desvelaban su fuerza poco común y aumentada con diversos ejercicios durante la larga travesía. A menudo corría cinco kilómetros después del desayuno; el resto del día lo pasaba gorroneando cigarrillos a sus subordinados y metiéndoles las manos hábilmente en los bolsillos. Dos cicatrices simétricas le hoyaban las mejillas, una bala que le atravesó la cara en Argonne la había sacado los molares junto con un molesto tartamudeo adolescente. Cuando se ponía nervioso, y ahora estaba ciertamente nervioso, la vieja herida le obligaba a hacer un extraño sonido sibilante como el de un neumático pinchado. Caminando y resollando a lo largo de la barandilla, a veces se detenía para mirar las verdes hebras fosforescentes que dejaban tras de sí las lanchas de desembarco. Cuando la primera oleada de tropas de asalto ya avanzaban hacia el horizonte, murmuró: «La costa».

Terry de la Mesa Alien: hasta su nombre era rimbombante, como escribió una vez un admirador. Jefe de la 1.ª división de infantería, Terry Alien personificaba el lema extraoficial de la división: «Trabaja duro y bebe mucho porque en algún lado sueñan con organizarle una batalla a la Primera». Su exótico nombre intermedio provenía de su madre, que era hija de un español que había sido coronel de la Unión durante la guerra civil. De su padre, un oficial artillero destinado en Texas, Alien heredó extraordinarias aptitudes ecuestres, así como una tendencia a mascar tabaco, beber y echar los dados. Tras ser cateado en intendencia y artillería en su último año de West Point, Alien dejó la academia, se graduó en una universidad católica y lo nombraron oficial en 1912. Herido en Saint-Mihiel en 1918 y retirado en camilla del campo de batalla, volvió en sí, se arrancó las vendas y volvió al mando de sus hombres. La siguiente bala le rompió la mandíbula de derecha a izquierda, pero poco antes se había roto una mano golpeando la cabeza de un artillero alemán.

Los aburridos años de entreguerras representaron una época difícil para un oficial que sería descrito como «el hombre más combativo que he conocido». Logró una victoria en enero de 1922, cuando la Asociación de Ganaderos de Texas propuso un maratón de jinetes para determinar si un soldado de infantería podía competir con un auténtico vaquero. El comandante Alien fue elegido para representar al ejército contra Key Dunne, campeón mundial de doma y capataz de un rancho de 300.000 hectáreas en Chihuahua. Ambos debían cabalgar 483 kilómetros hasta la meta en El Alamo. Alien lo haría desde Dallas y Dunne desde Fort Worth.

Haciendo una media de 100 kilómetros diarios, galoparon cruzando el estado: Dunne, con chaparreras y sombrero en un potro de cara centelleante; Alien, en su holgado uniforme de montar en un gran caballo zaino llamado Coronado. Multitudes y grandes titulares recibían a cada jinete en cada pueblo de Texas por el que pasaban. «Las apuestas podrían haber servido para construir un buque de guerra», señaló un comentarista. Al enterarse a media carrera que a Dunne le faltaba forraje, Alien le envió un carro lleno de heno y avena. Tras 101 horas y 56 minutos en la silla, el joven oficial traspasó la línea de meta con más de siete horas de ventaja sobre su rival. Alien aceptó los vítores del gentío y luego se fue a jugar un partido de polo.

Menos exitosos fueron los estudios de Alien en la escuela de oficiales de Fort Leavenworth: acabó casi el último de la clase en la que el número uno fue el comandante Eisenhower; un profesor militar le acusó de ser «el estudiante más indolente jamás matriculado», pero como instructor en la escuela de infantería de Fort Benning impresionó favorablemente al subdirector, el teniente coronel George C. Marshall, que le dio un excelente o distinguido en nueve de las diez categorías de su informe de eficiencia de 1932 (sólo era aceptable en «dignidad de comportamiento»). Mary Francés, su hermosa y joven esposa, llegó a la conclusión de que los caballos eran el segundo amor de Terry, después de las peleas. Cuando la fotografía de Alien se publicó en un artículo de un diario de Missouri sobre jóvenes promesas militares, la leyenda lo identificaba como un «campeón de disturbios y rebeliones».

Con la guerra, los revoltosos se ponen las botas. Al estudiar quién debía dirigir los multiplicados regimientos y divisiones del ejército, Marshall y su jefe de instrucción, Lesley J. McNair, guardaron en una caja de seguridad los nombres de más de 400 coroneles con impecables informes académicos. Alien, que no era coronel en aquel momento ni tampoco un ejemplo de conducta, no constaba en aquella lista. En cambio, afrontaba un consejo de guerra por insubordinación en 1940 cuando le llegó la noticia de su doble ascenso de teniente coronel a general de división. Fue el primero de su ex clase de West Point en lucir las estrellas de general. Nadie personificaba mejor que él la capacidad del liderazgo militar estadounidense para identificar, promocionar y en algunos casos perdonar a los oficiales mejor capacitados para conducir las tropas en combate. Entre las felicitaciones recibidas después del ascenso había una escrita a lápiz que decía: «Nosotros, los que estamos en prisión, también queremos felicitarle».

Tras recibir su segunda estrella, Alien anunció su llegada a la 1.ª división marchando por la calle y cantando *Deep in the Heart of Texas*. La división más antigua del ejército, el Big Red One, había permanecido casi intacta en el período de entreguerras; también había retenido a un gran número de oficiales regulares del ejército y de egresados de West Point. Su filosofía de «trabaja duro y bebe mucho» floreció bajo el mando de Alien, quien recibió una advertencia personal de Marshall sobre «beber de día... Queda notificado». Antes de partir a Londres, Eisenhower hizo

público un memorándum señalando que de todos los soldados norteamericanos arrestados en Gran Bretaña el mes anterior por ebriedad y mala conducta, dos tercios provenían de la 1.ª división.

La 1.ª división, altiva, encerrada en sí misma y con malas pulgas, era tanto una tribu guerrera como una unidad militar. «Los hombres del 18.º», proclamó de su regimiento de infantería el coronel Frank U. Greer, «vamos a combatir.» Cuando sus superiores le enviaron a Alien en la víspera de ANTORCHA un memorándum notificándole que los franceses no debían ser considerados hostiles, Alien lo hizo quemar. «Debe olvidarse de que ha visto este mensaje», le dijo a su oficial de inteligencia. «Sería muy peligroso que a última hora les digamos a los hombres que los franceses estarán de nuestra parte.» La lealtad ferviente que la tropa sentía por este comandante heterodoxo era plenamente recíproca. «Jamás había tenido que afrontar tantos problemas complicados», escribió Alien a su mujer, Mary Francés, y a su hijo, pero añadió que los hombres estaban bien entrenados y listos para luchar. «Tengo ahora una fe intensa en la 1.ª división. Están mil veces mejor que nunca... Son jóvenes, pero duros y dispuestos. Por favor, recuerda que pienso en ti y en Sonnie todo el tiempo.»

Pasó una pierna por encima de la barandilla de la *Reina del Pacífico*, y con la gracia de un atleta, bajó por la red a la lancha que le esperaba.

En las playas próximas a Arzew, le aguardaba el caos. Un imprevisto cambio de viento al oeste había desviado de rumbo los cargueros y las lanchas de desembarco. Decenas de lanchas desorientadas iban y venían en la oscuridad buscando la playa prevista. La mayoría de los soldados cargaban más de 45 kilos de equipo; uno se comparó con un caballero medieval con armadura que debía ser subido a la montura. Una vez en tierra, sintiendo los efectos de una larga travesía marítima, la mala dieta y la falta de ejercicio, se tambaleaban por las dunas despojándose de las máscaras antigás, las gafas, las camisetas de lana y las granadas. Los botes de desembarco, inmovilizados por el reflujo, atestaban las playas y tuvieron que empujarlos bulldozers, que así estropeaban los propulsores y los timones.

Los petroleros que debían transportar los tanques ligeros hasta la costa encallaron a 100 metros de la playa; los ingenieros pasaron horas construyendo un paso elevado por encima del rompiente. Mientras los marineros británicos trataban de medir la profundidad con una sonda, un oficial norteamericano rugió: «¡Hombres, esto es lo que hemos estado esperando! ¡Adelante!». Lanzándose al agua con las botas atadas al cuello, pronto desapareció de la vista; sus hombres lo rescataron de las aguas en cuanto la lancha pudo avanzar hacia tierra firme.

Los lingüistas bramaban por los altavoces: «A bas les boches! A bas les marcons! Vive la France!». Un equipo de mortero del 18.º de infantería disparó un proyectil especial del tamaño de un huevo de avestruz. Se elevó a unos 70 metros y detonó con grandes resplandores pirotécnicos desplegando una bandera estadounidense que onduló

hasta el suelo; finalmente con un blanco claro, los artilleros franceses abrieron fuego. «Muy bien, muchachos, se levanta la veda», gritó un jefe de batallón. «Disparad a discreción.»

Algunos dispararon; otros, evitaron hacerlo. En una costa desconocida y oscura, temían alcanzar a sus propios compañeros. En las laderas de las colinas se oían las contraseñas y las respuestas, «Eh, plata» y «Fuera». Pese a la belicosidad del general Alien, muchos oficiales habían sido tan adoctrinados a no disparar primero que la resistencia francesa simplemente los desconcertaba. «¡No nos están disparando! ¡No nos están disparando!», insistía un jefe de batallón incluso cuando la artillería francesa machacaba a su unidad. Otros tiraban indiscriminadamente, como luego confesó un soldado en las cercanías de Arzew, liquidando «la mitad de las viñas del norte de Africa». Al buscar francotiradores en las afueras de Arzew, los soldados de la compañía K del 18.º de infantería mataron a un civil árabe que se despeñó con las ropas al viento. Los soldados del 2.º batallón del 16.º de infantería avanzaron tierra adentro con el equipo sobre unas pocas mulas y carros de bueyes hasta que se vieron obligados a resguardarse en una zanja. Cuando algunos retrocedieron para reorganizarse tal como se les había ordenado, la unidad cayó presa del pánico y las tropas huyeron en desorden por el primer camino que encontraron.

La confusión y el error, la valentía y la vileza marcaron esa primera noche de las tropas en combate. Al oír un tremendo estruendo metálico y como de motores en las afueras de Arzew, las tropas de la 1.a de infantería se dijeron: «¡Vienen los tanques!». Alguien gritó, «¡Alto el fuego!», pero una descarga de veinte armas quebrantó la noche y fue seguida por borboteos: las tropas habían acribillado a un camión de vino matando al conductor. «La imagen de aquella primera baja civil, un viejo camionero atrapado en su cabina, no nos abandonaría jamás», escribió más tarde un soldado. Cuando un soldado francés capturado llevó una mano a la chaqueta en busca de sus documentos, un asustadizo guardia norteamericano lo atravesó con la bayoneta. Para algunos, la guerra sólo duraría unas pocas horas. Un soldado del 18.º de infantería que había resultado herido en las piernas, llegó al hospital de campaña en St. Leu murmurando, «Todo está bien». Un capellán estuvo a su lado hasta que murió. «Son franceses y siempre lo serán», observó un corresponsal herido de quienes lo habían disparado. «Los franceses son duros de matar.»

Terry Alien había vivido cosas peores. Se decía que como jefe de batallón en Francia una vez apuntó a un subordinado y le disparó en las nalgas. «Ya lo tienes», dijo Alien. «Quedas fuera de combate. Ya estás herido.» Esos gestos serían innecesarios en este lugar. Su extravagancia le hacía fácil presa de los caricaturistas. Detestaba el sobrenombre de «Terrible Terry», porque «me hace parecer un charlatán», pero en sus treinta años en el ejército había reducido su filosofía bélica a unos pocos preceptos de sentido común. Al atacar, ordenaba a las tropas «rodearlos y pasar por encima y a través de ellos». E instruía a sus oficiales: «Un soldado no combate para salvar a la

humanidad ni para ninguna de esas tonterías. Combate para probar que su unidad es la mejor y que él tiene tantas agallas como cualquier otro compañero de su unidad». Usando una linterna con papel rojo sobre los cristales, Alien estudió el mapa y vio que el 18.º de infantería avanzaba hacia St. Cloud a un ritmo constante pero no acelerado. El 16.º de infantería se dirigía más al sur para flanquear Oran. Los informes iniciales sobre la operación RESERVISTA eran nefastos, pero si tenían éxito los desembarcos al oeste de Oran, se podía esperar que todas las fuerzas pusieran 18.000 hombres en tierra antes de veinticuatro horas, casi tantos como habían planeado los estrategas de Londres.

Su «fe intensa» en la 1.ª división seguía tan inquebrantable como su fe en Dios. «Creo que si la causa es justa», sobra decir, «se obtiene ayuda divina.» Hasta el momento, el Señor parecía apoyar a la 1.ª tal como había rogado Alien en sus oraciones antes de abandonar la *Reina del Pacífico*. Al ver una camilla ensangrentada cerca del puesto de mando, se tumbó y durmió un rato.

En la otra punta de Oran, el desembarco se desarrolló con la misma mezcla de anarquía y éxito. En la playa X, a casi 50 kilómetros de la ciudad, una columna de blindados ligeros pudo atravesar la playa y penetrar tierra adentro a media mañana pese a las barcas perdidas, los inesperados bancos de arena y el incendio de un motor que hizo que una lancha de desembarco ardiera hasta la madrugada.

En la playa Y, un lugar de turismo europeo a medio camino entre la playa X y Oran, más de 5.000 soldados de infantería llegaron a tierra en la ancha bahía de Les Andalouses. Detrás de las cabañas vacías, un personaje de tez ajada y de baja estatura, con una fusta de montar en la mano y de pie en un jeep que llevaba escrito «Valiente viajero» gritaba: «¡Avanzad! ¡Seguid avanzando!». El general de brigada Ted Roosevelt tenía un vozarrón. Los hombres tendidos en la playa Y abrieron los ojos, se levantaron y avanzaron tambaleantes. Cuando Roosevelt divisó una patrulla francesa a caballo merodeando por un flanco, ordenó al conductor que la persiguiera. Apuntando con una carabina en el hombro, derribó a uno de ellos y dispersó a los demás.

Los corredores de apuestas de la 1.ª división ofrecían diez contra uno a que su subcomandante no sobreviviría más de dos semanas de combate. Cuando meses después Roosevelt se enteró de la apuesta invitó a una comida de diez dólares a uno de los perdedores y le aleccionó sobre los males del juego. Pese a no considerar su propia seguridad, Roosevelt era difícil de matar. Al igual que Alien, era una fuerza de la naturaleza. «T. R. y usted muestran la misma clase de entusiasmo», había escrito George C. Marshall a Alien. «Me preocupan.» Al ver a un viejo sargento, Roosevelt rugió: «¡Maldita sea, eres muy feo! ¡Cada día estás más feo!». El sargento, encantado de haber sido reconocido, le contestó a gritos: «¡El general tampoco es muy guapo que digamos!» Riéndose a carcajadas y dándose un fustazo en la pierna, Roosevelt siguió adelante en el jeep en busca de algún otro conocido.

No era apuesto; tenía una forma de andar de gallo de pelea, el corazón fibrilante,

los ojos vagamente miopes y una artritis tan grave que necesitaba un bastón para caminar. Con la ropa de fajina desaliñada y un gorro de lana como una peluca barata, podría haber sido confundido con un cocinero de batallón. Según admitió un asistente: «Era el general más desastrado que jamás he visto». Asimismo, en opinión de Marshall, era «un combatiente número uno con un raro coraje, y aún más raro, una resistencia ilimitada». Junto con Alien y Patton, se decía que Ted Roosevelt era «el aventurero preferido» del jefe del Estado Mayor.

Su padre, el vigésimo sexto presidente del país, había dicho que «nunca sería más que un empleadillo de 25 dólares a la semana», y ciertamente, cuando egresó de Harvard, consiguió un empleo en una fábrica de alfombras por un dólar al día. Pero el joven T. R. se hizo rico a los veintisiete años como banquero de inversiones. Cuando era jefe de batallón del 26.º de infantería fue gaseado y baleado y acabó la Gran Guerra como teniente coronel con una cojera permanente. Había creído que «la unidad de propósito» de la guerra «nos quitaría de encima la blandura de nuestros huesos», pero llegó a rechazar esa fatua noción, así como luego repudió a los grupos aislacionistas del movimiento América Primero. Después de la guerra contribuyó a la fundación de la Legión Americana; se convirtió en un escritor de éxito y sirvió como secretario general de la Marina, gobernador general de Puerto Rico, gobernador colonial de Filipinas, presidente de American Express y vicepresidente de la editorial Doubleday, donde patrocinó la colección «Americano como el maíz». En 1942, a los cincuenta y cuatro años, volvió al servicio activo. Él y Alien, que tenía seis meses menos, todavía no se llevaban bien; tal como presentía Marshall, eran demasiado parecidos como para sentirse cómodos el uno con el otro.

Ahora Roosevelt se hallaba en el frente con su antiguo regimiento, el 26.º de infantería, con un ejemplar de *The Pilgrims Progress* en un bolsillo y una historia de la Inglaterra medieval en la mochila. Había desembarcado en la oscuridad con el primer contingente, «pequeñas formas negras apenas discernibles» saliendo del mar, según sus notas, y de inmediato empezó a ordenar a los temerosos «a marchar hacia el ruido de los cañones». A veces, cuando escribía a su hogar en Oyster Bay, decía añorar «los felices días de la paz», pero hoy no. Había llegado su hora más intensa y el espectáculo era demasiado grandioso como para ignorarlo. Los proyectiles silbaban y resplandecían encima de las cabezas; las balas trazadoras zigzagueaban entre las colinas hasta que se agotaba su magnesio ardiente. Los artilleros, incluido su hijo Quentin, un comandante de batería, arrastraban obuses por la playa. «Con las sogas sobre los hombros, todos se parecían a los esclavos de las Pirámides en las Biblias ilustradas para niños», escribió Roosevelt.

Los franceses contraatacaron con catorce viejos tanques Renault, algunos de ellos en tan mal estado que tuvieron que ser remolcados para llegar a la batalla. Todos acabaron destruidos a los pocos minutos y sus cañones no pudieron atravesar los blindados estadounidenses. Los primeros prisioneros coloniales, unos fusileros

senegaleses con grandes ojos y cicatrices tribales en las mejillas, desfilaron hacia el buque de transporte convertido en prisión. Una patrulla de vanguardia informó haber capturado un cuartel francés cerca de La Sénia, a unos ocho kilómetros de Oran, pero en la caja de seguridad sólo se hallaron dos sostenes y un libro de cuentos pornográficos.

«Soldado, ¿qué demonios hace aquí?», rugió Roosevelt a un combatiente escondido detrás de un montículo. «Venga conmigo, sígame.» El hombre le siguió con la metralla silbando á su alrededor. Con la respiración entrecortada, Roosevelt detuvo el jeep lo suficiente como para anunciar que iba al frente en busca de un comandante francés dispuesto a rendirse. «Si no vuelvo en dos horas, atacad con todo», dijo, y de inmediato siguió el viaje.

«Si Dios quiere un día moriré espada en mano», había escrito una vez en un poema enviado a *Harper's*, «rodeado por enemigos muertos en derredor.»

VILLANO

Los soldados norteamericanos que esa mañana sitiaban Oran de este a oeste no sabían más que lo percibido por sus cinco sentidos, menos las medias verdades, las mentiras y los honestos errores propagados por los rumores en cualquier campo de batalla. Era evidente que los franceses habían optado por luchar, pero nadie podía saber hasta qué punto y por cuánto tiempo. El cansancio, los desplazamientos y la muerte súbita parecían formar parte del paisaje argelino tanto como las dunas y los *djebels* —colinas rocosas—, donde se oían gritos de guerra. Incluso los comandantes tenían muy poca idea de cómo se desarrollaba la gran batalla de Oran: las tropas desembarcadas en X, Y y Z; un progreso modesto hacia la ciudad; supuesta catástrofe en el puerto. De los desembarcos simultáneos en Argelia y Marruecos, nadie sabía nada.

Faltaba desplegar un último elemento en la invasión de Oran: la primera operación aerotransportada norteamericana de la guerra. Era también la más osada hasta la fecha. La tarde anterior, sábado 7 de noviembre, 556 paracaidistas norteamericanos se habían reunido en dos aeropuertos de Cornualles, en la costa suroeste de Inglaterra. Con los rostros cubiertos de pintura de camuflaje, los hombres habían recibido órdenes impresas especificando dónde llevar las cosas en sus ropas de salto; desde dos lápices (bolsillo izquierdo del pecho) y papel higiénico (bolsillo derecho de la cintura) hasta una navaja con cuatro cuchillas (bolsillo derecho del muslo) y cuatro granadas (bolsillos de la chaqueta). El papel de arroz (comestible en caso de caer prisioneros) contenía palabras secretas del código de radio, incluido PÁJAROS NEGROS («paracaidistas han saltado») y PATO («paracaidistas lanzados no han encontrado aeropuerto»). Los soldados sujetaron los bolsillos con cinta adhesiva para que no se engancharan y se aprestaron a subir en 39 aviones C-47 de transporte.

El objetivo de la operación VILLANO era bastante simple: tomar dos aeropuertos, Tafaraoui y La Sénia, al sur de Oran, y conservarlos hasta que llegaran refuerzos de las fuerzas invasoras de las playas. La simplicidad acababa allí. El vuelo desde Cornualles cubría 1.800 kilómetros, casi tres veces la distancia de cualquier previo vuelo de asalto, de noche, por encima de la España neutral, con pilotos y navegantes inexpertos y volando nueve horas a 3.000 metros de altura. Deslumbrados por las operaciones alemanas con paracaidistas en Holanda y Creta, los planificadores aliados no previeron el elevado número de bajas. Los comandantes británicos opuestos a la operación advirtieron a Churchill que preferían dosificar los aviones y las tropas en un ataque relámpago en Tunicia. Hasta los estrategas estadounidenses responsables de conquistar Oran llegaron a la conclusión de que VILLANO no lograría marcar «una diferencia material» relevante.' Eisenhower había compartido ese escepticismo. «Es una larga distancia», comentó secamente, pero al final cedió a las presiones de Clark, que pedía más audacia. «Los británicos quieren nuestros aviones para usarlos en otras cosas», le dijo Clark a Eisenhower.

El 2.º batallón del 509.º regimiento de paracaidistas comandado por Edson D. Raff, un hombre de West Point de baja estatura y cabeza alargada, tuvo un duro entrenamiento. Pero sus ejercicios de saltos habían tenido lugar de día, con buen tiempo y usando extensas zonas de caída. Para el 60 grupo aerotransportado sólo se encontraron cuatro equipos de instrumentos de navegación. Después de hacer pedidos urgentes, otros 35 equipos fueron enviados desde Estados Unidos, pero «se extraviaron» en el camino. En el último minuto, los navegadores recibieron instrumental británico con el que no estaban familiarizados y que, de cualquier manera, no funcionaba en aviones estadounidenses. Los mapas y las cartas eran tan escasos que únicamente los recibieron los jefes de vuelo. Algunos aviones llegaron a Cornualles pocas horas antes de despegar y las tripulaciones sólo tuvieron «unos minutos de distraída conversación» para recibir las instrucciones. Aquella actividad frenética dejó a muchos pilotos tan cansados que apenas podían mantener los ojos abiertos.

Clark había solventado una última complicación antes de abandonar Londres con rumbo a Gibraltar. Debido a la incierta reacción francesa en Argelia, se elaboraron planes paralelos. Si la resistencia parecía probable, el Plan A estipulaba que los paracaidistas despegaran de Inglaterra a las cinco de la tarde, saltaran antes del alba y ocuparan ambos aeropuertos. Si los franceses se mostraban pasivos, el Plan B disponía que el batallón partiera cuatro horas después, aterrizara en La Sénia de día y se preparara para otra misión en Tunicia. El teniente coronel Raff y sus hombres debían oír una transmisión de Gibraltar, reconducida por la fuerza aérea, indicándoles qué plan debían llevar a cabo. La frase «Avanza Alexis» significaba adelante con el Plan A y esperar resistencia. «Avanza Napoleón» quería decir que usaran el Plan B y esperaran un pacífico recibimiento.

En la tranquilidad del cuartel general de Londres, tal vez estos planes parecieran

absolutamente sensatos, pero en la realidad, las cosas no estaban tan claras. Distráidos por sus negociaciones con el general Giraud en Gibraltar, Eisenhower y Clark no prestaron suficiente atención a los contradictorios informes que llegaban de Argelia con respecto a las intenciones francesas. Pese a las advertencias de Murphy y a otros malos augurios, el optimismo prevalecía en Gibraltar.

El 7 de noviembre, a las 16.15 horas, llegó el mensaje de Eisenhower a los aeropuertos de Cornualles cerca de St. Eval y Predannack: «Avanza Napoleón». La paz estaba a la vuelta de la esquina. Los pilotos, que habían estado calentando motores, los apagaron y fueron a la torre de control a tomarse otra taza de café. Cuatro horas más tarde, los paracaidistas, ya en los asientos del avión, bajaron las cortinas de las ventanillas y hablaron sobre el clima caluroso que seguramente les esperaba en Argelia. Setenta y ocho motores rugieron una vez, dos veces y se encendieron. El primer aparato despegó en medio de una ligera niebla a las 21.05. El capitán Carlos C. Alden, un cirujano de batallón de treinta y un años de edad que volaba en un avión llamado *Shark Bait*, escribió en su diario: «Dios santo, en tu infinita sabiduría, ayúdame a regresar».

Tras el despegue, nada fue bien. El buen tiempo dio paso a borrascas sobre el golfo de Vizcaya. Al evitar los cúmulos con electricidad, los pilotos se perdieron de vista. Pronto, de los 39 aparatos que volaban sobre España, la formación más numerosa fue de tres aviones. Pocos navegadores eran expertos en navegación celeste y, de cualquier manera, las grandes nubes dificultaban la situación, por tanto, los aeroplanos volaban por estimación y cada cual por su cuenta. Un fuerte viento del este, que los meteorólogos británicos no habían detectado, empujaba los C-47 hacia el oeste. A las pocas horas, la dispersa escuadrilla se había desviado más de 80 kilómetros de su rumbo. Los paracaidistas del coronel Raff, aún a la espera de una pacífica recepción, se abrigaban con las mantas de lana en la fría cabina comiendo galletas británicas y mascando toneladas de chicle para prevenir los mareos.

También fallaron dos asistencias previstas para que la flotilla encontrara Oran. El barco británico *Alynbank*, a treinta y cinco millas de la costa, debía transmitir una señal de radio a 440 kilociclos. Por razones nunca adecuadamente explicadas, hizo la transmisión a 460 kilociclos. La segunda asistencia era más elaborada. Un transmisor electrónico de señales, cuyo nombre secreto era REBECA, había sido pasado de contrabando de Gibraltar a Tánger y Oran en dos pesadas maletas. Antes de la medianoche del 7 de noviembre, un agente secreto norteamericano llamado Gordon H. Browne viajó en una ambulancia francesa a un pastizal desierto cerca del aeropuerto de Tafaraoui. Tras levantar en la oscuridad una antena de más de dos metros de altura reforzada con cables tensores, Browne puso en marcha el aparato y esperó toda la noche escondido en un matorral entre pájaros arrullándose, sin saber que los paracaidistas habían retrasado cuatro horas su partida debido a una falsa expectativa de paz. A las cinco de la madrugada, viendo que se hacía de día y oyendo las

explosiones en Oran, Browne dio por terminada la espera. Desarmó la antena y arrastró a REBECA hasta un terreno con cactus donde la hizo estallar con un explosivo.

El 8 de noviembre el sol salió a las 6.30 exactamente y mostró una desbandada de paracaidistas en el Mediterráneo occidental. Un avión aterrizó en Gibraltar y dos, en Fez, en el Marruecos francés. Otros cuatro lo hicieron en el Marruecos español, donde los hombres, golpeando una pared con los puños de pura desesperación, gritaban «¡Mierda! ¡Mierda!», tras lo cual fueron internados durante tres meses. Tres aviones encontraron milagrosamente el aeropuerto de La Sénia sólo para tener un recibimiento de fuego antiaéreo. Esta imprevista bienvenida, indicadora de que la paz había dado paso a la guerra, provocó conversaciones de pánico entre los pilotos, cuyos aparatos disponían de unos pocos galones de gasolina. En el *Shark Bait*, los soldados comenzaron a hinchar los botes salvavidas. El coronel William C. Bentley, el oficial de mayor rango de la misión y piloto del avión de Raff, aterrizó en un campo de trigo para confirmar —mediante la prueba socrática de ver a unos pocos árabes estupefactos— que estaba en el continente previsto. Al menos había encontrado Africa.

Otra vez en el aire, a las ocho de la mañana, Bentley divisó más de media docena de C-47 agrupados en el límite occidental del Sebkra d'Oran, un lago seco que se extendía unos 30 kilómetros al sur de la costa. Una columna acorazada en las proximidades parecía estar preparando un ataque contra los paracaidistas. Raff ordenó a las tropas de los nueve aviones que ahora seguían a Bentley que se tiraran por la parte trasera de los aparatos. Raff, el primero en salir por la portezuela, cayó mal, se rompió una costilla y escupía sangre cuando se enteró de que los tanques pertenecían a la 1.ª división acorazada. Tras desembarcar en la playa X, los blindados se dirigieron a los aeropuertos que los paracaidistas no habían tomado. Varios centenares de hombres de Raff pasaron la mañana evitando los disparos de los francotiradores. Mientras tanto, Bentley siguió volando con su cuadrilla y aterrizó en la punta oriental del *sebkra*, donde fue capturado de inmediato. Los guardias franceses lo condujeron a una celda en el Fort St. Phillippe. Allí quedó encerrado junto con varios cientos de prisioneros aliados, entre ellos los supervivientes empapados de petróleo de RESERVISTA.

El acto final de VILLANO no fue más glorioso. Con el visto bueno de Raff, un grupo de valientes a las órdenes del comandante William P. Yarborough decidió tomar a pie el aeropuerto de Tafaraoui. Apenas habían andado unos 200 metros cuando se dieron cuenta de que el lodo debajo de la corteza seca del *sebkra* hacía que aquello fuera como caminar sobre melaza. Abandonando las municiones y la ropa interior de lana, dejando así una estela visible, los hombres avanzaron hasta la orilla sur del lago. Agotados, cavaron zanjas con los cascos y descansaron debajo de una capa de hierbajos. Yarborough ordenó por radio que tres C-47 sacaran con sifón la gasolina de los otros aparatos varados y los pasasen a rescatar a sus hombres y a él. Tan pronto como los aviones despegaron con Yarborough y sus hombres a bordo para el corto

trayecto a Tafaraoui, seis Dewoitines franceses les dispararon, acribillando los fuselajes. Los pilotos norteamericanos dieron media vuelta, perdieron altura y aterrizaron en el *sebkra* a más de 200 kilómetros por hora. Los Dewoitines hicieron otros tres pases matando a cinco soldados e hiriendo a quince. Cuando finalmente el enemigo se alejó, un jefe de pelotón colgaba muerto con la cabeza debajo de la puerta del avión de Yarborough, el copiloto yacía desplomado en la cabina e incluso los paracaidistas más audaces habían perdido el ánimo:

La mayoría de los supervivientes de Raff llegaron en camión a Tafaraoui el 9 de noviembre. El cirujano Carlos Alden, quien había pedido la protección divina en Cornualles, fue el único de su batallón que llegó el 8 de noviembre en avión. Se había quedado en el *Shark Bait* mientras los demás se lanzaron a atravesar el *sebkra* a pie.

El escepticismo británico con respecto a VILLANO había tenido razón de ser. La operación no contribuyó en nada a la campaña al tiempo que malgastó la mitad de las fuerzas paracaidistas aliadas. Sólo catorce de los treinta y nueve aviones implicados pudieron volver a volar de forma inmediata. En un momento en que cada escuadrón de infantería era fundamental para la causa aliada, sólo quince paracaidistas fueron juzgados aptos para otras misiones a los tres días.

En el primer día de la invasión, los aliados casi rodean Oran. Habían puesto en tierra a miles de soldados con pocas bajas. La Royal Navy controlaba el mar, aunque no el puerto. Pero VILLANO demostró, tal como antes lo había hecho RESERVISTA, que la temeridad, si no estaba atemperada por la prudencia, representaría pagar un alto precio en la guerra.

HASTA EL ÚLTIMO HOMBRE

Vista desde la inmensa media luna de la bahía que arrulla la ciudad, Argel se extiende sobre las verdes colinas como una visión de alabastro. La distancia le presta un encanto no totalmente disipado por el hedor de los barrios árabes ni el olor más evanescente del dominio colonial francés. Se ven cines, tiendas y cafés de moda en las avenidas arboladas que cada tarde están animadas por la gente de paseo. Argel había sido un villorrio sin importancia hasta que los moros expulsados de España en 1492 se refugiaron allí. Al igual que Oran, la ciudad pronto viviría de la piratería, y durante más de tres siglos dio refugio a las flotas corsarias que aterrorizaban la cuenca mediterránea. El palacio de Barbarroja del siglo XVI aún coronaba el horizonte a más de 100 metros por encima del puerto; un viajero occidental había fantaseado en los años veinte que allí «aún resonaban los lamentos de los esclavos cristianos».

Durante más de un siglo, Argel había sido el epicentro del imperio francés del norte de África, «una ciudad amurallada, llena de moscas y mendigos, y de los mejores perfumes de París». Para un francés, el viejo refugio de piratas ahora se parecía «a una mujer blanca y desnuda, apoyada en un codo». Para Eisenhower y sus estrategas, Argel era la llave de Argelia y posiblemente de todo el litoral africano. Como el sitio de

desembarco más oriental de ANTORCHA, la ciudad proporcionaría una plataforma de lanzamiento para el posterior avance hacia Tunicia. Los invasores anglonorteamericanos, apenas disfrazados de fuerzas sólo norteamericanas, serían seguidos por tropas británicas que girarían noventa grados al este y pondrían rumbo a Túnez.

Por esa razón, Robert Murphy, a primera hora del 8 de noviembre, iba a toda máquina en su gran Buick atravesando los barrios ricos en la misión diplomática más importante de su vida. El enviado norteamericano había permanecido en su despacho hasta primera hora de la tarde del sábado fingiendo una placidez que no sentía. «Dos años de planes y estrategias», tal como escribió, estaban a punto de pasar o no la prueba definitiva. Murphy se había sentido herido en su fuero interno por el tajante rechazo de Eisenhower y de la Casa Blanca a su propuesta de aplazamiento de los desembarcos de ANTORCHA. «Estoy convencido», había teleografiado a Roosevelt, «que una invasión del norte de Africa sin una postura favorable del alto mando francés será una catástrofe.» La réplica de Washington no había dejado lugar a dudas. «La decisión del presidente es que esta operación sea llevada a cabo tal como está planeada.» A Murphy se le ordenó que «asegure la comprensión y la colaboración de los oficiales franceses con quienes está usted en contacto».



Había hecho todo lo que podía. Rebeldes franceses de toda confianza, como el general Mast, habían recibido aviso de la invasión con varios días de antelación. Al oír el sábado por la noche un mensaje concertado de antemano («Alio, Robert, Franklin arrivé»), Murphy alertó a los rebeldes que los desembarcos estaban a punto de empezar. Evidentemente, el ataque a Oran había fracasado, pero en Argel varios cientos de combatientes franceses empezaron a ocupar instalaciones clave, pese a que Clark no había enviado el armamento moderno prometido en Cherchell. El propósito, como más tarde escribió un historiador francés, era «adormecer la ciudad». Por engaño y por la fuerza, los insurgentes pronto controlaron las estaciones de policía y las centrales eléctricas, Radio Argel, las centralitas telefónicas y el cuartel general del ejército, donde se arrestó e incomunicó al comandante. Algunos oficiales partidarios de Vichy aceptaron alegremente sus arrestos y, según un observador, eso «les salvó de cualquier remordimiento de conciencia». En cuanto a la reiterada pregunta radiofónica de Murphy a Gibraltar, «¿Dónde está Giraud?», no había tenido respuesta.

A las 12.45 del domingo Murphy llegó a la Villa des Oliviers, un palacio árabe de

color mostaza en el rico barrio de El-Bihar. Pasó delante de los altos centinelas senegaleses y llamó a la puerta. Un hombre malhumorado, moreno y bigotudo, fue a abrir la puerta. El general Alphonse Pierre Juin, comandante de todas las fuerzas de tierra de Vichy en el norte de África, normalmente usaba una boina vasca y una capa enlodada; esta vez, lucía un pijama a rayas rojas. Lisiado en 1915, Juin había recibido autorización de saludar con la mano izquierda, pero no saludó ni dio la bienvenida a Murphy.

«Me alegra decirle que he recibido instrucciones de mi gobierno para informarle de que los ejércitos de liberación norteamericano y británico están a punto de desembarcar», dijo Murphy.

«¿Qué? ¿Significa que el convoy que hemos visto en el Mediterráneo va a desembarcar aquí?»

Murphy asintió con la cabeza incapaz de contener una sonrisa nerviosa.

«Pero hace sólo una semana usted me dijo que Estados Unidos no atacaría.»

«Venimos como invitados», dijo Murphy.

«¿Invitación de quién?»

«Del general Giraud.»

«¿Está aquí?»

Prefiriendo no decir que Giraud estaba muy malhumorado en una cueva de Gibraltar, Murphy no contestó claramente a la pregunta.

«Vendrá dentro de poco.»

Murphy describió las fuerzas invasoras ya en la costa, multiplicando varias veces su tamaño real. «Las conversaciones mantenidas con usted a lo largo de estos años me han convencido», le dijo a Juin, «de que ante todo usted desea la liberación de Francia. Y puede hacerse realidad con la cooperación de Estados Unidos.»

Ahora la ópera bufa comenzó en serio. El general Juin manifestó su simpatía por la causa aliada, pero que también se sentía contrariado por la inesperada presencia en Argelia de su superior jerárquico. «Él puede anular en el acto cualquier orden que yo dé», dijo Juin. «Si lo hace, los oficiales acatarán sus órdenes, no las mías.» Veinte minutos más tarde, después de una rápida llamada telefónica y la salida urgente de un chofer en el Buick, uno de los personajes más vilipendiados de la guerra hizo acto de presencia en la Villa des Oliviers.

En una truncada nación de seres limitados, el almirante Jean-Louis-Xavier-Francois Darián destacaba entre los más limitados. Retacón y con pecho de palomo, dado a la jocosidad vulgar y los monólogos sobre la eficiencia del ejército alemán, era el hijo pródigo de los marinos franceses. Se creía que la muerte de su bisabuelo en Trafalgar causó el odio patológico de Darián por los británicos, pero eran los norteamericanos quienes le llamaban Popeye. La armada francesa era su feudo, pero también actuaba como delfín y jefe de todas las fuerzas francesas de Vichy. Los favores hechos a los nazis habían incluido el uso de los aeropuertos de Vichy en Siria y la

ayuda de reaprovisionamiento a Rommel a través de Tunicia. Churchill lo calificaba como «un mal hombre de mente estrecha y mirada aviesa». Por una coincidencia que siempre parecería premeditada o de inspiración divina, Darían estaba en Argelia para asistir a su hijo Alain internado en el Hospital Maillot y en un estado tan grave de poliomielitis que ya se había encargado el ataúd. En los últimos dos años, el almirante había insinuado en varias ocasiones su probable apoyo a los aliados si las circunstancias así lo exigían. Justo antes de que Eisenhower partiera de Londres con rumbo a Gibraltar, Churchill le había confesado: «Si pudiera conocer personalmente a Darían, por más que lo detesto, me arrastraría con gusto por el suelo con tal de que pusiera esa flota suya a disposición de los aliados». El 17 de octubre, Roosevelt había enviado a Murphy un mensaje similar, aunque no tan histriónico, autorizando cualquier acuerdo con el almirante de Vichy que pudiera ayudar a ANTORCHA.

Pero Darían no parecía dispuesto a negociar. Al enterarse de la inminente invasión, enrojeció y replicó: «Hace mucho tiempo que sé que los británicos son estúpidos, pero siempre he creído que los norteamericanos eran más inteligentes. Al parecer, ustedes tienen el mismo genio que los británicos para cometer errores colosales».

Durante quince minutos, Darían caminó arriba y abajo de la sala aspirando el humo de su pipa. Murphy apretó el paso y caminó a su lado insistiendo: «¡Ha llegado la hora!». El almirante se negó a entrar en componendas. «Le he dado mi palabra a Pétain y ahora no la puedo retirar.» Pero aceptó ponerse en comunicación por radio con Vichy y solicitar consejo. Sin embargo, al salir de la casa, vieron que los senegaleses habían sido reemplazados por cuarenta rebeldes con brazaletes blancos y armados con rifles de cañón largo que databan de la guerra francoprusiana. Juin no lo podía creer. «¿Significa que somos prisioneros?», preguntó.

Así era. El colega de Murphy, el apóstol Kenneth Pendar, fue enviado a la oficina del Almirantazgo con un mensaje sellado de Darían para Vichy. Pendar lo abrió sin pérdida de tiempo, lo leyó y lo descartó por ser insuficientemente partidario de la causa aliada. Al regresar a la villa, Pendar le dijo crípticamente a Darían: «Se ha hecho lo necesario».

Mientras se prolongaba el *impasse* sin noticias de Vichy ni señales de los invasores aliados, Murphy se preguntó si no habría confundido la fecha y lanzado su golpe un día antes. Transcurrían las horas y se acercaba la madrugada. Darían dejó de caminar y de fumar y ofreció una muestra de su sabiduría política. «Giraud no es su hombre», dijo. «Políticamente hablando, es un niño. No es más que un buen comandante de división, nada más.»

De hecho, la insurrección estaba fracasando. Las fuerzas leales recuperaron la compostura. «¿Acaso no se trata de un mero ejercicio de defensa civil?», preguntó un perplejo oficial de Vichy. Y los leales recuperaron los puntos estratégicos uno por uno. En el cuartel general, leales e insurrectos cantaron juntos *La marseillesa* antes de que

los rebeldes dejaran sus armas y salieran del edificio. Al enterarse de lo sucedido en Oran y Argel, Pétain envió al presidente Roosevelt un breve mensaje: «Francia y su honor están en peligro. Francia ha sido atacada. Nos defenderemos».

Una patrulla leal con tres blindados llegó a las puertas de la Villa des Oliviers dispersando a los rebeldes y encerrando a Murphy y Pendar en la habitación del mayordomo. El asistente de Juin se abalanzó contra los norteamericanos con un enorme revólver al grito de «¿Qué han hecho? ¿Qué han hecho?». Pendar se preguntó si no estarían en la producción de *Pirales of Penzance*. Un centinela senegalés ofreció a cada norteamericano un cigarrillo Gitanes, la habitual cortesía con quienes estaban a punto de enfrentarse a un pelotón de fusilamiento.

Por desgracia, los aliados habían planeado un ataque frontal al puerto de Argel idéntico al de RESERVISTA. Una vez más la misión fue concebida y comandada por los británicos con una fuerza de apoyo predominantemente estadounidense. Con el nombre secreto TERMINAL y diseñado para tomar intacto el puerto, el ataque contaba con dos viejos destructores, el *Broke* y el *Malcolm*, a las órdenes del capitán H. L. St. J. Fancourt, de la Royal Navy. Los ingenieros soldaron planchas de 6 milímetros de ancho y 90 centímetros de alto alrededor de la cubierta superior de ambos buques para protegerlos contra las balas. Los camarotes de proa fueron llenados de cemento y pesadas planchas de acero cubrieron la popa. Para cuando Murphy se preguntaba si había confundido la fecha de la invasión, estas naves llegaron a las once brazas de profundidad de la bahía de Argel y giraron al este hacia la barrera flotante que bloqueaba la entrada al puerto.

Los 686 soldados a bordo del *Broke* y del *Malcolm* provenían del 3.º batallón de la 135.a división de infantería que había salido de Minnesota dos años antes para unirse al regimiento gemelo de Iowa en la 34.a división. El lema del regimiento «Hasta el último hombre» había sido ganado con sangre, sudor y lágrimas en Gettysburg. El 3.er batallón se autodenominaba el «3.er Cantante» y había compilado un impresionante repertorio de baladas bélicas, incluyendo una cancioncilla británica subida de tono llamada «Ahora hay un transporte zarpando de Bombay». La unidad conservaba el acento de Minnesota y sus rangos estaban llenos de Ericksens, Carlsons y Andersens. El jefe del batallón, el teniente coronel Edwin T. Swenson, era un ex subdirector de la penitenciaría del estado de Minnesota en Stillwater.

El coronel Swenson, ocurrente y de buen corazón, con la cara marcada de un boxeador, era famoso por poder decir palabrotas durante horas seguidas sin repetir ningún improprio; le había dicho a los británicos que el sargento primero de su batallón podía ser cualquiera que pudiera ganarle en una pelea a puño limpio. El capitán Fancourt, a su vez, le dijo a Swenson que los comandos aliados tomarían las baterías francesas que dominaban el puerto; que varios de los cañones franceses no tenían capacidad de maniobra para dar en el blanco y que los desembarcos iniciales en el este y el oeste de Argel, que empezarían antes del ataque de TERMINAL, alejarían a

los defensores del puerto. Nada de esto resultó cierto.

Las luces de Argel titilaban cuando los destructores se lanzaron contra la barrera que se extendía a lo largo del arrecife. La bandera estadounidense flameaba en los mástiles. Entonces se apagaron las luces de la ciudad y los rayos de los reflectores fragmentaron las aguas. Por un instante, Swenson pensó que trataban de encauzar a los intrusos hacia la bocana del puerto, pero los focos localizaron e iluminaron a cinco barcos cegando a quienes estaban en el puente. Se oyeron disparos esporádicos cuando el *Broke*, con el *Malcolm* a una milla de popa, giraba a estribor para evitar una barrera antes de desaparecer en una espesa cortina de humo. También falló una segunda intentona para encontrar y cortar la barrera, así como los esfuerzos por apagar los reflectores e iluminar la bocana con bengalas, que fueron anuladas por el propio humo de los destructores.

Para entonces, los artilleros franceses habían calculado la posición del *Malcolm*. A las 4.06, los proyectiles traspasaron el casco, perforaron las calderas y redujeron la velocidad de la nave a cuatro nudos. Envuelto en vapor blanco, el destructor fue un blanco fácil. Otros explosivos dieron en las chimeneas. Los fragmentos se esparcieron por cubierta, donde los 300 soldados se habían guarecido tras las inútiles planchas de protección contra las balas. Se produjo un incendio en medio del barco entre las cajas de cartón de las municiones de mortero apiladas en la escotilla central. Con el barco escorando de forma tan pronunciada que la cubierta inferior estaba a pocos centímetros del agua, los soldados arrojaron las cajas en llamas de munición por la borda. El *Malcolm* pudo retomar el rumbo y avanzar hacia mar abierto, donde la tripulación pasó las horas siguientes lavando con mangueras la sangre y los sesos de la cubierta y echando a los muertos por la borda en pesadas mortajas.

Entonces, en su cuarto intento por llegar a puerto, el comandante del *Broke*, el capitán de corbeta A. F. C. Layard, divisó un par de mortecinas luces verdes de boyas que marcaban la entrada al puerto. Aumentó la velocidad a veinte nudos y pasó fácilmente por la barrera de vigas encadenadas de madera. Layard atracó ante el Mole Louis Billiard mientras la artillería del destructor silenciaba los disparos de los muelles.

Muy alterados, el coronel Swenson y el 3.er Cantante tardaron en levantarse de la cubierta, pero finalmente salieron disparados hacia el muelle. Swenson ordenó a sus hombres «correr como monos por el embarcadero hasta ponerse a cubierto; una vez allí, luchad sin tregua». Pero no se necesitó luchar mucho. Al despuntar el día sobre Argel, los norteamericanos controlaban la central eléctrica, los depósitos de gasolina de Morey y varios almacenes en los muelles del sur cercanos a la base de hidroaviones. Unos objetos redondos que en las fotos aéreas habían parecido defensas antiaéreas resultaron ser letrinas. Las campanas de las iglesias repicaron a misa. Una paz sobrenatural se extendió por los muelles y las hermosas casas blancas de la Rué Michelet. Los soldados bromeaban sobre cómo Argel olía a cantina, una consecuencia

de la carestía de gasolina que obligaba a los vehículos a utilizar alcohol. Swenson agudizaba los oídos para oír el ruido de las botas del 168.º de infantería, el regimiento gemelo de Iowa, bajando la colina para ayudar a sus camaradas en los muelles tras haber desembarcado al oeste de la ciudad.

En cambio, oyó el abrupto estampido de la artillería proveniente de una batería en *Jetee du Nord*, un kilómetro y medio al norte. Los marineros franceses habían desmantelado un viejo muro para dar a los cañones de la casamata un campo abierto de fuego en los muelles. El tercer proyectil traspasó la bodega de proa del *Broke* y estalló contra el muro del muelle con un gran despliegue de humo y de trozos de mampostería. Con autorización del capitán Fancourt, Layard retiró las amarras y movió el destructor a un nuevo atracadero a sotavento de un carguero francés por el Quai de Dunkerque. Se hizo la calma hasta las 9.20, cuando los franceses volvieron a abrir fuego con una batería de obuses en lo alto del puerto. Los primeros seis disparos no dieron en el blanco, pero finalmente los obuses explotaron en el comedor y en la sala de oficiales. Uno impactó en la enfermería, matando a un médico y arrancándole el brazo a otro, pero éste se mantuvo lo suficientemente consciente con morfina como para decirle a un enfermero cómo llevar a cabo varias amputaciones de urgencia.

Fancourt hizo sonar las sirenas de retirada, pero con las tropas de Swenson desperdigadas en los muelles bajo fuego enemigo, sólo sesenta hombres habían regresado al *Broke* antes de que volviera a zarpar y saliera zigzagueando del puerto dejando una humareda como un velo. El soldado raso Harold Cullum, herido en una pierna y el abdomen a primera hora de la mañana, se arrastró hasta el extremo del muelle, pero llegó demasiado tarde para subir a bordo; quedó tumbado al sol mascando tabletas de sulfamida y tomando sorbos de su cantimplora mientras miraba alejarse al *Broke*. «El efecto en la moral producido por el hundimiento de buque en el puerto y a plena vista de la ciudad podría haber sido negativo en aquella situación», explicó Fancourt tres días más tarde. No se acordó del efecto en la moral de los 250 soldados que quedaron en tierra. Con más de 20 boquetes, el *Broke* acabó hundiéndose. La tripulación y la tropa estaban a salvo en un navio de rescate.

A pesar de todo, Swenson mantuvo el ánimo guerrero. Calculó que cuatro compañías francesas de infantería rodeaban el Mole Louis Billiard, un número impresionante, pero no abrumador. Dudó en usar los morteros y las ametralladoras por miedo a matar civiles que podían estar en las puertas de las casas y en las esquinas. Los bombarderos de la Royal Navy siguieron azuzando la ruidosa batería en el *Jetee du Nord* y Swenson siguió esperando que el 168.º de infantería llegase como estaba previsto. Montando parapetos con fardos de heno y contenedores navales, organizó un perímetro exterior para mantener alejadas a las tropas francesas y que no pudieran arrojarles granadas de mano. También organizó una defensa interior para proteger a los heridos y el armamento pesado.

Entonces se oyó el sonido inconfundible de los blindados a través de los muelles.

Varios tanques ligeros Renault acribillaron los parapetos con fuego de 37 mm. Swenson reunió las pocas granadas antitanque que quedaban y posicionó a los artilleros para emboscar a los blindados que se acercaban.

Ninguna granada dio en el blanco. Los fardos de heno prendieron fuego y el incendio se extendió a los depósitos. Llegaron dos Renault más para empezar un fuego cruzado. Con poca munición, Swenson dio la orden de calar las bayonetas, pero luego reconsideró la orden. TERMINAL ya se había cobrado veinticuatro soldados aliados muertos y cincuenta y cinco heridos. La aniquilación de los hombres del muelle no serviría para nada. A las 12.30, Swenson levantó una bandera blanca y se rindió.

Rápidamente los camilleros se llevaron a los heridos; las llamas amenazaban con prender fuego a los vendajes. Poniendo en fila a Swenson y sus hombres, las tropas senegalesas les quitaron los relojes, los anillos y el dinero. En ese momento apareció un oficial francés que ordenó la devolución del botín y amenazó con fusilar a los ladrones. Un tenaz francotirador disparó un último tiro cuando los norteamericanos ya marchaban a prisión. La bala mató al cabo Alvin Ronning, un joven campesino rubio de Milán, Minnesota. Tan contentos estaban los defensores franceses de haber repelido el ataque que, a diferencia de los responsables de Oran, olvidaron sabotear el puerto. Para los norteamericanos de TERMINAL, esta victoria accidental casi les redimió de las penalidades sufridas.

El 8 de noviembre, treinta y tres mil soldados aliados llegaron a trancas y barrancas a las playas al este y al oeste de Argel. Desembarcaron sin gracia, sin astucia y sin agilidad. Algunas lanchas de desembarco con exceso de peso se llenaron de agua y se hundieron. En otras, las rampas de proa se abrieron prematuramente o perdieron el rumbo a causa de la inexperiencia de los timoneles. Algunas redes para bajar del barco resultaron ser demasiado cortas, obligando a los soldados a saltar varios metros para alcanzar las lanchas. Pese a las órdenes de guardar estricto silencio, el pandemonio fue tal que «pensé que los alemanes nos oirían en Berlín», escribió más tarde un oficial. Finalmente, las tropas de East Surreys y Royal West Kent habían recibido sus raciones de ron con el resultado de que al menos dos de sus oficiales se tambalearon semiinconscientes hasta sus literas mientras las tropas alegres y bien cargadas de ron se embarcaban para la costa argelina. En Argel, fue aún más difícil que en Oran encontrar las playas indicadas. Las lanchas anduvieron de un lado a otro durante horas siguiendo una señal luminosa tras otra como niños buscando luciérnagas. El mareo inmovilizó a tantos robustos guerreros que ya creían verse frente a una corte marcial. Se hacían preguntas a gritos a través de las aguas («¿Quién eres tú? ¿Adonde vais?») que eran contestadas con lamentaciones incoherentes o insultos tremebundos. Un jefe de playa británico, luciendo mangas blancas para que lo vieran sin dificultad en la oscuridad, recibía lancha tras lancha con una amable impugnación: «Lamento decirle que está en la playa equivocada». Seis lanchas desviaron el rumbo tres kilómetros para caer al alcance de una batería francesa en Ilot de la Marine; cuatro

resultaron hundidas. Tantas lanchas erraron el rumbo que sólo seis de las 104 que formaban la flotilla de Argelia sobrevivieron la travesía inicial a la playa. La media docena de lanchas supervivientes lanzadas otra vez al mar para recoger una segunda tanda de soldados descubrieron que los barcos se habían ido; un inesperado cambio de viento de dos nudos y medio al oeste había arrastrado once millas a la flota en sólo cuatro horas.

Superados en número de cinco a uno, los defensores franceses ofrecieron poca resistencia coherente. Cerca de Cap Matifou, en el extremo este de la bahía de Argel, unos soldados desembarcados por error en un banco de arena se aferraron a una soga de cazonete y llegaron a la playa saltando como canguros. Comandos británicos y norteamericanos en Matifou detectaron la batería que buscaban y arrojaron granadas por un montacargas de municiones. Las sordas explosiones fueron seguidas por chillidos y un fuerte reproche: «¿Por qué no os vais a combatir contra los alemanes?». El cañoneo británico erró la distancia y las bombas cayeron entre civiles y soldados aliados; un campesino francés llevó en brazos el cadáver de su hijo de doce años por un camino secundario. Otras familias francesas fueron a oír misa a primera hora con sus mejores galas y evitando mirar a los soldados aliados que corrían en todas direcciones. En la plaza del pueblo de Aïn Taya, las tropas que se habían empapado en el rompiente encendieron una inmensa fogata mientras un emprendedor comerciante de vinos abría la tienda, y los habitantes, aún en ropa de cama, se reunían a echar un vistazo a lo que les había proporcionado el mar en esta extrañísima mañana de domingo.

En el extremo occidental de los desembarcos, la 11.ª brigada británica desembarcó a 7.000 hombres para descubrir que un oficial francés simpatizante de la causa aliada se había negado a dar municiones a sus tropas. En Sidi Ferruch, donde en 1830 un ejército francés había proclamado la Argelia francesa en nombre de Napoleón, la guarnición se rindió a los pocos minutos. Un comandante francés de artillería salió de las sombras cerca de la playa y declaró: «Caballeros, habéis tardado demasiado».

El 168.º de infantería de la 34.ª división, que debía reforzar las huestes sitiadas de Swenson en el puerto de Argel, se perdió y llegó tarde. Los 4.000 soldados del regimiento se dispersaron a lo largo de veinticinco kilómetros de costa. Los oficiales iban y venían por los estrechos caminos en coches confiscados en busca de sus comandos. Entre los perdidos, estaba el comandante Robert Moore, el ex «capitán niño» de Villisca, Iowa, ahora subcomandante del 2.º batallón del regimiento. En una lancha antes de medianoche tras haber bajado del *Keren*, Moore condujo dos compañías en nueve lanchas hasta un punto de reunión a varios cientos de metros del barco. Después de esperar en vano más de una hora al resto del batallón, Moore ordenó al timonel que pusiera rumbo a tierra.

Un oficial naval que patrullaba por la marejada a una milla de la costa le aseguró que iba en el rumbo correcto, pero después de desembarcar y de arrastrar las lanchas

en la arena, los hombres quedaron atónitos al encontrarse con los hombres de la 11.ª brigada británica. Moore dedujo rápidamente que en vez de salir a la playa de nombre en clave Beer White, las lanchas se habían desviado doce kilómetros de costa y habían acabado en *Apple White*. Moore envió una patrulla tierra adentro; cuando no regresó, puso en marcha a sus 200 hombres y salió en busca del resto de su batallón.

Pronto se hicieron palpables las deficiencias de los últimos dos años de preparación para la guerra de la 34.ª división. Las maniobras improvisadas en campos de fútbol y en plazas de pueblo realizadas por la Guardia Nacional de Iowa resultaban totalmente inadecuadas en los matorrales y pinares de la costa argelina. El envío apresurado de la 34.ª al Reino Unido hacía diez meses, la dispersión de los regimientos en el norte de Irlanda, el rápido cambio de comandantes, los pobres medios para los ejercicios y el uso de las tropas como trabajadores y guardias de los cuarteles significó que la mayoría de las unidades de infantería llegadas a África «no estaban preparadas para el combate», tal como reconoció una historia oficial de la división. Al igual que otros regimientos, el 168.º tenía una historia imponente, incluidas cinco condecoraciones ganadas en la primera guerra mundial. Pero las viejas condecoraciones no conquistarían Argel ni darían experiencia de combate a los hombres ni le dirían a Bob Moore dónde se encontraba.

Moore marchó con sus dos compañías casi dos kilómetros por los viñedos y los pinares de las colinas costeras antes de darse cuenta de que iba en la dirección equivocada. Dio el alto y ordenó volver sobre sus pasos, pero el teniente al frente de la columna no recibió la orden y continuó adelante con una reducida vanguardia.

Horas después del desembarco, con los pies doloridos y sediento, Moore oyó disparos en Lambiridi, al oeste de Argel. Un nido de ametralladoras en lo alto de una colina que dominaba el camino había matado a dos soldados de la compañía G y herido a otros dos. Moore ordenó a tres secciones que flanqueasen la posición; tras un intercambio de disparos, siete soldados enemigos se rindieron. Las balas de los francotiradores franceses quebraban los muros y levantaban el pavimento mientras los niños con las manos extendidas pedían cigarrillos a los soldados escondidos en los umbrales de las casas. Los árabes, con mantos mugrientos y sandalias oscuras, paseaban por la plaza sin prestar atención a los francotiradores ni a los norteamericanos.

Moore cruzó una zona expuesta mezclándose con los transeúntes; luego trató de organizar otro ataque de flanco. Ahora estaba a la cabeza de los restos de los tres batallones del regimiento, incluidos numerosos rezagados. Una segunda ametralladora, disparando desde un piso superior, mató a un teniente e hirió a un capitán. Moore avanzó por una colina que dominaba la casa. Echado sobre el estómago, se levantó con sumo cuidado para tener una vista mejor.

De repente estaba caído de espaldas, aturdido y desconcertado. A su lado un soldado sangraba. Moore se quitó la correa y el casco. Una marca profunda de bala se

extendía por la parte de arriba del casco como una negra cicatriz. Un centímetro más abajo y la primera bala habría acabado con el «capitán niño».

Por primera vez, Moore tomó conciencia del miedo que sentía. Cualquier escaramuza podía ser letal. «Yo pensaba que luchar contra los francotiradores era toda una batalla», declaró meses más tarde tras recibir la Estrella de Plata por su actuación en Lambiridi. «Ahora sé que se trataba de una guerra de opereta.» Aun así, los hombres morían de verdad, como en Antietam o Meuse-Argonne. Cuando tuvo tiempo para escribir una carta a su casa, Moore escribió: «Me dieron en el casco, lo que me tiró de culo hacia atrás antes de darme cuenta de que me estaban disparando. Aparte de eso y del miedo, estoy bien».

En esas primeras horas de la guerra, Moore había aprendido varias lecciones fundamentales, al igual que miles de soldados norteamericanos en el norte de África: permanece alerta, tómate el tiempo necesario para estudiar el mapa antes de avanzar. Pero otras implicaban la naturaleza del combate y del liderazgo: tomar conciencia de que el campo de batalla era inherentemente caótico; que la improvisación era una virtud necesaria; que la velocidad, el sigilo y la potencia de fuego hacían ganar pequeñas escaramuzas, pero también grandes batallas; que cada momento tenía sus riesgos y que todo hombre era mortal.

Moore volvió a ponerse el casco y llamó a un médico para que asistiera al soldado herido. Los vivos esperaban órdenes y los blancos tejados de Argel brillaban en la distancia. Bob Moore, ileso pero ahora iniciado en la guerra, siguió adelante.

«SUFICIENTE GLORIA PARA TODOS NOSOTROS»

Kent Hewitt volvió a tocar el cielo con las manos. A 4.000 millas de Hampton Roads, la Task Force 34 se acercaba a la costa marroquí con precisión milimétrica y ocho minutos de adelanto sobre el horario previsto.

Más de 100 barcos en nueve columnas habían cruzado el Atlántico en una formación que medía veinte millas por treinta zigzagueando tan vigorosamente que cada estela «se parecía a un borracho haciendo eses sobre la nieve». Después de una severa admonición del almirante Hewitt con respecto a las charlas por radio, que sonaban más «como una tintorería china que como una flota yendo a la guerra», el convoy había guardado dos semanas de silencio; expertamente efectuadas las señales luminosas, ahora iban de un extremo al otro de la armada en diez minutos. Los marineros aún rascaban los mamparos hasta dejar el metal al descubierto. Centenares de nuevos soldados habían sido prácticamente obligados a alistarse para la invasión; ahora los sargentos les enseñaban en las cubiertas a cargar un rifle, apuntar y disparar. Otros aprendían a armar y desarmar las nuevas bazucas. Tras admirar el diseño de conducto de estufa, un voluntario vestido con un traje de bombero apretó el gatillo y disparó lanzando un proyectil a una ola. El estruendo de la explosión fue tremendo y la ola herida siguió su camino, pero en la borda las tropas aplaudieron como si le hubiera

dado a un dragón.

Un temporal proveniente del sur de Islandia golpeó a la flota el 4 de noviembre cerca de Madeira; el mar se puso tan grueso que hasta los navios pesados se desviaron 30 grados. Los médicos de batallón que trataban a los mareados agotaron las existencias de belladona y fenobarbital. El capitán del carguero *Charles Carroll* estudió su clinómetro y manifestó con una frialdad que asustó a todos los que le oían: «No puedo creer que un barco pueda desviarse tanto sin volcar». Los cuatro portaaviones de escolta, conocidos colectivamente como los «Viejos Indispensables», se balanceaban tanto que durante esos peligrosos bandazos los marineros apostaban sobre si se recuperarían o no.

Para Hewitt aquella tormenta representó el mayor reto de su carrera naval. Olas de más de dos metros eran consideradas letales para cualquier desembarco anfibio y ahora había olas de más de cinco metros en la costa marroquí. Durante semanas, los meteorólogos habían volado una y otra vez de Gibraltar a las Azores midiendo y tomando notas cabalísticas en sus cuadernos en un esfuerzo por comprender mejor las pautas del tiempo en el Atlántico occidental. Los pilotos de reconocimiento habían fotografiado el oleaje marroquí con tal frecuencia que ahora podían informar que la media de las olas era de tres metros incluso sin la ayuda del viento del noreste; en 30 segundos caían conjuntos de siete olas. Una transmisión por radio del Departamento de Guerra incluyó una previsión del tiempo para el 8 de noviembre: «Muy malo».

Hewitt iba y venía por el puente de mando del *Augusta* estudiando los pronósticos del tiempo y los informes desalentadores del Departamento de la Marina y del Almirantazgo británico. La vida de 34.000 soldados dependía de sus análisis; a menudo la historia ha castigado a los invasores que no prestaron atención a la meteorología. Pero para la madrugada del 7 de noviembre era menester una decisión que diera tiempo a la flota a dividirse y a tomar posición para tres zonas de desembarco a lo largo de la costa de Marruecos. Las tropas norteamericanas debían ocupar el aeropuerto de Port Lyautey en el norte y, por medio de desembarcos al norte y al sur de Casablanca, rodear la ciudad y conquistar el puerto. Hewitt analizó su problema. Podía esperar una mar más calma, pero no había combustible para mucho tiempo, los submarinos acechaban y seguramente la artillería francesa estaría alerta. Podía desviarse en el Mediterráneo en busca de costas más benignas, pero también más lejanas del crucial puerto de Casablanca; o podía lanzar el desembarco tal como estaba previsto y esperar lo mejor. Lord Louis Mountbatten, el jefe de las fuerzas anfibia británicas, había leído en Londres los mismos informes sombríos. «Espero», dijo Mountbatten, «que Hewitt tenga las agallas de ir adelante.»

La decisión era de Hewitt, pero Patton, que asumiría el mando de la expedición en cuanto las tropas estuvieran en tierra, presionaba para que cumpliera con lo planeado. Patton se había pasado la larga travesía leyendo el Corán, haciendo ejercicios en su camarote (calculó que 480 pasos equivalían a medio kilómetro) y lanzando proclamas.

«Nos debemos felicitar de haber sido elegidos», les dijo a sus tropas. «Debéis triunfar porque la retirada es tan cobarde como letal. Los norteamericanos no se rinden.» Aterrorizó a su equipo cuando descubrió que los panfletos de propaganda editados por el Departamento de Guerra tenían errores de ortografía en francés. Por ejemplo, en *fidèle* faltaba el acento grave. «Algún imbécil se olvidó de poner los acentos», dijo Patton a su oficial de inteligencia. «Ponga a un grupo de sus hombres a trabajar. Que pongan los acentos donde corresponde o no se usará uno solo de estos panfletos. ¿O espera que desembarque en suelo francés con estas analfabetas tarjetas de presentación?» Un pelotón de soldados armados de lápices puso los acentos en su sitio.

Pese a la antipatía previa, Patton y Hewitt congeniaron bastante durante el viaje, y la relación estaba a punto de convertirse en sincera amistad. No obstante, Patton aún recelaba de que la marina trataría de evitar el combate. «La guerra es el único sitio donde un hombre vive de verdad», le gustaba decir; la idea de retirarse del combate le resultaba insoportable. Poco antes de zarpar de Norfolk, Patton pidió a Eisenhower una autorización secreta para obligar a Hewitt a bombardear Casablanca si el almirante daba síntomas de flaqueza. Rápidamente Eisenhower contestó que «ningún bombardeo, repito ninguno, será llevado a cabo sin el previo visto bueno de mi parte... En el improbable caso de que fallara todo el sistema de comunicaciones de señales, ustedes usarán su propio criterio para decidir qué acción se debe llevar a cabo». Así aleccionado, Patton desechó con optimismo el peligro de que las lanchas se hundieran en la mar gruesa. «Ustedes saben lo que sucede cuando las embarcaciones naufragan. Son arrastradas a la playa. Si eso sucede, los hombres también serán arrastrados a la playa y entonces estarán listos para luchar.»

En las primeras horas del 7 de noviembre, Hewitt dormitaba en un catre en el puesto de mando del puente del *Augusta* cuando lo despertó su aerólogo. El capitán de corbeta R. C. Steere llevaba un manchado mapa del tiempo y una linterna. Había llegado a la conclusión de que los pronósticos del Departamento de Guerra y de la Marina estaban equivocados. La tormenta amainaría. Le entregó a Hewitt una página en la que había escrito sus propias predicciones. «El mar de fondo y el oleaje decrecerán debido a los vientos provenientes del interior. Las olas de la noche del sábado serán de metro y medio a tres.»

Hewitt estudió el informe de Steere y las cartas barométricas. Se podía prever que las olas altas volverían el lunes 9 de noviembre dando a los invasores un día para poder conquistar una cabeza de playa. Uno de los conceptos favoritos de Hewitt era el margen: disponer de un margen suficiente de seguridad para que no se produjeran reveses imprevistos. Ahora creyó que la Divina Providencia le había concedido un margen. Sin dar muestras del torbellino interior que sentía, Hewitt dio sus órdenes: «Caballeros, ejecutaremos el Plan A tal como está previsto. Prepárense a dar la señal con la primera luz del día». En Londres, Mountbatten se pronunció diciendo que era

«una de las decisiones más importantes de la guerra... una decisión valiente, la decisión de un comandante».

Al alba del 7 de noviembre, veintiséis barcos que transportaban a 6.000 soldados se alejaron del convoy y se dirigieron a Safi, en el sur de Marruecos. Ocho horas más tarde, otros veintisiete barcos con 9.000 soldados a bordo viraron al norte hacia Mehdía, un pueblo costero próximo a Port Lyautey. El grueso de las fuerzas de Hewitt, con casi 20.000 bajo el mando de Patton, continuó hacia Fédala, justo al norte de Casablanca. Un solitario barco bananero avistado en el horizonte al oeste resultó ser el intrépido *Contessa*; con un pesado cargamento de bombas y de combustible de alto octanaje para aviones, había cruzado el océano en solitario. Temerosos de los disparos de los marinos norteamericanos, la tripulación llevaba bandera hondureña y una buena variedad de señales expresivas, incluyendo, «Soy un rezagado». Hewitt envió un destructor para que escoltara el *Contessa* hasta Mehdía y ordenó que el lanchón de carga lleno de explosivos se mantuviera alejado del resto de la flota.

Con renovado interés, los soldados estudiaron las siluetas de la costa pintadas en los mamparos de la sala de oficiales. Los médicos creían que el aseo personal daba una oportunidad de sobrevivir a las heridas y las infecciones; por tanto, ordenaron que las tropas se ducharan antes del desembarco. Los baños parecieron los «de un club antes de un gran baile». Nadie les dijo a los hombres que el ejército había previsto en secreto que las bajas del primer día en Marruecos serían de unos 1.700 muertos o ahogados y unos 4.000 heridos. Los marineros probaron los cabrestantes y sus motores y trasladaron las cargas de cubierta a las escotillas. Otros mojaron las cubiertas de madera y las sogas de amarre para que fueran menos inflamables. Muchos soldados se sorprendían de tener que luchar contra los franceses. «Vamos, muchachos», sugirió un artillero, «pensemos que son japoneses.»

Los comandantes con inclinación a pronunciar discursos le ofrecieron a la tropa el solaz de su retórica. El capitán del *Massachusetts* declamó el lema latino del estado que representaba su navio: «Ense petit paccidam sub libértate quietem», que sin duda cualquier patán podía traducir como «Con la espada, busca la paz con libertad». El contraalmirante Robert C. Giffen, que comandaba los barcos escolta de Hewitt, declaró: «Golpead fuerte y poneos a cubierto. Hay suficiente gloria para todos nosotros». El capitán del *Brooklyn* llamó al capellán y confesó: «No soy un hombre religioso, pero he aquí el sentimiento que le quiero expresar adecuadamente a Dios, "Oh, Señor, deja paso a este barco de guerra"».

Patton durmió poco antes de hacer acto de presencia en el puente del *Augusta* a primera hora de la mañana del 8 de noviembre. Sus últimas palabras incluyeron consejos para la infantería: «Salid de esa maldita playa lo antes posible». Aún recelaba de las órdenes pasadas de Marshall a Eisenhower, y de éste a los comandantes aliados de «evitar disparar el primero». Patton le dijo a sus comandantes que no pusieran en peligro «las vidas de 30.000 hombres tratando de decidir quién

quiere rendirse y quién no... Si sacan banderas blancas, no ataquen. Pero dudo de que puedan ver las banderas blancas». Los soldados norteamericanos «deben tener un complejo de superioridad», insistía, y dejar que los franceses disparen primero no contribuía en nada a esa elevada opinión de sí mismos.

En el puente a oscuras, Patton volvió a enfurecerse cuando se oyó la voz del presidente Roosevelt por el sistema de megafonía. La apelación presidencial al gobierno de Vichy, grabada en secreto en la Casa Blanca en inglés y francés, era emitida cada media hora por la BBC. «Sólo venimos a destruir a vuestros enemigos y no a haceros daño», proclamó Roosevelt. «No obstruyáis, os lo ruego, este gran objetivo.» Patton había pedido en vano a Eisenhower que se pospusiera esa emisión, ya que la invasión de Marruecos tendría lugar varias horas después de la de Argelia. (La demora evitaría que los defensores divisaran los barcos de Hewitt antes del anochecer del 7 de noviembre.) «Vive la France éternelle!», concluía Roosevelt. Los hombres en el *Augusta* y en los demás barcos se sintieron horrorizados. Ninguna lancha de desembarco había tocado el agua. Patton caminaba por el puente riéndose del pésimo francés de Roosevelt: «Mes amis... Mes amis».

Le dio un respiro a su indignación para estudiar el mar. El viento había amainado y el oleaje bajaba de intensidad. El aerólogo Steere había dado en el clavo. «Supongo», dijo Patton, «que soy una persona favorecida por Dios.»

A lo largo de la costa marroquí, los franceses dormían ajenos a todo. Hacía tiempo que la escasez de gasolina no permitía salir a las patrullas aéreas de Vichy y nadie escuchaba la BBC, que, de cualquier manera, era desechada como mera propaganda. El mensaje de Roosevelt no fue oído, los barcos de Hewitt no fueron detectados ni se sospechó de la ira de Patton.

Únicamente los rebeldes sabían lo que se tramaba. Durante más de dos años, agentes británicos y norteamericanos habían tratado de organizar una quinta columna en Marruecos. Los resultados habían sido dispares. Un plan de los judíos marroquíes para hacer explotar 5.000 toneladas de caucho en los muelles de Casablanca terminó en nada, pero la implantación de un micrófono secreto en la comisión germana de armisticio funcionó admirablemente bien. Los Apóstoles habían organizado varias células de agentes secretos con exóticos nombres de guerra (señor Pez, Babosa de Mar, Leroy el Tejón) e imaginativas tapaderas (un ex legionario conocido como Ojos Rojos trabajaba ostensiblemente como vendedor de macarrones en el mercado negro). Al frente de los insurrectos estaba Bestia Negra, el comandante Émile Béthouart. Se trataba del comandante de la división Casablanca y héroe de la fuerza expedicionaria francopolaca que había luchado en Noruega en 1941. Robert Murphy y el general Mast lo habían reclutado para la fuerza conspiradora. A las ocho de la noche del 7 de noviembre informó a diez oficiales de confianza del inminente desembarco aliado y los envió a ocupar las guarniciones y los campos de aterrizaje. Salieron disparados, recordó más tarde Béthouart, con «un entusiasmo casi juvenil». Seis horas después,

despertó en Rabat al general residente de Marruecos, el general Auguste-Paul Nogués, y le informó de que el país pasaba a manos aliadas. También arrestó al jefe de las fuerzas aéreas de Vichy en Marruecos diciéndole: «Tome asiento en un cómodo sillón».

Después de eso, nada fue bien. Nogués, escurridizo y ambiguo, era conocido por los aliados como «Sí-No». Se atrincheró en su palacio y se negó a creer que cien barcos aliados podían llegar al país sin ser descubiertos. Por medio de una línea telefónica secreta que acababa de instalar entre el palacio y el Almirantazgo en Casablanca, Nogués llamó al jefe naval y le notificó el golpe. El contraalmirante Francois Michelier echó una ojeada al mar y le aseguró que ninguna flota aliada se divisaba en el horizonte y que, además, esa expedición era «técnicamente imposible». Michelier volvió a llamar a las tres, cuatro y cinco de la tarde para confirmar sus palabras. Sacando fuerza de flaqueza para asegurar su propia supervivencia, Nogués acusó a Béthouart de haber sido engañado por «un grupo de idiotas» y ordenó una alerta general. Béthouart perdió el ánimo y se rindió; rápidamente fue enviado a prisión, donde tuvo el consuelo de dos botellas de champán introducidas de contrabando por un médico de la cárcel.

En Casablanca, los escuadrones de soldados senegaleses montaron las ametralladoras con lánguidos movimientos. Secciones de espahíes de caballería con capas pesadas salieron al galope de sus barracones. Oficiales navales semidormidos se lanzaron al puerto y las baterías costeras en coches Citroen, escúters y bicicletas. Los agentes aliados escondieron los libros de códigos. Aparte de secuestrar al comandante de la guarnición de Fez, los insurrectos sólo habían logrado alertar con varias horas de antelación a las autoridades de Vichy de una posible amenaza.

«El cielo está oscuro», escribió en una carta con mala letra un joven teniente del ejército justo antes de dirigirse a un bote en la cubierta, «y todo parece perfecto.»

El teniente se engañaba. No sólo les esperaban problemas en tierra, sino que los barcos de Hewitt parecieron enloquecer. Dos semanas de navegación impecable se malograron al avistar tierra. Incluso antes de que la mitad de la flota se desviase rumbo a Safi al sur y Mehdía al norte, surgieron desacuerdos entre los capitanes sobre la posición precisa del convoy. Un cálculo demostraba que la flota había navegado hacia las colinas marroquíes. La disputa continuó a primera hora de la tarde del 7 de noviembre, aunque el cielo estaba lo bastante despejado para ver las estrellas incluso después de divisar las luces del faro de El Hank. Las luces de Casablanca resplandecían tanto que el capitán de un submarino comparó su salida a superficie con «aparecer en medio de Times Square».

Pese a la evidencia irrefutable de que la tierra estaba cerca, los capitanes del convoy central en dirección a Fédala no hicieron las necesarias correcciones de rumbo para evitar que los cargueros se rezagaran o dejaran la formación. Poco antes de las 21.30 horas, la flota trató de corregir el rumbo con un viraje de 45 grados a estribor

seguido por otro fuerte cambio de rumbo sólo quince minutos después. En aquella noche cerrada, no se vieron las luces rojas y verdes usadas para ordenar esas maniobras. Las señales de silbato no se oían o eran desestimadas. De repente desaparecieron las luces de El Hank y de la costa como «si se hubiesen apagado». Para cuando sonó el silbato de echar anclas, ni un solo barco mantenía el rumbo correcto, y algunos se encontraban a diez kilómetros de distancia. «Para ser totalmente honesto», confesó un oficial naval, «no estoy seguro de dónde nos encontrábamos.»

Los destructores daban bordadas en busca de submarinos enemigos. Un ligero viento de la costa llevó aromas de la tierra. Entre las nubes apareció Casiopea y la Osa Mayor se irguió sobre su cola. Se acalló la incesante vibración de los motores y se hizo un silencio cuyo recuerdo se remontaba a la partida de Norfolk. Entonces, el traqueteo metálico del ancla rompió la magia. Los marineros quitaron las cubiertas de las escotillas y los chirriantes motores empezaron a alzar las cargas de las bodegas. Sonaron campanas y más campanas sin propósito evidente para los invasores. En los camarotes abarrotados de soldados, el humo azul de los cigarrillos se ensortijaba alrededor de las mortecinas luces ambientales. Los soldados vestidos con ropa verde de sarga levantaron sus crujientes mochilas y esperaron órdenes.

Las órdenes llegaron. Los hombres subieron a las lanchas de desembarco. Las redes de carga de distintos colores vestían los costados como telarañas. Un jefe de carga con un megáfono llamó a una lancha que petardeaba en el agua: «¡Personal del bote al costado rojo!». Los timoneles con impermeables amarillos y holgados pantalones se acercaron, intentando distinguir el rojo del azul y de no atascar sus árboles de hélice en las redes. Los oficiales descendieron con los fusiles y las cajas de mapas golpeándoles las espaldas. En algunos cargueros, después de incontables ejercicios de ensayo de desembarco, a los hombres se les ordenó inexplicablemente bajar por el lado de la porta. Se desató el caos. A otros se les ordenó calar las bayonetas hasta que uno se atravesó una pierna y fue izado de nuevo a cubierta como una baja. La música barriobajera y obscena de *4-F Charley* resonó entre las tropas que esperaban turno. Un veterano de la Gran Guerra evocó un verso conocido antes de bajar: «No molestes a las tropas de ataque».

Entonces, los jefes de carga gritaron «¡En marcha!». Los timoneles pusieron en movimiento las lanchas dejando tras de sí una gran estela fosforescente al tiempo que escrutaban el cielo esperando que la estrella polar o Sirio les indicasen dónde estaban las playas.

En Fédala, la primera oleada de veintiséis lanchas de desembarco se dirigió sin mayor precisión hacia el este poco después de las cinco de la mañana. Algunos botes que no hallaron el rumbo correcto no llegaron a la playa, sino a un arrecife en medio de una «confusión indescriptible», tal como se lamentó más tarde un joven oficial. Los hombres del 30.º regimiento de infantería pudieron llegar a la costa con el agua al cuello y las manos y las piernas heridas por el coral. Sobrecargados con palas de

zapador, rifles, granadas, cortadores de alambre, máscaras de gas, cargadores de municiones y raciones K, los caídos por efecto de las modestas olas, rara vez volvían a levantarse. El timonel de una lancha grande se acercó demasiado a una gran ola; la proa dio contra el fondo a 200 metros de la playa y la embarcación volcó arrojando al agua a hombres, armas y un jeep. Sólo seis soldados salvaron la vida. Las tropas que llegaban se echaban en la arena y disparaban frenéticamente contra la batería costera de Cherqui mientras los árabes en burros decrepitos trotaban por la orilla en busca de chaquetas salvavidas y cantimploras. Los altos y contraseñas resonaban por las dunas como insultos: «¡George!», «¡Patton!».

A 130 kilómetros al norte, en Mehdía, las tropas de seis cargueros debían entrar unos diez kilómetros tierra adentro para ocupar el aeropuerto de Port Lyautey. El general de brigada Lucian K. Truscott bajó por la red del *Henry T. Alien* y fue de lanchón en lanchón tratando de convencer a los marineros recelosos de que él era el jefe de la operación de Mehdía. Finalmente, una flotilla de embarcaciones zarandeadas llegó a la costa con banderas estadounidenses flameando en cada popa como «una regata de yates». Sonaron sobre las aguas varios disparos: cuatro soldados resultaron heridos por accidente a manos de compañeros que cargaban sus armas en las lanchas. Varios lanchones encallaron en bancos de arena o zozobraron cuando los soldados se echaron sobre la borda en la precipitación por llegar a tierra. Los cadáveres llegaban flotando boca abajo a las playas en una maraña de portafusiles y cinturones salvavidas sin hinchar. Pero a las 5.40, con 100 minutos de atraso, las primeras tropas del 60.º regimiento de infantería cruzaron sin oposición la Playa Verde mirando el fuerte portugués del siglo XVI que les cerraba el paso al aeropuerto.

El tercer y último asalto frontal contra un puerto defendido en la operación ANTORCHA fue planeado originalmente para Safi, a 225 kilómetros al sur de Casablanca. Un centro comercial portugués en tiempos de Colón, Safi fue famoso por la cría de caballos y luego como la pesquería de sardinas más grande del mundo. Ahora era una nada agraciada y nada famosa ciudad productora de fosfatos con 25.000 habitantes. Gran parte del plan bélico estadounidense se basaba en una amarillenta carta náutica francesa que databa de 1906 y en unas postales de los archivos de fotos turísticas y otros recuerdos de varios frentes oceánicos. La Colina del Judío, una playa protegida fuera de Safi, había sido identificada justamente por medio de una vieja postal; rebautizada con el nombre de Playa Amarilla, fue designada como primer lugar de desembarco.

A fin de conquistar el puerto de Safi, la marina eligió a un par de viejos destructores, el *Colé*, que en 1921 había sido el barco más rápido del mundo, capaz de alcanzar los 42 nudos, y el *Bernadou*. Una mejora secreta fue realizada en Bermudas con la intención de aligerar los barcos y hacerlos menos impresionantes. Les amputaron todos los mástiles y las chimeneas, y quedaron «achatados y aplastados». Cada destructor transportaba 200 soldados del 47.º regimiento de infantería, que

recibieron brazaletes con la bandera estadounidense y dos cartones de cigarrillos cada uno para ganarse la amistad de los franceses. La conquista del pequeño puerto permitiría a Patton desembarcar un batallón de 54 tanques Sherman que podrían flanquear Casablanca por el sur sin exponerse a los formidables cañones de la defensa costera.



El ataque contra Safi, conocido como BLACKSTONE, difería en detalles clave de los ataques contra los puertos de Oran y Argel. Las defensas de Safi eran menos poderosas que las de las ciudades argelinas, y los barcos de guerra aliados estaban preparados para pulverizar cualquier resistencia. Asimismo, para no alertar a los defensores, el ataque precedería por poco los desembarcos en las playas. Al mando del 47.º regimiento estaba el coronel Edwin H. Randle, un oriundo de Indiana con cabellos engominados y bigote lobuno. «El combate violento, rápido y despiadado es la única forma de ganar», les dijo Randle a sus hombres. «Disparad hacia abajo, los rebotes pueden matar al enemigo o ciertamente atemorizarlos... Combatid de manera dura y violenta.»

La habitual confusión del desembarco demoró media hora el ataque. Los jefes de carga finalmente estiraron una red gigantesca en ángulo desde el carguero *Lyon* hasta las cubiertas de los destructores y despacharon las tropas hasta hacer compañía a los soldados que los esperaban. Un solo hombre cayó al Atlántico y no se le vio más. A las 3.50 de la madrugada, el *Bernadou* se dirigió a la costa con el *Colé* a babor. A medida que el primer destructor navegaba hacia el rompeolas de granito, un avizor centinela francés lo desafió enviando dos señales de luces en letras Morse: «VH». El capitán del *Bernadou* contestó con las mismas letras. La triquiñuela engañó a los defensores durante 18 minutos, hasta que el *Bernadou* pasó la boya de campana y anunció su presencia en el puerto a las 4.28 disparando un artefacto de fuegos artificiales que debía desplegar una bandera estadounidense iluminada. La bandera se negó a

desplegarse y los franceses abrieron fuego.

Sonaron las ametralladoras en lo alto y proyectiles de 75 mm dieron en el agua con un silbido humeante. El *Bernadou* contestó el fuego barriendo los embarcaderos con fuego de cañón y de mortero, luego avanzó tan rápido a tierra que la proa se hundió unos nueve metros en un muelle. Las tropas de asalto de la compañía K se lanzaron a cubierta.

En el mar, dos mensajes recorrieron la flota abada. «Baterías en marcha» anunció que había resistencia francesa. «Juguemos» autorizó a abrir fuego. Con un estruendo mayúsculo, el buque *New York* y el crucero *Philadelphia* acataron la orden y dispararon apuntando a los resplandores que se veían a 15 kilómetros de distancia. Los atónitos soldados y marineros miraron los proyectiles rojos y brillantes que describían un arco en el cielo antes de caer sobre las baterías costeras al norte de Safi. Una de las bombas del *New York* dio en el borde de un arrecife de 90 metros de altura en Pointe de la Tour, abrió un boquete de seis metros de diámetro para luego rebotar sobre la torre de control de incendios de la Batterie la Railleuse, matando a todos los que se encontraban en el interior. Trozos de hueso y el uniforme hecho trizas del comandante pintarrajearon las paredes.

Nerviosos, los soldados del *Bernadou* tardaron en abandonar el buque. Volvían a cubierta con cada explosión hasta que los oficiales tomaron cartas en el asunto y la tropa debió bajar por la única red utilizable en la proa. En el agua, se les enganchaban las cantimploras y los cartones de tabaco y parecían peces atrapados en un arte de pesca. Finalmente recuperaron el valor una vez en tierra firme. Tropas francesas bajaron de un embarcadero con un pequeño cañón arrastrado por un burro; las ráfagas de fuego aliado los hicieron retroceder. El *Colé* pudo atracar en el muelle de fosfatos a las cinco de la mañana. La compañía L se lanzó a la costa persiguiendo a los legionarios franceses y capturando la estación de ferrocarril, el correo y el depósito de la Shell Oil. Tres oleadas más de infantería desembarcaron excepcionalmente en el lugar previsto. Árabes con ropas blancas llenaban los balcones en lo alto del puerto y presenciaban el espectáculo. Un comandante norteamericano informó al Departamento de Guerra:

Un soldado podía abrirse paso con dificultad a través de rocas y piedras para montar su ametralladora, levantar cautelosamente la cabeza para apuntar y encontrarse con una decena de nativos que le rodeaban y lo miraban solemnemente. Las esquinas estaban ahitas de nativos que giraban las cabezas a un lado y al otro como en un partido de tenis, y seguían el vuelo zumbador y resplandeciente de las balas por encima de sus cabezas.

A primera hora de la tarde, los invasores ocupaban una cabeza de playa de 8 kilómetros de ancho por 800 metros de profundidad. Los tiradores norteamericanos neutralizaron tres tanques Renault con granadas y luego apuntaron con los cañones de

los tanques contra los barracones franceses. Trescientos soldados coloniales franceses se rindieron. Un solitario bombardero de Vichy hizo un pase inseguro encima del puerto; los artilleros antiaéreos norteamericanos, con ganas de mejorar su puntería, destruyeron tejados de almacenes; su propia plataforma de disparo se movía con tal ímpetu que rebotaban las balas trazadoras de calibre 50 y parecía que «alguien intentase cortar las grúas con una soldadora».

Todo esto fue demasiado para el comandante francés de la guarnición. Las tropas abadas irrumpieron en su cuartel general en Front de Mer capturándolo a él y a siete oficiales que no opusieron resistencia. Todo su arsenal consistía en dos revólveres. Salvo por unos pocos francotiradores, Safi había caído. Las bajas norteamericanas totalizaron dos muertos y veinticinco heridos.

Eisenhower había confiado en su suerte y hasta aquel momento la suerte le había sido favorable. En su túnel de Gibraltar, sólo el reloj de pared le anunciaba al comandante en jefe que ya era la madrugada del 8 de noviembre. No oía las campanadas de las iglesias de Gibraltar en esta templada mañana de domingo ni veía los Spitfire despegando de la pista para vigilar cualquier maniobra de aproximación desde España o Italia. Eisenhower se levantó de su catre y fue al lavabo a afeitarse con agua fría. A Marshall, le informó:

Todo parece ir según los planes... La información directa de las fuerzas es pobre, pero no quiero molestar a los comandantes en este momento pidiéndoles informes. Aunque daría un mes de mi paga por un informe certero de cada sección. Sabemos que estamos bastante sólidamente en tierra en los puntos este y central, y que el ataque del oeste empezó según el horario previsto.

Aparte de eso, Eisenhower sabía muy poco. El centro de comunicaciones en Gibraltar llevaba horas de retraso descifrando los despachos que llegaban de Argelia y Marruecos, así como de Washington y Londres. Los informes resumidos de Argel y Oran indicaban que las tropas estaban en tierra en los seis puntos de desembarco de Argeba. En cuanto a la Task Forcé 34 casi nada se sabía con la excepción de un breve mensaje de Hewitt diciendo que todo proseguía a buen ritmo. Los escuchas de radio habían oído el himno norteamericano y *La marsellesa* en la emisora de propaganda de Patton a bordo del *Texas*, pero del mismo Patton no se tenía noticia.

«Cuando llegas a altos cargos en el ejército», había escrito recientemente Eisenhower a su hijo John, un cadete en West Point, «este negocio de la guerra ya no es salir y enseñar a disparar a los soldados o a arrastrarse por un matorral o a cavar una trinchera; es en parte política, en parte hablar en público, en parte escribir y en parte relaciones sociales... Una persona normal sólo desea echarse en una hamaca bajo la sombra de un árbol y leer unas cuantas revistas de aventuras.»

«Este negocio de la guerra» también era en parte esperar. A medida que pasaban las horas llegaron algunos despachos más, entre ellos unos ambiguos informes sobre

«problemas en el puerto de Argel» y resistencia en el de Oran. A las nueve se decía que un aeropuerto en las afueras de Argel estaba en manos aliadas, pero salvo un informe que señalaba que tres aviones de transporte de la operación VILLANO habían sido abatidos, nada se sabía de la operación aérea. El asistente naval y confidente de Eisenhower, un ex ejecutivo de CBS llamado Harry C. Butcher, escribió en su diario: «¿Qué les ha pasado a los 36 aparatos de transporte?». Otro confuso despacho indicaba que en una playa marroquí Patton reembarcaba las tropas de desembarco bajo una bandera de tregua. «Eso sí que *no* me lo creo», escribió Eisenhower a su jefe de Estado Mayor, el general de división Walter B. (Beetle) Smith, que aún estaba en Londres. «A menos que mi opinión sobre Georgie esté equivocada en un cien por cien, él no reembarcaría a nadie; mucho menos a sí mismo.»

Encendiendo otro Camel, Eisenhower se retiró a su minúscula oficina. Había acordado una nueva negociación con Giraud en una hora. Esa desagradable realidad ahora se vio complicada por un informe sorprendente de que el almirante Darían se encontraba en Argel hablando con Murphy. Eisenhower recordó el consejo de Churchill: «Bésele el culo a Darían si tiene que hacerlo, pero consiga la marina francesa». ¿Y Giraud?

Destapó la estilográfica y con su apretada cursiva escribió en la parte superior de una página de notas: «Preocupaciones de un comandante». Empezando con «España está siniestramente en calma», redactó una lista de sus preocupaciones. Número tres: «El combate defensivo que esta mañana parecía sin fibra y desanimado ha aumentado y en muchos sitios parece decidido». Número seis: «Giraud es difícil de tratar, pretende mucho en poder, equipo, etc., pero se muestra poco dispuesto a poner el hombro para que cese el fuego». Número nueve: «No sabemos el paradero ni la situación de la aviación». Y número diez: «No podemos averiguar nada».

Aliviado, cerró la pluma y volvió a estudiar los mensajes. Las bajas parecían escasas a la espera de más noticias de RESERVISTA, TERMINAL y VILLANO. Era trágico que Francia se sintiera obligada a luchar, pero los defensores habían mostrado gran lasitud al no plantar minas, hacer vuelos de reconocimiento ni usar los submarinos ni la aviación de Vichy.

No obstante, aunque políticamente ambivalentes y militarmente inertes, los franceses *no* habían capitulado. La resistencia de Vichy en Casablanca y Mehdía parecía endurecerse. Las intenciones de Darían seguían siendo opacas. Giraud se lo estaba pensando en algún lugar de Gibraltar. Todo indicaba que Murphy había sido hecho prisionero. Muchos rebeldes franceses habían acabado entre rejas. No era probable que las fuerzas alemanas e italianas siguieran inactivas durante mucho tiempo. Y Tunicia, la razón fundamental para lanzar la invasión por mar y tierra más ambiciosa de la historia, seguía estando muy distante.

A veces, lo único que quiere una persona es tumbarse en una hamaca y leer revistas de aventuras.

3. Cabeza de playa

UNA ESPADA EN ARGEL

La incertidumbre de Eisenhower con respecto al progreso de la operación ANTORCHA era compartida por todos los soldados en las cabezas de playa de Marruecos y Argelia. Nadie sabía nada irrefutable salvo lo que había visto. Los marineros en el mar sólo veían fognazos en tierra. Los soldados en las playas desconocían qué sucedía en el siguiente *djebel*. Los comandantes recibían informes fragmentarios que resultaban ser incompletos, contradictorios o erróneos. Esto era la guerra, «nuestra condición y nuestra historia, el lugar donde debíamos vivir», escribió un corresponsal, pero para muchos parecía una pelea callejera con artillería. Para las tropas novatas, la experiencia de combate fue reveladora: ejércitos ignorantes llevaban a cabo la guerra en una tierra a oscuras.

La lucha entre los invasores anglonorteamericanos y los defensores franceses de Vichy sólo duraría tres días; a veces fue cuestión de desgranados tiros al aire, pero en aquellos dos países también hubo batallas campales en una decena de ocasiones. La pequeña guerra entre dos viejos amigos (muchos norteamericanos aún no podían creer que combatían contra los franceses) fue complicada por las maniobras diplomáticas concomitantes y los primeros ataques de las fuerzas del Eje. Todo esto sucedió más o menos simultáneamente desde el domingo 8 de noviembre de 1942 por la mañana hasta la noche del martes 10, pero en aras de la simplicidad narrativa la acción puede desplegarse en sentido contrario a las agujas del reloj por el borde noroeste de África, empezando en Argel y acabando en Marruecos.

Al este de la capital argelina, un batallón del 39.º de infantería había aparecido a las puertas del aeropuerto de la Maison Blanche poco antes del alba del 8 de noviembre. Los soldados franceses dispararon algunos tiros al aire para salvar la cara y se rindieron. A las diez de la mañana, los primeros aviones Hurricane, salidos horas antes de Gibraltar sin garantía de que hubiera un aeropuerto, aterrizaron en la pista.

Desde Castiglione en el límite oeste de la cabeza de playa, donde diligentes argelinos destripaban las lanchas de desembarco abandonadas en busca de compases y árboles de hélice, las tropas británicas tomaron otro aeropuerto en Blida y avanzaron hacia Argel desde el sur. Un comandante impaciente capturó a media docena de rehenes, a quienes describió como «muy amistosos y afectuosos», luego se dirigió a los muelles, encañonó en la cabeza al guardia e izó la enseña británica en el puesto de mando francés. «Se produjo una ovación», informó.

El teniente coronel Edward J. Doyle, comandante del 1.er batallón del 168.º de infantería, también se impacientó por el lento avance contra los francotiradores franceses en el suburbio occidental de Lambiridi, los mismos que esa misma mañana

habían dado en el casco de Robert Moore. Haciendo caso omiso de las órdenes de mantener la situación, Doyle flanqueó a los francotiradores con una decena de hombres y avanzó hacia Argel. Pronto golpeaba las puertas del Palacio de Verano del gobernador general. Un guardia le negó la entrada. «El gobernador», dijo el francés, «está en la playa.» Los norteamericanos contestaron disparando contra los neumáticos del coche de un rico caballero que salía del consulado alemán en la acera de enfrente. La furia del conductor —unos buenos neumáticos eran especialmente caros en esos días— fue interrumpida por el seco disparo de rifle de un francotirador. Doyle cayó al pavimento mortalmente herido por un balazo debajo de su hombro izquierdo. Después del coronel Marshall en la operación RESERVISTA, Doyle fue el segundo comandante norteamericano de batallón que murió esa mañana.

Los pilotos de la Luftwaffe que el domingo por la tarde volaron desde Italia hicieron su primera aparición en el cabo Matifou, donde había un grupo de cargueros anclados. Un Ju-88 enemigo se libró del fuego aliado y lanzó dos torpedos desde una altitud de unos 15 metros. Uno no dio en el blanco. El segundo dio contra el *Leedstown* en el lado de estribor llevándose por delante el timón. Inmovilizado en las aguas y con 500 hombres aún a bordo, el barco fue presa fácil. Cinco bombardeos en picado le abrieron las soldaduras; luego dos bombas más en medio del barco lo hicieron capotar por la proa. Los hombres saltaron por la borda, pero fueron absorbidos por los boquetes de los torpedos; algunos se volvieron a encaramar y a saltar. Los náufragos remaron en balsas hacia la playa cantando animosamente hasta que vieron las olas del rompiente de Aïn Taya. Los nativos dejaron el saqueo para cortar altos juncos con los que rescatar a los supervivientes de las aguas turbulentas. Conducidos a un lugar de la costa, los hombres ateridos de frío se echaron sobre la paja y se reanimaron con brandy. El *Leedstown* se hundió a 20 brazas de profundidad.

Por más que le hubieran satisfecho los ataques de represalia de las fuerzas del Eje, el almirante Darían reconoció con el discernimiento de un superviviente profesional que la situación no daba para más. El comandante en jefe de Vichy sólo contaba con 7.000 soldados mal armados en Argelia; los dos aeropuertos principales habían sido tomados, la flota se encontraba acorralada por los barcos aliados y la ciudad estaba rodeada por 30.000 soldados. El domingo a las tres de la tarde, Darían volvió a la Villa des Oliviers, donde Robert Murphy y Kenneth Pendar no habían sido ejecutados gracias a la oportuna clemencia del general Juin. El almirante encontró a ambos diplomáticos norteamericanos almorzando y contemplando el incendio de los almacenes del puerto y las maniobras de los bombarderos sobre la bahía de Argel. Darían anunció que estaba listo para negociar. ¿Podría encontrar el señor Murphy al comandante norteamericano de quien se sabía que estaba en la playa a 15 kilómetros al oeste de Argel?

En la limusina de Juin y con una bandera blanca y la tricolor francesa flameando sobre el guardabarros, los diplomáticos se abrieron paso a través de las columnas de

soldados aliados que avanzaban por el oeste de Argel. En la playa Beer White encontraron al general de división Charles W. Ryder, jefe de la 34.ª división de infantería, sentado sobre una gran roca. Oriundo de Kansas y compañero de clase de Eisenhower en West Point, Ryder, Doc para los amigos, era un soldado alto y anguloso que había sido condecorado en la Gran Guerra. Cuando le preguntaron si querría negociar las condiciones con los franceses, contestó serenamente: «Iré a cualquier sitio para hablar con quien sea que quiera entregarme Argel». Y no dijo nada más. Sentado en la roca y quejándose por la falta de un uniforme limpio, redactó un informe de un párrafo para Gibraltar con la velocidad de un hombre dictando a un picapedrero. «Tendrá que perdonarme», dijo a Murphy, «pero hace una semana que no duermo.» Murphy dejó de andar de un sitio para otro, cogió al general del brazo y lo introdujo en la limusina.

Un corneta de pie sobre el estribo del coche anunciaba «Cese el fuego» mientras avanzaban por Lambiridi hacia la Avenue Maréchal Joffre. Fuera del Fort L'Empereur, el cuartel general de Vichy, el jefe de Estado Mayor de Juin estaba en rígida posición de firme en plena calle. Detrás de él, había seis soldados en formación de V. «No me gusta la sangre», confesó Murphy a Ryder mientras se apeaban del coche. Con los gestos precisos de un hombre experimentado en capitulaciones, el jefe de Estado Mayor francés extendió la espada a Ryder, la empuñadura por delante, «como en un cuadro histórico de algún museo», observó Pendar. Murmurando algunas palabras de rendición, hizo una elegante media vuelta y marchó hacia el fuerte.

Ryder y Murphy lo siguieron. Entraron en un cavernoso vestíbulo donde del revestimiento de madera de las paredes colgaban trofeos de caza y botines de viejas batallas. Cincuenta oficiales franceses se alineaban en las paredes mirando a los norteamericanos y al general Juin, quien estaba a la cabecera de una larga mesa cubierta con un paño verde. Juin había cambiado el pijama a rayas de la noche anterior por el esplendor de las condecoraciones y de su mejor uniforme. El sonido distante de las armas ligeras fue acallado por el estruendo de las bombas de la Royal Navy que atacaban objetivos franceses a pocos cientos de metros. «¡Qué maravilla!», dijo Sfiyder. «Ésta es la primera vez que estoy bajo fuego enemigo desde la primera guerra.» Un gélido silencio siguió a sus palabras.

«¿Es usted el oficial de mayor rango?», preguntó finalmente Juin extendiendo su mano izquierda.

«Lo soy.»

«¿Se compromete a mantener la ley y el orden en Argel si se rinde a sus fuerzas?»

«Sí», contestó Ryder, «siempre que la gendarmería francesa actúe bajo mis órdenes.»

«¿Cuándo estará preparado para hacerlo?»

«De inmediato.»

«¿Permitirá que las fuerzas francesas conserven sus armas?»

Ryder vaciló un instante.

«Sí, siempre que se concentren en sus barracones.»

Asunto concluido. Las tropas aliadas entrarían en la ciudad a las 20 horas. Los prisioneros quedarían en libertad en el acto, incluidos los supervivientes de la operación TERMINAL. Los oficiales franceses despacharon vehículos por todos los barrios de Argel para anunciar la rendición de la ciudad con toques de corneta.

Argel había caído, pero no el resto del norte de África francés, y ahí estaba el problema. Los aliados pronto supieron que Darían se había despojado formalmente de todo poder fuera de la ciudad. En un gesto indignante, proclamó carecer de cualquier poder negociador sobre el resto del imperio de Vichy. En otra reunión en Fort L'Empereur, esta vez con la presencia de Darían, sólo se obtuvo un acuerdo para que los barcos aliados entrasen en el puerto de Argel.

En la madrugada del lunes, la nave capitana *Bulólo* avanzó con dignidad imperial hacia el embarcadero sin percatarse de que una bomba de la Luftwaffe había dañado las comunicaciones de la sala de máquinas. Allí no se recibió la orden rutinaria de dar marcha atrás a toda máquina. Con creciente nerviosismo, la comitiva francesa de bienvenida vio cómo el barco se acercaba a casi doce nudos. En el puente de mando, los oficiales discutían si los mástiles se romperían hacia adelante o hacia atrás con el impacto. Los espectadores se dispersaron gritando. El capitán aulló: «¡Todo el mundo cuerpo a tierra!», y la gran proa se elevó sobre un fortuito banco de lodo demoliendo el espigón y haciendo una muesca en un depósito antes de volver intacta a las aguas del puerto. Los espectadores, recuperados del susto, aplaudieron y comentaron que la Royal Navy realmente sabía cómo atracar en un puerto.

También lo sabía hacer el general Giraud. La mañana del lunes 9 de noviembre dejó Gibraltar con rumbo a Argelia en un avión francés con la intención de quitar del medio a Darían y establecerse como el nuevo jefe aliado en el norte de África. Tal como había anticipado con sagacidad Eisenhower, Giraud había cambiado de opinión después de comprobar el pronto éxito de ANTORCHA; con suspiros histriónicos había aceptado ser el comandante de las fuerzas militares francesas en el norte de África y máximo responsable de la administración local. Eisenhower le despidió, aunque públicamente anunció que «su presencia propiciará un cese de la resistencia esporádica». A Marshall le confesó en privado: «Estoy hasta la coronilla y absolutamente furioso con esos estúpidos franceses».

Ante la proclama de Eisenhower, las autoridades de Vichy reaccionaron denunciando al general francés como «un jefe rebelde y desleal». Giraud aterrizó en el aeropuerto de Blida, pero no fue recibido por una guardia de honor y una multitud entusiasta tal como él había imaginado, sino por unos pocos simpatizantes furtivos que le previnieron contra posible asesinos. Aún peor, su equipaje y su uniforme se extraviaron. Giraud no podía montar un verdadero golpe de estado con una mera gabardina arrugada. Abatido y sin su indumentaria de rigor, subió a un coche de

alquiler y se dirigió a las tortuosas callejuelas del barrio Ruisseau, donde una familia incondicional le había ofrecido hospitalidad.

Tres horas más tarde, Mark Clark llegó en un B-17 al aeropuerto Maison Blanche con órdenes de Eisenhower para ayudar a Giraud a asumir el mando de las tropas francesas y asegurar un armisticio general. En cambio, encontró al presunto virrey escondido, al almirante Darían en manos de los leales a Vichy y combates en todas partes, con la excepción de Argel. «¡Esto sí que empeora la situación!», le dijo a Murphy.

Su séquito incluía a Darryl F. Zanuck, ex guionista de *Rin Tin Tin* y directivo de la 20th. Century Fox; ahora coronel del cuerpo de comunicaciones, Zanuck bajó del avión con una cámara de 16 mm y diez rollos de película para filmar la entrada triunfal de Clark en Argelia. Sin embargo, la secuencia cinematográfica fue interrumpida por la aparición de una docena de aviones de la Luftwaffe. Cuando también hicieron acto de presencia Spitfires y Junkers, la gente se lanzó a las calles a presenciar la batalla aérea. Clark y sus hombres subieron a dos camiones británicos y avanzaron por la ciudad. Vieron que todas las paredes parecían cubiertas por grandes carteles del mariscal Pétain. La invasión del norte de África apenas tenía veinticuatro horas de vida y ya había descendido al nivel de un sainete francés.

El Hotel St. Georges era una vieja casona llena de recovecos y de un blanco inmaculado en la Rué Michelet, la calle más de moda del barrio más de moda de Argel. En otro tiempo el preferido de las ricas solteras por su vista maravillosa del mar, el St. Georges ahora servía de cuartel general a la marina francesa. Los soldados habían manchado de barro el pulido suelo de mosaico. Allí era donde los norteamericanos habían aceptado reunirse con Darían y sus subordinados a primera hora de la mañana del martes 10 de noviembre.

Clark encontró a Ryder exhausto tras horas de inútiles regateos. «He intentado hacer el máximo de maniobras dilatorias», dijo Ryder. Una compañía de fusileros estaba apostada afuera entre las palmeras con órdenes de «disparar a matar» a los franceses si había problemas. Murphy condujo a Clark por el vestíbulo del hotel a una pequeña sala con ambiente recargado, azulejos marroquíes y una vista del soleado Mediterráneo. Le esperaban cinco almirantes y cuatro generales franceses. Darían llevaba alzas y una guerrera negra cruzada de almirante que acentuaba su tez pálida. Recibió cordialmente a los norteamericanos, pero los franceses se negaron a estrechar la mano del único oficial británico que había en la delegación de Clark. Clark tomó asiento en la cabecera de la mesa con Darían a su derecha y Juin a la izquierda mientras Murphy oficiaba de traductor.

«Tenemos mucho trabajo para hacer frente al enemigo común», dijo Clark.

«Mis camaradas y yo creemos que las hostilidades no llevan a ninguna parte», replicó Darían, pero aparte de entregar Argel, él carecía de autoridad para firmar un armisticio. «Simplemente sólo puedo obedecer las órdenes de Pétain.»

«El problema es mayor que eso», insistió Clark. Hizo un gesto en dirección a Tunicia. «¿Resistirán las tropas francesas al este de Argel si vamos allí a enfrentarnos al enemigo común?»

Los ojos acuosos de Darían evitaron la mirada de Clark.

«He pedido a Vichy que me conteste lo antes posible sobre los términos de un acuerdo.»

Clark dio un puñetazo sobre la mesa. «Será menester retenerle a usted en custodia para su propia protección. Espero que lo comprenda. Debemos avanzar al este. Hablaré con el general Giraud. Él firmará las condiciones y dará las órdenes necesarias.»

Darían se pasó una mano por la calva y una remota sonrisa le cruzó los labios. «No estoy seguro de que las tropas le obedezcan.»

«Si usted considera que Pétain estará de acuerdo con usted en que deben cesar las hostilidades, ¿por qué no da esa orden ahora mismo?»

«Porque provocaría», contestó Darían lentamente, «que los alemanes ocupasen de inmediato el sur de Francia.»

Clark volvió a dar con el puño sobre la mesa.

«Lo que usted está haciendo significa la muerte de más franceses y norteamericanos. Éste es el momento en que debemos seguir nuestras preferencias y olvidarnos de las órdenes. Ésta es la oportunidad para que se unan todos los franceses y ganen la guerra. Es su última oportunidad.»

«Ésa es su opinión», replicó Darían.

«Dígale», dijo Clark a Murphy, «que Pétain no significa nada para nosotros.» Empujó la silla hacia atrás para retirarse, pero Juin alzó una mano. «Denos cinco minutos.»

Mientras la delegación aliada abandonaba la sala, Darían le dijo en voz baja a Murphy: «¿Podrá usted recordarle al general de división Clark que soy un almirante de cinco estrellas? Debiera dejar de hablarme como a un joven teniente».

Los aliados se retiraron a un corredor en la otra punta del vestíbulo. El sonido de las palabras francesas se deslizaba por debajo de la puerta. Clark caminaba de un lado a otro murmurando THIDP, el casi acrónimo inventado con Eisenhower por «tremendos hijos de puta». La tácita amenaza de Clark de declarar la ley marcial en el norte de África horrorizó a Murphy. No podía imaginar la administración de ferrocarriles, correos, aprovisionamiento de agua y otros servicios civiles en un territorio de 2.500.000 kilómetros cuadrados con casi veinte millones de personas, pocas de las cuales compartían el idioma con los norteamericanos. Si los aliados querían avanzar al este sin temer una puñalada por la espalda, necesitaban la ayuda francesa.

Se abrió la puerta. El contraalmirante Raymond Fenard, el orondo confidente y anfitrión de Darían en Argelia, sonrió e hizo un gesto para que se acercaran. Cuando Clark y los otros se sentaron, Darían se dirigió a Murphy, y dijo: «J'accepte».

Puso sobre la mesa el borrador de una orden anunciando a todas las tropas francesas que proseguir las hostilidades era inútil. Un mensaje a Pétain sugería que la continuidad de la lucha costaría a Francia las posesiones africanas. Darían sacó una estilográfica y escribió sobre el documento «En nombre del mariscal»; a continuación ordenaba que todas las fuerzas de mar, aire y tierra en el norte de África cesaran el fuego, regresaran a sus bases y observaran una estricta neutralidad. Darían volvió a tocarse la cabeza. «Eso es suficiente», declaró Clark.

De inmediato informó por cable del acuerdo a Gibraltar. «Consideré de la máxima importancia asegurar una orden que sería obedecida para poner fin a las hostilidades en el norte de África.» Giraud reapareció con su quepis, pantalones de montar, galones dorados e impecables botas de montar. «Parecía haber salido directamente de la barbería», comentó el corresponsal Alan Moorehead. «Su cabeza pequeña y como de pájaro estaba perfectamente peinada.» Habiendo recuperado el uniforme y tragado el orgullo, Giraud anunció que por la mayor gloria de Francia serviría bajo el mando de Darían en la lucha contra los alemanes.

Sin embargo, tan pronto se consiguió el acuerdo, éste fracasó. Al cabo de unas horas llegó la noticia de que el mariscal Pétain había defenestrado a Darían y repudiado cualquier pacto con los norteamericanos que pudiera causar la ocupación alemana de la Francia de Vichy y la captura de la gran flota francesa anclada en Toulon. «Doy la orden de defender el norte de África», decretó Pétain. Más degradado que nunca, Darían andaba por la villa del almirante Fenard como alma en pena. «Estoy perdido», dijo. «Lo único que puedo hacer es entregarme.»

A las tres de la tarde del mismo martes, Clark y Murphy llegaron a la villa alarmados por la noticia de que su nuevo protegido pretendía renegar del armisticio que había firmado seis horas antes.

«Pétain habla por boca de Hitler», insistió Clark.

Darían se encogió de hombros. «Lo único que puedo hacer es revocar la orden que he firmado esta mañana.»

«¡Ni de broma!» Clark hizo valer su alta estatura. «Considérese mi prisionero.»

«Entonces, me debe hacer prisionero.»

Furioso, Clark ordenó que dos pelotones de infantería acordonaran la finca de Fenard. Un coronel norteamericano, Benjamín A. Dickson, pasó por el lado de los asistentes de Darían y se dirigió directamente a él. «Mon almirante, por orden del mando supremo queda bajo arresto en estas dependencias. Se apostarán guardias con orden de disparar si usted intenta escapar.»

Dickson volvió a la puerta de entrada. «Nuestro prisionero en esta casa es el almirante Darían», le comunicó al capitán de la guardia. «Es de baja estatura, calvo, rubicundo, nariz ganchuda y cara de comadreja. Si intenta salir con ropa militar o civil, hay que dispararle.»

En Gibraltar, Eisenhower leía los despachos de África y trataba de darles sentido.

«La guerra suscita situaciones extrañas, a veces ridículas», había escrito en otro extenso memorándum personal el lunes por la tarde. Cada hora que pasaba, esta guerra parecía más extraña y más ridícula. En una nota a mano titulada «Pensamientos inconsecuentes de un comandante durante un período de espera interminable», Eisenhower añadió: «Espero ansiosamente noticias de: operaciones en la costa occidental; operaciones en Oran; actividad e intenciones de Giraud; movimientos aéreos de los italianos; intenciones de España».

Parecía que Darían había capitulado y renegado dos veces por presiones de Clark y Vichy. La influencia de Giraud en África parecía ser inexistente. Eisenhower había reaccionado ante un cable de Clark exclamando, «¡Dios santo! ¡Lo que aquí necesito es un eficaz asesino!». Se preguntó si funcionaría el soborno. ¿Debieran los aliados, le preguntó a Clark, considerar depositar una gran suma «en un país neutral como Suiza»?

Como sede de la autoridad francesa en el norte de África y como plataforma de lanzamiento del avance sobre Tunicia, Argelia era decisiva para la causa aliada. En los barcos las tropas británicas esperaban que Clark estuviera seguro de la neutralidad o la colaboración de los franceses. Marruecos también era fundamental como canal del aprovisionamiento y de las tropas provenientes de Estados Unidos. No obstante, Eisenhower prácticamente no sabía nada de Hewitt o Patton.

Pero la principal preocupación del comandante en jefe ese lunes por la tarde era Oran, tal como revelaba en un mensaje a Marshall. Los aeropuertos de Argeba occidental eran básicos para desarrollar el poderío militar aliado y lo mismo sucedía con el puerto de Oran y la cercana base naval de Mers el-Kébir. «Mi mayor dificultad operativa en este momento es la lentitud para controlar la región de Oran», escribió Eisenhower. «Debo conquistarla pronto.»

UNA BANDERA AZUL SOBRE ORAN

Eisenhower estaba a punto de obtener su deseo.

Los soldados norteamericanos habían confluído en Oran durante el domingo 8 de noviembre empujando a 9.000 defensores franceses dentro de un sector de unos 30 kilómetros de diámetro. En el oeste, Ted Roosevelt y el 26.º de infantería marchaban por pueblos argelinos cuyos nombres en clave aludían a las poblaciones natales de los soldados, Brooklyn, Brockton, Syracuse, y por caminos que recibían el nombre de su vida anterior: Béisbol, Golf, Lacrosse.

Terry Alien y una gran parte de su 1.ª división descendieron en Oran desde las colinas de piedra arenisca en lo alto de St. Cloud, un cruce vital entre el este de la ciudad y los lagos de sal más al sur. Los chicos vestidos con sucios caftanes les gritaban o hacían el saludo fascista creyendo que eran alemanes. Las mujeres beréberes veladas y con tatuajes color índigo los espiaban por las ventanas; en los cafés, hombres con fez levantaban la mirada de sus tazas de té y aplaudían a las tropas al estilo africano: con los brazos extendidos, pero sin la menor pretensión de sinceridad. Un

corresponsal de guerra a la búsqueda de adjetivos para describir a los nativos optó por «escrofulosos, nada pintorescos, oftálmicos, lamentables».

Los soldados agotados que podían escapar de sus oficiales se echaban entre los matorrales; al rato, hasta las zarzas parecían roncar. El áspero ruido de la artillería a veces los despertaba; a veces, no. Algunos soldados se echaban sobre carros usados para portar municiones. Sudando como bestias bajo un sol abrasador, seguían avanzando hacia la invisible ciudad más allá del horizonte. Cartuchos abandonados y chaquetas de campaña dejaban una triste y ancha estela que finalizaba en Arzew. De vez en cuando, pasaba un autocar a leña llevando prisioneros franceses sin afeitar a las celdas en la playa. Un cocinero del 18.º de infantería llevaba una mula parda atada a un carro de dos ruedas para transportar su cocina de campaña. Cuando la mula pasó una columna de soldados que gritaban a la línea francesa, el cocinero dejó las riendas ya inútiles, mató al animal de un solo tiro y obligó a los hombres, que ya no gritaban, a portar la cocina.

Un soldado herido tendido en la hierba alta esperaba la ambulancia y rogaba a los que pasaban a su lado: «Por favor, no me pateéis la pierna, no me pateéis la pierna». Durante un ataque con morteros, cuatro soldados de la compañía E del 16.º de infantería se guarecieron en un canal de irrigación. Cuando se acabó el fuego, un teniente observó un luminoso resplandor azul y descubrió que una esquirra había cortado un cable de alta tensión. El cable había caído sobre los cuatro soldados electrocutándolos.

Así pues, esto es la guerra, se decían los soldados. Una desgracia en cada curva del camino. Dolor, mulas sacrificadas y muertes súbitas en un foso.

St. Cloud era una población rural ambarina de 3.500 habitantes, rodeada de viñedos y sólidas casas de piedra. Como las viñas ya habían sido podadas para noviembre, los campos de fuego se extendían un kilómetro en todas direcciones. Posada a ambos lados del camino principal del este hacia Oran, St. Cloud había sido reforzada con el 16.º regimiento tunecino de infantería, el 1.er batallón de la Legión Extranjera y las tropas paramilitares del Service d'Ordre Légionnaire, es decir, los fascistas franceses que seguían el modelo de las SS nazis. La inteligencia estadounidense clasificó a los defensores como «tropas de segunda o tercera clase». Pero antes del mediodía del 8 de noviembre, la compañía C del 18.º de infantería de Terry Alien había sufrido una emboscada, se había retirado y luego había sido obligada a retroceder una vez más cuando volvió a St. Cloud con el grueso del 1.er batallón. A las 15.30, el batallón volvió a atacar por el camino de Renán junto con el 2.º batallón. Trataron de flanquear a los defensores por el sur. Largas cintas de fuego de las ametralladoras francesas azotaban las viñas. Un sargento primero cayó con un balazo en la frente y el comandante resultó mortalmente herido en la garganta. El reloj de una torre por encima del pueblo dio las cuatro. En el campanario sonaban insolentes los fogonazos de un francotirador. proyectiles estadounidenses de calibre 50 impactaron en

el campanario y acallaron las campanas y los disparos. Los tejados reflejaban discontinuamente el efecto de las balas.

Los hombres de ambos batallones se arrastraron por los viñedos hacia el muro encalado que rodeaba el cementerio a 200 metros al sur del pueblo. Los fusileros franceses y norteamericanos se enfrentaron entre las tumbas y los monolitos como sombras en la luz gris y evanescente. Los proyectiles silbaban entre las fosas y quebraban las alas de mármol de los querubines. Los disparos retumbaban en las criptas.

El teniente Edward McGregor organizó una escaramuza con la compañía C: dio tres pitidos con su silbato, y luego saltó el muro del cementerio para encabezar una carga contra el pueblo. Sólo tres hombres saltaron con él, los demás se quedaron al amparo del muro; McGregor dio media vuelta y amenazó con un tiro por la espalda a todos los cobardes. Esta vez el pelotón le hizo caso y un balazo le destrozó la cara a un comandante de la compañía B. «Sigue adelante, Mac», dijo el oficial antes de caer muerto. McGregor y ocho más fueron capturados, pero St. Cloud no.

Ahora los artilleros franceses abrieron fuego con artillería de campaña. La descarga hizo huir en desbandada a incontables soldados norteamericanos. Los oficiales los persiguieron gritando: «¡Deteneos! ¡Deteneos!». Un teniente herido a un lado del camino rogaba: «Por favor, no me dejéis». Lo dejaron. Los enfermeros lo hallarían al alba, el rostro blanco, pero aún con vida y con el brazo izquierdo destrozado, imposible de salvar. La artillería francesa acertó con la posición de una batería del 32.º de artillería que se había instalado detrás del límite norte de la población. Los proyectiles sonaban como un rebaño de cabras aterrorizado que se lanzara en estampida por la posición de los obuses y machacara a los artilleros norteamericanos.

Cayó la noche sobre St. Cloud transformando el pueblo rural en un siniestro y tenebroso reducto. Los cadáveres colgaban como alfombras sanguinolentas de las viñas. Los nerviosos centinelas dejaban escapar disparos, y moverse antes del alba equivalía a jugarse la vida.

A las 7 horas del 9 de noviembre, el 18.º de infantería volvió a atacar con casi 7.000 soldados. Hacia el mediodía, el ataque había fracasado. Se produjeron numerosas bajas. Para el coronel Frank Greer, el jefe del regimiento, St. Cloud se había convertido en una pesadilla. Todo el avance aliado hacia Oran estaba detenido debido a la férrea resistencia de esta localidad. Greer, en la rampa de carga de una bodega que le servía como puesto de mando, observaba St. Cloud con sus prismáticos. La mitad de la torre de la iglesia había caído y con ella el viejo campanario. Las palmeras estaban destrozadas, con medio tronco arrancado, y se podían ver boquetes como bostezos en varios tejados. Un caballo negro sin jinete portando una montura francesa y arrastrando las riendas pastaba en un extremo del pueblo. Una docena de caballos yacían muertos con las patas hacia arriba como mesas tumbadas.

«Voy a bombardear sin compasión ese pueblo de punta a punta», dijo Greer. En cada batería se prepararon 200 bombas; las descargas empezarían a las trece horas; media hora después atacarían tres batallones de asalto. Las patrullas de reconocimiento informaron de que en el pueblo había centenares de mujeres y niños escondidos en refugios medio derruidos mientras el mundo explotaba a su alrededor. Algunos ya habían muerto y seguramente muchos más lo harían durante el bombardeo.

En ese momento, una figura sin casco y con aspecto de agotamiento apareció entre las viñas en un jeep. Terry Alien había pasado la noche en la escuela de Tourville acurrucado en un pupitre escolar estudiando con una linterna de gasóleo las fotos de Pétain y los coloridos mapas del imperio colonial francés. Los informes del campo de batalla informaban que los hombres de Roosevelt ya estaban en Djebel Murdajdj, las tierras altas al oeste de Oran. Se decía que T. R. en persona había perseguido a los húsares franceses con una carabina. El aeropuerto de Tafaraoui había caído en un santiamén, y 5.000 soldados de la 1.ª división acorazada, tras evitar una fuerte guarnición francesa en Misseéhin, acababa de tomar el aeropuerto de La Sénia. Poco se sabía de los paracaidistas de VILLANO ni de las fuerzas de RESERVISTA, pero un contraataque de la Legión Extranjera en Sidi Bel Abbés, en el desierto del sur, estaba fracasando. «Muchachos», dijo Alien, «acabo de enviar un mensaje a los franceses para que se vistan de gala y se preparen.» A los exhaustos fusileros amontonados en una zanja, les animó diciéndoles: «En aquella ciudad hay muchas chicas guapas que esperan poder dar la bienvenida a los libertadores norteamericanos». A los demás, simplemente les advirtió: «Ocupad esa ciudad o no comeréis».

Debajo de una higuera y con un pitillo en los labios, Alien movía la cabeza de un lado a otro para evitar el humo en los ojos. Greer le contó las intenciones que tenía; un débil silbido salió de los labios de Alien mientras contemplaba St. Cloud en la distancia. El jefe de la división se opuso al plan de Greer. No era difícil imaginar a los civiles aterrorizados rezando sus avemarias y con los rosarios en las manos preparándose para ir al otro mundo. Terry Alien había orado esa mañana, tal como hacía antes de cualquier batalla.

Estudió el mapa y echó una última ojeada. Alien había estado en una decena de pueblos de provincia franceses en la Gran Guerra. Era notorio su desdén por todos los nombres extranjeros más complicados que «París» y por costumbre decía «como mierda-se-llame» a cualquier sitio de nombre polisilábico. Pero en St. Cloud pudo imaginar la verdulería, la sastrería y las viejas tabernas con anuncios de Dubonnet y los aburridos camareros con fajas. Se volvió a Greer.

«No habrá ninguna concentración de fuego», dijo. «Si bombardeamos la población y el ataque fracasa, será un desastre.»

Arrasar un pueblo francés daría «muy mala imagen política», añadió. Y se gastaría demasiada munición. «De cualquier modo, no necesitamos el maldito pueblo. Podemos evitar St. Cloud y ocupar Oran con una maniobra nocturna.» Alien ordenó

dejar un batallón de guardia y que los demás marchasen hacia Oran. Greer saludó con la decepción marcada en el rostro.

Si la orden de pasar St. Cloud por los lados parece obvia en retrospectiva, en aquel momento no lo fue. Al dejar en la retaguardia un numeroso destacamento armado y ahogar la sed de venganza de los hombres y sus deseos de tomar el pueblo, Alien había optado por un riesgo calculado. Había calibrado las variables políticas y militares para tomar la primera decisión táctica realizada por un general norteamericano en la guerra de liberación de Europa.

«No pude hacerlo», diría más tarde Alien. «Simplemente no pude hacerlo. Había civiles en aquel lugar. No los podía hacer saltar por los aires a todos ellos.»

La circunvalación de St. Cloud y la ocupación de La Sénia desconcertaron a las defensas francesas. Oran estaba sitiado. Para el asalto final, Alien dictó a las 7.15 horas del 10 de noviembre la «orden de batalla n.º 3» que acababa: «Nada puede demorar o detener este ataque».

De hecho, los franceses lo demoraron en Arcóle y luego en St. Eugène, pero no por mucho tiempo. Cuando un joven comandante se quejó de que sus hombres estaban agotados, tenían hambre y necesitaban un descanso, el coronel D'Alary Fechet, jefe del 16.º de infantería, le replicó: «Usted no puede hablar de ese modo. Usted atacará». A primera hora del 10 de noviembre, tras una noche de mucho viento y aguanieve, la vanguardia de las tropas estadounidenses sólo se enfrentó a disparos esporádicos de los francotiradores. El teniente coronel John Todd, conocido en la 1.ª división acorazada como Papá Conejo, recibió la orden de poner en marcha «sus tanques y avanzar». Abriéndose paso entre las barricadas callejeras, los blindados de Todd rodaron por el Boulevard de Mascarad y alcanzaron la azul ensenada de Oran. Llegaron demasiado tarde para impedir el sabotaje al puerto después de RESERVISTA, pero pudieron frustrar el plan francés de inundar el puerto con gasolina y prenderle fuego. El teniente coronel John K. Waters, comandante de otro batallón acorazado (y yerno de Patton), llevó a cabo una amenazadora demostración de fuerza en el Boulevard Paul Doumer, aunque los tanques parecieron menos temibles cuando algunos de ellos se quedaron sin combustible cerca de la catedral.

Una multitud jubilosa llenó las calles haciendo el signo de la victoria con las manos y estremeciéndose ante los ocasionales disparos de los francotiradores. Las chicas guapas que había prometido Alien lanzaban besos desde los balcones del Boulevard Joffre y dejaban caer guirnaldas de hibiscos sobre las torretas de los tanques. Un burgués gordinflón con un sombrero de fieltro negro y una bandera blanca en el casco de un blindado se presentó como alcalde de la ciudad y ofreció entregar la ciudad. El 1.º batallón del 6.º de infantería acorazada derribó las puertas del Fort St. Philippe para liberar a más de 500 prisioneros aliados: paracaidistas, pilotos, marineros británicos y soldados de infantería norteamericanos del *Walney* y del *Hartland*. Libertadores y liberados prorrumpieron en llanto. Los guardias franceses se

pusieron en formación, amontonaron sus armas y marcharon marcialmente al confinamiento de sus propios barracones.

Durante más de cinco horas, St. Cloud resistió un ataque final —*sans* bombardeo masivo— a cargo del 1.er batallón del 18.º de infantería y del batallón de tropas de asalto de Darby. Por último, el pueblo capituló después de un combate puerta a puerta que se saldó con 400 prisioneros franceses, 14 cañones y 33 ametralladoras. Nadie contó las bajas. En Château-Neuf, donde carpas doradas nadaban en un estanque con fuente entre celindas y pimenteros, el general Robert Boisseau proclamó la rendición de su división de Oran al mediodía del martes 10 de noviembre. Una gran bandera azul flameó encima de la ciudad; era la señal prevista que anunciaba la caída de Oran.

Sin contar los muertos y heridos de RESERVISTA, sólo el Big Red One tuvo más de 300 bajas en Oran. Alien y Roosevelt también relevaron a dos de sus nueve comandantes de batallón por distintas incompetencias. El total de bajas francesas en la defensa de la ciudad fue estimado en 165.

De inmediato, los liberadores pusieron manos a la obra para convertir la ciudad en un inmenso depósito de suministros. Los oficiales de intendencia eligieron la plaza de toros local como almacén de alimentos. El jefe de la policía militar construyó unos barracones cercados para poner en cuarentena a 150 soldados que habían contraído enfermedades venéreas durante el viaje desde Gran Bretaña. Las tropas los bautizaron Parque Casanova; el alambre de púas, explicó un comandante, era para «hacerles sentir como unos canallas». El teniente coronel Waters, haciendo gala de la iniciativa que un día le llevaría a obtener el rango de cuatro estrellas, liberó en los muelles de Oran diez barriles de vino y llenó el casco de cada soldado de su batallón. Una unidad antitanque organizó una gran fiesta en honor de Alien y Roosevelt, quienes, fieles a la tradición de la Primera, bebieron más de la cuenta.

Ahora casi 37.000 hombres ocupaban una cabeza de playa de 112 kilómetros de ancho por 24 de profundidad. Con la rendición de Argel, la toma de Oran dio a los aliados la virtual posesión de Argelia, aunque Marruecos aún estaba en disputa y la política del norte de África seguía más enredada que nunca. Sin embargo, el informe enviado de Oran a Eisenhower en la tarde del 10 de noviembre resume el sentimiento predominante, por efímero que fuera: «Todo es color de rosa». Después de tres días de inquietante confusión, la noticia no podía ser más alentadora. «Ahora debemos reparar los puertos y avanzar al este sin demoras», cablegrafió Eisenhower a Londres ese mismo martes.

«Este negocio de la guerra es prisas y más prisas, pero me gusta», añadió.

«UNA ORGÍA DE DESORDEN»

Casablanca proporcionaba a Vichy el mejor puerto al sur de Toulon y la marina francesa había decidido defender el puerto marroquí con todas sus fuerzas, aunque fueran merecedoras de una mejor causa. Ni un solo marinero francés conocía la

identidad de la flota hostil que apareció entre la niebla la madrugada del 8 de noviembre. Pero justo después de las 7 horas, la gran batería costera de El Hank había abierto fuego. Fue seguida momentos más tarde por los cuatro cañones de 38 mm de la torreta delantera del buque de guerra *Jean Barí*. De las bocas de los cañones salieron llamaradas azules y grandes anillos de humo. A 16 kilómetros, la primera salva de El Hank no dio al *Massachusetts*, cuyo timonel había pronunciado aquellas palabras latinas sobre encontrar la paz con la espada. Las bombas del *Jean Barí* levantaron inmensas masas de agua a 600 metros a estribor. El *Massachusetts* y las naves gemelas pronto contestaron. Había empezado lo que la marina denominaba con jovialidad «un intercambio desfasado de proyectiles errados».

Kent Hewitt estaba en el puente de mando del *Augusta* cuando empezaron las nerviosas llamadas en las radios sobre fuego hostil y autorización para responder del mismo modo. Tras dos semanas de relativa inactividad durante la travesía desde Hampton Roads en la que había comido demasiado y engordado por no hacer el suficiente ejercicio, Hewitt había estado atareado sin descanso desde que decidió confiar en el pronóstico del aerólogo y seguir adelante con los tres desembarcos en Marruecos. Sabía que el asalto a Safi en el sur iba bien, aunque sólo le habían llegado escasos informes de las fuerzas del general Truscott que estaban al norte de Mehdía. Era evidente que los intentos secretos de dar un golpe por medio del general rebelde Émile Béthouart habían fracasado; Hewitt sólo podía suponer que el general residente Auguste Paul Nogués había optado por resistir la invasión. En Fédala, al norte de Casablanca, donde desembarcarían 20.000 de los 33.000 soldados destinados a Marruecos, las primeras lanchas habían llegado a tierra hacía sólo dos horas. Pese al estado de la mar en calma y un oleaje aceptable, muchas lanchas se habían perdido o naufragado, pero al menos algunos soldados estaban en tierra preparándose para avanzar hacia Casablanca. Hewitt había enviado diligentemente y cada dos horas los sucintos mensajes cifrados, aunque desconocía que los responsables de señales de la marina no los habían calificado de urgentes; por tanto, Eisenhower estaba casi en baba de todo lo que pasaba.

Hewitt consideró que la Divina Providencia seguía a su lado, pero había empezado a preocuparse por el estado del tiempo. Steere, el aerólogo, advirtió que las condiciones se deteriorarían en menos de un día. No se podía esperar que se pudiera mantener a raya a los submarinos enemigos por más tiempo pese a que los destructores patrullaban los flancos de la armada y que ocho minadores colocaban minas alrededor de los cargueros. Estaba previsto que el viernes siguiente, el 13 de noviembre, llegara otro gran convoy de Hampton Roads pese a los esfuerzos de Hewitt por demorar esa llegada hasta que él pudiera garantizar la seguridad del puerto de Casablanca.

Ahora parecía que los franceses no sólo habían optado por luchar, sino que lo hacían con furia. Al principio, el fuego defensivo desde la costa había sido esporádico, más simbólico que letal. El capitán del *Brooklyn* había señalado a Hewitt a las 5.39:

«He visto fuego y me pongo en posición para hacer frente a posibles eventualidades». Pero las bombas de El Hank y del *Jean Barí* podían destruir cualquier barco y dieron comienzo a lo que sería una de las batallas más intensas de la guerra atlántica.

A los diez minutos de las primeras descargas, el cielo parecía lanzar acero desde las colinas y el puerto de Casablanca. Las bombas aliadas hacían grandes boquetes en los muelles lanzando fragmentos de cemento contra los cascos de los barcos y en los desembarcaderos. Diez buques mercantes anclados e indefensos se hundirían en aquel lugar junto a tres submarinos franceses. El último de los 2.000 refugiados civiles que habían llegado el día anterior desde Dakar en tres buques de pasajeros salió disparado de los muelles que muy pronto estarían pulverizados. Decenas de marineros, incluidos varios capitanes, murieron en los muelles a pocos pasos de sus planchas de embarque y sin la dignidad de haber podido salir al mar.

El *Jean Barí*, el último acorazado francés con torretas tan pesadas como una fragata, aún no estaba terminado y no podía moverse de su amarre. Un proyectil de 400 mm proveniente del *Massachusetts* traspasó la torreta delantera del buque. Otra bomba arrancó el blindaje de la torreta inmovilizando los cañones. Tras siete descargas, el *Jean Barí* quedó en silencio. Otras tres bombas del *Massachusetts* abrieron boquetes en las cubiertas blindadas, los flancos y la quilla. Y el *Jean Barí* quedó paralizado al pie del Mole du Commerce. Extrañamente, ni una sola de esas bombas estadounidenses explotó; junto con más de 50 proyectiles que no estallaron porque algunos fusibles databan de 1918, impidieron una mayor destrucción de Casablanca.

El jefe del 2º escuadrón francés, el contraalmirante Gervais de Lafond, al igual que sus subordinados, desconocía la identidad de los atacantes. La niebla le impedía ver las banderas de los barcos enemigos y no había recibido ningún informe confirmado de sus superiores o de las playas. Pero Lafond vio claramente que se aproximaba un desastre. Su escuadrón sólo podía escapar del aniquilamiento haciéndose a la mar y huyendo por la costa protegido por el resplandor deslumbrante del sol.

Lafond no sabía que sus enemigos contaban con radares. El contraalmirante dio las órdenes correspondientes, subió a bordo del destructor *Milán* y se dirigió hacia la salida del puerto a las 8.15 de la mañana. Los bombarderos enemigos atacaron la bahía cuando las tripulaciones de los submarinos franceses cargaban los últimos torpedos antes de partir. Una figura heroica en sotana negra, el capellán de la flota, corrió bajo las bombas hasta la punta de un muelle para desde allí bendecir a cada barco que pasaba a su lado. A lo largo de la primera línea de edificios, las mujeres y los niños de los marineros franceses que zarpaban se despedían de los dieciséis barcos desde las terrazas y los tejados. Habían tenido una visión privilegiada de las descargas estadounidenses contra las siluetas familiares de la flota de Casablanca.

Las bombas francesas llevaban tinturas para que los artilleros pudieran ver dónde caían sus disparos. Majestuosos geiseres verdes, rojos, morados y amarillos estallaban

alrededor de los barcos aliados. Suponiendo que ningún disparo enemigo caería en el mismo sitio, los timoneles tenían orden de «perseguir los chapoteos», una maniobra especialmente difícil cuando el navio era alcanzado por una bomba. Cargueros, destructores y el *Massachusetts* iban y venían entre el ondear de banderas. Una bomba dio en el acorazado causando escasos daños, otra hizo trizas sus banderas. La sacudida de sus propios cañones desprendió los buscadores de radar del *Tuscaloosa* y del *Massachusetts*, de modo que los artilleros tuvieron que apuntar a ojo y malgastaron gran cantidad de proyectiles. Las tremendas sacudidas de la torreta número tres del *Augusta* hicieron que se desprendiera un receptor de radio. Cayó en cubierta provocando un problema más entre los muchos que hubo en las comunicaciones; hacia el mediodía, varios operadores de señales fueron destituidos por incompetentes. Las sacudidas de la torreta de popa causaron otra víctima: a la lancha de desembarco en la que pensaba viajar Patton hasta la playa se le hizo un boquete en el fondo mientras colgaba de la grúa en el flanco del barco. Todo su equipo, salvo el Cok Peacemaker de mango de marfil y el Smith & Wesson.³⁵⁷, que se acababa de enfundar, cayó a las aguas. En Norfolk, Patton había jurado desembarcar con la primera ola y morir al frente de sus tropas; ahora, vestido inmaculadamente con su brillante casco de dos estrellas y las botas de montar, estaba inmovilizado en el *Augusta*. «Maldito sea», rugió a un asistente, «espero que usted tenga un cepillo de dientes de más porque a mí no me queda nada en el mundo gracias a la marina de Estados Unidos.»

Dejó de lamentarse para escribir una carta a Bea. «Hay mucha calma. Dios está con nosotros», y luego describió los acontecimientos de esa mañana en su diario.

Estaba en la cubierta principal justo detrás de la torreta número dos cuando una [bomba francesa] cayó tan cerca que me mojé entero. Cuando más tarde estaba en el puente, otra dio más cerca, pero yo estaba demasiado alto como para empaparme. Había niebla y el enemigo usaba bien el humo. Yo podía ver sus bombazos e identificar los nuestros. Teníamos el Massachusetts, el Brooklyn y el Augusta que daban vueltas y hacían tremendos zigzags... Había que ponerse algodón en los oídos. Algunos se ponían blancos, pero a mí no me pareció muy peligroso; era algo impersonal.

Hewitt estaba demasiado atareado como para que le inquietaran las quejas de Patton o su insidiosa evaluación del combate naval. Esta batalla naval acabaría con cualquier duda que aún pudiera tener Patton sobre el espíritu de lucha de la marina. Tan enfrascados estaban los buques de guerra en el duelo con el *Jean Bart* y las baterías de la costa que los barcos pronto se encontraron con que, a casi 50 kilómetros al sur de Fédala, el escuadrón del contraalmirante Lafond avanzaba directamente hacia los vulnerables cargueros aliados. El mensaje de un caza alertó a Hewitt sobre la partida francesa del puerto, y poco antes de las 8.30 ordenó que el *Augusta*, el *Brooklyn* y dos destructores interceptasen a los franceses a velocidad de flaqueo. El historiador

Samuel Eliot Morison, a bordo del *Brooklyn* en calidad de oficial naval de reserva, explicó que «los cuatro buques entraron en acción como perros de presa».

Era cuestión de darse prisa. El amanecer, el resplandor y el radar que de vez en cuando funcionaba mal reducían a los barcos franceses a unos puntos negros que bailaban en el horizonte. La visibilidad era aún más atenuada por la humareda de los tanques de gasolina que ardían en la costa y por los generadores franceses de cortinas de humo. Disparar contra los ágiles destructores era como «tratar de darle a una langosta con una piedra». Las bombas de una batería costera agujerearon el destructor *Palmer*, una perforó un gran cubo de basura sin tocar a los dos marineros que lo portaban, pero también cortaron el mástil principal; la nave puso rumbo al oeste a 27 nudos. El destructor *Ludlow*, disparando tan intensamente que sus cañones de cubierta parecían lanzar una sólida corriente de balas trazadoras, dio al *Milán*, el buque insignia de Lafond, y lo incendió, pero recibió un proyectil de 150 mm que destruyó las salas de oficiales y abrió un boquete en la proa. La pintura que no había sido sacada ardió como cartón alquitranado. El *Ludlow* también huyó. Los submarinos franceses que habían escapado a la carnicería del puerto estuvieron a punto de consumir su venganza. El *Massachusetts* esquivó una ráfaga de cuatro torpedos, aunque el cuarto pasó a sólo cinco metros de la proa. Unos minutos después, el *Tuscaloosa* esquivó otros cuatro torpedos del *Méduse*, y el *Brooklyn* otros cinco lanzados por el *Amazone*.

A cuatro kilómetros de los barcos de transporte de tropas, a las once de la mañana se les acabó la suerte a los franceses. El portaaviones *Rangery* su escolta *Suwannee* habían soportado unos vientos que complicaban los aterrizajes y los despegues. Los dos barcos habían dado agresivas bordadas en busca de aguas calmas que señalasen vientos más suaves. Por último, pudo despegar del *Ranger* un escuadrón de Grunman Wildcats, que se enzarzaron en un combate sin cuartel con los cazas de Vichy que costó cuatro aparatos estadounidenses y seis franceses. Fragmentos del fuselaje y de los alerones cayeron sobre los minaretes de Casablanca. Los aviones sin posible reparación volaron panza abajo para que los pilotos pudieran saltar fácilmente. Los mecánicos del *Ranger* arreglaron tantos agujeros de bala en los Wildcats que pronto se quedaron sin cinta adhesiva y tuvieron que pedir a todo el personal del portaaviones que entregara la que tuviera en su poder.

Los aviones estadounidenses, con parches y sed de venganza, salieron como un enjambre e hicieron acto de presencia a 2.500 metros de altitud. Los cazas no combaten, asesinan, observó en una ocasión Antoine de Saint-Exupéry. Cada Wildcat portaba seis ametralladoras de calibre 50 y cada una disparaba 800 balas al minuto, algunas perforantes, otras, incendiarias, y las demás trazadoras. De proa a popa de los barcos, los pilotos bombardearon tan intensamente la flotilla de Lafond que los navios franceses emitían destellos a causa de los proyectiles que impactaban en sus estructuras. «Creo que el primer pase fue devastador», informó un piloto. Los puentes se desintegraron y los hombres que estaban allí quedaron destrozados. Un solo

bombardeo contra un gran destructor mató a todos los hombres de cubierta a excepción de los artilleros protegidos por las torretas acorazadas. Los aviones, con los cañones humeantes, volvieron al portaaviones para cargar y volver al ataque.

Los ataques aéreos y el poderío del bombardeo aliado pronto se hicieron notar, aunque ninguna de las cuarenta y una bombas lanzadas contra El Hank dio en el blanco exacto. Las bombas con tintes verdes y rojos de la marina cayeron a decenas y luego a centenares. Sólo el *Brooklyn* hizo 2.600 descargas; el *Massachusetts* utilizó más de la mitad de sus existencias de proyectiles de 400 mm. Otro malhadado destructor francés «dio una voltereta como si hubiera sido cogido por la chimenea», señaló un piloto. El *Fougueux* naufragó por la proa con los cañones de popa aún disparando; el *Frondeur*, con la sala de máquinas inundada, se dirigió tambaleante a puerto y zozobró; el *Brestois* también regresó a los muelles sólo para caer de costado y hundirse. El destructor *Boulonnais*, con ocho impactos recibidos mientras maniobraba para lanzar torpedos, se hundió tan rápidamente que lo único que hizo una bomba verde final del *Massachusetts* fue marcar el lugar de su defunción. Con la proa destrozada y todo el personal herido, incluido Lafond, el *Milán* encalló en la playa. El *Albatros*, con dos serios impactos y vuelto a impactar cuando se dirigía de regreso a Casablanca, también encalló con más de cien bajas. Uno por uno desaparecieron los puntos verdes de los radares aliados. La muerte más espectacular se la llevó el navio más grande de la segunda escuadra ligera, el *Primauguet*. Cuando empezó el ataque aliado, el navio había zarpado para incorporarse al combate. A una velocidad de 21 nudos, pronto intercambiaba bombazos con el *Massachusetts* y los dos cruceros estadounidenses. Tres bombas cayeron sin explotar en el *Primauguet*, pero luego una explosión y otra más hicieron tambalear la nave. Con cinco boquetes por debajo de la línea de flotación, las calderas a punto de dejar de funcionar, el barco echaba humo por los cuatro costados y trató de volver a Casablanca a una velocidad de cuatro nudos. Los cazas lo pescaron en las inmediaciones de la playa de Roches Noires, matando al capitán y a otros 28 hombres presentes en el puente de mando. Un lacónico mensaje informó que el fuego era «memorable». Los hombres se arrojaban por la borda para escapar del incendio. Unos cerdos aterrorizados escaparon de su encierro en las bodegas y mataron a los heridos indefensos en la cubierta. Con más de la mitad de la tripulación muerta o herida, el *Primauguet* ardió más de veinticuatro horas.

De todos los demás barcos franceses, únicamente el *Alcyon* llegó intacto a puerto y tuvo la penosa misión de buscar supervivientes. Sólo encontró trozos de cordita y poco más. Dieciséis barcos, entre ellos ocho submarinos, habían resultado hundidos o inutilizados. Hubo 490 muertos y 969 heridos. Cuatro barcos estadounidenses habían recibido un impacto y el *Ludlow*, dos. Las bajas eran de tres muertos en acción y veinticinco heridos. Entre los muertos, estaba el artillero de un bombardero que había rechazado más de 200 dólares de alguien que quería participar en el primer ataque. Con la pierna seccionada a la altura de la rodilla por el fuego antiaéreo, el artillero

murió tratando de ponerse un torniquete con su bufanda de seda para detener la hemorragia. Fue sepultado en el mar desde la cubierta del hangar del *Ranger* mientras el navio hacía un rápido viraje ceremonial a estribor. Unos pocos pilotos norteamericanos fueron abatidos y capturados. Desde la prisión de Casablanca, celebraban cada oleada de bombardeos, y se bañaron en champán comprado a sus carceleros en un intento desesperado por liberarse de las pulgas que infestaban las celdas.

Los más intransigentes oficiales franceses trataron de organizar otra flotilla, pero con sólo dos balandros intactos, la iniciativa pronto quedó en nada. Los marineros cargaron una bomba sin explotar de 400 mm desde el puerto hasta la sede del Almirantazgo, donde se la exhibió en la puerta con un cartel en francés que decía «¡Venimos como amigos!». Los marineros supervivientes fueron reunidos; se les hizo entrega de un rifle y cinco cartuchos y se los organizó en compañías de infantería para la defensa de Casablanca. Apoyado en un bastón, el almirante Lafond recibió el saludo de sus marineros mientras marchaban en revista antes de encaminarse al frente.

Patton finalmente llegó a la Playa Roja 1 de Fédala en una lancha de asalto a las 13.20 de la tarde del domingo. En mejores tiempos, ese puerto pesquero de 16.000 habitantes vivía de los ricos de la cercana Casablanca que frecuentaban el hipódromo y el casino delante del mar. Ahora la ciudad se hallaba prácticamente desierta. Empapado hasta la cintura y rodeado por guardaespaldas con subfusiles, Patton caminó por la arena hasta una cabaña en el espigón. Tenía la chaqueta de cuero manchada del tinte amarillo de una bomba francesa que le había salpicado esa mañana en el *Augusta*. Ahora debía ignorar ese manchón francófilo. Tan poco informado como cualquier otro responsable de ANTORCHA, Patton no sabía casi nada de lo que sucedía fuera de esa playa. A diferencia de los demás, a él eso no le importaba demasiado. Esa característica marcaría su generalato en los dos días y medio siguientes y en los dos años y medio siguientes. Un mensaje recibido en el *Augusta* al mediodía informaba que la guarnición francesa de Safi se había rendido casi siete horas antes, pero los tanques Sherman tardarían al menos un día o dos en descargar allí para luego emprender el viaje de 250 kilómetros hasta Casablanca. En Mehdía, a unos 80 kilómetros al norte de Fédala, Truscott había enviado la señal de ataque a las 7.45, pero nada se había sabido desde entonces, en parte porque las radios tácticas del ejército en el *Augusta* habían sido arrancadas por las sacudidas de los cañones del navio. El reto inmediato era organizar los tres regimientos del desembarco en Fédala de la 3.ª división de infantería para tomar el puerto de esa ciudad; luego virar hasta ponerse en posición para el asalto contra Casablanca, a quince kilómetros al norte.

No sería tarea fácil. En una ocasión, Patton había descrito el combate como una «orgía de desorden»; Fédala confirmó ese dictamen. En vez de estar concentradas en la cabeza de playa de seis kilómetros, las tropas estaban dispersas por la costa a lo largo de 65 kilómetros. De los 77 tanques ligeros que había en el convoy, sólo cinco habían

llegado a tierra. De los nueve destacamentos de control de fuego que habían desembarcado, sólo dos podían comunicarse con los navios cuyos cañones debían supuestamente dirigir. Operadores de radio inexpertos trataron de ampliar el alcance aumentando la potencia de transmisión, pero sólo lograron saturar la frecuencia. Los rateros nativos peinaban las playas gritándose contraseñas como «¡George!» y «¡Patton!», y preguntándose por qué, al ver las grandes estrellas blancas en los vehículos invasores, un ejército judío había ido a Marruecos. Los soldados se desprendían de las molestas bazucas y cuando se enfrentaban a la infantería senegalesa, algunos señalaban la bandera estadounidense en sus mangas como si eso lo explicara todo. «De habernos encontrado con los alemanes durante el desembarco», dijo luego Patton, «jamás habríamos llegado a tierra.»

Mientras estaba atrapado en el puente de Hewitt durante la batalla naval, Patton volvió a lamentarse: «Ojalá volviera a ser teniente primero». Ahora actuaba como tal. Amenazador e insultante, ahuyentó tanto a los nativos como a los soldados tímidos. Pasó corriendo por las cabañas, levantando a quienes descansaban en las dunas. «Si veo a un soldado norteamericano echado en la arena, le someteré a un consejo de guerra», rugió. Patton creía en las «palabras de fuego que electrizarían a los soldados convirtiéndolos en héroes frenéticos», dijo más tarde uno de sus coroneles. Electrizadas aunque todavía no heroicas, las tropas avanzaron hacia el interior. Un útil rumor de que los beréberes estaban castrando a los prisioneros hizo que muchos menos se mostrasen remolones.

Cinco batallones franceses de 2.500 hombres y 46 piezas de artillería se enfrentaban a casi 30.000 norteamericanos. Por más confundidos y desorganizados que estuvieran, los hombres que desembarcaron en Fédala partieron en dos las fuerzas que defendían la costa al norte de Casablanca. El primer éxito del ejército tuvo lugar contra una batería costera de cuatro cañones en Pont Blondín, a cinco kilómetros al norte de Fédala. Los soldados del 30.º regimiento de infantería arrojaron morteros contra el fuerte mientras el jefe de sección gritaba como un energúmeno «Rendez-vous!» una y otra vez, convencido de que significaba «Rendios». Varios navios contribuyeron al brutal bombardeo que mató a cuatro defensores y envió a los demás a un sólido lavabo subterráneo en busca de refugio. Las bombas también mataron a seis norteamericanos en un claro en la ribera del río Nefifikh. «Cuando nuestra posición resulta alcanzada por el fuego de nuestra propia gente es muy desmoralizador», comentó un comandante. Después de que las granadas con humo amarillo, la señal de cese de fuego, no dieran ningún resultado en los cañones de la marina, un oficial llamó por radio: «¡Por Dios, dejad de bombardear Fédala! Estáis matando a nuestros propios hombres!... Las bombas caen por toda la ciudad. Si paráis, ellos se rendirán».

Los cañones callaron. De una ventana emergió un pañuelo blanco en la punta de una bayoneta y 71 aturdidos defensores franceses aparecieron por la puerta del fuerte. Un capitán norteamericano ofreció agua y cigarrillos a un marinero francés caído en la

escalera con las dos piernas seccionadas. Un capellán católico dio la extremaunción a los muertos y los moribundos de ambos bandos.

Las patrullas capturaron en Fédala a diez miembros alemanes de la Comisión de Armisticio, todavía en pijama, cuando cruzaban al trote un campo municipal de golf hacia un avión que les esperaba con los motores en marcha. En sus habitaciones del Hotel Miramar se encontraron gran cantidad de documentos secretos y un casco militar prusiano. El dueño del casco, el general Erich von Wulisch, había escapado al Marruecos español no sin antes hacer una lacrimógena llamada telefónica al general Nogués. «Ésta es la peor derrota de las fuerzas alemanas desde 1918. Los norteamericanos cogerán a Rommel por la espalda y nos echarán de África.»

Rommel aún estaba a más de 3.000 kilómetros de distancia y los norteamericanos aún debían conquistar Casablanca. Patton, para ofrecer a los franceses la opción de «la paz o una tremenda tunda», envió al coronel William Hale Wilbur, que hablaba francés, en un jeep con bandera blanca. Wilbur, cuyas credenciales de negociador databan de hacía treinta años, cuando había sido capitán del equipo de esgrima de West Point, se lanzó a la búsqueda del general Béthouart sin saber que estaba entre rejas en una prisión de Meknés acusado de alta traición. Wilbur pasó las defensas francesas saludando a los artilleros senegaleses con un «Buenos días, amigos. Se os ve bien esta mañana». En el edificio del Almirantazgo, donde en el ensangrentado patio empedrado yacían numerosos marinos franceses heridos, a Wilbur le dieron con la puerta en las narices. Esquivando el fuego de sus propias fuerzas, regresó a las líneas y se sumó a un ataque de blindados contra una batería costera. Más tarde fue condecorado con la Medalla de Honor del Congreso. Otro emisario logró llegar al edificio del Almirantazgo justo cuando El Hank lanzaba otra descarga a las 14 horas. «Voilà votre réponse», le dijo un despectivo oficial francés al tiempo que cerraba la puerta. «La marina francesa», le dijo un oficial a Patton, «está determinada a luchar.»

El combate sería hasta la última gota de sangre. Patton se entristeció, pero no demasiado. Cuando aún estaba atrapado en el *Augusta*, había sentido la especial soledad del mando mezclada con la frustrante imposibilidad de estar en el campo de batalla. Ahora se encontraba en su elemento. «Mi teoría es que un comandante hace lo necesario para cumplir con su misión y que casi el 80 por 100 de esa misión es animar a sus hombres», escribió en una ocasión. El domingo por la noche, mientras su asistente aullaba «¡Atención!» a los oficiales en el comedor con velas del Hotel Miramar, Patton caminó hasta su mesa con las pistolas a los costados, las botas de montar impecablemente lustradas y el brillante casco de Von Wulisch con una doble águila prusiana. Ante las risotadas de la concurrencia, anunció con una copa de champán en la mano: «Lo usaré para nuestra entrada en Berlín».

Esa noche, antes de caer dormido, escribió en su diario: «Hoy Dios ha sido muy bueno conmigo».

El lunes Dios le retiró su favor. Después de lo que un morador de Fédala

(Mohammedia) describió como «el día más calmo de los últimos sesenta y ocho años», en el Atlántico aparecieron olas de más de dos metros antes de la madrugada del 9 de noviembre. Se ralentizó la descarga de suministros y luego se paró toda actividad. Aunque el 40 por 100 de la fuerza invasora estaba en tierra, apenas un 1 por 100 de las 15.000 toneladas de carga había salido de los barcos de Hewitt. De las 378 lanchas de desembarco y blindados ligeros, más de la mitad estaban averiados, varados o hundidos. Los cocineros bajaban grandes cubos llenos de café a las agotadas tripulaciones de las lanchas. El torpe cargamento en Norfolk y el crónico desprecio de Patton por la logística —«hagámoslo ahora y luego lo pensaremos», en las amargas palabras de su jefe de ingenieros— tuvieron ahora un gravísimo coste.

A las tropas en la costa les faltaban carretillas elevadoras, paletas, sogas y antorchas de acetileno. Las mojadas cajas de cartón se desintegraban. Las armas llegaban a la playa sin miras y sin municiones. Equipos de radio de vital importancia habían sido cargados como lastre en las profundidades más inaccesibles de las bodegas simplemente porque eran pesados. Los suministros médicos siguieron a bordo durante 36 horas. La carencia de lanchas y vehículos dejó en la playa a decenas de soldados heridos. Se necesitaba tan desesperadamente munición que fue transportada a tierra en balsas salvavidas. De forma imprudente, Patton había relegado al oficial de logística al siguiente convoy, que aún estaba a días de Marruecos. La presión para que los marroquíes sirvieran como estibadores a un salario de un cigarrillo por hora, simplemente proporcionó a los nativos una buena oportunidad para robar.

Una compañía de 113 policías militares fue enviada en cuatro lanchas desde el *Leonard Wood* con instrucciones de «poner orden en el caos de las playas». En la penumbra del alba del lunes, el primer timonel confundió el incendiado *Primauguet* con un supuesto faro, un fuego de petróleo cerca de la Playa Amarilla de Fédala. Las lanchas navegaron unos 25 kilómetros por la costa y entraron por la bocana del puerto de Casablanca, donde un policía saludó a lo que creyó ser un destructor estadounidense. «¡Somos norteamericanos!»

A una distancia de 60 metros el navio francés abrió fuego con ametralladoras matando al comandante de la compañía. Los atónitos soldados en la lancha principal levantaron los brazos y algunos rasgaron sus camisetas para levantar banderas de frenética rendición. Los franceses siguieron disparando impertérritos con proyectiles de 20 mm y una bomba de 75 mm que destrozó el motor y hundió la lancha en menos de un minuto. La segunda lancha, a sólo veinte metros por detrás, viró para escapar, pero una bomba le arrancó la pierna al timonel y la metralla hirió a un teniente que había saltado para hacerse con el timón. «El aire estaba lleno de metal», recordó un superviviente. La gasolina prendió fuego y se extendió por la embarcación como una crujiente sábana azul. Los que aún estaban con vida saltaron por la borda mientras las otras dos lanchas huían en medio de balas trazadoras. Veintiocho norteamericanos resultaron muertos o heridos; los franceses rescataron a cuarenta y cinco prisioneros de

las aguas. Unos pocos nadaron hasta la costa vomitando agua aceitosa. Los civiles franceses los arrastraron por el espigón y los arroparon con abrigos.

Dos horas después, Patton reapareció en la playa de Fédala determinado a «desollar vivos a los holgazanes, destituir a los incompetentes y animar a los tímidos». Después de ir hasta el rompiente a ayudar a recoger unos cadáveres de otra lancha volcada («tenían un feo color azul», informó más tarde), Patton detuvo toda descarga de suministros salvo en el diminuto puerto de Fédala. «La playa era un inmenso desorden y los oficiales no hacían nada», escribió en su diario. Al ver a un soldado charlando tranquilo en la playa, «le di una patada en el culo con todas mis fuerzas... una manera de levantar la moral. En conjunto, los hombres eran poca cosa; los oficiales, aún peor. Nada de carácter. Muy triste».

Un oficial recordó a Patton con el agua por la cintura llamando a los soldados para que le ayudasen a arrastrar una lancha atascada en un banco de arena. «¡Volved aquí! ¡Sí, vosotros! ¡Todos vosotros! Dejad eso y volved aquí. Más rápido, malditos seáis. ¡Aprisa!... Levantad y empujad. ¡Ahora! ¡Empujad, malditos seáis, *empujad!*»

Sus reprimendas no calmarían el mar ni llenarían los cajones de municiones. El 8 de noviembre, la 3.ª división de infantería acababa de salir de Fédala hacia Casablanca cuando se tuvo que parar a las tropas por falta de suministros. A última hora de la mañana del 9, el equipamiento del 15.º regimiento de infantería consistía en unos pocos camellos, unos pocos burros y cinco jeeps, algo muy lejano a un mínimo poderío militar. Un ataque de cuatro batallones que empezó a las siete de la mañana del lunes tuvo que detenerse varias horas después también por falta de vehículos y de municiones. Al final del día, Patton brindó su acostumbrado agradecimiento al Creador en el diario, pero esta vez las palabras fueron más lacónicas: «Una vez más Dios ha sido benévolo».

Apenas salió el sol el 10 de noviembre, los norteamericanos aún estaban a ocho kilómetros de Casablanca. El 7.º de infantería a la derecha y el 15.º a la izquierda avanzaban. Los ladridos de los perros mestizos flanqueaban las columnas. Los marineros franceses, sin navios, pero aún peligrosos, organizaban escaramuzas con sus cinco cartuchos. En la distante cresta de una colina se pudieron ver unos jinetes con mantos brillantes, banderas de batalla y largos rifles. «¡Caballería enemiga!», gritó un oficial norteamericano. «¡Delante de nosotros!» Los caballos se encabritaban a la luz del sol. Los accesorios plateados de las bridas centelleaban. Los tiradores aliados discutían si apuntar al caballo o al hombre, pero sus blancos desaparecieron en el fulgor del sol. Entonces, cayeron al menos una docena de bombas francesas y todo un batallón del 7.º de infantería retrocedió hasta que los oficiales lo hicieron avanzar cuando ya había desandado 500 metros.

«Hoy ha sido un mal día», escribió Patton en su diario a última hora del martes. Un mensaje de Eisenhower desde Gibraltar agravó las vejaciones sufridas: «Querido George, hace dos días que Argel es nuestra; las defensas de Oran se están

desmoronando rápidamente. El único obstáculo serio está en tus manos. Supéralo rápidamente».

En la entrada del 10 de noviembre de su diario, Patton añadió: «Dios favorece a los audaces; la victoria es para los audaces». Ahora creía que la única forma de ocupar Casablanca era arrasándola. Los tanques Sherman provenientes de Safi ya casi habían alcanzado los suburbios del sur. Los barcos y portaaviones de Hewitt tenían soberanía en el mar y en el aire. Las tropas de la 3.ª división sitiaban la ciudad por el norte y el este. Se había cortado el camino a Marrakech.

Patton notificó a su equipo y a los comandantes subordinados: con las primeras luces del día del miércoles, ocuparían la ciudad de forma rápida y brutal.

LA BATALLA POR LA KASBAH

De los nueve principales lugares de desembarco elegidos para ANTORCHA en Argelia y Marruecos, una playa que los norteamericanos habían considerado entre las más fáciles ahora resultaba ser la más difícil. A unos 125 kilómetros al norte de Casablanca, el centro turístico de Mehdía había anulado los esfuerzos del general Lucían Truscott por someterlo. En un desembarco nada auspicioso, pero sin seria oposición, los 9.000 soldados de Truscott debían tomar el moderno aeropuerto de Port Lyautey, a pocos kilómetros siguiendo las curvas del río Sebou. Una vez ocupado el aeropuerto, los aviones de Gibraltar y 77 P-40 del ejército, ahora en el portaaviones escolta *Chenango*, darían a Patton un formidable poderío aéreo en Marruecos. Las bombas y el combustible los proporcionaría el *Contessa*. Enfrentado a sólo 3.000 defensores franceses, Truscott había asegurado a Mark Clark que «no sería difícil tomarlo». Las tropas aliadas creían que los defensores franceses se sentirían tan intimidados que los recibirían con «bandas de música», tal como sentenció un sargento. George Marshall comunicó a Eisenhower que esperaba la caída del aeropuerto para el «mediodía del Día del Perro», el 8 de noviembre. La afirmación resultó ser apresurada y las expectativas, erróneas.

«Querida esposa», había escrito Truscott desde Norfolk hacía dos semanas, «mi mayor ambición es justificar tu confianza y ser merecedor de tu amor.» Sentimental y muy entregado a su mujer, también era rudo, malhablado y capaz de pedirle un cigarrillo al peor de los soldados. «Los partidos de polo y las guerras no las ganan los caballeros», decía. «Si no hay hijos de puta, no hay comandantes.» De ancho torso y un poco encorvado para sus cuarenta y siete años, tenía ojos grises saltones, cara redonda y una voz tan áspera como una lima de madera. Tenía unas manos enormes con dedos como estacas de tienda de campaña. Se confeccionaba sus propias mazas de polo y se limpiaba obsesivamente las uñas con una navaja de bolsillo. De uniforme, Truscott era casi un petimetre: casco esmaltado, bufanda de seda, chaqueta de cuero y pantalones de montar. Antes de entrar en la caballería en 1917, había trabajado de maestro durante seis años en una escuela modesta. Hasta el desastre de Dieppe, al que asistió como

observador norteamericano, nunca había oído un tiro disparado con furia; se pasó el triste viaje de regreso a Inglaterra en las cubiertas inferiores liando cigarrillos para los heridos con su bolsa de tabaco Bull Durham y preguntándose cómo evitar una catástrofe similar en ANTORCHA, de la que era uno de los planificadores. «Me preocupa un poco la capacidad de Truscott», escribió Patton en su diario. «Deben ser los nervios.»

El primer movimiento de Truscott en Mehdía fue enviar a un par de emisarios con un rollo de pergamino adornado con cintas rojas y sellos de cera. Con elegante caligrafía, exigía que el comandante francés se rindiera. Los portadores del documento eran dos aviadores, el coronel Demás T. Craw, quien había capitaneado el equipo de polo de West Point de la clase de 1924, y el comandante Pierpoint M. Hamilton, de Tuxedo, Nueva York, un refinado producto de Harvard y de años de vida en París como banquero internacional. Con sus uniformes de gala, los dos habían desembarcado el domingo por la mañana. Una vez en tierra se subieron a un jeep y se dirigieron al interior. Con la bandera tricolor y la de las barras y las estrellas en las manos, Craw se sentó al lado del conductor. Hamilton, sentado detrás sobre una caja de municiones, llevaba una bandera blanca.



El camino a Mehdía hacía una curva delante de una fortaleza portuguesa del siglo XVI que dominaba el Sebou de color turquesa antes de desembocar en el azul oscuro del Atlántico. La fortaleza, erróneamente llamada «Kasbah» por los norteamericanos, se asentaba en las ruinas de un centro comercial cartaginés del siglo VI. Había ancladas barcas de pesca con potentes motores junto a la ribera y redes puestas a secar sobre las bordas. Nidos de cigüeña, intrincadamente enredados y grandes como una cama regia, coronaban los postes eléctricos a lo largo del camino. Hamilton agitó una mano saludando a unos soldados marroquíes, que le devolvieron el saludo. Unas pocas descargas de artillería estallaron delante y detrás del vehículo. «Malditos sean», dijo

Craw por la radio, «nos están disparando los franceses y también vosotros.» Tres kilómetros más adelante, divisaron la pista del aeropuerto oculta tras un meandro del río. Un poco más allá, se veía Port Lyautey.

El jeep subió una baja colina. Sin previo aviso, una ametralladora abrió fuego. Craw se desplomó muerto en el acto sobre el conductor, el pecho acribillado por las balas. Un oficial francés apareció corriendo, desarmó a Hamilton y al conductor y luego, dejando a Craw en el asiento, envió a los prisioneros ante el coronel Jean Petit, comandante del 1.er regimiento de *tirailleurs* marroquíes. Petit dio sus condolencias por el muerto, pero no demostró intención alguna de que hubiera una capitulación francesa. «Una decisión de esa naturaleza», explicó después de estudiar el pergamino, «no forma parte de mis competencias.» Mientras esperaba instrucciones de sus superiores en Rabat, Petit ofreció a Hamilton una habitación privada y un sitio en el comedor de oficiales, donde el norteamericano pasó los tres días siguientes embaucando a sus captores con historias de las bazucas secretas y otros portentos del arsenal aliado.

La fracasada misión diplomática, por la que Craw postumamente y Hamilton recibirían la Medalla de Honor, demostró ser la mejor y última esperanza de Truscott de obtener una victoria rápida. Las tropas del 60.º de infantería avanzaron en dirección a la Kasbah sólo para retroceder hasta el faro de Mehdía debido a las descargas de su propia marina. Con portales muy sólidos y muros de mampostería de casi dos metros de ancho, el fuerte parecía inexpugnable. En el momento del desembarco estadounidense, había en el interior 85 soldados franceses, pero el domingo por la tarde llegó un refuerzo de 200 soldados más, todos apuntando a los invasores desde las almenas y parapetos del fuerte. El comandante del 60.º de infantería ordenó flanquear la Kasbah, pero luego se dio cuenta de que nadie podría avanzar si no se silenciaban los grandes cañones de la fortaleza. Con más osadía que sensatez, Truscott ordenó que se tomase la Kasbah «a tiro limpio» en vez de que la redujesen los cañones de los barcos. Un contraataque francés con tres decrepitos tanques Renault puso en fuga el 2.º batallón de Truscott y dispersó con tal eficacia a los norteamericanos que posteriormente sólo se pudo congregarse a 30 hombres. «Tanto los oficiales como los soldados quedaron absolutamente aterrorizados por ese bautismo de fuego», señaló luego el comandante al Departamento de Guerra.

Al anochecer empeoró la situación. Después de gritar repetidas veces «¡George!» sin recibir contestación, un nervioso centinela arrojó una granada y mató al asno del farero. Unos sonidos sepulcrales atemorizaron a los tripulantes de varios tanques hasta que se dieron cuenta de que se trataba del croar de unos inmensos sapos en la laguna. Los franceses emboscaron a una patrulla cerca de una fábrica de conservas de pescado al lado del río, hiriendo al oficial y dando a seis hombres en la cabeza. Las asustadizas tropas de la playa y de los barcos derribaron un bimotor con una descarga cerrada antes de percatarse de que era un aparato británico enviado desde Gibraltar para

supervisar el desembarco. Una ráfaga de ametralladora disparada por un soldado alterado pasó a centímetros de la cabeza de Truscott.

En la ancha y blanca playa de guijarros de Mehdía, Truscott encendió un cigarrillo. Estaba violando su propia orden de no prender ninguna luz, pero necesitaba desesperadamente un pitillo. El ámbar naranja iluminó un rostro ahito de preocupación. «Me di cuenta de que aun rodeado por centenares de soldados estaba absolutamente solo», escribió aquella noche «lúgubre y solitaria» de domingo.

Por lo que podía ver, reinaba el caos en toda la playa. Las lanchas de desembarco llegaban sobre el fuerte oleaje y arrojaban hombres y equipo al agua. Los hombres no sabían adonde ir y gritaban el nombre de sus unidades insultándose entre sí.

Los hombres hacían cuerpo a tierra siempre que oían los disparos de un francotirador. La artillería retumbaba a lo lejos. Ciertamente era francesa, porque los aliados aún no habían podido desembarcar sus cañones. La alta marea que atormentaba a Patton en Fédala aquí era peor, pues las olas superaban los cuatro metros de altura. Las municiones, el agua y la mitad de las tropas de Truscott permanecían a bordo. Alarmada por las baterías de la Kasbah, la marina había ordenado a los cargueros retirarse a mayor distancia, «a medio camino de Bermudas», dijo echando chispas Truscott, y añadiendo 50 kilómetros en el viaje de ida y vuelta de las embarcaciones ligeras y las lanchas de desembarco.

Al igual que Patton, Truscott llegó a la conclusión de que el desembarco «habría sido un desastre frente a un enemigo bien armado y decidido a defenderse». Pocos soldados norteamericanos parecían estar disparando y muchos eran los dispuestos a entregarse. Truscott sospechó que el entrenamiento en tiempos de paz les había enseñado más a rendirse que a combatir. «Una de las primeras lecciones que se aprenden», observó más tarde, «es que por muy numerosa que sea la fuerza, cada batalla se compone de acciones minúsculas llevadas a cabo por individuos y pequeñas unidades.» Aspiró el humo del cigarrillo y recogió el rifle. Cada batalla también se compone de acciones minúsculas llevadas a cabo por los generales. Rugiendo entre el fragor del oleaje, Truscott ordenó a los soldados rezagados, timoneles perdidos y a todo el que le oyera que cogieran un arma y marcharan al interior. Aquí tienen, dijo, arrojando una bazuca abandonada a la tripulación de una lancha de la marina. La primera luz de la madrugada del lunes iluminó el este detrás de la Kasbah. No habría ningún Dieppe en África. Lucían Truscott no lo permitiría. Sin hijos de puta, no hay comandantes.

No obstante, únicamente la valentía y la suerte de los aliados conjuntadas con las vacilaciones francesas hicieron posible que los anglonorteamericanos no fueran rechazados en Mehdía y enviados otra vez al Atlántico. Sólo siete de los 54 blindados

ligeros de Truscott llegaron a la playa, pero fueron suficientes —con oportunas descargas del crucero *Savannah*— para neutralizar el 9 de noviembre los refuerzos de los blindados franceses que se dirigían a Mehdía desde Rabat. Renault franceses y Stuart estadounidenses se enfrentaron a una distancia de cincuenta metros, yendo y viniendo a todo trapo sin exponer el débil blindaje de los flancos. Cuando se atascaban los expulsores, los comandantes de los tanques se rompían las uñas tratando de sacar el metal de las recámaras. Las balas francesas entre la torreta y el casco atascaron los mecanismos de las plataformas giratorias en varios tanques; los tripulantes salían por la escotilla y las arrancaban con tenazas como si se tratase de una extracción de muelas. Los pilotos navales dejaron caer 50 cargas de profundidad contra submarinos sobre los tanques y la artillería franceses.

Para el anochecer del 9 de noviembre, la cabeza de playa ya no corría peligro, aunque los francotiradores franceses seguían matando hombres que cometían algún descuido. Un batallón de infantería que había quedado aislado en una playa muy al norte avanzó por una senda en medio de densas matas de enebro para aparecer en la ribera norte del Sebou al otro lado del aeropuerto. Los tanques Stuart se acercaban a Port Lyautey por el suroeste. La noche no fue «alegre», recordó luego Truscott, «aunque para mí fue menos tenebrosa que la noche anterior».

Con las primeras luces del alba del 10 de noviembre, el *Dallas* se aproximó a los dos peñones gemelos que flanqueaban la desembocadura del Sebou. Setenta y cinco comandos norteamericanos iba a bordo del viejo destructor de la primera guerra mundial, cuyas chimeneas y estructura habían sido retocadas para reducirle el calado. La nave entró en el río rumbo al aeropuerto. Al timón estaba el ex jefe de prácticos de Port Lyautey, Rene Malvergne. Se trataba de un patriota francés que había sido encarcelado un breve tiempo por sus simpatías gaullistas, y que a principios de año había entrado ilegalmente y con la ayuda de la inteligencia estadounidense en Tánger en un remolque empujado por un Chevrolet. Cada pocos kilómetros el conductor se detenía hasta oír las ahogadas palabras de Malvergne: «Tout va bien, ¡pas de monoxide!». Desde Gibraltar, Malvergne había llegado a Londres, donde se presentó en el cuartel general aliado como «el señor Jones» y pidió una entrevista personal con Eisenhower antes de ser enviado a una residencia secreta en Washington. Allí se le conoció simplemente como «el Tiburón». George Marshall se había enfurecido al enterarse de que Malvergne había abandonado su trabajo en Port Lyautey, donde su ausencia evidente podía «llamar la atención a esta zona en especial». No obstante y pese a todo, allí estaba ahora, cerca de su casa y al timón de un destructor estadounidense, con uniforme de espiguilla y esforzándose por recordar los cambios estacionales de los bancos de arena en esas aguas traicioneras donde hacía meses que no pilotaba.

El *Dallas* dio un fuerte bandazo contra un reflujo bajo una lluvia torrencial que salpicaba la cubierta como grava. Olas de nueve metros barrían la desembocadura

entre los dos peñones cayendo sobre la proa del destructor como luciérnagas de color esmeralda. La espuma alcanzaba el puente mientras Malvergne entraba en el canal pasando pegado al rompeolas. Los marineros señalaban la profundidad con un plomo de mano improvisado con una cadena de hierro. El fondo fangoso del río succionaba el casco del buque. Finalmente lo frenó cerca de la fábrica de conservas. Las olas empujaban al *Dallas* por detrás mientras en el agua alrededor del barco se empezaban a recibir las primeras descargas provenientes de la Kasbah.

Malvergne ordenó avanzar a toda máquina. Las hélices se lanzaron con tanta furia que los diales de la sala de máquinas indicaban 25 nudos cuando en realidad se estaba arrastrando con la quilla dejando un tajo profundo en el lodo del fondo. Un kilómetro y medio río arriba, la proa cortó un cable tendido en el Sebou como barrera. La artillería de 3 mm del destructor devolvía las andanadas de la Kasbah y de los artilleros franceses en las colinas próximas. Malvergne pasó entre barcos de vapor hundidos y siguió el meandro del lago hasta el lado izquierdo del aeropuerto. Allí, a las 7.37 de la mañana, acabó el viaje del *Dallas*. Los comandos lanzaron sus botes de goma y al cabo de veinte minutos el aeropuerto había sido ocupado.

Dos horas después, Truscott se encontraba en las sombras de la fábrica debajo de la Kasbah. Había tomado el aeropuerto, pero la guarnición de Mehdía se negaba a capitular. Un asalto de infantería contra la fortaleza había sido rechazado, luego uno más y por último, dos más. Más de 200 soldados yacían heridos en centros de primeros auxilios en la playa y había decenas de muertos en la morgue improvisada. Todo movimiento de desembarco estaba paralizado por el estado del mar y ahora se notaba una carencia desesperada de agua, municiones y suministros médicos. Truscott también empezaba a necesitar más tropas, pero un mensaje de Patton le advirtió que no había más tropas disponibles. Una compañía provisional de cocineros, administrativos y conductores se reunió detrás de una duna para recibir una instrucción apresurada de cómo manejar un subfusil Thompson. De inmediato fué enviada a reforzar las trincheras al norte del faro de Mehdía.

Bajo una lluvia torrencial, los artilleros transportaron un par de obuses de 105 mm hasta los muros de la Kasbah y abrieron fuego a quemarropa. La mampostería cedió, pero los contraataques franceses con granadas y ametralladoras hicieron retroceder a los norteamericanos unos 200 metros. A las 10.30, mientras Truscott examinaba los muros del fuerte con sus binoculares, aparecieron ocho bombarderos de la marina en picado. Los obuses marcaron los blancos con bombas de humo y un momento después la Kasbah explotó en llamas y polvo.

«Fue una hermosa imagen para los soldados», escribió más tarde Truscott. La infantería vociferante traspasó la puerta principal y el muro derruido y corrió por los laberínticos *fondouk* a la caza de francotiradores con las bayonetas caladas y arrojando granadas a los defensores del cuartel general. Ingenieros de combate forzaron la entrada inferior al lado del río y la Kasbah se rindió. El comandante de la

guarnición había resultado muerto. Más de 200 soldados franceses salieron con las manos en alto y otros 150 fueron capturados en trincheras y en chozas próximas. «El asalto final», concedió un informe del ejército, «tuvo ribetes de *Beau Geste*.»

Se había quebrado la resistencia enemiga, pero hasta la tarde del martes persistieron de forma esporádica los tiroteos e intercambios de obuses, incluidas más de 200 bombas de gran potencia disparadas por el *Texas*. A las 22.30 horas, un oficial francés se acercó a las líneas aliadas en un coche oficial con la bandera tricolor atada al radiador y un corneta que repetía una y otra vez «Alto el fuego». Los centinelas confundieron el mensaje por «Al ataque» y abrieron fuego, dañando la parrilla del automóvil, pero sin herir a nadie. Tras horas de demoras y confusiones, Truscott recibió en su puesto de mando en la playa un mensaje diciendo que los jefes franceses querían hablar. Una reunión en la Kasbah, descrita como un «espectáculo colorido de distintos uniformes franceses y coloniales, vestimentas árabes y banderas», dio como resultado un cese de hostilidades formal. Las tropas francesas recogieron las armas y volvieron a sus barracones. «La conversación», según informó Truscott, «acabó con otro intercambio de fríos saludos.»

El combate de tres días por Mehdía y Port Lyautey se cobró 79 vidas estadounidenses y 250 heridos. Los franceses, con comprensible imprecisión, calcularon entre 250 y 300 bajas. El coronel Craw y otros soldados fallecidos de ambos bandos fueron enterrados juntos en un nuevo cementerio sobre una colina encima del Sebou, a pocos metros de la Kasbah. A última hora del 10 de noviembre, Rene Malvergne pasó del *Dallas* al *Contessa* para realizar otro viaje por el río. En la desembocadura del Sebou, el lanchón dio contra la roca sur con un ruido de moler que pareció capaz de hacer detonar sus mil toneladas de municiones y combustible. En cambio, el *Contessa* simplemente se posó en el lodo, se aplastó el blindaje de la proa y se inundó la bodega superior en dos minutos con tres metros de agua. El piloto y la embarcación habían llegado demasiado lejos como para abandonar ahora. Malvergne, a la espera que subiera la marea, viró el timón para volver a bajar el río, dio marcha atrás a toda máquina y volvió sobre sus pasos hasta el aeropuerto. La descarga duró tres días. Malvergne regresó a casa con su mujer y sus hijos con una medalla de plata prendida en el pecho.

En otra vuelta de tuerca, de los 77 P-40 que operaban desde el *Chenango* uno cayó al mar, otro desapareció en la niebla y diecisiete resultaron dañados durante el aterrizaje en la duramente conquistada pista de Port Lyautey. Muchas de las desgracias reflejaron errores elementales de los pilotos que se atribuyeron a la «histeria bélica». Ninguno de los aparatos supervivientes volvió a participar en ANTORCHA.

«YA TODO HA TERMINADO»

Pálido por el cansancio, Patton volvió al *Augusta* en una lancha de asalto a fin de formular los planes definitivos para la conquista de Casablanca. El tremendo esfuerzo

que tuvo que hacer para escalar la red alarmó tanto a Hewitt que el almirante se puso de rodillas en la cubierta y empujó a Patton a un lado. «Doctor, pienso que el general está muy fatigado», le dijo Hewitt al oficial médico del barco. «Lo que le prescriba a él, también puede venirme bien a mí.» El médico sirvió dos vasos de una botella de licor. Patton y Hewitt aún se trataban de «general» y «almirante», y lo seguirían haciendo hasta la campaña de Sicilia nueve meses después, cuando ambos decidieron tratarse de «George» y «Kent», pero este pequeño episodio, cargado con la tensión y la soledad de los que mandan, fue otro momento importante en la naciente amistad. Debidamente reanimados, ambos terminaron de planear la batalla y Patton volvió a su ejército.

Ese 10 de noviembre, Hewitt reasumió el mando en el puente justo a tiempo para ver que el poderoso *Jean Bari*, considerado fuera de combate los dos últimos días, volvía a la vida. Los marinos franceses habían reparado en secreto la torreta dañada, pero habían dejado los cañones torcidos para despistar. Hacía horas que un oficial vigilaba el *Augusta* desde el poco espacio de la cofa con los dedos cruzados y murmurando: «Acércate un poco más, un poco más». A unos doce kilómetros de distancia, el *Jean Bari* abrió fuego con una salva de dos cañonazos. Un par de geiseres levantaron veinte metros de agua, salpicando a los hombres que estaban en el puente del *Augusta* con agua coloreada con tinturas.

Siguieron otras nueve salvas. El oficial del puente dio orden de poner los motores a toda máquina, virar el timón a la derecha y lanzar cortinas de humo. El *Augusta* navegó como una diosa dentro de su propio banco de niebla perseguido por bombas que rodearon el barco pero no dieron en el blanco. La aviación del *Ranger* replicó de inmediato con una andanada de bombas de 450 kilos que hicieron un boquete de tres metros en la cubierta superior del *Jean Bart*, cerca de la proa, y arrancó seis metros de la popa. El oficial de vuelo anunció por radio al portaaviones: «Se acabó el *Bart*». Y esta vez fue verdad.

A Patton se le había acabado la paciencia. Eisenhower había ordenado explícitamente que no se realizaría ningún bombardeo sin su autorización, pero Patton arguyendo malas comunicaciones pensaba arrasar Casablanca sin ni siquiera notificarlo a Gibraltar y mucho menos esperar la autorización. En su cuartel general de Fédala, los ingenieros dieron los últimos retoques a los planes de volar los acueductos y las centrales eléctricas. Los pilotos estudiaron fotos aéreas de sus blancos. Los artilleros construyeron pirámides de munición extra. Los hombres de infantería afilaron las bayonetas y se aprestaron para un ataque ahora fijado para las 7.30 horas del miércoles 11 de noviembre.

A las dos de la mañana, al mismo tiempo que Truscott se enteró de la rendición de Port Lyautey, un coche francés llegó hasta la patrulla de primera línea del 30.º de infantería con el habitual corneta y una bandera blanca iluminada con una linterna. Dos oficiales y cuatro soldados portaban un despacho del cuartel general del general

Nogués. En el Hotel Miramar, Patton se levantó, se vistió y traspasó las puertas batientes de una sala de fumadores en el vestíbulo. Tal como lo contó más tarde Charles R. Codman, asistente de Patton, un comandante francés con un casco negro de piel y un uniforme caqui blanco de polvo le entregó un fino papel de cebolla. Patton tomó asiento en una banqueta y estudió el manuscrito. Al parecer, las negociaciones entre Darían y Clark en Argelia, Pétain en Vichy y Nogués en Rabat habían dado como resultado un alto el fuego en todo el norte de África. Fuera como fuera, el ejército francés en Marruecos había recibido orden de dejar de combatir.

Patton miró a los ojos del comandante francés sentado en una silla de respaldo vertical. «A menos que la marina francesa admita de inmediato que acepta este cese de hostilidades», advirtió, «el ataque a Casablanca sigue adelante tal como estaba previsto.» Eso daba tres horas a los franceses.

Patton despidió a los oficiales y su delegación dándoles un salvoconducto para pasar las líneas estadounidenses y entrar en Casablanca. «El equipo quería que atacara, pero yo no lo podía hacer todavía», escribió Patton en su diario. «Era demasiado tarde y, además, es malo cambiar de planes.»

Al alba, se cargaron y elevaron los cañones. Los hombres tenían los dedos en los gatillos y sobre los botones de disparar. Los cazabombarderos despegaron del *Ranger* y sobrevolaron la ciudad con los depósitos llenos de bombas. Hewitt despachó un mensaje truculento aunque sintácticamente equívoco al almirante Michelier, el jefe naval de Vichy. «Avíseme si pretende obligarme a arrasar sus instalaciones navales y costeras y derramar la sangre de su pueblo. La decisión es de su responsabilidad individual.»

A las 6.40, la respuesta francesa llegó a Patton en el centro de mando de la 3.ª división de infantería. Ordenó a su asistente por walkie-talkie: «Anule la orden de ataque. La marina francesa ha capitulado». Y luego a Hewitt: «Urgente al *Augusta*. Cese el fuego de inmediato. Confirme de inmediato. Patton». El jefe de vuelo de un Wildcat dijo por radio: «Muchachos, se ha acabado. Regresemos». Los pilotos arrojaron las bombas al mar y volvieron al portaaviones.

Pronto se restableció la amistad franconorteamericana, de acuerdo con el orden natural, a los ojos de los norteamericanos. Se dejó a un lado la carnicería de los tres días anteriores, aunque no se olvidó ni se perdonó, del mismo modo que se suele ocultar a los niños un problema matrimonial. Un coronel norteamericano sin afeitar y portando un subfusil y varias pistolas llegó a la puerta del Almirantazgo, donde un oficial francés le recibió haciendo la broma de levantar los brazos como si estuviera aterrorizado y diciendo: «Chicago, me rindo, me rindo». Los aliados retiraron sus muertos de la morgue francesa y los enterraron en la playa en hoyos con cal. Justo después del mediodía del 11 de noviembre, Patton y Hewitt invitaron a un almuerzo en una brasserie de Fédala a sus colegas franceses lubricando los buenos platos con vinos de Burdeos y coñac.

Horas después esa misma tarde, Nogués, Michelier y otros jefes franceses pasaron la avenida de palmeras y bananos para encontrar que Patton había apostado una guardia de honor de bienvenida. En el salón elogió la de sus adversarios y propuso un acuerdo entre caballeros según el cual las tropas francesas podían conservar sus armas. Los detalles del cese de hostilidades se dejaban en manos de Eisenhower y Darían en Argel. Patton selló el pacto con un brindis por «nuestra futura victoria contra el enemigo común».

«Bebieron champán de cuarenta dólares», informó más tarde a Washington, «pero valió la pena.» Hewitt estrechó la mano del almirante Michelier y le dijo que la marina estadounidense, que había lanzado 19.000 bombas en Marruecos en los últimos tres días, lamentaba haber tenido que disparar contra la tricolor. «Usted tenía sus órdenes y las cumplió. Yo tenía las mías y las cumplí.» Michelier le contestó: «Estoy dispuesto a cooperar en todo lo que sea posible».

La conquista de Marruecos costó a Estados Unidos más de 1.100 bajas: 337 muertos, 637 heridos, 122 desaparecidos y 71 capturados. Los aliados habían establecido una base atlántica en África, fortaleciendo las rutas marítimas y el control del estrecho de Gibraltar y desanimando cualquier expedición alemana a través de España. «Estamos en Casablanca y controlamos el puerto y el aeropuerto», escribió Patton en su diario el 11 de noviembre. «Alabado sea Dios.» En una carta a Eisenhower añadió: «Si uno sigue el plan establecido, normalmente las cosas funcionan».

Los despachos de prensa desde Marruecos, aunque esquemáticos y distorsionados, convirtieron a Patton en un héroe nacional. La batalla de 74 horas le dio la oportunidad de desplegar sus más notables atributos de mando: energía, voluntad, capacidad de ver la perspectiva del enemigo y también las características de un hombre sediento de sangre. «Por supuesto, como cristiano, me alegré de evitar un mayor derramamiento de sangre», escribió al secretario de guerra Henry Stimson, «pero como soldado habría pagado por continuar la lucha.»

Sin embargo, también quedaron sobre el tapete los defectos de Patton: un desprecio gratuito por la logística; una propensión infantil a pelearse con los otros servicios; una incapacidad de comprender a los jóvenes soldados atemorizados; una predisposición a ignorar el espíritu si no la letra de las órdenes de sus superiores y una arcaica tendencia a evaluar su propia actuación sobre la base del coraje personal bajo fuego enemigo. Confió en su simpatía y en medias verdades para explicarle a Eisenhower su resolución de bombardear Casablanca sin autorización. «Yo no puedo controlar el espacio interestelar y su radio simplemente no funcionaba. El único que perdió algo en todo eso fui yo, ya que la prensa no ha podido contar mis heroicas hazañas.» Pero Patton era un soldado demasiado exigente para estar enteramente satisfecho. «Por desgracia, no tuve oportunidad de distinguirme salvo por no haber aflojado en un par de ocasiones que estábamos hechos polvo», le escribió a Bea.

Acaso la evaluación más aguda se dio en la carta que le contestó Bea, escrita el 8 de noviembre: «Soy consciente de que hay meses y tal vez años de espera e inquietud por delante; sin embargo, en lo único que puedo pensar es en tu victoria, y el pensamiento que suena en mi cabeza como un repique de campanas es que has dado el primer paso y que nunca más tendrás que volver a darlo».

Después de abandonar el Miramar a última hora del miércoles por la tarde, Hewitt regresó al *Augusta* con un dilema. Quince transportes y cargueros seguían en el vulnerable puerto de Fédala. Aunque casi todas las tropas aliadas ya habían desembarcado, tres cuartas partes de los suministros permanecían en las bodegas (11.000 toneladas). El ejército necesitaba alimentos, combustible, tiendas de campaña, de todo. La solución obvia era trasladar los barcos al puerto de Casablanca y descargar allí. Un oficial del Estado Mayor le informó con planos y notas que había cinco atracaderos disponibles en la Jetee Transversale y espacio para al menos otros diez barcos en varias ensenadas. Pero cuando Hewitt le preguntó durante el almuerzo a Michelier acerca del estado del puerto, el almirante francés se echó las manos a la cabeza. «C'este un cimetière!» Agrupar los barcos de noche en medio de restos sumergidos era peligroso, coincidió Hewitt. Además, el siguiente convoy de Norfolk de 24 navios y 32.000 soldados llegaría en dos días, el 13 de noviembre, esperando encontrar un puerto seguro. El puerto era demasiado pequeño para acomodar a todos y los barcos que llegaban eran muy valiosos ya que transportaban tropas y suministros.

Algo había que hacer. Hewitt estudió un documento secreto llegado esa misma tarde. Unos catorce submarinos alemanes se dirigían a Casablanca, incluida una escuadra de ocho barcos llamada *Schlagtot*, Golpe Mortal. La orden que habían recibido era: «Contra ellos a toda máquina. No permitan que nada interfiera en el ataque». Todas las embarcaciones y portaaviones estaban alertados del peligro. Se colocó un campo de minas a lo largo del flanco noreste donde estaban anclados los cargueros pese a la carencia de minas marinas. Al ejército se le había pedido que se apagasen todas las luces de Casablanca porque el resplandor hacía visibles las siluetas de los barcos contra la costa.

«Buenos chicos», les decía Hewitt con frecuencia a sus oficiales. «Me facilitáis las cosas. Lo único que debo hacer es decidir.» Pese a que todos los factores habían sido considerados con detenimiento, la decisión no era fácil. Hewitt sabía que detectar un submarino en la superficie era complicado. En los últimos días, se había bombardeado más de una sombra de nube. Percibir una «pluma», la fina estela trazada por un periscopio en superficie, era virtualmente imposible de noche. Y liquidar submarinos con cargas de profundidad era tan difícil como pescar con una piedra. A las seis de la tarde, Hewitt volvió a reunir al Estado Mayor en el *Augusta* y de inmediato envió un mensaje a Patton pidiéndole que apagara las luces. Todos los navios permanecerían anclados esa noche. Hewitt volvería a estudiar la situación por la mañana.

Los cortinajes negros cubrían las altas ventanas del comedor del Miramar. Afuera el sutil aroma de las buganvillas perfumaba el aire. En la playa, la brisa movía los bambúes que separaban una cancha de croquet del casino de la playa. Patton y dos decenas de oficiales del Estado Mayor cenaban pato muy bien preparado por el cocinero francés que había sido reclutado informalmente por el ejército estadounidense una pocas horas antes. Se levantaron muchas copas de vino para festejar los 57 años que cumplía Patton, su victoria en Marruecos y el vigésimo cuarto aniversario del armisticio que dio por terminada la Gran Guerra.

A las 19.48, una fuerte detonación que hizo vibrar los cristales de las ventanas interrumpió las celebraciones. Cuando Patton y los oficiales salían a la galería o subían los cinco pisos hasta la terraza del edificio, dos explosiones más resonaron sobre las aguas. A cinco kilómetros de la playa, llamas amarillas salían de un navio, brillantes bolas de fuego naranjas flotaban en el cielo a medida que explotaban depósitos de gasolina y de municiones. Otros dos barcos parecían estar en apuros. Frenéticas señales intermitentes se producían en dos decenas de barcos en un arco que se estiraba hasta el horizonte. Con prismáticos era posible ver a hombres envueltos en llamas que se arrojaban al mar. «Eso», dijo luego el jefe de ingenieros de Patton, «acabó con la fiesta.»

El submarino alemán *U-173*, tras traspasar la línea de destructores, había lanzado media docena de torpedos contra la concentración de barcos estadounidenses. Tres navios habían sido alcanzados a babor. El *Joseph Hewes* se hundió por la proa en 26 minutos llevándose consigo al capitán y a varios marinos. Un oficial a bordo del petrolero *Winooski* vio que la estela de un torpedo pasaba cerca de la proa y volvió la cabeza justo a tiempo para ver que un segundo torpedo impactaba en el casco entre el puente de mando y la popa; la detonación hirió a siete hombres e hizo un boquete de ocho metros de diámetro en un tanque de petróleo que afortunadamente estaba vacío y se llenó rápidamente de agua salada. El destructor *Hambleton*, a la espera de reabastecerse de combustible, fue alcanzado en la sala de máquinas delantera, a más de un metro por debajo de la línea de flotación. El impacto mató a veinte hombres y partió en dos el buque de tal forma que «se les podía ver trabajando en popa y proa, que ya no estaban rígidamente conectadas», según informó un testigo. Los supervivientes se congregaron en cubierta cantando «No dejemos ir al barco». Otro destructor divisó al *U-173* yéndose a mar abierta justo antes de las 20.30, pero debido a una momentánea confusión con una lancha de desembarco estadounidense, el atacante pudo huir. (Apostando demasiado fuerte, el submarino caería cinco días después en Casablanca, donde fue hundido con cargas de profundidad, y murieron sus 57 tripulantes.) La «tocada de culo» a los tres barcos, en la ramplona expresión de la marina, le costó a Hewitt una noche de insomnio. Con los ojos enrojecidos y demacrado, reunió a sus oficiales de mayor rango a primera hora del martes 12 de noviembre en la reducida cabina del Estado Mayor. Dos horas después del ataque había enviado un mensaje

superfluo a todos los barcos: «Mantengan una especial vigilancia de los submarinos enemigos». El *Winooski* había sido enderezado mediante un intenso bombeo y el destructor *Hambleton* había buscado refugio en el puerto de Casablanca. Pero para el resto de la flota los problemas seguían siendo los mismos: decenas de miles de soldados adicionales llegarían al día siguiente en el segundo convoy y en el puerto no había espacio suficiente para albergar los barcos originales de Hewitt más los recién llegados.

Hewitt estaba furioso. Durante meses había advertido al ejército de que este segundo convoy llegaría con casi una semana de antelación poniendo en peligro toda la operación, pero Patton y los demás generales habían insistido en que se necesitarían más tropas y suministros en Marruecos de forma inmediata. Al final, Hewitt había aceptado a regañadientes y con «extremas prevenciones».

Durante más de una hora analizó sus opciones. *Lo único que tengo que hacer es decidir*. Podía trasladar los barcos invasores de inmediato a Casa-blanca y dejar que el nuevo convoy esperase en el mar. Para una flota victoriosa, la medida podría parecer defensiva, incluso vergonzante, y pondría en peligro a los recién llegados. A Hewitt le tentaba más la alternativa de seguir descargando con gabarras en el pequeñísimo puerto de Fédala durante el día, retirarse a la relativa seguridad de mar abierto durante la noche y dejar el puerto de Casablanca a los recién llegados. Pero eso demoraría la descarga y el mar abierto no era un buen refugio. Esa misma mañana, a 50 millas de la costa, el *Ranger* había escapado por poco de un ataque de submarinos.

Finalmente, podía continuar descargando día y noche en Fédala y esperar que el ataque de la noche anterior sólo fuera una casualidad. El jefe de transportes de Hewitt, el capitán Robert R. M. Emmet, apoyó con vehemencia esta tercera opción. La principal obligación de la marina en Casablanca era apoyar al ejército, insistió Emmet. Incluso con una tregua en vigor, Patton y sus comandantes protestaban a gritos contra las demoras de la marina para descargar.

Hewitt se revolvió en la silla. Los argumentos de Emmet tenían fuerza. Sin duda, la marina debía protegerse. Y si un barco era torpedeado cerca de la costa, las posibilidades de salvar parte de la carga eran mayores que en alta mar.

El *Augusta* iría a Casablanca y amarraría en el infecto muelle de fosfatos. El resto de la flota permanecería en Fédala descargando lo más rápido posible. El almirante despidió a sus hombres y se encaminó al puente con una fuerte sensación de intranquilidad. Si alguna vez había necesitado una pizca más de suerte, era ahora, pero Hewitt había pasado muchos años en el mar y era un marino demasiado experimentado como para engañarse. La suerte se le había escapado de entre las manos.

Cuando llegó el crepúsculo sobre Fédala y el Estado Mayor de Patton se reunió para la cena del jueves, el capitán Ernst Kals aminoró la marcha del *U-130* por el noreste de la costa marroquí en aguas tan poco profundas que el sumergible rozaba el fondo. Kals conocía bien a los norteamericanos. Había ganado a principios de año la

Cruz de Hierro después de hundir nueve navios en dos semanas de locura por la costa este de Estados Unidos. El *U-130* redujo aún más la marcha entre la playa y el campo de minas. La estela invisible surcó las aguas como la aleta de un tiburón. Poco antes de las 18 horas lanzó cuatro torpedos desde la proa, luego hizo una ligera pirueta para lanzar un quinto desde la popa.

Todos dieron en el blanco. Tres transportes cargados, el *Hugh L. Scott*, el *Edward Rutledge* y el *Tasker H. Bliss*, prendieron fuego. El *Scott* de 12.000 toneladas golpeó dos veces sobre el flanco de estribor y luego escoró 30 grados. Las débiles particiones de madera explotaron en todas direcciones atravesando a los marineros en la sala de oficiales y a los cocineros en las cocinas. Bloques de cemento colocados para proteger el puente cayeron en la cubierta retorcida y aplastaron los camarotes inferiores. Se apagaron las luces. Las llamas bajaron la escalera de estribor y el petróleo manaba por los pasillos de modo que los marineros resbalaban y caían. Estalló la caldera número dos, lanzando agua hirviendo a la sala de máquinas; los hombres que tocaron los mamparos al rojo vivo se quemaron las manos. Los marineros retiraron a sus compañeros de la enfermería y liberaron al único ocupante de la celda de castigo. El grito «¡Abandonad el barco!» resonó por encima del tumulto. Quienes todavía pudieron, se encaramaron hasta la borda antes de que la popa del *Scott* se hundiera con un bramido. Sus dos barcos gemelos no corrieron mejor suerte. El *Rutledge*, con dos impactos, de inmediato quedó sin luces y sin radio. El capitán M. W. Hutchinson levó anclas con la vana esperanza de que el viento y la marea empujaran el barco hasta la costa. Ardió como una caldera y se hundió exactamente 28 minutos después del impacto. El *Bliss* subsistió durante horas y unos terribles lamentos salieron del casco en llamas, donde una treintena de marineros fueron reducidos a cenizas. Un oficial en el puente del *Augusta* miraba el *Bliss* y murmuró ambiguamente: «Los malditos infelices, los malditos infelices».

El oficial de inteligencia de Hewitt le pasó un mensaje manuscrito a las 20.25 horas que decía: «El *Rutledge* hundido. El *Bliss* ardiendo. El *Scott* escorando y abandonado. La búsqueda de supervivientes continuará toda la noche». Hewitt leyó el despacho. Ordenó que dos remolcadores llevaran el *Bliss* a aguas poco profundas, pero no había remolcadores disponibles. A las 2.30 de la madrugada del viernes, el navio se hundió entra las olas. Unas pocas bocanadas de humo rojizo marcaron el hundimiento.

Mil quinientos supervivientes trataban de alcanzar las playas. Una flotilla de lanchas de desembarco y barcos de pesca franceses rescataron a los marineros absolutamente cubiertos de petróleo, salvo en el blanco de los ojos. Quinientos requirieron atención médica, abrumando a los médicos aún atareados por el ataque de la noche anterior. Un establo para camellos en el muelle de Fédala fue convertido en un centro de selección de heridos. En el casino de madera del Miramar se colocaron más de 150 literas entre las mesas de juego. Hombres con jirones de piel colgando como

cortezas de un gomero se acercaban a la puerta para pedir morfina amablemente.

Los cirujanos operaban a la luz de las antorchas de señales. Miembros del cuerpo de enfermeros se ayudaban de velas para tratar fracturas y contener hemorragias. De los cuatrocientos casos de quemaduras, uno de cada cuatro, que Patton describió como «trozos de bacon», requirieron múltiples transfusiones de plasma. La mayor parte de las mil unidades almacenadas en Norfolk a finales de octubre se habían conservado, y así se pudieron salvar al menos veinte vidas. Pero equipo médico de mayor valor se había extraviado, incluidas piezas básicas para las máquinas de anestesia. Así pues, se perdieron bastantes vidas.

La madrugada del viernes trajo la límpida luz africana, que reveló totalmente la catástrofe. Había marineros heridos en los bancos de las iglesias y en el suelo de las aulas escolares. Las barcas transportaban los casos más graves a las enfermerías de los barcos, donde algunos fallecieron y otros vivieron. Un marinero sin identificar llevado al *Leonard Wood*, que tenía quemaduras de tercer grado, recuperó la conciencia para decir misteriosamente K-E-N-S-T-K antes de entrar en coma y morir tres días después sólo reconocido por Dios.

A los soldados que miraban el mar les intranquilizaba la ausencia de ciertas siluetas de barcos como si le faltaran dientes a una persona conocida. Hewitt pronto ordenó que todos los barcos preservados se alejaran de la costa. Un día después, cinco cargueros amarraron en Casablanca, donde acabaron de descargar y se llevaron a un grupo de heridos para el viaje de regreso a Estados Unidos. Al convoy que llegaba no se le permitió el paso; dio vueltas durante cinco días en las aguas del Atlántico oriental sin que se produjeran incidentes hasta que se le convocó en Casablanca el 18 de noviembre, precisamente la fecha que Hewitt había propuesto hacía cuatro meses. El *U-310*, que había hundido 25 navios aliados, anduvo escapado cuatro meses. Finalmente fue descubierto fuera de las Azores y hundido con toda la tripulación a bordo.

El 17 de noviembre, Hewitt zarpó en el *Augusta* con rumbo a Norfolk. Regresaría victorioso a Hampton Roads tal como lo había hecho hacía treinta y tres años después de dar la vuelta al mundo en la Gran Flota Blanca, más convencido que nunca de que la tierra era redonda, pero imperfecta. Sin embargo, sentía una cierta melancolía acuciada por la sospecha de que 140 hombres habían perdido la vida porque, de una decena de decisiones importantes, una de ellas había sido simplemente errónea. Hewitt volvería a Sicilia, a Salerno, a Anzio y al sur de Francia; una gran figura en una gran guerra. Pero esa noche de noviembre en que se alejaba de la costa de Casablanca dejaría para siempre una cicatriz tierna y pequeña en el duro corazón del marino.

Si había acabado el tiroteo entre anglonorteamericanos y franceses, no era así en el terreno de las maniobras políticas. El breve acto final de la operación ANTORCHA tuvo lugar en Argel, donde la invasión terminó de forma tan arbitraria como había empezado.

El arresto impuesto por el general Clark a Darían fue anulado el 11 de noviembre, cuando el almirante se comprometió una vez más públicamente con la causa aliada tras enterarse que diez divisiones alemanas y seis italianas habían invadido la Francia de Vichy. Con un ejército aliado en el norte de África, Hitler no podía arriesgarse a dejar expuesto el flanco del Mediterráneo francés, de modo que la operación ANTÓN ocupó Vichy en cuestión de horas. Darían telefoneó a comandantes franceses en Tunicia en presencia de Clark y les ordenó que resistieran cualquier intrusión del Eje. También cablegrafió al comandante de la flota de Vichy en Toulon, el almirante Jean Laborde, y le invitó a que llevara la flota al norte de África. Laborde detestaba a Darían como sólo se pueden odiar viejos lobos de mar, y le contestó con escatológica precisión: «¡Merde!».

Sin embargo, Clark fue a acostarse con el sueño profundo del deber cumplido; durmió hasta las 5 horas del 12 de noviembre, cuando fue despertado para enterarse de que Darían había vuelto a cambiar de opinión. Había suspendido la orden a los comandantes de Tunicia a la espera de la aprobación del general Nogués, a quien el sitiado Pétain había nombrado su representante plenipotenciario en el norte de África. Una escena ya conocida se repitió en la sala de conferencias del St. Georges: amenazas, puñetazos en la mesa, mal francés.

«¡Ni una sola vez me ha demostrado que apoya nuestros intereses!», gritó Clark a Darían. «Estoy hasta la coronilla de su comportamiento. Pienso que es un débil.»

El almirante plegó meticulosamente varios trozos de papel y luego les dio formas atractivas.

«Quiero combatir a los alemanes», declaró el general Juin. «Estoy con usted.»

«No, no lo está.»

«Estoy con usted», repitió Juin. «No se me está tratando con justicia. Y esto me deja en una posición sumamente difícil.»

Darían hizo trizas los papeles.

«Lo sé, pero yo estoy peor», dijo Clark. «No estoy seguro de quiénes son mis amigos. No puedo permitirme cometer errores.»

Al mediodía del 13 de noviembre, Eisenhower llegó desde Gibraltar con la esperanza de desbloquear el punto muerto. Clark lo recogió en el aeropuerto de Maison Blanche en dos coches conducidos por franceses con los neumáticos tan gastados que los conductores no podían superar los 15 kilómetros por hora. Incluso a esa velocidad de caracol, Eisenhower se sentía contento de haber podido escapar, aunque fuera por unas horas, de lo que describió como «un despacho mal ventilado a 180 metros de profundidad».

«Hemos tenido muchas horas de tensión», le había escrito a Walter Bedell Smith hacía dos días, «y los acontecimientos que hemos vivido serán calificados como muy importantes.» Si la evaluación parece desapasionada, la flema rayana en la apatía también sería una singularidad de Eisenhower incluso después de las batallas futuras.

En parte, miraba hacia delante, determinado a «avanzar a toda velocidad hacia el este». Le había escrito a Marshall sobre su «ardiente ambición» de «hacer el pronto regalo de un gobierno aliado en Túnez y de la flota francesa en Toulon». En parte, podía haber estado distanciándose emocionalmente de las bajas de las que, como comandante en jefe, era inequívocamente responsable. Las pérdidas, le dijo a Churchill por carta, eran «insignificantes comparadas con las ventajas que hemos logrado». Pocos comandantes de esta guerra podían funcionar sin una sensibilidad que les permitiera calificar de «insignificantes» a miles de muertos y heridos.

En el St. Georges, Clark y Murphy explicaron los últimos acontecimientos. El general Nogués había arribado de Marruecos y al poco tiempo había dicho que el general Giraud era un cobarde y un mentiroso; Nogués había devuelto entonces sus poderes a Darían; se habían reiterado las órdenes de resistir al Eje en Tunicia, pero con inciertos resultados; Clark había vuelto a amenazar con el calabozo e incluso la horca. Sin embargo, después de interminables discusiones entre ellos, esa mañana los franceses habían llegado a un acuerdo que, según Clark, podía servir: Darían se convertiría en el alto comisionado francés en el norte de África; Giraud, jefe de las fuerzas armadas francesas; Juin, jefe del ejército, y Nogués seguiría en su cargo de gobernador general de Marruecos.

Eisenhower lanzó un suspiro. Las maquinaciones políticas le dejaban perplejo y le molestaban. «¿Quieren estos hombres convertirse en mariscales de una Francia más grande y más gloriosa o pretenden hundirse en el olvido de los miserables?», le había preguntado a Clark. En un mensaje a Marshall, fue aún más duro: «Si estos estúpidos franceses sólo se dieran cuenta del lado que les conviene, ahora podrían dar un golpe maestro. Parecen completamente inertes». Aun así, el acuerdo le pareció una posible salida de este «laberinto de intrigas políticas y personales». Tal como le había dicho a Clark, Eisenhower había tenido la intención de «imponer la ley con unos cuantos golpes sobre la mesa», pero eso ahora era innecesario.

En la sala de conferencias del hotel, Darían se presentó vestido con traje y chaleco. Él y los demás se pusieron de pie cuando los norteamericanos entraron a las dos de la tarde. Eisenhower les estrechó las manos y después de unas mínimas formalidades, pronunció sólo once frases, que incluyeron: «Lo que ustedes proponen es completamente aceptable para mí. A partir de este momento, el almirante Darían encabeza el estado francés del norte de África. En esto, tengo el pleno respaldo del presidente Roosevelt... Debemos estar de acuerdo en que pondremos todos los medios disponibles para vencer a los alemanes». Les estrechó las manos otra vez y abandonó el salón.

Antes de subir al B-17 en el Maison Blanche, Eisenhower sacó una estrella de cinco puntas del bolsillo y se la prendió en el hombro a Clark junto a las otras dos, ascendiéndole a teniente general. «Cuando estás lejos y no tengo contacto contigo», había dicho dos días antes, «es como si me faltara al brazo derecho.»

En estado expansivo, Clark regresó al St. Georges y convocó a los periodistas. «Ahora podemos proceder como siempre», les dijo. «Las cosas pintan bien.»

Sesenta años han pasado desde ANTORCHA, pero aún no se ha podido averiguar el número exacto de bajas. Según los cálculos estadounidenses, el número combinado de pérdidas anglonorteamericanas se cifra en 1.468, incluyendo 526 norteamericanos muertos. Según las estimaciones británicas, que incluyen acciones menores del 12 y 13 de noviembre, las pérdidas abadas suman 2.235, incluyendo casi 1.100 muertos.

El número de franceses muertos y heridos probablemente se aproxima a 3.000. En tres días, las fuerzas de Vichy en el norte de África perdieron más de la mitad de sus tanques, carros blindados y aviones, un material tan necesitado en las semanas venideras que Eisenhower consideró que 18 batallones franceses equivalían a un solo batallón estadounidense. Al principio, los comandantes aliados escondieron a la prensa la magnitud de ANTORCHA contra los franceses para que éstos no siguieran resentidos «contra nosotros por haberles obligado a someterse por la fuerza de las armas».

ANTORCHA atrajo a la buena senda a muchos franceses, incluidos quienes se habían sentido moralmente heridos por la invasión, la ocupación y la partición del país, pero la ingenuidad de Eisenhower y sus subordinados era tal que nadie previó las consecuencias de abrazar a Darían, cuya manifiesta infamia había sido denunciada de forma incesante por los líderes aliados desde hacía dos años. «No es muy agradable», escribió Charles de Gaulle a mediados de noviembre. «Pienso que dentro de poco empezarán las arcadas.» A los oficiales militares norteamericanos que habían pasado las dos últimas décadas perfeccionando cargas de caballería en medio de la nada se les podía perdonar que carecieran de agudeza política, pero la verdad era que al norte de África había llegado un ejército torpe e inexperto con una limitada noción de cómo debe actuar una potencia mundial. El balance de la campaña y ciertamente el balance de la guerra requeriría no sólo aprender a combatir, sino también aprender a gobernar. Eisenhower lo presintió. Le escribió a Beetle Smith: «Acabamos de empezar una gran aventura».

El balance de la guerra estaba pasando a los aliados, pero a mediados de noviembre de 1942, pocos hombres pudieron ver cuán irrevocable y tectónico era ese cambio. Churchill, que un mes antes había avisado, «Si ANTORCHA fracasa, estoy perdido», evaluó la situación con elegancia: «Ahora no es el final. Ni siquiera es el inicio del final, pero quizá se trate del final del inicio».

Con respecto al combate, ANTORCHA puso de manifiesto graves deficiencias en liderazgo, tácticas, equipo, espíritu castrense y sentido común. Ciertas características de la invasión, como los asaltos y los ataques anfibios a los flancos del enemigo, serían pulidos por la dura experiencia y proporcionarían un modelo a seguir para todas las ofensivas aliadas de la guerra, pero el ejército estadounidense era simplemente inepto en cuanto a la combinación de fuerzas, la esencia de la guerra moderna, que

requiere una hábil coreografía de infantería, unidades acorazadas, artillería, poder aéreo y otras fuerzas de combate. Asimismo, numerosos soldados siguieron estancados en la penumbra entre «los hábitos de la paz y la rudeza de la guerra».

Lo peor es que pocos se dieron cuenta. Decenas de miles de soldados norteamericanos había oído silbar las balas y muchos de ellos creían en la fatua frase de George Washington que manifestaba haber algo fascinante en aquel sonido. Eso se debía a que no habían oído demasiados. Aquellos que habían presenciado cómo los proyectiles de los tanques estadounidenses atravesaban los Renaults franceses caminaron arrogantes con los cascos llenos de vino argelino y gritando «¡Que vengan los Panzer!». Tal confianza fue tan contagiosa que los jefes británicos y norteamericanos del Estado Mayor sugirieron dividir las fuerzas de ANTORCHA y emprender alguna otra aventura por el Mediterráneo, por ejemplo, la conquista de Cerdeña. «Dios santo», replicó Eisenhower, «hagamos una cosa a la vez.» Pero hasta el cauteloso comandante se sintió un poco gallito. Dijo a Washington que esperaba la ocupación de Túnez y Bizerta en diciembre, y la caída de Trípoli a finales de enero.

Creyeron que ya habían sido iniciados. Creyeron que arrasar a los débiles franceses significaba algo. Creían en la justicia de su causa, lo inevitable de la victoria y la inmortalidad de sus jóvenes almas. Y mientras giraban al este y estudiaban sus mapas Michelin de Tunicia, creyeron que realmente habían estado en la guerra.

SEGUNDA PARTE

4. Hacia el este

«VIVIMOS HORAS TRÁGICAS»

A las 2 horas del 8 de noviembre, el cónsul general de Estados Unidos en Túnez, Hooker A. Doolittle, llamó a la puerta del palacio del gobernador exigiendo ver al representante de Vichy. El vicealmirante Jean-Pierre Esteva pronto apareció vestido de forma imaculada aunque heterodoxa, pues llevaba puesto el uniforme de gala, pero iba calzado con zapatillas. Esteva, un solterón menudo y delicado, era conocido como el Monje por sus hábitos ascéticos, que incluían levantarse antes del alba para asistir a misa y no comer nada antes del mediodía salvo una tostada y un zumo de naranja. Hijo de un comerciante de corcho de Reims, a los 62 años de edad quería retirarse para dedicarse a su gran pasión: la magnífica catedral de Notre Dame en su ciudad natal, donde habían sido coronados veintiséis reyes franceses. El entrecortado anuncio de Doolittle del inminente ataque aliado no parecía favorecer el pronto retiro de Esteva.

El almirante escuchó a Doolittle, a quien un conocido describió «como un anuncio deteriorado de la revista *Esquire*», que predijo la llegada inminente a Tunicia de unas legiones aliadas tan numerosas que oscurecerían el cielo con sus aviones. «Mejor que se den prisa porque los otros estarán aquí dentro de cuarenta y ocho horas», contestó secamente Esteva antes de acompañar al visitante hasta la puerta.

Disfrazado de campesino francés de regreso a casa, Doolittle pronto abandonó Túnez con sus criadas españolas y sus perros pequineses en un coche prestado. Cuando llegó a las líneas abadas, dijo a todo el mundo: «De prisa, de prisa».

No fue necesario que el almirante Esteva especificara quiénes eran «los otros» y de hecho había subestimado la rapidez alemana. Tunicia sólo estaba a «un salto de pantera» de las bases italianas del Eje, tal como observó el mariscal del Reich Hermann Göring. El 9 de noviembre a las 10.55 aterrizaron los primeros cazas de la Luftwaffe en el aeropuerto de El Aouina, al noreste de Túnez. Pronto les siguieron cinco bombarderos en picado y aviones de transporte que aterrizaron tras hacer un pase amenazador sobre la ciudad. De las rampas desembarcaron tropas alemanas reunidas a toda prisa, algunas sólo preparadas marginalmente para el combate.

Las tropas francesas rodearon el aeropuerto y los blindados recibieron a cada avión con la mira puesta en la cabina del piloto. Este punto muerto duró varias horas hasta que una fuerza de seguridad de la Luftwaffe organizó un nido de ametralladoras detrás de un hangar y plantó minas alrededor de los vehículos franceses. Optando por recibir instrucciones de Vichy en vez de los confusos comunicados de Argel, Esteva ordenó quitar el cordón de seguridad. Al anochecer habían aterrizado noventa aeroplanos. Las tropas salieron marchando de la pista para hacer vivaques en el estrecho camino de Cartago cantando *Lili Marlene* mientras cavaban sus trincheras.

El atrincheramiento de la Wehrmacht en Túnez preparó el escenario para la confrontación entre los ejércitos alemán y anglonorteamericano que arrasaría dos continentes y costaría varios millones de vidas durante los siguientes dos años y medio. Allí empezó la lucha por la posesión de la misma tierra, o al menos, la tierra occidental, en una serie de titánicas batallas sin tregua que barrerían Salerno y Anzio, Normandía y las Ardenas, sólo interrumpida por breves períodos para enterrar a los muertos y reanimar a los vivos.

Hitler se enteró del verdadero alcance de la invasión abada al detenerse en un remoto refugio de las montañas de Turingia. Se dirigía a Munich para celebrar una reunión en la vieja cervecería Kámpfer. A las pocas horas reconoció que si los aliados ocupaban el norte de África podían transformar una expedición periférica en una plataforma para la invasión del sur de Europa. Pondría en peligro a Italia, su socio más próximo, y las posesiones del Eje en Francia y Grecia. «Ceder África significa ceder el Mediterráneo», declaró. «No sólo representaría el fin de nuestras revoluciones, sino también la ruina del futuro de nuestros pueblos», escribió a continuación a Mussolini. Y firmó la carta: «Suyo, en indisoluble unidad».

Ya 230 de las 260 divisiones alemanas estaban a la defensiva. Algunos estrategas alemanes presintieron que el arco de su guerra había pasado de la expansión a la contracción, pero Hitler se negó a aceptar que Alemania hubiera perdido la iniciativa estratégica. Tunicia sería la «piedra angular de nuestra conducción de la guerra en el flanco sur de Europa». Si bien era secundario para la cruzada oriental con el bolchevismo, de cualquier modo era de vital importancia. En su momento de mayor grandiosidad, Hitler ordenó nuevas ofensivas africanas, al oeste para expulsar a los invasores de ANTORCHA de Argelia y Marruecos, y al este para expulsar al VIII ejército británico del otro lado del Canal de Suez. A finales de noviembre, la visión estratégica del Führer sería sintetizada en una orden de una sola frase: «El norte de Africa, al ser la entrada a Europa, debe ser defendido a cualquier coste». Esa oración condenó a un millón de hombres de ambos bandos a siete meses de tormento.

El martes 10 de noviembre llegaron por primera vez los paracaidistas de la Wehrmacht en grandes cantidades. Una sección del 5.º regimiento de paracaidistas voló desde Nápoles y de inmediato fortificó el camino que llevaba a Túnez desde el oeste. Armas originalmente destinadas a Rommel en Egipto fueron desviadas a Tunicia, donde llegaron aún con el papel de embalaje. El combustible era tan escaso que las tropas usaban como calefacción bolas de hierba y de residuos de los trituradores de aceitunas. Los comandantes contrataron a taxis franceses como coches para los oficiales. Los mensajeros usaban el tranvía público. Un mensajero informó encantado que nadie le había pedido que pagase el billete.

Por muy débil que fuera aquella vanguardia alemana, los líderes del ejército francés de 30.000 hombres eran aún más débiles. La ambivalencia dominaba el alto mando francés. El 11 de noviembre, Hitler ordenó que tropas alemanas e italianas

ocuparan Vichy; ese mismo día, el almirante Louis Derrien, comandante de la base naval de Bizerta, a 60 kilómetros al norte de Túnez, comunicó a sus subordinados: «Espero que todos mantengan la calma, la sangre fría y la dignidad». Esa noche, tras recibir órdenes de Darían en Argel, Derrien decretó: «Los enemigos son alemanes e italianos... Luchad con todas vuestras fuerzas contra el enemigo de 1940. Tenemos que vengarnos. Vive la France!». Los oficiales brindaron con champán en los muelles de Bizerta y cantaron *La marsellesa*.

La celebración duró menos de una hora. A medianoche, cuarenta minutos después del anuncio de guerra, Derrien lo anuló por orden de Vichy. «8 de noviembre: peleamos contra todos», escribió privadamente. «9 de noviembre: peleamos contra los alemanes. 10 de noviembre: no peleamos con nadie. 10 de noviembre (mediodía): peleamos contra los alemanes. 11 de noviembre (noche): no peleamos con nadie.» Tal vez ningún escrito de la guerra captó mejor el dolor de Francia y los cambios morales a que estaban sometidos sus hijos.

El 12 de noviembre, Derrien telefoneó al almirante Darían, entonces todavía atezado por las indecisiones, pero no recibió ninguna instrucción clara. El cada vez más apático Esteva estaba aún más sometido a Vichy. Un oficial alemán llegó a la conclusión de que sólo era «capaz de asentir con la cabeza. Parece que no está a la altura de las circunstancias». Esteva pareció coincidir: «Tras cuarenta años de obediencia, no puedo empezar a desobedecer ahora». El primer transporte alemán de tropas y equipo, incluidos 17 tanques y 40 toneladas de munición, llegó el 12 de noviembre. Derrien debía jubilarse en un mes después de 42 años de servicio. Ahora vaticinó: «Seré conocido como el almirante que entregó Bizerta a los alemanes».

Triste, pero así fue. El 14 de noviembre, los alemanes ya tenían 3.000 hombres sólo en Bizerta. Controlaban los principales edificios de Túnez, donde las tropas marcharon en columnas de cuatro en fondo para ocupar los barracones Mariscal Foch en el centro de la ciudad. El abandonado consulado estadounidense se convirtió en el puesto de mando del Eje pese a que los alemanes se quejaban de que «el personal tunecino de oficina no sabe leer ni escribir». A fin de que el contingente alemán pareciera aún más numeroso, los paracaidistas alemanes fueron paseados en blindados prestados por los cooperantes comandantes franceses. El *bey* tunecino, cuya familia había gobernado desde hacía años el país con mano dura y con la protección francesa, rápidamente prometió lealtad a Berlín. Su guardia personal, vestida con hermosos uniformes rojos, negros y dorados, salió marchando del palacio real haciendo el paso de oca, ahora de moda.

Muy pronto, Derrien recibió el ultimátum alemán de rendir todas las tropas y navios franceses en Bizerta en un plazo máximo de treinta minutos, so pena de que fueran fusilados 6.000 marineros franceses. Capituló tras conseguir una sola concesión: la retención de una guarnición francesa armada para arriar la bandera tricolor con los debidos honores. La petición de conservar su propia espada le fue denegada.

Después de la guerra, un tribunal francés condenó y encarceló a Esteva por «poco valor nacional». Aunque en una ocasión el almirante declaró que «es un honor sufrir en defensa de los altos valores de la civilización», su propio sufrimiento se debió a cosas menos elevadas. Con el tiempo, Derrien también estuvo un tiempo en prisión; fue puesto en libertad a menos de dos semanas de su fallecimiento. Después de matar centenares de soldados norteamericanos y británicos durante ANTORCHA, los franceses no pudieron hacerle un solo rasguño a un solo soldado alemán. Únicamente el comandante francés de la división Túnez, el general Georges Barré, se negó a doblar la cerviz. Con 9.000 soldados y 15 viejos tanques, Barré escapó hacia el oeste, a las montañas indómitas de Tunicia, a esperar acontecimientos.

Se dijo que el fuego que consumió Cartago después del saqueo romano en 146 a.C. ardió 17 días. El Túnez francés era una ascua fría en el momento que apareció la primera sombra germana. «Vivimos horas trágicas», observó Pétain. «El desorden reina en nuestros espíritus.»

La cordialidad dominaba el espíritu del mariscal del aire Albert Kesselring, conocido como Alberto el Sonriente por la sonrisa abierta y el inquebrantable optimismo. La mañana siguiente a la invasión aliada, Hitler telefoneó a Kesselring para darle «mano libre» en Tunicia. Esto representó una desgracia para los aliados.

Kesselring, hijo de un maestro de escuela de Bayreuth, pertenecía a un antiguo clan bávaro cuya fortuna se había evaporado en la hiperinflación que siguió a la primera guerra mundial. Amable y con dominio del italiano, era ancho de caderas y con una calvicie nada incipiente. Había sido artillero y observador en aeróstatos en la Gran Guerra; luego aprendió a pilotar aviones a los 48 años y pronto estuvo en lo alto del escalafón de la Luftwaffe. Siendo uno de los comandantes más capaces del Reich, era osado (fue derribado cinco veces en su carrera) y brutal. Había orquestado los bombardeos terroristas de Varsovia, Coventry y otras muchas ciudades, así como la campaña aérea contra Rusia. Cuando los artilleros antiaéreos alemanes en Túnez dispararon contra su avión por equivocación, Kesselring los reprendió por no haber acertado con un blanco fácil.

El 10 de noviembre, Hitler apoyó oficialmente a Kesselring como representante de Mussolini. Con autoridad sobre todas las fuerzas terrestres y aéreas del Eje en el Mediterráneo, el mariscal de campo rechazó amablemente la propuesta del Duce de atacar a los aliados con gas venenoso y de transportar los equipamientos militares en buques hospital. En cambio, se concentró en crear una cabeza de puente en torno a Túnez y Bizerta, ignorando las quejas de algunos subordinados de que las fuerzas del Eje no eran más que «una gota de agua sobre una piedra caliente» comparadas con el contingente aliado.

Los aliados habían conseguido dar una sorpresa estratégica, concedió Kesselring, pero ¿podían explotarla? ¿Por qué no habían desembarcado en Tunicia, que tenía 1.200 kilómetros de costa? Kesselring aprobó el reclutamiento de civiles tunecinos para

construir fortificaciones y descargar los barcos del Eje. Pero una cabeza de puente inexpugnable no era suficiente. El 13 de noviembre ordenó que se le presentara un plan para una ofensiva en el oeste. La única forma de evitar la pérdida de África era contraatacar en Argelia a través de las montañas tunecinas. Alberto el Sonriente pretendía hacer que los aliados no tuvieran más remedio que regresar a sus barcos.

UN PAÍS FRÍO DE SOL CALIENTE

Novecientos kilómetros separan Túnez de Argelia y las primeras tropas aliadas partieron al este con el obligado buen ánimo que precede cualquier debacle militar. Virtualmente todos, de soldado raso a general, supusieron que se trataría de un paseo triunfal. Se dedicaron muchas palabras a la probable fecha de llegada a Trípoli o incluso a Nápoles. Un soldado expresó lo que muchos creían de los alemanes: «Esos cabezas cuadradas no saben combatir. Dejémoslos en manos de los británicos y nosotros acabemos con los japoneses». Un joven oficial comunicó que la única preocupación que tenía su batallón blindado era que «todos los alemanes escaparan» antes de que los norteamericanos pudieran probar su temple.

Los alcaldes lucían sus levitas y sus sombreros de copa para dar la bienvenida a los convoyes aliados con palabras cariñosas e incomprensibles. Las multitudes entusiasmadas ofrecían vino argelino y cestas de mandarinas. Los conductores de jeeps, en vehículos bautizados *Kidney Buster*, *Miss Conduct* o *Miss Demeanor*, engalanaron las antenas de radio con rosas de invierno mientras simulaban disfrutar los cigarrillos locales, pronto llamados «Bosta de Argelia». «Vive L'Amérique!», gritaban los niños árabes a las tropas británicas. Para lidiar con los inevitables accidentes de tráfico, se estableció una escala de indemnizaciones pagadas con los inmensos billetes franceses que los soldados llamaban papel de empapelar: 25.000 francos (\$500) por un camello muerto; 15.000 por un niño muerto; 10.000 por un burro muerto, y 500 por una niña muerta.

Las tropas británicas dominaban los convoyes iniciales con ropas de camuflaje anudadas encima de los cascos como «velos eduardianos para conducir». A algunos veteranos, los pueblos argelinos les evocaban a Flandes, con los postigos cerrados y los pescadores con jerséis a rayas. Para quienes viajaban en tren, los vagones de vía estrecha con letreros bien señalizados de «Hommes 40, chevaux 8» les traían recuerdos del Frente Occidental; allí también los vagones franceses tenían espacio para 40 hombres o 8 caballos. Tan lentamente subían los trenes argelinos las cuestas que los soldados podían bajar a caminar o a hacerse un té con el agua caliente de los motores mientras caminaban al lado de la locomotora.

Para los yanquis, todo era nuevo: los chivos despellejados chorreando sangre en los puestos de venta al lado de los caminos; los argelinos vendiendo a gritos esterillas y rollos de seda azul; los arrieros vociferantes; los campesinos inclinados sobre sus arados de hierro forjado; los autobuses con motores a carbón atados al parachoques y

removidos con un atizador por los conductores. Las unidades estadounidenses elegidas para la vanguardia marchaban orgullosas. El 2.º batallón del 13.º regimiento acorazado salió de Arzew hacia Argelia con los tanques llenos de huevos y de botellas escondidas de Oíd Grandad. El 5.º batallón de artillería de campaña se puso en camino con portaguiones relucientes; cada batería presentó armas a la guardia colorida de la 1.ª división y la banda tocó *When the Caissons Go Rolling Along*, «Cuando las cajas de municiones ruedan hacia adelante».

Hacia el este rodaban las cajas de municiones, pasaban poblaciones argelinas de muros de adobe con troneras para los mosquetes, pasaban plantíos de mandarinas «colgando como lámparas rojas». Pasaban columnas militares francesas de carros de heno tirados por caballos medio muertos; pasaban oficiales montados de artillería con túnicas cruzadas. Pasaban por campos de rastrojos de trigo que otrora fueran el granero de Roma y pasaban acueductos destrozados durante el siglo de mal gobierno de los vándalos que ahora blanqueaban al sol como huesos de piedra.

Al anochecer, vivaqueaban. Los soldados nadaban en el frío Mediterráneo y se bañaban con los cascos en una delicada ceremonia llamada «el baño de las putas». Organizaban peleas de escorpiones sobre bidones de gasolina o emborrachaban a lagartos para verlos irse haciendo eses. La niebla del crepúsculo subía de los campos con un aroma a heno recién segado y las tropas creían que se trataba del olor de un fosfeno letal; al menos una unidad fue presa del pánico con gritos de «¡Gas! ¡Gas!» y con búsquedas delirantes de máscaras antigás antes de que retornara la razón. Los soldados afinaban sus dotes para mercadear con gesticulaciones manuales y hablando a todo volumen con la característica creencia norteamericana de que el volumen aniquila todas las barreras lingüísticas; un agudo mercader intercambió una caja de caramelos, uno a uno, por tres botellines de perfume, una docena de huevos, un gran retrato de Pétain y un burrito llamado Rommel.

Los robos de la empobrecida población local eran endémicos. Las tropas embadurnaban los bidones de gasolina con grasa de tocino esperando que la prohibición coránica de no tener contacto con el cerdo pudiera funcionar como elemento disuasorio. «Allez!», gritaban los soldados en su frecuentemente única incursión en el francés, salvo por la frase inmensamente popular «C'est la guerre», cuando descubrían, por ejemplo, que se habían llevado la lona del techo de un jeep para fabricar zapatos. Se decía que con un solo paracaídas se podían confeccionar más de 500 calzones de seda. «De habérselo podido llevar», recogió la crónica de una división, «habrían robado hasta el aire de los neumáticos.» El desprecio por los árabes fue en aumento. Un oficial de intendencia del ejército describió a sus trabajadores locales como «inútiles, incapaces, analfabetos, deshonestos y enfermos».

Al alba se reanudaba la caminata. Un sargento, quizá confundido por el hedor de los excrementos humanos usados como fertilizante, escribió a su familia: «Aquí cada pueblo huele a algo muerto». Llegaría el día en que eso sería literalmente cierto. Por el

momento, el sol benigno y la camaradería de los jóvenes guerreros provocó la vena lírica de algunos hombres. «El cielo es casi increíblemente azul», escribió un oficial de la 1.ª división, «y las noches son el sueño de un poeta.» En los altozanos sinuosos que ascendían poco a poco hacia la frontera tunecina, los pastores miraban cómo se acercaban las tropas y oían el coro de un himno de guerra cantado con suficiente volumen como para apagar el rugido de los motores.

*Ella vendrá por la montaña,
ella vendrá por la montaña,
ella vendrá por la montaña cuando llegue.*

Gracias a que Ultra había podido descifrar los códigos del Eje, Eisenhower y sus oficiales conocían exactamente el número de tropas alemanas e italianas y la cantidad de material que llegaban a Tunicia. Pero la escasa comprensión de la importancia de esos acontecimientos agravó otros anteriores errores de cálculo. La inteligencia aliada había previsto que hasta 10.000 soldados del Eje podían llegar en dos semanas, pero que serían tropas «de baja categoría y sin transporte motorizado». El pronóstico aliado con respecto a «la probable escala de la intervención del Eje resultó ser un grave error en todos los sentidos», precisó más tarde un estudio de la inteligencia británica, «con resultados que fueron cuanto menos funestos». A los quince días, el número real se aproximaba a los 11.000; incluía paracaidistas de choque y granaderos de Panzer con equipo pesado y camiones; muy pronto éstos fueron seguidos por la 10.ª división Panzer.

En los consejos aliados se habló mucho de la velocidad que se requería para contrarrestar la intervención del Eje, pero no se aplicó esa velocidad. Eisenhower y Clark habían planeado que la conquista de Tunicia recaería básicamente en las fuerzas británicas. Los norteamericanos, tras haber llevado la voz cantante en ANTORCHA, proporcionarían una fuerza de ocupación y reservas para defenderse de un ataque alemán a través de España y Marruecos. Se había prestado escasa atención a las acciones después del desembarco inicial y sólo había disponibles estudios superficiales y esquemáticos sobre el terreno, la logística y el apoyo aéreo en Tunicia. Dada la celeridad alemana para ocupar Túnez y Bizerta, los líderes aliados decidieron el envío urgente de tropas norteamericanas para reforzar a los británicos. Tres batallones acorazados y otras unidades serían despachados a distintos comandantes británicos que disponían de pocas fuerzas acorazadas. Este esfuerzo estadounidense añadiría más de 100 tanques al frente de Tunicia.

Es proverbial que ningún plan militar sobreviva al contacto con el enemigo. Nunca es más cierto cuando ni siquiera existe un plan. No existía ningún proyecto de cómo integrar las unidades estadounidenses en las organizaciones británicas o para abastecerlas o para que llegaran al frente. Eisenhower se quejaría de que sus órdenes de apoyar a los británicos con tropas norteamericanas «no fueron claramente comprendidas ni rigurosamente cumplidas». A su hermano Edgar, le confió: «Sufro la

común dificultad característica del alto mando: las cosas se pueden ordenar y empezar, pero la realidad en el frente tiene que confiarse a algún otro».

«Me impaciento tanto por avanzar que quiero estar en un sitio donde al menos pueda empujar a un soldado o ayudar a descargar una lancha», le cablegrafió el 16 de noviembre a Beetle Smith. No obstante permaneció en su cueva de Gibraltar casi dos semanas después de la rendición francesa, lejos de Argelia y muy lejos del frente de batalla. Desde su despacho, clamó contra Esteva y los comandantes franceses en Tunicia que «sin el menor problema podrían cortar el cuello a cada alemán e italiano de su zona y salir bien parados». Los aliados «podrían llevar a cabo toda clase de acciones temerarias», añadió Eisenhower, si Esteva resistiera y los demás comandantes se la jugaran. Sus denuncias del enemigo a menudo eran suaves, incluso remilgadas. «Uno de estos días, todos compartiremos un bonito cuartel», le dijo a Smith, «y nos dispondremos a azotar de verdad a estos hunos tan molestos.» Rara vez expresó una determinación sentida de superar todos los obstáculos; de aniquilar, destruir, arrasar. Profesaba un «odio virulento por el Eje y todo lo que representaba», pero no sentía ese odio en los huesos. Todavía no era implacable.

Tampoco se trataba de un auténtico mariscal de campo. Los ataques navales y aéreos estaban mal planificados y se llevaban a cabo con cierta indiferencia. Pocos aviones aliados habían sido destinados a reconocimiento o para atacar a las fuerzas del Eje que llegaban por mar. El bombardeo estratégico sólo se lanzaba contra blancos en Italia y otros puntos fuera del norte de África, pero al principio no hubo aparatos disponibles para castigar las concentraciones alemanas en Túnez o Bizerta. Durante tres semanas no se lanzó ningún ataque naval contra los convoyes del Eje. Ni un solo navio del Eje resultó hundido en tres semanas durante la travesía a Túnez.

Acaso la mayor deficiencia era el transporte. Desdeñando la logística, Eisenhower y Clark habían optado por dedicar el espacio limitado de transporte de ANTORCHA a decenas de miles de tropas extras en detrimento de vehículos y armamento. Para un ejército diseñado como fuerza de ocupación, la decisión era convincente, pero sólo el convoy a Oran recortó 10.000 vehículos antes de dejar Gran Bretaña. Los atascos de descarga empeoraron la situación. El 10 de noviembre, de los 8.700 vehículos que debían haber desembarcado, sólo había en tierra 1.800. Ahora que el ostensible ejército de ocupación se convertía en una fuerza de choque, la mayoría de las unidades se encontraban inmovilizadas. «Inevitablemente, se produjo el caos», escribió el corresponsal Philip Jordán, «esa clase de confusión que sufren los ejércitos cuando tratan de organizarse dejando la rutina a un lado.»

Los oficiales de intendencia deambulaban por Oran con 5.000 dólares en lingotes de plata para comprar camiones a carbón o alquilar carros a caballo para el transporte de municiones. El sistema ferroviario del norte de África resultó especialmente frágil. La mitad de los trenes estaban paralizados por falta de combustible. Pocos vagones franceses eran lo bastante sólidos como para transportar tanques medianos como los

Shermans estadounidenses. De los nueve trenes pequeños que iban al este desde Argel cada día, dos se necesitaban para acarrear carbón para los propios trenes y uno llevaba alimentos para que ciertas poblaciones civiles no perecieran de hambre. Los estrategas británicos, franceses y norteamericanos se peleaban para ver quien se quedaba con los seis restantes que normalmente tardaban una semana en llegar a la frontera tunecina.



Incluso el logro de hacerse con un tren no garantizaba el movimiento. Para demostrar la nueva fraternidad entre ex enemigos, los oficiales de relaciones públicas del ejército estadounidense organizaron la festiva salida de Oran de un batallón francés destinado a Tunicia. Mientras los cámaras de los noticieros registraban la escena y los soldados norteamericanos llenaban la plataforma para intercambiar cigarrillos con sus camaradas franceses y desearles un «bon voyage», el jefe de estación anunció que los atrasos existentes en el este significaban que el tren no podría partir hasta dentro de 24 horas. La locomotora y los vagones avanzaron unos pocos metros en honor de las cámaras, pero dieron marcha atrás después del anochecer en espera de una mejor oportunidad de ir a la guerra.

Este desorden fue la tarjeta de bienvenida al teniente general Kenneth A. N. Anderson, que el 11 de noviembre tomó el mando en Argelia del recién nacido I ejército británico con orden de avanzar al este. «Aplaudo su valentía y energía», le cablegrafió Eisenhower el 12. «La audacia es más importante que los números. Buena suerte.»

A un comandante de congénito pesimismo, y en el caso de Anderson eso formaba parte de su naturaleza, la desestimación de los meros «números» le sonó fuera. El I ejército distaba de ser una división y contaba con cuatro brigadas británicas y una mezcla de unidades norteamericanas. No obstante, Anderson pasó del buque insignia *Bulólo* al Hotel Albert y allí anunció planes para poner «una buena zancadilla a Rommel lo antes posible». Luego, alarmado de que la frase implicara un optimismo que no sentía, envió una circular a los corresponsales: «El alemán es un buen soldado y espero una dura lucha».

Anderson, nacido en India en la Navidad de 1891, era hijo de un directivo ferroviario nombrado caballero, quien a su debido momento lo envió a estudiar en Sandhurst. Malherido en el Somme, también había combatido en Palestina, Siria, la frontera india y Dunkerque, donde estuvo al mando de una división durante la

evacuación. Impecablemente afeitado, de labios finos y profundamente religioso, llevaba los cabellos canos despeinados, tenía ojos pequeños y, como observó un oficial norteamericano, «un aire de risueña preocupación»; un conocido británico escribió que «se parece más a un cirujano relativamente exitoso» que a un militar de carrera. Como vestimenta, prefería los pantalones y las polainas anticuadas; a medida que sus tropas avanzaban al este, de vez en cuando se le podía ver espiando por debajo de la lona impermeabilizada de algún vagón para saber lo que le había traído el tren.

Un general británico perjudicó a Anderson con el sutil elogio de ser «un cocinero bueno y simple». La frase pronto circuló por todos los clubes nocturnos de la ciudad. Ciertamente, era el tipo de escocés torpe y brusco invariablemente descrito como «adusto». Un irónico subordinado le dio el alias de «Luz de sol», mientras que el nombre cifrado que usaban los norteamericanos era «Cascarrabias». Con dominio del francés y el italiano, podía guardar silencio en cualquier idioma. Hasta sus escasas palabras pertenecían al ámbito privado; al poco tiempo de llegar, amenazó con expulsar del norte de Africa a cualquier corresponsal que lo citara. Eisenhower señaló que «estudia la palabra escrita hasta que prácticamente la quema a través del papel». Pocos podían adivinar la lucha perpetua de Anderson contra lo que él denominaba «una forma extraña de inhibición o de timidez que no me permite salir de mi cascarón... A menudo me gustaría abrirme, pero me resulta muy difícil. La naturaleza humana es extraña». Sin duda, se trataba de la voluntad del Señor, y él creía mucho en Dios y creía en que «una buena medicina para la autoestima es tropezar con serios contratiempos en diferentes momentos». Esos paliativos le esperaban en el camino a Túnez.

La agenda más ambiciosa de Anderson en la víspera de ANTORCHA formulaba que los paracaidistas aliados estuvieran en Túnez y Bizerta para el 12 de noviembre con refuerzos siguiéndoles de inmediato. Las exigencias de la invasión, incluyendo la resistencia francesa y el transporte de paracaidistas norteamericanos a través de medio continente, hicieron trizas aquella agenda. En cambio, el lento movimiento en tierra de las tropas por tren y a pie tendría un paralelo con una serie envolvente de escaramuzas de las fuerzas navales en la costa del Mediterráneo.

Un batallón del regimiento Royal West Kent desembarcó sin oposición a primera hora del 11 de noviembre a 160 kilómetros al este de Argel, en Bougie (Bugía), donde se dice que fue inventada la vela. Pero el fuerte oleaje hizo que la Royal Navy tuviera que planear un desembarco similar 50 kilómetros más al este, en Djidjelli. Este pequeño problema acarreó importantes consecuencias. La imposibilidad de llevar combustible al aeropuerto de Djidjelli paralizó ahí los Spitfire de la RAF durante dos días, dejando a las fuerzas de Bougie sin prácticamente cobertura aérea.

Alas 16.40 horas del 11 de noviembre, aprovechando unas nubes bajas, treinta Ju-88 atacaron el puerto de Bougie seguidos de inmediato por aviones lanzatorpedos. Cuatro bombas explotaron en el transporte *Awatea* seguidas por un torpedo que lo

partió a babor; con una inclinación de 40°, ardió con más fuerza de lo que podría haber imaginado cualquier fabricante de velas de Bougie. El destructor *Bicester* recogió 25 supervivientes y echó agua con sus mangueras en el casco ardiente del transporte; se acercó tanto que las llamas acariciaron el destructor y los pescantes del *Awatea* dañaron un poco el puente de mando. Al cabo de veinte minutos, hasta el osado *Bicester* tuvo que desistir de su ayuda. Destruído por una formidable explosión final, el *Awatea* se hundió a las 23 horas.

El *Roberts* recibió el impacto de dos bombas que le causaron graves destrozos. Pero peor suerte tuvo el transporte *Cathay*, que llevaba 1.200 soldados británicos a bordo. Con el casco abollado por los proyectiles, que casi le dieron de lleno, el *Cathay* recibió una bomba sin estallar en la cocina. Eso fue suficiente para espantar a la tripulación, ya despavorida; bajaron los botes sin autorización y se alejaron remando de las tropas abandonadas y aterrorizadas. Una flotilla de rescate de lanchas de desembarco se las ingenió para llevar a tierra a casi todos, aunque una lancha fue bombardeada y un médico informó haber visto a un soldado con ambas piernas amputadas «nadando frenéticamente sólo con los brazos». Poco después de medianoche, el *Cathay* se incendió y ardió toda la noche antes de hundirse.

El 12 de noviembre también fue un mal día. A fin de prepararse para más ataques aéreos al alba, el barco con baterías antiaéreas *Tynwald* levó anclas a las 4.45 sólo para que le estallara una mina lanzada por un avión alemán. Se hundió a siete brazas de profundidad. Al alba, el ataque se hizo realidad. Las bombas dieron al transporte *Karanja*, cuyas bodegas estaban atestadas de supervivientes del *Cathay*; una vez más bajaron los botes sin autorización. Presintiendo que la mañana pertenecía al enemigo, el capitán del *Karanja* ordenó abandonar el barco a las 8.30. La embarcación naufragó poco después.

La mayoría de los soldados y marineros dio muestras de valor, pero el coraje no pudo borrar el hecho de que cuatro naves británicas fueron hundidas y una quinta dañada antes de que la fuerza de ataque pudiera salir de Argel. A varios barcos se les ordenó que cumplieran funciones de barco hospital y volvieron al puerto de Argel con los muertos en sacos de lona y los heridos sobre las mesas de las salas de oficiales. Las tropas británicas en tierra en Bougie empezaron a avanzar hacia el este con una ocasional mirada por encima del hombro; entre otras pérdidas, sus abrigos yacían en el fondo de la ensenada de Bougie y el Atlas tunecino se elevaba en el horizonte.

Las cosas fueron mejor en Bône, a 200 kilómetros al este de Bougie, donde en el año 393 se celebró un concilio de obispos que reconoció por primera vez el texto canónico del Nuevo Testamento. Dos destructores británicos de transporte descargaron sin oposición un contingente de tropas británicas y de comandos norteamericanos que cantaron el himno galo mientras desembarcaban. Trescientos paracaidistas bajo el mando del comandante R. G. PineCoffin, de apellido tan poco oportuno, pronto bajaron para unirse a ellos; el dificultoso desembarco se cobró la vida de un hombre y más de

una decena de heridos, incluido un oficial con conmoción cerebral que estuvo cuatro días en coma, murmurando: «Camarero, comeré un poco más de rodaballo». Cuando el 12 de noviembre se puso el sol, esta fuerza aliada estaba a sólo 300 kilómetros de Bizerta.

Por desgracia, Bône también estaba comparativamente próximo a los aeropuertos de Kesselring en Sicilia y Cerdeña. Las bombas arrasaron la estación de trenes, el cine y la terraza del bar con sus parasoles a rayas. Las bombas pulverizaron el silo del puerto y una cascada dorada de granos se desparramó por los muelles provocando la huida por las callejuelas de las mujeres que portaban sus bolsas de compra y sus cochecitos de niños. De los 22 muelles del puerto, 18 quedaron destruidos. Los ataques aterrorizaron tanto a la población local que cuando seis barcos aliados de cabotaje llegaron esa semana, no se pudo contratar a trabajadores nativos para descargar. Los soldados británicos obligados a servir como estibadores compusieron una cancioncilla para la ocasión.

*En este ejército sólo tenemos una queja:
muy poca carne, pero demasiado Bône.*

Tras haber enviado a Napoleón al exilio, el ejército británico acaso se sintió legitimado para ignorar los preceptos del emperador. Por ejemplo, la máxima de que la maniobra más difícil implica marchar en columnas muy separadas contra un enemigo con tiempo suficiente para atacarlas una a una antes de que converjan. Un ataque semejante a través de un amplio frente fue precisamente la propuesta del general Anderson y su Estado Mayor. Además, pensaban llevarlo a cabo con pocos tanques y escasa artillería en un terreno montañoso idóneo para la defensa y las emboscadas.

El 14 de noviembre, el general Anderson ordenó el avance hacia el este de todas las fuerzas disponibles con la esperanza de atacar Túnez y Bizerta en una semana. La 36.ª brigada británica (4.500 hombres de la 78.ª división) iría por la costa en el flanco izquierdo de los aliados. Un contingente equivalente de la 11.ª brigada seguiría una ruta paralela a unos 40 kilómetros al sur, en el flanco derecho de los aliados. En el centro, un grupo variopinto de 2.600 tanquistas, fusileros y paracaidistas conocido como Blade Forcé atravesaría las tierras altas y escarpadas entre las dos brigadas.

El plan británico consistía en partir en dos la cabeza de playa alemana y aislar Bizerta, que sería capturada después de la caída de Túnez. Las compañías estadounidenses entrarían en combate a medida que llegasen. Por el momento, el ejército de Anderson disponía de poco más de 12.000 hombres; todas las tropas «disponibles» casi no llegaban a la décima parte de los desembarcados en la operación ANTORCHA. Los blindados británicos contaban con el tanque Valentine, una lata obsoleta con una tripulación de tres hombres, una velocidad de crucero de 12 kilómetros por hora y un cañón que disparaba proyectiles de un kilo, algo comparable a arrojar barras de pan duro al enemigo.

El plan se formuló; el plan se fijó, y cualquier enmienda, pese a la prueba

evidente de que las veteranas tropas del Eje ahora extendían la cabeza de puente hacia el oeste, «no tenía ningún atractivo para la ordenada mentalidad británica».' Lo que podría haber hecho Anderson, dado su mísero ejército y pobre logística, es discutible, pero reunir sus tropas dispersas en un solo grupo de ataque podría haber sido una alternativa válida.

Y luego, ya estaban en Tunicia. Saliendo de Argelia por la antigua frontera entre Numidia y Cartago, el camino de curvas muy pronunciadas pasaba por hileras de alcornoques y montañas cenicientas con fragancia de humedad y madera quemada. Las noches eran gélidas. El viento y las lluvias heladas obligaban a los hombres a taparse la cara con los cascos como si fueran viseras de armaduras medievales. Las cartas a las familias hacían hincapié en lo «nórdico» del norte de África, que los soldados describían como «un país frío de sol caliente». Mínimamente más extenso que el estado de Georgia, Tunicia en invierno se parecía más a Michigan. En las raras ocasiones en que se permitía encender fogatas, los norteamericanos se abrigan con mantas cubiertas de nieve, pero los ateridos británicos sólo pensaban en los abrigo perdidos.

Cuando los aviones Messerschmitts empezaron a merodear con creciente frecuencia, se acabaron las fogatas. Tomaban el desayuno de cara al este para que todos pudieran ver los aviones en misiones de bombardeo contra la luz del sol. El aprovisionamiento era irregular. Había absurdos excedentes de aceite para el cabello y de otras cosas superfluas, y carencias desesperantes de municiones, comida fresca o cubertería. «Lo más importante», advirtió un tanquista británico, «es no perder la cuchara.»

A fin de proteger el flanco sur de Anderson, Eisenhower envió a Edson Raff, cuyo batallón de paracaidistas estadounidense se había reagrupado después de su dispersión por el Mediterráneo en la operación VILLANO. Los «villanos» de Raff saltaron, esta vez sin dificultades, de 33 aviones en la ciudad de Tébesa, al este de Argelia. Allí se los hizo subir a unos autocares verdes propulsados a carbón y con una ametralladora montada sobre cada baca de equipaje. En un camino auténticamente romano pasaron granjas de estuco pintadas de rosa y villas francesas neopalladianas hacia el remoto oasis de Gafsa, donde la fuerza concentró 2.500 hombres. Detrás de ellos, un cuerpo de ingenieros estadounidense en camino a un paso montañoso llamado Kasserine fue detenido en un puesto fronterizo por funcionarios franceses de aduanas que exigían el pago de los impuestos por el material que llevaban. Tras darse cuenta de que tanto los franceses como los árabes resultaban hipnotizados por el poder de los sellos oficiales, los ingenieros fabricaron su propio sello de goma y estamparon el sello en todo el equipo para «escapar de allí».

Pero la gran mayoría de las fuerzas aliadas estaba más al norte; se trataba de las dos brigadas que se abrían paso cada cual por su cuenta hacia Túnez. Leñadores de Lancashire, oficinistas de Kent, trabajadores de Surrey, todos estaban a las órdenes del general Vyvyan Eveleigh, comandante de la 78.ª división británica. Conocido como

Santa Claus por su rostro rubicundo e imponente cintura, Evelegh era un hombre de nariz achatada, dientes separados y con el obligado bigote de oficial inglés sobre el labio superior como una insignia de campaña. Era voluble; su risa estentórea podía dar paso a estruendosos improperios que no decrecían pese a su tendencia a tartamudear cuando enfurecía. Se decía que tenía problemas con uno de sus subordinados, el comandante de la brigada de guardias de élite con respecto al burocrático tema de la antigüedad. También se decía que aspiraba a conquistar Túnez antes de que otros de mayor rango pudieran hacerlo y se quedasen con el mérito.

Con la autorización de Anderson, Evelegh decidió lanzar 500 paracaidistas por delante de las brigadas viajeras. El 1.er batallón británico subió a bordo de los aviones el 16 de noviembre y saltó en el pueblo fronterizo de Souk el Arba. Cinco soldados resultaron heridos cuando se disparó accidentalmente un subfusil Sten y otro murió estrangulado en el aire por las cuerdas de su propio paracaídas. Todos los habitantes del pueblo asistieron al funeral y, siguiendo una costumbre local, las 3.000 personas insistieron en estrechar la mano del oficial designado para presidir la ceremonia.

Siguieron viaje en autocar hasta Béja, una ciudad de montaña a 65 kilómetros, con ruinas que databan de los días en que los campos locales de granos proporcionaban el pan para los circos romanos. Después de una pésima noche con mal tiempo, el batallón estableció el puesto de mando el 17 de noviembre en la carnicería local. Quinientos soldados desfilaron por las estrechas callejuelas de Béja con sus cascos como platos de sopa; luego, discretamente, se cambiaron los cascos por boinas rojas y volvieron a marchar para simular «una inexistente preponderancia» en honor de cualquier francés o árabe de titubeante lealtad. Engañada o no, la población aplaudió desde los balcones de sus casas blancas y desde los parapetos de las torres bizantinas de Béja.

Volvieron a aplaudir el 18 de noviembre cuando en el noreste una patrulla británica tendió una emboscada a una reducida columna alemana matando a seis soldados enemigos y regresando a Béja con nueve soldados esposados y un coche oficial alemán, que fue exhibido como si fuera el botín de un centurión. La emboscada tuvo lugar a sólo 15 kilómetros de Mateur, la ciudad que es la puerta de acceso a Bizerta. Realmente, en ese momento estaban cerca. A los paracaidistas británicos y norteamericanos les pareció que la meta estaba al alcance de sus manos.

Pero entonces los Stukas avistaron Béja e iniciaron una serie de interminables ataques (los británicos los llamaron «rebotes») que acallaron los aplausos. Las bombas abrasaron la ciudad con fuego y destrozaron los tejados franceses a lo largo de la Avenue de la Gare, dejando al descubierto las vigas calcinadas y el papel de las paredes quemado como algo impúdico y vergonzante. Las bombas removieron los pequeños jardines y pulverizaron las casas árabes de adobe. Las bombas devastaron las ruinas romanas y bizantinas y resultaba difícil distinguir los restos antiguos de los escombros modernos. Béja fue bombardeada con tal intensidad que en una semana

murieron 300 franceses y árabes y no había suficiente cal en todo Tunicia para quitar el olor a muerto.

Decayó el entusiasmo local por la causa aliada (y por toda causa) y hasta la sombra de un pájaro bastaba para que los habitantes salieran histéricos a la calle en busca de un refugio inexistente. Como había sucedido en Bône y Bougie y como sucedería en otras mil ciudades entre aquí y Berlín, Béja se encontró entre el fuego cruzado de los aliados y de sus enemigos del Eje y resultó víctima de una guerra total que había comenzado esa semana justamente allí.

MEDJEZ-EL-BAB

«Quien ocupe Medjez-el-Bab posee la llave para el dominio de Tunicia», se cree que declaró Aníbal. Esta cita puede parecer apócrifa, pero esa opinión había sido verdad en los siglos anteriores a Cristo y seguía siendo válida en 1942. La moderna Medjez-el-Bab era una polvorienta población comercial con olor a romero y enebro en la que confluían todos los caminos, un sitio para que los duros comerciantes vendieran tabaco y sal a los colonos franceses, con los que pagaban a sus aparceros árabes. En la ciudad se podían encontrar las huellas de Roma, Bizancio y hasta de la España del siglo XVII; el nombre significaba «vado de la puerta». Fue en Medjez donde las fuerzas aliadas y del Eje se enfrentarían «con la fuerza guerrera de los luchadores armados de bronce», según las palabras de Homero, y fue en las inmediaciones de Medjez donde se llevaría a cabo gran parte de los combates de los siguientes siete meses.

El valor estratégico de Medjez-el-Bab se debía a su posición dominante sobre el río Medjerda, a 50 kilómetros de Túnez. Elevándose en las tierras altas de Argelia, el Medjerda era una serpentina en dirección ligeramente al noreste a lo largo de 200 kilómetros antes de desembocar en el golfo de Túnez entre Bizerta y la capital. Se trataba de un raro pasaje a través de la Dorsal tunecina, la escarpada cordillera que se extendía al sur y separaba la planicie costera del este de Tunicia. Se decía que el valle de Medjerda en Medjez estaba entre los seis más fértiles de la tierra; los campos ubérrimos y los canales de regadío evocaban el valle Central de California. El río, de poca profundidad y color mostaza, tenía menos de 100 metros de ancho, con riberas de hasta seis metros de alto y un lecho lleno de densos matorrales de heléchos. Un puente en arco de ocho puntos construido en el siglo XVIII con las piedras del viaducto romano original cruzaba el Medjerda en Medjez. Era el mayor de los nueve puentes que cruzaban el río a intervalos de 10 a 15 kilómetros.

En aquel lugar bucólico, el comandante de la división Túnez, el general Barré, decidió hacerse fuerte. Tras negarse a seguir la senda colaboracionista de los almirantes Esteva y Derrien, Barré había contemporizado una semana con los alemanes dando a entender que podía llegar a capitular mientras intercambiaba espacio por tiempo. Sus 9.000 hombres avanzaron con cautela de Túnez a las montañas, donde

recuperaron pequeños alijos de combustible y municiones escondidos hacía dos años como precaución después de la invasión alemana de Francia. Mal armados con algunos tanques vetustos y media docena de piezas de artillería arrastradas por mulas, los hombres se encontraron entre las fuerzas aliadas que se aproximaban desde el oeste y las tropas del Eje que presionaban desde el este, lo cual era una metáfora perfecta para los comandantes de Vichy como colectivo.

Mientras los paracaidistas británicos desfilaban el 18 de noviembre en Béja, a unos 30 kilómetros, el 3.º batallón del 5.º regimiento alemán de paracaidistas tenía a la vista Medjez-el-Bar. Las tropas con los abrigos grises de campaña y cascos como cubos de carbón se desplazaban por la carretera 50, un estrecho camino bituminoso paralelo al Medjerda que llevaba directamente al puente de piedra en Medjez. Se movieron por los bosques de eucaliptos que bordeaban el río y evitaron los setos de cactus que rodeaban las pequeñas granjas al este de la población. Muchos habían envuelto los cañones de sus rifles con papel de periódico para que no se les enlodaran.

Aunque los alemanes eran soldados veteranos que dos semanas antes se habían entrenado en Normandía para una posible invasión de Malta, no tenían mucha más movilidad ni estaban mejor armados que los lentos franceses o británicos. Los mensajes al cuartel general de Túnez dejaban constancia de la falta de palas, radios, comida caliente, subfusiles y prismáticos. El jefe del batallón era un capitán moreno y de anchos hombros llamado Wilhelm Knoche a quien le gustaba citar a Federico el Grande: «En mi ejército, no necesito oficiales con mala suerte». La suerte de Knoche había persistido hasta ahora en varias negociaciones con los oficiales franceses; después de estudiar un mapa en el que había mostrado posiciones de regimientos totalmente ficticios, los franceses cedieron las ciudades de Djedeida y Tébourba en el valle del Medjerda, pero Barré se negó a entregar Medjez. Entonces, la paciencia alemana, nunca muy abundante, se había acabado. El mariscal de campo Kesselring presentó nuevas exigencias para «echar al enemigo hasta Bóne» y para terminar con «una situación intolerable enviando los Stukas contra las divisiones francesas». Knoche hizo una advertencia en la última negociación. «Piensen lo que está en juego. Cuando yo me vaya, se habrán acabado las contemplaciones.»

A las cuatro de la mañana del 19 de noviembre, un diplomático alemán en un coche con bandera blanca entró en Medjez y se detuvo ante una casa de estuco sobre el río. Los franceses tenían hasta las siete para arriar su bandera. Esta vez no hubo negociaciones; se trató de un ultimátum. Un coronel francés replicó con fuerza dramática que su honor y el de Francia habían sido injuriados. Aunque los hombres de Barré estaban dispersos por la Dorsal oriental y sólo unos centenares de soldados defendían Medjez, lucharían. Tenían munición suficiente para un día de combate siempre que no tuvieran que disparar demasiado.

Barré comunicó a un escuadrón de blindados británicos próximo a Medjez que esperaba un ataque en las próximas horas. También telefoneó al cuartel general francés

en Argel anunciando su retorno a la causa abada y la inminente destrucción de sus fuerzas.

Un mal plan británico siempre puede empeorar. El 18 de noviembre, Anderson había ordenado al general Evelegh que no lanzara su 78.a división hasta que hubiera concentrado sus fuerzas, pero en una serie de llamadas nerviosas y suplicantes, los generales franceses ahora reclamaban refuerzos. Poco después de las 6 horas, el cuartel general de Anderson informó a Giraud que «si bien se hará todo lo necesario para ayudar», los cazas estacionados en Bône estaban demasiado lejos como para operar y además no había tanques disponibles.

Santa Claus estaba en apuros. El valor estratégico del valle del Medjerda era evidente, pero tropas alemanas con tanques habían aparecido en el flanco izquierdo a unos pocos kilómetros de la costa mediterránea. La fragmentada fuerza aliada estaba a punto de fragmentarse aún más. Evelegh envió a Medjez varias unidades, incluidos los 500 paracaidistas de Béja, y 12 obuses norteamericanos del 175.º batallón de artillería de campaña.

Una madrugada asalmonada apareció en el valle anunciando un hermoso día de otoño. Los granjeros salieron a alimentar a sus animales echando miradas de ansiedad a los 200 alemanes vestidos de gris que esa noche se habían atrincherado en el margen este del Medjerda, a 100 metros de Medjez. El capitán Knoche trasladó el puesto de mando a un cementerio en los altos del pueblo. Pasaron las 7, luego las 8 y las 9 y el ultimátum pareció haber sido un farol, pero a las 9.15 sonaron disparos de rifle seguidos por el rápido tableteo de las ametralladoras. Los aterrorizados habitantes huyeron del pueblo. «¡La guerra había empezado!», recuerda con jovialidad un artillero norteamericano.

Al oeste de la población, varios soldados británicos esperaban a un lado del camino para guiar a una batería de artillería estadounidense a las posiciones de fuego. A lo lejos, vieron el polvo que levantaba una columna. Pronto la columna se materializó en cuatro carros blindados con obuses que pasaron a gran velocidad mientras los británicos les gesticulaban frenéticamente. Subieron una pequeña cuesta que dominaba Medjez, donde frenaron en seco y a la vista de los alemanes. El fuego, que había sido moderado hasta entonces, subió de tono y arreció. Un oficial británico informó que hubo «disparos de todos los calibres».

Los paracaidistas británicos y los campesinos de Derbyshire se apresuraron a rescatar a sus congéneres. La contienda se aplacó sólo cuando los truculentos norteamericanos se convencieron del mérito de retirarse. Cuando el jefe de los paracaidistas británicos, el teniente coronel S. J. L. Hill, preguntó qué razón había habido para atacar de forma tan excéntrica, la respuesta fue que «los equipos artilleros habían decidido que uno de ellos sería el primero en disparar contra los alemanes en esta guerra mundial. Empezaron haciendo una carrera para ver quién llegaba primero». Hill aceptó filosóficamente esta explicación del mismo modo que aceptó la respuesta

que le dio un soldado norteamericano de por qué disparaba contra el campanario de una iglesia: «Para ver si podía darle». La respuesta, llegó a la conclusión Hill, era «bastante honesta».

El balance del día fue menos risueño. A las 10.45 aparecieron 120 espahíes con capas rojas y turbantes con pelo de camello. Con el estrépito de los cascos y sus gritos ululantes de guerra, la doble columna se lanzó al galope hacia el puente de piedra justo cuando aparecieron los primeros bombarderos alemanes. «Los pobres desgraciados fueron hechos polvo por los Stukas», observó un artillero norteamericano. Los aviones cayeron prácticamente en picado, las sirenas a todo volumen y las bombas plateadas bajando. En un remolino de humo y de capas, pedazos de caballos y jinetes volaron por los aires. De lo que no pudieron destruir los Stukas, se encargaron los morteros y las ametralladoras alemanas. Un testigo contó los cadáveres de 97 jinetes.

A última hora de la tarde, los alemanes ocupaban toda la zona al este del río, salvo la estación de trenes. Los franceses coloniales lucharon mientras tuvieron munición, pero cuando se les acabó, también cayó la estación. Sin embargo, incluso con los Stukas realizando un ataque cada dos horas, los alemanes no pudieron desalojar a las tropas de Barré de las tiendas y viviendas de la margen oeste. El fuego furibundo de los cañones estadounidenses de 25 libras cubría el puente y rechazaba todo intento de atravesarlo. Knoche, el comandante alemán, ordenó que una patrulla numerosa de la 10.ª compañía vadeara el río y flanqueara a los defensores desde el sur. Una vez cruzado el río con las aguas gélidas hasta el cuello, los alemanes capturaron un nido de ametralladoras francés e hicieron varios prisioneros.

Pero la patrulla estaba rodeada, expuesta al fuego enemigo e incapaz de llegar a los contrafuertes del puente. Fue el turno de morir para los alemanes. Al aventurarse a salir del refugio en la orilla del río, el jefe de la compañía pronto se desplomó en el pavimento con una bala en la cabeza. Una ametralladora aliada segó los matorrales de la ribera hasta que el agua se ensangrentó y los cuerpos alemanes flotaron río abajo como una flotilla grisácea. Únicamente cuatro hombres pudieron regresar a la margen este.

Cayó la noche. Tronó un mortero alemán; pocos segundos después, otra detonación golpeó un pueblo cada vez más castigado. Los soldados aliados, inmóviles en sus estrechos refugios, observaban el techo rectangular del cielo y todas las estrellas en su curso. Los comandantes franceses contaron las bajas de la carnicería, había caído casi una cuarta parte de las tropas de Barré, e hicieron otra inútil petición de blindados, municiones y tropas.

A la una de la madrugada del 20 de noviembre, una serie intermitente de explosiones cayó sobre los cuatro sectores de Medjez. Con el refuerzo de dos compañías de infantería italiana, diez patrullas alemanas habían cruzado el río con cargas de explosivos y granadas. Los subfusiles disparaban contra cualquier sombra que se movía. Las tropas aliadas retrocedieron dejando intacto el puente que habían

preparado para que explotara. Las llamas consumían en el pueblo moribundo.

El coronel Hill llamó al oficial francés de mayor rango en Medjez y le informó que se iniciaría de inmediato una retirada general. A las 4.30 horas, el pueblo fue abandonado. Los artilleros norteamericanos, junto con soldados franceses y británicos de infantería, marcharon al oeste hasta un alto risco a medio camino de Béja. Las tropas de Knoche, que sólo habían tenido 22 bajas, entraron en Medjez tan pronto como se fueron los aliados. Al alba, la llave de la puerta estaba en manos alemanas.

Esta noticia desagradable enervó al general Anderson, cuyo gran asalto de Túnez y Bizerta estaba programado para el 21 de noviembre. Anderson se había resistido a enviar más norteamericanos a Tunicia por miedo a que la frágil logística del I ejército no resistiera la presión; ahora dudaba de poder llegar a Túnez sin nuevos contingentes. Dados los persistentes problemas de aprovisionamiento y las dificultades para concentrar el poder bélico aliado, ordenó un aplazamiento de tres días.

El innato pesimismo de Anderson quedó reforzado con una breve gira por el frente, donde descubrió pruebas irrefutables de que la concentración de fuerzas alemanas iba mucho más rápida y era mucho más pujante de lo que habían anticipado en Londres y Washington. Sin embargo, todavía ningún bando podía lanzar una ofensiva sostenible. «Se ensartan trocitos de guerra... como cuentas de un collar», escribió el corresponsal A. J. Liebling. Tunicia se había convertido en un «extraño tipo de frente», observó un comandante norteamericano. «Tiene unos veinte metros de ancho y poco más a cada lado del camino.»

Pero las fuerzas del Eje presionaban en el norte y se infiltraban en el flanco sur, donde habían reconquistado el oasis de Gafsa. El nuevo comandante en Tunicia, el teniente general Walter K. Nehring, un veterano de Polonia, Francia y Rusia, así como del Afrika Korps de Rommel, declaró con un apremio rara vez detectado en las acciones aliadas: «No hay tiempo que perder... Cada hombre debe estar convencido de que tiene que luchar por su posición hasta la última gota de sangre». Nehring ahora tenía en Tunicia 16.000 soldados alemanes y 9.000 italianos; habían llegado tan rápidamente que la inteligencia aliada, pese a la operación Ultra, había perdido la cuenta y creía que la cifra era la mitad de lo que realmente era. Por su parte, los aliados habían perdido la oportunidad de dar una sorpresa debido a una utilización lenta y tácticamente dudosa del terreno tunecino; los valiosos tanques, por ejemplo, habían sido enviados al flanco izquierdo, donde las montañas los hacían inútiles.

Una hosca frustración impregnó el ambiente. Los soldados británicos empezaron a referirse a las tropas norteamericanas como «Alicias». No se trataba de un piropo. Anderson cablegrafió a Eisenhower en Gibraltar: «La imagen halagüeña de una ayuda rápida y eficiente por parte del ejército francés es sólo fruto de la imaginación». El jefe naval de Eisenhower, el almirante Andrew B. Cunningham, escribió a un amigo: «Túnez es de cualquiera que le importe llegar allí, pero los hunos nos están ganando esa carrera».

Sin perder jamás la oportunidad de actuar como mariscal de campo, Churchill acusó impaciente a sus comandantes militares de tibieza y desinterés por la logística. «El ejército es como el pavo real; casi todo cola.» A lo que replicó tajante el jefe del Estado Mayor, el general Brooke: «El pavo real sería una ave muy mal equilibrada sin su cola». Pero Churchill, sin dejarse persuadir, simplemente cambió la metáfora: «Yo quería que el norte de Africa fuera una plataforma de lanzamiento, no un sofá». Si bien los comandantes británicos expresaron sus dudas sobre la capacidad combativa de los yanquis, algunos albergaban serios reparos con respecto a sus propios rangos. A principios de año, Churchill había expresado su preocupación de que «nuestros soldados no sean tan buenos combatientes como lo fueron sus padres», y a Brooke le angustiaba que «la mitad de nuestros comandantes de cuerpos y divisiones son totalmente incompetentes» debido a «la pérdida de nuestros mejores oficiales en la última guerra».

Eisenhower mantenía el ánimo pese a que le corroía la sospecha de que la campaña se le estaba yendo de las manos. «Mi mayor preocupación en este momento es que los refuerzos del Eje saliendo de Sicilia e Italia hacia Tunicia llegan más rápido de lo que yo puedo enviar tropas a la línea del este», le escribió el 21 de noviembre al general Henry H. «Hap» Arnold, comandante de las fuerzas aéreas. Al día siguiente, en un memorándum, añadió: «Sería equivocado suponer ahora que las fuerzas del Eje, estimadas en 12.000 hombres, serán rápidamente destruidas». Estaba más equivocado de lo que creía: las fuerzas reales de Nehring eran de 25.000 hombres para el 25 de noviembre. Resultaba difícil dilucidar las causas del fracaso, pero Eisenhower las resumió en una nota a Beetle Smith: «Si no conquistamos Tunicia rápidamente, cedemos la iniciativa, damos tiempo al Eje para que haga lo que quiera en la región, damos ánimos a nuestros enemigos en el área, individual y colectivamente... La batalla no está, repito, *no* está ganada».

Lo más desalentador era la superioridad aérea del enemigo. Los aviones del Eje ya tenían disponibles en Tunicia siete aeropuertos, sin contar las bases de Sicilia, Cerdeña y la bota italiana. Kesselring había reunido 27 escuadrones de Stukas y cazas. Atacaban de forma incesante.

Los aparatos aliados, por su parte, operaban desde pistas de tierra tan lejanas (Bône, por ejemplo, distaba 215 kilómetros de Túnez) que no podían permanecer más de 10 minutos sobre el campo de batalla. El 21 de noviembre, un ataque de la Luftwaffe destruyó en Argel más de una decena de aviones en tierra y obligó a que las Fortalezas Volantes buscaran pistas más seguras en las proximidades de Oran. Eso significó que para efectuar un bombardeo en Túnez se debía hacer un vuelo de ida y vuelta de casi 2.000 kilómetros. Entre los aviones destruidos, estaba el avión personal de Eisenhower, que lo había donado para la campaña aérea.

Las condiciones en los aeropuertos eran precarias. A menudo los pilotos debían cargar la gasolina de sus propios aviones con bidones de 20 litros usando un cedazo

para filtrar la gasolina francesa mal refinada. Se enviaron pocos equipos de radar a África, de modo que la vigilancia de los aliados consistía en gendarmes franceses con teléfonos. A finales de noviembre, sólo la mitad de la fuerza aérea en el norte de África era fiable; los pilotos norteamericanos perdieron casi el doble de aparatos en choques y otros accidentes que en combate, una proporción descrita por un comandante como «bastante aterradora». El alto mando aéreo aliado estaba desorganizado, poco coordinado y dividido por rivalidades y chovinismos nacionales.

Para su infortunio, las tropas aprendieron que el norte de África no sólo era frío, sino también húmedo. Los 400 mm anuales de lluvias caían casi exclusivamente entre noviembre y marzo. Las tripulaciones usaban palos y palas para quitar el barro de las ruedas a fin de que los aparatos pudieran deslizarse por las pistas. Para que la parte delantera no se hundiera en el lodo, los oficiales de vuelo se sentaban en el estabilizador horizontal y luego saltaban a tierra cuando el aparato cogía velocidad. Los ingenieros de aviación trataban de cubrir los aviones con esteras de corcho, bambú y acero, pero todo era inútil; el lodo se las tragaba. «Un lodo tan zalamero que se nos mete hasta en las axilas», escribió un soldado británico.

El 24 de noviembre, Eisenhower ordenó al general Eveleigh que reanudara su avance hacia Túnez y Bizerta lo más rápidamente posible. Una vez más, emprendieron el paso las dos brigadas con la Blade Forcé entre las dos. En el ala izquierda, a 12 kilómetros de la costa mediterránea, la 36.ª brigada encontró un enemigo reacio a presentar batalla. Los paracaidistas alemanes, en vez de hacerse fuertes en el camino y esperar el asalto británico, simplemente se batían en retirada sembrando de minas el terreno abandonado. Una vez más avanzaba la brigada; una vez más se retiraban los alemanes con la misma precisión que se baila un minué. Así fueron las cosas durante dos días y el avance iba a un paso de paquidermo de varios cientos de metros la hora.

A unos 50 kilómetros al sur, en el flanco derecho de los aliados, tres batallones británicos de la 11.ª brigada volvieron a Medjez-el-Bab con un asalto sobre dos flancos reforzado por artilleros norteamericanos. Los oficiales blandían sus bastones para inspirar a los soldados mientras todos se pintaban el rostro con corchos chamuscados. Desde el suroeste, el regimiento de Northamptonshire y el 175.º norteamericano de artillería de campaña atacaron antes del alba del 25 de noviembre. A cinco kilómetros de Medjez mataron a una decena de italianos y conquistaron los altos llamados Dje-bel Bou Mouss, pronto rebautizados como Colina Granadero. El nuevo nombre perduró, pero las tropas aliadas, no. Un contraataque de tanques alemanes salidos de Medjez recuperó el risco en pocas horas. Los aliados volvieron a retroceder, esta vez para esperar refuerzos de un batallón acorazado norteamericano que debía llegar al día siguiente.

La otra punta del ataque aliado contra Medjez provino del noroeste. El 2.º batallón de los fusileros de Lancashire avanzó en camiones y luego las tropas se acercaron a pie a la población. Caminaron en silencio a la vera de la carretera y sobre

las vías del tren con el solo ruido de sus pasos y de los crujidos del equipo. A las 4.30 horas apareció a la vista el Medjerda, un riachuelo plateado bajo los negros arcos del puente. Al otro lado se vislumbraban en el horizonte las primeras luces del alba. El teniente coronel L. A. Manly, el comandante del batallón británico, anduvo hasta ese punto y después de un intercambio de gesticulaciones y susurros, avanzó una patrulla de reconocimiento. Quinientas sombras en impecable formación avanzaron en campo abierto.

Todo esto estaba siendo visto. El batallón del capitán Knoche observaba desde su emplazamiento, ahora reforzado con cañones de 88 mm y tanques del 190.º batallón Panzer. Los combates en Creta y en Holanda habían hecho a los paracaidistas alemanes expertos en medir las distancias de noche. Los artilleros de los obuses miraban las sombras móviles y ajustaban los cilindros de elevación con la delicadeza de un pirotécnico.

La primera andanada de metralla mató al coronel Manly. Quinientos soldados británicos hicieron cuerpo a tierra al unísono y se arrastraron en busca de cobertura. Sonaron los cañones de los morteros y las bombas alemanas explotaron en el campo a espaldas de los británicos quitándoles así cualquier deseo de retroceder. Luego las bombas se acercaron anulando cualquier deseo de permanecer en el mismo lugar. Los proyectiles horadaban la tierra con ruidos apagados. Entonces, como valientes guerreros de Lancashire, se levantaron y cargaron contra una línea alemana iluminada por los disparos. Golpeándose contra los setos cerca del río llegaron al puente, se metieron en el río y lo vadearon con el agua hasta el pecho mientras mantenían los rifles en alto.

Allí no encontraron más refugio que lo hallado por los de la 10.a compañía de Knoche hacía tres días. Las balas y los fragmentos de mortero acribillaban el agua mientras el siniestro latigazo de los proyectiles de 88 mm sonaba encima de las cabezas. Los heridos caían en el río; a veces, sus compañeros los llevaban a la orilla, a veces, no. Aunque muy desorganizados por la pérdida de Manly y de otros oficiales, dos compañías se las ingenieron para escalar la ribera este y reanudar la carga a través de una tierra de nadie con un estruendo de gritos y de silbatos.

Fueron hechos trizas. Ahora, el sol en lo alto y dándoles en la cara encegueció tanto a los británicos que no podían ver ni los fognazos del fuego enemigo. Los oficiales daban órdenes a gritos que no eran oídas del todo, como si el final de cada frase fuera decapitado. Los hombres tropezaban y volvían a caer de espaldas en el Medjerda, ametrallado a mansalva. Allí la 3.a compañía de Lancashire corrió la misma suerte que si se hubiera quedado en la ribera; el fuego de las ametralladoras y las bombas exterminaron una unidad casi por completo. Los cuerpos volvieron a flotar en la corriente, esta vez con cadáveres ingleses.

El ataque había acabado. Una andanada de la artillería británica procuró cobertura para aquellos que podían cruzar el río y subir al lado oeste. Arrastraban a

los heridos ensangrentados por el cuello. Desde las ruinas de estuco que otrora habían sido viviendas contraatacaron los tanques alemanes y la infantería dio alas a los soldados en retirada. A ambas orillas del Medjerda dejaron, como otra imagen del Somme, «un paisaje de traseros muertos». Esta vez la cuenta del carnicero ascendió a 144 hombres de Lancashire muertos o heridos.

GANSOS GORDOS EN UN ESTANQUE

Con ambas brigadas paradas en seco en los flancos, cualquier esperanza de que el Ejército británico traspasara las líneas enemigas ahora recayó en la provisional Blade Forcé por el centro. Aunque de tamaño insignificante (menos de 3.000 soldados), la unidad podía alardear de más de 100 tanques, la mitad de ellos estadounidenses. Ahora la Blade Forcé avanzó al grito de «¡Blindados, a Túnez!» acompañada de *tirailleurs* senegaleses, «grandes guerreros de ébano con enormes dientes y bayonetas de un metro de largo». Notando una cierta debilidad en la línea del Eje al este del pueblo montaños de Sidi Nsir, la Blade Forcé planeó cortar la línea con sus dos batallones blindados, el 17.º británico y el 21.º norteamericano de lanceros del 1.er regimiento acorazado. Ambos tenían el propósito de crear una zona «infestada de tanques» en el valle del río Tine, a quince kilómetros al norte del Medjerda y casi paralelo al mismo.

Esta orden encantó a los norteamericanos, aunque nadie estuviera muy seguro de lo que significaba «zona infestada de tanques» ni de cómo se podían crear semejantes condiciones. El 1.er batallón, parte de un regimiento creado en 1830 para la guerra del Halcón Negro y aún con numerosos reclutas de Tennessee, Kentucky y Virginia Occidental, estaba bajo el mando de John Knight Waters, un atractivo hombre de 35 años. Hijo de un banquero de Baltimore, Waters había asistido a la Universidad Johns Hopkins durante dos años antes de convencer a un congresista de Baltimore, en cuyo distrito sólo había pasado un día, de que lo inscribiera en la clase de 1931 de West Point. La ambición de Waters por ser piloto quedó frustrada por su mala vista; se contentó con la caballería y se casó con la hija de un comandante cascarrabias llamado Patton. «Waters, yo no le conozco. Vuelva en tres años», le dijo Patton cuando el joven oficial le pidió la mano de su hija. Con el paso del tiempo, Waters se ganó el afecto profundo de padre e hija.

Los 54 blindados ligeros de Waters formaban la punta de lanza de la Blade Forcé porque los tanques medianos más grandes no pasaban por los estrechos túneles tunecinos y estaban en camino al frente marítimo. El «ligero» tanque General Stuart M-3 de 14 toneladas era una rápida y ágil trampa letal con un cañón de 37 mm conocido por los tanquistas como «el rifle para las ardillas». Extrañamente pesado en la parte superior, como una «caja de sombreros a punto de caer del estante más alto del armario», el Stuart tenía una torreta con manejo manual y un motor que requería varias vueltas vigorosas con una manivela manual de arranque. La tripulación de cuatro hombres estaba apretujada y virtualmente ciega, ya que sólo veía el hostil mundo

exterior a través de unas estrechas mirillas. En las frecuentes ocasiones en que no funcionaba la radio, los comandantes del tanque indicaban desde la torreta el rumbo a los conductores en el casco con pequeñas patadas en el hombro izquierdo o derecho. Una patada en la espina significaba «para», y una en la cabeza, «retrocede».

El batallón rodaba hacia el noreste en el estrecho valle del Tine por una senda escabrosa con huellas de cabras. Siempre que aparecían los Stukas en lo alto, Waters escondía los Stuarts entre los cactus más próximos, donde el conductor abría la portilla para refugiarse en alguna zanja; todos repetían: «Estoy muerto de miedo, estoy muerto de miedo». La tarde del 25 de noviembre, las patrullas de reconocimiento avistaron soldados enemigos en una granja francesa que había sido construida para defenderse de los bandidos árabes. Unos árboles gomeros se elevaban por encima de un patio rectangular rodeado por gruesos muros defensivos de cemento y piedra con parapetos y troneras. Fuera del muro, soldados italianos montaban vigilancia desde una red de trincheras y zanjas.

Los tanques de la compañía A se lanzaron al ataque rodeando el sitio en un asalto polvoriento y estrepitoso. El fuego de ametralladora barrió las trincheras matando a unos cuantos soldados, pero el cañón para ardillas apenas arañó el muro de piedra. Waters ordenó que pasasen a la acción la unidad de morteros y los cañones de asalto; pronto se añadieron al fuego de los tanques las detonaciones de los obuses. Los cañonazos rompieron una cuantas tejas del tejado e incendiaron dos almiares, pero el efecto fue menor. Los defensores acribillaron los Stuarts con fuego de rifles y subfusiles rompiendo varias mirillas. Los comandantes de tanque pateaban furiosamente a los conductores (hombro izquierdo, hombro derecho, hombro izquierdo), pero sin infantería ni artillería, el ataque pronto perdió fuerza. Waters ordenó el regreso al valle, donde las tripulaciones se pasaron la tarde arreglando los cascos de los tanques que mostraban cientos de balas enemigas incrustadas. El efecto, escribió un oficial, fue una textura casi humana en el blindaje, «como una barba de tres días».

Más al norte, un batallón de lanceros británicos apresó a 140 soldados alemanes, aceptó una ruidosa oveja de un campesino agradecido y luego rompió filas para tomar el té. Los pilotos de los Stukas confundieron las señales luminosas alemanas con el fuego antiaéreo aliado; un lancero informó que la Wehrmacht envió «varias veces un haz de luces muy suaves, lo que tuvo el efecto satisfactorio de que se bombardearan entre ellos mientras nosotros contemplábamos el espectáculo». Mateur, la puerta a la defensa de Bizerta, distaba sólo 15 kilómetros.

Pero fue en el extremo sur de un paisaje ahora apropiadamente calificado de infestado de tanques donde tuvieron lugar los sucesos más estrafalarios. Cuando acabó su ataque contra la granja, Waters ordenó a los 17 tanques de la compañía C que hicieran un reconocimiento de los puentes del río Medjerda. Al este del valle del Tine, un desfiladero de kilómetro y medio llamado «paso de Chouigui» daba a las planicies

fértiles a 30 kilómetros de Túnez. El camino pavimentado del paso giraba al sureste durante cinco kilómetros hasta los sembradíos y huertos del valle del Medjerda. Esta fue la ruta que siguió el comandante Rudolph Barlow con tres secciones de la compañía C.

A casi 60 kilómetros por hora, Barlow y sus hombres evitaron la ciudad de Tébourba y siguieron tres kilómetros por la carretera 55 hacia el estrecho puente que cruzaba el Medjerda en El Bathan. Unas cuantas ráfagas de disparos de subfusil dispersaron a los centinelas; los aliados, tan mal tratados en Medjez-el-Bab ahora controlaban el puente del Medjerda, a 30 kilómetros río abajo de Medjez y muy detrás de las líneas alemanas.

Con el entusiasmo propio del cuerpo de caballería, Barlow siguió adelante. Sus tanques avanzaron 12 kilómetros al noreste en paralelo con la orilla izquierda del Medjerda, protegidos por olivares, hasta el pueblo de Djedeida. Detrás de un promontorio a pocos cientos de metros, un avión alemán se elevó en el aire seguido por otro. Barlow ordenó que avanzara una sección al mando del teniente Wilbor H. Hooker mientras el resto de la compañía se refugiaba bajo los olivos.

Hooker y sus tanques pronto regresaron velozmente. Un nuevo aeródromo «lleno de aviones» estaba al otro lado del promontorio, informó Hooker. No había centinelas de guardia y la Luftwaffe parecía desconocer la proximidad de los norteamericanos. Barlow ordenó posición de ataque de dos secciones en fondo y una tercera siguiendo a corta distancia. Llamó por radio a Waters e informó con un tono de voz apropiado para la ocasión: «Delante de mí hay un aeropuerto lleno de aviones alemanes en tierra; los hombres están sentados sobre los bidones de gasolina tomando el sol. ¿Qué debo hacer?».

Waters había pasado demasiado tiempo ese día escondiéndose de esos mismos aparatos en los olivares. Ahora casi dio un salto de incredulidad: «¡Por Dios, atáquelos! ¡Deles con todo!».

Diecisiete Stuarts avanzaron y pasaron la cresta de la colina, las orugas girando rápidamente sobre el rastrojo del trigo mientras subían la cuesta del noreste. Los comandantes de los tanques asomaban las cabezas por las torretas para tener una mejor vista que por las mirillas y pateaban a los conductores para que avanzaran. Varias decenas de Messerschmitts, Stukas y Junkers se agrupaban alrededor de la pista de tierra evocando en un oficial norteamericano «a gansos gordos en un estanque». Algunos cargaban gasolina en una improvisada estación de servicio; otros eran armados con bombas y cananas de balas de ametralladora. Las sombras del atardecer se extendían delante de los Stuarts atacantes como si corrieran una carrera con los tanques hasta el fondo de la cuesta. Unos pocos tripulantes de la Luftwaffe se giraron y saludaron con los brazos creyendo evidentemente que se trataba de italianos.

Entonces se oyeron las primeras ráfagas de ametralladora sobre los aviones estacionados. Empezó el caos. Explotaron bidones de gasolina lanzando lenguas de

fuego a la pista y envolviendo tanto a soldados como aviones. El estruendo de 17 cañones de tanques retumbó en las colinas mientras los artilleros de Barlow disparaban tan pronto como sus asistentes reponían las municiones. El fuego de los tanques creó su propio viento caliente barriendo las malezas y dejando una negra nube de escombros delante de los cascos.

Los cañones para las ardillas resultaron ser letales para el blindaje de los aeroplanos. Los aparatos explotaban, se desintegraban y chocaban contra otros aparatos que intentaban despegar. Un Messerschmitt tomó suficiente velocidad para el despegue, pero fue alcanzado por el fuego de las ametralladoras, y envuelto en llamas hizo una pirueta antes de estrellarse en tierra. El lodo frenó los Junkers que tomaban velocidad permitiendo que los artilleros aliados pudieran apuntar tranquilamente a los fuselajes de una punta a la otra del aparato. En cuanto a los que pudieron ganar velocidad, un comandante de tanque los esperaba en la punta de la pista y acribillaba los aviones en vuelo hasta que una plantación cercana quedó llena de aparatos ardiendo.

Los tanques se lanzaron a la pista. Los pilotos aterrorizados con sus cascos de cuero corrían en zigzag por el campo y eran abatidos o atropellados por los blindados. Varios Stuarts rodaron por detrás de unos aparatos aparcados destruyendo metódicamente sus colas. Los esporádicos disparos de rifles de los alemanes, según luego recordó un tanquista, daban en las torretas y «rebotaban como guisantes». Unos pocos defensores trataron de dirigir sus armas antiaéreas de 20 mm contra los tanques asesinos, pero los Stuarts eran demasiado ágiles y los artilleros murieron al pie de sus armas.

Los tanques iban y volvían por la pista en busca de objetivos que matar o arrasar. Restos de metal caían sobre los conductores y artilleros de los Stuarts, que se ponían toallas en el cuello y mantenían abrochadas sus casacas para evitar que los quemase el metal al rojo vivo. Unos pocos pilotos alemanes habían logrado despegar y ahora volvieron haciendo círculos en el aire y vuelos rasantes para echar bombas incendiarias sobre los tanques. Las bombas prendían fuego en las ropas depositadas sobre el casco al rojo de los tanques. Los tripulantes salían de los aparatos para apagar las llamas y luego continuaban en busca de más víctimas.

En media hora, la batalla había acabado. Barlow llevó los tanques a lo alto de la colina. El ataque le había costado un tanque destruido, varios dañados y dos muertos por las bombas incendiarias, incluido un jefe de sección.

Hizo una pausa para echar una última ojeada a aquella carnicería. Los restos destrozados de una veintena de aviones alemanes quedaban en montones dispersos y humeantes. Llamaradas de tanques de gasolina y de municiones iluminaban a lo largo de la pista los restos de hélices, ruedas y fuselajes dispersos. El terreno estaba sembrado de cadáveres. Barlow consideró un momento seguir el avance hasta Túnez incluso a riesgo de quedar aislado, pero ya era noche cerrada y Waters quería que la

compañía C regresara. Los tanques volvieron a dirigirse al paso de Chouigui. A sus espaldas, al este, un pálido resplandor naranja se reflejaba en las nubes encima de Djedeida como una falsa madrugada.

La noche del 25 de noviembre, los informes exagerados y precipitados de que los tanques estadounidenses estaban a nueve kilómetros de Túnez preocuparon tanto al general Nehring que le dejaron al borde de la desesperación. Sólo algunos canales de regadío y dos cañones de 88 mm se interponían entre el puerto de Túnez y las fuerzas aliadas. Desde su puesto de mando en el antiguo consulado estadounidense, Nehring telefoneó a Kesselring en Roma y le avisó que estaba obligado «a dejar abierto un agujero táctico a fin de tapar otro más grande y serio». Un batallón de Panzers que protegían Mateur debía trasladarse al sur ante esta última amenaza a la capital. Eso dejaba abierto el camino a Bizerta. Los comandantes alemanes en toda la cabeza de puente revisaban los archivos y se aprestaban a quemar los documentos secretos.

Kesselring expresó su simpatía por el «estado de comprensible inquietud» de su comandante de campaña. El ataque a Djedeida «consiguió un hermoso desastre a nuestra costa» y sugirió un cierto descuido en las defensas alemanas. Pero Nehring no debía tomar las cosas a la tremenda. «Sin duda, ha sido un incidente muy desagradable», dijo Kesselring, pero en su opinión las consecuencias eran menos lamentables de lo que Nehring se imaginaba. El mariscal de campo ya tenía una visión del enemigo aliado: eran cautelosos e indecisos, poco inclinados a juegos tácticos. Conserve la calma, sugirió Kesselring. Prometió volar a Tunicia a la mañana siguiente para echar una ojeada sobre el terreno.

La certeza de Kesselring pareció realista. Recuperarse de una victoria en el campo de batalla a veces puede resultar más difícil que recuperarse de una derrota, y ciertamente el éxito en Djedeida llegó en un momento en que los aliados aún no estaban preparados para aprovechar sus victorias. Eisenhower, que acababa de trasladar su cuartel general de Gibraltar a Argel, no mostró ninguna disposición a lanzarse al frente a asestar el golpe de gracia que Kesselring quería evitar. Anderson y Eveleigh se habían puesto en desventaja táctica al no concentrar sus fuerzas para dar un solo golpe mortal a la precaria defensa germana. Problemas logísticos, debilidad aérea, falta de soldados de infantería, pésima climatología, todo favorecía a que el ataque aliado se quedara corto. Hasta había confusión con respecto a si el primer objetivo debía ser Bizerta, ahora con el nombre en clave de DIZZY, o Túnez, llamado INCUR.

Sin embargo, la confianza de Kesselring no logró persuadir a Nehring, que pensó que el mariscal de campo no comprendía la precariedad de la situación en Tunicia. Los pilotos de la Luftwaffe informaron que 30 tanques enemigos se dirigían por el norte hacia Mateur. Nehring había hecho gala de impecable coraje en el campo de batalla como soldado de infantería en la primera guerra y comandante de Panzers en ésta. Pero como jefe del Afrika Korps bajo el mando de Rommel había sufrido una grave herida durante un ataque aéreo hacía sólo dos meses; el nombramiento en Tunicia había

interrumpido su período de convalecencia mental y física. La recuperación había tenido el problema añadido de un serio accidente de avión durante el vuelo a Túnez.

Ahora le flaqueaba la confianza. Poco después de la llamada a Kesselring, ordenó una contracción general de las líneas a fin de disponer de una cabeza de playa más sólida y defendible. En el valle del Medjerda, la línea se movería 11 kilómetros de Tébourba a Djedeida; las tropas del norte regresarían a Mateur. A lo largo de todo el frente, las tropas alemanas e italianas recogieron sus armas y municiones y se encaminaron cautelosamente al este.

En la madrugada del martes 26 de noviembre, los centinelas aliados en las colinas al oeste de Medjez-el-Bab se vieron sorprendidos por una tremenda explosión en el centro de la población. Una nube blanca se elevó entre las nubes. Guiado por soldados de infantería británicos, un recién llegado batallón de tanques norteamericanos avanzó cautelosamente por la periferia derruida de Medjez. En el Medjerda, una sección de 12 metros del puente peraltado yacía en el río, donde unos expertos en demolición de la Wehrmacht acababan de activar una carga explosiva. La ciudad estaba vacía salvo por unos pocos gatos callejeros y una mula aterrada. Olores nauseabundos emanaban de los escombros. Los tanquistas norteamericanos se escandalizaron al ver que los soldados británicos muertos en el ataque fallido habían sido despojados de todo por ladrones árabes. Un soldado explicó ese comportamiento en una carta a su familia: «Ello se debe a que nunca han recibido ninguna educación».

La llave de la población que abría la puerta a Túnez volvía a estar en el bolsillo aliado. Ante el castigo recibido por la ciudad, que en los meses siguientes sería aún peor, los soldados norteamericanos y británicos sólo podían congratularse de su propia buena suerte. Los equipos funerarios cavaban tumbas. Los ingenieros militares estudiaron el destrozo del puente y empezaron a traer un puente móvil Bailey que tardaría menos de diez horas en estar en funcionamiento. Las tropas acorazadas y de infantería siguieron el curso del río al noreste hacia Tébourba. Las huellas del enemigo en retirada llenaban la autopista 50: latas de racionamiento, municiones usadas y vendas ensangrentadas. Los blancos mojones de cemento de 60 centímetros de alto y con la parte superior pintada de rojo marcaban la distancia a Túnez. Los cocineros revisaban sus cocinas de campaña en busca de algo más que el usual e insípido plato de carne y verduras para celebrar el día de Acción de Gracias de 1942.

Afloró una nueva confianza en el futuro. Durante dos semanas, Eisenhower había oscilado entre la esperanza y la desesperación, y aprovechó la noticia de Medjez para recuperar el optimismo. «En este momento», escribió a Patton, «nuestra situación en todo el teatro bélico parece ser mejor de lo que esperábamos.» En un mensaje a Beetle Smith, fue aún más lejos. «Creo», predijo, «que el enemigo se verá obligado a abandonar en poco tiempo DIZZY o INCUR para poder concentrarse en uno u otro objetivo.»

5. Primus in Cartago

«VAYA A POR ESOS CANALLAS DE CORAZÓN INSENSIBLE»

Desde los altos ventanales de su despacho en una esquina del Hotel St. Georges, Eisenhower miraba la ciudad enfrascada en su diario trajín y prácticamente ajena a la guerra. El agudo rechinar de los tranvías era apagado por la llamada del muecín a la oración y por los parloteos de las colegialas de uniformes azules que salían de la École Ste. Geneviève. En el *salón de coiffeur* al lado de la puerta de entrada al hotel, los árabes movían entre los dedos sus sartas de cuentas y sorbían café con los meñiques extendidos; la marca de fábrica del solitario sillón del barbero mostraba que había sido fabricado en St. Louis. Pasaron unos jinetes árabes en caballos blancos seguidos por un camión descubierto con soldados heridos recién llegados de Tunicia. En los pasillos del hotel, escuadrones de mujeres árabes descalzas y provistas de escobas trataban de quitar sin éxito manchas de pisadas. Del comedor del St. Georges emanaba el succulento aroma de la cena de Acción de Gracias: pavo relleno, col y guisantes, servido con un verosímil rosado argelino.

A los oficiales hacía tiempo aprisionados en la penumbra subterránea de Gibraltar y que se les notaba en la palidez y las toses perrunas, el soleado Argel ofreció un placentero descanso. Las buganvillas rojas, las adelfas rosadas y las plumbagináceas azules y brillantes daban a la ciudad una paleta de trópico de Cáncer. Eisenhower estaba más contento que los demás de haber escapado de la Roca; la humedad perduraba en sus huesos y le aquejaba un catarro que duraría meses. El comandante en jefe había querido trasladar el cuartel general el 10 o 11 de noviembre, pero siguió allí hasta el 23 porque el cable submarino de Gibraltar le brindaba mejores comunicaciones con Londres y Washington que desde Argel. Esa ventaja ahora parecía un arma de doble filo. «Qué cansado estoy de este certamen de ensayos a larga distancia con Londres y Washington», le escribió a Clark el 20 de noviembre. Un día después añadió: «Me han golpeado a traición toda la semana. A veces parece que ninguno de los que estamos en el frente puede hacer algo a satisfacción de Washington y Londres».

Aunque en Argel seguía en comunicación permanente, el Departamento de Guerra y Downing Street daban mayor impresión de lejanía acaso porque las comunicaciones eran más primitivas. En la sala de señales, en el ala oriental del segundo piso del St. Georges, las máquinas criptográficas se asentaban en un tablón de madera sobre una bañera. La sala de códigos británica ocupaba un atestado cobertizo prefabricado en el jardín, mientras que los operadores norteamericanos de códigos y de teletipos trabajaban entre las dispersas otomanas y mesas doradas de la sala de estar del hotel.

El propio despacho de Eisenhower era austero pero funcional. Para hacer una

suite, habían unido tres habitaciones de hotel y una sala de estar al fondo de un largo pasillo. Las numerosas ventanas permitían la entrada de mucha luz, pero la única calefacción del viejo hotel consistía en pequeñas chimeneas que dejaban la impronta del humo de leña en el comandante en jefe y en su equipo. Las noches en el St. Georges podían ser gélidas, sobre todo para los soldados que dormían en los pasillos. El hotel temblaba violentamente durante los frecuentes ataques de los bombarderos alemanes contra el puerto y el aeropuerto cercanos. Tras una primera noche en el despacho sin poder pegar ojo, Eisenhower trasladó el dormitorio a una casa más aislada indignado por las ineptas defensas aéreas aliadas y reprendiendo a los comandantes aéreos por su incompetencia.

Pocos días antes de abandonar Gibraltar, Eisenhower había propuesto limitar su cuartel general a 150 oficiales. «Estoy especialmente ansioso por reducir el personal y evitar tanto papeleo burocrático», le dijo a Clark. Argel sería una sede provisional, ya que el cuartel general de los aliados se trasladaría más cerca del campo de batalla en un par de meses, pero el cuartel general crecía de forma insensata. En quince días, ya ocupaba casi 400 oficinas desperdigadas en once edificios. Ahora trescientos oficiales devoraban tanta carne como la asignada en el plan de racionamiento a 15.000 civiles franceses. El oficial jefe de señales propuso que la fórmula idónea para el personal del cuartel general podía ser «un cálculo razonable multiplicado por cinco». El cuartel permanecería en Argel durante años expandiéndose hasta ser una «inmensa fuerza de ocupantes de sillas» de más de 1.000 oficiales y 15.000 soldados en 2.000 sedes inmobiliarias. Pronto circularía un aforismo popular entre las tropas del frente: «Nunca jamás tan pocos fueron mandados por tantos y desde tan lejos». Cuando se le preguntó a un cínico comandante norteamericano por qué los alemanes no bombardeaban el cuartel general aliado, contestó: «Porque necesitarían cincuenta divisiones».

En Argel ya se notaban los efectos de la ocupación. Por las mañanas, funcionaban tantas maquinillas eléctricas que interferían con las transmisiones de radio. Las prostitutas que trabajaban en el Hotel Aletti cobraban diez libras esterlinas por cliente. Un periódico francés empezó a publicar clases de inglés que incluían esta oración: «No, señor, estoy casada y debo ir a casa donde me espera mi marido». En Oran, los oficiales de uniforme rojo y verde cenaban en un comedor con sillas de cuero verde mientras músicos vestidos de gala tocaban melodías de Big Band. Un comandante de intendencia propuso la creación de una medalla con la inscripción «Valor, paciencia e indigestión» para condecorar a quien hiciera un «trabajo ejemplar de oficina relacionado con las luchas sociales».

Las naranjas que antes se pagaban en Argel a quince céntimos la fanega, ahora costaban quince céntimos la docena. La jarra de cerveza pasó de dos céntimos a un dólar. Clubes nocturnos con nombres como La Belle Rose y Bucket of Blood trabajaban con mucho público, mientras que los sargentos mayores de los batallones inspeccionaban los burdeles y elegían los menos ofensivos para concederles licencia.

Cuando los soldados descubrieron en los embarcaderos inmensos barriles de vino a la espera de ser exportados, los abrieron disparándoles con sus fusiles y recogiendo el líquido en sus cantimploras; una pelea entre borrachos derivó en un tiroteo reprimido por la policía militar, que luego procedió a desarmar a todos los que trabajaban en los muelles. La indisciplina superó la capacidad de respuesta del sistema judicial militar. Sólo en Oran, centenares de soldados norteamericanos fueron arrestados por diversas infracciones en las dos semanas posteriores a la invasión, pero menos del 2 por 100 fueron juzgados. Se instituyó un tribunal de faltas para restablecer el orden; casi 300 soldados fueron juzgados en la primera quincena de diciembre con un total de nueve absoluciones. Una tercera parte de los casos estaban relacionados con la bebida. Los delitos graves recibían duras penas: cuatro años de cárcel por dispararse contra un dedo del pie a fin de evitar entrar en combate; ocho años de trabajos forzados por golpear a un superior; prisión perpetua para un soldado que disparó con su rifle contra una mujer argelina y la mató.

Había demasiado papeleo burocrático, pese a los deseos de Eisenhower, y todo recaía sobre los anchos hombros del comandante en jefe. Muchos rumores carecían de fundamento. Para apagar un rumor en los barrios árabes, por ejemplo, que apuntaba que Eisenhower era un judío enviado por el judío Roosevelt para establecer un Estado judío en el norte de África, resultó necesaria una campaña de panfletos demostrando que el general era de religión protestante. El Departamento de Guerra trató de reforzar su dignidad pidiendo a los periodistas que no le llamaran «Ike», con lo cual lograron que el sobrenombre perdurara para siempre. Predispuesto como estaba a ver su nombre en los titulares, Clark concedió una entrevista llena de predicciones optimistas sobre la inminente caída de Túnez y Bizerta. Eisenhower prohibió la publicación poco antes de abandonar Gibraltar. Pronto se impuso una censura draconiana y se aconsejó a los corresponsales que evitaran todo aquello que pudiera apenar a las familias de los soldados. Una censura igualmente rigurosa con las cartas a la familia inspiró a un soldado a escribir a sus padres:

Después de irnos de donde antes estábamos para venir aquí, no podíamos decir que habíamos llegado aquí. De cualquier manera, ahora estamos aquí y no allí. El tiempo aquí es como siempre ha sido en estas fechas del año. La gente de aquí es exactamente como el aspecto que tiene.

En esta página, un censor simplemente añadió, «Amén».

En un mensaje del 23 de noviembre, Churchill expresó su esperanza de que Eisenhower no hubiera estado «demasiado preocupado por los aspectos políticos». En cuanto a los alemanes en Tunicia, Churchill aconsejó: «Vaya a por esos canallas de corazón insensible». Pero la insensibilidad no era algo fácil de conseguir. «Resulta difícil que nuestra gente... comprenda que estamos en una guerra sucia, con alemanes llegando a miles a Tunicia y nosotros con necesidad de todo hombre que pueda llegar

al frente de batalla», escribió Eisenhower a Clark. A Beetle Smith añadió: «Todo mi interés se centra en Tunicia».

En verdad, dedicó tres cuartas partes de su tiempo a preocuparse por temas políticos y esa preocupación no benefició en nada a la causa aliada. De haberse concentrado exclusivamente en la conquista de Túnez con el ímpetu de un líder guerrero en el campo de batalla, los meses siguientes podrían haber sido muy diferentes. Pero no se borraba fácilmente un cuarto de siglo como militar de carrera que prestaba meticulosa atención al detalle y tenía una obsesión instintiva por complacer a sus superiores. A Eisenhower todavía le faltaba ser capaz de doblegar los acontecimientos con voluntad de hierro, de imponerse y de implorar, para convertirse en un comandante tanto en los hechos como en el rango.

Su mayor preocupación eran los franceses. Si bien desdeñaba a «esos sapos» y su «mórbido sentido del honor», seguía convencido de que la cooperación francesa era de capital importancia para el orden civil y equivalente a diez divisiones abadas con respecto a la seguridad de las líneas de suministro. El general Giraud, que ahora estaba al frente de las fuerzas francesas en el norte de Africa, seguía exigiendo de vez en cuando de modo rutinario el mando de todas las fuerzas abadas. Eisenhower le consideraba «más volátil que estable», un megalómano que «sabe de logística lo mismo que un perro de religión».

Pero al comandante en jefe le faltaba la confianza o la talla suficiente para imponer que los militares franceses, muchos de los cuales aún lucían las condecoraciones ganadas en la resistencia contra los aliados, cooperaran en todo con el general Anderson. En consecuencia, el movimiento de tropas y el aprovisionamiento en el frente, así como el ataque contra la cabeza de puente enemiga, seguían mal coordinados. Especialmente sospechosas eran las tropas galas en Tunicia, cuyas familias vivían en la zona de ocupación alemana; un solo batallón denunció 132 desertiones. Muchas tropas estaban peor equipadas que aquellas que hacía setenta años habían combatido en la guerra franco-prusiana. Un soldado francés comentó que las suelas de sus botas eran tan finas que podía pisar un chicle y enterarse del sabor; algunos soldados coloniales sencillamente no tenían botas, pero sus pies descalzos estaban tan negros que parecían calzados. Pese a todo ello, los franceses pedían a los norteamericanos el suministro de grandes cantidades de manteles y ropa de cama, vajilla de porcelana y galones dorados para la oficialidad.

Pero el mayor desvelo era el escándalo suscitado en Estados Unidos por el «acuerdo con Darían». La componenda política en el norte de Africa era descrita «como un escándalo de politiqueros locales por la prensa estadounidense», reconoció un corresponsal. Y no había duda de que se trataba de un gran escándalo. El matrimonio de conveniencia de los aliados con el colaboracionista Darían fue considerado una traición sórdida a los «principios» fundamentales de las naciones unidas. «¿Qué diablos es todo esto? ¿Luchamos contra los nazis o nos acostamos con

ellos?»), preguntó Edward R. Murrow, el locutor de radio más influyente del país.

En Gran Bretaña, la opinión pública y parlamentaria se mostró aún más envenenada. Harry Butcher, el asistente de Eisenhower, escribió en su diario que en Londres Darían era considerado una «bazofia repugnante». El Foreign Office cablegrafió a su embajada en Washington: «Estamos luchando por la decencia internacional y Darían es su antítesis». La indignación era hábilmente explotada por el aparato de relaciones públicas de la Francia Libre de Charles de Gaulle, instalado en Londres, que demonizaba a Darían de forma incesante.

La represión llevada a cabo por Darían como alto comisionado poco contribuía a apaciguar a sus críticos. Había cientos de prisioneros en los campos de concentración del norte de África, entre ellos hombres que habían colaborado con los aliados. Las leyes antisemitas de Vichy seguían en vigor por miedo a provocar a los árabes. Cuatrocientos censores de prensa trabajaban ahora para Darían. Se interferían de tal manera los programas de la BBC que los norteafricanos no pudieron enterarse de que un acaparamiento de 185 kilos de café y 185 de azúcar había sido confiscado en la residencia del almirante en Francia.

Eisenhower miraba hacia otro lado. En una nota enviada a Patton con motivo del Día de Acción de Gracias, le decía: «No vinimos aquí para interferir en los negocios de los demás. Estamos en una misión militar». Se puso a la defensiva y se le notaba irritado. «Sacamos la mejor tajada de un pastel bastante malo», informó a Marshall. Y añadió en un mensaje a los jefes del Estado Mayor: «Soy consciente de que en casa debe de haber una sensación de que nos hemos vendido por un puñado de dólares», pero Darían ofrecía «el único acuerdo posible para asegurarnos ventajas y evitar desventajas». A veces daba rienda suelta a su exasperación. «Las autoridades de Londres y Washington siguen sufriendo de delirio con respecto de hasta qué punto controlamos militarmente este país», le dijo a Smith. «Pasaré mucho tiempo antes de que podamos cabalgar en el gran corcel ganador y podamos decirle a todo el mundo que se vaya al demonio.»

Roosevelt había autorizado el pacto con Darían, pero en su declaración pública de apoyo había usado cinco veces la palabra «provisional». Darían, presintiendo lo transitorio de su utilidad a los aliados, le escribió a Eisenhower el 21 de noviembre: «Información recibida de diversas fuentes tiende a sustanciar la opinión de que no soy más que un limón en manos de los norteamericanos, quienes, después de exprimirlo, lo desecharán».

Todo esto se hacía público de la peor manera y preocupaba e irritaba a Eisenhower. «Por todos lo santos, ¿creen ustedes que quiero hablar de política? Maldita sea, la detesto», declaró. «Estoy harto de toda esta cuestión política.» Aunque no tenía manera de saber si Roosevelt albergaba dudas sobre el comandante en jefe, Eisenhower sabía que él también era prescindible. Al referirse a su rango de antes de la guerra y al que volvería si resultaba desestimado como general de tres estrellas, en

una ocasión comentó: «Dígale [a Roosevelt] que soy el mejor teniente coronel de todo el ejército estadounidense». Le indignaban especialmente las injustas sugerencias en los diarios manifestando que su indiferencia con respecto a las libertades civiles le convertían en un fascista (un «fachista», tal como él pronunciaba la palabra). En su larga carrera de servicio público, nunca había estado más desamparado, ni su humor, más volátil que en el invierno argelino de 1942. Las críticas de la prensa representaban una nueva y desagradable experiencia para un militar acostumbrado al anonimato de los tiempos de paz. «¡No soy un reaccionario!», estalló Eisenhower después de una serie de artículos acusatorios. «¡Virgen santa! ¡Soy más idealista que el demonio!»

Al final de un largo día de trabajo, volvía a cenar a la Villa dar el Ouard («Villa de la familia»). Los bombardeos del Eje habían vuelto a descalabrar los sistemas de electricidad, gas y agua, obligando al ordenanza a cocinar con fuego de leña en la chimenea del salón. La casa, en la que había grandes corrientes de aire, tenía siete dormitorios, biblioteca con una mesa de ping pong y una sala de música con piano de cola. A veces Eisenhower pedía que tocaran *Chopsticks* o se sumaba al coro de canciones de West Point o de vaqueros. En veladas menos festivas, ponía un disco y escuchaba su pasaje favorito de *Il Trovatore* de Verdi, «Verdi! Le fosche notturne spoglie», también conocido como el «Coro del yunque». Toda la casa resonaba con la música de los cantores gitanos que forjaban el metal. Telek, el cachorro favorito de Ike, que acababa de llegar de Londres, daba vueltas como un remolino tratando de morderse el rabo.

Hasta un oficial tan fuerte y desinteresado como Eisenhower a veces se sentía abrumado. «Sería una tontería de mi parte si dijese que no he sentido cierta presión», le había escrito a Marshall pocos días antes. Un conocido lo describió como «un solitario que se preocupaba, se preocupaba y se preocupaba». Rara vez Eisenhower se daba a la autocompasión, pero ocasionalmente un tono amargo aparecía en sus cartas, como cuando le contó al general Arnold: «He trabajado literalmente como un perro». El escándalo Darían eclipsó los logros extraordinarios de sus soldados en ANTORCHA y él se lamentaba de eso.

También se lamentaba de no dedicarse más intensamente a la batalla tunecina. «Vivo diez años cada semana, de los que al menos ocho están dedicados a la política y la economía», le dijo a Marshall. Algunos generales británicos que debían suministrar tres cuartas partes de las tropas de combate en Tunicia desconfiaban de un hombre que nunca había mandado un solo batallón en acción, pero que ahora mandaba ejércitos enteros.

«Eisenhower está demasiado ocupado en asuntos políticos... No presta suficiente atención a los alemanes», escribió Brooke, el jefe del ejército británico, en su diario el 7 de diciembre. Eisenhower poseía simpatía, el don para mantener unidos a los aliados «y una buena suerte envidiable», concedió Brooks, pero parecía «incapaz de comprender la necesidad urgente de avanzar hacia Túnez antes de que los alemanes

puedan organizar la resistencia». Eisenhower no se hacía ilusiones con respecto a sus responsabilidades. Harry Butcher escribió en su diario el Día de Acción de Gracias: «Todo el entramado de Argelia y en el este necesita una vigorosa coordinación que sólo Ike en persona puede facilitar».

Sonaron las sirenas. Sobre el puerto de Argel, Eisenhower podía ver los rojos proyectiles antiaéreos elevándose a un cielo púrpura atravesado por las balas trazadoras y las luces de los reflectores. Todas las baterías antiaéreas y todos los barcos en 15 kilómetros a la redonda parecían ser pasto de las llamas. Los generadores de humo alrededor del puerto producían una especie de niebla aceitosa que cubría varias zonas de la ciudad. Las descargas de artillería y el humo eran las únicas defensas de verdad. De la media docena de aviones aliados disponibles para interceptar los vuelos enemigos sobre Argel, tres habían sido destruidos por las bombas del Eje o derribados por los nerviosos artilleros aliados.

Las sacudidas hacían temblar los ventanales. Al día siguiente tendría que dar un buen rapapolvo a los comandantes de la fuerza aérea; entre otras consecuencias, una incompetente defensa aérea podía provocar una revuelta de los aterrorizados civiles franceses y árabes. Entró en el dormitorio al fondo de la villa. Fragmentos de proyectiles antiaéreos caían sobre el tejado como granizo.

A su hijo John, en West Point, Eisenhower había escrito recientemente: «Espero que de vez en cuando repases las lecciones de geografía mediterránea porque algún día me gustará hablar contigo de esta campaña y que me des tu opinión sobre lo que hicimos bien y lo que hicimos mal». Pero en aquel momento, el general estaba cansado de tener grandes ideas. De una pila de libros al lado de la cama, eligió una novela del oeste y por unos pocos y plácidos minutos se perdió en un mundo de cuatreros y vaqueros y de salas de baile antes de caer dormido.

«LOS MUERTOS SALUDAN A LOS DIOS»

No hubo pavo asado de Acción de Gracias para el 1.er batallón de John Waters. Una vez más en el valle del río Tine, a cuatro kilómetros al oeste de Túnez, los tanquistas se contentaron con un guisado de cordero grasoso con galletas, calentado sobre basura empapada en gasolina y regado con unas copas de té recargado. En vez de tabaco, liaban hojas de eucalipto con papel higiénico e imaginaban que se trataba de Chesterfields.

Normalmente todo soldado miraba el cielo mientras comía, fumaba, escribía una carta o limpiaba el arma. Los pilotos de la Luftwaffe ahora atacaban una media de una vez por hora; los norteamericanos llamaban el valle del Tine, el «Happy Valley». Las tropas alemanas habían reconquistado el aeropuerto de Djedeida horas después del ataque del miércoles y una vez más los Stukas aterrizaron y despegaban con la fría eficacia de una parada de taxis. Sus ataques en picado evocaron en un corresponsal la imagen de «golondrinas cazando insectos una tarde en mi casa». El capitán Evelyn

Waugh, del ejército británico, escribió de los Stukas: «Como todo lo alemán, es muy eficiente y funciona demasiado bien».

Los aviones alemanes Me-109 también merodeaban entre las nubes o volaban bajo en un valle cercano antes de elevarse y pasar las cimas con aterradoras andanadas de bombas y balas que rebotaban como rojas bolas de mármol sobre el macadán. Los oficiales hacían sonar los silbatos de ataque aéreo y los hombres se arrojaban a la zanja más próxima. Prácticamente todo el tráfico era nocturno. Los restos visibles de vehículos quemados daban una idea del peligro que suponía conducir de día. Los ataques incesantes enfurecían tanto a las tropas norteamericanas que disparaban contra los aviones enemigos «con todas las armas que tenemos a mano, incluidos los morteros», informó un soldado. El humor negro hizo su aparición: «Famosas últimas palabras: "No os preocupéis, muchachos, éstos son nuestros Spitfires"». El lema popular de las fuerzas aliadas en Tunicia pronto fue «cava o muere».

En las raras ocasiones en que los aliados dominaban el aire, el fuego amigo acrecentaba el tormento de las tropas de tierra. Rápidamente corrió el rumor sobre un incidente en Medjez-el-Bab, donde una compañía antitanques norteamericana ayudaba a controlar la ciudad la mañana del Día de Acción de Gracias cuando pasaron volando 11 P-38 Lightnings. Entusiasmados por la inesperada ayuda de cazas amigos, los soldados salieron a campo abierto saludando y sonriendo. Construidos con característicos fuselajes gemelos, los P-38 dieron una lánguida vuelta y cuando tuvieron el sol detrás, bajaron a 15 metros e hicieron cinco pases de manual en tres minutos.

El ataque casi destruyó a la perpleja compañía, que no contestó al fuego amigo. Murieron cinco hombres, entre ellos un veterano de la primera guerra mundial, y hubo 16 heridos; casi todos los vehículos y armas antitanques quedaron destruidos o dañados.

Un indignado comandante de compañía de la 1.ª división acorazada ordenó a sus hombres que disparasen contra cualquier objeto volante más grande que un ganso. Otro dicho que circulaba entre los soldados norteamericanos era «Si vuela, muere». Los pilotos aliados se acostumbraron tanto a que les dispararan las propias tropas que decían que la fórmula para reconocer aviones enemigos desde tierra, «WEFT» (verificar las alas, motores, fuselaje y cola) significaba «Equivocados cada puta vez».

Pese a episodios tan desmoralizadores, la contracción de la línea del Eje permitió que dos brigadas del general Evelegh pudieran avanzar unos kilómetros al este por la costa mediterránea en el flanco izquierdo aliado, y por el valle del Medjerda desde Medjez-el-Bab en el flanco derecho. Pero ninguna de las dos brigadas se lanzó a acosar la retaguardia alemana antes de que pudiera atrincherarse. En el centro aliado, la Blade Forcé seguía inmóvil. Waters viajó 60 kilómetros hasta Béja para consultar con el comandante de la Blade Forcé, quien le comunicó que debía mantener el 1.º batallón en posición defensiva a lo largo de cinco kilómetros del «Happy Valley». No

habría más incursiones en las planicies de Túnez sin una orden expresa.

Antes de la madrugada del 26 de noviembre, Waters regresó en jeep a su puesto de mando en un lugar arenoso y amurallado conocido como la Granja de San José, a un kilómetro al sur del Tine. Un viento fuerte sacudía los gomeros en la ribera del otro lado del río y un campesino árabe araba su tierra detrás de una yunta de bueyes. El tintineo de las campanillas del collar de los animales llegaba a través del río. En la granja, redes de camuflaje y almiarés escondían los jeeps estadounidenses y las antenas de radio.

Las marcas con un grasiento lápiz azul en un mapa rudimentario mostraban las posiciones de los 54 tanques Stuart que subsistían; la compañía C de Rudolph Barlow, aún celebrando su éxito del día anterior en el aeropuerto, taponaba la entrada este al paso de Chouigui; de allí en ángulo a la derecha desde el «Happy Valley» sólo había tres kilómetros por el río hasta la Granja de San José; la compañía B del comandante William R. Tuck estaba escondida detrás de una baja colina que dominaba el Tine, justo al norte del paso; la compañía A del comandante Cari Siglin esperaba en un risco cubierto de cactus a kilómetro y medio al sur del paso, casi a tiro de piedra del puesto de Waters.

Poco antes del mediodía, un centinela con prismáticos navales franceses avistó una columna de polvo a varios kilómetros río abajo. Waters subió a una colina y confirmó la llegada de lo que denominó «una hermosa columna precedida por algunos patéticos vehículos italianos de reconocimiento». Tres compañías alemanas, que incluían blindados del 190.º batallón Panzer, rodaban provenientes de Mateur para reforzar las tropas del Eje en retirada de Medjez-el-Bab. Tan pronto como Waters empezó a contar los tanques enemigos, los centinelas llegaron corriendo y gritando a la Granja de San José. Los hombres quitaron las redes de camuflaje, pusieron en marcha los motores de los Stuarts y echaron al suelo los colchones. La primera batalla de tanques de la segunda guerra mundial entre alemanes y aliados, acababa de empezar.

Para ganar tiempo, Waters ordenó el emplazamiento de tres cañones de asalto de 75 mm en un olivar al lado del río. Montados sobre camiones semiblindados, abrieron fuego con una repentina andanada de treinta proyectiles a una distancia de mil metros; el único efecto fue levantar más polvo y provocar una descarga de represalia contra el olivar. Por orden de Waters, los blindados volvieron a la granja cubriendo su retirada con cortinas de humo. Waters pronto se dio cuenta de que los Panzers que se acercaban disponían de un nuevo y largo cañón de 75 mm desconocido por la inteligencia aliada. La velocidad de disparo era de casi 900 metros por segundo, lo cual doblaba la de los tanques estadounidenses y, por tanto, tenía más poder de penetración.

Desde la colina al sureste de la granja, el comandante Siglin, en un tanque llamado *Iron Horse*, y otros once Stuarts de la compañía A ya cargaban bajando al valle. La metralla acribillaba el aire con rojas sacudidas. Los cañones de los Stuarts disparaban una y otra vez. Un blindado italiano fue alcanzado y frenó envuelto en

humo.

Entonces, los Panzers contestaron con gran estruendo y abruptamente un Stuart dio un bandazo y se detuvo. A menos de cien metros, el teniente Freeland A. Daubin, al mando de una sección de tres tanques en el flanco derecho de la compañía A, vio que salían «largas lenguas de fuego naranja y abrasador» de todas las ranuras y un «charco plateado de aluminio» debajo del bloque del motor. Salían chispas del cañón cuando la munición empezó a recalentarse. Las cintas de goma de las orugas desprendían una densa humareda negra.

Le dieron a otro Stuart, luego a otro más; los dos ardieron como el primero. El personal salía disparado por las escotillas, el cabello y el uniforme brillantes por las llamas, rodaban por la tierra y desgarraban las chaquetas incendiadas. Otros quedaron atrapados en los tanques con fracturas y sus gritos se podían oír por encima del estruendo general mientras se quemaban hasta morir en un fuego tan intenso que reblandecía las planchas del blindaje. Hasta los disparos alemanes que no daban del todo podían ser devastadores. Un proyectil que no llegó a penetrar en el casco llevaba suficiente fuerza (miles de kilos) como para cortar la cabeza de los remaches de un Stuart y luego introducirse en el vehículo como metralla. Un comandante comunicó que un impacto de refilón en un lado de la torreta fue como «pasar un dedo por mantequilla y produjo un brillo rosado en el interior de la pared de la torreta mientras el acero emblanquecía en el sitio del impacto».

En una gran nube de polvo gris, los Panzers se acercaron hasta casi 300 metros. El *Iron Horse* de Siglin y los otros Stuarts preservados avanzaban y retrocedían, sus conductores ciegos por el humo y el polvo mientras forcejeaban con las marchas y los mecanismos de dirección. Comparados con los cañones alemanes, los cañones de 37 mm de los Stuarts «parecían armas de juguete», observó un jefe de sección. «Jerry parecía preocupado.» En el flanco derecho, el teniente Daubin disparó más de 18 proyectiles contra un solo Mk IV alemán; los explosivos simplemente rebotaban en el blindaje, que «chisporroteaba como una piedra eléctrica de afilar». Daubin pateaba sin parar los hombros de su conductor y gritaba órdenes de retroceder en zigzag. Desde menos de 50 metros, la descarga de un Panzer dio en la escotilla delantera y el frente del Stuart se dobló como una lata tras recibir un martillazo. La explosión mató al conductor y dejó ciego al artillero. El artillero murió acribillado cuando intentaba salir de la escotilla. Herido pero con vida, Daubin cayó a tierra y se arrastró a una zanja. Su tanque continuó retrocediendo envuelto en llamas.

En diez minutos, la mitad de los doce tanques del capitán Siglin fueron destruidos. Pero ahora Waters hizo funcionar la trampa para la que había servido de cebo la compañía A. En su afán por atacar los Stuarts de Siglin, los alemanes no se percataron de la presencia de la compañía C del comandante Tuck escondida detrás de la colina justo al norte del paso de Chouigui. Cuando pasaron las formaciones alemanas a menos de cien metros, Tuck y sus tanques salieron disparando por encima de la colina y

cayeron en el flanco y la retaguardia del enemigo. A quemarropa, hasta la munición del cañón para las ardillas podía penetrar en el fino blindaje de las portillas de motores y entradas de muelle del Panzer. El enemigo trató de girar en redondo, pero era demasiado tarde. Decenas de ráfagas penetraron en los tanques alemanes. Siete tanques fueron destruidos, entre ellos media docena de los recién estrenados Mk IV.

Los supervivientes alemanes huyeron bajando el río perseguidos por norteamericanos que gritaban con sed de venganza. La infantería alemana y dos tanques indemnes se refugiaron en la granja amurallada que la compañía de Siglin había atacado sin éxito el día anterior. Esta vez los norteamericanos reventaron la puerta y dispararon contra los parapetos antes de retirarse fuera de los muros. Otras tropas del Eje fueron cazadas y aniquiladas en los viñedos encima del río. Tras el anochecer, el jefe alemán retiró el resto de sus fuerzas a diez kilómetros al norte de Mateur, donde fue detenido y juzgado por un tribunal militar por retirarse sin orden previa. «Nuestras pérdidas», anotó el 26 de noviembre el diario alemán de guerra, «fueron considerables.»

También lo fueron las norteamericanas, aunque Waters esencialmente había intercambiado tanque por tanque. La primera batalla blindada de la guerra había acabado en un empate. En el combate final en la granja, el intrépido comandante Siglin resultó muerto por la descarga de un tanque que traspasó la torreta del *Iron Horse*. Trasladaron el cadáver a la Granja de San José para el entierro, una refutación tajante de la vieja mentira según la cual los frutos maduros son los primeros en caer a tierra. Tal vez el mayor tributo provino de los lanceros británicos que llegaron después de la batalla y encontraron el «Happy Valley» lleno de humareda de los tanques ardiendo. «Los norteamericanos lo habían hecho bien», escribió más tarde un historiador de los lanceros. «Un valiente esfuerzo.»

Una vez más, los aliados ganaron un nuevo impulso. En el flanco izquierdo, la 36.ª brigada arremetió y avanzó. En el centro, la Blade Forcé había limpiado el valle del Tine; Mateur, la clave para entrar en Bizerta, se divisaba en el horizonte. Y en el flanco derecho, la carrera hacia Túnez se decidiría en una serie de batallas encarnizadas que ahora dieron comienzo casi el alcance de la artillería de la capital.

A 15 kilómetros al sur del «Happy Valley», los infantes británicos del 1.º batallón de East Surrey capturaron Tébourba, la ciudad del valle del Medjerda, justo antes del alba del viernes 27 de noviembre. Los británicos encontraron huevos a medio cocer y un bistec aún friéndose en la cocina de una comisaría que había estado en manos del enemigo. Dos semanas antes, Tébourba tenía una población de 4.000 habitantes; ahora un rápido censo contó media docena de árabes, tres habanos, un cerdo, un asno y algunas gallinas. Las bombas y la artillería habían arrasado todos los edificios salvo unos tugurios ilegales y el Hotel de France delante de la plaza principal. Tébourba, informó el corresponsal Drew Middleton, estaba «polvorienta y vacía, como las ciudades arrolladas por la guerra».

A orillas de un meandro del Medjerda, Tébourba se asentaba a medio camino entre Medjez-el-Bab y Túnez rodeada por olivares de seductora precisión geométrica. Los Surreys apostaron una compañía en el puente de piedra del Medjerda a kilómetro y medio al sur de la población. Otra compañía ascendió el Djebel Maiana, una colina empinada y árida a menos de dos kilómetros al este, pronto rebautizada Punto 186 por su altura en metros. Desde allí se podían ver las vías del ferrocarril, el río y la carretera 50, que discurría casi paralela al torrente; también se podían ver los Stukas aterrizando en el reconquistado aeropuerto de la Luftwaffe a menos de siete kilómetros. Asimismo, eran visibles a simple vista los distantes minaretes de Túnez: postes aguzados y delicados que penetraban en la niebla mediterránea. Los oficiales escalaban la colina entre cardos y golondrinas de la ribera para tener una vista que «sería un recuerdo imborrable en los duros días que se avecinaban», escribió más tarde un comandante norteamericano de carros de asalto.

Los Surreys se desplegaron en un arco de once kilómetros, pero la euforia estaba a la orden del día. El general Evelegh hablaba de entrar en Túnez en doce horas. Otra brigada británica, la 1.ª de guardias, pronto llegaría de Argel con tres batallones para reforzar la 78.ª división de Evelegh, y más unidades estadounidenses de la 1.ª división acorazada se acercaban desde Oran. Los Surreys cogieron sus mantas de los camiones en el olivar y acordaron un merecido descanso antes de seguir adelante. Oficiales de visita fueron llevados a la cima de la colina para contemplar el paisaje. Entre los turistas estaba el hijo del primer ministro, un gordinflón encopetado con uniforme de comando que se detuvo un momento para hacerle una recriminación a un soldado que cavaba una zanja en aquel lugar. «Buen hombre, ¿se da cuenta de que al cavar una trinchera allí puede estar matando un árbol de más de mil años?»

A las 11.30 volvieron los alemanes. «¡Tanques! ¡Tanques!», alguien gritó, y la euforia desapareció junto con los turistas. Diecisiete Panzers avanzaron en el olivar a ambos lados del Punto 186 y destruyeron los camiones de los Surreys. Durante dos horas, el fuego cruzado fue desde cientos de metros y desde pocos metros. Las bombas y la metralla traspasaban las ramas de los olivos y llegaban a Tébourba, cortando los altos setos de cactus y dando en los pocos tugurios que quedaban en pie. Ocho cañones británicos de campaña defendían la ciudad. Uno tras otro quedaron en silencio. Lo mismo sucedió con los morteros de menor potencia. Artilleros galeses maniobraban entre los muertos para meter otra carga en la recámara. Un inglés le prometió a un camarada mortalmente herido: «Estaremos en Túnez en una semana y nos comeremos aquellas grandes naranjas».

La línea británica se arqueó, luego mantuvo la posición y a las 14 horas el fuego decayó. Habían resultado alcanzados siete de los ocho cañones; el único que quedaba en funcionamiento era un cañón de veinticinco defendido por un sargento en solitario. Los restos de ocho Panzers estaban en un semicírculo; el caño torcido de uno de ellos distaba pocos metros de la boca del destrozado cañón británico que lo había abatido.

Los escombros cubrían todo el terreno; había botellas de Chianti y latas de sardinas portuguesas que salieron volando de los cascos alemanes. Nueve Panzers indemnes retrocedieron por la línea férrea hacia Djedeida, y los tanquistas de la Wehrmacht que habían podido escapar de sus vehículos incendiados corrían entre los cactus disparando por encima del hombro como ladrones en plena fuga. Los despojos descomponían la perfecta simetría del olivar y los restos bombardeados de los olivos milenarios yacían junto a los muertos de Surrey en acción.

No había tiempo que perder, pero se perdió todo un día antes de que pudieran organizar un contraataque. Mientras los de Surrey enterraban a sus muertos, avanzaron dos batallones más: uno estadounidense y el otro británico. Tenían orden de ocupar Djedeida —que ahora las tropas pronunciaban «Didajida»— y seguir hacia Mateur ese mismo día. Muchos soldados no desayunaron ni almorzaron creyendo que un estómago vacío disminuía la posibilidad de que se infectaran las heridas. A las 13 horas del sábado 28 de noviembre, dos compañías del 5.º batallón del regimiento Northamptonshire, conocido como los Northants, subieron a 19 tanques del 2.º batallón norteamericano del 13.º regimiento acorazado. Una decena o más de soldados británicos se colgaron precariamente de cada tanque y dos compañías más de Northants seguían a pie a unos 300 metros de distancia. Salieron para Djedeida siguiendo la senda de la ribera que el día anterior habían usado los alemanes.

Durante tres kilómetros, los anglonorteamericanos rodaron en formación de ataque por un terreno ondulado con huertos y gomeros. Alondras y perdices coloradas salían de los matorrales con un revoloteo de alas, pero la única señal de presencia humana era el grupo de oficiales que seguían con prismáticos la maniobra desde lo alto del Punto 186 y que parecían espectadores en un hipódromo. Las tropas del flanco derecho casi tocaban el Medjerda cuando pudieron avistar las tierras bajas de Djedeida. Los norteamericanos llevaban tanques General Lee, el doble de peso que los Stuarts con un cañón de 75 mm en el casco, un rifle para las ardillas de 37 mm en la torreta y cuatro ametralladoras. Aunque más grande y más letal, el Lee tenía defectos característicos. Con más de tres metros de alto, «parecía una maldita catedral avanzando por el camino», se quejó un tanquista. El poderoso cañón podía girar muy poco, lo que significaba que sólo podía disparar en la dirección que iba el vehículo, y estaba tan bajo que virtualmente había que exponer todo el casco para que pudiera disparar.

Los defensores alemanes, perfectamente camuflados, esperaron a que la vanguardia aliada, cuatro tanques en fondo, se acercara a 300 metros. Entonces dispararon ráfagas de fuego desde sus escondites. Media docena de cañones antitanques abrieron fuego contra los Lee mientras el tableteo de las ametralladoras barría el paisaje. Los británicos saltaron de los tanques; algunos corrieron hasta una zanja unos 50 metros por detrás; otros se escondieron detrás de los tanques o simplemente cayeron muertos. Pronto ardieron cinco Lees y el resto retrocedió disparando contra los cactus y los fagonazos. El comandante Henry E. Gardiner, un

hombre de 37 años de Montana al frente de los tanques, avanzó con un médico en un camión blindado hasta uno de los tanques siniestrados. Al abrir la portezuela trasera, sacaron a rastras a un muchacho herido. Estaba «horriblemente herido», informó Gardiner, «con un gran trozo de carne arrancado de la espalda y del hombro». Luego se retiró bajo un fuego virulento cuando los otros heridos en el campo de batalla les indicaron que se alejaran.

Los Northants maniobraron a la derecha para flanquear al enemigo a través de los gomeros en el río. Una andanada alemana los paró en seco y los Stukas los obligaron a ponerse a cubierto. Varios tanques trataron de forzar ese mismo flanco siguiendo el camino de la ribera norte del Medjerda. Cuando el teniente Eugene F. Jehlik sacó la cabeza por la escotilla para intentar ver al enemigo, un cañonazo lo decapitó. Su cuerpo descabezado cayó en el interior del tanque para espanto de sus compañeros, y el ataque por el flanco fracasó. El ubicuo comandante Gardiner dejó a Jehlik detrás de una colina y marcó el sitio con un par de tubos de cañón verticales para una posterior recogida.

Lo único posible era la retirada. El contraataque había fracasado por completo debido a una falta del elemento sorpresa, de poder aéreo, de artillería y de planificación táctica. Los británicos y los yanquis «lucharon en presencia unos de otros en vez de en perfecta coordinación», fue la conclusión final de la 1.ª división acorazada. Después del anochecer, Gardiner llevó a dos médicos británicos y varios camilleros al campo de batalla tan bien iluminado por los Lees ardiendo que las ambulancias provocaron de inmediato el fuego alemán. Cada tanque, observó un soldado norteamericano, «arde como veinte almiarés». El olor a carne quemada envolvía los cascos incendiados. Los médicos aún tenían que aprender a acercarse a esos crematorios con el viento en contra. A lo largo y ancho del terreno se oían voces suplicando agua mezcladas con gemidos de hombres demasiado destrozados como para estar sedientos.

En un centro de primeros auxilios en Tébourba, los muertos fueron amontonados a la sombra. Las hileras de camillas con soldados heridos esperaron la evacuación. Había quemados con los rostros despellejados y ennegrecidos, sin cejas y con la piel colgando a trozos. Entre los rescatados por Gardiner estaba el soldado raso Roy Bates, un joven de 22 años de Virginia Occidental que había esperado el rescate durante nueve horas en compañía de sus compañeros muertos. De una herida de casi doce centímetros, un cirujano le quitó un fragmento de un proyectil de medio kilo de peso que Bate cogió con una mano. «Cuando me recupere», prometió, «volveré allí a clavársela a alguien en la garganta.»

Los soldados británicos, sordos a causa del estruendo y con lágrimas en las sucias mejillas, se encaminaron a una granja al norte del Punto 186 designada como lugar de encuentro para los Northants. «Cuando llegaron a la alquería, fueron sin pensárselo al granero, donde cayeron de bruces al suelo», informó Middleton. Un soldado de

infantería atormentado toda la tarde por los Stukas gritó, «¿Quién da un céntimo por un Spitfire?», citando cínicamente un lema de la batalla de Inglaterra que había animado a los escolares a donar sus monedas para construir más cazas. Los soldados que escuchaban la BBC abuchearon los anuncios de que las tropas abadas avanzaban hacia Túnez. Un oyente comparó esos comunicados con *Alicia en el País de las Maravillas*: «Un montón de mentiras, pero muy interesantes de tanto en tanto». El corresponsal A. D. Divine informó haber visto en una columna romana la inscripción «LMSD», que tradujo como «los muertos saludan a los dioses», lo que parecía guardar cierta relación con la realidad.

A medianoche se produjo un débil intento de reorganizar a los Northants para un ataque nocturno contra Djedeida, pero se reconoció que la orden carecía de sentido y se desestimó. Las dos brigadas de Eveleigh ya habían sufrido 580 bajas, sin contar los muertos, heridos y desaparecidos norteamericanos, y el general consideró prudente esperar a que amaneciera antes de volver a intentarlo.

Por desgracia, esta decisión del oficial británico no fue compartida por el 5.º batallón de artillería norteamericano, que se lanzó al campo de batalla el 28 de noviembre con una docena de muy necesarios morteros de larga distancia y la convicción de que Djedeida estaba en manos aliadas. Los pilotos de la Luftwaffe arrojaron sobre la carretera 50 bombas «de forma tan uniforme que parecían farolas de calle», escribió un oficial norteamericano. Un puesto de mando en una tienda de campaña fuera de Tébourba sugirió a un comandante de batería «una vieja pintura de Frederic Remington que tenía mi padre sobre la guerra civil en blanco y negro con los oficiales serios y concentrados en un mapa». A las 21 horas, los artilleros se enteraron de que los alemanes aún ocupaban Djedeida, pero el jefe británico de la artillería bajo cuyo mando ahora operaban los norteamericanos insistía en que capitularía antes de la medianoche. El teniente coronel Warren C. Stout, comandante del 5.º de artillería de campaña, recibió la orden de reconocer el terreno al norte de Djedeida con el fin de emplazar sus cañones cerca del aeropuerto.

A las 21.30, Stout avanzó con un pequeño convoy con cuatro oficiales, tres comandantes de batería y diez reclutas. Las órdenes eran sucintas y precisas. «La radio en silencio. Avance a pie cuando sea necesario. Es nuestra primera misión bajo mando británico.» La luna aparecía en el este iluminando los olivares. En una hilera de árboles más allá del Punto 186, un centinela británico les hizo una advertencia: «Batalla de tanques por delante. Un mal asunto, señor». La luz de la luna daba en las gafas de Stout, que dotaban de una tonalidad verduzca a su rostro. Dijo a sus hombres que avanzaran «según lo previsto». Kilómetro y medio más adelante, la columna volvió a detenerse. Varios tanques Lees ardían a un lado del camino. «Parece que ha habido un cambio drástico en la situación», observó un oficial. Stout meneó la cabeza con la resignación de un hombre que afronta su destino. «Yo tengo mis órdenes», dijo.

A un kilómetro de Djedeida, Stout comunicó a los comandantes de batería que

esperasen en un olivar mientras reconocía el terreno con un conductor y dos oficiales. Su coche en sombras desapareció en la oscuridad. Medio minuto después, la distante hilera de árboles «explotó con blancas llamaradas de fuego», recordó más tarde uno de los oficiales de batería, el capitán Joseph S. Frebnghuysen. Trazadoras amarillas convergieron en el camino desde ambos flancos. Los estupefactos oficiales escucharon el sonido de un cañón antitanque, luego se hizo el silencio. Esperaron cuarenta y cinco minutos debatiendo el curso de la acción con voces angustiadas, sin poder comunicarse por radio con Stout y sin saber que en Tébourba, momentos antes de que el resto del batallón empezara el avance a Djedeida, los británicos habían cancelado la maniobra debido a que «la ciudad es insegura».

A medianoche, tres osados e insensatos oficiales se aprestaron a ir en busca de Stout. Cada uno en un jeep con un conductor y un artillero de ametralladora. Un cuarto oficial se negó a acompañarlos. «Os deseo la mejor suerte», dijo, «pero estoy seguro de que él no estaría de acuerdo con vosotros.» Cubriéndose con la hilera de árboles, los jeeps casi habían llegado al coche destruido de Stout cuando los artilleros alemanes abrieron fuego desde ambos flancos.

«Me explotó el mundo en la cara», escribió luego el capitán Frebnghuysen. «El aire olía a gasolina mezclada con cordita y TNT.» En menos de un minuto, la emboscada había acabado. Varias decenas de soldados alemanes rodearon los jeeps. Para Frelinghuysen, que salió ileso de milagro, «los cascos con los laterales bajos y los rostros grises les daban un aspecto de muertos».

El y otros nueve soldados fueron hechos prisioneros. El coronel Stout, el conductor y los otros dos oficiales habían muerto. El 5.º de artillería de campaña se había quedado sin jefes antes de disparar un tiro. Asimismo, los alemanes captaron las frecuencias de radio de la 1.ª división acorazada, así como las señales secretas de reconocimiento y otros documentos que detallaban el orden de batalla estadounidense.

La madrugada del 29 de noviembre empezó con un renovado esfuerzo de Evelegh por penetrar hasta Djedeida. Los castigados Northants volvieron a atacar desde el Punto 186 con una docena de tanques. Los defensores alemanes dejaron las tierras altas que habían ocupado el día anterior, pero cuando avanzaron los tanques aliados, una emboscada de cañones antitanques incendió cuatro tanques Lee y dispersó al resto. En la izquierda, la compañía D de Northants tomó un cerro y desapareció; no se vio más la unidad hasta que unos pocos hombres regresaron una hora después. «Salid de aquí», gritó un alto artillero norteamericano. «Vienen treinta tanques alemanes en esta dirección.»

Todavía no, pero se veían venir. Ensangrentados y agotados, los anglonorteamericanos se batieron en retirada. El batallón de tanques quedó reducido a 25 Lees, menos de la mitad de su fuerza. Los Northants estaban tan deshechos como lo habían estado los Surreys dos días antes.

Ese domingo, precisamente tres semanas después del desembarco de

ANTORCHA, marcó el apogeo de la ofensiva abada para los próximos seis meses. Por el momento, Túnez no estaría más cercano que su blanca visión fascinante y lejana en el horizonte. Los atacantes habían sido demasiado pocos, demasiado débiles, dispersos y lentos. Ahora habían perdido la iniciativa, que, como un renegado, pasó de oeste a este. En Londres, Churchill declaró que Djedeida había sido ocupada. Los soldados que no habían podido conseguirlo volvieron a reírse de la BBC y el teatro de guerra tunecino entró en la inevitable situación bélica en la que se puede creer cualquier cosa, menos lo declarado por las autoridades.

El capitán Frelinghuysen y los demás artilleros capturados en Djedeida se amontonaron en la parte trasera de un camión alemán en el viaje a Túnez. En las alamedas que pasaban percibieron el fuerte olor de humo de carbón y de bosta de animales. «Hemos logrado el objetivo del general Eisenhower», dijo secamente Frelinghuysen, «de llegar a Túnez lo antes posible.»

En el aeropuerto de El Aouina, desde donde los prisioneros volarían a campos de internamiento en Italia, los norteamericanos contemplaron a los aviones aliados bombardear las pistas y alejarse poco después. Cuando sonó la sirena indicando el final del bombardeo, los soldados alemanes colocaron unos ganchos en un Junker de transporte bombardeado momentos después de haber aterrizado proveniente de Italia. Unos bulldozers arrastraron los restos fuera de la pista. Los aterrizajes se reanudaron al instante y las tropas de la Wehrmacht saltaron a tierra antes de que dejaran de girar las hélices. Sólo entonces llegó una ambulancia al humeante Junker, y los encargados de rescate con trajes de amianto empezaron a retirar los heridos del avión siniestrado.

Otro oficial capturado se dirigió a Frelinghuysen y le comentó: «Hombres que combaten de esta manera serán difíciles de vencer».

El flanco sur del avance del I ejército hacia Túnez había sido rechazado, pero el norte hacia Bizerta aún albergaba esperanzas. Tras una semana de escaso progreso, la 36.ª brigada de Eveleigh se encontró de repente el 27 de noviembre avanzando al este a través del poblado de Sedjenane y los brezales silvestres de las tierras altas costeras. Al alba del 28, la brigada recibió la orden de tomar hacia el atardecer un cruce de caminos a 15 kilómetros al oeste de Mateur; la orden implicaba cubrir más de 40 kilómetros por la carretera 7 a una velocidad sin precedentes y haciendo uso de la improvisación. Cuatro mil soldados británicos tomaron un desayuno de carne enlatada y rápidamente levantaron el campamento. Encabezados por el 8.º batallón de Argyll y los Sutherland Highlanders, esa mañana avanzaron cuesta arriba por un camino apenas más ancho que un camión y sumamente sinuoso. La recolección del corcho había dejado negras cicatrices en los troncos de los árboles; pilas de corchos esperaban su transporte al mercado. Mujeres vestidas de morado lavaban la ropa en riachuelos con un hilo de agua mientras los niños con mugrientos caftanes cabalgaban sobre las ancas de flacas mulas. Las borrascas llegaban del Mediterráneo espesando el lodo que los de Argyll comparaban con «una mezcla de masilla y goma». Cada pocos cientos de

metros, soldados con palas se apeaban de los vehículos para quitar el barro de las ruedas. Los zapadores desenterraron unas pocas minas plantadas por los alemanes en retirada. Pese a esas demoras, al mediodía la columna había recorrido 25 kilómetros para satisfacción de los oficiales. El terreno, lleno de granjas pequeñas y aisladas bajo un cielo nublado, se parecía a la campiña agreste de Inverness o Fort William. Los de las tierras altas de Escocia se sentían como en casa.

Poco antes de las 13 horas el batallón entró en un valle formado por dos altozanos a cada lado de la carretera 7. A la izquierda, el Djebel el Azzag se elevaba 450 metros. La ladera baja estaba cubierta por olivos y la parte superior por pastizales por los que serpenteaba el viento como algo vivo. El teniente coronel J. G. Mackellar, comandante del Argyll, bautizó el montículo con el nombre de Colina Verde. A la derecha, al sur del camino, el Djebel el Ajred era aún más alto, alcanzaba los 600 metros. Brillaba la cima de roca desnuda. Mackellar la llamó Colina Pelada. Al fondo del valle, la aldea de Jefna pendía de la confluencia de ambas colinas donde la senda se estrechaba y desaparecía en un túnel. Allí los soldados británicos de reconocimiento vieron unas cuantas figuras con uniformes grises de campaña escondiéndose en zanjas. Las colinas parecían «no más amenazadoras que otras pasadas ese mismo día», escribió uno de Argyll. Las tropas enemigas parecían ser una de tantas patrullas como las que habían esa semana.

Ambas suposiciones fueron un craso error. Jefna y las colinas adyacentes habían sido meticulosamente preparadas para una batalla con fosos para cañones, campos entrelazados de fuego y un camuflaje excelente. Un informe alemán lo calificó como «un Verdún tunecino a menor escala». El valle estaba defendido por cinco cañones antitanques italianos y el 21.º batallón de ingenieros paracaidistas al mando del comandante Rudolf Witzig. De aspecto infantil, mejillas rosadas y ojos tan profundos que parecían mirar desde la caverna del cráneo, Witzig había combatido en Creta, Rusia y Francia. Su mayor éxito, por el que Hitler le había entregado personalmente la Cruz de Hierro, fue el asalto de mayo de 1940 contra Eben Emael, una fortaleza supuestamente inexpugnable de crucial importancia para las defensas belgas. Con varias decenas de nuevos explosivos denominados «cargas formateadas», Witzig y 77 hombres aterrizaron en el fuerte en diez planeadores y en veinte minutos conquistaron la guarnición de 800 defensores con 26 bajas. La caída de Eben Emael permitió que los Panzers alemanes abrieran un hueco en las defensas belgas y empujaran hacia Dunkerque a las fuerzas británicas y francesas. Ahora Witzig y sus paracaidistas esperaban emboscados en los flancos de ambas colinas.

Los de Argyll se detuvieron a almorzar. A las 13.30, Mackellar, un hombre vivaracho con un hoyuelo en el mentón, ordenó a la compañía C que avanzara en el valle. Debido a la presión por la prisa y por llegar al cruce al anochecer, los de Argyll no enviaron vigías a los cerros ni patrullas de reconocimiento, precauciones que hasta el soldado más bisoño habría tomado. Unas pocas ráfagas de metralla contra posibles

posiciones del enemigo no produjeron ninguna reacción en los disciplinados alemanes. Una compañía de Argyll avanzó cautelosamente por el barranco con ocho blindados Bren y la infantería a pie por un campo arado a la izquierda. Mackellar los seguía con los otros comandantes de compañía.

La columna casi había llegado a Jefna cuando, a una señal de Witzig, un solitario disparo antitanque dio contra el primer tanque, y empezó la descarga de fusilería. Un cañón italiano destruyó el último tanque, bloqueando así la salida. Entonces el fuego de las ametralladoras y los morteros acribilló a la columna de una punta a la otra demoliendo rápidamente el resto de los blindados y dejando a los de Argyll ensangrentados en las portezuelas. Al cabo de diez minutos, la compañía A resultó aniquilada; únicamente ocho hombres volvieron a combatir al día siguiente. Mackellar ordenó que la compañía Y entrase en el valle, donde fue rápidamente destruida. Entonces apareció por la izquierda la compañía C dispuesta a coronar la Colina Verde, pero también fue detenida por el fuego enemigo, tal como le había sucedido a la compañía X tras un corto ascenso por la cuesta de la Colina Pelada. Con todo el batallón en peligro, Mackellar ordenó retroceder. Allí, en una de esas excentricidades que han caracterizado a los soldados británicos durante siglos, el segundo al mando dijo alegremente: «¡Mira, George, perdices!». Una bandada de siete aves alzó el vuelo desde los matorrales.

Sólo la oscuridad de la noche podía salvar a los Argylls del exterminio. Mackellar ordenó que las compañías retrocedieran 800 metros por la boca oeste del valle. Entre las 150 bajas sufridas, había tres comandantes de compañía heridos, respectivamente, en el hombro, el pecho y el muslo. Un valiente oficial médico caminó por la carretera 7 con los camilleros preguntando en la oscuridad: «¿Hay alguien allí?». Volvieron con ocho hombres, entre ellos el conductor de un blindado con los dos pies amputados. «Si hubiera tenido al menos un pie, habría salido de allí con la máquina», dijo, y murió fiel a sus colores.

La brigada se reagrupó al día siguiente y lo volvió a intentar con una carga de dos batallones la madrugada del 30 de noviembre. Gritando y gesticulando, los Royal West Kents alcanzaron la cima de la Colina Pelada con un coste de 161 bajas sólo para ser rechazados por los hombres de Witzig, que se habían reforzado durante la tregua. En la Colina Verde, un batallón de comandos ni siquiera pudo llegar a la cima. La lucha fue implacable y algunas bayonetas fueron hundidas con tal ferocidad que no se pudieron retirar.

Una brigada de más de 4.000 británicos había sido parada en seco por una fuerza diez veces menor. Las bajas alemanas totalizaron catorce muertos, veinte heridos y un desaparecido. Un hito más podía tacharse con tiza en los mapas aliados. Durante seis meses, la posición de Jefna sería tan inexpugnable como lo había sido en teoría Eben Emael.

Los agotados británicos se desplomaron en sus vivaques al aire libre y durmieron

sobre sus armas bajo una lluvia torrencial con la boca abierta y sin soñar. En las colinas Verde y Pelada, el perfume del enebro y el olor a tierra húmeda pronto se agriaron con la fetidez de los cadáveres; para la primavera, estarían las dos peladas. Ocho blindados Bren se oxidaron durante medio año en la carretera 7 espaciados de forma tan uniforme como hitos del camino. El comandante de la 31.ª brigada, descrito como una «figura desgarbada y demacrada carente de jovialidad», fue enviado a casa por demasiado viejo o cansado. Tenía 53 años. Dadas las derrotas en Djedeida en el sur y en Jefna en el norte, el general Anderson autorizó a Evelegh a suspender el ataque mientras el I ejército volvía a coger fuerzas. La noticia de que se declaraba abortada la ofensiva llegó a todas las unidades aliadas salvo a las que más necesitaban esa información.

En un momento bastante optimista durante el primer avance sobre Djedeida, Evelegh concibió dos ataques de flanco para distraer a un enemigo que aún se creía en retirada. En la costa hacia el norte, 500 comandos anglonorteamericanos desembarcarían cerca de Bizerta en varias misiones diseñadas para producir confusión. Al sur de Túnez, un batallón de paracaidistas ocuparía un aeropuerto y cubriría el ala derecha del ataque aliado a la capital. Ambas fuerzas partieron llenas de entusiasmo, sin saber que la ofensiva había sido cancelada y que las brigadas de refuerzo no estarían allí.

Los comandos marcharon con las últimas luces del 30 de noviembre desde la musgosa fortaleza de Tabarka, en la costa cercana a la frontera argelina. Seis grupos británicos y cuatro norteamericanos, cada uno de 50 hombres, además de seis asnos argelinos para cargar los morteros, llenaron trece lanchones de desembarco. Reclutados en su mayoría en la 34.ª división de Iowa y Minnesota, los comandos norteamericanos se habían entrenado con sus mentores británicos siempre que fumaran Players, bebieran Twinings y usaran el uniforme británico de fajina como cualquier hijo de vecino de Yorkshire o Chelsea.

«Jamás le dé una oportunidad al enemigo», aconsejaba el británico *Manual de guerra irregular*. «Cada soldado debe ser un gángster en potencia.» El comandante Jack A. Marshall, un oficial norteamericano, recordó más tarde: «El cuerpo de comandos atraía a los problemáticos. Casi la mitad de mis hombres habían pasado por un tribunal militar al menos en una ocasión... Varios habían merecido más de una condena». Los requisitos para ser comando incluían buen estado físico, inteligencia, saber nadar e inmunidad al mareo.

Por desgracia, ninguna de estas virtudes era inherente a los asnos, que, tras 100 kilómetros en aguas turbulentas en una pequeña embarcación, no estaban en condiciones de caminar y mucho menos de cargar tubos de mortero en las colinas de la costa. A medida que las lanchas se aproximaban a la playa de Sidi el Moudjad, las bestias, que rebuznaban, mordían, cocebaban y vomitaban, fueron arrojadas al agua por los comandos con tamaños insultos que hasta los timoneles se ruborizaron.

Rápidamente tres asnos se hundieron; de una forma u otra el resto logró llegar a tierra, donde no contribuyeron en nada a la expedición.

A 25 kilómetros de Bizerta, empapados hasta la cabeza, los comandos se encaminaron tierra adentro a las 3.15 de la madrugada del 1 de diciembre. Después de asignar con un mapa los sectores donde debían operar, los diez grupos se dividieron. Al cabo de pocos minutos descubrieron lo que no decía ningún mapa: las colinas estaban cubiertas de un matorral tan denso que un soldado se comparó con «una hormiga en un cepillo de pelo».

Sólo poniéndose a cuatro patas y avanzando por sendas de cabras pudieron los hombres cubrir kilómetro y medio en una hora.

Durante tres días, los comandos anduvieron a trancas y barrancas por la costa norte a la espera de los vehículos aliados que nunca llegaron. Los alemanes, avisados por los locales de la presencia de intrusos en el área, reaccionaron rápida y furiosamente. Dos grupos, uno estadounidense y el otro británico, cayeron en una emboscada poco después de desembarcar. Sólo cinco norteamericanos lograron escapar. Un oficial alemán informó a Túnez que «los comandos fueron aniquilados en un breve combate. Hicimos 52 prisioneros». La maleza era tan impenetrable que los hombres simplemente se arrodillaron y dispararon a ciegas como los soldados durante la guerra civil en las planicies. Cuatro equipos de comandos atacaron un aeropuerto de Bizerta destruyendo depósitos de gasolina y varios aviones aparcados. Unos soldados alemanes recién llegados de Italia y aún con los uniformes de gala contraatacaron cantando y los rechazaron. Un capitán que se había acercado a seis kilómetros de Bizerta resultó muerto la segunda tarde; otro recibió un tiro al día siguiente. Incapaz de mover las piernas, fue transportado en una camilla confeccionada con dos rifles y cuerdas de algodón. «Que los hombres se retiren de esta posición», gritó, y falleció. Sus soldados lo enterraron en un altozano solitario.

Finalmente, la orden del capitán fue obedecida por el teniente coronel Claire Trevor, el jefe de la expedición, «un personaje alto, parecido a Drácula y con un espeso bigote», que trataba a todos «con igual desprecio». Los comandos supervivientes se reunieron al norte de Garaet Ichkeul, un lago salado en las afueras de Bizerta. «La inexistencia del ataque británico en el sur nos sumió en la confusión», informó Jack Marshall, el comandante de tierra. «No podíamos usar la radio.» Los hombres estaban exhaustos y sólo disponían de raciones de emergencia. Los soldados que escuchaban un receptor de radio oyeron prometer a la propagandista Sally la eliminación de «comandos renegados de anglonorteamericanos» en el norte de Túnez; lo más perturbador fue su informe pormenorizado de los nombres de capturados o muertos en los últimos tres días. Trevor propuso un último ataque contra Bizerta, pero tras una acalorada discusión, los jefes de grupo se negaron. Dos días después, los comandos llegaron a las líneas aliadas. El ataque había costado 134 muertos o capturados. Más de la mitad eran norteamericanos.

Si bien la incursión de comandos había sido «esencialmente inútil», en palabras de Marshall, la misión de los paracaidistas al sur de Túnez fue un error estúpido y absurdo. Quinientos treinta paracaidistas británicos, lanzados desde 44 aviones de transporte estadounidenses, tenían como objetivo «sembrar la alarma y el desaliento». Sin embargo, el reconocimiento aéreo no dio cuenta de que los aeropuertos alemanes que constituían el objetivo de la misión habían sido abandonados, y no se hizo ningún intento de llamar a los granjeros franceses leales para pedirles información pese a que las líneas telefónicas funcionaban perfectamente. Tampoco Anderson ni Eveleigh pudieron explicar por qué se ponía en peligro a todo un batallón por un objetivo que podía ser bombardeado desde la relativa seguridad de los 300 metros de altura. «El hecho es que el ejército británico no tenía ni idea de cómo o cuándo se podía usar el nuevo potencial bélico de la fuerza aérea», señaló más tarde el jefe de la misión.

Ese jefe era el teniente coronel John D. Frost, quien dos años después se haría famoso en el desastroso «puente» de la ciudad holandesa de Arnhem. «No sentíamos la más mínima preocupación», escribió luego el alto y bigotudo Frost. «Nos creíamos gloriosamente *Primus in Cartago*.»

Por supuesto, no hubo gloria ni entrada triunfal en Cartago al frente de las legiones aliadas. Tras lanzarse en paracaídas el 29 de noviembre a 40 kilómetros de Túnez, el batallón se encaminó al norte con unos pocos carros arrastrados por burros, «que parecía una mierda de circo ambulante en vez de un batallón de paracaidistas», escribió luego un soldado. «Teníamos cierto aspecto medieval», escribió otro, «con los cascos sobre la montura, las camisas que parecían jubones y el Sten a la espalda como un arco.» A las pocas horas, los Panzers alemanes habían acorralado a los paracaidistas, que escaparon de un problema para caer en otro y luego en otro más mientras perdían hombres por el fuego enemigo. Atormentados por la sed, los hombres de Frost sorbían el tallo de los cactus y bebían agua de lluvia de sus propios uniformes mientras seguían camino al oeste durante tres días en busca de la línea aliada.

Con menos de 100 balas entre todos, los británicos supervivientes se toparon al mediodía del 3 de diciembre con una patrulla estadounidense a doce kilómetros de Medjez-el-Bab. Doscientos ochenta y nueve soldados estaban muertos, heridos o desaparecidos. Más de la mitad del batallón había sido aniquilada en la que sería la última misión importante aerotransportada de la campaña del norte de Africa, un gesto desgarrador y heroico de singular ineptitud.

«¡JERRY ESTÁ CONTRAATACANDO!»

A finales de noviembre, Eisenhower y Clark hicieron una visita de dos días a lo que ellos se refirieron rotundamente como «el frente», aunque el viaje ni siquiera implicaba aventurarse en Túnez. La expedición que Clark denominó «un viaje de boyscouts» empezó de mala manera el 28 de noviembre cuando el jeep que iba delante del Cadillac blindado de los generales atropello y mató a un niño argelino de 12 años

que se había metido en el tráfico. Se dieron los pesares de rigor y el convoy prosiguió su camino. Al no poder encontrar el cuartel general de Anderson, el grupo continuó dando vueltas hasta que el mismo jeep infortunado cayó en una zanja e hirió a cinco soldados. Eisenhower y Clark pasaron la noche en la casa de una perpleja familia francesa en Guelma, a 60 kilómetros al sur de Bône; luego localizaron a primera hora de la mañana a Anderson. Tras una acalorada discusión en una granja, los generales volvieron a subir al Cadillac y se dirigieron a Argel. Gravemente enfermo y resollando como un hombre que ha sido gaseado, Eisenhower cayó en cama para dirigir la guerra desde su habitación en la Villa dar el Ouard.

Tenía mucho en que pensar. Lo primero fue la terrible noticia de la base naval de Toulon, donde 77 barcos franceses habían sido hundidos en uno de los mayores actos de autoinmolación de la historia militar. Al ocupar el 11 de noviembre la Francia de Vichy, las fuerzas alemanas se quedaron a las puertas de la base durante más de dos semanas a la espera de la capitulación voluntaria de la flota. Al mismo tiempo, Darían seguía presionando a su viejo rival, el almirante Jean Laborde, para que zarpara rumbo al norte de África con toda la flota y se pasara a las filas aliadas. De Laborde contemporizó hasta que colmó la paciencia alemana. En las primeras horas del 27 de noviembre, tropas Panzer SS irrumpieron en la entrada de la base de Toulon. De Laborde ordenó que las señales de las dársenas emitieran el mensaje mortal: «¡Hundan! ¡Hundan! ¡Hundan!».

Los marineros franceses abrieron las válvulas de agua por debajo de la línea de flotación, arrojaron granadas en las calderas y destrozaron todos los instrumentos de radio y de navegación. Los intrusos llegaron finalmente a la nave capitana en el embarcadero n.º 6, donde un intérprete gritó desde el muelle en mal francés: «¡Almirante, mi comandante le pide que entregue los barcos intactos!».

Un Laborde indignado señaló la cubierta que se hundía bajo sus pies y contestó: «¡Este barco se hunde!».

Entre los barcos perdidos había tres acorazados, siete cruceros y treinta y dos destructores. Muy propio de él, Eisenhower vio la parte positiva: al menos, la presa no había caído en manos enemigas.

La mayor preocupación del comandante en jefe era el frente tunecino, que ahora entendía mejor tras haberlo visto, aunque a una distancia de 200 kilómetros. Eisenhower estuvo de acuerdo con la decisión de Anderson de suspender la ofensiva, pero tenía sus dudas sobre su comandante del I ejército. Podía ignorar la inquietante reticencia de Anderson, «eso tan raro que es la naturaleza humana», en palabras del general escocés, pero su abrumador pesimismo chocaba con el optimista espíritu estadounidense y contribuía a los cambios de humor tan frecuentes en el campo aliado. Anderson «está aparentemente imbuido de la voluntad de victoria, pero da una de cal y otra de arena en sus cálculos y en sus exigencias de resultados», escribió Eisenhower a Marshall el 30 de noviembre. Clark se había sentido especialmente ofendido por lo que llamó el «tinglado de Anderson». Insistió en que las tropas norteamericanas fueran

«retiradas de su mando y organizadas en otro sector del frente con mando propio». Por el momento, Eisenhower se resistió a dar semejante golpe a la unidad aliada. Tal como más tarde dejaría escrito, aprendió entonces que «nada es más difícil en una guerra que unirse en un solo plan estratégico» y resistirse a «la constante tentación de abandonar la línea de acción elegida a favor de otra». A Marshall, le añadió: «Todo está coordinado con el único objetivo de tomar Tunicia. Estamos dispuestos a apoyar en todo a Anderson».

Algunas cuestiones bélicas se empezaron a aclarar, incluyendo los errores de cálculo de la inteligencia. Antes de ANTORCHA, los estrategas habían calculado que los alemanes dispondrían de 515 aviones para la defensa de Tunicia; su número en aquel momento ya era superior a los 850, además de 700 aparatos de transporte. En contraste, en las zonas de vanguardia los anglonorteamericanos sólo tenían dos pequeños aeropuertos y, en Tébessa, 54 P-38, de los que en realidad sólo podían volar 40. Una nueva letra cantada al son de *The White Cliffs of Dover* incluía esta rima:

Habrá Stukas en el valle de Tébourba
cuando yo esté tomando el té.
Habrá Spitfires diez minutos después
cuando ya no me sirvan para nada.

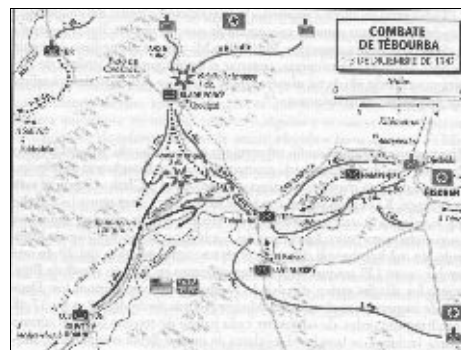
Para sorpresa de Eisenhower, los tanques y las tácticas estadounidenses de los blindados también mostraban deficiencias. La doctrina del ejército estadounidense establecía que los tanques no debían combatir contra otros tanques, sino dejar ese trabajo especializado a las unidades antitanques mientras las formaciones acorazadas traspasaban las defensas y aniquilaban la retaguardia. Las regulaciones habían prohibido la fabricación de tanques de más de 30 toneladas, y hasta 1941 el blindaje de los tanques se construía para resistir el impacto de armas ligeras. El blindaje era simplemente insuficiente. Los inútiles M-3 Stuart hicieron que un general norteamericano comentara que «la única manera de dañar a un alemán con un 37 mm es capturarlo y encajárselo con un enema»; el semioruga con un cañón de 75 mm ya era conocido como «la caja de condecoraciones para los heridos». Los tanques estadounidenses eran tan inflamables que les pusieron el sobrenombre de Ronson por el popular mechero publicitado con el lema de «Encienden siempre». Además, las tripulaciones de los blindados estadounidenses sabían poco de reconocimiento, colaboraban pobremente con la infantería y mostraban una alarmante propensión a realizar cargas a ciegas, conocidas como «carreras de ratas».

Todos estos problemas requerían la intervención urgente del comandante en jefe tan pronto como se recuperara de su enfermedad. Por el momento, dictó un jadeante mensaje a Marshall: «Mi objetivo inmediato es seguir adelante con todas mis fuerzas, encerrar al enemigo en la fortaleza de Bizerta y confinarlo allí de tal manera que se minimice el peligro de una salida o de una fuerte contraofensiva».

Mientras este hermoso sueño sobrevolaba el despacho del jefe del Estado Mayor en Washington, la «fuerte contraofensiva» que Eisenhower soñaba detener ya estaba en marcha. El mismo día en que él y Clark viajaron al este desde Argel, Kesselring voló al sur desde Roma. En Túnez reprochó a Nehring su excesiva cautela y el abandono de Medjez-el-Bab, que denominó «un claro cambio para peor». Las tropas del Eje seguían llegando a Tunicia a una media de mil hombres al día, pero el reconocimiento aéreo del 29 de noviembre contó 135 tanques anglonorteamericanos en Tunicia al este de Béja. Pronto los aliados serían demasiado fuertes como para derrotarlos. Después de inspeccionar el valle del Medjerda en la tarde del 29, a las 17.45 Kesselring dio orden de «defender cada palmo de terreno hasta el último aliento, incluso con la vida». La cabeza de puente debía ensancharse, añadió, para «ganar tiempo».

Nehring confió esa tarea al recién llegado comandante de la 10.ª división Panzer, el teniente general Wolfgang Fischer, que había estado entrenándose en Francia después de combatir en Rusia. «Ataque a las tropas enemigas en la región de Tébourba», le dijo Nehring a Fischer, «y destruyalas.» Los tanques rodaron directamente del puerto de Bizerta al frente. Mulas y caballos arrastraron cañones de 75 mm franceses capturados en dirección a Djedeida. Cañones alemanes de 88 mm de protección antiaérea fueron retirados de los aeropuertos para servir como cañones antitanques en el oeste. Fischer se desplazó por el terreno en un coche blindado que le servía de puesto de mando; su equipo viajaba en motocicletas. Rápidamente organizaron cuatro grupos de ataque con 64 tanques y 14 carros blindados para un ataque sorpresa que daría comienzo el 1 de diciembre. En Túnez, sólo permanecieron treinta soldados alemanes. Lo arriesgaban todo en esta partida a cara o cruz.

El 30 de noviembre, Anderson se enteró por medio de mensajes descifrados que los alemanes estaban a punto de lanzar una ofensiva. A las 4.52 de la madrugada del martes, una «señal de especial prioridad» notificó a los comandantes aliados que la 10.ª división Panzer había recibido orden de atacar Tébourba al alba. Si el aviso llegó a la línea del frente, tuvo poco efecto. A las 8, dos formaciones alemanas en forma de V y dirigidas personalmente por Fischer asaltaron el pueblo de Chouigui por el norte y el noreste. La Blade Forcé, incluido el batallón de tanques de Waters, se retiró y se dirigió al sur del valle del Medjerda.



«A nuestro alrededor, los soldados corrían gritando,"¡Jerry está

contraatacando!"», recordó luego un soldado británico. Fischer los persiguió con el estilo de un asesino nato. Desde una colina al oeste, el reportero A. D. Divine divisó las nubes de polvo que se aproximaban («incandescentes, inmensas y hermosas») y oyó cada vez más cerca el rugido de los motores. Luego los Panzers aparecieron detrás de una colina y, «aprovechando el declive de la ladera, avanzaron de una zona arrasada a otra mientras ocupaban el valle del río».

Los tanques de Fischer se habían acercado a pocos cientos de metros de la carretera 50 al oeste de Tébourba cuando la artillería británica abrió fuego. Fuera de los tanques, los soldados se daban un descanso para fumar un cigarrillo; oyeron el sonido de los proyectiles; sin prisa, apagaron los pitillos, subieron y partieron en busca del desfiladero. Al menos por el momento, el ataque de Fischer desde el norte había sido frenado.

Dos grupos alemanes de infantería atacaron Tébourba a primera hora de la tarde del lunes desde el este y el sureste. El primero salió de Djedeida sólo para ser detenido por el 2.º batallón del regimiento Royal Hampshire, que hacía dos días había reemplazado al diezmado de Northants. Fischer aireó su disgusto con la infantería de la Wehrmacht en un mensaje lacerante a Nehring: «No hubo el más mínimo interés, ningún espíritu agresivo, ninguna predisposición para la acción... Es imposible luchar con éxito con semejante tropa». Tampoco el ataque del sureste logró tomar el puente de piedra de Medjez en El Bathan. Allí los de Surrey se mantuvieron firmes con poca ayuda del 5.º regimiento de artillería de campaña estadounidense, cuyos oficiales ya vivían en su mayoría en campos de internamiento alemanes. Sin munición e imposibilitados de acatar las órdenes del comandante de artillería británico, los norteamericanos se retiraron sin permiso a Medjez-el-Bab con el fin de evitar que les capturasen el armamento.

Cuando anocheció el 1 de diciembre, el control aliado de Tébourba era más precario de lo que imaginaba Fischer en su disgusto. Las tropas alemanas sitiaron la población desde tres lados. Si los Panzers desde el norte cortaban la carretera 50, los batallones aliados alrededor de Tébourba quedarían encerrados. Para prevenir semejante desastre, el general Eveleigh ordenó el avance de 4.000 soldados del comando de combate B (CCB) de la 1.ª división acorazada, el primer contingente estadounidense considerable en llegar al frente tunecino.

Llegaron a toda prisa. Tras dos aburridas semanas de viaje desde Oran, las tropas del CCB estaban desosegadas, pero confiadas pese a que la mayoría de la división aún estaba en viaje desde Liverpool. A lo largo de más 1.100 kilómetros a través de Argelia y en Tunicia, siempre que los controladores británicos del tráfico colocaban un cartel diciendo «Manténgase fuera de los arceles», algunos los alteraban con pintura negra poniendo «Manténgase fuera de las vírgenes». A medida que llegaban los refuerzos a Medjez-el-Bab, un oficial británico sacó la cabeza por la ventanilla de su coche y exclamó: «¡Gracias a Dios que habéis llegado!». Pues sí, los refuerzos habían

llegado. Norteamericanos incluidos. ¡Cuidado, alemanes y vírgenes!

El jefe del comando de combate B era el general de brigada Lunsford E. Oliver, oriundo de Nebraska, de 53 años, un ingeniero de West Point conocido como Bugs (Bicho). Su brigada, designada «comando de combate» como parte de un plan organizativo del ejército, se componía de seis batallones, dos de los cuales ya estaban en Tunicia integrando la punta de lanza acorazada de Evelegh. Oliver montó su cuartel general en una granja de tejado rojo a ocho kilómetros al norte de Medjez. Había maquinaria John Deere en el corral y los campos irrigados estaban llenos de limoneros, almendros y albaricoqueros. La mañana del 2 de diciembre, despachó al comandante del 13.º regimiento acorazado, coronel Paul Mcd. Robinett con órdenes de organizar las unidades de tanques aliados alrededor de Tébourba y rechazar el contraataque alemán.

Robinett se mostró encantado de hacerse cargo. El mando de la batalla le brindaba la oportunidad de demostrar su credo personal: «Haz siempre todo lo posible para que tu jefe no cometa un error». De metro sesenta de estatura, con aires de soldado de caballería y mentón prominente, se le conocía como Pequeño Napoleón, Pequeño César o Robbie. Su carrera militar incluía ser miembro del equipo olímpico de equitación, estudios en la escuela francesa de caballería en Saumur y servicios como estratega y oficial de inteligencia de George Marshall. Hacía tiempo que había ofrecido un dólar a cualquier soldado que disparase mejor que él; un solo hombre, un pistolero de gran puntería del 3.º de infantería, lo había conseguido. Un prodigioso mal hablado en su juventud, ahora se ufanaba de haber «aprendido a hablar con toda corrección». Un solterón de 49 años de las colinas de Ozark en Missouri, era arrogante y malhumorado; «Quisquilloso como una solterona», había observado en una ocasión un oficial del 1.º acorazado. «Molestaba a todo el mundo.» En pocos días molestaría también al alto mando británico, que lo consideró «un quejoso con mucha labia». La descripción no le hizo justicia: pese a sus constantes quejas, era un estratega capaz de dominar el arte de la guerra.

Robinett llegó a una serranía a seis kilómetros al oeste de Tébourba justo a tiempo para ver una carnicería de norteamericanos. Antes de que el general Fischer pudiera reanudar su ataque, 30 tanques Stuart habían avanzado sin apoyo artillero. Los pilotos alemanes los vieron llegar, y el ataque fue rechazado con fuertes pérdidas más el coste de cuatro Panzers. Entonces, una compañía de General Lees recibió orden de un jefe de batallón de realizar un ataque frontal pese a las airadas protestas del oficial de la compañía. Siguiendo el camino a tres kilómetros al oeste de Tébourba, los tanques cargaron al mediodía a campo traviesa y sin reconocimiento contra un enemigo cuya fuerza desconocían.

A los 20 minutos, 8 Lees ardían. Tan eficientes fueron los artilleros antitanques alemanes que las tripulaciones de los Panzers fumaban sus pipas al aire libre sin molestarse en montar en sus tanques. «Parecen contemplar el espectáculo», comentó un

oficial. La munición alemana de 88 mm, ya conocida como «la desmoralizadora», rasgaba el aire y dejaba diabólicas estelas sobre el terreno. Aparte de despertar la admiración británica («los chicos más valientes que jamás he visto», dijo un inglés), el ataque no logró absolutamente nada. Después de conocer la noticia, Bugs Oliver comentó, «Los muchachos han caído en la trampa».

Ahora la trampa se ampliaba alrededor de Tébourba, tal como podía ver Robinett desde su puesto de mando en un altozano. En espirales, se elevaban columnas de humo de Lees abatidos a kilómetro y medio y de Stuarts más al norte; ese día, los alemanes contarían 34 tanques y 6 blindados aliados destruidos, además de 200 soldados anglonorteamericanos hechos prisioneros. Cada pocos minutos, otro cañón enemigo aparecía por el norte y desaparecía en un almiar o un cobertizo. Robinett contó al menos 25 Panzers y no había duda de que muchos más estaban escondidos. El ruido de las ametralladoras alemanas (cada MG 42 podía escupir 1.500 proyectiles por minuto) llegaba a la colina con un sonido que un soldado describió como «el martilleo del demonio».

Robinett había visto suficiente. Tal como informaron John Waters y otros comandantes, se dio cuenta de que dos de los tres batallones norteamericanos de tanques había sido reducidos a la mitad. Al parecer, la Blade Forcé había dejado de existir. Con un liderazgo oportuno y eficaz (Robinett pensaba en sí mismo, por supuesto) y el apropiado refuerzo acorazado, los aliados podrían haber parado el ataque alemán antes de que ganara fuerza. Pero las infernales carreras de ratas y una confusa estructura de mando habían arruinado al I ejército. Sin suficiente apoyo aéreo, la conquista de Túnez seguía siendo una ilusión infantil. Robinett también llegó a la conclusión de que Anderson, Evelegh y ahora Oliver estaban demasiado lejos para controlar el campo de batalla.

Descendió de la colina para hacer el sinuoso camino entre olivares hasta Medjez. Recomendaría la retirada aliada. Se debía abandonar Tébourba.

Oliver se mostró de acuerdo y también los británicos, pero no hasta el día siguiente, después de que se perdieran más hombres y la tarea fuera más ardua. Tébourba estaba defendida por el teniente coronel James Lee al frente de casi 700 Hampshires y 500 Surreys. Mientras los tanques estadounidenses sufrían un severo castigo al norte de la ciudad el 2 de diciembre, los soldados de infantería británicos luchaban por su vida a 2.000 metros al oeste de Djedeida. El general Fischer en persona lideraba la infantería alemana; capturó a 15 soldados, a quienes llevó a un campo de internamiento en Bizerta antes de regresar al frente con dos nuevas compañías de granaderos de Panzers.

Fischer también desplegó la última arma secreta de la Wehrmacht enviada por Hitler con garantías de que sería «decisiva» en la campaña de Tunicia. Nadie había visto jamás un tanque como el Mk VI Tiger. Fabricado como un regalo de cumpleaños para Hitler la primavera anterior, era un monstruo de 60 toneladas con un cañón

principal de 88 mm y un blindaje delantero de 12 cm. de espesor. Al primer Tiger que llegó a Bizerta se le fundió el motor en el muelle; el segundo se averió en el camino al oeste. Pero otros cuatro prosiguieron hacia Djedeida bajo el mando del capitán Nikolai, barón Von Nolde, que llevaba las botas deportivas que siempre usaba en combate. Arrasando todo a su paso, a media mañana del 2 de diciembre, los Tigers y otros tanques más pequeños se toparon con la línea británica.

A una distancia de 20 metros, un Tiger arrasó una sección del flanco izquierdo del teniente coronel Lee; un cabo rodeado de alemanes fue visto por última vez «saltando y disparándoles con su subfusil». Entonces los tanques giraron hacia el sur para liquidar el puesto de mando del batallón en la Granja Blanca, matando a seis soldados de señales. A la derecha de los británicos, una compañía que defendía la ribera norte del Medjerda contraatacó con bayonetas, pero al mediodía también había sido derrotada. Sobrevivieron siete hombres. Las pérdidas alemanas también eran elevadas. Cuando Nolde salió al descubierto para dar una orden a un capitán, una descarga antitanques británica le amputó ambas piernas; llevaba sus zapatillas de gimnasia. La bala de un francotirador mató al otro capitán. «La situación es muy desagradable», escribió un oficial de la Wehrmacht en su diario. «Un inglés herido yace a 15 metros de nosotros entre las ramas y las hojas, pero sólo será posible sacarlo de allí después del anochecer. Tiene un pulmón perforado.» A medianoche, los Hampshires retrocedieron dos kilómetros para formar otra línea entre el río y el Punto 186. Los Surreys resistían en ambos flancos.

Si el miércoles había sido desagradable, el jueves fue aún peor. Marcando sus propias líneas con bengalas blancas, los alemanes recibieron el día con ataques de Stukas y cuatro horas de fuego de artillería y de morteros. Al mediodía habían flanqueado y capturado el Punto 186. «Durante toda la mañana, tuvo lugar un feroz y confuso combate», escribió un capitán de Hampshire. El despacho de Fischer a Túnez fue más optimista: «Todo indica que estamos debilitando al enemigo y que empieza a ceder».

Un comandante británico, H. W. Le Patourel, encabezó un inútil contraataque para reconquistar la colina; se le vio por última vez haciendo gala de pistola y granada. A título póstumo se le concedió la Cruz Victoria, pero reapareció, herido pero aún vivo, en un hospital militar italiano. En el atardecer del 3 de diciembre, dos pinzas alemanas se encontraron en la estación ferroviaria de Tébourba para completar el doble encierro. Reducidos a 40 oficiales y 200 soldados, Lee formó un escuadrón defensivo alrededor del puesto de mando del batallón. «Fue Dunkerque redivivo», recordó más tarde un Surrey.

De hecho, el general Anderson había comandado a los Surreys en Dunkerque como brigadier y allí también tuvo sus problemas. En un mensaje a Eveleigh, le comunicó:

El comandante está insatisfecho con la situación en que está cayendo la 78.a

división. No es suficiente y ciertamente es muy peligroso encerrarse en un sector estrecho en torno a Tébourba... Permitir que el enemigo se atrinchere en el cerro Chougui que domina Tébourba sería casi fatal.

«Más espacio para la acción», añadió Anderson, «o nos sacarán de allí.»

Demasiado tarde. A las 19 horas, Lee ordenó calar las bayonetas y recuperar las armas de los muertos. Voces alemanas incógnitas pedían rendición. «Os trataremos bien.» Un Hampshire contestó: «¡Y una mierda!». Por debajo del brillo gélido de las bengalas Very, los hombres pivotaron y formaron una línea con el flanco derecho sobre las vías del tren. «Atacad cuando estéis lo bastante cerca», aconsejó Lee. Luego, disparando su Bren, gritó a voz en cuello, «¡Al ataque!», y se lanzaron hacia Tébourba. Dos Panzers y una compañía de infantería pararon en seco a los atacantes pero luego cedieron ante la carga. Los británicos pasaron por la iglesia sin tejado y entraron en la ciudad arrasada. Haciendo una pausa para formar filas, marcharon por la calle principal marcando el paso. «¡Izquierda, derecha, izquierda, derecha!» Entonces descubrieron que las tropas enemigas habían cortado la carretera 50 al oeste. Tébourba había sido abandonada por orden de Evelegh, pero una vez más esa orden crucial no había llegado a quienes más la necesitaban saber.

Hasta el coronel Lee se hundió. Ordenó que los hombres se abrieran camino divididos en pequeños grupos. En la oscuridad, salieron de dos en dos o tres en tres. Algunos se ahogaron en el Medjerda; otros se arrastraron por el carboncillo de las vías debajo de los arcos rojos de las balas. «Al volver la vista a Tébourba», escribió tiempo después un oficial, «pudimos ver las llamaradas y las estelas de las trazadoras mientras el enemigo trataba de liquidar a cuanto superviviente pudiera quedar.» El otrora hermoso mercado era ahora tan grotesco como una herida abierta.

Al mediodía del 4 de diciembre, Fischer telefoneó al cuartel general de la división. «Tébourba ocupada», informó sucintamente. «El enemigo ha tenido numerosas bajas. Valioso botín.» Un teniente norteamericano que vigiló la entrada de los ingleses en Medjez-el-Bab los dos días siguientes, informó a Robinett: «Salvo ocasionales maldiciones y gemidos de los heridos, entraron en silencio. Muy bien entrenados». Un periodista de *The Times* de Londres notó que los supervivientes se sentían enfurecidos con el enemigo. «Una noche en Glasgow», propuso un soldado, «y vuelvo contra esos bastardos.»

En un hospital de campaña en la retaguardia, los moribundos llegaban tan pálidos que la suciedad en sus frentes resaltaba como ceniza de Cuaresma. Los cirujanos trabajaron sin descanso toda esa noche y al día siguiente donando su propia sangre para las transfusiones cuando se acabaron las existencias. Henry Gardiner, el comandante norteamericano cuyos tanques habían combatido durante toda una semana en las inmediaciones de Tébourba, llegó con un brazo lleno de metralla de la última batalla. Lo acomodaron en una tienda hedionda «iluminada con velas. Dos hombres en catres contiguos estaban completamente vendados salvo un pequeño agujero» para las

bocas. «De vez en cuando, levantaban débilmente una mano.» Uno de ellos pidió prestada una larga boquilla para poder fumar. «Y eso le permitió fumar, ya que el cigarrillo quedaba fuera del alcance de la gasa.»

A varios kilómetros al este, un médico alemán llamó, «¡El siguiente!», y le seccionó una pierna a un herido. Un prisionero británico que trabajaba en la sala de cirugía alemana describió con qué «respeto más delicado pusieron el miembro amputado entre varios miembros más en el rincón más oscuro».

Los de East Surrey habían partido de Inglaterra hacía seis semanas con 795 hombres; volvieron a Medjez con 343. Los Hampshires, aún más castigados, contaron 194 supervivientes de un total de 689. Pero otro suelo extranjero seguiría siendo inglés para siempre. Entre las bajas estaba el coronel Lee, que había sido herido y capturado en el desastre final. De los 74 cañones de campaña británicos que había en las inmediaciones de Tébourba, 53 se habían perdido. Los cálculos de Fischer de las pérdidas aliadas en la batalla de tres días de duración incluyeron 55 tanques, 300 otros vehículos y más de 1.000 prisioneros. El reportero Philip Jordán escribió: «Hay un clima de incertidumbre en el cuartel general de vanguardia y los oficiales casi riéndose, pero sólo casi, se preguntan si nos van a rodear... Qué rápido cambia el ambiente».

El coronel Robinett, insufriblemente dispuesto como siempre a no dejar que sus superiores cayeran en la locura, se arrogó la responsabilidad de informar directamente a George Marshall sobre los errores aliados. Desde lo alto de un cerro al oeste de Tébourba, escribió a su superior una carta confidencial que eventualmente llegaría a manos de un indignado Eisenhower.

La coordinación de los ataques de tanques con infantería y ataques aéreos ha sido perfecta en las filas alemanas. Nosotros aún lo debemos lograr... Los hombres no pueden soportar la presión mental y física de los constantes bombardeos aéreos sin sentir que se está haciendo todo lo posible para contrarrestar el esfuerzo aéreo enemigo... Saben lo que ven y, en este momento, hay poco que ver en el aire.

Sin embargo, pese a su arrogante desfachatez, Robinett poseía una implacable cabeza analítica. Reconoció que él también era culpable de la derrota aplastante por no haber logrado organizar un contraataque nocturno que podría haber salvado a los Surreys, los Hampshires y los norteamericanos. Había «previsto la posibilidad, pero no tenía plan alguno para la contingencia», admitió más tarde. «Francamente, era demasiado nuevo en este juego.»

«Mi querido C-en-J», escribió Anderson a Eisenhower el 5 de diciembre, «la batalla del 3 de diciembre acabó con una grave derrota para nosotros.» Con la frágil satisfacción de un pesimista cuyos temores han sido confirmados, el general catalogó los males de su ejército: «fuertes ataques con bombardeos en picado»; «mala utilización de la artillería de campaña» y «mal uso de los tanques ligeros estadounidenses».

«Reinaba una sensación de arrojo irresponsable y de no adoptar la acción y la táctica apropiadas ante los ataques de los tanques hasta que fue demasiado tarde», añadió. «La experiencia del día anterior en Chouigui con la Blade Forcé tendría que haber encendido las luces rojas, pero evidentemente no fue así.» Algunos batallones ahora contaban con menos de 350 hombres, mientras que «el enemigo ya se había reforzado y podría continuar haciéndolo de forma mucho más rápida que nosotros». La logística seguía siendo defectuosa y con un «montón de viejos camiones franceses» haciendo el transporte de suministros. En consecuencia, la ofensiva debía volver a detenerse al menos durante cuatro días.

«Lo siento mucho», escribió Anderson, «pero esto es lo que hay.»

Fischer y su 10.ª división Panzer no tenían ninguna intención de detenerse. Presintiendo la fragilidad del comando de combate B, los alemanes atacaron en un frente de kilómetro y medio durante la fría y clara mañana del 6 de diciembre. Dos olas de Stukas martillaron al 6.º regimiento de infantería acorazada que se había atrincherado a cinco kilómetros al sureste de Tébourba y al pie del Djebel el Guessa. Los paracaidistas de la Wehrmacht organizaron la conquista de la cima y en 25 minutos el flanco izquierdo de los norteamericanos había cedido. Un artillero confundido y aterrorizado disparó su carga de calibre 50 contra una de sus propias secciones. Poco después los muertos yacían como arenques en una lata. Hubo un solo superviviente. Los Panzers atacaron el flanco derecho aplastando a los soldados en las zanjas e hiriendo mortalmente a un comandante. Moriría en una ambulancia alemana y sería enterrado en una fosa poco profunda en el camino a Túnez.

Mientras el comandante del batallón, el teniente coronel William B. Kern, se esforzaba por salvar la unidad del exterminio, la batería C del 27.º batallón acorazado de artillería de campaña abrió fuego contra 20 Panzers a una distancia de casi un kilómetro. Esta acción distrajo a los alemanes, que ahora cambiaron la dirección de sus disparos. Cediendo terreno poco a poco, los artilleros se retiraron a un anfiteatro rocoso con los morteros sobre semiorugas blindadas. Llegaron los Panzers, cada uno de ellos seguido por una nube gris de tropas de infantería a pie o en moto. A las 10.50, el jefe de la batería, el capitán William H. Harrison, pidió ayuda por radio. Sus frenéticas peticiones acabaron a las 11.20 con la siguiente transmisión:

Por todos los santos, ¿sólo existe la batería C en la 1.ª división acorazada? Luchamos con todas nuestras fuerzas, pero no podremos resistir todo el día. ¡Por favor, enviad ayuda urgente!

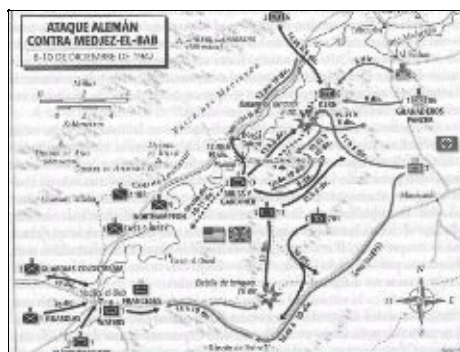
A las ocho de la mañana, el general Oliver había dado la orden, pero por razones nunca aclaradas, al 2.º batallón del 13.º regimiento acorazado no le llegó nunca esa orden. A las 13 horas, el teniente coronel Bruss y sus tanques cubrieron los 12 kilómetros por la ribera del Medjerda hasta el Djebel el Guessa. Ocasionalmente más demoras y haciendo el ridículo, Bruss dividió su fuerza, no hizo reconocimiento y ordenó a los tanques cargar «por el valle lo antes posible». Con el refuerzo de cinco

nuevos tanques Sherman de las unidades de Patton en Marruecos, los General Lees llegaron a toda velocidad sin tener idea de dónde estaban los hombres del coronel Kern, y mucho menos el enemigo. Los artilleros alemanes esperaron a que los Shermans, de cinco en fondo, estuvieran a 500 metros de distancia.

Quince minutos más tarde ardían todos los Shermans y la mayoría de los General Lees. «Las bombas atravesaban el trigo a los dos lados», escribió más tarde el teniente Philip G. Walker. «Anduve de tanque en tanque tratando de que dispararan y se retirasen. Todos parecían petrificados. Maldije e insulté subiéndome a los tanques y gritando.» Una explosión mató a un soldado en la torreta bajo los pies de Walker. Los fragmentos le agujerearon el brazo, el párpado y la sien. «Gritaba y lloraba de frustración y dolor. Me dieron morfina y me sentí mejor.»

Más tanques estadounidenses llegaron a la zona de combate después de haber dado tiempo a los artilleros alemanes para que repusieran las municiones y recargaran. El desastre fue completo. Portando inmensos carteles con grandes cruces rojas, los médicos de la Wehrmacht iban de tanque en tanque salvando a unos pocos heridos. El batallón de Kern escapó a la destrucción, pero sufrió 219 bajas. Los cinco morteros de la batería C fueron destruidos, los últimos a una distancia de 20 metros o menos, con 39 bajas entre los artilleros, contando al valiente y ahora capturado capitán Harrison. Se perdieron 18 tanques. Por recomendación de Robinett, Oliver defenestró al coronel Bruss. Su maltrecho batallón pasaría al mando de Henry Gardiner tan pronto como el comandante regresara del hospital.

Esa noche empezó una lluvia torrencial que duró tres días sin parar. Los soldados, empapados y ateridos, se preguntaban, tal como habían hecho sus padres en la Gran Guerra, si los alemanes podían hacer llover a voluntad. Aunque las tropas de Fischer también habían sido castigadas, la amarga derrota del Djebel el Guessa sumió al I ejército en un abatimiento que se propagó como un virus. Conocido ahora como el «Stuka Valley», el Medjerda parecía más siniestro, incluso demoníaco. Las acciones psicológicas de los alemanes desmoralizaban aún más a los hombres, en especial la táctica de disparar todo tipo de armas ligeras al anochecer y, acto seguido, grandes bengalas como si fuera el prelude de un ataque. El «efecto global era terrorífico y fue un factor determinante del combate», señaló el jefe de inteligencia del batallón del comando.



Los rumores negativos se volvieron virulentos: los alemanes habían disparado contra prisioneros, usado gas venenoso, reclutado árabes caníbales. Más y más ladrones y colaboradores árabes eran ajusticiados, y sus casas, quemadas; rara vez hubo un proceso legal que reflejara la jurisprudencia anglonorteamericana. Los franceses colgaron a árabes de los balcones en Béja como dura advertencia y los comandos quemaron todo un poblado árabe para vengar la muerte de un guarda forestal francés. Los ansiosos soldados intercambiaban historias que habían visto o que les habían contado: un centinela que sufrió una emboscada y que luego lo encontraron con los ojos arrancados; un soldado británico que osó hablar con una mujer árabe y que lo encontraron cortado en tiras de carne que decían «Cuidado»; un conductor de jeep decapitado por un proyectil de 88 mm. siguió conduciendo unos 800 metros aferrado al volante. Según informó un corresponsal, los Panzers eran «como un asesino evadido que es visto en varios sitios a la vez». Se decía que las tripulaciones de los tanques eran maestros escultores capaces de disfrazar un Mk IV como si fuera un Sherman con unos pocos puñados de lodo. Los soldados coleccionaban amuletos de la buena suerte; la metralla era especialmente popular, ya que según se decía los iguales se repelen. Cada bolsillo era un relicario potencial.

«Durante un ataque, la mitad de los hombres en la línea de fuego están aterrorizados, y la otra mitad, nerviosos», había escrito el teórico británico J. F. C. Fuller. Algunos soldados del I ejército confundían las bombas de humo con paracaídas inflados; otros descubrían su posición tratando de abatir bengalas alemanas. La intranquilidad se extendió también a los altos mandos. Eveleigh había hecho retroceder otros seis kilómetros más cerca de Medjez-el-Bab a las tropas anglonorteamericanas, pero Oliver se quejaba a diario de que el CCB era demasiado vulnerable. Anderson estaba listo para abandonar por completo «Stuka Valley». Dejó caer la idea en un mensaje «de máximo secreto» a Eisenhower el 8 de diciembre.

«La razón es la necesidad de que las tropas descansen y se recuperen con el fin de tenerlas dispuestas para reanudar la ofensiva», escribió Anderson. «Las actuales posiciones están demasiado expuestas y son demasiado extensas.» Construir una nueva línea de 25 kilómetros al oeste de Medjez podría «ser el paso más indicado», sugirió, aunque «lamentaría abandonar Medjez-el-Bab». En otra nota esa misma tarde, Anderson le dijo a Eisenhower: «Hay límites a la resistencia humana». Por si el comandante en jefe no captaba la idea, Anderson añadió en otro mensaje el 9 de

diciembre: «El espíritu está dispuesto, pero la carne ha alcanzado su límite».

Incluso antes de que Eisenhower contestara desde Argel, el batallón recibió orden de prepararse para una retirada hacia Béja como parte de la operación HAIRSPRING. Treinta minutos más tarde, la retirada fue cancelada. Juin y Barré se habían enterado de los planes británicos. Los generales franceses estaban horrorizados. ¿Acaso el general Anderson no conocía el valor estratégico de Medjez-el-Bab? ¿No conocía el consejo de Aníbal, que Medjez era la llave de la puerta? Haciendo un saludo con la mano izquierda, Juin fue a telefonar a Giraud, quien emplazó a Eisenhower a que retirara la orden.

Surgió un nuevo plan: la 1.ª brigada de guardas británica avanzaría para ocupar Medjez, mientras el CCB y las tropas de Evelegh volvían al oeste de la ciudad, donde, según la frase de Anderson, debían «reforzarse, descansar, guarnecerse y reacondicionarse». Se fijó como fecha de la operación la noche del 10 de diciembre.

Los augurios y pronósticos sobrevolaban el valle. La población local con sus patéticas posesiones a la espalda se iba a las colinas desde las aldeas cercanas al Djebel el Guessa. Un desertor alemán borracho llegó a las líneas aliadas con cuentos de concentración de granaderos en las hondonadas. La lluvia terminó, pero el agua anegaba los caminos. Los campos eran auténticos lodazales. El aire estaba pesado y no corría ni una pizca de viento. A las 8 horas del 10 de diciembre, el general Oliver avanzó a reconocer el terreno. Pocos minutos después, varios piquetes franceses llegaron corriendo gritando: «Tank boche! Tank boche!». Dos columnas de Panzers con un total aproximado de 60 tanques avanzaban a cada lado del Medjerda. Hacia el mediodía, en la carretera 50 el enemigo había sido parado por tanques estadounidenses y por el terreno densamente minado cerca del poblado de Bordj Toum, a 15 kilómetros por el río de Medjez-el-Bab. La fuerza paralela en el lado sur del río batalló primero con el lodo y luego atacó al 1.º batallón del coronel Kern, ahora atrincherado a camino entre Tébourba y Medjez en las escarpadas alturas del Djebel Aoukaz, conocido como el Bou. Kern resistió en su posición y el Bou siguió en manos norteamericanas.

Pero un peligro mayor hizo su aparición por el sureste. Fischer despachó a su 7º regimiento Panzer con artillería y 30 tanques en un audaz ataque de flanco para ocupar Medjez desde la retaguardia. Entraron en Massicault, donde destruyeron diez de los restantes Stuarts y semiorugas de John Waters. Waters retrocedió con las fuerzas que le quedaban a través de Medjez-el-Bab y cruzó el Medjerda por el puente Bailey. A primera hora de la tarde, el enemigo estaba a la entrada de la ciudad, a tres kilómetros de Medjez y con una posibilidad de cercar a todo el comando de combate B. Sólo una valiente fuerza francesa de zuavos, *tirailleurs* y artilleros mantuvo a raya la ofensiva.

Con un sencillito mapa sobre las piernas y un caprichoso micrófono de radio en la mano izquierda, Robinett se encontraba en una granja a cinco kilómetros de Medjez tratando de imaginar una batalla que no podía ver ni oír. No había podido comunicarse con Oliver ni habían contestado sus reiteradas peticiones al cuartel general de Evelegh

de que enviaran refuerzos de Shermans. Medjez parecía condenada, pero a las 13.30 horas Robinett ordenó al 1.er batallón del 13.º regimiento acorazado que atacara al sur de Bou en un esfuerzo para coger por detrás el despliegue lateral de los alemanes.

Casi funcionó. Una compañía de Stuarts cayó por sorpresa sobre los coches blindados del enemigo y los destruyó con un ataque a 50 metros. Pero entonces aparecieron los Panzers. «Toda la tierra alta estaba llena de ellos», señaló un capitán norteamericano. El contragolpe fue parado en seco. Los proyectiles para las ardillas rebotaban como de costumbre en la tersa superficie de los Panzers y las orugas más anchas de los tanques alemanes se agarraban mejor al lodo. Con menor capacidad de maniobra y en inferioridad numérica, los comandantes norteamericanos se vieron limitados a apuntar a las mirillas de los Panzers en un esfuerzo inútil de cegarlos.

Se perdieron 19 Stuarts y las tripulaciones fueron ametralladas cuando huyeron de los tanques incendiados. Dos decenas de yanquis supervivientes se escondieron en una quebrada; luego se encaminaron al norte y cruzaron a nado el Medjerda. A las 16.30, Robinett ordenó que todas las restantes fuerzas estadounidenses en los alrededores del Bou cruzaran el puente en Bordj Toum después del anochecer y regresaran a Medjez por la carretera 50.

Momentos después de dar esta orden, Oliver volvió al puesto de mando sucio de lodo y exhausto tras un penoso día evitando patrullas alemanas. Desplomándose en una silla, escuchó angustiado la relación de Robinett sobre el contraataque del 1.er batallón. Se le llenaron los ojos de lágrimas. «¡Dios santo! ¿Por qué atacó con los tanques ligeros?», preguntó Oliver. «¡Usted me ha arruinado!»

Robinett se puso de pie dejando constancia de su estatura nada excepcional, se inclinó y mirándolo a los ojos sin pestañear, dijo: «No, mi general», contestó. «Lo he salvado.»

Y ciertamente lo había hecho, pero la salvación resultó efímera esa noche del 10 de diciembre. Medjez se había mantenido por el momento, pero más de tres batallones de tropas norteamericanas corrían peligro. Oliver optó por no volver a aventurarse en el valle; dirigir el tráfico que pronto atascaría el camino del Bou a Medjez superaba sus fuerzas en aquel momento. En cambio, se dejó la evacuación en manos del teniente coronel John R. McGinness, un egresado de West Point de 43 años. Oliver se echó en una gavilla de paja y quedó dormido al instante.

Volvió a caer una lluvia pesada cuando largas columnas de soldados salieron de las quebradas alrededor del Bou. Las luces especiales o catafaros para el apagón de rigor brillaban encima de los camiones y semiorugas que se acercaban al río y a la carretera que los pondría a salvo. Voló una bengala a casi dos kilómetros al noreste; silbó durante un minuto antes de apagarse en el cielo. En la oscuridad, cerca de la estación de trenes de Bordj Toum, 300 soldados de infantería alemanes y dos docenas de Panzers habían acampado tras un día de feroz combate tan próximo que los artilleros habían disparado sus rifles contra la infantería. También en la oscuridad, dos

secciones de soldados británicos aguardaban a los norteamericanos; al principio Evelegh había prometido defender el puente hasta al menos las 22.30; luego, a petición del batallón de comandos, retrasó la hora a las 4 y finalmente hasta la madrugada.

Una sección del CCB cruzó el estrecho puente de Bordj Toum seguida por una compañía de General Lees. Las orugas de los tanques hacían crujir la plancha del puente y la ocupaban casi por completo. Cuando los Lees entraban en la carretera 50, los alemanes cantaban cerca de la estación.

Unos fogonazos amarillos surcaron la oscuridad seguidos por la ráfaga de una ametralladora. Un oficial ordenó a sus soldados volver al puente para cubrirse mejor hasta que se eliminara ese fuego.

Pero hacía una semana que crecía el pánico alimentado con historias de conductores descabezados y de ojos colgando de cordeles. Otra bengala chisporroteante proyectó «nuevos horrores en las cabezas de los débiles», tal como luego observó Robinett. Si había mentes débiles, las piernas seguían fuertes: la luz fría reveló la silueta de hombres que cruzaban el puente con los ojos vidriosos por el miedo. «¡Los alemanes! ¡Los alemanes!» El miedo recorrió la columna como un fusible fundido. Un oficial jadeante llegó por el lodo al jeep del coronel McGinness. Sus palabras salieron como un torrente: los alemanes habían pasado; no había británicos a la vista; se decía que los Panzers ya bloqueaban el puente.

Una simple caminata por el frente habría desmentido todo eso. Nadie había pasado la línea. Los británicos, aunque poco numerosos, se mantenían firmes no lejos del puente. Los Panzers habían sido inutilizados en los combates previos. Los disparos habían carecido de importancia.

Pero McGinness no era hombre de pasar bulos por alto. Ignorando las razones válidas de sus subordinados y aceptando únicamente el consejo de sus propios miedos, dio la orden fatídica: «La columna debe cambiar de rumbo». Los batallones regresarían a Medjez por un sendero de cabras en la ribera sur del río.

Los primeros pocos vehículos de la cola de la columna, ahora los primeros, consiguieron cambiar el rumbo y avanzar al oeste con el barro hasta los parachoques. Pero el paso de los vehículos ablandaba más el fango. A unos cientos de metros, los blindados empezaron a empantanarse, primero los tanques, luego los semiorugas, los cañones, los jeeps y los camiones. Echando pestes, los sudorosos soldados colocaban mantas y cajas de raciones debajo de las orugas y las ruedas. Quitaban el lodo con palas y picos hasta que les sangraban las manos mientras los conductores daban marcha adelante y atrás en el lodazal. Los embragues se averiaban. Se rompían los ejes y las transmisiones. Los vehículos patinaban y salían del sendero. Los tanques se quedaban sin gasolina.

A la 1.30 horas, un asistente despertó a Oliver. Oliendo a restos de olivas, el general leyó sin poder dar crédito a sus ojos la transmisión de radio de McGinness. La columna se había empantanado. Casi todos los vehículos estaban atascados y

McGinness había ordenado «abandonarlos y destruirlos». Oliver trató de comunicarse con la columna por radio. Nadie contestó.

La húmeda madrugada mostró una procesión espectral y medio enterrada a lo largo de cinco kilómetros del crecido Medjerda. Las granadas Thermite se habían fundido en los motores dejando charcos metálicos sobre el fango.

Unos pocos soldados, ignorantes de la orden de abandonar el barco, seguían empujando sus vehículos hacia adelante y hacia atrás en un empeinado esfuerzo por desempantanarlos. Algunos habían dejado sus armas y andaban por el lodazal; dormían como muertos donde caían arrojados por el fango. Cientos de hombres se tambaleaban en dirección oeste para cubrir los 13 kilómetros hasta Medjez, demasiado cansados para prestar atención a los Stukas. Los oficiales organizaban grupos en busca de forraje para los temblorosos soldados.

McGinness entró al mediodía a trompicones, salpicando lodo y empapado de pies a cabeza. Aunque Patton, al enterarse del desastre, propuso un pelotón de fusilamiento, Oliver simplemente lo degradó. McGinness fue el segundo comandante de batallón del 13.º regimiento acorazado degradado en tres días. «Nunca me sentí peor en mi vida», manifestó Oliver. Eisenhower también consideró echar a Oliver, pero al final lo envió a casa para su eventual promoción como comandante de división. Robinett le sucedió en el cargo, fue ascendido a brigadier general y pronto recibió el nombramiento de comandante del CCB.

Se haría cargo de una unidad fantasma. El fango de Bordj Toum se había cobrado 18 tanques, 41 cañones y 132 semiorugas y vehículos de ruedas. Enterradas hasta los faros, la mayoría de las carcasas estaban demasiado profundas como para que las pudieran rescatar los alemanes. Con más incredulidad que indignación, Anderson comentó: «Fue una pérdida catastrófica». En dos semanas en el frente, el CCB había perdido tres cuartas partes de sus tanques y morteros, y un número similar de semiorugas y camiones de transporte. Como nadie había imaginado pérdidas tan cuantiosas, en especial la destrucción de 124 tanques y la avería completa del resto, los norteamericanos carecían de un sistema capaz de proporcionar reemplazos tan rápidamente. Mucho personal de vehículos destruidos se dedicó a trabajos de tráfico durante semanas; a un batallón le quedaban seis tanques. Dos días después de Bordj Toum, Anderson declaró que el CCB no estaba en condiciones de combatir.

Fue humillante y casi inimaginable para los jóvenes gallitos que habían partido de Oran y Argel hacía sólo un mes. A. D. Divine, el periodista surafricano que había pasado muchas semanas con los norteamericanos, evaluó sagazmente sus deficiencias.

Los fallos eran bastante claros: los principales eran una falta inicial de evaluación de las posibilidades del enemigo; una cierta indisciplina mental; una tendencia a la exageración... Los hombres miraban desde lo más alto porque desde allí la vista era mejor. No usaban el camuflaje porque podía exteriorizar un exceso de ansiedad. No cavaban trincheras porque era un trabajo duro.

Otras deficiencias no podían imputarse a soldados bisoños. Casi no se habían enviado bazucas a Tunicia; Patton tenía muchas en Marruecos, a 1.500 kilómetros del frente, donde probaba su poder de penetración contra cabras vivas puestas en un tanque ligero. Pasarían otras tres semanas antes de que los oficiales de los cuerpos de armamento y material descubrieran que las tripulaciones de los tanques estadounidenses habían entrado en combate con munición de entrenamiento y no con la más explosiva y letal de combate real. Y no sólo los tanques, las tácticas y el poder aéreo alemanes habían probado ser superiores, sino también los prismáticos, la pólvora sin humo y las ametralladoras.

Aún más importante fue la falta de cohesión existente entre las formaciones aliadas y entre las propias unidades norteamericanas. No habían luchado como un ejército, sino como una confederación inconexa. Aún no se habían probado los líderes ni el liderazgo, pese a los destellos de capacidad y a los numerosos actos de valor. El mando británico había sido tan deficiente como el mando estadounidense. En una fase crucial de la campaña, cuando todo escuadrón de fusileros contaba, ya que la infantería era especialmente valiosa para capturar baluartes en las colinas y para defender los pasos, se había permitido que batallones enteros fueran destruidos, empezando por los de las operaciones RESERVISTA, TERMINAL y VILLANO, y siguiendo con la eliminación de los Argylls, los Hampshires, los Surreys, los comandos, los paracaidistas de Frost y ahora 2º batallón de McGinness que acabó con diez vehículos.

Una vez más, Eisenhower optó por el optimismo. «Estamos teniendo problemas, pero también el enemigo», anotó en un apunte del 10 de diciembre. «Si nos decidimos a aguantar más que él, a llegar más lejos y a trabajar aún más duro... ciertamente podemos ganar.» La historia revelaría la corrección de esta valoración, pero entonces apenas podía imaginar el dolor que había implícito en la frase «a aguantar más que él, a llegar más lejos». Había terminado un mes de combates, el primero de los treinta por venir de batana encarnizada entre los aliados y el Eje. Ya estaban todos los actores en el escenario. Aunque el combate en esas semanas iniciales había sido a pequeña escala, compañías y batallones contra otras compañías y batallones, muy pronto la sangrienta epopeya implicaría a regimientos, divisiones, cuerpos y eventualmente ejércitos enteros.

6. Un país de desfiladeros

LONGSTOP

Durante once días a mediados de diciembre, ambos bandos se lamieron las heridas a lo largo del valle del Medjerda. La guerra impuso una tierra de nadie entre Medjez-el-Bab y Bordj Toum de once kilómetros de ancho y plena de sombras. Las patrullas salían, pero a veces no regresaban. Los proyectiles de los francotiradores zumbaban como pajaritos molestos. Pasaban por encima de las cabezas y salía humo de los fogonazos de bocas de cañones emplazados en majestuosos escondites grises por encima de los álamos ahora astillados. La onda expansiva de las bombas movía las tiendas de campaña como guijarros en el agua. Se disparaba contra todo lo que se movía, pero los campesinos árabes seguían arando con los antiguos arados y evitando los cráteres de las bombas; los centinelas vigilaban desde sus madrigueras y debatían si los surcos tenían forma de arcos para avisar a los pilotos enemigos. «Estar allí en la tierra de nadie que dividía a los dos ejércitos enemigos», escribió más tarde un corresponsal, «era como estar en el alféizar de la ventana de un alto edificio a la espera de suicidarse.»

Medjez estaba arrasado, pero los cañones alemanes seguían haciendo saltar los escombros. Los británicos lo denominaban «su programa de bombardeo». Siempre que caía una bomba sin estallar, los soldados franceses murmuraban, «Fabriqué á Paris», en homenaje a los saboteadores que hacían trabajos forzados en la patria. La vida proseguía subterránea. Un batallón de la guardia de granaderos ocupaba la galería de una mina de plomo abandonada. «Al cabo de varios días descubrieron que había toda una familia de árabes viviendo en ella.» Hoyos y trincheras, «ataúdes para los británicos», manchaban el paisaje como la viruela. Con todo orgullo, los zapadores británicos se ufanaban de haber convertido las entradas por el este a Medjez en «una gran mina».

En diciembre, 180.000 soldados norteamericanos habían llegado al noroeste de la costa africana. Sin embargo, menos de 12.000 se encontraban en el frente tunecino, además de 20.000 británicos y 30.000 franceses mal pertrechados y que ahora contaban como 7.000 para los cálculos aliados. Juntos vivieron hasta el final. La norma del corte de luz en las largas noches de invierno significaba que todo el mundo se acostaba a las 18 horas y se levantaba a las 4. Los guisos en lata y las galletas eran «bosta de burro» y «enchapado de armaduras». Los soldados ablandaban las galletas hundiéndolas en un café instantáneo hecho con dátiles pulverizados y con color y sabor de tinta. El papel de baño era lo bastante duro como para escribir cartas por los dos lados; incluso luchando contra una disentería feroz, los soldados mantenían al día su correspondencia.

«Sin nada para afeitarse, nada de baños, poca comida, sin camas, sin bebidas, sin

mujeres, sin diversiones, sin nada de nada», escribió un soldado norteamericano a su hermana. Un comandante de sección del 18.º regimiento de infantería se disculpó por no enviar regalos de Navidad; se había gastado los últimos 50 dólares comprando gafas para nueve de sus hombres cuando se terminaron las existencias del ejército. «Gracias por el mejor de los regalos», añadió el teniente Robert M. Mullen, «fe y amor». En tres meses, moriría. Las cartas finalmente llegaron a algunas tropas, muchos hacía más de dos meses que no recibían nada, y los paquetes de Navidad entrañaban una cierta incompreensión de la vida en el frente: albornoces, pantuflas y discos fonográficos eran especialmente populares. Un pelirrojo con una gorra tejida, delgado como un espagueti y dado a la bebida y la melancolía, hizo acto de presencia con una máquina de escribir ante la América culta. Ernest Taylor Pyle se acababa de convertir en corresponsal de guerra después de escribir más de dos millones de palabras como reportero itinerante durante la Depresión. Desde Tunicia, escribió:

No hay ninguna de las pequeñas cosas que hacen normal la vida en casa. No hay sillas, ni electricidad, ni suelos ni ninguna tienda donde comprar cosas. No hay periódicos, leche, camas, radiadores, sábanas, cerveza, helados o agua caliente. Un hombre simplemente existe... El lujo es inexistente en la vida.

La tregua permitió a yanquis y británicos tomarse la medida en circunstancias distintas a las de los abyectos derramamientos de sangre. Los indolentes norteamericanos se dieron cuenta de que, por muy mal tiempo que hiciera, los británicos se afeitaban cada mañana religiosamente; con sus pantalones, camisas sin cuellos y anchos tirantes, recordaron a un oficial norteamericano a «los trabajadores de antes, que se lavaban la ropa los sábados por la noche». Todo comedor de oficiales parecía contar con un fondo para comprar gansos al que cada uno contribuía con 200 francos. Todos daban sus consejos culinarios. Pronto los yanquis adoptaron la expresión «Un buen espectáculo», aunque siempre la utilizaban con sarcasmo. Debido a que los proveedores ingleses proporcionaban muchos alimentos básicos para ambos ejércitos, a menudo los norteamericanos comían budín de melaza o guisos de rabo de buey con huesos. El pastel de carne e hígado de las raciones británicas inspiró una rima de cocina de campaña:

*Hemos comido pasteles británicos;
lo que más nos gusta es la carne.
Sabemos que la vaca tiene hígado,
pero ¿dónde diablos está el resto?*

Al otro lado de los campos de batalla, los italianos y los alemanes también se reabastecían. Los soldados del Eje alcanzaron en la cabeza de playa tunecina la cifra de 56.000 con 160 tanques, casi la misma que los aliados, pero con el beneficio

añadido de la superioridad aérea de la Luftwaffe y un buen terreno defensivo. Desde la costa mediterránea a 32 kilómetros de Bizerta, la línea se extendía justo al este de Medjez-el-Bab y luego a todo lo largo de Tunicia. Los soldados alemanes ocupaban el sector norte con la 10.ª división Panzer protegiendo la capital, y la división Superga italiana ocupaba el sur. En ninguna parte el enclave tenía más de 65 kilómetros de profundidad y no había forma de crear una línea hombro con hombro en un frente tan extenso por más que a Nehring le gustase.

El éxito del general Nehring en detener la ofensiva aliada no logró paliar el abandono de Medjez ni su persistente pesimismo. Sin previo aviso, su reemplazo había llegado el 8 de diciembre: el teniente general Hans-Jürgen von Arnim, a quien Hitler había sacado de un puesto de mando en Rusia para que se hiciera cargo del recién formado V ejército Panzer en Túnez. Nehring voló a Alemania. Con una nariz de ave de presa y serio semblante, el general Arnim de 53 años provenía de una familia prusiana que había producido oficiales para la patria desde el siglo XIV. Tras una carrera distinguida en la primera guerra y en esta, fue para Kesselring un oficial de campaña diligente y de rápido pensamiento. El 13 de diciembre, Arnim anunció que, ya que las fuerzas aliadas alrededor de Tébourba habían sido aniquiladas, el V ejército Panzer pasaría a la defensiva y esperaría acontecimientos.

A la defensiva significaba fortificaciones, y las fortificaciones requerían trabajadores. Sesenta mil judíos servirían para el caso. Los judíos tunecinos, en su mayoría artesanos y comerciantes, eran una minoría con larga historia. En la isla de Djerba, según se cree la tierra original de los Comedores de Loto de Homero, la tradición señalaba que la pequeña comunidad judía había llegado después del saqueo de Jerusalén a manos de Nabucodonosor II en 586 a.C. Con un estatuto inspirado en Vichy, a partir de 1940 Tunicia había prohibido a sus judíos enseñar, operar en la banca y ejercer otras profesiones. Cuando el Eje invadió, su vida empeoró aún más.

El 23 de noviembre, las tropas alemanas arrestaron a buen número de judíos en Túnez, entre ellos al presidente del Consejo de la Comunidad Judía. El 9 de noviembre, el gran rabino de la ciudad recibió la orden de proporcionar de un día para otro una lista de 1.200 jóvenes para el cuerpo de trabajadores; cuando el rabino pidió un aplazamiento, la cuota aumentó a 3.000 hombres. Todos debían presentarse con herramientas. Como sólo hicieron acto de presencia 120 trabajadores, las tropas alemanas irrumpieron en las calles y sinagogas de los barrios judíos tomando rehenes. Un informe secreto señaló: «Con las herramientas y los alimentos proporcionados por la comunidad judía, finalmente fueron movilizados 3.600 trabajadores». Cientos de ellos trabajaron bajo bombardeos aliados en Bizerta y en el aeropuerto de Túnez. Cientos más cavaron trincheras para el comandante Witzig cerca de las colinas Verde y Pelada, y para los hombres del general Fischer al oeste de Tébourba. Otros fueron usados como arrieros de las mulas y los caballos que transportaban las municiones.

A mediados de diciembre, el Consejo de la Comunidad Judía fue informado de

que «como aliados de los anglosajones» los judíos debían entregar veinte millones de francos para cubrir los destrozos de las bombas en Túnez. Un rapaz banco tunecino prestó el dinero a un 8 por 100 de interés, y se hizo con las tierras y propiedades judías que sirvieron de garantía. Los alemanes también empezaron a robar el oro, las joyas y los depósitos bancarios de los judíos. Mientras tanto, por las sierras escarpadas en lo alto del valle del Medjerda se podía oír el ruido metálico de los picos y las palas.

Presionado por Eisenhower, Anderson comunicó a Argel que la ofensiva aliada se reanudaría la noche del 23-24 de diciembre. Para entonces, se podían almacenar suficientes suministros en los centros ferroviarios como para una semana de duros combates. La luna llena iluminaría el camino. La 78.º división de Eveleigh, con apoyo estadounidense, aseguraría el flanco izquierdo de las tierras altas por encima del Medjerda, mientras que la 6.a división acorazada británica, que acababa de llegar de Inglaterra, avanzaría hacia Túnez por el extremo sur del valle del Medjerda.

«Esto significa una Navidad muy poco cristiana, pero quizá se nos perdone a la vista de las circunstancias», dijo Anderson al comandante en jefe. Coincidió con Eisenhower que los aliados no podían permitirse «una pasiva aceptación de una sólida cabeza de puente alemana», aunque creía que no había «más de un 50 por 100 de posibilidades de tomar Túnez, pienso, pero ciertamente no se trata de un objetivo imposible. Lejos de ello. Con buena planificación y ejecución, corazones entregados y buen tiempo, haremos todo lo posible para conseguir la victoria. Si merecemos la ayuda de Dios, triunfaremos».

Al mismo tiempo, Anderson pidió a Eisenhower que mantuviera la mirada fija en Túnez. Varios planes se habían aireado en el cuartel general aliado para operaciones en el sur de Tunicia; ninguna de ellas contribuiría al objetivo principal de conquistar la capital y cortar las líneas vitales del Eje en Italia. El I ejército ya vivía «con lo mínimo y sin reservas por el momento», advirtió Anderson, y pensaba jugarse el 80 por 100 de esas fuerzas en la ofensiva de Navidad. «La esencia de cualquier plan», aconsejó a Eisenhower, «debe ser *concentrar el máximo de fuerzas* en el punto de ataque elegido.»

Antes de lanzar la ofensiva, Anderson tenía que conquistar un molesto puesto alemán de vanguardia en una molesta colina a unos diez kilómetros de Medjez-el-Bab en el valle del Medjerda. El Djebel el Ahmera había sido conquistado por las tropas de Fischer después del desastre en el puente de Bordj Toum. Este cerro escarpado, de tres kilómetros de ancho y 240 metros de alto, parecía haber sido tallado en ángulo recto en la masa montañosa predominante. Su saliente en el valle a pocos cientos de metros del río creaba un cuello de botella en una brecha por donde pasaban la carretera 50 y el ferrocarril a Túnez. Los británicos lo bautizaron Longstop, un término usado en cricket.

Longstop era un lugar privilegiado. Desde la cima, nada podía moverse por el valle del Medjerda sin ser detectado. Ni un conejo, ni un hombre ni ciertamente un

tanque. Con aroma a tomillo, cubierta de brezos y enebros, la colina tenía un aspecto oscuro y vedado incluso en pleno día. Era tan rocosa que parecía huesuda y con un terreno polvoriento que cubría la ladera como la harina cubre un molino. Aunque de altura modesta, Longstop era sumamente compleja y con mil y una grietas y hondonadas secretas. Los olivares llenaban los flancos más bajos; unos pocos gomereros hacían de centinelas en la cima. Un oficial británico consideró que el «terreno era tan infame, quebrado, fracturado e inhóspito que seguramente el mismo demonio fue el principal agente de su creación». Longstop ejemplificaba la descripción de Tunicia hecha por otro oficial: «Un país de desfiladeros».

Si los británicos hubieran perdido menos tiempo execrando el cerro y más tiempo estudiándolo, lo que aconteció ulteriormente podría haber sido diferente. Dos graves errores precedieron el ataque del 2.º batallón de los Coldstream Guards. En primer lugar, la inteligencia aliada creyó que la colina estaba defendida por una sola compañía alemana provista de cuatro a ocho ametralladoras. En realidad, la fuerza enemiga se aproximaba a un batallón entero e incluía tres compañías del 69.º regimiento de granaderos Panzer al mando del coronel Rudolf Lang, otro veterano curtido en Eben Emael.

Aún peor, los británicos habían interpretado mal el terreno y el mapa. En realidad, Longstop estaba formada por dos colinas: el Djebel el Ahmera dominaba la cima principal, pero estaba separada por un desfiladero de la ligeramente menos alta del Djebel el Rhar, al noreste. Conquistar una sin la otra equivalía a no conquistar ninguna. La segunda colina no fue vista en el reconocimiento británico que fue llevado a cabo con un telescopio a once kilómetros de distancia. Aun así, el Djebel el Rhar estaba bien marcada en los mapas británicos y la infantería había recorrido ambas colinas en noviembre y principios de diciembre. «No supimos percatarnos de su importancia estratégica», reconocerían más tarde los Coldstreams. El error resultó funesto.

Tal como requieren las normas no escritas de la adversidad militar, el ataque inicial fue bien. Casi una semana de buen tiempo había secado el terreno y reanimado los espíritus. Los Coldstreams tenían ganas de verse con el enemigo en su primer enfrentamiento desde hacía dos años y medio en Dunkerque. Ascendieron la cuesta a la clara luz de la luna que se filtraba a través de las nubes. A las 23.17 del martes 22 de diciembre, una andanada de 16 cañones británicos confirmó a los alemanes el asalto aliado que la Luftwaffe ya había detectado. Durante quince minutos rugió la artillería. Los fognazos enrojecieron las hojas de los olivos y las columnas de humo blanquecino se elevaron como rayos de luna desde el lugar donde las bombas impactaban en la cima de Longstop. Entonces los cañones enmudecieron y cuatro compañías de Coldstreams empezaron el ascenso.

En la cara noreste, un collado desguarnecido cayó de inmediato. La cima resultó más difícil. Una súbita constelación de bengalas alemanas fue seguida por ráfagas de ametralladora y granadas que cayeron en cascada por la ladera. Resbalando en el

pedregal y disparando desde la cintura, los Coldstreams se arrastraron hacia la cima incluso cuando cayeron muertos el comandante y el sargento mayor de una compañía. Unos piquetes alemanes del novato 754.º regimiento de infantería contraatacaron con bayonetas; luego regresaron por los brezales disparando unos pocos tiros. Los siguieron los Coldstreams; el terreno era tan escabroso que algunos consultaban las estrellas para orientarse en medio de nubarrones cada vez más grandes; luego se guarecieron entre las rocas. En el flanco derecho de la colina, otra compañía Coldstream ocupó una estación de trenes conocida como la Parada, luego la perdieron rápidamente ante un contraataque alemán.

No importó. Los Coldstreams ocupaban las cotas altas, incluida la más alta, el Punto 290. En dos horas se habían conseguido los objetivos más importantes en Longstop. El comandante de los Coldstreams optó por no llamar a la compañía de reserva ni volver a atacar la Parada. Pronto, tal como estaba previsto, un batallón norteamericano de la 1.ª división de infantería de Terry Alien llegaría para reemplazar a los Coldstreams, quienes tendrían un día de descanso en Medjez antes de sumarse a la gran ofensiva en el valle.

Los oficiales montaron el puesto de mando al lado de una pequeña mezquita blanca en la cara sur de Longstop. Llegó la noticia de que los yanquis ya subían lentamente la colina. De vez en cuando, los obuses daban lugar al silencio sólo roto por los roncros murmullos de los sargentos británicos y el ruido de las zapas en el terreno rocoso. El Djebel el Rhar quedaba en la oscuridad, invisible e ignorado, a 800 metros del Punto 290. La lluvia empezó a caer.

Pasó una hora, luego otra más. Sin la luz de la luna, la oscuridad se hizo más profunda y la lluvia cayó con mayor intensidad. Finalmente, a las tres de la madrugada del 23 de diciembre, el sonido de los norteamericanos que se acercaban llegó en forma de susurros. «¿Brooklyn?» «Sí.» «¿Brooklyn?» «Sí.» Un sargento Coldstream hizo callar a los recién llegados cuando finalmente aparecieron. Pasando entre el brezal que llegaba a la cintura, cada soldado estaba tan empapado como si acabase de caer en un lago. Los norteamericanos, se quejó un inglés, eran tan ruidosos como «una playa de Blackpool una tarde de domingo de verano».

El reemplazo en combate de un batallón por otro ya es difícil a plena luz del día y con buen tiempo; entre desconocidos de diferentes nacionalidades, de noche y bajo un aguacero, la tarea es infinitamente más difícil. Los guías británicos apostados para interceptar las compañías norteamericanas no las encontraban o no sabían muy bien dónde tenían que enviarlas. El comandante del 1.º batallón del 18.º regimiento de infantería, el teniente coronel Robert H. York, se perdió cerca de la Parada, luego fue inmovilizado por el fuego enemigo. Finalmente dio con el puesto de mando aliado cerca de la mezquita blanca, pero sus oficiales aún vagaban por la colina mientras sus 800 hombres seguían dispersos en ella. A las 4.30, con la misión cumplida, los Coldstreams levantaron el campo. De regreso a Medjez-el-Bab, caminaron con las

botas chapoteando en el barro, hambrientos y con sueño. Mil hombres cantaron *Good King Wenceslas* mientras marchaban.

El alba reveló en Longstop la peligrosa situación del batallón norteamericano. Media colina seguía en manos alemanas. Los Coldstreams habían abandonado varias posiciones de vanguardia antes de que llegasen los reemplazos, y el enemigo las había vuelto a ocupar rápidamente. Los británicos dijeron que sólo quedaban unos pocos hombres de la Wehrmacht, pero el coronel York se enteró por prisioneros enemigos que de hecho todo un batallón de granaderos de Panzers seguía en Longstop y los refuerzos ya estaban llegando. Entre las rocas del este, se podían divisar uniformes grises y algún casco parecido a un cubo de carbón.

Entonces, el enemigo atacó. «Aparecieron por todas partes», recordó más tarde el capitán Irving Yarock. Granaderos de Panzer en el flanco derecho cerca de la Parada rodearon a la compañía A, que durante la noche se había separado del resto del 1.º batallón. Los granaderos crearon corredores de fuego con los obuses y las ametralladoras concentrándose y destruyendo una parte de la compañía antes de pasar a la siguiente. Un oficial y trece reclutas norteamericanos lograron escapar de la muerte o de la captura.

En la cima, el fuego alemán martilleaba «como un niño pasando un palo por una infinita valla de hierro», escribió un cronista. El humo marrón de los morteros flotaba sobre los riscos «saltando con luminosidad» desde la artillería enemiga. Trozos de piedra laceraban los ojos y las narices de los hombres incapaces de cavar poco más de unos pocos centímetros. Los proyectiles cortaron varios alambres telefónicos; los mensajeros enviados desde el puesto de mando del batallón simplemente desaparecían. «El lodo averiaba los rifles; había que arrojarlo a un lado y arrastrarse en busca de otro», dijo el sargento Charles C. Perry, de la compañía C. «Hubo decenas de rifles extras después del primer día y la primera noche en Longstop.»

Detenido en medio de unos cactus a unos mil metros de su compañía B, York ordenó que la artillería contestase el fuego enemigo. Los artilleros británicos replicaron lentamente, pues no estaban seguros de cuáles eran las posiciones yanquis, además de tener que superar las incompatibilidades de las radios estadounidense y británica. Finalmente, explotaron unas pocas bombas con delicadas bocanadas que evocaron en un observador, «gigantescos crisantemos blancos». Nada disuadidos, a las 15 horas los alemanes habían recuperado todas las posiciones que tenían antes del ataque de los Coldstreams, incluido el Punto 290. A última hora del día, el 1.er batallón había retrocedido a posiciones defensivas en las caras oeste y sur de Longstop.

Los Coldstreams acababan de tomar un desayuno tardío el 23 de diciembre cuando llegó la primera petición de ayuda de los norteamericanos. La incredulidad dio paso a la indignación. ¿No podían los yanquis conservar una colina que ya había sido conquistada para ellos? Impenitente, el comandante del 18.º de infantería, el coronel

Frank Greer, apareció en el puesto de mando británico próximo a Medjez-el-Bab para advertir que los hombres de York, enteramente agotados, corrían el peligro de perder toda la colina. No había alternativa: las únicas reservas disponibles eran los agotados hombres del 2.º de Coldstreams, que regresaron a Longstop con lo que alguien describió como «la... tediosa indiferencia de un hombre que se dispone a hacer un trabajo que no le gusta».

Hasta el crepúsculo no llegó la vanguardia británica al altozano debajo de la cara noroeste de Longstop. La lluvia había convertido el valle del Medjerda en un vasto océano marrón demasiado enlodado hasta para las mulas. Se utilizaron yuntas de bueyes para arrastrar algunos cañones. Los vehículos de ruedas se empantanaron a 5.000 metros de la colina. Ni los carros con orugas pudieron pasar de Chassart Teffaha, una aldea rural a tres kilómetros de distancia. Allí, en un sótano húmedo que olía a matadero, los cirujanos operaban a la luz de las velas a muchachos a los que poco podía ayudar la cirugía; los camilleros llegaban con una carga y salían en medio de la noche a buscar la siguiente sin ni siquiera doblar las camillas ensangrentadas. Uno de cada cuatro fusileros se vio convertido en un culi acarreado en los hombros pesadas cajas verdes de municiones y de cargas de morteros. Por el pedregal, subían la cuesta bajo la lluvia. Los muertos yacían en sus trincheras poco profundas, algunos ya verduzcos e hinchados; otros, como piezas de alabastro y dignos como príncipes lunares. Un oficial Coldstream habló por los vivos al describir «la liberación del miedo, la libertad del pájaro fuera de la jaula» que sentía todo hombre en las laderas de Longstop aquella noche.

Siguió una tregua hasta después del alba y se prolongó hasta la tarde del jueves 24 de diciembre. Entonces, la artillería aliada volvió a abrir fuego con una andanada calculada para echar 750 bombas en un perímetro de cien metros alrededor del Punto 290. En el valle, escribió un testigo, «los cañones dispararon desde cada bosquecillo. Las bombas silbaban entre la lluvia y las nubes». A las cinco de la tarde, los Coldstreams atacaron en un frente de 1.200 metros con la modesta ayuda de los norteamericanos. Con cuidado y arrojando granadas, las tropas ascendieron aullando al enemigo, que respondía con sus propios aullidos. Aquellos que miraban desde abajo seguían el progreso de los Coldstreams por medio de ráfagas de rojos proyectiles trazadores. Las diminutas figuras desaparecían en los recovecos, luego reaparecían ascendiendo sin parar. Una blanca bengala brillante como una estrella navideña señaló la reconquista del Punto 290.

Desde aquella altura, los Coldstreams vieron finalmente el Djebel el Rhar: a casi un kilómetro a través de un profundo barranco. El pico final, se lamentó un comandante de Coldstream, «nunca había sido considerado». No había otra posibilidad que seguir adelante. Un valiente pelotón bajó el barranco y ascendió por la otra ladera hasta la cima. Los defensores alemanes mataron a oficiales y sargentos, y aniquilaron al resto de la tropa con fuego de morteros.

El fuego alemán hizo una breve pausa; luego se reanudaron los cañonazos hasta la mañana. Se había puesto demasiado en juego para abandonar ahora. Ocho compañías anglonorteamericanas ocuparon todo el Djebel el Ahmera y un flanco del Djebel el Rhar, terreno que les había costado más de 500 bajas, entre ellas el comandante y el segundo al mando del batallón de Coldstreams. Las pérdidas alemanas también eran considerables, pero Arnim y Fischer fueron personalmente al puesto de mando del coronel Lang, al este de la colina, para exigir resistencia hasta el último hombre: estaba en juego la cabeza de puente tunecina. Se había ordenado que se sumasen a la batalla más soldados de la Wehrmacht y tanques del 7.º regimiento Panzer.

A las 19.15, el general Eveleigh informó al alto mando británico que Longstop estaba «en nuestras manos en la mayoría de los sitios». Confiaba, como sólo puede hacerlo Santa Claus, que el resto de la colina cayera durante la mañana de Navidad.

La lluvia amainó hasta convertirse en una llovizna por primera vez en dos días. Una monstruosa luna naranja y sangrienta apareció entre las nubes. Iluminados por un desgano fuego de morteros, los hombres de avituallamiento escalaban con latas de budín de ciruelas que los soldados comían detrás de sus patéticos parapetos de piedra. Se elevaban las bengalas para ver dónde estaban los muertos. Otra descarga de morteros explotó en el Punto 290, los artilleros alemanes tenían estudiada la distancia al milímetro, y una voz inglesa chilló: «¡Sacad a este hombre! ¡Sacad a este hombre!». Los enfermeros se apresuraron a presentarse con camillas que colgaban de rifles y alambres de telefonía.

Una figura encogida con impermeable iba de trinchera en trinchera repartiendo hojitas de afeitar. «Enlodada Navidad», musitaba el capellán norteamericano. «Enlodada Navidad.»

Eisenhower aún no había puesto pie en Tunicia, pero un mordaz mensaje de Marshall del 22 de diciembre lo envió rápidamente al este.

Delegue los problemas internacionales a sus subordinados y preste exclusiva atención a la batalla en Tunicia.

A las 6.15 horas del 23, sin poder volar a causa de las malas condiciones meteorológicas, Eisenhower subió al Cadillac blindado y partió de Argel en un convoy de cinco vehículos. La lluvia repicaba en la negra superficie de la carretera, ya enlodada por los camiones que se apresuraban al frente. El comandante tenía puesto lo que él llamaba su traje de «plasta»: un mono hasta las axilas con la vuelta del pantalón abotonada; una pesada casaca de campaña y una gorra con visera. Llevaba un monedero con cierre de cremallera que contenía sus monedas de la buena suerte y un bastón que escondía un puñal letal en la empuñadura. Sentado en el asiento trasero con las gafas de lectura sobre la nariz, hojeaba un montón de informes o miraba aburrido el húmedo paisaje.

Sospechaba que la campaña tunecina ya estaba en punto muerto. La idea le zahería. El estancamiento sólo podía romperse por medio de un combate estático, lento y prolongado. Eso era precisamente lo que los jefes conjuntos anglonorteamericanos le habían pedido que evitara en un mensaje a principios de diciembre: «Las pérdidas pueden ser considerables en el asalto inicial, pero siempre menores que las que ocurrirán si usted se implica en una batalla prolongada de desgaste». ¿Entendía alguien en Washington o en Londres cuan reñida había sido la carrera bélica en Túnez? En una nota a Churchill, Eisenhower sugirió que si los aliados hubieran desembarcado en Africa con media docena más de compañías de transporte, acaso 600 camiones adicionales, «esta batalla podría estar acabada».

Ni se molestó en aclarar las deficiencias de su propio ejército o de su propio liderazgo. «La mejor manera de describir nuestras operaciones hasta la fecha», escribió a su amigo el teniente general Thomas Handy, «... es que ellos han violado todo principio establecido y aceptado de la guerra, están en conflicto con todos los métodos logísticos y operativos explicados en los manuales y serán condenados en su totalidad por todas las Leavenworth y demás escuelas militares en los próximos veinticinco años.»

Pese a todo, seguía «rezando a todos los dioses de la guerra». Tal vez la nueva ofensiva de Anderson lograba cambiar la suerte de la campaña. De no ser así, tendría que considerar el consejo que le había dado Churchill en un mensaje personal del 16 de diciembre: «Ataque y desgaste [a los alemanes] como hicieron Grant y los confederados en 1864». Las bajas de Grant en 1864, como bien sabía Eisenhower, superaron la cifra de 200.000. ¿Estaba preparado el primer ministro para una guerra salvaje, prolongada y sin cuartel?

Como de costumbre, contemplaba el arte de dirigir la guerra a través de los lentes de sus propias carencias. «Con todo esto, estoy aprendiendo muchas cosas», escribió a mediados de diciembre en un apunte personal. Una lección ponía de manifiesto «que esperar que la gente haga algo es una de las cosas más difíciles que debe hacer un comandante». Pero «aún más importante, una cabeza ordenada y racional es absolutamente esencial para lograr el éxito».

La clase de aventurero osado y del buscador de publicidad personal puede lograr los titulares y ser un héroe a los ojos del público, pero simplemente no sirve para el alto mando. Por otro lado, la persona metódica, lenta y ritualista es absolutamente inútil en un cargo clave. Debe haber un delicado equilibrio... Encontrar a unas pocas personas de estas características es lo que describo burdamente como el verdadero trabajo del comandante.

Poco después del mediodía, el convoy llegó a Constantina, antigua sede de los reyes nómadas. La ciudad se parecía a una lamasería tibetana, con grandes muros de piedra caliza, descritos por un visitante como «cubos de congelada luz de luna», y un

desfiladero de 300 metros, el más espectacular de las montañas del Atlas. Constantina había resistido ochenta sitios en la antigüedad, pero cayó fácilmente ante el asalto de los burócratas, los obreros y los garifaltes aliados que construían un inmenso depósito de armas. Allí Eisenhower estiró las piernas, contempló el desfiladero, le llegó el olor de una curtiduría y prosiguió su camino.

Incluso cuando se acercaban a la frontera tunecina, era difícil dejar atrás los problemas argelinos. Persistían las complicaciones con los franceses pese al fácil consejo de Marshall de delegar sus «problemas internacionales». El 17 de diciembre, el general Giraud había vuelto a exigir el mando supremo en el norte de África; aún se negaba a que los soldados franceses obedecieran las órdenes de Anderson y, sin informar a Eisenhower, seguía enviando tropas coloniales a un frente que no tenía con qué mantenerlas. La comunicación logística era tan deficiente que todas las cargas de trenes en puertos y depósitos de suministros habían tenido que ser suspendidas durante cuatro días a mediados de diciembre. Los inventarios eran caóticos, un problema provocado por la mezcla de unidades británicas y estadounidenses. A fin de calcular las necesidades de municiones, se usaron datos de la primera guerra hasta que los oficiales de intendencia descubrieron que las modernas divisiones, aunque tenían la mitad de tropas que las de la Gran Guerra, usaban más del doble de proyectiles y bombas. Y se seguían acumulando problemas absurdos. Acababa de llegar un convoy con un inmenso cargamento de estacas para tiendas de campaña, pero no había tiendas. Un mensaje a Washington del alto mando rogaba: «Por favor, no envíen más medias de mujeres ni quitaesmalte». Y si Eisenhower no tenía suficientes problemas, ese mismo día Marshall le había pedido que buscara en Marruecos un sitio idóneo para reunirse Roosevelt, Churchill y el alto mando aliado. «No comente nada de esto con los británicos hasta no haber recibido el visto bueno de aquí», añadía el jefe del Estado Mayor.

De forma creciente, el estrés dejaba surcos en la ancha frente de Eisenhower y círculos violetas en sus ojeras. «Resulta fácil que un hombre sea un héroe público un día, y al siguiente, una calamidad», escribió a su hijo el 20 de diciembre. Un asistente lo describió como «un tigre enjaulado gruñendo y amenazando para que se hagan las cosas». Algunos oficiales del Estado Mayor lo trataban con la cautelosa deferencia normalmente reservada para convalecientes o lunáticos. «Me preocupa mucho la tremenda presión que recibe para hacer casi lo imposible», había escrito Marshall la semana anterior. En privado, el jefe se preguntaba si Eisenhower vacilaba en lanzar sus tropas porque una mayoría de las bajas serían necesariamente británicas. La impaciencia de Roosevelt era menos sutil. «¿Por qué son tan lentos?», preguntaba.

La presión sobre Eisenhower también se reflejaba más agudamente. Cuando el jefe del Estado Mayor del Aire, el brigadier general James H. Doolittle, que había ganado la Medalla de Honor por liderar un ataque de represalia contra Japón a comienzos de ese año, trató de explicarle por qué los aviones del Eje dominaban el

cielo tunecino, Eisenhower le cortó tajantemente: «Ése es su problema. Vaya y solúcelo. ¿Se cree que yo no tengo problemas aquí?». En un reciente almuerzo en el Hotel St. Georges, Eisenhower pidió a un oficial que hiciera poner firmes a todos los comensales y camareros. «Dígales a todos», añadió, «que cualquiera que quiera tener mi cargo puede tenerlo ahora mismo.» El 17 de diciembre, el día que Giraud había exigido su cargo y un día después de la analogía de la guerra civil de Churchill, le dijo a su ayudante Harry Butcher: «Diablos si no estoy dispuesto a dimitir. Si pudiera liderar un batallón y enfrascarme en una batalla a tiro limpio, todo sería más simple».

Tras pasar la noche en Guelma, la caravana siguió camino internándose en Tunicia a la mañana siguiente. A las 14 horas del martes 24 de diciembre, después de recoger al general Anderson en Ain Seymour, Eisenhower llegó a una remota granja en las afueras de Souk el Khemis, en la orilla norte del Medjerda, a 30 kilómetros de Béja. Los soldados miraban a través del diluvio desde sus madrigueras en los almiarés. Muy a la vista se veían una rastra y un tractor que sugerían tareas agrícolas sin propósitos bélicos. Estaba prohibido el paso a Cadillacs y jeeps para que sus huellas no desenmascararan el cuartel general del V cuerpo organizado hacía un mes por el subordinado de Anderson, el teniente general Charles W. Allfrey, con el objeto de coordinar el avance aliado en Túnez.

Eisenhower y Anderson chapotearon en el barro y encontraron la sala del edificio central llena de oficiales enlodados y empapados. Robinett y sus comandantes del CCB habían sido invitados para infundirles ánimos, lo que ahora hizo Anderson con su tono monótono. («Parecía muy deprimido», comentó luego Robinett.) Eisenhower no dio la impresión de sentirse mejor. Buscando las palabras, no censuró ni elogió los trabajos anteriores del comando de combate B ni tampoco les ofreció inspiración para las futuras batallas. Robinett y sus hombres estrecharon las manos de los generales y luego desaparecieron en la lluvia para preguntarse por qué sus líderes tenían tan mala cara.

La misma melancolía prevaleció las siguientes dos horas mientras Anderson y Allfrey desplegaban un gran mapa para examinar el frente de batalla en presencia de su comandante en jefe. Las lluvias invernales empeorarían en enero y febrero, dijo Anderson. «Nativos» interrogados así se lo habían dicho. Él había ordenado «hacer ensayos de mover equipos de diferente tamaño» en el lodo, «pero nada se pudo mover satisfactoriamente». No era probable poder lanzar una ofensiva al menos hasta dentro de seis semanas y con el terreno ya seco.

Eisenhower asintió con la cabeza. Esa misma mañana había presenciado cómo cuatro soldados trataban inútilmente de rescatar una moto del lodazal. No era posible ignorar lo obvio. Tenían por delante un impasse. Creyendo haber desilusionado profundamente al comandante en jefe, Anderson ofreció su dimisión. Un sucesor con una actitud más brillante podría tener mejor suerte con los alemanes o los franceses. Eisenhower rechazó la propuesta.

Tal vez los comandos podían dirigirse al sur, sugirió Eisenhower, donde las

condiciones eran más secas y el terreno más firme. Robinett se podía reagrupar con el resto de la 1.ª división acorazada que pronto llegaría a Tunicia. La anterior petición de Anderson de «*concentrar el máximo de fuerzas* en el punto elegido de ataque» había sido ignorada junto con sus cavilaciones presbiterianas sobre merecer la ayuda de Dios.

La actual ofensiva se pospondría indefinidamente con la única excepción del ataque contra la colina Longstop, que seguiría su curso. Se debía tomar esa colina para eliminar la saliente alemana cerca de Medjez. En la relación oficial del I ejército se anotó: «Tomaron la decisión de aplazar el avance en Túnez debido al mal tiempo». Eisenhower se excusó un momento para dictar un mensaje a Washington y Londres. «Debido a la lluvia no hay esperanza de un ataque inmediato contra Túnez. Quizá sea posible más tarde por medio de un metódico avance de infantería. Intento mantener y organizar una fuerza capaz de operar agresivamente en el flanco sur.»

La lluvia repicaba en el tejado de la granja. Los soldados se arrojaban con las capas y se guarecían en la profundidad de los almiarés. La tarde lóbrega dio paso al crepúsculo y a una Nochebuena miserable, fría y húmeda.

«LE PEGARON UN TIRO AL PEQUEÑO HIJO DE PUTA»

La Nochebuena en Argel fue festiva, si bien no muy espiritual. Las blancas casas esparcidas en las colinas resplandecían bajo el apagado sol invernal. Las palmeras se agitaban con la brisa del mar. Las madres francesas salían de compras en busca de juguetes y dulces para los niños. El precio del champán argelino (*Mousse d'Islam*) se duplicó por la mañana. Fuera de la ciudad, los soldados decoraban esqueléticos arbolitos con granadas, servicios de campaña y cartucheras. La seguridad se había relajado hasta el punto de que la voz de alto de un centinela fue contestada no con la habitual contraseña, sino con un «¡Somos nosotros, desgraciado!». Bebiendo de botellas escondidas de vino, los soldados se limpiaban los uniformes con gasolina y se cortaban el pelo entre ellos en preparación para los servicios de medianoche en la capilla. Un soldado de señales de la 1.ª división sintonizó una emisión de la BBC con Bing Crosby cantando *White Christmas*; los hombres de la 1.ª se reunieron alrededor de la radio y lloraron. Quienes tenían tendencias más cínicas, hartos de mirar a mujeres con velo, cantaron *I'm Dreaming of a White Mistress*. Los oficiales a cargo de la moral en Argel y Oran se habían esforzado por mantener ocupados a miles de soldados después de las primeras semanas caracterizadas por «mala disciplina extrema y largas colas de soldados en las casas de mala reputación». Las actividades ahora comprendían desde clases de francés hasta acompañante de señoritas. («He visto casos en que estaba presente una judía o una chica fácil y los acompañantes llevaban a las chicas hasta sus casas», informó un oficial con evidente complacencia.) Los ingenieros vaciaron las piscinas locales y las convirtieron en canchas de baloncesto. Se organizaron ligas de fútbol y voleibol, aunque debido a los ocasionales disparos de los

argelinos hostiles, los partidos se jugaban en una atmósfera de «alta tensión». En los seis meses siguientes, se requisarían más de 20.000 pelotas de fútbol y 3.000 de baloncesto para el teatro de guerra. Los aficionados al cine pudieron ver *Yankee Doodle Dandy* y *Rebelión a bordo*; la ópera de Argel fue convertida en un teatro para los soldados. El primer espectáculo de variedades planeado para Nochebuena estaría a cargo de la Troupe de Robert Taileur y las Mellizas Españolas. Como ninguno de los actores hablaba inglés, un capitán aceptó subir al escenario y traducir los chistes.

Pero no habría Troupe ni Mellizas españolas ni risotadas tardías para los chistes traducidos. No habría servicio de medianoche, ni visitas al burdel ni acompañamientos a jóvenes virtuosas o no. Había sonado la hora del almirante Darían.

El Pequeño, tal como lo llamaban Clark y Murphy, había empequeñecido aún más a los ojos de los aliados. Darían no sólo representaba un engorro internacional, sino que no había logrado pasar al campo aliado la ahora hundida flota de Toulon. Muchas de sus actuaciones como alto comisionado causaban irritación o grave indignación, incluyendo su exigencia de que 200 guardias granaderos y Coldstreams sirvieran de guardia de honor en la conmemoración de la victoria de Napoleón en Austerlitz. En las calles de Argel, las pintadas clamaban «¡Muerte al traidor Darían!». Su reciente intento de conquistar a los corresponsales extranjeros con una recepción con champán sólo había logrado intensificar la animadversión.

Darían parecía cansado de todo. «Sus pequeños ojos azules parecen increíblemente tristes», señaló el periodista John Mac Vane. En un almuerzo con los oficiales aliados el 23 de diciembre, el almirante expresó su interés por viajar a invitación de Roosevelt para ver a su hijo, que casi había muerto de poliomielitis y ahora se recuperaba en Warm Springs, Georgia: «Me gustaría dejar esto en manos del general Giraud», dijo Darían a Clark. «A él le gusta esto y a mí, no.» Clark dijo en un aparte a Murphy: «Sabes, el Pequeño es capaz de irse». Murphy asintió: «Sí, es muy capaz». Tras el almuerzo, Darlan hizo pasar a Murphy a su despacho y le comunicó: «Existen cuatro complots para asesinarme».

Uno bastaría. A las 14.30 del 24 de diciembre, las campanas de la capilla inglesa de la Rué Michelet dieron la media hora cuando un joven alto con un mechón de pelo oscuro salió de un Peugeot. Vestido de negro y con un impermeable marrón, caminó hasta la puerta sur del blanco Palacio de Verano, donde firmó en el registro con el nombre de Morand. Pidió ver al almirante Darían por un asunto personal y fue llevado a una pequeña antecámara con una arcada árabe donde el alto comisionado tenía su oficina. Encendió un cigarrillo y tomó asiento en un sofá raído.

Fernand Bonnier de la Chapelle era el hijo de un periodista francés y una madre italiana. Como monárquico antifascista, había regresado a su Argelia natal de la Francia continental después de la invasión alemana de 1940 y se había involucrado en una conspiración realista para convertir al pretendiente al trono francés, el exiliado conde de París, en Henri VIII. Jamás se sabrá cómo era el plan o por qué un ataque

contra Darían podía favorecer la causa monárquica. Pero poco antes de las 15 horas, Bonnier oyó el ruido de unos neumáticos en el camino de grava de la entrada. Sacó del bolsillo un revólver Rubis 7.65 mm que había probado esa mañana en un campo de golf cercano tras recibir la absolución de un sacerdote también involucrado en la conspiración.

De regreso del almuerzo, Darían caminó lentamente por el estrecho pasillo. Había tenido otra difícil mañana con Murphy, quien le había presionado con el delicado asunto de los presos políticos y la devolución de sus derechos a los judíos argelinos. La casa de descanso en Warm Springs resultaba más atractiva que nunca.

Cuando abrió la puerta de su estudio, oyó el clic de un revólver a su espalda. Se giró. Bonnier disparó dos veces a quemarropa en la cara y el abdomen de su víctima. Darían se desplomó en el umbral. Tenía los ojos abiertos, no pestañeaba, y la sangre manaba de su boca. Un ayudante intentó coger al asesino por el cuello, pero recibió un tiro en el muslo. Bonnier corrió hasta una ventana para escapar por el jardín del palacio, pero un guardia árabe le hizo retroceder. Otro árabe le golpeó con una silla tirándole la pistola.

A un kilómetro de ahí, en el Hotel St. Georges, Clark ordenaba su escritorio antes de partir para la cena de Navidad cuando oyó que alguien corría en el pasillo. La puerta se abrió de golpe y Murphy irrumpió en el despacho. «¡Le pegaron un tiro al pequeño hijo de puta!», exclamó. «¡Ahora lo llevan al hospital!»

Una muchedumbre espontánea de franceses ya se apretujaba en la sala de espera cuando Murphy y Clark llegaron al Hospital Maillot. Los dos se abrieron paso entre el gentío hasta la sala de cirugía. Allí los norteamericanos se encontraron con que se acababa de dictaminar la muerte del almirante. «El Pequeño», dijo después Clark, «parecía tranquilo y apacible.»

Clark puso manos a la obra con su habitual y brusca eficiencia. Aparentando un imprevisto disgusto, duplicó el número de guardias en el St. Georges y ordenó que todos los oficiales se armasen. Se emplazaron nidos de ametralladoras en los jardines del hotel y en otros importantes edificios aliados. «Todo el cuartel general está alborotado», comentó un oficial. Camiones llenos de soldados con máscaras de gas iban y venían por las calles. Se cancelaron las fiestas de Navidad, y en los campamentos de toda Argelia se ordenó que las tropas se mantuvieran en estado de alerta en medio del lodo y con todas sus armas ante la eventualidad de «una revuelta de los nativos».

Si bien Clark consideró que la muerte de Darían era como un «forúnculo molesto que ha reventado», de inmediato trató de ganar la guerra de propaganda implicando al Eje en el asesinato. Una declaración oficial de los aliados señaló: «El orden reina en Argelia pese a la notoria indignación popular causada por el acontecimiento». A muchos le pareció ridícula la sugerencia de que la ciudadanía pudiera participar en una revuelta motivada por la muerte de Darían. Un corresponsal observó que nunca «había

visto caras más alegres en Argel».

Eisenhower había insistido en que ningún oficial del cuerpo de señales le acompañara al este en su gira de inspección y, en consecuencia, después del asesinato quedó incomunicado durante horas en el puesto de mando de Souk el Khemis, a 650 kilómetros de distancia. El primer mensaje urgente por radio salió de Argel a las 16 horas, pero el mensajero no pudo encontrar al comandante en jefe. Una llamada telefónica del cuartel aliado al del I ejército a las 17 horas sólo aportó la eufemística respuesta de que «ha sucedido algo muy serio»; menos de una hora después, un mensaje reveló que Darían había tenido un accidente y que el cuartel general aliado tenía «urgencia de comunicarse con el comandante en jefe, que está en zona de avanzada. Que llame al general Clark de inmediato». Ninguno de estos despachos llegó a Eisenhower a tiempo.

Una larga tarde de reuniones prosiguió en una larga velada. El mensaje de Evelegh de las 19.15 sugería que Longstop podía caer la mañana de Navidad. Esa fue la única buena noticia que recibió Eisenhower en todo el día. A las 23 horas estaba a punto de sentarse con Anderson y Juin para una cena de Navidad cuando entró un oficial de radio con un mensaje de Clark. «Acabo de regresar del hospital. Darían ha muerto».

El Cadillac salió del barroso granero hacia la casa de labranza. Alguien borraría las huellas antes del alba. A 60 kilómetros al sur, Aníbal, el héroe de la infancia de Eisenhower, había sido derrotado en Zama por Escisión el Africano poniendo fin a la segunda guerra púnica en 202 a.C. Esperaba visitar el sitio algún día y andar por el terreno para comprender qué habían hecho mal los cartagineses. Pero hora no. El viaje de regreso a Argel llevaría treinta horas. Siempre más astuto políticamente que Clark, Eisenhower creía que el asesinato podía acarrear consecuencias inesperadas. La muerte de Darían solucionaba un problema, reflexionó en voz alta dentro del coche, pero sin duda crearía muchos más.

La predicción del general Evelegh resultó ser cierta. La colina Longstop *cayó* la mañana de Navidad.

El coronel Lang, con sus fuerzas muy castigadas en un emplazamiento vulnerable al sureste del Djebel el Rhar, optó por jugarse el todo por el todo. Un reducido destacamento detendría a los anglonorteamericanos con fuego cerrado mientras una compañía de tanques daba la vuelta a la colina por el norte, y los granaderos, encabezados por Lang en persona, aparecían por la cara sur encima de la Parada. El contraataque estaba previsto para primera hora de la mañana del viernes 26 de diciembre.

Más de un centenar de *tirailleurs* argelinos con cureñas arrastradas por caballos y sin saber una palabra de inglés habían reforzado la compañía B del 18.º de infantería durante la noche. Con exclamaciones y gestos, un teniente norteamericano posicionó la

compañía en la ladera noroeste de Longstop. Por razones nada claras, los artilleros habían abandonado sus posiciones en Longstop durante la noche y fueron a la aldea de Chassart Teffaha. Un perplejo oficial los hizo regresar cuando ya se atisbaban las primeras luces de la mañana de Navidad.

Demasiado tarde. El ataque alemán comenzó a las siete con un bombardeo tan intenso que un oficial norteamericano lo describió diciendo que «todo explotaba en derredor». Cohetes de señales de colores silbaron sobre el Djebel el Rhar para lanzar el asalto por el flanco. Diez Panzers se abrieron paso entre el lodazal y encararon a los franceses. Sin armamento antitanque, los *tirailleurs* se dispersaron. A una distancia de 800 metros, la descarga de los tanques se dirigió al flanco izquierdo de la línea estadounidense en el Djebel el Ahmera. Sin artillería, la réplica yanqui fue una mísera rociada de armas ligeras y rifles, junto con unas pocas granadas arrojadas más como desafío que como respuesta militar. Incapaz de comunicarse con Robert H. York en el puesto de mando del batallón, el comandante de la compañía B anunció sombríamente: «Lucharemos hasta el último hombre». Su oficial ejecutivo, el teniente Edward McGregor, se encontró pensando obsesivamente en la batalla de Little Big Horn.

El flanco derecho también cayó ante la carga desde la Parada de Lang y sus granaderos. El fuego enemigo empezó a caer en la retaguardia sugiriendo una encerrona desde ambos lados. Los oficiales norteamericanos y británicos afirmarían haber sido dejados en la estacada por el abandono inesperado de sus aliados en varios lugares de Longstop. Sin ninguna duda, los Coldstreams que mantenían sus posiciones en la cima del Djebel el Ahmera se enfrentaban ahora a su propio exterminio.

A las 9, al enterarse que los alemanes habían reconquistado el Punto 290, el general Allfrey autorizó a Evelegh a abandonar Longstop. Los mensajeros se precipitaron cuesta arriba para anunciar la retirada. Los pelotones descendieron en dirección a Chassart Teffaha para pasar allí el resto de la mañana, pero minaron el terreno para dificultar el avance alemán. Las municiones y los equipos médicos tan laboriosamente subidos ahora eran bajados en carros y por porteadores hasta Medjez-el-Bab.

Volvió a llover. Los supervivientes bajaban al borde del agotamiento. Cuando se hizo la noche de Navidad, los oficiales caminaban delante de los jeeps y los camiones portando en las manos blancos pañuelos para que los conductores los siguiesen; algunos estaban tan cansados que cada pocos cientos de metros se salían del camino. Los hombres se refugiaron en Chassart o Medjez y «se abrazaron como gatos enfermos al calor de la lumbre» en palabras del dibujante Bill Mauldin, ahora convertido en soldado de infantería. La cena de Navidad consistió en budín inglés y «unos pocos pollos raquíuticos hervidos en el agua enlodada del Medjerda».

Pronto se supo quiénes no aparecían y de quién se tenía la certeza de que había muerto. Como es habitual después de una batalla, los soldados verificaron si sus mejores amigos seguían con vida antes de evaluar las pérdidas. Las bajas británicas

totalizaban 178 hombres; los oficiales habían sido castigados con saña, y de los 12 sargentos de sección de Coldstream, sólo uno seguía con vida. Las pérdidas estadounidenses fueron precisamente el doble: 9 oficiales y 347 muertos, heridos o desaparecidos. Perdido el 40 por 100 del batallón, el 18.º de infantería reclutó reemplazos eligiendo nombres al azar de una lista general para evitar que los comandantes simplemente enviaran a sus peores elementos. Cada sección votó si quedarse con los paquetes de Navidad enviados a los muertos o devolverlos sin abrir a los familiares.

Longstop pertenecía a los alemanes, que lo rebautizaron Weihnachatshügel, Colina de Navidad. Hubo grandes celebraciones en la hermosa mansión de la Place de Pasteur en Túnez, donde vivía Arnim, con brindis de vino tunecino en honor del *Kämpfer* de Lang; los centinelas hasta montaron un pequeño árbol de Navidad decorado con guirnaldas y velas blancas. Las celebraciones tuvieron un final abrupto cuando a las 22.30 del 26 de diciembre un avión norteamericano dañado por el fuego antiaéreo y perdiendo altura descargó una bomba de 20.000 kilos en el barrio árabe densamente poblado de la Rué el Mekhtar, demoliendo todas las casas en un área de 1.500 metros cuadrados.

Algunos soldados británicos y norteamericanos de Longstop todavía estaban allí. Seis meses después se encontraron los esqueletos. Vestidos con sus uniformes de campaña de cara al Punto 290, tenían sus equipos intactos y estaban extrañamente libres de carroñeros. Esa constancia de los muertos ofreció poco consuelo a los vivos. El enemigo reanudó su «programa de bombardeos» horadando Medjez tan completamente que alguien comparó la ciudad con un «rallador de queso». Al enterarse de la terrible noticia de que su batallón había sido aniquilado, Terry Alien resumió cuatro días de duro combate con cuatro palabras: «Objetivo perdido; misión fracasada».

«ÉSTA ES LA MANO DE DIOS»

Para un hombre que acababa de perder una importante batalla y que había pasado treinta horas en el asiento trasero de un coche, Eisenhower estaba de excelente ánimo la noche de Navidad. Entumecido y pálido después del largo viaje, pronto se reanimó al llegar al cuartel general aliado a las 18 horas. Una breve reunión con el equipo, un mensaje aún más breve a la viuda de Darían («Usted tiene el consuelo de saber que murió al servicio de su país y que vemos su fallecimiento con gran pesar») y partió de inmediato a la villa de suelo de mosaico de Beetle Smith. Eisenhower entró en el vestíbulo cantando con su buena voz grave:

*Que Dios os alegre, caballeros,
que nada os entristezca?.*

Con un reducido círculo de oficiales, el comandante en jefe se ocupó de celebrar la Navidad con budín de ciruelas, champán y pavo asado. Patton había enviado de Casablanca dos aves vivas, una de las cuales sobrevivió al viaje para ser rellenada, horneada y devorada. Tan contentos e impasibles ante la realidad celebraron los caballeros la festividad que para el desayuno de la mañana siguiente, Harry Butcher sólo pidió «un vaso de aspirinas frías».

La investigación llevada a cabo por las autoridades francesas del asesinato de Darían fue tan eficiente que se encargó un ataúd para Bonnier de la Chapelle incluso antes de que empezara el juicio. Una acusación superficial fue seguida por una somera defensa: «Hice justicia con un traidor», declaró Bonnier; todo lo cual llevó a una pronta sentencia de muerte por un secreto tribunal militar. El acusado estaba tan seguro de que el tribunal militar le indultaría que habló con sus interrogadores policiales de su futuro profesional. «No me ajusticiarán. He liberado a Francia», le dijo a un sacerdote. «Las balas serán de fogeo.» A las 7.45 del sábado 26 de diciembre, Bonnier fue atado a un poste en el patio de unos barracones policiales y ejecutado incluso antes de que pudiera decir sus oraciones. Según apostilló más tarde Churchill: «Le sorprendió que lo fusilasen».

Mientras el asesino era despachado en un austero anonimato, Darían estaba a punto de tener un funeral digno de un potentado norteafricano. El día de Navidad, 8.000 personas desfilaron por la Casa de Gobierno en el centro de Argel, donde el almirante yacía en la capilla ardiente en un ataúd desprovisto de ofrendas florales y rodeado por guardias nativos y *tirailleurs* con alabardas. «Nadie derramó una lágrima», señaló un corresponsal. Otro testigo afirmó que a Giraud se le llenaron los ojos de lágrimas. Tal vez fue en señal de gratitud: ahora sucedería a Darían como alto comisionado. Desconsolados o no, los participantes en el duelo, entre ellos el padre del asesino, rindieron homenaje ante el féretro coronado por el pequeño gorro con visera del almirante. Luego marineros con impecables polainas blancas acarrearón el ataúd hasta una negra carroza fúnebre y el cortejo cruzó la ciudad hasta la catedral de St. Phillippe.

Cuando dio comienzo el servicio fúnebre, los oficiales franceses ocuparon el lado derecho de la ancha nave; a la izquierda, se sentaba una numerosa delegación de oficiales aliados a quienes se les había dado instrucción de no llevar «armas de cinto ni brazaletes de luto».

La misa de réquiem no acababa nunca. En un momento dado, los participantes más notables debían andar hasta el ataúd, hacer la señal de la cruz y rociar el féretro con una rama de cedro con agua bendita. Eisenhower, como buen presbiteriano de Kansas, no se movió del banco. Disfrutando claramente de la incomodidad de su comandante en jefe con los ritos papistas, su jefe naval, el almirante Andrew B. Cunningham le dio un golpecito en el hombro. «Adelante», susurró Cunningham.

«No puedo hacerlo.»

Cunningham hizo un gesto con la cabeza. «Adelante.»

Eisenhower caminó por el pasillo central, no hizo la genuflexión, luego mojó la rama y echó «agua suficiente como para ahogar al muerto en el ataúd», recordó luego Cunningham. El comandante en jefe regresó a su banco mientras los sorprendidos oficiales apenas podían contener su regocijo.

Aún faltaba la revista militar final. Los presentes salieron de la iglesia para ocupar la escalinata de la catedral. Eisenhower, tirando de sus guantes blancos y mirando el cielo como si esperase una tormenta, se colocó al lado de Giraud. Luego una banda de la marina francesa tocó *La marsellesa* con lúgubre ritmo; los cámaras del cuerpo de señales filmaron a los oficiales aliados en posición de firmes entre miradas de soslayo y gestos dignos de una boda de los Borgia. Salieron ocho marineros del templo con el ataúd sobre los hombros. Los zuabos desfilaron por el Chemin du Thelmy, seguidos por los soldados nativos en caballos blancos, una vistosa guardia británica y una compañía de la 34.ª división. Un oficial con un cuaderno en la mano señaló «los siguientes errores que se deben evitar la próxima vez. La compañía estadounidense no caló las bayonetas antes de la revista. Asimismo, no miraron a la derecha. La orden de romper filas no se llevó a cabo de forma apropiada». No se registró quién esperaba el crítico oficial que fuera el muerto «la próxima vez».

La procesión avanzó por la Rué Michelet hacia el Palacio de Verano. Allí, en la escena del crimen, descansaría el poco llorado almirante en una capilla privada a la espera del entierro en el cementerio de Marineros. Ahora, el Pequeño sirvió de carroña para todos los escritores de epitafios de la Cristiandad. De Gaulle vio a Darían como un síntoma de «la prolongada enfermedad del Estado». Harold Macmillan, que acababa de llegar a Argelia como representante político de Churchill ante el alto mando aliado, fue ligeramente más generoso: «Una vez comprado, siguió comprado».

Pero quizá la evaluación más perversa provino de David Hunt, un oficial de inteligencia. «El asesinato cayó como una piedra en un estanque y las ondas no duraron mucho», escribió Hunt. «Fue como si Darían no hubiera existido jamás.»

Las acusaciones estuvieron a la orden del día en todos los consejos aliados durante semanas después del fracaso de la ofensiva contra Longstop. Las relaciones anglonorteamericanas mostraron especiales síntomas de corrosión. Una encantadora incompreensión mutua, pese al idioma común, había caracterizado desde hacía tiempo las relaciones entre ambos ejércitos, como el aforismo norteamericano de que «Gran Bretaña es un país donde siempre hay alguien dispuesto a servirte con todo cariño una taza de té aunque tenga que subir seis pisos de escaleras». O la historia del telefonista en el cuartel estadounidense que contesta la llamada de un oficial británico con un acento tan marcado que el yanqui pregunta a sus compañeros de trabajo: «¿Hay alguien aquí que hable francés?». Muchos ingleses se horrorizaron con la pronunciación de la vocal «a» que usaban los norteamericanos cuando decían la palabra «árabe». «Muy feo, pero lo hacen hasta en los mejores círculos», comentó desdeñoso un corresponsal. Harold Macmillan, cuya madre era de Indiana, le dijo con perfecto y puro acento

británico a Eisenhower cuando lo conoció personalmente: «Yo soy un Houssier. Mi madre es de Indiana». Luego aconsejó a un oficial británico: «Encontraré a los norteamericanos tal como los griegos encontraron a los romanos: gente grandota y vulgar, más vigorosos que nosotros y también más perezosos, poseen más virtudes vírgenes, pero también son más corruptos. Debemos dirigir el alto mando tal como los griegos lo hicieron con el emperador Claudio.»' No obstante, un ambiente ponzoñoso y enrarecido afloró en la alianza. Hacía tiempo que Gran Bretaña se beneficiaba de la riqueza norteamericana, y las deudas engendran más rápidamente repulsa que confianza. Dentro del ejército británico, las referencias a los norteamericanos como «nuestros italianos» se pudieron oír por primera vez; un corresponsal expresó la opinión generalizada de que «los norteamericanos son frívolos con respecto a la guerra, no son más que unos competentes aficionados». Un veterano general inglés confesó a un colega que consideraba a los norteamericanos «tremendos pelmazos. Su hospitalidad y generosidad pueden ser extraordinarias, [pero] su eficiencia en el trabajo y las actividades, una gran mentira». Por su parte, los norteamericanos acuñaron otro dicho: «Los británicos lo intentan, nosotros lo arreglamos».

Longstop, el primer combate prolongado y compartido por los congéneres, intensificó la enemistad. Un informe sobre la batalla de la 1.ª brigada de guardias vilipendió al 18.º de infantería:

El hecho es que los norteamericanos no conservaron la posesión de los puntos clave ni tampoco hicieron un gran esfuerzo por recuperarlos... Yo no tengo nada que decir en contra de los norteamericanos salvo que no estaban preparados ni fueron capaces de realizar el trabajo encomendado que, de hecho, habría sido difícil para cualquier batallón»

Para el general de división Terry Alien, un americano indómito, esas palabras representaron una declaración de guerra. Desde la conquista de Oran ocurrida seis semanas antes, Alien había esperado con impaciencia en un vivaque argelino con su 1.ª división viendo de lejos cómo los británicos combatían en Tunicia. Había puesto todas sus cosas en orden a fin de estar preparado para las duras pruebas que se avecinaban.

«Por favor, recuerda siempre que te he amado como jamás amé a nadie», escribió a su esposa Mary Fran. Como despojándose de la piel de una vida anterior, quemó varios documentos personales, entre ellos la carta que le había enviado Marshall para advertirle de que «tuviera cuidado» de no beber en exceso. (Alien rechazó esas «ridículas alegaciones contra mis hábitos personales».) Al incinerar «todas esas cosas», le dijo Alien a Mary Fran, esperaba purgarse de «todo el rencor o las malas intenciones de mi cabeza o de mi corazón». El pequeño fuego proporcionó un rito de purificación; sólo el enemigo merecía su malevolencia. Como observó Ernie Pyle: «Detestaba a los alemanes y a los italianos como alimañas».

Sin embargo, a medida que transcurrían las semanas, no podía dar créditos a sus

ojos porque el Big Red One seguía inmovilizado mientras Anderson creaba una red logística que pudiera mantener más tropas en el frente. Alien y Ted Roosevelt seguían entrenando duramente a sus hombres, pero la vida en el cuartel era tan detestable para las tropas de la 1.ª como para sus jefes. Cogiendo su maletín con cierre de cremallera en el que había escrito con tinta azul tres veces, «¡No tocar! ¡Devolver!», Alien viajó hasta el cuartel general aliado en Argel. Se dice que preguntó con sus mejillas encendidas por la indignación: «¿Es esta una guerra privada o todos podemos participar?».

La frustración se había convertido en indignación cuando secciones de su división fueron desgajadas y enviadas al este. Primero el 5.º de artillería había sido enviado con los británicos en Tébourba. Luego un batallón del 26.º de infantería fue enviado al sur de Tunicia. Alien creía que «la infantería, como el whisky, pierde potencia cuando se diluye». Además, la fragmentación de la división minaba la moral. Los hombres no arriesgan la vida en una batalla por una causa o su país, decía Alien, sino para mantener la fe de sus camaradas. «Un hombre lucha para ayudar al que está a su lado, así como una compañía lucha para mantener el ritmo de los flancos», insistía. «Las cosas tienen que ser así de simples.»

La gota que rebasó el vaso fue el envío del 18.º de infantería, un tercio de la fuerza de la 1.ª división, y la posterior aniquilación del 1.º batallón del regimiento en Longstop. Dolido por sus muertos y furioso por el desprecio de que hacían gala los británicos, Alien no tuvo la más mínima intención de dejar pasar por alto que sus soldados no estuvieran «preparados ni fueran capaces de realizar el trabajo encomendado». Ordenó al oficial de inteligencia de la división que investigara cuál había sido la actuación del batallón en Longstop. Como era de esperar, el informe encargado plasmó una realidad muy distinta. Abundaban los fallos británicos, así como los errores norteamericanos. Los comandantes británicos habían hecho un «absoluto mal uso» del batallón de York, manifestaban las conclusiones del informe. Alien guardó el documento en su maletín y partió hacia el cuartel del alto mando aliado.

El general Allfrey lo leyó durante el desayuno mientras Alien fumaba un cigarrillo, entrecerrando los ojos por el humo.

«No puedo entender los rumores que oigo de Beetle Smith y del general Eisenhower de que los norteamericanos son soldados incompetentes», dijo Alien cuando Allfrey terminó de leer. «En especial los informes provenientes del alto mando de su ejército.»

«No tengo nada que comentar», dijo encogiéndose de hombros. «No he oído nada de esta naturaleza del comandante de la brigada de guardias ni del jefe de la división.» Hizo un gesto con los papeles en la mano. «¿Qué va a hacer usted con esto?»

Alien mantuvo la mirada, luego cogió el informe del comandante y lo rompió en dos mitades. «Espero que esto sea una lección para el alto mando británico sobre cómo lidiar con los norteamericanos», dijo. «No voy a provocar un incidente internacional,

pero si tengo tropas británicas bajo mi mando, espero saber tratarlas mejor de lo que ustedes han tratado a mis hombres.» Saludó y se retiró.

Si bien su gesto no fue cordial, al menos fue generoso. Alien había evitado un escándalo y cauterizado una herida desagradable. Pero muchos más gestos semejantes serían necesarios antes de que la guerra alcanzara el ideal aliado de una cruzada justa en la que los hombres de buena voluntad se comportan con recíproca confianza.

Se había tocado fondo y el punto más bajo de la fortuna aliada en África. El abandono de la ofensiva en Túnez «ha sido la desilusión más grave que he sufrido hasta la fecha», confesó Eisenhower a los jefes conjuntos el día 26. Las órdenes originales de Londres y Washington le habían dirigido a llevar a cabo la ofensiva de ANTORCHA «hacia el este a través de Libia contra la retaguardia de las fuerzas del Eje en el desierto occidental». En esto había fracasado, y no había nada ni nadie capaz de corregir esa realidad.

No habría ninguna encerrona a la retaguardia del ejército de Rommel en Libia entre el I ejército de Anderson y el VIII de Montgomery, que ahora salía lentamente de Egipto hacia el oeste. En vez de aplastar a las fuerzas del Eje con una acción de pinza, la fracasada estrategia aliada proporcionó líneas internas al enemigo y garantizó que los cuatro ejércitos de Anderson y Montgomery, Arnim y Rommel prosiguieran una guerra de desgaste no muy distinta de la del frente occidental de hacía un cuarto de siglo.

Se avecinaba un impasse muy prolongado y los estrategas más perspicaces pudieron empezar a entrever que una campaña ágil y rápida nunca se llevaría a cabo fácilmente contra la Fortaleza Europa. Un *gefrierter* armado y atrincherado en un cerro era más difícil de extirpar que un molar sano. Alguien con una capacidad de adivinación perfecta podría haber visto que el fracaso a las puertas de Túnez tenía una cascada de consecuencias: retrasaría varios meses la invasión de la bota italiana; evitaría que los ejércitos aliados superasen la línea Gustav al sur de Roma hasta 1944 y prolongaría la campaña italiana hasta el fin de la guerra. Pero todo eso pertenecía al futuro y era imposible de prever.

Por el momento había que ocuparse de las deficiencias. Las carencias estratégicas del ejército estadounidense habían saltado a la vista y fueron rigurosamente catalogadas por los observadores enviados por el Departamento de Guerra. Según un informe:

El ejército alemán hace hoy la guerra mejor que nosotros. La actitud dominante es que la operación del norte de África no es más que otra maniobra pero con fuego real. Al enemigo se le considera como el equipo visitante y esto no es un partido deportivo. Incluso las unidades que han sufrido fuertes pérdidas no muestran odio al enemigo... Tanto la oficialidad como las tropas no están preparadas psicológicamente para la guerra.

En otra evaluación, un coronel llegaba a la conclusión de que «más que de disciplina, creo, hay falta de valor, el deseo de matar o ser matado; falta la voluntad de combatir». Un general de división culpó en especial a los oficiales jóvenes por «no liderar bien a sus hombres, algo que se puso de manifiesto por la proporción comparativamente grande de bajas entre los oficiales de campaña que tienen que aportar el ímpetu a los más jóvenes para que avancen».

Todo ello era tristemente real, pero ya se podían palpar cambios sutiles en los norteamericanos. Empezaban a aprender a combatir sobre el terreno, a mantenerse alejados de las colinas, a camuflar trincheras, a hacer salir a los alemanes de los tanques con humo de fósforo blanco introducido en los motores. Al principio, pocos habían sabido lo que ahora sabían muchos: las batallas son ruido incesante, confusión, peligro y dolor. Ernie Pyle tenía razón: no hay ningún lujo para los vivos. Habían visto cosas que nadie debería ver: incineraciones, evisceraciones, el soldado muerto por una bomba trampa cuyo rostro parece «la superficie agrietada de porcelana de una antigua vasija, con miles de pequeños cortes debidos a la explosión».

Se endurecieron. Se empezaban a hartar de los líderes exaltados, conocidos como «buscadores de gloria», y a apreciar a quienes guardaban la calma y permanecían tácticamente alerta. Habían aprendido que el combate es más lento de lo esperado; una coreografía de amagos, ataques, repliegues y rechazos; que a menudo el campo de batalla parece vacío y solitario; que la muerte es ubicua, un quinto elemento añadido al aire, el fuego, el agua y la tierra. Es verdad que aún no odiaban, pero estaban desarrollando la capacidad de odio que siempre requiere un núcleo nihilista de resignación y de furia. C. Russ Martin, un sargento de la 1.ª división sugirió esto mismo al enterarse de la muerte de su hermano mellizo en el norte de Africa: «Mellizos, nos queríamos y en cuanto murió, lo supe. Fue una sensación, una especie de alivio de no tener que preocuparme por él. No tenía que preocuparme más por él».

Después de Longstop, otro preocupado general intentó explicarse. Marcada «personal y secreta», la extensa carta de Navidad a Alan Brooke era ciertamente ambas cosas. «Las cosas no han ido bien y he tenido que replantearme todas mis previsiones», escribió Anderson. «Estoy muy decepcionado; sigo convencido de que tuvimos una excelente oportunidad de abrirnos paso hasta Túnez con mi fuerza concentrada, ya que los alemanes estaban bastante dispersos.» Pero él y Eisenhower habían aceptado «rendirse a la *forcé majeure*... *Esta es la mano de Dios.*»

Repasó otros temas de la campaña. Eisenhower parecía decidido a trasladar la lucha al sur de Tunicia; los norteamericanos habían optado por no darles a los británicos los tanques Sherman y Lee que les quedaban del batallón de comandos; la muerte de Darían era probablemente «para bien», aunque dar más poder a Giraud nombrándolo comandante en jefe «sería desastroso. Ese hombre vive en las nubes».

Pero el gran tema de Anderson fue la manifestación de lo divino en este mundo enlodado y en guerra. Volvió a él al final de su relación. «Me siento abatido y

desilusionado, pero no vale la pena deprimirse. Sería demasiado fácil si lo intentásemos todo y tuviésemos éxito.»

«El Señor», añadió, «es demasiado sabio como para consentirnos de esa manera a nosotros, pobres mortales.»

TERCERA PARTE

7. Casablanca

EL FRENTE DE LOS HELADOS

A las 22.30 del sábado 9 de enero de 1943, la limusina presidencial traspasó las puertas de la Casa Blanca, giró al sur y se dirigió al Ellipse y al monumento a Washington, cubiertos de escarcha. A sólo cuatro manzanas de la mansión ejecutiva, el coche giró en una rampa con guardias en el lado este de la calle 14 y desapareció debajo del Departamento de Grabados e Imprentas. El nuevo vagón de tren presidencial, el *Ferdinand Magellan*, estaba en un ramal secreto construido hacía dos meses para asegurar los envíos del dinero recién salido de la Casa de la Moneda. Agentes del Servicio Secreto abrieron la puerta del coche y transportaron al presidente por una media docena de peldaños hasta el vagón, depositándolo con cuidado en una silla de ruedas. Pálido y demacrado tras otro invierno de guerra en Washington, Roosevelt sin embargo sonreía de modo jovial mientras metía un cigarrillo en la boquilla. Había empezado la gran aventura.

Unas últimas cosas finales fueron subidas al tren, máscaras de gas y una caja de carabinas M-1. Para evitar sospechas en la Casa Blanca, agentes especiales habían pasado a recoger las maletas por las casas de los treinta compañeros de viaje del presidente. Los portadores y camareros que normalmente servían en el tren presidencial fueron reemplazados por empleados filipinos del yate de la Casa Blanca. Construido por encargo por la compañía Pullman, el *Ferdinand Magellan* era una lujosa fortaleza con cristales de 7,5 cm. de espesor y una puerta trasera blindada que pesaba casi una tonelada. El vagón principal tenía cuatro camarotes, un puesto de vigilancia, un comedor para doce comensales y una cocina con los manjares favoritos del presidente: pato salvaje, tortuga y vinos de distintas cosechas. Un vagón de carga había sido convertido en un centro de comunicaciones con máquina de códigos y cuatro transmisores que funcionaban con un par de generadores de 20.000 vatios capaces de iluminar una población pequeña.

Con un gemido de vapor, el tren avanzó pasando por los astilleros navales. Sólo media hora antes de la partida, el maquinista tuvo noticia del lugar de destino: simule ir hacia el norte, hacia Maryland, como si se dirigiera a la casa de los Roosevelt en Hyde Park, Nueva York, se le dijo, luego gire en una vía muerta en Fort Meade y vaya al sur. Tan secreto era el viaje que en la lista de pasajeros, Roosevelt figuraba simplemente como «Registro número 1». Su secretaria de prensa se enteraría de que el presidente había salido de Washington cuando entró en su dormitorio vacío el lunes por la mañana.

A Roosevelt le encantaban los mapas y estudió la ruta de su viaje de cinco días: 26 horas en tren hasta Miami (la azafata encendería incienso para disimular el olor de

la ropa sucia), luego un vuelo de Pan Am a Trinidad seguido de otro vuelo a Brasil, y una tercera etapa de tres mil kilómetros a Gambia en la costa occidental de África. Se habían apostado barcos de la armada a lo largo de la ruta marítima en caso de que el avión cayera; todas las tripulaciones habían jurado guardar el secreto. Sería el primer vuelo de Roosevelt desde 1932 y la primera vez que un presidente de Estados Unidos dejaba el país en tiempos de guerra.

Pero el destino final seguía siendo un misterio incluso para algunos de los viajeros. Roosevelt, con su inclinación por lo clandestino, había dejado caer una pista que nadie descifró. En la usual reunión familiar y con amigos de fin de año en la Casa Blanca, antes del brindis con champán por «la victoria de las naciones unidas», el presidente había mostrado una nueva película dirigida por Michael Curtiz. Con Humphrey Bogart e Ingrid Bergman de protagonistas, el melodrama relata la historia de un expatriado norteamericano que luchaba en 1941 contra su conciencia y su corazón en la Vichy del norte de África.

Capitán Renault: ¿Qué demonios le trajo a Casablanca?

Rick: Mi salud. Vine a Casablanca a tomar las aguas.

Renault: ¿Las aguas? ¿Qué aguas? Estamos en un desierto.

Rick: Me informaron mal.

Nadie se imaginó que *Casablanca* pudiera ser algo más que una película.

No había ningún Rick en Casablanca, ni Usa, ni policías nazis ni un piano cantarín en el Café Américain. Pero había abundancia de intrigas y ni siquiera Hollywood se podía imaginar todo lo que sucedía en el opulento barrio de Anfa. Estaba en construcción una especie de campamento romano de aproximadamente kilómetro y medio cuadrado de extensión y cerrado con alambres ondulados de los que colgaban latas llenas de piedras. En el centro del campamento, había un hotel de cuatro pisos que parecía un barco fluvial encallado entre palmeras. Antes del 8 de noviembre, allí habían vivido los miembros de la Comisión de Armisticio alemana; las habitaciones habían sido despojadas de latas de *Schweinebraten* y de fotos de chicas sonrientes y de grandes pechos sobre esquís. El cuerpo de señales había instalado tres centralitas, un centro de mensajes y más de 65 kilómetros de cables telefónicos.

Los hermosos jardines con aromas de begonias y mimosas llegaban al mar, donde el fuerte oleaje rompía contra un ennegrecido rompeolas. Dieciocho villas salpicaban el paisaje de Anfa; todas ellas habían sido expropiadas recientemente a los ricos colonos franceses. Los agentes del servicio secreto habían quitado los micrófonos ocultos en varias villas, pero habían dejado los libros de Boccaccio ilustrados con finos grabados pornográficos. La mayor de las mansiones, Dar es Saada, tenía un salón con un techo catedralicio de ocho metros de altura y sofás tapizados con piel de cebra; persianas de hierro protegían los altos ventanales. Los ingenieros convirtieron la

piscina en un refugio antibombas reforzado con planchas de acero sacadas del extinto *Jean Bart*. Obedeciendo órdenes, los carpinteros construyeron una rampa ante la puerta principal del edificio. Se preguntaron para qué.

El personal y los suministros invadieron el campamento. Algunos oficiales fueron obligados a ejercer de recepcionistas de hotel. Soldados norteamericanos recorrieron el terreno con detectores de minas y contadores Geiger. Los médicos probaron los alimentos y el agua embotellada en busca de veneno antes de que las provisiones se guardaran protegidas por guardias armados. Una caja de brandy añejo llegó de Londres. Desde Argel, tal como se había solicitado, Eisenhower envió tres cajas de ginebra, tres cajas de whisky escocés y cinco jóvenes capitanas del Cuerpo Auxiliar Femenino del ejército. Con penosa indiscreción, un oficial de protocolo quiso saber si la banda del 2º regimiento acorazado sabía interpretar el himno presidencial. Se hicieron esfuerzos tardíos para enseñar algo de decoro a los soldados norteamericanos: en carteles en las guarniciones, un George Washington a caballo les exigía que no dijeran palabrotas.

Dirigiendo toda esta frenética actividad se encontraba el hipotético virrey de Marruecos, George Patton. En los dos meses transcurridos desde el final de ANTORCHA, Patton había convertido Casablanca en un inmenso depósito de suministros y un importante punto de desembarco para las miles de tropas que llegaban a África cada semana. «Todo taxi a tracción animal lleva dos o tres norteamericanos a bordo», escribió el autor A. B. Austin. «Se los ve paseando por los parques, sentados con muchachas francesas en los cafés, en bicicleta y en jeeps, jugando al béisbol.» Los soldados cazaban codornices con metralletas en los bosques de alcornoques fuera de la ciudad mientras los oficiales se dedicaban a los jabalíes con la asistencia de pelotones marroquíes. Los funcionarios municipales franceses aseguraron a los generales norteamericanos que las enfermedades venéreas en los burdeles locales mantenían un índice constante: un 100 por 100. Tan cómoda era la vida en Casablanca, con sus pastelerías con tartas de avellanas y sus mercaderes con manguitos que la llamaban «el frente de los helados».

Patton se sentía entristecido. Ya estuviera paseando en su inmenso Packard o contemplando el mar desde su despacho en lo alto del edificio de la Shell Oil, pensaba en su encierro en este lugar atrasado también conocido como la «zona aburrida». Durante una breve visita por Tunicia, anduvo por todas partes chillando: «¿Dónde están los alemanes? Quiero pegarles unos cuantos tiros». Más tarde escribió: «Quiero ser el Perro Feroz, pero sólo una batalla me permitirá serlo». Los recortes elogiosos de la prensa satisfacían su vanidad. Bea había guardado más de mil artículos sobre su marido desde el 8 de noviembre. Sin embargo, esos laureles engañosos sólo aumentaban su sed de gloria. «Personalmente», escribió a su casa, «deseo poder salir y matar a alguno.»

Patton descargaba gran parte de su frustración en sus superiores inmediatos. No le

había sentado nada bien el ascenso de Clark a teniente general, que le otorgaba tres estrellas en vez de las dos de Patton. Clark era «demasiado astuto», declaró Patton, «y me pone la piel de gallina». El le recriminaba a Eisenhower su inclinación por los británicos y el uso de términos coloquiales ingleses como «petróleo» por gasolina o «almuerzo» por comida. «No creo que él ni Clark tengan la menor idea de lo que harán a continuación», señaló. Patton presintió un distanciamiento entre los dos y lo fomentó prestando atención a ambos. Durante más de una hora, Clark se «pasó el tiempo desollando vivo a Eisenhower», escribió Patton en su diario el 10 de enero, «[y] cree que Ike se ha vendido a los británicos». Por su parte, Eisenhower le confesó sus dudas acerca de la lealtad de Clark. «Él y Clark están que trinan», escribió en secreto.

Pero la política del alto mando debía esperar. Los primeros visitantes de alto rango empezaron a filtrarse en Casablanca para la conferencia ahora con el nombre en clave de SÍMBOLO. Patton era el anfitrión y debía concentrarse al máximo para dejar contentos a los huéspedes.

Los participantes, llegados de Washington, Londres, Gibraltar y Argelia, aterrizaron en un nuevo aeropuerto a 15 kilómetros de la ciudad, donde fueron rápidamente metidos en las limusinas que los esperaban. Para evitar miradas indiscretas durante el trayecto hasta Anfa, las ventanillas fueron manchadas con barro. Un diplomático informó haber visto a soldados cerca de la pista «jugando con el lodo como niños de parvulario y arrojándolo con deleite infinito a un coche limpio y reluciente».

Los jefes del Estado Mayor norteamericano habían partido de Washington el 9 de enero en un par de aviones de transporte. Llevaban seis cajas de baratijas para comerciar con los nativos, así como anoraks, raquetas para andar en la nieve y otro equipo ártico en el caso improbable de que los aviones no dieran con África y acabasen en la estepa rusa. Ni siquiera habían salido del hemisferio occidental cuando surgió un problema de protocolo sobre si el aparato que llevaba al almirante Ernest J. King, el despiadado jefe de operaciones navales, debía seguir dando vueltas en Puerto Rico hasta que aterrizase primero George Marshall, tal como correspondía al oficial de máxima graduación de la delegación. A este disparate siguió en la etapa hacia Gambia una severa advertencia del jefe de intendencia respecto a un malévolo mosquito africano; a todos los pasajeros se les aconsejó la vacuna contra la malaria. Cuando el avión aterrizó en la pista del aeropuerto de Bathurst, en la costa gambiana, Marshall fue el primero en bajar la escalerilla —con botas y guantes antimosquitos y un sombrero velado como el de un apicultor— y fue recibido por oficiales británicos vestidos con shorts caquis y en mangas de camisa.

Finalmente, habían llegado a Casablanca.

Churchill y su séquito llegaron tras un vuelo de diez horas en un bombardero sin calefacción desde un aeródromo próximo a Oxford. Como era su costumbre en los vuelos largos, el primer ministro tenía puesto un chaleco de seda como único abrigo. A

cada pasajero se le había entregado un paracaídas, dinero de todo país por el que pasaban en caso de que sufrieran un accidente y un artilugio para recoger el rocío y no morir de sed «si éramos lo bastante habilidosos para usarlo», escribió uno de los viajeros. Churchill, a quien le encantaban los secreteos tanto como a Roosevelt, a veces viajaba con una barba postiza; en este viaje, se conformó con un uniforme de la RAF. Al desembarcar en Casablanca, evitó a los oficiales de seguridad que intentaban que entrara en un coche y, en cambio, marchó por la pista fumando un cigarro y estrechando manos mientras bajaban sus veinte maletas. «Cualquier tonto puede darse cuenta de que se trata de un oficial del aire intentando pasar por el primer ministro», bromeó un general británico. Un admirador pensó que se parecía a «un gran bulldog inglés al que se le ha enseñado a dar la pata».

Tal vez era más zorro que perro. La conferencia de Casablanca, si bien debía analizar el progreso de la campaña en África, tenía como objetivo principal intentar trazar el curso aliado para el resto de la guerra aunque fuera en ausencia de Stalin; éste se negó a dejar la Unión Soviética mientras se libraba la batalla de Stalingrado. Roosevelt había advertido a sus subordinados que «en la conferencia, los británicos tendrán un plan y lo seguirán al pie de la letra».

Así fue. Churchill seguía siendo partidario de un ataque frontal, tal como lo había sido hacía seis meses durante el debate sobre ANTORCHA; el 9 de noviembre, mientras todavía se estaban llevando a cabo los desembarcos en África, había empezado a presionar por «un ataque decisivo en Italia, o mejor aún en el sur de Francia». A fin de fortalecer el argumento británico en pro de una activa campaña mediterránea, había ordenado que una nave insignia británica, *Bulólo*, fuera a Casablanca. Con la cámara de oficiales llena de estudios de planes ordenados en carpetas rojas, el *Bulólo* representaba el extraordinario poderío bélico del imperio.

La tarde de su llegada, Churchill reunió a los jefes militares en Villa Mirador, a un tiro de piedra de la un poco mayor Dar es Saada, que esperaba a Roosevelt. El primer ministro sabía que los militares norteamericanos consideraban el Mediterráneo como una especie de «agujero negro», donde los «picotazos periféricos» simplemente atrasarían la necesaria invasión por el Canal para atacar la yugular nazi. Asimismo, los norteamericanos creían que los británicos sentían poca simpatía por la lucha en el Pacífico contra los japoneses. Pero para Churchill, tal como señaló su médico lord Moran, «el control del Mediterráneo significaba... el control del mundo occidental». Ese mar era de crucial importancia para los intereses imperiales británicos en Egipto, Oriente Medio y la India; Churchill también creía que era el punto más vulnerable del Eje.

Rápidamente el primer ministro bosquejó el plan británico para Casablanca: él presionaría a Roosevelt; los jefes británicos presionarían a sus colegas norteamericanos; todo el temario sería discutido a fondo sin referencias a calendarios. La lógica implacable de la postura británica finalmente se llevaría el gato al agua.

Churchill prometió que sería como «la gota malaya».

La tarea implicaba nada más ni nada menos que el futuro de la civilización. Para Harold Macmillan, Churchill y Roosevelt eran, respectivamente, el emperador del este y el del oeste. El primero tenía un plan sin lugar a dudas y pensaba cumplirlo. Ahora lo único que faltaba para el inicio de SÍMBOLO era que el emperador del oeste llegara con sus ideas de cómo ganar la guerra.

«SPEEDY VALLEY»

Mientras los cerebros aliados se reunían en Casablanca para planear las próximas campañas, la de Tunicia languidecía. Las pésimas condiciones meteorológicas y la tenacidad alemana habían frustrado la ofensiva aliada hacia Túnez. Ahora Eisenhower esperaba que sus tropas quedaran inactivas durante al menos dos meses y concentró su atención más al sur de Túnez con un plan de ataque que requería la primera gran operación bélica lanzada en pleno invierno tunecino desde las guerras púnicas.

La operación SATÉN preveía un rápido avance por el sur de Tunicia hasta la ciudad costera de Gabes, a unos 400 kilómetros de la capital. Una retaguardia que plantaría minas y bloquearía cualquier contraataque del ejército de Rommel bajando de Libia a Tunicia, mientras que la fuerza principal avanzaría 130 kilómetros por la costa para tomar Sfax, un pequeño puerto ahora defendido por 2.700 soldados con 15 tanques. El ataque quería evitar que el ejército de Rommel se uniera al de Arnim; asimismo, podría sacar a los defensores alemanes de sus parapetos y dar al mancillado I ejército de Anderson una segunda oportunidad para otra ofensiva. SATÉN sería una operación estadounidense llevada a cabo por el II cuerpo, que ahora incluía la 1.ª división acorazada, uno de los regimientos de infantería de Terry Alien y varias otras unidades.

SATÉN era una operación audaz, pero también peligrosa; constituía un cambio radical en la estrategia hasta entonces predominante. Ya no se trataba de la conquista inmediata de Túnez y Bizerta, sino más bien de la destrucción del ejército de Rommel por medio del martillo de Montgomery, que empujaría al enemigo contra el yunque de SATÉN. Aunque ya habían desembarcado en el norte de África 437.000 soldados y 42.000 vehículos desde el 8 de noviembre, las fuerzas anglonorteamericanas en Tunicia seguían siendo débiles y mal aprovisionadas. Extender el frente tunecino estiraría las fuerzas alemanas, que seguían llegando a un ritmo de 1.000 soldados por día, pero también las aliadas. «En este momento, las fuerzas aliadas se despliegan en un frente muy amplio sin prácticamente profundidad en sus posiciones», observaron con manifiesta inquietud a principios de enero los jefes del Estado Mayor conjunto. «Esta situación es sumamente peligrosa.» Una punta de lanza de SATÉN podría separar a Rommel de Arnim, pero también podría resultar aplastada por esas dos fuerzas alemanas. «Da la impresión de que el II cuerpo servirá de cebo como una oveja atada a un poste», escribió un alto mando norteamericano a principios de enero.

Eisenhower y su equipo pergeñaron SATÉN; luego le prestaron poca atención debido a la inminente conferencia de Casablanca y a otros acontecimientos. En las primeras dos semanas de enero, la fuerza propuesta para SATÉN pasó de 20.000 a 38.000 hombres; eso significaba transportar no 450 toneladas diarias de suministros, sino 800 toneladas, una tarea que superaba el frágil sistema aliado de aprovisionamiento. El plan se les había «ido de las manos desde el punto de vista logístico», advirtió un oficial de intendencia. Proseguían las discusiones sobre el objetivo final de la operación y si tenía sentido avanzar tan al sur como Gabes. Pero Eisenhower se mantuvo firme diciendo que era «letal no hacer nada». El ataque se programó para la cuarta semana de enero.

Eisenhower tomó diversas medidas a fin de ejercer un férreo control del nuevo frente; ninguna fue satisfactoria y una resultó especialmente desastrosa. En un antiguo orfanato de Constantina, estableció el puesto de mando de avanzada desde el que asumió el «mando personal de la zona de combate» pese a que quedaban más de 300 kilómetros libres de cualquier combate. Como su representante en Constantina cuando él estuviera en Argel, que sería casi siempre, Eisenhower llamó a Lucian Truscott, el conquistador de Port Lyautey y general de división recién ascendido. Debido a que Truscott carecía del rango y la autoridad del comandante en jefe, su influencia en británicos, franceses e incluso en los contingentes estadounidenses le limitó en buena medida a pasar y recibir mensajes del cuartel general aliado.

Mark Clark era un candidato a dirigir las fuerzas estadounidenses en Tunicia, pero a principios de enero se le concedió un cargo «por el que había rogado y abogado largo tiempo», en las galanas palabras de Eisenhower: el V ejército compuesto por casi todas las tropas sin un destino claro en Marruecos y Argelia. George Marshall, todavía obsesionado con la inexistente amenaza de España, insistió en que el nuevo ejército debía estar preparado para contrarrestar cualquier posible traición española, dejando la campaña de Tunicia a los demás. «Ike no cree que Clark esté decepcionado; de hecho, piensa que está aliviado porque no le hacía gran ilusión [el mando en Túnez]», escribió en su diario Harry Butcher. Algunos creían que Clark se sentía especialmente satisfecho de no arriesgar su reputación en un combate real; los británicos, que lo detestaban —«muy ambicioso y sin escrúpulos», escribió Alan Brooke—, se alegraron de su partida del cuartel general aliado.

Tan pronto como se hizo cargo del V ejército («su propio montón de estiércol», escribió Eisenhower), Clark empezó a inquietarse por su futuro y por si acabaría la guerra en el Mediterráneo antes de que él tuviera tiempo de probar su mando en combate. Al mismo tiempo, sus continuas manifestaciones de egolatría empezaron a molestar a sus superiores. Ese invierno, Eisenhower había prevenido en dos ocasiones a su viejo amigo sobre el peligro de una ambición desmedida, y Marshall, con el rostro tan surcado de arrugas como cualquier profeta, le sermoneó contra la autopromoción. «Clark admitió que quizá había sido demasiado ambicioso, prometió enmendarse y

cumplir con sus obligaciones como el buen soldado que es», anotó Butcher en su diario.

¿Y quién se encargaría del II cuerpo? Eisenhower tenía a ese hombre. Y con él, la gestación de un desastre.

«Bendigo el día que usted me recomendó a Fredendall. He de reconocer con franqueza que mis dudas sobre él eran totalmente infundadas», le cablegrafió Eisenhower a Marshall en noviembre. Estas untuosas cortesías pronto darían paso a dudas redobladas y luego a un amargo arrepentimiento, pero por el momento el general de división Lloyd R. Fredendall gozaba de buena reputación, no sólo porque se lo percibía como «un hombre de Marshall», sino porque de todos los oficiales del mundo, *él* había sido elegido por el ejército estadounidense para capitanear el nuevo II cuerpo en la lucha contra el Tercer Reich.

A los 59 años, tenía vivaces ojos azules y el pelo rubio metálico; era el segundo de mayor edad de los 34 hombres a cargo de cuerpos estadounidenses en la segunda guerra. De baja estatura, robusto y dogmático, Fredendall se había ganado la fama en el ejército de preguerra de entrenador eficaz y de habilidoso conductor de tropas. Caía bien a los periodistas por el trato llano y cordial y por el aire imperturbable que emanaba de él. Le gustaba sentarse en el suelo con las piernas cruzadas para hacer solitarios a las dos de la mañana. Su padre había sido un pionero en el territorio de Wyoming; con el tiempo sirvió de sheriff en Laramie y fue el azote de los cuatros antes de aceptar una comisión en la guerra hispano-norteamericana. El joven Lloyd entró en West Point en 1901, pero fracasó en matemáticas y abandonó seis meses después. Un senador de Wyoming volvió a inscribirlo en West Point pero una vez más sólo duró un semestre. «Un joven muy militar, pero extremadamente torpe en matemáticas», observó un compañero de estudios. Después de obtener (improbablemente) un título en el MIT, Fredendaü consiguió un grado de oficial de infantería en 1907.

Treinta y cinco años más tarde llegó a Oran durante la operación ANTORCHA con gorra de visera ladeada como sello característico y la convicción de que ni Eisenhower ni Clark lo querían en Africa porque él ya tenía un rango superior al de ellos en la preguerra. Como gobernador militar *de fació* de Oran, Fredendall dio muestras de una excepcional tolerancia con las fechorías de Vichy; un prominente fascista francés obtuvo el contrato estadounidense para la reconstrucción del aeropuerto pese a haberse declarado abiertamente contra «los judíos, los negros y los británicos». Cuando protestó un diplomático norteamericano, Fredendall amenazó con arrestarlo gritándole: «¡Olvide todas esas tonterías! ¿Qué diablos sabe usted de todo eso?». Las órdenes salidas del cuartel general en el Gran Hotel ponían en el encabezamiento, «II cuerpo. En el frente», lo que provocaba abucheos de quienes vivían en tiendas de campaña y trincheras.

Poco dotado de carisma, Fredendall lo reemplazaba con una obstinación

indignante. Truscott le encontró «sin pelos en la lengua cuando se trata de opinar y crítico tanto con subordinados como con superiores». En el teléfono, Fredendall utilizaba un código desconcertante que a menudo abandonaba en medio de la conversación cuando él y su interlocutor ya estaban bastante desconcertados. En una conversación a mediados de enero con Truscott, cuya estenógrafa la seguía por otra línea, Fredendall informó lo siguiente:

No tengo MENÚS suficientes... Con relación a la fuerza en Ousseltia, ha pasado del principal CENICERO al segundo CENICERO ...Todo BOCADILLO DE JARDÍN ha sido retirado o se ha derrumbado. No puedo gastar más NUBES.

Traducción: Tenía poca infantería. Una unidad sirviendo con mando francés había cambiado de jefe. Las fuerzas al norte de Pichón habían sido diezmadas. Fredendall carecía de batallones de reemplazo.

Fredendall también propiciaba una anglofobia bastante común entre los oficiales norteamericanos más veteranos; el II cuerpo se convirtió en un semillero de sentimientos antibritánicos hasta el punto de reírse del acento o de perpetuar la calumnia de que «Ike es el mejor comandante que tienen los británicos». Cuando los oficiales salieron del Gran Hotel hacia el frente (al frente de verdad), una cancioncilla se difundía entre ellos:

*Cuando los del Primero británico se empantanaron
y se disponían a tomar el té,
hicieron señas al segundo cuerpo
para que los ayudara en Túnez,.*

La ruta elegida por Lloyd Fredendall para la operación SATÉN daba comienzo en la frontera oriental de Argelia, en la antigua Tébessa, la ciudad amurallada de Salomón el Eunuco y cuartel general de la Tercera Legión romana. A 15 kilómetros al sureste de Tébessa, en un barranco sin sol y sólo accesible por un sinuoso camino de grava, el II cuerpo plantó su bandera y empezó a organizar la gran marcha hacia el mar que partiría en dos a las fuerzas del Eje. Al poco tiempo, Fredendall y sesenta y ocho oficiales más establecieron su residencia en el barranco, al que se llamó oficialmente «Speedy Valley», pero también conocido como «el último refugio de Fredendall» y «Shangri-La, a un millón de kilómetros de cualquier parte». El mando del II cuerpo, formado por oficiales inexpertos e inusualmente jóvenes, recibió el mote de «el jardín de infancia de Fredendall»; su comandante se había echado las manos a la cabeza para decir en broma: «¡Oh, Dios mío, voy a la guerra rodeado de niños!». Tres mil soldados de apoyo (de señales, artilleros antiaéreos, ingenieros) invadieron los bosquecillos de abetos en las inmediaciones de «Speedy Valley». «El bosque está lleno de tropas y parece la batalla del Marne aunque el enemigo está a miles de kilómetros», escribió un oficial. Las unidades de combate se congregaron más al este, hacia Bou Chelika y Kasserine.

La altiplanicie de Tébessa era «fría como una serpiente», informó un oficial, y días después añadió: «Todos están muertos de frío». La sombra perpetua y las frecuentes borrascas de nieve hacían de «Speedy Valley» un lugar particularmente inhóspito. Los oficiales trabajaban y vivían en «iglús», construcciones de nieve con suelos de piedra, y se ponían toda la ropa que poseían, incluidos gorros de lana, que provocaban que «el sitio se pareciera a un campamento de leñadores», comentó un reportero. Fredendall, con un pasamontañas tejido a mano y visera, se sentaba en una silla de lona cerca de una estufa panzuda y estudiaba el mapa, hacía solitarios y charlaba con los periodistas de paso como un vulgar dependiente de una tienda rural. Había pedido un Cadillac blindado como el de Eisenhower y llamaba periódicamente a Oran para saber por qué el coche no le había llegado.

Día y noche, «Speedy Valley» era una locura de perforadoras y martillos neumáticos. En una decisión sorprendente, Fredendall había ordenado al 19.º regimiento de ingenieros que protegiera el cuartel general horadando un par de inmensos túneles de dos galerías en las paredes del barranco. El proyecto era «como la excavación del metro de Nueva York», comentó un asistente de Fredendall. Trabajando con un plano titulado «Trabajo de túnel del II cuerpo», los ingenieros empezaron a excavar dos túneles a unos 50 metros de distancia entre ellos, cada uno con dos galerías de 2,25 metros de alto por 1,5 de ancho y apuntaladas cada 1,2 metros con vigas de madera de 3 centímetros de espesor. Las paredes y techos fueron cubiertos con planchas también de madera de los bosques cercanos y montadas unas sobre otras como tejas. Cada túnel tendría forma de U, penetraría en la roca unos 50 metros con galerías paralelas que se encontrarían al fondo con espacios amplios para oficinas y almacenes. Fredendall supervisaba las obras con faraónica intensidad y el lóbrego barranco pronto tuvo el ambiente propio del Valle de los Reyes. La obra ocupó durante semanas a una valiosa compañía de ingenieros.

Algunos oficiales opinaban que los túneles eran una prudente precaución contra los ataques aéreos. Otros, pensando que «Speedy Valley» estaba a más de cien kilómetros del frente, bien resguardado y protegido por un batallón antiaéreo, consideraban el proyecto como una absurda fantochada. Algunos cuestionaban la valentía de Fredendall. Cortando una conversación con periodistas visitantes al oír los motores de un avión en lo alto, alzaba los ojos al cielo y murmuraba: «Espero que sean de los nuestros». El teniente coronel William A. Cárter luego recordó: «No teníamos los explosivos idóneos para construir el túnel ni hombres con experiencia en ese tipo de obras... Pero no logré persuadirlo de que tardaríamos mucho tiempo en hacer lo que quería. Para que la excavación fuera lo más impopular posible a fin de detener las obras, me aseguré de que las explosiones se hacían de noche para que nadie durmiera», añadió Cárter. «Pero ni eso las detuvo.»

A medida que el frente tunecino se estiraba de norte a sur, las tropas aliadas y del Eje se encontraban en una franja que se extendía 320 kilómetros desde el Mediterráneo

al Sahara. En el extremo sur, las tropas del coronel Raff reconquistaron el oasis de Gafsa, la puerta de entrada al gran desierto. Los tunecinos sospechosos de ser colaboradores o ladrones, a quienes a veces se podía identificar por los objetos robados que colgaban de sus albornoces, eran reunidos en las afueras de la kaslia de muros rosados y entregados a los franceses.

«De los treinta y nueve árabes condenados a ser ajusticiados, uno escapó», informó Raff. «Uno de ellos no murió de inmediato, de modo que un miembro del pelotón de fusilamiento sacó su pistola y le disparó a quemarropa cuatro balazos en la cabeza... Los dejaron allí mismo al aire libre para que todo el pueblo los pudiera ver.»

En el norte enlodado, las tropas aliadas de distintas nacionalidades se mezclaron aún más cuando Eisenhower intentó reforzar la sumamente débil línea francesa debajo del valle del Medjerda. El resultado fue la confusión. Ted Roosevelt, que había dejado temporalmente la 1.ª división para ayudar a los franceses, al principio le encantó el paisaje romántico de las antiguas ruinas sobre la colina barrida por el viento. «Tú y yo lo pasaríamos estupendamente en los alegres días de la paz», le escribió a Eleanor el 16 de enero. Pero el romanticismo pronto se nubló. En un solo mes, al 26.º batallón del 1.º regimiento le sumaron 33 unidades, mientras que el 3.er batallón anotó en un parte del día: «Hemos servido bajo todas las banderas salvo la esvástica y la del Sol Naciente». Roosevelt escribió:

Las unidades están todas mezcladas: franceses, ingleses, norteamericanos. Es un grave problema para el mando. Mezclar y fragmentar unidades es uno de los peores delitos militares... He hecho cuanto he podido. El hombre hace lo que puede y aguanta lo que debe aguantar.

Entre los puestos de avanzada más activos había cinco campamentos dirigidos por el Ejecutivo de Operaciones Especiales, una organización británica fundada en 1940 para formar grupos de insurgentes nativos con ayuda de la inteligencia norteamericana (OSS). Con el fin de reforzar el I ejército de Anderson y el II cuerpo de Fredendall, cada campamento estaba dirigido por un oficial británico que supervisaba a los reclutas sacados de los campos de concentración de Vichy y de otros semilleros de antifascistas. Colectivamente eran conocidos como la «Brigada de la Mala Vista» por la cantidad inusual de bifocales que usaban.

El oficial norteamericano de mayor rango de la operación, Carleton S. Coon, era un corpulento antropólogo de Harvard que había transportado armas a Marruecos antes de ANTORCHA; asimismo había inventado «los zurullos detonantes de mula», unos explosivos de plástico artísticamente esculpidos que se echaban generosamente en los caminos tunecinos para hacer explotar los neumáticos alemanes. Con perfecto dominio del árabe y del francés, Coon había enseñado el arte de hacer volar las cosas a los guerrilleros franceses en Ain Taya hasta que uno de sus discípulos, Bonnier de la Chapelle, dio muestras de iniciativa extraacadémica al disparar contra el almirante

Darían; aunque Coon no tuvo ningún papel en el asesinato, se le dio la posibilidad de abandonar Argel hasta que la situación se calmara. En consecuencia, apareció en el puesto de avanzada del extremo norte del EOE, en el remoto Cap Serrat, a 65 kilómetros al oeste de Bizerta, con el nombre de guerra de capitán Retinitis y vestido con un uniforme del ejército británico con falsas estrellas de oficial cortadas con la felpa verde de una mesa de billar. «Ahora», observó un saboteador amigo, «la compañía de bribones y asesinos ya está completa.»

Al frente de una banda de desesperados, Coon voló un puente ferroviario, acosó a la guarnición italiana local y desperdigó zurullos de mula por los matorrales. Muy pronto, los filibusteros se especializaron en capturar rehenes, por lo general, los hijos de los ancianos en los poblados de dudosa lealtad. «El uso de rehenes fue nuestra principal fuente de información aparte del trabajo de las patrullas», informó Coon. Menos éxito obtuvieron las bombas trampa que, según informes del mismo profesor, sólo lograron dos víctimas: «un árabe y una vaca».

Desde Cap Serrat hasta Gafsa y todos los puntos intermedios, el invierno tunecino resultó ser más cruel de lo que la mayoría de los soldados aliados creían posible en África. «Aún hace un frío terrible y, como nuestros militares no lo previeron con su típica ineptitud y creyeron que África era un país tropical, no estamos bien preparados», escribió Roosevelt. Confesando que «no me he cambiado los calzoncillos en los últimos doce días», T. R. hizo una lista de lo que vestía: «Un traje de lana, luego mis pantalones y camisa de lana, luego un jersey, luego una chaqueta de campaña, luego el mono de combate, bufanda y el pesado abrigo corto». Despeinado como siempre, aún se congelaba.

Lo mismo les sucedía a las decenas de miles de soldados a quienes Ernie Pyle bautizó como «los chicos del lodo, la lluvia, la escarcha y el viento». Los trenes de suministros no podían mantener el ritmo de llegada de tropas a Tunicia; al II cuerpo le faltaban prismáticos, ametralladoras, piezas de motores y, especialmente, comida caliente. «Si hace tres días que no comes, el rancho enlatado del ejército sabe a pollo», escribió un resignado soldado a su casa. Otro presentó una receta improvisada para hacer gachas: trigo molido y leche condensada hervidos junto con dos bizcochos Life Saver. Un oficial de la 1.ª división informó de que al cocinero del batallón lo llamaban Hitler. «A menudo nos preguntamos si han convertido a todos los cerdos de América en carne en conserva y a todas las vacas en carne acecinada», añadió. Floreció el cuatreroismo. Los soldados afirmaban que los bistecs a la brasa eran en realidad «ciervos tunecinos» o «pollos alemanes».

La disentería, los parásitos, los micetomas y los problemas dentales asolaban a los que vivían al aire libre en pleno invierno. Lo mismo les pasaba a los combatientes contra la Luftwaffe. Los soldados bromeaban amargamente sobre el «tiempo de los Stukas», que era prácticamente todo el día con luz, y el «tiempo de los Spitfires», la diaria media hora escasa en que aparecían los aviones amigos. Se hacían tan profundas

las trincheras que se convertían en cuevas. Los soldados asustados a menudo confundían las cigüeñas migratorias con aviones enemigos que se acercaban. Después de un bombardeo que causó 250 bajas abadas en una semana en una franja de diez kilómetros en las afueras de Medjez-el-Bab, Evelegh ordenó que se retiraran de inmediato todos los vehículos destruidos por los ataques aéreos para evitar que se resintiera la moral. La moral se hundió de todos modos.

«Nunca fuera del alcance de las bombas, semanas de correo retrasado, comida caliente una sola vez... A los veinte años, soy un viejo», escribió un soldado. Día tras día miserable, las tropas entraban en combate «como un anciano con sabañones en un baño caliente», observó A. J. Liebng. Las tropas también entraban en ese estado inmarcesible común en los ejércitos veteranos en la que los hombres no confían en nadie que esté en mejores condiciones que ellos. Pero todavía no odiaban. Cada vez que tenían que devolver los regalos sin abrir para los muertos, les hervía la sangre. Un oficial advirtió que las andanadas de la artillería estadounidense ahora provocaban grandes aclamaciones. «¡Dadles a esos bastardos!». El patetismo de ver morir a los jóvenes estaba presente a toda hora del día. Esta carta de despedida fue encontrada en el estuche de las gafas de un piloto caído:

Madre, no sufras; más bien consuélate de saber que estoy contento. Trata de disfrutar del resto de tu vida y no sientas remordimientos porque has sido una madre maravillosa y yo te quiero. Jim.

Era suficiente como para incitar al asesinato.

Cuando ya se acercaba la hora de SATÉN, el hombre que encabezaría el ataque acorazado a la costa finalmente hizo acto de presencia en tierra tunecina. El general de división Orlando Ward, el comandante de los «Oíd Ironsides», había esperado primero en Inglaterra, luego en Oran, el permiso para unificar sus fuerzas. Ward no se había sentido menos indignado que Alien con la fragmentación de su división. Responsabilizó a Clark de haberlo obligado a permanecer en Inglaterra mientras el batallón de comandos lanzaba la operación ANTORCHA y el avance al este. «Tendría que haber rogado ir en vez de acatar las órdenes», escribió en su diario a mediados de noviembre. Paul Robinett, siempre dispuesto a impedir que sus superiores cometieran errores, aumentó la inquietud de Ward diciéndole: «Yo hubiera ido y corrido el riesgo de que me quitaran el mando». Pero Ward desempeñó su papel de soldado obediente y ahora le había llegado su hora. Ward era un hombre sereno y refinado con grandes ojos sensibles en un rostro ovalado; algunos decían que se parecía más a un director de escuela que a un comandante de tanques. Conocido como Dan en su familia, era Pinky para todos los demás, aunque sólo le quedaban unos mechones encanecidos de su antiguo pelo pelirrojo. «Tengo 50 años y a veces siento mi edad», había confesado hacía un año. Conservaba un remolino de tonalidades rojizas; Marshall era tan

maniático del orden que cuando Ward trabajó con él a finales de los años treinta, el jefe del ejército le pidió que se alisara el cabello.

Nacido en Missouri y criado en Denver, Ward se había graduado en West Point un año antes que Eisenhower; en 1916 invadió México con el 7.º de caballería y en Francia había participado en cinco batallas. Añorando a su nueva novia, Edith, pensó que podía estar mejor dotado para la agricultura. «El marido que hay en mí tiende a alejarme de ser soldado», escribió en su diario. El pase al cuerpo de artillería adormeció al granjero que había en él, aunque no al horticultor, pues como jefe de un puesto de frontera en Wyoming en los años treinta hizo plantar 25.000 árboles. Sus innovaciones en artillería en Fort Sill en los años treinta se convirtieron en leyenda, entre ellas una técnica que reducía el tiempo requerido para concentrar el fuego de doce obuses de batallón de varias horas a seis minutos. «Como abrir una manguera y que salga el chorro de agua», comentó sin darle importancia. Como secretario del Estado Mayor antes de la guerra, Ward impresionó tanto al flemático Marshall que lo recomendó para que tuviera dos ascensos simultáneos y pasó de coronel a general de división pese al remolino.

Ward era honesto, ambicioso y emotivo. «Si un sermón lo conmovía, el banco de la iglesia podía temblar», recuerda su hija Robin. Podía ser irreverente y a menudo citaba *Alicia en el País de las Maravillas*: «La sentencia primero, luego el veredicto». A un grupo de jóvenes oficiales, le había confesado recientemente: «He observado que la mayoría de los generales no son especialmente conscientes de sus propias peculiaridades». Mientras trabajaba en Washington, había visitado con frecuencia el Zoo Nacional para estudiar a los monos: tenía la teoría de que su comportamiento podía aclarar el de los primates existentes en el Departamento de Guerra. Una dolorosa tragedia lo marcó: cuando su hija Catherine murió de cáncer a los 18 años la Nochebuena de 1938, Ward entró en un «período de turbación del que nunca se recuperó».

Ward también tenía dos peculiaridades que caracterizaron su generalato. La primera era una marcada anglofobia. Comparaba al ejército estadounidense con «un cachorro de raza. Si alguien con bigotes rojos, un bastón y marcado acento británico nos dirige la palabra, nos echamos al suelo y nos revolcamos». El 8 de noviembre, el día de la invasión, escribió en su diario: «Asistí a misa. Ellos rezaron por el imperio y el rey, no por los aliados». La destrucción de su batallón de infantería acorazada en el puerto de Oran durante la operación RESERVISTA dirigida por los británicos simplemente incrementó sus prejuicios. «Detesto servir bajo mando británico», escribió. «Ya han abusado lo suficiente de mis tropas.»

La otra peculiaridad fue una instantánea predisposición a sentirse ofendido por el general Fredendall, su superior inmediato. Al llegar a Constantina el 15 de enero, Ward escribió: «Fui [al] cuartel general a ver a Fredendall. Me hizo esperar una hora... No consideró favorablemente mis sugerencias». Ward pidió la concentración de Old

Ironsides para tener un núcleo de máximo poder combativo en SATÉN, pero su consejo fue ignorado a favor de lo que Ward consideraba «un compromiso insustancial» de la división. Fredendall parecía «con tendencia a tomar decisiones geográficas *sans* escuchar consejos» y dando órdenes sin reconocimiento previo del terreno para determinar que su mapa se correspondía con la realidad. Pronto Ward llegó a la conclusión de que Fredendall y el mando del II cuerpo ni siquiera estudiaban cuidadosamente los mapas antes de dar órdenes de desplazamientos «en líneas absurdas».

Incluso mientras los líderes aliados en Casablanca se esforzaban por resolver sus diferencias en aras de un objetivo común, el principal comandante norteamericano en Tunicia y su subordinado de mayor rango en el cuerpo acorazado ya habían desarrollado, con extraordinaria rapidez, una profunda hostilidad mutua. Los oficiales del mando primero quedaron sorprendidos, luego perplejos y finalmente alarmados por este hecho poco propicio y sólo explicable en términos de química personal y de locura humana.

«EL TOQUE MUNDANO»

El emperador de Occidente llegó a Casablanca el martes 14 de enero a las 18.20 horas, cansado pero entusiasmado con el viaje de cinco días desde Washington. Con la palidez de sus mejillas atenuada por el brillo de sus ojos, Roosevelt fue subido al coche enlodado para emprender el tortuoso viaje hasta el campamento de Anfa. Instalado en la Villa Dar es Saada, el presidente dio la bienvenida a Churchill con la primera de las diez comidas y cuarenta y tres horas de conversación que compartirían durante la estancia en Casablanca. Una alarma antiaérea después de medianoche les obligó a concluir la conversación a la luz de una vela antes de que Roosevelt finalmente se fuera a la cama a las tres de la madrugada. «Winnie es un gran hombre para el *statu quo*», comentó fumando un último cigarrillo con la boquilla casi vertical. «Hasta tiene aspecto de *statu quo*, ¿verdad?»

La conservación del *statu quo ante bellum*, en especial el del Imperio de Su Majestad, era prioritaria en el plan británico; siguiendo el designio de Churchill, éste cortejaba a Roosevelt mientras sus militares cortejaban al alto mando estadounidense. A las 14.30 del 15 de enero, una decena de los generales y almirantes de mayor rango de la alianza anglonorteamericana, concluida la comida, pasó a un salón de altos techos y forma semicircular del Hotel Anfa. Lleno de luz natural y del aroma de flores recién cortadas, el salón estaba dominado por una gran mesa rectangular. Había centinelas apostados en las puertas donde un cartel con letras impresas decía: «Asunto: Conferencia de jefes del Estado Mayor». Ésta sería la tercera reunión del mando conjunto en Casablanca, y antes de volver al asunto capital de la estrategia bélica global, esa tarde oirían al general Eisenhower hablar sobre la campaña tunecina y su plan para la operación SATÉN.

Pobre Eisenhower, otro salón lleno de generales cargados de medallas y cuyos antecedentes militares hablaban de éxitos en el campo de batalla mucho mayores de los que él podía ufanarse. Parecía cansado a causa de la hipertensión; tenía ojeras rojizas, y la gripe prolongada, exacerbada por el hábito de fumar, le había mantenido cuatro días en cama después de Navidad. «Ike parecía nervioso», comentó más tarde Roosevelt. El vuelo desde Argel esa mañana no había sido muy tranquilo. Habían fallado dos motores de la Fortaleza Volante de Eisenhower y los pasajeros pasaron los últimos cincuenta minutos del viaje de pie al lado de las puertas de salida con los paracaídas puestos y preparados para saltar. Cuando avanzó hasta la cabecera de la mesa, los británicos lo observaron con curiosidad aún intrigados por cómo un hombre podía salir de un largo anonimato para hacerse cargo del alto mando.

Habló sin notas. Sí, había habido varios reveses en Tunicia, demoras infortunadas. Los caminos eran malos, las condiciones del tiempo, horribles, y del lodo mejor no hablar. Un solo sendero de tierra requería 2.000 toneladas de planchas de acero perforado para hacerlo a prueba de barro, pero transportar esa plancha exigía la capacidad total de carga de todo el sistema ferroviario norteafricano durante al menos un día. Los soldados anglonorteamericanos habían aprendido unas cuantas lecciones muy valiosas. En cuanto a los franceses, y aquí Eisenhower se vengó de muchas horas pasadas en el oscuro túnel de Gibraltar, tenían la desgracia de estar liderados por el general Giraud, quien podía ser «un buen comandante, pero carece de sentido político y no tiene la más mínima idea de administración». Dando otra vuelta de merca, añadió que tratar con el difunto Darían había sido más fácil.

La ofensiva de SATÉN, programada para ser lanzada en una semana, parecía prometedora. «Al principio, las operaciones en el flanco derecho eran consideradas principalmente como una diversión», dijo Eisenhower. «Pero ahora parece probable avanzar hasta Sfax y ocuparla con infantería mientras retiramos la Indivisión acorazada como reserva móvil más hacia la retaguardia.» De tener éxito, SATÉN podía dividir en dos las fuerzas del Eje.

Testigo de esta actuación y con los párpados caídos estaba el general sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial y uno de los grandes soldados existentes. Inmaculado, puntilloso y con total dominio del francés, Brooke provenía de una familia noble de baronets del norte de Irlanda conocidos como los «Brooke beligerantes». Con el pelo negro brillantado y un rostro tan arrugado que parecía labrado con un cincel, tenía los hombros estrechos, las piernas delgadas y el hábito enervante de «pasar la lengua alrededor de los labios con la velocidad de un camaleón», tal como lo describió un admirador. Le habían dado seis menciones de honor en la Gran Guerra, pero su vida encantadora había cambiado en abril de 1925 cuando su Bentley patinó; él se rompió una pierna y su esposa, la columna. Ella falleció pocos días después.

«Ojalá hubiera terminado en aquel momento», escribió Brooke. Cada vez más taciturno y encerrado en sí mismo, se volvió muy cargado de espaldas y tenía el ceño

perpetuamente fruncido. Un nuevo matrimonio le trajo la felicidad durante décadas. Brooke le escribía a su segunda esposa líricas cartas de amor que siempre firmaba: «Tu ferviente viejo Alan», pero sin dejar de cargarse de espaldas ni de renunciar al ceño fruncido o a la taciturnidad. Cuando firmaba «coronel Metralla» equivalía a decir «No estoy de acuerdo en absoluto». A menudo esa firma iba acompañada por la rotura del lápiz. En enero de 1943, tenía 59 años. La observación de las aves era su gran pasión civil y podía leer un libro de ornitología como *The Truth About the Cuckoo* con igual reverencia que la Biblia. Esa misma mañana, contemplando la playa con sus binoculares, Brooke había divisado jubiloso un jilguero, un culi-blanco, unas lavanderas y unos chorlitos, todos cuidadosamente registrados en su diario.

Tales visiones no le distrajeron de lo que tenía entre manos. Como oficial responsable en gran parte de rescatar la Fuerza Expedicionaria Británica de Dunkerque en 1940, Brooke no tendía a menospreciar la ferocidad alemana y en privado se mostró en franco desacuerdo con lo que denominó el «plan ridículo» de SATÉN. En cuanto a su opinión sobre el comandante en jefe, la entrada del 28 de diciembre en su diario no deja lugar a dudas: «Eisenhower como general es nefasto. Se sumerge en la política y se olvida de sus obligaciones castrenses, en parte, me temo, porque sabe poco o nada de asuntos militares».

Ahora Brooke se lanzó contra Eisenhower como un halcón contra una paloma. ¿Cómo se podría coordinar un avance del II cuerpo hasta el mar con el I ejército de Anderson en el norte y el VIII ejército de Montgomery en Libia?, preguntó. Si Anderson era contenido más de dos meses, ¿acaso el ejército de Arnim no se reduciría en el norte para concentrarse a tomar Sfax con destacamentos al completo? Montgomery aún tardaría una semana en llegar a Trípoli, y el VIII ejército quedaría «bastante inmovilizado» hasta que se pudiera reabrir aquel puerto hecho pedazos. Sin duda, Rommel reaccionaría como «un relámpago» ante cualquier ataque a Sfax que amenazase sus líneas logísticas. El Zorro del Desierto todavía contaba con aproximadamente 80.000 tropas alemanas e italianas, y Arnim, 65.000. ¿No se arriesgaba el II cuerpo a quedar atrapado entre Arnim y Rommel, y con pocas posibilidades de ayuda de Anderson o de Montgomery? De hecho, Ultra había descifrado un mensaje según el cual la 21.ª división Panzer de Rommel ya había empezado a desplazarse por el norte hacia Tunicia.

Eisenhower trató de defenderse de esta ofensiva, pero no logró el apoyo de los jefes norteamericanos Hap Arnold, Ernest King y Marshall. Este último parecía somnoliento después de una pesada comida y aún no había abierto la boca. «El plan de Fredendall», tal como lo llamó Eisenhower, preveía que la 1.ª división acorazada de Ward fuera la fuerza contraatacante para conjurar el peligro de Rommel. Eisenhower afrontaba el «dilema de dejar que las tropas del norte se deterioran permaneciendo inactivas en el lodazal, o sufrieran algunas bajas volviendo a la actividad». Creía que esta última posibilidad era «el menor de dos males». Aun así, esperaba discutir el

asunto en mayor profundidad y «hacer los ajustes necesarios en el plan».

Eisenhower saludó y dejó la sala con el aspecto sombrío de un hombre en plena retirada.

Los jefes del Estado Mayor conjunto o sus representantes se habían reunido en cincuenta y seis ocasiones desde la reunión inicial de estrategia en enero de 1941, pero Casablanca puso en evidencia que todavía no hablaban el mismo idioma. En Anfa, rápidamente se alcanzaron acuerdos en varios puntos, que incluían la necesidad de reforzar el Ejército Rojo de Stalin, de concentrar los ataques aéreos contra el territorio alemán y de eliminar los submarinos atacantes cuyo número se había duplicado en 1942. Pero los puntos principales seguían siendo cómo dividir los recursos bélicos aliados entre las guerras del Pacífico y del Atlántico y dónde dar el siguiente zarpazo. En estas cuestiones de vital importancia, no se consiguió la unidad. Resulta axiomático que cuando los jefes militares participan en una conferencia tienden a dar muestras de su mejor comportamiento y, por tanto, son poco útiles. Los primeros días de SÍMBOLO demostraron que también podían lograr pocas cosas cuando se comportaban mal.

Tan pronto como Eisenhower abandonó la conferencia, Brooke reanudó la práctica de la gota malaya que había recomendado Churchill. Creía que era «posible la victoria final en el teatro europeo antes de finales de 1943». Repitiendo argumentos que ya había avanzado en anteriores reuniones, también sostuvo que el poder ofensivo de Japón se había debilitado y que la derrota de Tokio era segura si Alemania se rendía; pero si se permitía que los alemanes derrotasen a los soviéticos, el Tercer Reich podía volverse impenetrable. En consecuencia, la estrategia aliada debía ser no sólo derrotar a Alemania primero, tal como habían acordado Roosevelt y Churchill hacía un año, sino imponer el peso abrumador de los recursos aliados en el teatro europeo.

Pero ¿dónde atacar a continuación? La inclinación estadounidense era «atacar directamente al corazón del enemigo por la ruta más corta»: un asalto a través del Canal sobre la costa norte de Francia como primer paso a Berlín. No obstante, y aquí reaparecieron las carpetas rojas de cuero del *Bulólo* para revelar estudios y estadísticas extraordinariamente precisos, los alemanes tenían 46 divisiones en Francia y los Países Bajos además de otras once disponibles cerca de Alemania. Asimismo, las buenas líneas ferroviarias del norte europeo permitirían a la Wehrmacht transportar siete divisiones más del frente ruso hacia el oeste en dos semanas. Hacia septiembre de 1943, la última fecha prudente barajada para una invasión a través del Canal, los aliados podían tener un máximo de 25 divisiones en Gran Bretaña, una fuerza poco impresionante. Asimismo, la falta de transportes y de lanchas de desembarco significaba que el asalto inicial contra el muro fortificado del Atlántico se limitaría a seis divisiones, aunque los planificadores del propio Eisenhower en Londres habían recomendado no hacía mucho un mínimo de doce.

Todo lo cual fortalecía los argumentos a favor de más operaciones en el

Mediterráneo empezando en Sicilia. La isla tenía 800 kilómetros de costa muy poco fortificada. Como Churchill había dicho a Stalin: «¿Para qué meter la cabeza en las fauces del león en Brest cuando se puede ir al Mediterráneo y apuñalarle en el blando vientre?». Debido a lo endeble de las vías férreas italianas, vulnerables al ataque aéreo aliado, la Wehrmacht podía trasladar al sur sólo una división de refuerzo en dos semanas. Retirar de la guerra a Italia, calculaban los británicos, costaría 54 divisiones alemanas y más de 2.000 aviones. Y reabrir el Mediterráneo y el Canal de Suez ahorraría a los aliados el equivalente de 225 barcos, dijo como conclusión Brooke, lo cual representaba una abrumadora ventaja en una guerra global en la que la navegación era a veces más valiosa que los recursos humanos.

Si Brooke había escuchado a Eisenhower con una paciencia depredadora, del mismo modo el almirante King escuchó a Brooke. Era el más belicoso de los mandos norteamericanos (no en vano llevaba tatuada un ancla en un antebrazo y una daga en el otro), y un admirador le había descrito como «un formidable viejo crustáceo». Dado a la bebida y las mujeres y con un vozarrón que se podía oír de una punta a otra de un portaaviones, King «siempre estaba dispuesto a encontrar pérfida a Albión», en frase de Marshall, y hoy el almirante olía pérfidamente en medio de las flores de hibisco y del aceite capilar. El Pacífico era *su* teatro de operaciones y no pensaba dar marcha atrás. King «tiene el ojo puesto en el Pacífico. Ésa es su política en el este», concluyó un almirante británico. «De vez en cuando, lanza una piedra por encima del hombro. Ésa es su política en el oeste.»

Y King arrojó una pedrada. No objetaba la opción de *Sicilia per se*, pero creía que los británicos «no parecían tener un plan general para la conducción de la guerra». Su rechazo del Pacífico era simplemente un anatema. Tokio estaba reaprovisionando su imperio con materias primas de los territorios conquistados y había fortificado el circuito de la defensa interior en las Indias Orientales y Filipinas, afirmó. Los cruentos combates con lanzallamas y granadas en Guadalcanal proseguirían casi un mes más y una cruenta campaña similar estaba a punto de acabar en Papua y Nueva Guinea, donde las bajas norteamericanas y australianas ya superaban los 8.000 hombres. En el extremo norte, una pequeña fuerza estadounidense acababa de desembarcar en la isla de Amchitka para empezar a recuperar las Aleutianas; esa campaña duraría hasta el verano.

Al igual que Brooke, King recicló los argumentos de las sesiones anteriores; las discusiones empezaban a parecer circulares. El almirante consideraba que era «menester que las naciones unidas no permitan que los japoneses tengan tiempo para consolidar sus conquistas». De los nueve frentes abiertos por los aliados, cuatro estaban en el Pacífico. ¿Eran conscientes los británicos de que sólo el 15 por 100 de los recursos aliados estaban destinados al Pacífico? Ese porcentaje, creía King, debía duplicarse.

Aunque no era exactamente una falsedad, el 15 por 100 no era verdad de ningún

modo. Más de la mitad de las fuerzas del ejército norteamericano y un tercio de los grupos de combate aéreo estaban desplegados contra Japón; prácticamente todos los marines en el extranjero, ahora cuatro divisiones, pero creciendo, también servían en el Pacífico. Tanto en el Atlántico como en el inmenso Pacífico, se necesitaban al menos el triple de barcos para transportar y aprovisionar a las tropas.

No importa: era «esencial mantener la iniciativa contra los japoneses y no esperar a que se nos echen encima», arguyó King. En cuanto a la afirmación de Brooke sobre los aliados, según la cual no tenían recursos suficientes para librar una guerra simultánea contra Japón y el Eje europeo, King hizo caso omiso. Hap Arnold y Marshall guardaron silencio. La sesión se levantó antes de las 17 horas.

Se habían trazado las líneas para la batalla. El brigadier general Albert C. Wedemeyer, un estratega del Departamento de Guerra que desconfiaba tanto de los ingleses que grababa en secreto sus reuniones con los oficiales británicos, se opuso tajantemente a nuevos escauceos en el Mediterráneo. «Si suscribimos el concepto británico», advirtió Wedemeyer a los jefes del Estado Mayor después de la reunión, «dispersaremos nuestras fuerzas en un área que no es vital ni definitiva.» Pero una invasión a través del Canal parecía muy improbable sin un cambio de opinión en Londres.

Esa noche, Brooke registró su evaluación del día en su diario. En una entrada muy poco característica, escribió: «No hay duda de que estamos tan próximos a los norteamericanos que la cooperación no puede ser más que fácil».

Casablanca distaba 1.500 kilómetros del campo de batalla, pero allí también se sufrían bajas. SATÉN estaba mortalmente herida; la reputación de Eisenhower también estaba herida, pero no tan gravemente. «Experiencia insuficiente y limitada capacidad», escribió Brooke en su diario. Pronto circularon rumores de que la ofensiva tunecina había sido suspendida. Clark le dijo a Patton que los británicos simplemente intentaban cosechar toda la gloria en Tunicia excluyendo a los norteamericanos en el último momento. «Si es así», escribió Patton en su diario, «es demasiado terrible para contarlo.»

Tras su humillante actuación en la sala de conferencias, Eisenhower caminó lentamente bajo los cocoteros hasta Villa Dar es Saada. El presidente quería verlo a las 16 horas. Lo que ahora debía hacer Eisenhower en Tunicia, en especial con el II cuerpo, era tan incierto como su propio futuro. «Tiene la soga atada al cuello y lo sabe», escribió Butcher dos días después. Pese a los esfuerzos de Marshall por ascender a Eisenhower a un rango comparable con el de los generales británicos de campaña, Roosevelt se negó a concederle una cuarta estrella. Harry Hopkins registró la conversación privada en Anfa.

El presidente le dijo al general Marshall que no ascendería a Eisenhower hasta que hubiera una razón de peso para hacerlo, iba a imponer como norma que los

ascensos correspondieran a gente bregada en el combate y que si bien Eisenhower había hecho un buen trabajo, no había logrado echar a los alemanes de Tunicia.

Y ahora Marshall estaba indignado con Eisenhower por la pobre impresión que había dado ante los jefes conjuntos.

Sentado en el salón con sus pieles de cebra, Roosevelt reflexionaba sobre la improbabilidad de que Francia recuperara su taha de antes de la guerra. Tras preguntarse en voz alta «¿qué voy a hacer con Tunicia después de la guerra?», interrogó a Eisenhower sobre la campaña.

«Pues bien. ¿Qué pasa? ¿Cuál es su opinión?»

«¿Señor?»

«¿Cuánto tardará en acabar este trabajo?»

Eisenhower vaciló. El presidente parecía muy determinado a luchar en pleno invierno tunecino.

«Con cualquier tipo de condiciones meteorológicas, señor, los tendremos en el bote o en el mar a finales de primavera.»

«¿Qué significa a finales de primavera? Junio?»

Eisenhower asintió. «Quizá a mediados de mayo. Junio, como máximo.»

Se había comprometido. Victoria en África para mediados de mayo.

Esa noche Eisenhower estuvo en la villa de Patton hasta la 1.30 confiándole sus inquietudes. «Piensa que esta tendencia se romperá», escribió Patton en su diario. «Le dije que se fuera al frente. Opina que no puede por la política.»

El segundo al mando de Brooke, el general sir John Kennedy, observó acerca de Churchill: «Es lo bastante difícil cuando las cosas van mal; insoportable, cuando no pasa nada y bastante incontrolable cuando todo va bien». Pese a las fricciones en los consejos militares, SÍMBOLO iba muy bien según el primer ministro. Si no era incontrolable, era ciertamente ubicuo. Tras escaparse de su residencia en Anfa el 16 de enero, se lo encontró caminando por la playa cerca del faro de El Hank con los bolsillos llenos de conchas de mar. En otra excursión por la playa, se encontró con unos marineros norteamericanos que portaban una guitarra; a petición suya, tocaron *You Are My Sunshine*. Caminando de regreso a Villa Mirador tras una cena tardía, Churchill se tropezó a las tres de la mañana con un joven centinela de Carolina del Norte, que gritó: «Jefe de guardia! Tengo aquí a un tipo que dice ser el primer ministro de Inglaterra. Creo que es un maldito mentiroso».

Por las mañanas, holgazaneaba vestido con una bata roja, desayunaba bebiendo directamente de una botella de vino o estudiaba su colección de mapas militares. Más tarde, con un mono de «mameluco», jugaba incontables partidas de bezique o miraba a los almirantes de campo construir castillos de arena o arrojar piedras al agua. «Vengan a ver mis mapas», les decía. «¿Quieren un whisky?» Pasada la medianoche, discutía con sus subalternos grandes o pequeños aspectos de la guerra. Ante un bostezo de

cansancio, espetaba: «Muy bien, si a usted no le importa ganar la guerra, vayase a dormir». Tendía «a considerar con desprecio las sugerencias que él no sugería», observó un general británico. Cuando se le desafiaba respondía al instante y de mal humor: «Usted ha engordado con los honores que le ha dado su país y ahora lo traiciona. Lo único que pretende es cobrar, comer sus raciones y dormir». Le molestaban los excesivos formalismos. «No nos pagan para ser amables entre nosotros», decía. En suma, se lo estaba pasando estupendamente.

Roosevelt también tuvo en Anfa un gran tonificante. Almorzaba en el jardín de la villa, bebía *old-fashioneds* y leía *El hombre que vino a cenar*, una popular obra de teatro. Dos de sus hijos, ambos de uniforme, le hicieron compañía en Dar es Saada; el presidente reprochó a ambos sus andanzas a las dos de la madrugada por el distrito rojo de Casablanca, un barrio amurallado donde los visitantes bebían té de menta mientras prostitutas crepusculares se levantaban las faldas y contoneaban las caderas como una visión lasciva de *Las mil y una noches* de Burton.

Una cena de Estado con el sultán de Marruecos y su gran visir fue un éxito, aunque Churchill refunfuñaba porque, en deferencia a la sensibilidad musulmana, no se sirvió alcohol. El primer ministro insistió en entrar en un bar después de la cena para poder recuperarse de los efectos perniciosos de la ausencia de alcohol. La tarde del 17 de enero, Roosevelt recibió al general Nogués, aún aferrado al poder como gobernador en Marruecos. Cuando Nogués se quejó de que los judíos de Marruecos y Argelia exigían recuperar el derecho al voto, Roosevelt le contestó satisfecho: «La respuesta es muy simple; esto es, no va a haber ninguna votación; por tanto, no es necesario que los judíos se preocupen del privilegio de votar». El presidente también propuso restringir la participación judía en el campo del derecho, la medicina y otras profesiones para reflejar una proporción judía con respecto a «toda la población del norte de Africa». Esto, le dijo a Nogués, «eliminaría las quejas específicas y comprensibles de los alemanes con los judíos en Alemania» debido a su predominio poco proporcionado en algunas profesiones. Pese a su compromiso con las libertades básicas que apuntalaban la causa aliada, Roosevelt, no menos que Churchill, podía ser «un gran hombre del *statu quo*».

Los jefes daban vueltas y vueltas. El debate llegó a un punto álgido de nerviosismo, luego recuperó la altura que requería un diálogo fructífero, pero de cualquier modo, no llegaron a ninguna parte. El sábado 16 de enero, la mañana después de que Brooke venciera a Eisenhower, Marshall abrió la sesión con una decena de preguntas, algunas incisivas y todas legítimas. Los estrategas norteamericanos, dijo, tenían curiosidad «por saber cuál es el concepto británico de cómo derrotar a Alemania». ¿Sería Sicilia «simplemente un medio para alcanzar un fin, o sería un fin en sí misma?» Los estrategas norteamericanos creían que si el régimen de Mussolini mostraba síntomas de agotamiento, Hitler enviaría tropas de refuerzo de la Wehrmacht para la fácil defensa de la bota italiana. ¿Entonces qué? ¿Cuál tenía que ser el «plan

prioritario» aliado para ganar la guerra? «Toda desviación estratégica del plan principal o acción secundaria ajena al mismo funcionaría como una bomba de succión», añadió Marshall.

Brooke había divisado varios pájaros exóticos, incluyendo una motacila de cola amarilla y cinco pequeños buhos. También había visto revolotear demasiadas veces los argumentos norteamericanos. Sacó las carpetas rojas. «Los alemanes tienen 47 divisiones en Francia», dijo con una voz monótona que denotaba irritación. «Se trata de una fuerza suficiente como para derrotarnos en tierra y quizá encerrarnos entre alambradas y cemento... Ya que no podemos ir al continente hasta que Alemania se debilite, debemos intentar dispersar las fuerzas alemanas el máximo posible.»

Así estaban las cosas. Los norteamericanos, cuya delegación sólo contaba con un experto en logística, que buscaba datos frenéticamente en los cuadernos de notas, tendían a la observación y la generalización. Las declaraciones británicas destilaban datos y estadísticas del centro de estudios del *Bulólo*. Los norteamericanos tenían una idea; los británicos, un plan. Asimismo, los jefes norteamericanos carecían de una alternativa viable al «blando vientre» de Churchill: Roosevelt había mantenido una sola reunión de estrategia con sus cerebros militares antes de Casablanca, y si el presidente tenía opiniones categóricas y agendas precisas sobre la trayectoria estratégica de la guerra, aún no las había compartido con sus mandos.

Esa tarde, Marshall le dijo a Roosevelt que los jefes norteamericanos pensaban apoyar el plan británico para la invasión de Sicilia, ahora llamado HUSKY. Por muy desinteresado y austero que fuera Marshall, era un consumado jugador de póquer que sabía cuándo mostrar sus cartas. La novedosa necesidad de doce divisiones de asalto para una invasión por el Canal en vez de las seis previstas anteriormente, la exigencia de un entrenamiento anfibia más intenso tal como reveló claramente ANTORCHA, la decisión de reducir la producción de lanchas de desembarco en favor de barcos de escolta de convoyes que se requerían con urgencia y la simple necesidad de unidad aliada; todo ello dependía de su decisión. Además, los británicos no estaban interesados «en ocupar Italia», le dijo Marshall al presidente. «Eso aumentaría nuestra carga sin retribuciones commensurables.» Roosevelt se mostró de acuerdo.

El jefe del ejército también conocía el valor estratégico de un buen farol y durante dos días no comunicó a los ingleses el cambio de opinión. Siguieron las fintas, más discusiones circulares, en especial sobre el Pacífico. «No podemos derrotar simultáneamente a Alemania y Japón», argumentó Brooke el lunes 18 de enero por la mañana. «Debido a las distancias, los jefes británicos creen que la derrota en primer lugar de Japón es imposible y que si intentamos hacerlo, perderemos la guerra.» Asimismo, Marshall reiteró su oposición a las «interminables operaciones en el Mediterráneo».

Tras dos horas agitadas, se levantó la sesión a las 13 horas. El rostro enjuto de Brooke revelaba abatimiento. «Es imposible. Jamás nos pondremos de acuerdo con

ellos», le dijo al mariscal de campo sir John Dill, el oficial británico de mayor antigüedad en Washington. Dill le urgió una decisión. «Usted no puede llevarles un problema sin resolver al presidente y al primer ministro», advirtió. «Sabe tan bien como yo el disgusto que se llevarían.»

Y entonces se encontró una salida al atolladero. Los británicos propusieron un compromiso por el cual los aliados acordaban reservarse la iniciativa contra Japón sin descartar «cualquier oportunidad que pueda presentarse para la derrota final de Alemania en 1943». Marshall, King y Arnold revisaron el párrafo, presentaron unas pequeñas enmiendas y se declararon satisfechos. Roosevelt y Churchill dieron su beneplácito al acuerdo a las 17.30 en Dar es Saada y volvieron a sus cócteles. El documento, sugirió el almirante King, «constituye un gran avance para establecer una política de cómo ganaremos la guerra».

Ciertamente el plan ratificaba la primacía de la guerra contra Alemania. Consagraba una estrategia mediterránea al tiempo que confirmaba la determinación estadounidense de castigar a Japón. También demostraba la capacidad británica de maniobrar e imponerse a sus aliados norteamericanos. La experiencia había sido aleccionadora. «Se nos vinieron encima como langostas», dijo Albert Wedemeyer al Departamento de Guerra.

«Perdimos la camisa», añadió Wedemeyer. «Fuimos, escuchamos y nos conquistaron.»

Si Roosevelt compartía esos sentimientos, se los guardó para sí, acaso porque reconocía el inevitable predominio estadounidense. El viejo orden imperial se agrietaba bajo la presión de la guerra global y todas las carpetas rojas de la Commonwealth británica no preservarían para siempre el *statu quo*.

Además, el presidente tenía que atender asuntos urgentes. A las 9.20 del 21 de enero, vestido con sombrero y traje gris, partió en una limusina Daimler verde oliva escoltada por motos, coches de reconocimiento y un par de jeeps ocupados por agentes del servicio secreto. Una mañana borrascosa avanzaron hacia el norte, recorriendo los 135 kilómetros hasta Rabat. «Los caminos eran un continuo hormigueo de árabes con chilabas y mujeres con velos, *poilus* franceses, nativos con largas barbas sobre las ancas de burros diminutos... e innumerables ciclistas», informó un capitán en la caravana de vehículos. Para distraer a los curiosos, los agentes se ponían de pie en los jeeps, señalaban el cielo o simulaban salirse de los vehículos. En las afueras de Rabat, los agentes formaron un círculo alrededor de Roosevelt y lo llevaron del coche al asiento delantero de un jeep.

Patton, immaculado en sus pantalones de montar y con guantes, lo recibió con el saludo militar y una sonrisa forzada. Aunque lo ocultaba, la presión para garantizar la seguridad en SÍMBOLO lo había dejado exhausto. Un día, a las tres de la madrugada apareció Patton en el puesto de mando del servicio de seguridad en Anfa. «Los alemanes saben que el presidente está aquí y vienen a atraparlo», advirtió. Los agentes

lo calmaron y lo mandaron a dormir. «Son una pandilla de detectives mediocres, siempre oliendo a alcohol», comentó luego Patton. Las obligaciones de este viaje de inspección lo enervaron aún más. Primero, Clark le había ordenado encontrar algunas tropas negras que hubieran participado en el desembarco, ya que se creía que el presidente tenía simpatía por los negros. Luego el Servicio Secreto insistió en que los 20.000 soldados de la formación de bienvenida fueran desarmados y mantenidos a unos 90 metros de la carretera; los soldados podían conservar sus rifles, pero sin munición. Ahora, cuando la caravana atravesaba la 2.a división acorazada, una decena de agentes apuntaban con sus ametralladoras a los dóciles soldados en posición de firmes. Patton estaba hecho una furia.

Los rumores de que el presidente estaba en África habían producido numerosos comentarios burlones y sarcásticos. «Todo es posible», dijo el capellán de la 2.a división, «pero a nuestro entender esta historia pertenece al mundo de la fantasía.» Luego llegó la orden, «¡Vista a la derecha!», y allí estaba él montado en el jeep: la cabeza leonina, los anchos hombros, la boquilla entre los dientes. Desde el fondo de la formación se oyó un claramente audible «Jesús!». El presidente levantó los brazos, y la caravana prosiguió su camino hacia la 3.a división de infantería.

Se detuvieron a almorzar jamón cocido y batatas en una cocina de campaña del ejército mientras una banda tocaba *Chattanooga Choo-Choo*. Luego visitó a la 9.a división de infantería (Clark llamó la atención de Roosevelt sobre un contingente ostensiblemente ubicado de soldados negros) antes de que la comitiva pasara por Port Lyautey y Mehdía. Hileras ordenadas de tumbas estadounidenses y francesas dominaban el río Sebou de aguas color azul turquesa debajo de los muros de la Kasbah. Un corneta tocó *Taps* mientras los asistentes colocaban dos ramos de flores bajo una placa conmemorando la «Batalla de Mehdía, 8-11 de noviembre, 1942». Con la cabeza descubierta e inclinada, Roosevelt contempló a los muertos durante un largo rato.

Una lluvia gélida empapó a los agentes en los jeeps en el viaje de regreso a Casablanca. Eso le gustó a Patton, que iba en el Daimler junto al presidente. Roosevelt dice que «India está perdida» para el imperio británico, escribió esa noche en su diario, «y que Alemania y Japón deben ser destruidos.» Por su parte, Roosevelt anotó que Patton le había dicho «al menos cinco veces que quería morir con las botas puestas».

De regreso en la villa, Roosevelt cenó temprano y se retiró a dormir a las 19.30. Había sido un largo día para el emperador del oeste, pero gratificante. Había visto el futuro: las legiones de la democracia en filas apretadas y de uniforme, hombres valientes que liberarían un continente.

El distante fragor del oleaje llegaba al verde jardín de Anfa como un cañoneo adormecido. Translúcido de luz africana, un cielo despejado se ceñía sobre el campamento y sólo una brisa marina reducía la intensidad insoportable del calor del

mediodía. Quince minutos después del mediodía del domingo 24 de enero, 27 periodistas y casi otros tantos fotógrafos fueron transportados entre dos hileras de alambradas hacia Dar es Saada. Habían pasado la mañana en un bungalow vacío utilizado como punto de reunión, divirtiéndose con una edición francesa de *El decamerón* y haciendo conjeturas sobre la razón de su convocatoria en Casablanca.

Sentados con las piernas cruzadas sobre la hierba húmeda, los plumíferos lanzaron una mirada furibunda a un diligente oficial de prensa que pasó entre ellos advirtiéndoles: «Nada de preguntas, nada de preguntas». Rojos haces de buganvilla trepaban por las blancas columnas de una galería que daba a la puerta trasera de la terraza de la mansión donde un par de sillas de cuero de la sala de estar permanecían vacías delante de un micrófono. «Necesitaremos *cuatro* sillas», dijo un joven oficial. Unos doce almirantes y generales paseaban entre las plantas o se apoyaban en los naranjos. De inmediato los reporteros expresaron su sorpresa. ¿No era Marshall aquél? ¿Qué diablos hacía Brooke en ese lugar? Pero todos se quedaron perplejos y guardaron silencio cuando divisaron al primer ministro y al presidente saliendo de la villa escoltados por las figuras vestidas de caqui de los generales Giraud y De Gaulle.

Se habían tenido que hacer tremendos esfuerzos para que los dos rivales franceses compartieran el mismo escenario. Giraud consideraba al «petit» De Gaulle, tal como lo llamaba, un «hombre sediento de fama, pero además un pésimo general». De Gaulle, pese a los 70 millones de libras aportadas por el gobierno británico al movimiento de la Francia Libre, consideraba a Giraud un títere de los anglonorteamericanos. Cuando Roosevelt convocó a Giraud a Casablanca para efectuar una demostración pública de la unidad francesa, el francés fue a toda prisa, pero una vez allí comprobó que sus acciones habían bajado mucho desde los días emocionantes de Gibraltar, cuando Eisenhower le había pedido su colaboración. Tras su primera reunión con Roosevelt, el presidente lo desestimó por considerarlo un «inútil» y persona de «escasa confianza». El jefe de intendencia del ejército dio comienzo a su reunión con Giraud instruyendo al traductor de la siguiente manera: «Quiero que empiece diciéndole a este gabacho que Estados Unidos no es Santa Claus».

Por su parte, De Gaulle se había negado a abandonar Londres hasta que Churchill, lívido de ira y enfurecido, lo amenazó con una sanción económica. «Le llamamos Juana de Arco y esperamos que algunos obispos lo envíen pronto a la hoguera», dijo con acritud el primer ministro. Hacía tiempo que Roosevelt consideraba a De Gaulle un aspirante a tirano y no halló ninguna razón para cambiar de opinión durante su reunión en la sala de Dar es Saada. Para prevenir cualquier traición gala, todo el destacamento del Servicio Secreto —una decena de ellos con subfusiles— había tomado posiciones de forma discreta detrás de los cortinajes y de las puertas de toda la villa.

Pero allí estaban, en la terraza de Dar es Saada, los dos franceses inmensamente altos con idénticas expresiones de malhumor y desagrado. Dos agentes sacaron de la silla de ruedas a Roosevelt y lo posaron como si fuera una figurilla de porcelana en

una de las sillas de cuero. Once días de sol habían blanqueado las negras ojeras debajo de sus ojos. Se quitó la boquilla de la boca, saludó a varios periodistas que conocía y dedicó una amplia sonrisa a los demás. Churchill, con traje oscuro a rayas y un bastón en la mano, tomó asiento en otra silla. Un puro giraba entre sus labios. Los fotógrafos pisotearon un cantero de aves del paraíso en su frenesí por disparar las cámaras.

«Os quedaréis sin munición antes de que hayamos terminado», advirtió el primer ministro. Se había opuesto a una sesión de fotos al mediodía arguyendo que era demasiado temprano para que él apareciera llevando sus mejores galas, pero al final había aceptado diciendo que pondría su «mejor expresión de guerra». Ahora le molestaba el sol y se protegía bajo el ala del sombrero. Un reportero pensó que se parecía «a Peter Pan con un puro en la boca»; otro, a un «Buda bastante malicioso». Roosevelt le preguntó si tenía inconveniente en quitarse el sombrero para las fotos.

«Tengo puesto el sombrero para protegerme los ojos del sol», replicó Churchill. «*Usted* tendría que ponerse uno.»

«Nací sin sombrero», contestó el presidente riéndose. «No veo ninguna razón para ponérmelo ahora.»

Cuando los generales tomaron asiento —Giraud, rígido como un soldadito de plomo, De Gaulle, repantigado, un cigarrillo entre el pulgar y el índice—, Roosevelt improvisó unas palabras sobre la conferencia que acababa de terminar. Los detalles deben mantenerse en secreto, dijo, pero la reunión no tenía «precedentes en la historia. Los jefes de los Estados Mayores han estado en contacto personal. Han convivido en el mismo hotel. Cada uno de ellos se ha hecho amigo de los demás».

Los jefes miraban impasibles desde sus refugios entre las plantas.

Asimismo, los generales Giraud y De Gaulle habían tenido contacto personal, añadió el presidente. (En realidad, su breve diálogo se había limitado, como señaló un diplomático, a ofrecerse mutuamente «el privilegio de servir bajo su mando».) Pidiendo en un francés macarrónico que los dos generales demostraran su compromiso por la liberación de Francia, Roosevelt cogió a ambos del brazo y casi los levantó de los asientos. Se pusieron de pie, se estrecharon las manos y se sentaron. Todo fue tan rápido que los fotógrafos pusieron el grito en el cielo, y tuvieron que acceder a repetir la pose y las hieráticas sonrisas. «Éste es un momento histórico», declaró el presidente. Entonces los dos generales se retiraron entre los bananeros dejando a sus subordinados la tarea de transmitir una declaración conjunta de una concisión propia de un haiku: «Nos hemos visto. Hemos hablado». Roosevelt los saludó y luego les lanzó un «¡Bon voyage!».

«Todo aquello dio bastante vergüenza», recordó más tarde el periodista Alan Moorehead. «Fue como el primer ensayo en un teatro de aficionados.» Ahora el presidente quería plantear otro asunto.

«Creo que todos lo hemos pensado y sentido, pero hasta ahora ni el primer ministro ni yo lo hemos puesto por escrito. Se trata de la certeza de que la paz en el

mundo sólo se puede lograr si eliminamos por completo el poderío bélico de Alemania y Japón», manifestó. ¿Tal vez conocían los periodistas británicos la historia de U. S. Grant, quien en Appomattox, en abril de 1865, exigió la rendición incondicional de Robert E. Lee?

Tales términos se amoldaban a la realidad de esta guerra, dijo Roosevelt. «La eliminación total del poderío bélico japonés y alemán significa la rendición incondicional de Japón y Alemania.» Echó una mirada a sus papeles. «No significa la eliminación de las poblaciones de Alemania, Japón e Italia, pero quiere decir la destrucción de las filosofías de dichos países basadas en la conquista y la opresión de otros pueblos.»

Los periodistas estaban autorizados a referirse a la conferencia como la «reunión de la rendición incondicional», añadió. Churchill asintió. «Estoy de acuerdo con el presidente.» Los aliados insistieron en «la rendición incondicional de las fuerzas criminales que han seguido al mundo en la violencia y la destrucción».

Nadie que prestase atención a la expresión del Buda podría haber sabido que la declaración presidencial le había cogido por sorpresa. Después de la guerra, Churchill sugirió que la exigencia de rendición incondicional le había sorprendido, pero eso fue una falsedad de su parte; el asunto había sido planteado por Roosevelt la tarde del 18 de enero, cuando Churchill llegó a proponer una declaración conjunta «en el sentido de que las naciones unidas han resuelto proseguir la guerra hasta el final». Luego había cableografiado a Londres pidiendo el consejo de su gabinete de guerra, que el 21 de enero apoyó de forma unánime la idea y, a diferencia del primer ministro, también se pronunció a favor de extender la exigencia de rendición a Italia. Lo que Churchill no esperaba era que Roosevelt hiciera una declaración tan terminante en ese momento y en aquel lugar.

Por su parte, el presidente manifestó con posterioridad que la noción «se le había ocurrido en ese momento y de repente», una afirmación absurda, porque en sus notas sobre la conferencia de prensa el término «rendición incondicional» aparece en seis ocasiones. Después de estudiar el asunto durante seis meses, Roosevelt se lo había planteado a los jefes militares en la Casa Blanca el 7 de enero; ninguno opuso reparos y, lo que más llama la atención, es que ni Marshall ni ninguno de los jefes pensó en analizar lo que podría significar para la conducción de la guerra. En Anfa, los jefes habían discutido brevemente el asunto y escucharon sin el menor comentario la vehemente advertencia del general Wedemeyer según la cual «la rendición incondicional obligaría incuestionablemente a los alemanes a luchar hasta el último hombre» y «uniría a los alemanes como un solo hombre».

Lo hecho ya estaba hecho y habría muchos debates en los meses y años siguientes sobre las consecuencias de esa declaración tan grandilocuente sin la necesaria reflexión. Está claro que Roosevelt quería evitar la repetición de los errores de 1918; el ambiguo armisticio firmado entonces había permitido más adelante a los nazis

atribuir a la traición política, en lugar de al revés militar, la derrota alemana en la primera guerra mundial. Pero la analogía presidencial con la guerra civil era errónea: Grant había hecho su famosa proclama durante el sitio del Fort Donelson en Tennessee, no tres años después en Virginia. Tampoco la rendición incondicional era característica de las guerras británicas: ninguna de sus quince guerras desde finales del siglo XVI había acabado de esa forma. Tal vez el paralelismo más cercano podría encontrarse en la tercera guerra púnica, cuando Roma exigió a Cartago la rendición incondicional de «todos sus territorios, ciudades y ciudadanos», según ha señalado la historiadora Anne Armstrong. Los cartagineses se negaron, y la guerra finalmente acabó con la devastación completa de la ciudad en 146 a.C.

Lo hecho ciertamente estaba hecho. Los periodistas tenían la noticia. Pronto irían a la aireada sala que habían utilizado los jefes militares. Allí teclearían unas 100.000 palabras en sus máquinas de escribir mientras los censores examinaban cada nueva página antes de pasarla a los operadores de radio del cuerpo de señales para que la transmitiera. Pero primero los dos líderes invitaron a los corresponsales a estrecharles las manos. Con los ojos entornados bajo el ala de su sombrero, Churchill tendió la mano a cada uno de ellos preguntándole: «¿Cuál es su periódico? ¿Cuál es su periódico?». A su lado, Roosevelt inclinaba la cabeza, y se lo veía radiante como un politiquero de comité contando votos. «Mucho gusto», decía. «Mucho gusto.»

Cuando un periodista escocés se dispuso a ir al hotel con un colega norteamericano, levantó el pulgar señalando al presidente y dijo: «Ese señor está en gran sintonía con el mundo, ¿verdad?».

DJEMAA EL-FNA

A primera hora de esa tarde, mientras los periodistas aporreaban los teclados, Roosevelt y Churchill salieron de Anfa en el Daimler color oliva. Durante cuatro horas viajaron hacia el sur por la carretera 9. Sólo se detuvieron para tomar un refrigerio: huevos duros, budín de carne y whisky que llevaban en una cesta de mimbre. Cazas norteamericanos patrullaban las alturas y centinelas de Patton se apostaban cada cien metros a lo largo de 250 kilómetros. Las sombras del atardecer se estiraban hacia las montañas del Atlas cuando la caravana llegó a Marrakech con un revuelo de polvo, maletas y fanfarrones agentes del Servicio Secreto.

Churchill había cautivado al presidente con historias milenarias del «París del Sahara», un punto de reunión de caravanas del desierto, edificios de adobe, encantadores de serpientes «y los mayores y mejor organizados burdeles del continente africano». La severa petición de Marshall para que el presidente «rechace cualquier invitación del primer ministro» a visitar ese antro había sido desestimada. Durante unas horas de solaz, el presidente y el primer ministro, identificados respectivamente como A-1 y A-2, se retirarían lo más lejos posible de la guerra.

El refugio era la finca La Saadia, prestada para la ocasión por una rica viuda

norteamericana. La villa de estuco rojizo (quince dormitorios) estaba decorada con complicadas tallas árabes, baños subterráneos y frescos dorados y azules en los techos. Cinco jardineros atendían el parque y la inmensa piscina verde esmeralda. Al igual que en Anfa, los ingenieros militares habían instalado a toda prisa rampas para la silla de ruedas, teléfonos seguros con codificadores y más transformadores eléctricos. El personal francés fue reemplazado por soldados norteamericanos, que recibieron un curso acelerado de cómo servir la mesa en platos inmensos a otros soldados que hacían el papel del presidente, el primer ministro y sus cortesanos. Todo aquello fue demasiado para el oficial norteamericano que supervisaba la operación; sufrió una crisis nerviosa, y fue encerrado en un dormitorio después de haber sido sedado con una botella de bourbon.

Encima de La Saadia había una torre de observación de seis pisos con una escalera de caracol. Por insistencia de Churchill, dos asistentes hicieron una silla con sus manos y subieron a Roosevelt los 60 escalones hasta un sillón de mimbre en una terraza abierta; lord Moran, el médico del primer ministro, luego recordó «las piernas paralizadas del presidente como los miembros de un muñeco de ventrílocuo». El Atlas se elevaba a 15 kilómetros de distancia; era un espectáculo fascinante de rojos y violetas que se intensificaban a medida que el sol declinaba. «Es el lugar más hermoso del mundo», murmuró Churchill. Ordenó que subieran el abrigo del presidente y se lo puso afectuosamente sobre los hombros.

Permanecieron sentados en un silencio reverencial. Los árabes, montados en sus camellos, traspasaban la puerta de la ciudad llamada Bab Khemis. Los muros rojizos de Marrakech se disolvían en una tonalidad de sangre de buey. Las luces eléctricas titilaban alrededor del gran zoco y de la plaza conocida como Djemaa el-Fna donde otrora esclavos con grilletes provenientes de África central habían sido subastados y donde los sultanes habían organizado ejecuciones para desmoralizar las revueltas. Desde todos los minaretes de Marrakech, los muecines llamaban a la oración mientras el Atlas se oscurecía y se elevaban en el aire de la tarde los aromas mezclados de las madreselvas y los naranjos, que llegaban a la pequeña terraza con el preciso olor de la misericordia.

La oscuridad y el hambre los hicieron bajar. El presidente echó una última mirada a las montañas color índigo antes de pasar las manos alrededor del cuello de sus portadores. Churchill cantaba en voz baja una cancioncilla de su propia cosecha: «Ah, no hay ninguna guerra; ah, no hay ninguna guerra».

En el mundo donde sí *había* una guerra, la reunión de Casablanca contribuiría a marcar su curso hasta que, treinta y dos meses más tarde, Berlín y Tokio estuvieran arrasadas. La principal consecuencia estratégica de las 18 reuniones celebradas por los jefes conjuntos en Anfa fue aplazar un año la invasión a través del Canal, una demora que probablemente salvó a los aliados de la catástrofe. El peso de la acumulación de fuerzas en el norte de África y las decisiones alcanzadas en los debates

de ANTORCHA el verano anterior dieron a la estrategia mediterránea un cierto aire de algo inevitable que Casablanca simplemente confirmó.

Pero aún no estaba nada claro qué pasaría después de Sicilia, pues tanto los británicos como los norteamericanos carecían de una visión panorámica para ganar la guerra. Los jefes norteamericanos preguntaban con tal insistencia qué harían a continuación que los británicos se incomodaban. El peligro inherente de una estrategia mediterránea era que la guerra contra el Eje europeo desembocara en una lucha prolongada contra Italia, el socio menor de Alemania. El «vientre blando» también podía esconder «planchas cromadas de acero», en la frase aciaga de Marshall. Y como el almirante King había observado en Anfa, durante al menos un año, «dependemos en Europa de Rusia». Eso no agradaría a los rusos aún comprometidos en la titánica defensa de Stalingrado. «Stalin no aceptará ninguna otra alternativa salvo que pongamos cincuenta o sesenta divisiones en Francia para la próxima primavera», reconoció Churchill.

Los compromisos de Anfa habían sido engrasados con ambigüedad; los meses siguientes pondrían de manifiesto que algunos de los planes de los mandos militares eran poco sólidos, imposibles de realizar o simplemente habían sido superados por los acontecimientos. Los proyectos de invadir Birmania y atacar la base naval japonesa de Rabaul murieron antes de nacer. La falta de transportes, un viejo problema incomprendido por casi todos salvo un pequeño grupo de cerebros, «bloqueaba todas las operaciones ofensivas», en palabras de Brooke. Para volver a poner en marcha once divisiones francesas, como Roosevelt había prometido alegremente a Giraud, se requería el uso de 325 barcos de carga que los norteamericanos simplemente no podían permitirse.

También se desvaneció la esperanza de alcanzar los objetivos alemanes con una ofensiva de bombardeos anglonorteamericanos. «Anoto que los norteamericanos no han lanzado todavía una sola bomba en suelo alemán», señaló Churchill a principios de enero. Eso fue injusto. No sólo más de 600 aviones habían sido desplazados de la VIII fuerza aérea estadounidense en Gran Bretaña para su uso en Africa, sino que casi todas las tripulaciones y unidades de apoyo habían sido desmanteladas con el mismo fin. El bajo número de bombarderos y cazas estadounidenses que quedaban en suelo inglés atacaban las fábricas de submarinos en Francia, tal como querían los británicos. Pasarían muchos meses antes de que los comandantes aéreos pudieran cumplir la orden del 21 de enero de proceder «a la progresiva destrucción de los centros militares, industriales y económicos de Alemania, y minar la moral del pueblo alemán hasta el punto de debilitar mortalmente su resistencia armada».

También pasarían muchos meses antes de que la exigencia de rendición incondicional pareciera verosímil. Algunos estrategas coincidirían con J. F. C. Fuller en que el término «colgaría del cuello de Estados Unidos y Gran Bretaña como un albatros putrefacto, prolongando innecesariamente la guerra y convirtiendo el final en

una especie de Apocalipsis». No obstante, se lograron ciertas ventajas, y Roosevelt lo sabía. La exigencia inequívoca reflejaba la opinión pública aliada, proporcionaba un designio moral y parecía un corolario natural de la guerra total. Gran Bretaña ahora estaba determinada a destruir Japón incluso si Alemania fracasaba antes. Y lo más importante es que los rusos se preocuparían menos de que sus aliados occidentales firmaran una paz por separado del tipo de la llevada a cabo con Darían. Nunca hubo mayor evidencia de que la declaración alterara el curso militar de la guerra; quizá desanimó la participación en la resistencia alemana antinazi, que siguió siendo sumamente débil. Si se enunciaba sin una sobria reflexión, la declaración podía considerarse «una palabra de aliento y estímulo entre compañeros en un momento crucial de un viaje que aún sería largo y difícil», tal como concluyó el historiador británico Michael Howard.

El sentimiento de camaradería fue uno de los legados más perdurables de Casablanca. Es verdad que los norteamericanos habían sido superados por el generalato británico en la mesa de negociaciones. La astucia y el peso imperial habían dominado casi todos los asuntos. «Fuimos a desgana la cola del cometa inglés», se lamentó Robert Murphy. El recelo que caracterizó la relación entre Roosevelt y Churchill persistió toda la guerra. Los jefes militares se siguieron desdeñando mutuamente. «[Los norteamericanos] son personas encantadoras, pero resulta difícil trabajar con ellos», escribió Brooke en su diario, y «Marshall... llegó aquí sin un solo concepto estratégico concreto.» El resentimiento norteamericano pudo verse en la transcripción mecanografiada de las reuniones hecha por los británicos; antes de que el documento fuera enviado a Washington, alguien había corregido a lápiz la ortografía británica de varias palabras reemplazándola por la americana.

No obstante, la afirmación presidencial de que «habían confraternizado» ocultó las verdaderas relaciones, pero se estaba fraguando algo parecido a una afinidad familiar, pese a las diferencias y envidias propias de los hermanos.

El vicepresidente Wallace había observado que Franklin Roosevelt era un gran remero capaz de mirar en otra dirección y seguir una línea recta mientras remaba en paralelo a otro. El presidente se puso a los remos en compañía de Churchill, pero contempló otros horizontes. Reconoció que el primer ministro era «un colonialista del siglo XIX», tal como señaló el diplomático Averell Harriman, y que «el viejo orden no podía perdurar». La guerra era un punto de inflexión. El poderío estadounidense estaba a la vista de todos, incluso de esos aburridos soldados apostados en el camino a lo largo de los 250 kilómetros hasta Marrakech.

Sí, los norteamericanos habían sido superados en táctica militar; sus carencias quedaron en evidencia para todos, pero mucho más para los propios estrategas estadounidenses. Los británicos no volverían a imponer su voluntad con tanta facilidad. Casablanca, al igual que la campaña africana en su conjunto, marcó la llegada a la mayoría de edad de los norteamericanos, una bisagra sobre la que giraría la historia

mundial en el siguiente medio siglo.

Ese sábado, la cena en La Saadia fue fastuosa, y se sirvió sin un solo fallo por parte de los improvisados camareros militares. El presidente y el primer ministro comenzaron a las ocho con cócteles en el salón. El anfitrión era el jefe diplomático norteamericano en Marrakech, Kenneth Pendar, quien como miembro de los Doce Apóstoles había sido arrestado brevemente con Murphy en Argel durante las primeras horas de ANTORCHA. Apoltronado en un sofá y extendiendo una mano, Roosevelt le hizo una broma a Pendar: «Soy el pacha; puede besarme la mano». En la mesa, el *filet mignon* y la langosta fueron seguidos por la escultura de una torre mora de 90 cm. de alto de turrón; en su interior el resplandor de una vela le daba un efecto teatral; en los bordes del plato había hilados de caramelo que aproximaban las distantes montañas.

Se hicieron numerosos brindis —al rey, al país, al presidente, a la rendición incondicional— y se entonaron muchas canciones. A medianoche, Roosevelt y Churchill se retiraron a una habitación contigua para redactar sus comunicados a Stalin y Chiang Kaishek, el generalísimo que encabezaba la resistencia china contra los japoneses. Cuando los despachos estuvieron listos, a las 3.30, contenían un «contagioso» optimismo, según señaló Pendar.

«El primer ministro parecía vivir más el momento y se mostraba más extrovertido», añadió. «Por otro lado, el presidente miraba al vacío mientras trabajaba. Esa noche tenía un aspecto que no era precisamente triste sino de alguien que comprende la tristeza.»

Cuatro horas más tarde, Roosevelt fue transportado por la escalinata principal de La Saadia e introducido en el Daimler para efectuar el corto trayecto al aeropuerto. Era hora de marcharse. Churchill pensaba quedarse en Marrakech dos días más, pero insistió en acompañar al presidente hasta el avión. «Me encantan estos americanos», comentó al médico Moran. «Se comportan tan generosamente.» Ahora el primer ministro apareció con cara de sueño: llevaba unas zapatillas de seda con su monograma, una bata acolchada adornada con dragones rojos y una gorra de mariscal de la RAF que ocultaba en parte sus cabellos revueltos. Apuntando con el puro a los periodistas sobre la pista, gruñó: «Simplemente no pueden hacerme esto a mí».

Tras la despedida, Roosevelt se arrellanó en el asiento dispuesto al largo viaje de regreso. Garrapateó una nota de agradecimientos para Pendar que se enviaría desde la Casa Blanca: «Marrakech parece distante de guerras y de rumores de guerra». Las tropas norteamericanas acordonaban el aeropuerto. Una tenue niebla matinal cubría la pista. Al sureste, las montañas resplandecían como tronos de ángeles en el sol naciente. Churchill volvió a su coche. «No me digáis cuando despegue. Me pone demasiado nervioso», dijo. El primer ministro cogió a Pendar por un brazo. «Si algo le pasa a ese hombre, no podría resistirlo. Es un amigo de verdad. Tiene la mejor visión. Es el hombre más grande que he conocido.»

8. Una guerra de cabos sueltos

«LAS CABRAS SE DISPUSIERON A ATRAER AL LEÓN»

Los almendros florecieron temprano en la región central de Tunicia, perfumando el aire de enero con flores blancas que pronto cayeron al suelo como arrojadas en una boda. Los árabes, al trote en sus asnos, portaban haces de leña o alforjas llenas de cebolletas. Mujeres veladas miraban a través de las rejas de hierro a los soldados que se apresuraban en el camino. La guerra y los rumores de guerra recorrían el Dorsal oriental, pero se veía una intensa actividad, como si los tramoyistas preparasen un proscenio en el que habría grandes batallas una vez que se levantara el telón. Los hombres morían en tiroteos, campos de minas y accidentes de avión; en el improvisado cementerio estadounidense de Maktar, las cruces de las tumbas fueron hechas con tablillas de los cajones de aprovisionamiento después de que se acabaran las cruces compradas en un monasterio local. Las muertes seguían siendo contadas como para que los caídos fueran únicos e incluso extravagantes, como el oficial norteamericano muerto por un francotirador en su jeep fuera del valle de Ousseltia. Cuando el vehículo era remolcado a las líneas aliadas, los frenos se atascaron, el vehículo se incendió y los soldados en kilómetros a la redonda del frente pudieron ver lo que parecía un cadáver montado en un cometa a través de la planicie tunecina.



Como primera línea de defensa, extendiendo la línea de batalla aliada al sur del río Medjerda, los anglonorteamericanos habían emplazado en el Dorsal oriental a los franceses. Los 35.000 soldados del general Juin formaban una enclenque línea de piquetes a lo largo de 320 kilómetros hasta el oasis sahariano de Tozeur. Las relaciones entre franceses y británicos eran más tensas que entre británicos y

norteamericanos. «Los oficiales británicos son lo que son», escribió Juin a Giraud. «Lo que a menudo pensamos que en ellos es estupidez u obstrucción sólo es fruto de una lentitud o ausencia de imaginación.» Un coronel británico describió a un colega francés en Tunicia como «un soldado de ópera cómica en el escenario, 45 años de servicio en la Legión Extranjera, recubierto de medallas atadas a su capa con lazos de algodón... Nos llevamos como dos gallos de pelea».

Los franceses casi no disponían de armas antitanques, pero los planificadores aliados consideraron que gran parte del Dorsal oriental era demasiado montañoso para los blindados alemanes. Además, a los franceses les faltaba prácticamente de todo: municiones, artillería, uniformes, botas. Los caballos arrastraban los camiones; los hombres empujaban vagones. Los artilleros usaban banderas de señales para comunicarse entre las baterías, tal como habían hecho sus ancestros en las legiones napoleónicas. Reinaba el pesimismo; algunos soldados franceses pedían cascos estadounidenses para engañar a los alemanes. Querían que pensasen que se enfrentaban a unidades estadounidenses mejor armadas. Dispersas en las solitarias colinas, las unidades francesas, escribió A. J. Liebling, estaban «bastante desanimadas» porque «todo parece ser cuestión de salir corriendo o ser barridos».

«La semana pasada ha sido una sucesión de decepciones», escribió Eisenhower en su diario tras el regreso a Argel desde Casablanca. «Pongo por escrito algunas para poder borrarlas de la memoria.» El abandono de SATÉN era una; la otra, «las señales de abatimiento completo» de los franceses.

Omitió los demás disgustos. Los elogios que le habían dedicado Roosevelt y Churchill en Casablanca no habían sido demasiado efusivos, y él se sentía poco apreciado. «Su trabajo y su liderazgo se dan por descontado», escribió Butcher el 17 de enero. La «falta de palabras de agradecimiento del presidente y del primer ministro mostró que los dos prestaban atención a los avatares políticos». Harry Hopkins le dijo a Butcher en Casablanca que la toma de Túnez probaría que Eisenhower «es uno de los mejores generales del mundo», pero sin esa victoria su futuro era incierto. «Así es la vida de los generales», recapacitó Butcher. Algunos periodistas británicos habían empezado a especular si el comandante en jefe sería cesado en sus funciones y los editorialistas en casa habían comenzado a expresar su impaciencia. «El lodo es una justificación ridícula para el fracaso de las tropas aliadas, que ya tendrían que haber ganado por K.O.», opinó un diario de Oklahoma. En una nota a un compañero de curso de West Point, Eisenhower escribió: «No vale la pena negar que a veces el desaliento se añade al desaliento».

La abrupta desaparición de SATÉN hizo que los estrategas tuvieran que volver a empezar de cero. No habría ofensiva hacia el mar al menos hasta que el VIII ejército de Montgomery estuviera en Tunicia para prestar su apoyo. En cambio, el II cuerpo de Fredendall llevaría a cabo ataques diversos y mantendría al enemigo sobre ascuas hasta que la mejora del tiempo permitiera una ofensiva coordinada. «Debemos

mantener un frente agresivo y vigoroso», escribió Eisenhower a Marshall, «y tratar de pisar los talones a las fuerzas del Eje.»

El 18 de enero, en la reunión de jefes celebrada en el orfanato de Constantina, el comandante en jefe explicó esta nueva estrategia y la caracterizó como «agresivamente defensiva». Juin escuchó con atención y luego advirtió: «Los alemanes no van a quedarse quietos». Eisenhower replicó con la exasperación de un hombre que ha tenido una mala semana: «No quiero nada inactivo en este maldito frente en los próximos dos meses».

Los alemanes le complacieron ese mismo día. Las tropas del Eje ya ocupaban los pasos de montaña en el norte, incluidas las entradas de Jefna y Longstop que daban a Bizerta y Túnez. Ahora se dispusieron a conquistar los cuatro collados del Dorsal oriental en el sur y el centro de Tunicia. El control de esos pasos ampliaría la cabeza de puente alemana y salvaguardaría el corredor costero entre el V ejército Panzer de Arnim y las tropas de Rommel que avanzaban sobre Tunicia desde Libia. También garantizaría el suministro de agua (un pantano a 60 kilómetros al sureste de Medjez-el-Bab) y mantendría la iniciativa en el campo alemán. (El 11 de enero Eisenhower había planteado a su equipo la posibilidad de cortar el agua potable en la capital; le dijeron que debido a las fuertes lluvias y a las múltiples fuentes «no se puede hacer nada contra el suministro de agua en Túnez».) El mariscal de campo Kesselring no había abandonado su idea de hacer retroceder a los anglonorteamericanos hasta Constantina y Bône, pero primero debía tomar firme posesión del Dorsal oriental.

La tarde del 18 de enero, tras un amago de ataque con 50 Panzers contra las líneas británicas del norte, los tanques Tiger y 5.000 soldados de infantería embistieron a los franceses alrededor del pantano. El enemigo se lanzó como un enjambre de avispas por el valle de Ousseltia, que controlaba el importante paso a la ciudad sagrada de Kairuán. El reportero A. D. Divine describió a los franceses «retirándose de cima en cima, luchando como cabras en una zona de rocas y cuevas de pizarra». En un día habían cortado la retirada en las montañas al equivalente de siete batallones de infantería. Juin informó que la situación no era «esperanzadora».

El general Anderson ordenó que una brigada británica de infantería contraatacara desde el norte; luego pidió a Fredendall que despachara los comandos de Robinett de la 1.ª división blindada para bloquear el avance del Eje en el sur. A las 17.15 del 19 de enero, desde su cubil en «Speedy Valley», Fredendall telefoneó a Robinett dándole una orden tan circunspecta que pareció delfica.

Lleve su comando, es decir, los chicos de a pie y las pistolas de juguete, el equipo de Baker que es lo contrario del equipo de Baker y a los grandullones hasta «M», que está al norte de donde usted ahora está, lo más pronto posible. Que su jefe dé parte al caballero francés cuyo nombre empieza con «J» en un sitio que empieza con «D», que está a cinco cuadrículas a la izquierda de «M».

Robinett comentó después que traducir este mensaje tan ahíto de misterio y confusión le debió de llevar probablemente «tanto tiempo como el dedicado por el comandante alemán en descifrarlo». Tras haber adivinado finalmente los deseos del jefe del cuerpo, 3.400 hombres y tres docenas de tanques CCB marcharon los 80 kilómetros hasta Maktar mientras Robinett daba parte a Juin en Djerissa. La mañana del 21 de enero, los tanques estadounidenses bajaron por un peligroso camino en espiral hacia el valle de Ousseltia, que parecía «un lago de neblina matinal, hermoso, casi etéreo», informó Divine.

Siguieron tres días de combates intermitentes en los que ningún bando demostró ser lo bastante fuerte como para conseguir una ventaja decisiva. Cinco batallones del Big Red One de Terry Alien se unieron a Robinett, quien teóricamente estaba bajo mando francés, pero continuaba recibiendo órdenes contradictorias de Fredendall, entre ellas un mensaje para el que fueron necesarias nueve horas de descodificación. «Un excelente ejemplo de falta de coordinación en el alto mando», concluyó un análisis del CCB, aunque al rebelde Robinett no le disgustaba del todo una confusión entre sus superiores que aumentara su autonomía.

El 24 de enero, el campo de batalla se había estabilizado con las líneas alemanas de cinco a doce kilómetros al oeste de donde habían estado hacía una semana. Las bajas norteamericanas superaban las 200. El júbilo se desató en «Speedy Valley» con la noticia de que más de 400 alemanes habían sido capturados, pero la algazara bajó de tono cuando un segundo despacho redujo la cifra a menos de cuarenta.

Las bajas francesas eran catastróficas; sólo los hechos prisioneros eran 3.500 y algunos batallones se habían reducido a 200 hombres. «No se puede contar con los franceses para mucho más», informó Truscott.

Hasta Giraud reconoció la simpleza de su negativa a integrar las unidades francesas en la estructura de mando aliada. El 24 de enero, con concurrencia francesa, Eisenhower dio a Anderson el mando de todo el frente tunecino, incluyendo las unidades francesas y norteamericanas. Los 32.000 hombres del II cuerpo de Fredendall se unirían a los 67.000 soldados británicos y norteamericanos en el I ejército en vez de informar directamente a Eisenhower a través de Truscott.

Hasta que cesaran las lluvias en el norte y se pudiera reanudar el avance hacia Túnez, el II cuerpo debía actuar «a la defensiva» protegiendo el flanco derecho de los aliados. Eisenhower había decretado el 18 de enero, y repitió la orden el 26 de enero y el 1 de febrero, que la 1.ª División acorazada tenía que permanecer concentrada, como una «reserva móvil» capaz de contrarrestar cualquier ataque del Eje en el sur de Tunicia.

No acababa de dar estas órdenes cuando las desautorizó, consintiendo el despliegue de los comandos para reforzar el valle de Ousseltia y animando a Fredendall a «sangrar» al resto de los Oíd Ironsides con una serie de ataques. En vez de estar «fuertemente concentrada», tal como había dicho Eisenhower, la división

pronto estaría dispersa por todo el sur de Tunicia.

Al igual que durante la planificación inicial de SATÉN, Eisenhower había formulado directrices ambiguas, sin asegurarse de que las órdenes eran cumplidas. Una vez más le distraían asuntos mayores y menores: había empezado la planificación de la invasión de Sicilia; Patton fue el elegido para mandar las fuerzas estadounidenses; Churchill y su equipo pensaban visitar Argelia a principios de febrero, pese a la supuesta existencia de un plan para asesinar al «hombre del gran puro»; una obra de variedades producida por Irving Berlín haría una gira por el norte de África con 300 soldados; algunos oficiales norteamericanos estaban bebiendo en exceso. Eisenhower le escribió a Beetle Smith el 26 de enero: «Los barracones de nuestros soldados no están tan limpios y ordenados como debieran».

Algunos de estos asuntos requerían la atención del comandante supremo, pero comprometían la eficacia de Eisenhower como general de campaña. Una vez más, consideró la posibilidad de trasladarse a Constantina para asumir el mando directo del frente, pero una vez más decidió que la presión de los asuntos de Argel le impedía hacerlo. En cambio, siguió mirando desde lejos y proclamando edictos quejumbrosos pidiendo «que cada hombre hiciera todo lo posible».

«Por más que prediquemos la simplicidad en el ejército», escribió a un amigo en Washington a finales de enero, «a veces pienso que es una de las cosas que más incumplo en mi propio ideario.»

Orlando Ward, que mandaba ostensiblemente la 1.ª división acorazada, presencié esta nueva división de los Oíd Ironsides con un profundo disgusto. Las órdenes dadas a Robinett para que contraatacara en Ousseltia habían prescindido por completo de Ward. Poco podía hacer salvo preparar planes que el comandante del cuerpo parecía determinado a ignorar. «Fredendall y su equipo siguen mandando esta división al detalle; hasta organizan secciones», escribió Ward en su diario.

Ward propuso reconquistar otro paso clave del Dorsal oriental con un fuerte ataque contra Maknassy, a casi 150 kilómetros al sur de la batalla de Ousseltia y a 80 kilómetros al este de Gafsa por el camino y las vías férreas a Sfax. El 23 de enero, Fredendall convocó a Ward en «Speedy Valley», donde el estrépito de las perforadoras neumáticas para el proyecto de túnel retumbaba en las gélidas colinas. De hecho, a Fredendall le gustó la propuesta de Maknassy, que pondría a las tropas norteamericanas a gran distancia de la línea de Rommel en retirada por la costa tunecina, y dio la fecha del 30 de enero para el ataque, pero antes quería lanzar un asalto contra la estación Sened, una miserable parada de trenes en una hondonada poco profunda a medio camino entre Gafsa y Maknassy.

Ward se intranquilizó. Esa incursión «levantaría la liebre» y alertaría a los alemanes sobre los designios estadounidenses en Maknassy, advirtió. Fredendall ignoró la objeción con un gesto de impaciencia y ordenó a Ward que al día siguiente les diera «una patada en el culo a los italianos de la estación Sened». Ward saludó,

murmuró «así se hará» y dejó «Speedy Valley» para retornar a su cuartel general a ocho kilómetros al sureste.

A las cuatro de la madrugada del 24 de enero, una fuerza de asalto de 2.000 soldados norteamericanos partió de Gafsa. Recorrieron 45 kilómetros hasta la estación Sened. Poco antes del mediodía, la artillería abrió fuego sobre la aldea. A las tres horas, el poblado había caído, cien italianos yacían muertos o heridos y otro centenar de perplejos soldados habían sido hechos prisioneros. Los asaltantes volvieron a Gafsa a tiempo para cenar. Fueron heridos dos norteamericanos.

Fredendall estaba exultante. A las 15.30 llamó a Truscott en Constantina. «¿Se acuerda de la fuerza que envié hacia Maknassy en busca de pelea? Se olieron algo y lo encontraron. Tan pronto como tenga los detalles, se los haré saber. Pensé que le gustaría recibir alguna buena noticia de este lado.» A las 21.30, Fredendall volvió a llamar y se jactó de que uno de los prisioneros era un brigadier italiano, que luego resultó ser un mero teniente. «¡Supérello si puedes!», exclamó el comandante del cuerpo.

En el puesto de mando de Ward había poco que celebrar. Se habían hecho unos pocos prisioneros, pero ahora los alemanes conocían la posición de los norteamericanos en Maknassy. Además, la 1.ª división acorazada estaba dividida en tres secciones y dispersa a lo largo de 150 kilómetros; el Big Red One de Alien cubría un arco aún más extenso. Las unidades aliadas estaban tan fragmentadas que Jack Thompson, un periodista del *Chicago Tribune*, había empezado a denominar la campaña tunecina como «una guerra de cabos sueltos».

«Todos los jefes están absolutamente disgustados con el alto mando por ineficaz e indiscreto», anotó Ward en su diario el 28 de febrero. «Yo estoy de acuerdo, pero no puedo hablar de ese modo. Debemos aguantarnos y ocultar nuestros celos sean los que sean.»

Como apostilla escribió: «Harto, pero con la conciencia muy tranquila».

El general Von Arnim advirtió la polvareda levantada en el lejano sur y de inmediato ordenó reforzar el paso de Maknassy y la desdichada guarnición de Sened. Pero le preocupaba más el paso de montaña a 50 kilómetros al norte de Maknassy. Cortado por la carretera 13 en la intersección de Kasserine al oeste de Sfax, en la costa este, el paso de Faid era un estrecho desfiladero entre rocas rorcuales blancas y chimeneas de pizarra roja que adoptaban formas fantásticas. Los estrategas franceses consideraban Faid vital para el control de la zona central de Tunicia, del mismo modo que Medjez-el-Bab era vital en el norte. Arnim lo llamaba «mi pesadilla»: de apenas 500 metros de profundidad y 800 de ancho, el paso daba a la vasta y llana planicie costera al este y a la extensa y árida meseta tunecina al oeste. El ubicuo coronel Raff lo había conquistado a 200 defensores del Eje a comienzos de diciembre; ahora lo defendían más de 1.000 soldados franceses; era el último paso importante todavía en manos aliadas.

Eso iba a cambiar. La 21.ª división Panzer se había rearmado después de llegar a

Tunicia desde El Alamein con la retirada del ejército de Rommel. El 30 de enero, tres grupos de asalto de la división arremetieron contra el paso de Faid en un ataque sobre tres flancos tan preciso como una horca. Un puesto francés de avanzadilla informó haber sido engañados por alemanes con uniformes estadounidenses que gritaban: «No disparéis. Somos norteamericanos». El fuego devastador de 30 Panzers hizo retroceder a los franceses metro a metro y cuerpo a cuerpo hasta que a última hora de la tarde los valientes defensores fueron rodeados.

En la clamorosa sombra perpetua de «Speedy Valley», unos oficiales franceses con lágrimas en los ojos rogaron a los norteamericanos que los ayudasen. Los dos batallones sitiados en Faid sólo podían resistir unas pocas horas más. Los norteamericanos debían contraatacar de inmediato y con fuerza. «Es el lugar más importante de la línea», dijo un oficial francés. «Debe mantenerse.»

Fredendall se mostró reacio a abandonar su plan de atacar Maknassy, que debía empezar en pocas horas con un contingente de 2.000 soldados. Creía que su ataque atraería a las tropas del Eje, que abandonarían Faid. Pero los ruegos franceses y una vaga directriz a media mañana de Anderson de «restablecer» la situación en Faid le hicieron cambiar de opinión.

Una acción inmediata y decisiva podría haber salvado el paso de Faid y alterado el siniestro curso de la campaña tunecina en las semanas siguientes. En cambio, Fredendall ordenó una serie de pasos titubeantes que convertirían un serio apuro en un desastre total. A las 9.30 ordenó que el comando de combate A (CCA) de la 1.ª división acorazada contraatacara el paso de Faid, pero sin debilitar las defensas en torno a la ciudad de Sbeitla en el camino a Kasserine. Parte del CCA partió al este por la carretera 13, pero a una velocidad mínima y frenada aún más por los ataques aéreos, primero de los Stukas, y luego de los confundidos cazas estadounidenses. A las 14.30, el brigadier Raymond E. McQuillin decidió vivaquear por la noche y aplazó el ataque hasta la mañana siguiente.

El sobrenombre de McQuillin era Viejo Mac, y le iba como anillo al dedo. Nacido en 1887, era un hombre apacible y de ideas desfasadas, tenía el pelo cano y adoptaba la postura erguida de un largo rifle de Kentucky. Un solterón perteneciente a la fuerza de caballería, en su larga carrera McQuillin había servido como asistente en la Casa Blanca en los años veinte y posteriormente había dirigido la Escuela Buzzer del cuerpos de señales. «Como hombre era maravilloso y afectuoso, pero como comandante era la versión del siglo XX de George Armstrong Custer, en muchos aspectos un zopenco», dijo de él un oficial de la 1.ª acorazada.

Tras haberle concedido al enemigo doce horas para aniquilar a los franceses supervivientes, el Viejo Mac pasó la noche estudiando los mapas y bramando por las radios en el atestado vehículo que le servía de centro de mando. Llegó Truscott de Constantina como el hombre de Eisenhower sobre el terreno, y también Ward, un espectador del combate de su propia división. Ninguno de los visitantes se percató de

los problemas, aunque no faltaban los sobresaltos: la demora de McQuillin; el enfado francés ante la lentitud estadounidense y las discusiones entre McQuillin y el oficial de infantería asignado al contraataque, el coronel Alexander N. Stark. Stark, jefe del 26.º de infantería del Big Red One de Alien, era conocido como el Viejo Stark por razones no más halagüeñas que las del Viejo Mac. Había sido condecorado con la Cruz de Servicios Distinguidos en la primera guerra mundial, pero era un bebedor empedernido; sus oficiales revisaban regularmente el jeep en busca de botellas escondidas. «Destrozaba los nervios», recordó más tarde su jefe de operaciones. «Yo pensaba, "Este hombre tiene que estar sobrio"... No tendrían que haberle dado esa responsabilidad.»

El ataque estadounidense empezó a las siete del domingo 31 de enero, lo bastante tarde como para que el sol que acababa de sobrepasar el Dorsal oriental deslumbrara a los soldados atacantes. Un oficial de inteligencia advirtió a McQuillin que los alemanes habían emplazado cañones antiaéreos de 88 mm como armas antitanques en las entradas occidentales del paso de Faid, pero el Viejo Mac «objetó con vehemencia la validez de esa información», registró un oficial del 26.º de infantería.

Truscott y Ward se desplazaron 800 metros al norte para escalar el Djebel Lessouda. Esa colina, de kilómetro y medio de largo y 600 metros de altura, se elevaba en la planicie del desierto como una ballena en una playa. Perales espinosos plantados para forraje de los animales cubrían las primeras lomas en ordenadas hileras. Con la respiración entrecortada, los dos generales subieron una pendiente de pizarra que brillaba con las hojuelas de la mica. El canto de los gallos y el ladrido insistente de un perro llegaban de la miserable aldea de Poste de Lessouda, donde el puesto de mando de McQuillin ocupaba una franja de cactus en la carretera 13.

En el panorama desde el flanco este del Lessouda, tanto Truscott como Ward observaron similitudes con la topografía de las altas planicies americanas. Aquí en Tunicia, señaló el reportero Philip Jordan, «no se sabe dónde acaban los cultivos y dónde empieza el desierto». A once kilómetros al sur, se extendían los cedros glaucos y las blancas casas de estuco de Sidi Bou Zid, otrora importante mercado de camellos y ahora un poblado somnoliento de 500 árabes y unos pocos granjeros franceses. A diez kilómetros al este, el Dorsal oriental se elevaba como las olas de mar. Desde Poste de Lessouda la pista era tensa como la cuerda de un arco hasta la hendidura que marcaba el paso de Faid.

Mirando al este con los prismáticos de campaña y en la neblina matinal, Truscott y Ward vieron una docena de tanques Sherman y un batallón de infantería de Stark que circulaban por la carretera 13 en dirección al paso; más al sur y saliendo de Sidi Bou Zid, un batallón del 6.º de infantería acorazada de Ward avanzaba por campos irrigados cortados por estrechos barrancos o wadis. Una batería abrió fuego justo debajo del Djebel Lessouda. Momentos después se vieron bocanadas de humo blanco en las proximidades de Faid.

La fuerza estadounidense parecía insignificante en la vastedad de la llanura tunecina, y la insignificancia contra los alemanes en el desierto normalmente soba ser fatal. El enemigo, con tiempo de sobra para atrincherarse, había fortificado el paso con nidos de ametralladoras, morteros y los cañones de 88 mm cuya existencia había negado McQuillin. El teniente coronel Gerald C. Kelleher, al mando del 1.er batallón del 26.º de infantería, llevó a sus 700 hombres hasta un kilómetro del paso; entonces giró a la izquierda para flanquear el paso por el norte. Los alemanes abrieron fuego desde las colinas. El batallón escaló una cresta, y luego una segunda, antes de ser detenido durante el resto del día por un muro impenetrable de fuego alemán proveniente de la tercera cresta. Al anochecer, Kelleher ordenó que sus hombres volvieran al llano. Los artilleros norteamericanos encontraron al comandante del batallón exhausto en el desierto, y lo reanimaron con una cena a base de tostadas francesas y sirope, las provisiones previstas para una emergencia semejante.

Para la compañía H del 1.er regimiento acorazado de Ward, el día fue más corto pero peor. En este, su primer combate, los tanquistas recibieron orden de realizar un asalto frontal contra el paso con 17 tanques Sherman y unos pocos destructores de tanques! Hostigados por los Messerschmitts que sobrevolaban el desfiladero, los tanques irrumpieron en el paso, disparando en la neblina matinal contra bocas de cañón reales o imaginarias.

Entonces, se abrió la trampa. Al unísono, los artilleros antitanques alemanes abrieron fuego desde tres flancos. «La velocidad de los proyectiles era tal que la succión creada por el paso de los cartuchos levantaba el polvo y la arena del desierto y formaba un muro que seguía la trayectoria de cada disparo», recordó más tarde el teniente Laurence Robertson. Los proyectiles traspasaban la formación norteamericana, dejando una estela del polvo verdoso brillante de las trazadoras de magnesio que ardían en los cartuchos alemanes. Al cabo de diez minutos, más de la mitad de los tanques estadounidenses estaban incendiados; las llamas salían de las escotillas y los tubos de escape, y cada tanque siniestrado echaba la espuma de sus doce kilos de retardante químico al fuego.

Los tanques indemnes retrocedieron a la máxima velocidad que les permitía la marcha atrás; hacían eses para mantener el grueso frente blindado ante los cañones alemanes. Tanquistas sin tanques saltaban por el lodo perseguidos por enjambres de trazadoras verdes. En retirada, los artilleros detonaban bombas termita en los bloques del motor a la vista de sus desalentados compañeros que miraban la escena desde el Djebel Lessouda. Los supervivientes llegaron arrastrándose a Sidi Bou Zid, donde las tropas francesas compartieron con ellos una cena de dátiles y grueso pan negro rebanado con una bayoneta.

El fracasado contraataque había costado nueve tanques, 100 bajas y la confianza mutua que había existido entre los blindados y la infantería. La enemistad entre McQuillin y Stark se reflejaba hasta en los rangos más bajos; cada unidad pensaba que

la otra le había dejado en la estacada. El asalto paralelo más al sur también había fracasado a causa del ataque de los Stukas y el intenso fuego de los Panzers. McQuillin se tragó su desaliento y planeó otro ataque para el 1 de febrero a las 13 horas, cuando el sol estuviera en un ángulo menos hostil. «McQuillin, ponga toda la carne en el asador y cumpla su misión», decía un mensaje de Ward de las 21.15 del domingo. «Cuento con usted.»

Inútil. Dos batallones de infantería saltaron la cresta de una colina a cinco kilómetros al sur del paso a primera hora de la tarde del lunes, pero los artilleros alemanes «mantuvieron un fuego intenso hasta que nosotros estuvimos prácticamente a un paso del objetivo», escribió un oficial. «Los hombres fueron arrollados por el enemigo cuando ya se retiraban.» Un comandante le espetó a McQuillin: «Demasiados tanques y demasiada artillería... La infantería no puede avanzar sin graves pérdidas». Quince Panzers salieron del paso y dispararon a la infantería sobre el flanco izquierdo hasta que contraatacaron los Shermans estadounidenses. «Nos dieron como si nos hubieran arrastrado por un campo arado», escribió un sargento. El mensaje de McQuillin a Ward fue igualmente claro: «Misión fracasada».

El paso de Faid estaba perdido, y con él, el Dorsal oriental. Había más de 900 defensores franceses muertos o desaparecidos. Sólo la 1.ª acorazada sufrió 200 bajas. Se produjo un rosario de recriminaciones. McQuillin acusó amargamente a Stark de ineptitud, aunque su propio liderazgo dejaba mucho que desear. El general Giraud envió un cáustico mensaje a Fredendall protestando contra la carnicería de las tropas francesas. El comandante del II cuerpo eludió una propuesta para otro asalto diciéndole a Anderson: «Reconquistarlo sería muy costoso, pero yo puedo contener el paso». Anderson se mostró de acuerdo.

El único solaz para los aliados aquel lunes por la tarde fue la herida mortal del general Wolfgang Fischer, cuyo mando de la 10.ª división Panzer había contribuido a la victoria alemana en Tébourba y Longstop en diciembre. Yendo por un campo de minas mal señalado al oeste de Kairuán, el coche de Fischer hizo detonar una mina italiana llamada «huevo del diablo» que le amputó las dos piernas y el brazo izquierdo. Pidió un cuaderno, y aún logró escribir página y media a su esposa. Las últimas palabras fueron: «Esto acabará pronto».

«ESTO NO NOS PUEDE PASAR A NOSOTROS»

Fredendall mantuvo su atención fija en el sur y tenía la idea de que un triunfo en Maknassy compensaría la debacle sufrida en Faid. Sentado en su silla de lona al lado de la estufa en «Speedy Valley», les dijo a los periodistas que tenía la intención de seguir adelante «hasta Maknassy, al menos, y poner las cosas en su sitio».

En vez de concentrar los dos comandos de combate de la 1.ª acorazada como quería Eisenhower, Fredendall fragmentó aún más la división. El recién pergeñado comando de combate C (CCC) había llevado a cabo hacía una semana el glorioso

ataque contra la estación de Sened y ahora el nuevo comando de combate D (CCD) fue creado para tomar Maknassy. El 30 de enero a las 13 horas, a medida que se armaba el ataque alemán en el paso de Faid, Fredendall había ordenado telefónicamente, una vez más sin el conocimiento de Ward, que el CCC marchara al noreste desde Gafsa en dirección a Sidi Bou Zid con el fin de ayudar a McQuillin atacando al enemigo por el flanco. Dos mil hombres marcharon toda la noche hasta unos 20 kilómetros del paso de Faid, pero a las 4 horas del 31 de enero, Fredendall dio una contraorden. Convencido de que el contraataque de McQuillin en Faid era un éxito (a 150 kilómetros del campo de batalla se suelen tener esas falsas ilusiones), el comandante del cuerpo ordenó que el CCC «girase al sur y se sumara a un esfuerzo coordinado... en Maknassy».

El CCC se desvió 15 kilómetros al sur y para la media tarde del 1 de febrero estaba desplegado a 20 kilómetros al norte de Maknassy. Se produjo otra serie de órdenes contradictorias que acabaron con una directriz de marchar al norte una vez más, esta vez hacia Sbeitla y el camino a Kasserine. Resulta difícil imaginar una mayor confusión.

Eso dejaba Maknassy al CCD, ahora reforzado con las primeras unidades en Tunicia de la 34.ª división de infantería y específicamente los muchachos de Iowa del 168.º regimiento de infantería. El plan formulado por el coronel Robert V. Maraist, el jefe de artillería de Ward, ahora nombrado comandante del CCD, era claro y contundente: artillería, tanques e infantería caerían otra vez sobre la estación de Sened con un ataque similar al del 24 de enero, y luego cubrirían los 30 kilómetros hasta Maknassy.

La infantería del 1.º batallón del 168.º regimiento se subió a los camiones a última hora de la mañana del domingo 31 de enero para el viaje de Gafsa a la estación Sened. Como acababan de llegar de Argelia, muchos todavía portaban las abultadas mochilas de los barracones. Cientos de cigarrillos encendidos brillaban en los camiones. La estación de Sened había sido un paseo la semana anterior, se decían los hombres entre ellos; se decía también que el poblado estaba defendido sólo por italianos y austríacos. Un oficial de ingenieros describió un ambiente «de picnic dominguero la mañana que partimos».

Entonces llegaron los Stukas. Ocho de ellos cubrieron el sol en la primera oleada seguidos de otro cuyas sirenas zumbaban mientras las bombas caían entre los camiones que circulaban en fila. «A lo largo de la carretera yacían hombres, algunos terriblemente heridos, algunos muertos, otros tan horrorizados que habían perdido todo control», escribió un testigo. «Enviamos mensajes pidiendo médicos, ambulancias y camilleros [e] hicimos lo que pudimos por los hombres que se desangraban.» Cincuenta soldados habían resultado muertos o heridos, la peor pérdida causada por los Stukas en toda la campaña tunecina. Otro oficial escribió:

Fue lo más horrible que jamás había visto, no los cuerpos y los miembros de los cuerpos junto a los vehículos humeantes, algunos sentados, otros destrozados,

algunos azules por las quemaduras de la pólvora; fue la expresión en los rostros de quienes caminaban entre los restos, sin saber adonde ir ni qué hacer, diciendo: «Esto no nos puede pasar a nosotros».

Los sargentos hicieron volver a las tropas a los camiones que todavía funcionaban, pero pronto volvieron los aviones, esta vez con Messerschmitts que acribillaron el camino con fuego de ametralladora. Los hombres aterrorizados se dispersaron en el desierto. «Los cadáveres mutilados y retorcidos, algunos todavía ardiendo, hicieron que los hombres extremaran las precauciones», escribió el teniente Lauren E. McBride. Otra vez, los hombres subieron a los camiones, pero se arrojaban a tierra cada vez que se acercaban aviones enemigos; por último, abandonaron los camiones y marcharon a trancas y barrancas hacia la estación de Sened en dos columnas paralelas de unos 500 metros a cada lado de la carretera 14. Al atardecer llegaron a un olivar a unos cinco kilómetros del poblado, ¡demasiado tarde para atacar a la hora prevista! El batallón vivaqueó para pasar la noche. «Dios mío», reflexionó el oficial de ingenieros, «en qué se ha convertido este picnic dominguero».

En los últimos seis meses de 1942, tres coroneles habían tenido el mando del 168.º de infantería y un cuarto se hizo cargo en enero. Thomas D. Drake, criado en un pueblo de la cuenca carbonífera de Virginia Occidental, se había alistado a los 16 años; condecorado con la Cruz de Servicio Distinguido y dos estrellas plateadas en la primera guerra mundial, había servido como sargento mayor en la guardia de honor de Pershing. Tras dejar el ejército para cursar estudios, Drake se reincorporó como oficial en 1923. Ahora tenía 42 años, era un hombre de baja estatura, valiente y cascarrabias que gritaba sin cesar «Allez» a los vendedores de dátiles tunecinos que flanqueaban el camino. Hacía dos semanas había establecido unas normas para el regimiento por las que se prohibía a los oficiales engullir de mala forma la comida. «Tampoco la etiqueta de la buena mesa tolera poner los codos sobre la mesa o comer en posición reclinada», añadió. Los hombres, entre ellos, lo llamaban Quack-Quack.

Mientras el 1.er batallón se resguardaba en los olivares próximos a Sened la noche del 31 de enero, Drake estaba con Fredendall en «Speedy Valley» ante un mapa del sur de Tunicia. Drake debía apoyar el avance al este del CCD del coronel Maraist, dijo Fredendall. «Atacaré mañana a primera hora y se apoderará de estas tierras altas», manifestó señalando las colinas al este de Maknassy. «Después de hacerse con una posición herméticamente defensiva, organizará ataques contra las líneas de comunicaciones de Rommel, haciendo todo el daño posible y deteniendo su marcha ininterrumpida hacia el norte.»

Pero primero debía caer Sened. El coronel Drake salió de «Speedy Valley» y llegó a Gafsa pocos minutos después de la medianoche del lunes 1 de febrero. Pensaba reforzar el ataque matinal del 1.er batallón; un capitán de la fuerza acorazada llamado Frederick K. Hugues había sido asignado para conducir el 2.º batallón esa misma noche a una zona fuera de Sened, donde la fuerza de Maraist estaba escondida en

quebradas y huertos. Drake advirtió al capitán Hugues de que «no superara la línea del frente» en la oscuridad. Con las primeras luces del alba, Drake lo siguió en un jeep, preparado para combatir.

Pero no pudo encontrar al 2.º batallón. Se hizo de día en el llano desierto donde 800 hombres debían haber estado calando sus bayonetas: allí no había nadie, salvo pastizales y unos pocos tanques de Maraist. Los policías militares en la carretera 14 le informaron que 80 camiones, incluido el de cocina del 2.º batallón, habían pasado a toda velocidad por los controles entrando en tierra de nadie en las afueras de Sened. Una investigación posterior reveló que el capitán Hughes había llevado sus tropas directamente hasta unas defensas enemigas fuertemente reforzadas.

Un tiroteo y una constelación de bengalas en paracaídas confirmaron lo peor. El 2.º batallón estaba atrapado a menos de dos kilómetros de Sened, y seguiría allí otras diez horas. Hugues cayó prisionero. Los soldados bajaron de los camiones y cavaron trincheras poco profundas con los cascos y las manos. Los morteros enemigos retumbaban y las ametralladoras tableteaban como «viejas máquinas de coser a manivela». La andanada destruyó 17 vehículos. Una humareda de ébano se elevaba en espirales de los neumáticos y los tanques de gasolina. Un oficial de otra unidad recordó luego: «Estaban en una muy mala posición».

Previsto como un paseo sin importancia en el camino a Maknassy, Sened se convirtió en una enconada batalla que duró todo un día. A las 9.30, Drake sacó al 1.er batallón del olivar. Con las botas de caballería puestas y los prismáticos golpeándole el pecho, rugió: «¡Adelante! ¡No os pueden hacer daño! ¡No son más que negros extranjeros! ¡Y vosotros sois norteamericanos!».

Al mediodía, las tropas aún estaban a más de kilómetro y medio del poblado, acosadas por los Stukas y las continuas andanadas de balas que provocaron que un sarcástico soldado preguntase si alguien podía oír «zumbar a todas esas avispas». Los hombres se echaban de espaldas para intentar desatascar con sus botas los rifles obstruidos. «En esa batalla aprendimos que la arena y el aceite no se mezclan», recordó un teniente. El comandante del 1.er batallón, el teniente coronel John C. Petty, disparaba arrodillado cuando las balas enemigas le desgarraron el estómago. Se aferraría a la vida doce días antes de fallecer. El segundo al mando sangraba tan profusamente de una herida en la cabeza que la sangre le atascó la ametralladora. Una bomba enemiga hirió al teniente Woodrow N. Nance, el oficial de inteligencia de la unidad. «Vi su cantimplora volar por los aires», informó otro oficial. «Estaba de espaldas y gritaba de forma incoherente. Estaba casi partido en dos.» Drake escribió: «Los hombres morían por doquier. La arena ascendía en nubes y el aire estaba lleno del silbido de los proyectiles».

A media tarde, mientras Maraist dirigía el fuego de la artillería y los tanques contra el pueblo, Drake ordenó un ataque en el flanco derecho de la compañía B del 1.er batallón. Tres pelotones de fusileros calaron las bayonetas, se desplegaron en una

línea y cayeron sobre el poblado. Había cuerpos calcinados y desplomados sobre las torretas de tres tanques estadounidenses en llamas. El jefe de un pelotón cuya pierna había sido reducida a un muñón ensangrentado gritaba a los soldados que pasaban por su lado: «¡Matadlos! ¡Matadlos a todos!».

Sened cedió, cayendo a las 16 horas bajo el peso del asalto del 1.er batallón. Un contraataque enemigo recuperó el poblado el tiempo suficiente para capturar al cirujano y quince médicos del 2.º batallón que habían avanzado de forma prematura. En un espasmo final de granadas y bayonetas, el pueblo cayó por fin en manos de los norteamericanos a las 17.30. El botín capturado se redujo a 152 prisioneros y una flotilla de bicicletas de reconocimiento. La mayoría de las tropas enemigas se dirigieron hacia Maknassy.

Fredendall se mostró visiblemente menos satisfecho de esta excursión a Sened de lo que lo había estado hacía una semana. En un mensaje al coronel Maraist, una vez más sin conocimiento de Ward, que seguía dando órdenes contradictorias de su propia cosecha, Fredendall declaró: «Ya se ha perdido bastante tiempo... Use los tanques y avance».

Y así lo hicieron el martes 2 de febrero. Al mediodía, el CCD ocupaba una línea de colinas a diez kilómetros al este de Sened. Entonces, los Stukas atacaron en serio a las 16 horas. Veinticuatro bombarderos cayeron en picado por detrás del sol del oeste enervando a la ya temblorosa infantería de Drake; la subsiguiente aparición de Panzers completó la desmoralización. Un oficial del 2.º batallón del 168.º de infantería pasó las líneas como un bólido gritando: «¡Nos han descubierto! ¡Salvaos! ¡Salvaos!».

Cientos le obedecieron. Saliendo de sus ratoneras, corrieron hacia la retaguardia o saltaron a los vehículos que retrocedían. Drake informó de que los hombres tenían «una mirada salvaje mientras corrían cuanto podían. Se improvisó una columna de transportes con jeeps, camiones, tanques, cualquier cosa que rodara». Un comandante de artillería escribió: «Una suerte de histeria hizo presa en todos. Los tanques [enemigos] eran dejados fuera de combate, pero la histeria persistió». Un ingeniero de combate añadió: «Todos los soldados de infantería que yo podía ver se retiraban en desbandada a la retaguardia». Sus tropas también huyeron.

Los oficiales improvisaron una línea de rezagados de norte a sur en la carretera 14 de Sened para atrapar a los que huían. Allí la estampida fue finalmente controlada por guardias armados tan implacables como aquellos de la guerra civil que exigían «¡Muestre sangre!» antes de admitir a cualquier soldado en la retaguardia. El sargento James McGuinness de la compañía F escribió a sus padres:

Algunos huyeron y nos dejaron combatiendo solos, pero no penséis ni un instante que no tuve ganas de levantarme y correr. Uno no es cobarde, pero esas bombas explotando encima y alrededor día tras día son algo verdaderamente duro.

El ataque estadounidense acabó en un rotundo fracaso. Unos pocos destructores de tanques se acercaron a nueve kilómetros de Maknassy el 3 de febrero, pero esa misma tarde la aviación estadounidense bombardeó por error sus propias posiciones en Sened, desalentando cualquier otra iniciativa. «Su equipo está formado por un grupo de pésimos lectores de mapas», se quejó Drake amargamente a las fuerzas aéreas. «Acaban de bombardear mi servicio de tren para el vivaque en vez de las concentraciones enemigas. Además, tienen mala puntería porque erraron el objetivo por más de 500 metros.» En la madrugada del 4 de febrero, todo el CCD se había retirado a Gafsa, abandonando la estación de Sened por segunda vez en diez días.

La ofensiva no había podido conquistar Maknassy, no había podido aliviar la presión enemiga en el paso de Faid, no había podido ayudar al CCA de McQuillin. Un informe de la 1.ª división acorazada llegó a la conclusión de que «no se consiguió ningún objetivo decisivo». Las pérdidas estadounidenses totalizaron 331 hombres, entre ellos el comandante del 2.º batallón. Levemente herido en una mano, pero psicológicamente desquiciado por el pánico del martes por la tarde, fue reemplazado por el segundo en el mando, el teniente coronel Robert Moore, otrora llamado el Capitán Niño y comerciante de Villisca, Iowa.

La desconfianza se desencadenó como una cascada. El general Anderson y los franceses dudaron de los norteamericanos. Eisenhower dudaba de Fredendall. Fredendall dudaba de Ward. McQuillin dudaba de Stark. Stark dudaba de McQuillin. Fredendall convocó el 5 de febrero a Ward en «Speedy Valley» y le leyó fragmentos de una carta que Eisenhower le había enviado el día anterior:

Una de las cosas que más me preocupa es la tendencia de algunos de nuestros generales a estar demasiado cerca de su puesto de mando. Por favor, vigile esto de cerca entre todos sus subordinados... Los generales son tan prescindibles como cualquier otro elemento en el ejército; además, a menudo se exagera la importancia de que los generales estén siempre presentes en el puesto de mando.

Arqueando una ceja y con un gesto de complicidad, Fredendall dedujo que la referencia era para McQuillin, o quizá para el propio Ward. De hecho, la carta en su conjunto ponía de manifiesto las profundas reservas del comandante en jefe hacia la anglofobia y otros defectos del comandante del II cuerpo. Eisenhower le había confiado a Truscott su miedo a que Fredendall fuera demasiado precipitado y predispuesto a perder hombres en «acciones inútiles».

Ward se olió el juego de Fredendall. «Es un hijo de puta al cuadrado. No hay duda. Un falso en todo», escribió Ward en su diario. El comandante del cuerpo «no siente lealtad por sus subordinados».

En fecha tan reciente como el 1 de febrero, Eisenhower había considerado abandonar el Dorsal oriental y retirarse a la cordillera más alta y occidental conocida como el Gran Dorsal, pero luego pensó en las consecuencias de una retirada semejante:

el *ethos* del ejército estadounidense se resistía a ceder un solo kilómetro de terreno ganado justamente. Eran necesarias nuevas órdenes para conservar el máximo posible de terreno de vanguardia mientras los ejércitos aliados se preparaban para una «acción sostenida y agresiva en el mes de marzo».

Mientras tanto, las tropas enterraron a sus muertos y volvieron a cavar trincheras a lo largo y ancho de Tunicia. El parte diario de una compañía habló en nombre de muchos valientes: «No podemos dejar de preguntarnos si los oficiales al mando del esfuerzo estadounidense sabían lo que estaban haciendo».

«LOS PELIGROS MORTALES QUE NOS ACECHAN»

Erwin Rommel sabía lo que hacía. Y no esperaría a marzo.

A las 8 horas del 12 de febrero, los músicos de la banda del 8.º regimiento Panzer se reunieron en torno a un polvoriento tráiler amarillo bajo una red de camuflaje cerca de la carretera 1 al sur de Sfax. Los cítricos perfumaban el aire matinal disimulando los habituales olores militares a lona y aceite caliente. Alzando las tubas y las cornetas, los músicos tocaron una serenata para conmemorar el segundo aniversario de la llegada de su comandante a África. Luego pasaron a una marcha rítmica inspirada en la lucha de los últimos dos años: «Somos los hombres del Afrika Korps...».

Se abrió la puerta del tráiler y el mariscal de campo Rommel salió a la luz del sol. Para protegerse del frío de la mañana, llevaba puesto un abrigo con solapas rojas, botones dorados y las palabras «Afrika Korps» bordadas en las mangas. Estaba delgado y bronceado, como sus hombres; tenía los labios perpetuamente agrietados y patas de gallo alrededor de los ojos hacía tiempo acostumbrados al sol. Sin sombrero, aparentaba tener más de los 51 años que tenía. Profundas entradas dejaban al descubierto la amplia frente, y el cabello peinado hacia atrás caía lacio y brillante. Todos los soldados del campamento podían ver el precio pagado por los últimos dos años en el rostro de Rommel, la angustia de dejar 10.000 tumbas italianas y germanas en Egipto y Libia cuando el ejército de Panzer había cruzado la frontera tunecina hacía dos semanas.

«Mi joven amigo», le había dicho unos días antes a un oficial del Estado Mayor, «si supiera cuánto tiempo hace que no puedo dormir». Kesselring, que sabía que Rommel tenía los nervios destrozados, observó: «Hasta el último soldado acorazado conocía las dudas que atormentaban el corazón de su comandante». Quedaban muy pocos de los primeros «africanos» de Rommel; por ejemplo, únicamente 4 de los 1.000 que habían llegado con el 8.º batallón de ametralladoras. Tras el concierto improvisado de la banda, el mariscal de campo volvió al tráiler. Allí escribió a su mujer Lucie-Maria:

Hace dos años que llegué a suelo africano. Dos años de lucha dura y empecinada, la mayor parte del tiempo contra un enemigo muy superior... Me he

esforzado por cumplir con mi deber, tanto en mi propia esfera como por la causa en su conjunto... Debemos hacer todo lo posible para superar los peligros mortales que nos acechan. Por desgracia, es una cuestión de suministros. Espero que se confirme mi decisión de permanecer con mis tropas hasta el final. Comprenderás mi actitud. Como soldado, no tengo otra alternativa.

«¡Rommel, Rommel, Rommel!», había exclamado Churchill el verano pasado. «¿Hay algo más importante que derrotarlo?» Al igual que la mayoría de los comandantes de mayor éxito, Rommel poseía una asombrosa capacidad para dominar las mentes de sus adversarios. Hijo y nieto de maestros de escuela, era de baja estatura y tenía grandes mandíbulas. Su rostro mostraba una reserva bronceada, como si ya llevase la máscara mortuoria. Oriundo de Württemberg, en Suabia, al suroeste de Alemania, sin sangre prusiana ni el distintivo carmesí de ex alumno del Estado Mayor, encarnaba varios rasgos característicos de su región natal: confiado en sí mismo, ahorrativo, decente y con un agrio sentido común. Militar muy condecorado en la Gran Guerra, fue escéptico con los tanques modernos hasta que el blitzkrieg en Polonia lo conmovió con la pasión del converso. Ascendió de teniente coronel a mariscal de campo en cuatro años, y su reputación fue cuidada por el Ministerio de Propaganda de Goebbels; la veloz carrera del joven comandante de división a través de Flandes y en la costa francesa hasta España en 1940 inspiró la penarla *Victoria en el oeste*, que el propio Rommel ayudó a dirigir. Aún llevaba a un esbirro de Goebbels en su comitiva para que proporcionara la mística, algo que Kesselring consideraba «el equivalente de una buena división».

Los primeros éxitos de Rommel en África revelaron la audacia, la brillantez táctica y un estilo personal (de vez en cuando cazaba gacelas con un subfusil desde su vehículo) que contrastaba odiosamente con la torpeza británica y que le valió el sobrenombre de «Zorro del Desierto». La campaña había ido y venido unos 2.500 kilómetros por el litoral africano con Rommel persiguiendo eventualmente al VIII ejército británico en dirección del Nilo en el verano de 1942. Luego sobrevino El Alamein, esa aplastante derrota. Desde entonces, se había batido en retirada bajo la presión lánguida pero persistente de Montgomery. La revista *Life* lo denominó «un fugitivo encabezando un ejército de fugitivos».

«Me atormenta noche y día la idea de que las cosas puedan ir realmente mal aquí en África», le había escrito a su esposa Lucie pocas horas antes de cruzar la frontera de Tunicia la madrugada del 26 de enero. «Me siento tan deprimido que apenas puedo hacer mi trabajo.» Insomnio, dolores de cabeza, bajones de presión, reumatismo, agotamiento, molestias intestinales: era un hombre enfermo. Antes de regresar precipitadamente a Egipto por la emergencia de El Alamein, Rommel había sido evacuado a Alemania por prescripción médica, pero en los cuatro meses transcurridos desde entonces, su salud no había mejorado.

En una reciente reunión de mandos, un subordinado pensó que el mariscal de

campo «daba la impresión de ser un hombre derrotado. Apenas lo pudimos reconocer». Sólo en los últimos días había mostrado señales de agresividad: sus oficiales esperaban que las verdes colinas de Tunicia lo sacarían de su letargo. Pero el verdadero tónico para el viejo zorro era el olor de una nueva presa allende el Dorsal occidental: los norteamericanos.

Rommel conocía mejor que nadie cuan frágil era el dominio del Eje en Africa. A finales de enero habían llegado a Tunicia desde Europa más de 100.000 hombres italianos y alemanes, y otros mil más seguían llegando cada día. Cuando el ejército Panzer de Rommel completara su entrada en el sur de Túnez, la cabeza de puente contaría con 190.000 soldados y más de 300 tanques, una ventaja provisional de catorce divisiones del Eje contra nueve de los aliados.

Sin embargo, muchas de las unidades de Rommel estaban a menos de la mitad de efectivos, apenas unos 30.000 soldados. Sólo en enero sufrió más de 2.000 bajas en la retaguardia combatiendo contra los británicos. Un total de cinco soldados habían llegado de reemplazo. Algunas unidades estaban lastimosamente débiles: la 90.ª división ligera dio parte de contar con sólo 2.400 soldados. La falta de equipamiento era aún más preocupante. Con 386 tanques autorizados, sólo contaba con 129, de los cuales la mitad no estaban listos para el combate. En vez de 747 cañones antitanques, sus hombres tenían 182; en vez de 3.797 ametralladoras, únicamente tenían 1.411. Sólo la sexta parte de la artillería seguía intacta.

Rommel tenía «una influencia casi hipnótica en Hitler», en palabras de Kesselring, pero el Führer no se mostraba tan entusiasmado como para proporcionar algo cercano a las cantidades de armas y combustibles necesarios en este ejército. Las necesidades de Stalingrado, ahora entrando en el épico acto final, así como la campaña aliada de destrucción crecientemente mortífera en el Mediterráneo, significaban que a África sólo podía enviarse una fracción del material y de las tropas requeridas. Tal como le dijo Rommel a Lucie, todo era un problema de suministros.

En verdad, el ejército de Rommel incluía casi 50.000 tropas italianas, los restos de la fuerza imperial de Mussolini en Libia. Treinta mil más habían sido enviados de Italia a Túnez, pero la cabeza de puente englobaba una cantidad inmensa de no combatientes, que incluían administradores civiles coloniales y otros que seguían al ejército en retirada. Un cálculo oficial alemán estimaba que a finales de febrero habría 350.000 hombres del Eje en Tunicia, de los cuales apenas un tercio podían considerarse verdaderos soldados de combate.

De forma creciente, Rommel echaba la culpa a los italianos de sus males; su desdén reflejaba la actitud del alto mando alemán. Fáciles de caricaturizar, los soldados italianos de hecho mostraron en el norte de África ráfagas de ferocidad y competencia táctica, en especial en las escaramuzas de infantería. No obstante, la mayoría de las tropas italianas estaban mal entrenadas, mal equipadas y mal dirigidas. Las mejores divisiones italianas ya habían sido diezmadas en Rusia o en la lucha

contra los británicos en África. El ejército del Duce, concluyó un general alemán, «estaba agonizante». El rifle normal italiano databa de 1891; las granadas eran tan inestables que a las tropas británicas se les aconsejó no utilizarlas; los soldados se trasladaban a pie porque carecían de camiones. Muchos reclutas eran tan poco ilustrados que los instructores les ataban pañuelos en el brazo izquierdo para enseñarles la diferencia entre derecha e izquierda. Incluso un amante de la cultura italiana como Kesselring afirmó: «Los italianos se contentan con facilidad. En realidad sólo tienen tres pasiones: el café, el tabaco y las mujeres... El soldado italiano no es un soldado por convicción». El parte de guerra del 13 de febrero del ejército Panzer señala: «El valor de combate de casi todas las unidades italianas sin experiencia es el gran problema... La experiencia demuestra que no se puede ser muy optimista al respecto».

En estos y otros problemas, Rommel contaba con un aliado natural en Arnim. Una reunión en una reciente conferencia al sur de Gabes había sido su primer encuentro desde que ambos eran jóvenes capitanes de la república de Weimar, hacía dieciocho años. Entonces no se habían tenido especial simpatía; esa antipatía persistía, pero la evaluación estratégica de Rommel poseía una rotunda simplicidad: el alto mando debía proporcionar amplios suministros para los dos ejércitos africanos o abandonar Tunicia. La causa del Eje en África era «un castillo de naipes». Esperaba fervientemente que «los cálculos sobrios prevalezcan sobre los sueños políticos».

Arnim se mostró de acuerdo. Hitler le había prometido siete divisiones adicionales que aún no se habían materializado. Una cuarta parte de su fuerza de combate estaba formada por italianos, y de las 150.000 toneladas de suministros que él y Rommel calculaban necesitar cada mes, en realidad les llegaba mucho menos de la mitad. Hasta se decía que enviarían al norte de África una brigada penal de homosexuales. «No podemos permitirnos un segundo Stalingrado», le dijo Arnim a Rommel. «En este momento, la flota italiana podría transportarnos de regreso.»

Pero esas palabras de retirada cayeron en oídos hostiles en Berlín y Roma, donde el abandono del norte de África representaba aceptar la invasión aliada del sur de Europa. Kesselring consideró a Rommel un agotado derrotista ansioso por retirarse a Sicilia o a los Alpes italianos. De las capitales del Eje llegaron promesas de más cañones, más hombres, más de esto y más de aquello, pero no habría retirada de Tunicia. A mediados de febrero, Hitler viajó al puesto de mando del frente oriental en Ucrania, donde rara vez alguien pensaba en el norte de África. Algunos oficiales del alto mando de la Wehrmacht se habían impuesto voluntariamente un racionamiento restringido en un gesto de solidaridad con el ejército rodeado en Stalingrado: 70 gramos diarios de pan; 185 gramos de carne de caballo, 15 gramos de azúcar y un cigarrillo.

Si las tropas de Tunicia no querían una dieta similar, la cabeza de puente debía superar los actuales 80 kilómetros de franja costera. Muy pronto Rommel y Arnim

tendrían que defender un frente de 650 kilómetros contra un enemigo cada vez más fuerte, con nuevos tanques, morteros pesados, cañones antitanques y combatientes. El poderío aliado pasaría rápidamente de nueve a veinte divisiones. El mes anterior, los anglonorteamericanos habían realizado más de 11.000 misiones aéreas en Tunicia, un aviso de lo que se avecinaba.

El 19 de enero, el alto mando en Berlín había lanzado por primera vez la idea de atacar a través de Gafsa y Sbeitla en dirección a Tébessa y de allí avanzar hacia Bóne o Constantina y colapsar el «frente norte hostil». Rommel creía que la mayor amenaza potencial para la cabeza de puente tunecina era una ofensiva estadounidense de Gafsa hacia Gabes para cortar los dos ejércitos del Eje. Si los alemanes sobrevivían en Tunicia, y el mariscal de campo abrigaba tan serias dudas al respecto que pidió en secreto un diccionario de inglés, debían «aniquilar la concentración estadounidense en el suroeste de Tunicia». La lenta persecución de Montgomery daría a las tropas de Rommel al menos unos 15 días de acciones de destrucción en Tunicia mientras la retaguardia cerraba la puerta en Mareth, una línea fortificada cercana a la frontera libia. Después de derrotar a los norteamericanos, el ejército Panzer podía girar al sur para rechazar al VIII ejército británico.

Kesselring estuvo de acuerdo y el plan se puso rápidamente en funcionamiento. El V ejército Panzer de Arnim atacaría primero en la operación FRÜHLINGSWIND (brisa aérea); consistiría en un avance de dos divisiones de Panzers a través del paso de Faid hacia Sidi Bou Zid. Con la punta de lanza de más de 200 tanques Mark III y Mark IV, además de una docena de Tigers, FRÜHLINGSWIND estaba diseñada para «debilitar a los norteamericanos destruyendo algunos de sus elementos y, en consecuencia, confundir y demorar su avance». El ejército Panzer de Rommel, incluido el Afrika Korps, atacaría más al sur a través de Gafsa en la operación MORGEN LUFT (luz matinal). Cuando lo reforzara una parte del ejército de Arnim, Rommel, que pretendía capturar los inmensos depósitos de municiones aliados en Tébessa y «Speedy Valley», contaría con 160 tanques. «Vamos a por la destrucción completa de los norteamericanos», declaró Kesselring.

El 12 de febrero, a la misma hora que la banda del regimiento tocaba para Rommel, Arnim decidía que el ataque inicial sería al amanecer del domingo 14 de febrero, el día de San Valentín. Caería trece semanas después de los primeros desembarcos de ANTORCHA. En su propio campamento, Rommel acabó de redactar órdenes para trasladar varias unidades de la frontera libia a una zona de ataque al noroeste de Gabes esa misma noche.

El brillo depredador le había vuelto a los ojos. Volvió a salir del tráiler para saludar a los oficiales que habían llegado con él a África en febrero de 1941 y aún combatían bajo su mando; ahora pocos en número, unos diecinueve, habían sido invitados a saludarle en una reunión breve y sentimental. La banda repitió la marcha familiar y los viejos luchadores cantaron con las voces roncadas de emoción:

*En las arenas ardientes de África,
luchan los Panzers alemanes,
por nuestro pueblo y nuestra patria.
Somos los hombres del Afrika Korps.*

El frente siguió de modo preternatural estable durante más de una semana tras el fracaso de la expedición a Maknassy. Por unos pocos francos, los chicos tunecinos llevaban mensajes entre los puestos norteamericanos e italianos alentando a que se rindieran; los italianos a veces lo hacían, pasando las líneas con una vieja maleta, un álbum de fotos pornográficas y la dirección de un pariente en Brooklyn o Detroit. Un capellán norteamericano itinerante celebraba oficios a la sombra del Dorsal oriental para tropas cuya vida espiritual corría peligro; su acólito tocaba *Rock of Ages* en un piano portátil y daba a cada feligrés unos pocos chicles como si fueran hostias para la comunión. En las grandes nevadas o durante las tormentas de arena aparecían voluntarios de la Cruz Roja con barriles de café caliente servido en un viejo camión conocido como Clubmobile California.

En el último mes, el II cuerpo había sufrido más de 700 bajas; ahora llegaron las primeras tropas de reemplazo en Tunicia provenientes de Oran y Casablanca. Muchos carecían de fúsiles o de herramientas para cavar trincheras. De un grupo de 190,130 habían sido acusados de ausencia sin permiso y otras faltas. Otro grupo de «involuntarios ausentes sin permiso» también hizo acto de presencia: inadaptados atrapados deliberadamente por sus oficiales en bares o burdeles poco antes de que sus unidades partiesen de Virginia o de Gran Bretaña.

Unos 450 reemplazos llegaron al 168.º de infantería. Muy pocos eran soldados de infantería entrenados. Como nuevo comandante del 2.º batallón, Robert Moore se llevó a 125 para que sustituyesen las bajas de Sened, pero descubrió que algunos de ellos carecían hasta del más rudimentario conocimiento de las armas. Cuando Moore preguntó a un soldado si podía disparar un rifle automático Browning, el recluta le contestó: «No, nunca lo había visto». La noche del 12 de febrero, el 168.º también recibió un camión lleno de bazucas. «Jamás había oído hablar de ellas», recordó luego un oficial de intendencia, «pero teníamos un papel con las instrucciones.» El coronel Drake ordenó una primera clase práctica de armas para la mañana del domingo 14 de febrero.

La quietud en el frente brindó a los generales aliados la oportunidad de reflexionar sobre la enrevesada estructura de mando en el norte de África. El 10 de febrero, Eisenhower y otros intentaron en el Hotel St. Georges encontrar una fórmula organizativa para el centro de mando. Todos los intentos acabaron en un papel arrugado en la papelera. Eisenhower sugirió con pesimismo que la organización se había vuelto «demasiado compleja como para ponerla sobre el papel». Pero el problema parecía más molesto que letal. Las interceptaciones de Ultra de mensajes de

Rommel y Arnim revelaron la gravedad de las dificultades en los suministros del Eje. La inteligencia aliada llegó a la conclusión de que si bien los batallones de infantería del Eje superaban a los batallones aliados de 55 a 42 en Tunicia, los aliados contaban con una ventaja de 381-241 en tubos de artillería y de 551-430 en tanques. Parecía más probable que el enemigo mejorase sus defensas y cuidara sus reservas y no lanzase una ofensiva. Esta opinión, compartida por Eisenhower y Anderson, era juiciosa, razonable y errónea. Entre otras cosas, no tenía en cuenta la agresividad innata de Kesselring y de Rommel.

Por supuesto, los comandantes aliados no dieron nada por sentado y habían formulado hasta siete posibles planes de contraataque en caso de una ofensiva alemana. Para preparar una estrategia común, los generales Alien y Roosevelt organizaron una conferencia en una granja francesa en el valle de Ousseltia con Paul Robinett y los oficiales franceses. Alien estaba sumamente indignado; su división seguía fraccionada y desplegada a lo largo de Tunicia. «Mientras hablaba, aspiraba aire haciendo un sonido sibilante de todos conocido», informó Robinett. «La conferencia no tuvo nada de ordenada, ya que todos trataban de hablar al mismo tiempo... Alien hacía lo que podía con su francés, pero Roosevelt trató de superarlo.» Robinett salió meneando la cabeza. «No podemos ganar una guerra con una sociedad de debates», le dijo a un oficial de inteligencia. «Nos estamos buscando problemas.» Predispuesto como siempre a decir lo que pensaba, Robinett escribió a Anderson el 9 de febrero criticando las disposiciones aliadas y advirtiéndole que «el enemigo podría concentrar cuatro divisiones blindadas en Tunicia». Asimismo, le dijo a Fredendall que las batallas acorazadas se debían librar con una concentración de fuerzas «y no salpicadas por todo el paisaje».

Y salpicadas estaban. Anderson aún tenía el V cuerpo británico de Evelegh en el norte. Debajo de Evelegh, el sector francés había sido apuntalado con fuerzas anglonorteamericanas, que incluían el 133.º y el 135.º regimientos de la 34.ª división. Parte de la 1.ª división permanecía con los franceses en Ousseltia, y el cuerpo de comandos de combate B de Robinett cubría el flanco sur francés con 110 tanques. Aún más al sur, estaba el CCC y luego el CCA de McQuillin, responsable de bloquear el paso de Faid con ayuda del 168.º de infantería de Drake, que se había trasladado al norte después del fracaso de Sened. «Los generales de tres naciones tenían prestadas, divididas y bajo su mando las distintas unidades, de modo que las tropas no estaban seguras de quién las mandaba», observó un oficial de la 1.ª acorazada.

Tampoco los comandantes sabían a ciencia cierta a quién mandaban. El 6 de febrero, Orlando Ward viajó 130 kilómetros hasta «Speedy Valley» desde su nuevo cuartel general en una franja de cactus fuera de Sbeitla. Fredendall y varios oficiales de su Estado Mayor se habían afeitado las cabezas, tal vez para desafiar el frío cortante. («Parecían esperar que los admirasen», escribió un teniente del II cuerpo.) Ward se había empezado a preguntar si Fredendall no bebía demasiado. De cualquier

modo, se sintió satisfecho al oír, entre las detonaciones de TNT en los túneles cada vez más profundos, que supervisaría las defensas estadounidenses en el paso de Faid. Cuando regresó a su refugio en los cactus se enteró de que esa responsabilidad había sido revocada sin la menor explicación. Como escribió su ayudante en su diario: «Ward estaba furioso y desilusionado».

Desaparecida la buena fe, se acentuó la hostilidad entre «Speedy Valley» y el campamento de la 1.ª acorazada. «Furibundo, insultado, decepcionado; no hay emoción negativa que no haya sentido», dijo más tarde el oficial de operaciones de Ward, el teniente coronel Hamilton H. Howze. «Una de las peores experiencias de mi vida... Era un desastre.» Howze, destinado a ganarse cuatro estrellas, recordó haber llegado a sentir «tal animadversión por Fredendall que me resultaba difícil controlarla, y nada más que por la forma en que trataba al general Ward».

El mayor insulto se produjo el 11 de febrero con una orden titulada «Defensa de la posición Faid». Sintiendo la presión de Anderson para no ceder más terreno, Fredendall dictó explícitamente el posicionamiento de las unidades hasta el nivel de compañías individuales. Dos colinas prominentes a la vista del paso debían ser ocupadas. Fredendall escribió: «El Djebel Ksaira en el sur y el Lessouda en el norte son los sitios clave en la defensa de Faid. Los dos deben ser fuertemente protegidos con una reserva móvil en los alrededores de Sidi Bou Zid». En una posdata escrita a mano, añadió: «En otras palabras, quiero una defensa activa muy poderosa y no una meramente pasiva. Se debe acosar al enemigo en toda oportunidad que se presente. El reconocimiento debe ser relajado, en especial de noche. Las posiciones *deben* ser alambradas y minadas *ahora mismo*. L. R. F.».

De pie en su pequeña tienda de mando, Ward levantó el papel para tener más luz. Lo leyó con atención y luego golpeó la mesa con la palma de la mano. «Está mal», dijo. «Está mal. Me está diciendo cómo debo hacer mi trabajo.»

Fredendall había visitado Sbeitla en una sola oportunidad y su conocimiento del paso de Faid casi se limitaba a un mapa. Cuando el comandante del 1.º regimiento acorazado de Ward, el coronel Peter C. Hains III, vio el plan de Fredendall, no dijo más que «¡Dios mío!». Las tropas emplazadas en ambas colinas serían rodeadas si las flanqueaban con un ataque rápido. Las colinas eran visibles a 15 kilómetros por el desierto, pero no estaban lo bastante próximas como para que sus defensores pudieran ayudarse. Las directrices, pensó Hains, se parecían a las de la primera guerra mundial, y no tenían en consideración la velocidad y el poderío de las modernas divisiones acorazadas.

Las objeciones de Ward a la «Defensa de la posición Faid» parecen haber tenido más que ver con la falta protocolaria de un superior dictando la disposición al detalle de las tropas que con el plan táctico en sí. Protestó, pero en voz baja. «Ni él ni yo percibimos con la alarma suficiente las malas disposiciones», reconoció más tarde Howze.

Ordenes son órdenes. Tras estudiar la directriz, McQuillin ordenó a sus ingenieros colocar alambradas y minas a lo largo de todo el frente del CCA, aproximadamente unos 65 kilómetros. «¡Diablos!», exclamó un perplejo joven teniente, «no hay suficiente alambre en todo el norte de África». El teniente coronel John Waters recibió el mando del nuevo puesto de vanguardia en Djebel Lessouda. El yerno de Patton había sido nombrado oficial ejecutivo en el 1.er regimiento acorazado después de que su batallón, diezmado en la batalla antes de Navidad, se hubiera retirado a Argelia para reponer fuerzas. Para convertir Lessouda en una fortaleza tunecina, Waters recibiría 900 tropas, incluyendo una compañía de 15 tanques, una batería artillera de cuatro cañones y el 2º batallón de Robert Moore.

El 12 de febrero, Ward viajó a Lessouda, donde él y Truscott habían contemplado el fracasado ataque contra el paso de Faid hacía sólo dos semanas. El ruido de las palas contra las rocas retumbaba mientras los soldados de infantería de Moore zapaban posiciones de combate en las grietas y detrás de los parapetos de piedra caliza. Moore consideró que el plan de batalla era excelente «para defenderse de una inundación», pero menos útil para detener los tanques de la Wehrmacht; habiendo estado al frente del batallón hacía apenas una semana, se reservó la opinión. Su compañía E había sido alejada y emplazada en el desierto como línea de avanzada. Cada día, los mandamases empujaban la compañía más al este. Ahora se extendía en un frente de ocho kilómetros a la sombra del paso de Faid, una extensión que tendría que haber cubierto más de un batallón. McQuilln aconsejó colgar latas vacías de racionamiento llenas de piedras como sistema de alarma. «Señor», dijo Moore, «los tanques se pueden oír a kilómetros de distancia. ¿Cómo se pueden oír piedras dentro de una lata?» Cuando Moore sugirió que ciertos signos presagiaban una ofensiva alemana, McQuillin se salió de sus casillas. «¡Tonterías!», replicó. «El ataque no viene por el paso.»

Ward encontró el puesto de mando de Waters oculto en una hondonada a medio camino entre a Sidi Bou Zid en el sur y el paso al este. «Waters, traigo órdenes de Fredendall sobre dónde debe emplazar las secciones alrededor de esta montaña», empezó diciendo Ward. «Nunca en mi vida he visto algo como esto. Aquí estoy, un comandante de división...»

Hizo una pausa buscando las palabras. «Me han quitado la división de las manos. Lo único que me queda es el batallón médico. No tengo mando. No puedo decirle qué hacer.»

Waters movió la cabeza haciéndose cargo. Los analistas de inteligencia parecían pensar que cualquier ataque se produciría unos 60 kilómetros más al norte, con los franceses como objetivo en Pichón o el valle de Ousseltia, pero Waters tenía sus dudas. La actividad enemiga parecía crecer en el Dorsal oriental. «General McQuillin, permítame que le haga una pregunta, señor», dijo Waters tras regresar de una misión de reconocimiento. «Supongamos que mañana me despierto y descubro que me ataca una división que viene por el paso de Faid.» El Viejo Mac se mofó. «Oh, Waters, ni lo

sugiera.»

Ahora Ward se sinceró. «Nunca he visto algo parecido en mi vida», repitió. «Estoy desesperado. No se que hacer.»

No había más posibilidad que aguantar y esperar lo mejor. A 15 kilómetros al sureste de Djebel Lessouda y al este de Sidi Bou Zid, la unidad gemela de Moore, el 3.er batallón del 168 regimiento de infantería, cavaba bajo la mirada severa del coronel Drake en el Djebel Ksaira. Inclínada como una herradura, con el extremo abierto y dando al norte a la carretera 14 y el paso de Faid, Ksaira había sido bombardeado de forma tan sistemática cada día por los morteros enemigos, a las 8, a las 13 y a las 18, que las tropas de Drake bromeaban sobre los artilleros alemanes diciendo que eran sindicalistas que trabajaban sólo medio turno. Para complementar los 900 hombres de Waters en Lessouda, Drake tenía en la región de Ksaira casi 1.700 más, incluyendo la banda del regimiento y un cierto número de soldados desarmados.

El 10 de febrero se había servido la última comida caliente. Los hombres estaban limitados a raciones frías y una sola cantimplora de agua al día. Drake ya no formulaba más normas sobre no comer con los codos sobre la mesa. Sus pensamientos se habían vuelto menos culinarios y más sanguinarios. Cualquier soldado que abandonara la línea bajo fuego enemigo sería «ejecutado en el acto», advirtió. Tampoco se le podía dar cuartel al enemigo. «Enseñen a todo el personal que odien a los alemanes y los maten a la menor oportunidad», declaró. «Yo les notificaré cuándo quiero que se hagan prisioneros.»

Los ingenieros colocaron minas al pie del Ksaira. Los artilleros cercanos a Lessouda probaron sus cañones contra objetivos conocidos alrededor del paso. Las patrullas se aventuraron cada noche en el Dorsal oriental vigilando el paso desde pequeñas grietas en la roca. En la punta de lanza, delante de la compañía E, había una sola línea de alambrada con latas colgadas llenas de piedras.

«UNA BUENA NOCHE PARA UN ASESINATO EN MASA»

Como comandante en jefe de las fuerzas aliadas, a Eisenhower le habían otorgado mayores poderes que los del mariscal Foch en 1918. No obstante, los ajustes llevados a cabo en Casablanca en la estructura de mando aliada amenazaban con circunscribir esa autoridad de un modo que Eisenhower sólo empezaba a sospechar. El militar de carrera con una intuición impecable sobre dónde residía el poder, el maestro de bridge que siempre sabía cuántas cartas quedaban en juego, había sido lento para darse cuenta de que los británicos lo habían cercado.

El 20 de enero, ante una propuesta del general Brooke, los jefes conjuntos habían acordado que un solo general estaría al frente del I ejército de Anderson y del VIII de Montgomery, que pronto llegaría a Tunicia. Ese comandante sería Eisenhower, pero tres representantes británicos se ocuparían del día a día de las operaciones navales, aéreas y de tierra, ya que Eisenhower, tal como Brooke anotó en su diario, «carecía de

la experiencia táctica o estratégica para ese cometido». El almirante Cunningham y el mariscal sir Arthur W. Tedder se responsabilizarían de las tareas navales y aéreas, respectivamente. El comandante de tierra, que asumiría el mando en febrero, sería el general Harold R. L. G. Alexander, quien desde agosto había sido el superior de Montgomery como jefe del comando británico de Oriente Medio. Este acuerdo satisfizo a los norteamericanos, en especial a Marshall, porque Eisenhower seguía siendo el número uno.

Pero alegró mucho más a los británicos. En la entrada del 20 de febrero en su diario, Brooke escribió:

Empujamos a Eisenhower a la estratosfera y al aire enrarecido de la comandancia suprema, donde será libre para dedicar su tiempo a los problemas políticos e interaliados, mientras nosotros ponemos debajo de él a nuestros propios comandantes para que lidien con las situaciones militares y restauren el empuje necesario y la coordinación que tanto han faltado últimamente.

Ignorante de las elucubraciones de Brooke, Eisenhower se alegró de disponer de ayuda, pero dos decretos ulteriores de los jefes conjuntos redujeron la potestad del comandante en jefe al otorgar a sus subordinados una autoridad independiente. Como un pánfilo que de repente se da cuenta de que le han tomado el pelo, Eisenhower redactó un furibundo mensaje de protesta. Sólo después de los ruegos de Beetle Smith, rebajó el tono.

Pero el 8 de febrero envió dos telegramas a Marshall advirtiéndole de «la percepción popular de una preponderancia británica en esta gran área y operación... Creo que semejante publicidad tal como se presenta en Estados Unidos debe subrayar el control estadounidense de todo este asunto». El poder de sus subordinados, añadía, olía a gobierno británico por medio de comités, violaba el principio sagrado del ejército estadounidense de unidad de mando bajo una única autoridad y amenazaba con reducir a Eisenhower al papel de una figura decorativa.

«En lo que a mí atañe, no se prestará atención» a semejantes intromisiones de Washington o Londres en los acuerdos del centro de mando, porque «los consideraría una clara invasión de mis propias prerrogativas». Habiéndose quitado ese peso de encima, Eisenhower quería ver cómo funcionaba en la práctica la nueva estructura. En una conferencia de prensa el 10 de febrero, informó a los periodistas y elogió amablemente a sus nuevos delegados británicos. En realidad, anotó Butcher, «la procesión iba por dentro».

El ascenso contribuyó a calmarle. El 11 de febrero, Eisenhower recibió su cuarta estrella, convirtiéndose en el duodécimo general en la historia del ejército estadounidense que gozaba de esa distinción; Ulises S. Grant había sido el primero. La mano influyente de Marshall había convencido al reacio Roosevelt, pese a la falta de progreso en Tunicia. El ascenso era político y reflejaba la creciente necesidad de dar

al comandante en jefe norteamericano una talla al menos equivalente a la de sus subordinados británicos.

Al escuchar la noticia, Eisenhower convocó a su equipo doméstico en el salón de la Villa dar el Ouard. El ordenanza, el recadero, el cocinero y dos camareros se pusieron en posición de firmes en el frío suelo de baldosas mientras él les otorgaba un ascenso en el mismo acto. Esa noche se sentó junto al fuego bebiendo una copa, y aceptó los brindis de felicitación de su nuevo encargado de logística, el brigadier general Everett S. Hughes, un artillero con bolsas bajo los ojos. En el fonógrafo puso repetidas veces su disco favorito, *One Dozen Roses*, y lo acompañó cantando:

*Dame una docena de rosas,
pon mi corazón a su lado
y envíaselas a la chica que amo.*

Había capeado a Darían, Casablanca y la penosa campaña de invierno. Pero dadas las intrigas palaciegas que había en Argel, por no mencionar Washington y Londres, algunos creían que seguía con la soga al cuello por más estrellas que luciera en los hombros. «Pienso que Ike está perdido», anotó Hughes en su diario a finales de enero. «Demasiadas fuerzas contradictorias en acción.»

Luego estaba *esa* mujer. Se había empezado a hablar de Eisenhower y su esbelta chofer, Kay Summersby. Apodada Skibereen por su pueblo natal irlandés, Summersby había trabajado en Inglaterra como modelo y extra de cine antes de alistarse como chofer militar en Londres; había sido asignada a Eisenhower el verano anterior. Llegó a Argel a mediados de enero; había sobrevivido al hundimiento de su transporte en las aguas de la costa africana. A los 34 años, discreta, divorciada y bonita, no sólo era la «chauffeuse» del comandante en jefe, sino su compañera en las partidas de bridge y en los paseos a caballo. Cuando se presentó con botas, chaqueta de piloto y casco, Eisenhower la acusó en broma de pretender parecerse a Patton. Estaba comprometida con un joven oficial de Fredendall, un coronel de ingenieros de Nueva York, pero las malas lenguas persistieron. Un chisme que circulaba por el norte de África decía que el coche del comandante en jefe se había averiado en un camino solitario; Summersby abrió el capó y estudió el motor hasta que Eisenhower apareció con la caja de herramientas del baúl del coche: «¿Un destornillador?», preguntó él, a lo que ella contestó: «Mejor que lo usemos. No puedo arreglar el maldito motor.»

«Hablé de Kay», había escrito en su diario Everett Hughes. «No sé si Ike está poniendo excusas. Dice que quiere cogerla de la mano, acompañarla a casa; no se acuesta con ella. Se queja demasiado, en especial a la vista de la reputación de la chica en Londres.» El 12 de febrero, después de la actuación de *Dozen Roses* la noche anterior, Hughes escribió: «Ojalá Kay ayude a Ike a ganar la guerra.»

Skibereen iba al volante del coche blindado de Eisenhower cuando el convoy de

once vehículos salió de Argel pasada la medianoche del 12 de febrero. «Hace demasiados viajes al frente», le había advertido Marshall a Eisenhower después de Casablanca, ocho semanas después de haberle reprendido por no prestar demasiada atención a la campaña. «Tiene que depender más de los informes.» De hecho, esta era la segunda visita del comandante en jefe a Tunicia y la primera vez que estaba al alcance de la artillería enemiga. Una lluvia incesante machacaba la carrocería del automóvil. Una violenta tormenta invernal laceraba el Atlas, derribando las tiendas de campaña y llenando de agua gélida las trincheras. Los soldados se abrigaban en sus catres y soñaban con la primavera. «No sabía que el viento y la arena pudieran ser tan crueles», escribió en su diario el cabo Charles M. Thomas, del 19.º regimiento de ingenieros el 13 de febrero.

La caravana se detuvo a pasar la noche en Constantina antes de seguir al alba hacia Tébesa. La conversación en el asiento trasero del Cadillac versó sobre la conveniencia de retirarse del Gran Dorsal en caso de ataque enemigo. Truscott, que se había sumado al convoy en Constantina, se opuso. Creía que Gafsa y Sidi Bou Zid debían ser defendidos para proteger los aeropuertos estadounidenses que ahora operaban al sur de Kasserine.

«Las fuerzas del Eje se han mostrado superiores en un solo aspecto: su capacidad de concentrar recursos importantes en zonas locales y mantener la iniciativa», le había escrito a Eisenhower en un memorándum reciente. Truscott intentaba animar, pero la capacidad de concentrar fuerzas de combate y mantener la iniciativa resultaba básico en la guerra moderna. Según el propio análisis de Truscott, el Eje estaba ganando. En otros aspectos, simplemente estaba equivocado. Las fuerzas acorazadas alemanas, su poderío aéreo y táctico y el liderazgo en el campo de acción habían sido superiores. Pero la renuencia de Truscott a aceptar esa realidad había influido en la decisión de Eisenhower de extender en demasía la línea aliada.

El sábado 13 de febrero, a las 13.45, el convoy accedió al sinuoso camino de entrada a «Speedy Valley». La lluvia y el agua nieve habían dejado de caer, pero los pesados nubarrones daban al campamento un monocromático color melancólico. Hicieron acto de presencia los oficiales del II cuerpo saludando y entrando y saliendo de sus tiendas. Eisenhower salió del coche para estirar las piernas. Nadie sabía dónde encontrar al general Fredendall o al general Anderson, que habían quedado en esperarlo.

Eisenhower aguzó el oído. El ruido ensordecedor de los taladros neumáticos retumbaba en el barranco. Unos pequeños vagones llenos de piedras salían de varias galerías excavadas en la roca. Los soldados, con cascos de minería, portaban pesados tablones y pilas de tejas de madera. Un oficial explicó que hacía semanas que los ingenieros excavaban un espacio para el cuartel general, que sería inmune a los ataques aéreos. El proyecto ya estaba en la última fase. Perplejo, Eisenhower preguntó si primero habían ayudado a construir defensas en el frente del este. «Oh», dijo con

jovialidad el oficial, «las divisiones tienen sus propios ingenieros para esa tarea.» Hablando solo, Eisenhower entró en una tienda de reuniones. Utilizando un puntero y un gran mapa marcado de azul y rojo, un teniente coronel le mostró cómo estaba dispuesto el II cuerpo.

Quince minutos después, apareció Fredendall. Sus botas crujían en el suelo de piedra. Parecía muy animado y sonriente. El 1.er batallón de Rangers de Bill Darby acababa de realizar una incursión casi impecable contra un puesto italiano de avanzadilla cerca de la estación de Sened, el tipo de acción nimia que a Fredendall le encantaba. A la una de la madrugada, después de una caminata de 20 kilómetros por el desierto, los Rangers se arrastraron hasta unos 200 metros del campamento enemigo. Uno de los comandantes de la compañía de Darby les dijo a sus hombres: «Tenéis que dejar vuestra impronta en esta gente... Debéis usar la bayoneta al máximo; ésas son las órdenes. Y recordad una cosa: sólo nos llevaremos diez prisioneros, ni uno más ni uno menos».

Los Rangers atacaron en un frente de 800 metros, desoyendo las súplicas italianas de «¡Non fiermati!» mientras entraban en las tiendas y disparaban contra hombres que trataban de ponerse los pantalones. Los norteamericanos tuvieron un muerto y veinte heridos. Las bajas enemigas se calcularon en 75. Se capturaron once italianos (alguien contó mal) y, según la versión de un participante, al menos un prisionero herido fue ejecutado durante el camino de regreso para que no demorase la columna. («Hice lo que me ordenaron», contó años después un Ranger. «Eso sucedió hace mucho tiempo. Cuando lo cuento, me sigo poniendo nervioso.») Fredendall acababa de regresar de Gafsa, donde había repartido varias medallas de plata entre los participantes. Los Rangers decían con ironía que había sido «una buena noche para un asesinato en masa».

Anderson entró pisándole los talones a Fredendall. El comandante británico tenía peor aspecto de lo habitual. Se había pasado la última media hora en otro glacial iglú con el jefe de inteligencia de Fredendall, que no había escatimado palabras para contarle por qué eran erróneos los análisis del I ejército sobre las intenciones enemigas. Alto y atlético, con mirada inquietante y bigotes de húsar, el coronel Benjamín Abbott Dickson tenía una mente privilegiada y era implacable. En West Point, Dickson había sido apodado el Monje debido a su segundo nombre y a su resistencia a la obligación de participar en los servicios religiosos. Tras dejar su cargo de oficial después de la primera guerra mundial, había estudiado ingeniería mecánica en el MIT y poseía varias patentes de equipo de lavado y maquinaria de almacén. Posteriormente, en 1940, se reincorporó al ejército como oficial de inteligencia. El Monje Dickson era un hombre capaz, leal a Fredendall, y ahora estaba convencido de que algo malo se estaba tramando en el sur de Tunicia.

«Se puede esperar que Rommel actúe a la ofensiva en el sur de Tunicia tan pronto como descanse y se rearme», había advertido Dickson el 25 de enero. Además previno

que la infantería del Eje podía retener al perseguidor VIII ejército de Montgomery cerca de la frontera libia, permitiendo a Rommel utilizar sus tanques como «fuerza de ataque» contra los norteamericanos. Dickson creía probable que el ataque proviniese de Gafsa o quizá el paso de Faid, y del norte, como insistía el cuartel general y la inteligencia del I ejército. Esta divergencia de opiniones hizo que Anderson buscara a Dickson para someterlo a un interrogatorio. Antes de unirse a Eisenhower, el general británico acabó la entrevista con un ácido cumplido. «Bueno, joven, al menos no puedo zarandearlo». Luego Anderson le comentó a Fredendall: «Tiene a un alarmista y un pesimista como jefe de inteligencia».

Durante más de dos horas, Anderson analizó para Eisenhower la posición de su ejército: el V cuerpo británico en el norte; los franceses en el centro con apoyo anglonorteamericano; el II cuerpo de Fredendall en el sur. Las intenciones enemigas seguían siendo oscuras. El mal tiempo y la superioridad aérea de la Luftwaffe no habían permitido un amplio reconocimiento aéreo. Los mensajes descifrados de Ultra de hacía unos días sugirieron un posible ataque del Eje en Kairuán contra las fuerzas francesas, pero probablemente se trataría de una operación limitada con el objeto de conseguir mejor terreno defensivo. Como precaución, Anderson mantenía sus reservas en el norte, que incluía el CCB de Robinett y gran parte del Big Red One de Alien. Era probable que cualquier ataque por Gafsa o Faid fuera una mera diversión estratégica.

Eisenhower se mostró de acuerdo. «El 13 de febrero, el general Eisenhower se mostró satisfecho con la disposición general de las fuerzas», informó luego el jefe de operaciones de Fredendall. El propio comandante en jefe telegrafió a Marshall señalando que el plan de Anderson era «tan bueno como el que más según el desarrollo de un ataque real y a la vista del gran valor de mantener zonas de avanzada». En cuanto a Fredendall, Eisenhower quedó impresionado por «su profundo conocimiento del frente».

«Parece entusiasta y apto», añadió, «y estoy depositando gran confianza en él.»

Una llamada telefónica urgente convocando a Anderson al cuartel general dio por acabada la conferencia, a última hora de la tarde, cuando las sombras se cernían sobre «Speedy Valley». Eisenhower y Truscott redujeron la caravana a cuatro vehículos; Kay Summersby, de forma un poco inoportuna, permaneció en el II cuerpo con su novio el coronel. A las 18 horas, tras un breve paseo por las afueras de Tébesa —no cada día se pueden contemplar las ruinas de Salomón el Eunuco—, el convoy prosiguió su viaje 70 kilómetros al sureste para ver los aeropuertos estadounidenses de Thelepte y Feriana, luego giró al noreste otros 60 kilómetros, hacia el puesto de mando de la 1.ª división acorazada en Sbeitla.

Ward y Robinett aguardaban en una pequeña tienda oculta en una franja de cactus. Los viejos camaradas se saludaron a la luz de una vela con afecto. Durante muchos años habían conservado la fe en el débil ejército de entreguerras y ahora compartían un destino común en aquella tierra peligrosa. Ward y Eisenhower habían estado, con una

diferencia de un año, en West Point. En cuanto a Robinett, tras conocer por primera vez a Eisenhower en 1929 se había sentido tan impresionado por el joven comandante que más tarde le confesó: «Esperaba ganarme su amistad».

Rápidamente Ward esbozó la disposición de la 1.ª acorazada, incluido el emplazamiento de Drake y Waters en las dos colinas próximas al paso de Faid. Se mostraba alegre y preciso, sin dejar traslucir su amargura. Poco antes, Ward se había sincerado con Robinett sobre la interferencia del II cuerpo, pero evitó criticar a Fredendall en presencia de Eisenhower. Sin embargo dejó claro que prácticamente se le había despojado de toda autoridad en su propia división; Ward, por ejemplo, había controlado el CCB en Irlanda del Norte. Con 294 tanques y abundante artillería, la división no era impotente de ningún modo, pero las unidades estaban ahora dispersas en un arco de 100 kilómetros.

Luego, Robinett tomó la palabra. Había vigilado los accesos a Fondouk lo suficiente como para descartar la preocupación de Anderson de que el enemigo acometiese en el norte. «La única evidencia de un ataque en esta área es el nerviosismo en el alto mando», le comunicó a Fredendall el 12 de febrero. Se lo repitió a Eisenhower, y luego criticó el emplazamiento de las tropas en torno a Faid. Estaban aisladas, «no podían brindarse apoyo mutuamente», dijo Robinett. El Dorsal oriental había «perdido importancia por el momento, y se debía ceder sin despilfarrar recursos adicionales con la esperanza de compensar las pérdidas pasadas».

«Únicamente una cuestión de prestigio otorga importancia a la posición», añadió Robinett, «y el prestigio es poco comparado con las tropas». Dada la superioridad alemana en tanques y cañones antitanques, toda la posición aliada era «vulnerable». En suma, la situación era grave. Tomó asiento.

El análisis fue acogido con la amabilidad reservada a un sabio despistado o a un molesto animal de compañía. Eisenhower se quedó pensativo, y no dijo ni una palabra. Truscott se puso al rojo vivo, pero tampoco dijo nada. Un oficial francés que se había sumado a la reunión rompió el silencio. «Ahora que el general Eisenhower está aquí y los norteamericanos tienen la iniciativa, se normalizará la situación.» Pero hasta él pareció poco convencido.

La conferencia acabó con saludos y despedidas. Robinett se montó en su jeep y emprendió el gélido viaje de regreso al vivaque del CCB en Maktar.

Eisenhower prometió considerar los puntos discutidos. «Ceder terreno», observó luego Robinett, «incluso el terreno más inservible, representaba un desprestigio demasiado grande.» Eisenhower y Truscott subieron al Cadillac, esta vez con Ward entre ambos, y avanzaron hacia el este 50 kilómetros, hasta Sidi Bou Zid. Eran las once de la noche.

Otra franja de cactus, otro puesto de mando, otra reunión de instrucciones. En un camión de transporte con techo de lona impermeabilizada, McQuillin presentó un resumen de las últimas noticias de inteligencia. No se había observado ningún cambio

en las posiciones alemanas en los alrededores del paso de Faid; el enemigo no había estado «muy activo». El coronel Hains, comandante del 1.er regimiento acorazado, prosiguió con una descripción más pormenorizada de las disposiciones del CCA. Hains señaló que los 1.700 hombres que había en Djebel Ksaira eran especialmente vulnerables. Se podían avanzar algunos pronósticos, añadió Hains. Por ejemplo, pequeñas patrullas de reconocimiento habían sido atacadas por aviones alemanes al sur del paso, lo que sugería que el enemigo ocultaba algo. Un granjero francés informó de que varios piquetes del Eje habían prohibido a los labradores árabes que vivían al otro lado del Dorsal oriental que fueran a trabajar al oeste. Los pilotos aliados habían bombardeado esa mañana en la costa una flotilla de más de 300 camiones enemigos, suficientes para transportar un regimiento de infantería, pero los camiones estaban vacíos.

Eisenhower había apreciado bastante malestar entre sus comandantes en las últimas doce horas como para no sentirse perturbado. («Ike cambiaría estrellas por divisiones», escribió Ward en su diario.) Pero limitó sus comentarios a los campos de minas que rodeaban las posiciones estadounidenses. ¿Por qué se había tardado tanto tiempo en plantar las minas? ¿Por qué había tan pocas? Los alemanes sólo necesitaban dos horas para preparar una nueva posición frente al contraataque. Aquí habían tardado más de dos días. «Organicen sus campos de minas a primera hora de la mañana», ordenó. Sidi Bou Zid debía ser defendido.

No dijo nada más. El parte de guerra del CCA señaló que Eisenhower «escuchó la descripción de nuestra situación y de nuestras disposiciones sin hacer ningún comentario».

Bajó del transporte. El cielo nublado se había iluminado con las nubes envueltas en la luz lunar. Unos pocos cientos de metros al noroeste estaban las siluetas vagamente bíblicas de las palmeras y los edificios achaparrados y de tejados planos de Sidi Bou Zid. Mientras Eisenhower prestaba atención, un capitán de infantería se dirigió a sus hombres. «No oramos por la victoria, ni siquiera por nuestra seguridad individual. Pero pedimos ayuda para que ninguno de nosotros deje en la estacada a un camarada, para que cada uno de nosotros cumpla con su deber para consigo mismo, sus camaradas y su país, y merezca el honor del legado estadounidense.» A Eisenhower se le llenaron los ojos de lágrimas.

Apareció el coronel Drake. Convocado por McQuillin, fue condecorado por su valor en la estación de Sened hacía dos semanas. A la espera de que comenzara la ceremonia, Drake le preguntó a McQuillin: «General, ¿qué hacemos si el enemigo ataca desde el este del paso?». McQuillin le hizo callar. «Ni lo mencione.» Ahora Drake estaba en posición de firmes mientras Eisenhower sacaba una medalla de plata del bolsillo y se la ponía en la chaqueta de fajina del coronel. «Drake», dijo, «pienso que usted llegará lejos.» Sus palabras resultaron proféticas.

A la 1.30 de la madrugada del domingo, Eisenhower hizo un breve recorrido por

el desierto, atento a las chumberas. Ni la chaqueta herméticamente cerrada ni los gruesos guantes podían contrarrestar el intenso frío del desierto. Tardaría el resto de la noche en dejar a Ward en Sbeitla y regresar a «Speedy Valley» y luego otro largo en llegar a Argel. Tenía mucho en que pensar. A 15 kilómetros al este apenas podía entrever la oquedad dentada en las negras montañas donde el paso de Faid cortaba el Dorsal oriental. Subió al cálido coche y salió en la dirección contraria.

Una semana más tarde, cuando llegó el momento de las excusas y de los cabezas de turco, Eisenhower recordó a Marshall: «Naturalmente, resultaría un asunto delicado interferir directamente en las disposiciones tácticas de los subordinados». Nadie le preguntó si no era más delicado permitir la destrucción de sus hombres. En verdad, Eisenhower, preocupado por los problemas políticos y estratégicos y sin experiencia personal en el combate, simplemente no había logrado captar el peligro táctico esa madrugada de San Valentín. Al tratar de servir como comandante supremo y general de campo al mismo tiempo, no había hecho bien ninguno de los dos trabajos. La culpa era suya y le perseguiría en las grandes batallas que se avecinaban. Pero no era únicamente suya. Los errores se acumularon en toda la línea, y no faltaron la mala suerte, la mala sincronización y los otros hados de la confusión.

La falta de información, desde el 8 de febrero, sobre las intenciones enemigas sobre pilotos, patrullas y prisioneros hizo que los aliados tuvieran que depender de los mensajes descifrados de Ultra. Sin embargo, los alemanes cambiaron sus planes varias veces y gran parte del plan definitivo —obra de Kesselring, Rommel y Arnim— había sido realizado en reuniones a puerta cerrada sin recurrir a una transmisión radiofónica susceptible de ser interceptada por los aliados. El 13 de febrero, Ultra reveló que la 21.ª división Panzer había recibido la orden de avanzar y que ese domingo sería el «Día-D» para una operación a cargo del V ejército Panzer de Arnim. Anderson, que había vuelto a toda prisa a su cuartel general de «Speedy Valley» para evaluar la noticia, lanzó un aviso de peligro que llegó al II cuerpo con el nombre de código n.º 915 a la 1.29 horas, en el momento en que Eisenhower condecoraba a Drake con la medalla de plata: «Urgente. Absoluta prioridad. Información proveniente del I ejército nos lleva a creer que el ataque será mañana». Se encendieron todas las alertas en el mando aliado.

Pero la alerta no indicaba por dónde se produciría el ataque. Otros mensajes interceptados revelaron que los cazas de la Luftwaffe llegarían el domingo por la mañana a Kairuán y afianzaron la certidumbre del alto mando y del I ejército de que el ataque provendría del norte. Sin embargo, otro mensaje al II cuerpo anunciaba: «Rommel está gravemente enfermo en un hospital de Túnez y probablemente será evacuado de allí por aire».

La fantasía oscurecía los hechos; los pequeños errores generaban otros más grandes. Más de 100 tanques enemigos de la 10.ª división Panzer habían avanzado por el sur camino del paso de Faid sin ser vistos por los pilotos aliados. Patrullas de

reconocimiento estadounidenses informaron de que un pequeño desfiladero debajo del paso era «infranqueable para los vehículos blindados», pero no habían detectado a los ingenieros enemigos trabajando febrilmente en ese lugar. El teniente coronel Waters, tras lograr dormir unas horas en su refugio del Djebel Lessouda, envió una patrulla con radio al paso, pero la patrulla se detuvo cinco kilómetros antes de llegar al Dorsal oriental. «No fui a verificarlo», admitió luego Waters. «Ese fue mi error.» Pese al viento que soplaba del oeste, la patrulla pronto oyó un lejano ruido sordo en la dirección del paso, como el sonido de timbales o el estruendo de tanques en movimiento. Convenientemente revelada la novedad, se tomó oportuna nota del ruido y unos pocos vehículos de suministros del CCA fueron enviados a la seguridad de la retaguardia.

Una fría llovizna aumentó la aflicción de los soldados congregados sin fogatas, comida caliente o esperanza de un mañana mejor. Los soldados metían trapos en las bocas de sus rifles y envolvían los cerrojos con hules. Los asustados centinelas lanzaban la contraseña —«¡Snafu!»— a sombras sospechosas y se esforzaban por oír la réplica correcta: «¡Tienes razón!». Al suroeste del Djebel Ksaira, una patrulla de cinco tanques y dos decenas de hombres encabezados por el teniente Laurence P. Robertson acamparon para pasar la noche al abrigo del Dorsal oriental con sus Shermans estacionados juntos como los radios de una rueda. Robertson ordenó que se apagaran los motores uno a uno en intervalos de diez minutos para crear la ilusión de que la patrulla se alejaba en vez de estar detenida.

Debajo del Djebel Lessouda, los portadores de municiones dejaron una ronda extra de cien proyectiles en cada obús de la batería B del 91.º batallón de artillería de campaña. El jefe de la batería, el capitán W. Bruce Pirnie Jr., pensó que el gesto «era una tontería. Habíamos pasado diez días tranquilos en la posición». Todo el mundo esperaba que cualquier alteración de la paz sería breve. El general Eisenhower había predicho una idea similar en un mensaje al Departamento de Guerra ese mismo día: «En este momento el Eje no se puede arriesgar a embarcarse en una operación que podría significar graves pérdidas de hombres y equipo».

9. Kasserine

UNA SALIDA HOSTIL

Una breve y huracanada tormenta de arena barrió las llanuras tunecinas a primera hora del domingo 14 de febrero. Los zapadores alemanes se cubrieron la cara con pañuelos y acabaron de quitar las últimas minas aliadas de la boca oeste del paso de Faid. A las cuatro de la mañana, una movediza procesión de luces de grandeza casi eclesiástica apareció por un olivar al este de la hondonada. Soldados con túnicas negras avanzaron por la carretera 14 portando linternas para guiar a más de un centenar de tanques, una docena de Tigers entre ellos, y casi el mismo número de camiones y semiorugas. El desfiladero se llenó de hedor de gasolina y del estrépito de los blindados.

A medida que llegaba el alba a sus espaldas, el comandante de la operación FRÜHLINGSWIND, el general Heinz Ziegler, un veterano del frente ruso, ahora jefe del Estado Mayor de Arnim, escaló un parapeto rocoso por encima de la escuálida aldea de Faid. La luz se filtraba en el desierto revelando los extraños promontorios del Djebel Lessouda a su derecha y del Ksaira a su izquierda. A Ziegler le gustó lo que vio. No vio nada. Los norteamericanos no parecían haberse levantado; ni siquiera estaban alertas. Exactamente a las 6.30, los conductores se pusieron en marcha y los Panzers salieron del Dorsal oriental a la planicie. Detrás de ellos se elevaba el sol a través de la polvareda como una inmensa esfera líquida.

Salieron como los lobos del redil. El primero en caer fue el escuadrón de infantería despachado por John Waters la noche anterior, ahora aniquilado por los Panzers alemanes a cinco kilómetros del paso. Los norteamericanos no pudieron enviar un mensaje por radio; la señal de cohete prevista para que la artillería empezara el bombardeo del paso no se disparó. Todos los miembros del escuadrón resultaron muertos o fueron hechos prisioneros. Tres kilómetros más adelante, la 10.ª división Panzer atacó a los diez tanques de la compañía G del 1.º regimiento acorazado del coronel Hains. Esa mañana, como cada mañana, los tanquistas habían dejado su vivaque nocturno en una hondonada próxima a Sidi Bou Zid y habían subido a un montículo achaparrado conocido como el Oasis. Tras haber observado la rutina durante una semana, los alemanes sabían exactamente dónde encontrarlos. Varios habían bajado de los tanques y se preparaban el desayuno cuando un enjambre de bolas verdes de fuego estallaron contra el piquete a 800 metros por segundo dejando estelas de polvo marrón a su paso,. Un atónito sargento comparó el estruendo con «la mitad de la fábrica Krupp saliendo del valle del Ruhr». En pocos minutos, los tanques estadounidenses fueron destruidos; lo mismo le sucedió a otra media docena de la misma compañía que avanzó para ayudar. Dieciséis columnas de humo negro se

elevaron en el cielo. Eran apenas las 7.30 de la mañana.



A cinco kilómetros al este del Djebel Lessouda, los atacantes se dividieron. Un grupo de 80 tanques y camiones giró al norte y luego al oeste para rodear la colina; otros dos se encaminaron al sur hacia Sidi Bou Zid. El capitán Bruce Pirnie, que la noche anterior había considerado una extravagancia la provisión de munición extra para su batería B, informó: «Se nos acerca una gran cantidad de tanques e infantería, están a no más de 2.000 metros... Fogonazos blancos y rojos». Los jefes artilleros acortaron el alcance de su fuego de carga 7 a carga 5 y carga 3 a medida que el enemigo se aproximaba. Las cargas más pequeñas «cambiaron realmente el sonido de los obuses», escribió luego Pirnie. «Sonaban impotentes, sólo una pequeña explosión y apenas reculaban. Estábamos asustados y éramos novatos.» Los artilleros dispararon hasta que «los alemanes estaban tan cercanos que nuestros proyectiles no superaban la cresta delante de nosotros». Pirnie llamó por radio a Waters en el Djebel Lessouda. «No les podemos dar», dijo Pirnie. «Están debajo de nosotros.» «Si no puede disparar», le replicó Waters sin alterarse, «muévase a donde pueda.»

Los soldados se abalanzaron hacia la retaguardia, pero demasiado tarde. Sólo uno de cuatro cañones se salvó, dando tumbos por el desierto. Pirnie los seguía al volante de un semioruga de municiones a toda velocidad. Los alemanes le recordaron a una jauría de lobos. Cuando se volvieron a acercar, metió granadas termita en su último cañón. Como en toda catástrofe, una pequeña incomodidad quedaría grabada en su memoria como lo peor de la tragedia: Pirnie siempre recordaría los zapatos comprados a un zapatero irlandés antes de ANTORCHA. Le hicieron ver las estrellas.

Las unidades estadounidenses cayeron una tras otra. Un destacamento de destructores de tanques fue destruido por tanques. El 2º batallón del 17.º de artillería de campaña, armado con 18 obuses de 155 mm de la primera guerra mundial y de algún modo olvidado en la confusión, esperaba al este de Sidi Bou Zid órdenes para levantar

el campamento. El ataque alemán lo «borró capturando todos los cañones y la mayoría de las tropas», según informó un oficial. La batería A del 96.º de artillería de campaña disparó con humeante frenesí desde Sidi Bou Zid hasta que todos los observadores de avanzada estuvieron muertos o heridos y los artilleros carecieron de puntos de referencia. «No sabíamos exactamente adonde disparar», manifestó un teniente. «Había fuego de artillería, de ametralladoras, de bombas antitanques, todo silbando a nuestro alrededor.» Dejando a sus muertos en un tráiler vacío, los artilleros se desplazaron al oeste.

Las balas y las bombas antitanques del enemigo acribillaban el desierto. Los soldados cavaban trincheras con los cascos y con las manos hasta que éstas les sangraban. «A mi alrededor, mis camaradas eran ametrallados desde los tanques», recordó un soldado. «Sus gritos apenas se oían debido a las terribles explosiones.» Otro se tropezó con un grupo tan aterrorizado que nadie podía ni hablar. «Me derrumbé y luego seguí a solas», confesó más tarde. Un jefe de sección antiaérea, que había perdido «el sentido de la orientación en la confusión y la desbandada de las unidades», avanzó hacia el sureste y cayó directamente en manos de los alemanes. Las avanzadillas enemigas también capturaron cuatro ambulancias llenas de heridos estadounidenses; también caerían el destacamento médico del 158.º de infantería y la compañía de camilleros del 109.º batallón médico, con la pérdida de 100 hombres, entre ellos diez médicos. Los médicos de la Wehrmacht repartieron naranjas entre los prisioneros norteamericanos que sufrían graves quemaduras.

No cabía la menor duda de que el enemigo había realizado «una salida hostil», tal como redactó un administrativo en el parte diario de guerra del CCA. El general McQuillin, que desde su puesto de mando en el límite este de Sidi Bou Zid tenía que poner orden entre el griterío de las radios y las nubes de humo, creyó que aún se podían enderezar las cosas mediante un enérgico contraataque. A las 7.30 ordenó al comandante del 3.º batallón del 1.º regimiento acorazado que «resolviera la situación». El teniente coronel Louis V. Hightower, de 33 años y compañero de curso en West Point de John Waters, emergió de la tienda de McQuillin con un portafolios en la mano. Subió a su Sherman, llamado *Texas* y con la bandera Lone Star flameando en la antena, y se dirigió al Oasis. Con la pronta eliminación de la compañía G, le quedaban tres docenas de tanques Sherman.

A tres kilómetros al norte de Sidi Bou Zid, atacaron los Stukas. Los tanques de Hightower no sufrieron graves daños, pero las bombas «provocaron tal humareda que no podíamos ver», recordó más tarde. Entonces cayeron sobre la formación bolas de fuego verdosas, «como una piedra plana rebotando en el agua». Los Shermans a izquierda y derecha fueron pasto de las llamas. «Otras veces salían dos o tres hombres», informó un sargento. «Otras veces ninguno podía hacerlo. La mayoría de los tanques ardían cuando eran alcanzados.» Una bomba le arrancó la cabeza al comandante de la compañía H. El destacamento al mando del teniente Laurence

Robertson, enviado a patrullar al sureste la noche anterior, se abrió paso a través de un campo minado para sumarse a la pelea. Perseguido muchos kilómetros por 30 Panzers, Robertson había logrado escapar disparando andanadas de bombas de humo contra sus perseguidores para simular artillería. Ahora estaba claro que el ataque por el paso de Faid estaba complementado por la 21.ª división Panzer, que en ese momento se desplegaba en el paso de Maizila a unos 30 kilómetros al sur. El enemigo intentaba rodear a todo el CCA en un doble círculo.

Hightower condujo a los restos de su batallón hacia Sidi Bou Zid en una retirada en zigzag y avanzó por el flanco sur de la carretera de Gafsa. A sus espaldas, los escuadrones de la Luftwaffe arrasaban metódicamente la población. En un olivar que resguardaba los suministros del CCA, un capitán en un jeep pasaba a toda velocidad gritando: «¡Fuera de aquí!». «¡Sálvese quien pueda!» Algunos salían corriendo, otros trataban desesperadamente de poner en marcha algún vehículo que se negaba a obedecer, ya que la pelusa de las redes de camuflaje había obstruido los filtros del combustible de muchos camiones y jeeps. Un comandante ametrallaba los depósitos de gasolina de Sidi Bou Zid, mientras que los perplejos tanquistas, con los tanques casi secos de sus Shermans, se arrojaban entre las llamas para salvar unos pocos galones.

La incertidumbre dio paso a la confusión, y la confusión al pánico. Una avalancha horizontal de hombres y vehículos cruzaba el desierto en dirección oeste, hacia la intersección de las carreteras 13 y 3, a 16 kilómetros de Sidi Bou Zid y casi a medio camino de Sbeitla. (Este cruce pronto sería conocido como el Cruce Kern por el comandante de batallón enviado a defenderlo, el teniente coronel William B. Kern.) A Thomas E. Hannum, un teniente de artillería, le recordó la carrera en el desierto de Oklahoma, salvo que «el aire estaba pleno de silbidos» de los proyectiles. Otro artillero presenció cómo varios semiorugas «afloraron de repente rojos y negros como la primera llamarada de aceite en el fuego, y luego desaparecieron como un barco hundido». Los infatigables vendedores tunecinos se apostaban a los lados del camino ofreciendo huevos, mandarinas y pequeños hornillos de gasolina.

El batallón de Hightower, ahora reducido a una docena de tanques, también se dirigió al oeste, a 25 kilómetros por hora, para proporcionar protección a quienes huían. Hightower pronto divisó Panzers a un kilómetro al sur; una pinza de la 21.ª división Panzer se cernía sobre Sidi Bou Zid. Una fuerza aún mayor de tanques (la cantidad variaba en cada informe) avanzaba desde el norte después de flanquear Djebel Lessouda. «Parece», dijo gesticulando un tanquista, «como Dunkerque, pero sin agua.»

Hightower viró al sur con cuatro Shermans para ganar tiempo mientras el resto de su fuerza continuaba hacia el cruce. A 700 metros de distancia, el *Texas* alcanzó a dos tanques enemigos con disparos bien dirigidos de su cañón de 75 mm. Mirando con sus prismáticos desde la escotilla abierta, Hightower informó que una torreta «se abrió en llamas como una flor». Un proyectil alemán perforó el *Texas* por un rueda dentro de la

oruga y salió por el otro lado «como un conejo». Otras descargas arrancaron la torreta y el casco del Sherman. «Cada bomba que acertaba sonaba como un yunque gigantesco o una enorme campana», recordó más tarde Hightower. Después de darle a dos Panzers más, el *Texas* recibió una descarga que perforó el depósito de gasolina y aterrizó girando sobre la tapa de la escotilla. «¡Fuera de aquí!», rugió Hightower por encima del fragor de la gasolina ardiente. La tripulación «salió disparada antes de que el tanque se detuviese». Cinco hombres corrían al oeste cuando a sus espaldas explotó el tanque.

De los 52 Shermans en acción, esa tarde sobrevivieron seis. A las 13.45, media docena de Tigers arrasaron las ruinas de las inmediaciones de Sidi Bou Zid. A las 17.05, los tanques de la 21.ª Panzer en el sur y los de la 10.ª en el norte se encontraron a tres kilómetros al oeste de la ciudad en la carretera 125. El doble encierro les había llevado menos de doce horas.

El desastre no dejaba lugar a dudas desde el Djebel Lessouda, donde John Waters presenció el ataque con consternación, pero también con discernimiento profesional. El disparate del plan de batalla aliado quedaba claro: tras perder el paso de Faid a finales de enero, los norteamericanos tendrían que haber reconquistado el Dorsal oriental a cualquier precio, o haberse retirado a terreno defendible en el Gran Dorsal. En cambio, se habían dispersado por una vulnerable llanura abierta, donde el enemigo los podía derrotar. Lessouda, como el Djebel Ksaira en la neblinosa distancia, era tan elevado y poseía tal vista del pardo mundo de abajo, que los norteamericanos habían caído víctimas de una ilusión de seguridad. De hecho, la colina únicamente brindaba a Waters el panorama de su propia destrucción inminente.

Cuando la primera oleada de 80 tanques y semiorugas enlazó la colina al amanecer, la combinación de fognazos, polvo y expresiones de deseo evitaron que Robert Moore y sus 900 hombres disparasen ante la remota posibilidad de que se tratase de una fuerza amiga. El coronel Hains había llamado por radio a Waters desde Sidi Bou Zid, «Debe de estar pasando algo», dijo Hains con uno de los mayores eufemismos de la guerra. «Hay muchos disparos allí delante de usted ahora mismo.»

Una mejor visibilidad y los mensajes de las fuerzas derrotadas en el este pronto aclararon sus dudas. A las 8.30, los oficiales alemanes observaban Lessouda con sus prismáticos desde las torretas de sus tanques, lejos del alcance de los rifles. Encabezada por motociclistas, una columna enemiga avanzaba en el este por las cuestas más bajas a través de un wadi estrecho. Cuando estuvo a una distancia de 300 metros, Moore dio orden de abrir fuego. Una andanada desde las rocas hizo retroceder a los alemanes dejando una estela de muertos y heridos. Dos oficiales de la Wehrmacht y seis soldados fueron hechos prisioneros.

Al mediodía, el enemigo volvió a intentarlo, esta vez presionando en la cara sur, donde estaba escondido el puesto de mando de Waters. Figuras vestidas de gris corrían entre los olivos y los pastizales. Imposibilitado de ponerse en contacto con Moore por radio, Waters envió a su conductor cuesta arriba para encontrarlo. Pocos minutos

después, el soldado reapareció con el rostro blanco y una herida en el pecho. Un nervioso soldado de infantería le había disparado. «Señor, no pude llegar», le dijo a Waters, «y me dispararon.» Waters, lo envolvió con una manta y le administró dos inyecciones de morfina. Poco después, el joven soldado había muerto.

Waters llamó por radio a Hains. «Pete, voy a irme de aquí», dijo. «Están por todas partes y me buscan, pero creo que aún no han descubierto el semioruga.» No sólo se estaban aproximando las patrullas alemanas, sino que los nativos peinaban el campo de batalla desvalijando a los muertos y traicionando a los vivos. Moore estaba aislado con la infantería en el tramo superior. «Voy a dismantelar la radio y esconder las piezas», añadió Waters. «Iré hasta la próxima grieta y me esconderé hasta que anochezca.»

Trata de conservarte entero, le urgió Hains. «Buena suerte, John.»

«No te preocupes por mí», contestó Waters, «pero mata a esos hijos de puta al pie de la colina.»

A las cuatro de la madrugada, oyó pasos en la roca. Suponiendo que era uno de sus oficiales, se levantó y salió de su escondite. A cinco metros, siete soldados alemanes guiados por dos árabes se dieron la vuelta; una descarga de balas de Schmeisser no le dio a Waters por centímetros y rebotó en las piedras. Contentos de haber capturado a un oficial de alto rango, los alemanes le hicieron bajar los 800 metros hasta el pie de la colina. Pronto el enemigo se enteraría de que había capturado no sólo a un oficial, sino también al yerno del mismísimo Patton. Varios oficiales de la Wehrmacht estaban sentados en una improvisada tienda de campaña que servía de puesto de mando escuchando músicaailable en una inmensa radio. A Waters lo llevaron en una moto con sidecar. En ella iniciaría una travesía que lo llevaría a Túnez en camión, a Italia en avión y finalmente a los Alpes en tren, a un campo de internamiento bávaro. Para John Waters la guerra había acabado.

A 15 kilómetros al suroeste, la guerra proseguía calamitosamente para Drake y sus hombres. Con casi mil soldados ya atrincherados en el Djebel Ksaira, Drake decidió llevar el resto de sus tropas, ahora acampadas en varios wadis al sureste de Sidi Bou Zid, a Garet Hadid, un promontorio apenas más elevado a seis kilómetros al oeste de Ksaira. Pronto 950 fusileros, músicos, cocineros y adjuntos estaban encaramados en la roca desnuda como pájaros en sus nidos. Casi una tercera parte carecía de armas. Después de ver la huida de la artillería del Djebel Lessouda, a las 8 horas Drake había telefoneado a McQuillin para informar de la inminente derrota. Cuando McQuillin rechazó esa posibilidad, Drake le contestó: «Sé de qué estoy hablando. Siento el pánico cuando lo veo». McQuillin vaciló, pero luego le dijo a Drake: «Usted está en un aprieto. Asuma el mando y controle el pánico».

La llegada de la 21.ª división Panzer eliminó cualquier posibilidad de controlar algo. La mitad de los tanques giraron al oeste a campo traviesa para atacar Sidi Bou Zid por detrás, algo que Hightower sólo pudo interrumpir brevemente. El

resto continuó su marcha hacia el norte por la carretera 18, hacia el espacio abierto entre Garet Hadid y Ksaira. Las tropas norteamericanas en ambos cerros recibieron al enemigo con suficiente fuego de artillería como para demorar el avance alemán a ocho kilómetros de Sidi Bou Zid. Los artilleros enemigos replicaron con artillería, morteros y fuego de los tanques. «Parece que todo lo que utiliza el enemigo está diseñado para hostigar a un hombre», observó un soldado norteamericano.

Drake pronto reconoció que su posición era cuanto menos desesperada. Los tanques enemigos próximos a Sidi Bou Zid parecían estar realizando metódicas maniobras para pasar sobre las trincheras y aplastar a los defensores aún con vida. Varias unidades estadounidenses alrededor de Djebel Ksaira trataron de huir, pero sus jefes las hicieron volver con insultos y amenazas. A las 11.30, McQuillin informó desde Sidi Bou Zid al cuartel general de Ward en Sbeitla: «Los tanques enemigos se acercan y amenazan ambos flancos y a Drake. ¿Alguna orden?». Ward contestó: «Continúe con su misión». A las 12.08, McQuillin insistió: «Tenemos al enemigo encima».

Drake observaba el campo de batalla desde un promontorio rocoso en Garet Hadid cuando se le acercó un oficial. «El general McQuillin está al teléfono», dijo. «Se está retirando y usted debe permanecer aquí». Drake voló al teléfono, pero se había cortado la línea. Dos señaleros siguieron el cable hasta el abandonado puesto de mando en las afueras de Sidi Bou Zid. El puesto había sido trasladado once kilómetros al oeste, luego se sumó al penoso éxodo hacia Sbeitla. McQuillin «huyó tan rápidamente que hasta se olvidó el manual de códigos», se quejó más tarde Drake.

A las 14 horas, Drake pudo comunicarse con McQuillin por radio. Tragándose la rabia, pidió permiso para retirar a sus hombres del Djebel Ksaira. McQuillin pasó la petición a Ward, quien se la transmitió a Fredendall.

En «Speedy Valley», a 150 kilómetros del tiroteo, la vida no pintaba tan negra. Al cabo de ocho minutos, McQuillin recibió el mensaje: «Demasiado pronto para darle a Drake permiso de retirada». McQuillin radió el mensaje a Garet Hadid: «Continúe defendiendo su posición».

Unos minutos después, Drake dictó un mensaje de 93 palabras directamente a Ward. Escrito sobre tres trozos de papel higiénico británico, el mensaje acababa con estas palabras: «Hablé con McQuillan [*sic*] por radio, dijo que había pedido ayuda. Absoluta superioridad alemana en tierra y aire... A menos que llegue ayuda aérea y acorazada de inmediato, las pérdidas de la infantería serán inconmensurables».

Un joven teniente dobló el mensaje y lo guardó en el bolsillo de su camisa. Bajó por el flanco posterior de Garet Hadid y salió precipitadamente en un jeep con rumbo al oeste. Era el mensajero en busca de la caballería.

Eisenhower y Truscott habían regresado a «Speedy Valley» la mañana del domingo 14. Con el uniforme pegado al cuerpo y una gorra de lana que le llegaba a los ojos, el comandante en jefe «parecía aterido de frío», según dijo Kay Summersby.

«Estaba muy cansado y muy deprimido.» Entró en una tienda cerca del puesto de mando de Fredendall y durmió dos horas en un saco de dormir sobre un catre, roncando sonoramente.

Despertándose a media mañana, Eisenhower conferenció con Fredendall y Anderson. Ambos dieron a entender que el ataque alemán era un farol. La información era escasa, admitieron, pero el ataque enemigo parecía ser un asunto local. «No había razón alguna para pensar que McQuillin no podría resistir», escribió luego Truscott. No se registró ninguna actividad enemiga a lo largo del frente, pero Anderson quería evacuar la amenazada Gafsa en el extremo sur como precaución y retraer el flanco derecho aliado a los pies de las colinas más defendibles del Gran Dorsal. Eisenhower dio su visto bueno. En un mensaje posterior, le dijo a Marshall: «Creo que los combates de hoy demostrarán que nuestras tropas están a la altura de las circunstancias aun cuando debemos ceder parte de nuestra extensa línea».

Pronto se supo la verdad. Ciertamente algunas tropas lucharon con desacostumbrado valor; otras no lucharon en absoluto. La mayoría estaba aturdida y atemorizada. El heroísmo de Hightower, junto con la resistencia alrededor de Djebel Ksaira, había permitido escapar a cientos de hombres de McQuillin, pero varios miles estaban atrapados, capturados o muertos. De los cinco batallones controlados por el CCA, dos estaban rodeados y tres en vías de aniquilación. Cinco batallones del Eje habían golpeado a los norteamericanos, y aunque las reducidas unidades alemanas apenas equivalían a una división acorazada, incluían las formaciones más notables de la Wehrmacht: la 10.ª división Panzer, punta de lanza del avance del general Heinz Guderian en Sedan en mayo de 1940; y la 21.ª Panzer, la primera división alemana en Africa, y acaso formada por los mejores combatientes del mundo en el desierto. Además, la segunda fase de la ofensiva, MORGEN LUFT, el ataque de Rommel en el sur, aún no había empezado.

No había ambiente de urgencia en «Speedy Valley». Había preocupación, sí, e irritación ante un enemigo que se negaba a dejar la iniciativa, pero ningún comandante parecía tener la más mínima idea de las consecuencias que tenían las decisiones tomadas *en ese preciso momento*. Anderson parecía obsesionado con el norte, donde buscaba inexistentes columnas enemigas. El CCA aún no había identificado la 10.ª Panzer como el agente de su destrucción; por tanto, Anderson supuso que esa división se disponía a atacar a los franceses cerca de Kairuán. No sólo estaba demasiado dispersa la 1.ª división acorazada de Ward para lanzar un contraataque efectivo, sino que el jefe de artillería de la división había sido enviado hacía dos semanas a dirigir el improvisado CCD. De ese modo, el arma defensiva más letal de los norteamericanos, los obuses en masa, había quedado sin mando.

Eisenhower pidió refuerzos a Marruecos y Argelia, pero no muchos; los norteamericanos seguían obsesionados con la fantasía de un ataque del Eje a través de España, y los británicos con un probable ataque alemán en el norte de Tunicia. Quienes

recibieron el mensaje reaccionaron con lentitud. La 9.a división de infantería, por ejemplo, carecía de la mitad de sus vehículos, que habían quedado en casa durante ANTORCHA o se habían enviado de reemplazo al frente tunecino. Otras tropas quedaron inexplicablemente al margen, como los 4.000 artilleros de la 13.a brigada de artillería de campaña que habían aterrizado en Argelia con todo su equipo en diciembre y que permanecerían allí hasta mediados de marzo.

Con Summersby otra vez al volante, Eisenhower dejó «Speedy Valley» a las 11.30 del domingo para regresar a Argel. A 90 kilómetros al noreste de Tébessa, mientras Hightower luchaba por su vida y Waters se escondía detrás de una roca, Eisenhower dio orden de detener la caravana en la antigua ciudad de Timgad. Construida por la 3.a legión romana en 100 a.C., la ciudad había quedado en el olvido durante siglos hasta que unos arqueólogos franceses excavaron el yacimiento en la década de 1880.

Durante más de una hora, el comandante en jefe y su equipo pasaron por las calles pavimentadas con piedra caliza azul y alineadas por columnas dóricas. Los blancos restos de Timgad cubrían una ladera dominada por el arco triunfal de doce metros del emperador Trajano. Había amplios asientos aún agraciados con brazos en forma de delfines juguetones. Era menester poca imaginación para oír el estrépito de las ruedas de las cuadrigas, u oler el cedro ardiendo en los altares de Júpiter Capitolinus. Una guía invitaba a los visitantes a conjurar «a los bárbaros de las inmensidades del desierto, pintados y con plumas, corriendo por los estrechos callejones» y «la cadencia del paso de los soldados romanos con cascos de bronce». Eisenhower y Truscott leyeron una inscripción grabada entre dos columnas del gran foro: «Venari lavari ludere ridere hoc est vivere», «cazar, bañarse, jugar, reír, eso es vivir».

«Cuando me recuerdes en tus oraciones, eso es lo que quiero especialmente: cumplir con mi deber hasta el límite de mi capacidad», escribió Eisenhower a su esposa pocas horas después durante una parada en Constantina. Al llegar finalmente a la Villa dar el Ouad tras la última etapa a Argel, se sentó al piano en la sala donde unas noches antes había cantado *One Dozen Roses*. A veces Eisenhower se entretenía en el teclado tocando *Chopsticks* con dos dedos. Esa noche, cansado y taciturno ante las malas noticias de Tunicia, tocó muy lentamente *Taps*. Luego, sin pronunciar palabra, se fue a dormir. Equivocarse, inquietarse, sufrir, aprender, eso también es vivir.

NADIE REGRESÓ

Con la decisión de Anderson de acortar el flanco sur y evacuar Gafsa, los soldados tomaron un rápido y último baño en las termas romanas y partieron al noroeste. Era el domingo del 14 de febrero por la noche. Pronto la carretera 15 se llenó de carros repletos de refugiados, ganado y 180 camiones militares. Una lacrimosa propietaria de burdel que se presentó como Madame LaZonga rogó a los oficiales norteamericanos que le proporcionaran un transporte. Y lo consiguió. A

medianoche, Madame salió de la ciudad en el asiento trasero del coche del general Stuart con seis jóvenes que ella identificó como sus hijas. Saludaban como reinas de belleza en un desfile ciudadano. Los ingenieros de combate hicieron explotar la central eléctrica «dejándonos en la más completa y siniestra oscuridad», tal como anotó un oficial británico. Luego introdujeron seis toneladas de amonal, explosivos plásticos, minas antipersona y grandes cantidades de algodón pólvora en una galería subterránea debajo de la ciudadela del siglo XVI de Gafsa. La explosión, a las seis de la mañana del lunes, se oyó en 50 kilómetros a la redonda. «Piedras de más de un metro de diámetro volaban por el aire», informó henchido de orgullo un capitán de ingenieros. La detonación también demolió casi tres decenas de viviendas; los cuerpos de treinta residentes fueron recuperados de inmediato, pero 80 personas se dieron por desaparecidas cuando al día siguiente llegaron las tropas del Eje.

Los aeropuertos de Feriana y Thelepte, a 70 kilómetros por la carretera 15, debían abandonarse según la orden de Anderson. La evacuación de los 3.500 soldados había dado comienzo a las 23 horas del sábado. Para beneficio de los futuros ocupantes alemanes, un oficial a punto de partir clavó un gran mapa en la pared. Mostraba las últimas líneas del frente de Stalingrado, donde se acababa de rendir el mariscal de campo Friedrich Paulus, del VI ejército de la Wehrmacht.

Treinta y cuatro aviones aliados averiados fueron destruidos con granadas termita. Un ingeniero a cargo de la destrucción de 50.000 galones de gasolina recordó: «Antes de acabar, los alemanes ya atacaban el aeropuerto. Fui el último en salir... Me disparaban, pero había una gran humareda y no me podían ver bien». De cualquier modo, el enemigo capturó 50 toneladas de aceite y gasolina de avión y, según parece, el ingeniero no fue el último en irse. La orden de evacuación no llegó a la compañía C del 805.º batallón antitanques, que, cumpliendo una orden anterior, se dirigió a atacar al enemigo que llegaba. Rechazada y diezmada, la compañía sufrió 75 bajas y perdió sus 12 destructores de tanques junto con otros 16 vehículos.

Una manida frase militar advierte: «Nunca creas a un rezagado y rara vez a un herido». Ambas advertencias habían sido desatendidas en el cuartel general de la 1.ª división acorazada, donde no se prestó atención al clamor colectivo que proclamaba la existencia de una prodigiosa fuerza alemana en acción. El sábado por la noche llegó el coronel Hightower al puesto de mando de Ward en la franja de cactus de Sbeitla. Según un testigo presencial, se encontraba «agotado y declaró que su batallón había sido aniquilado». Confirmó que en el ataque había Tigers y numerosos Panzers. Los mensajes del Djebel Lessouda y del Ksaira proporcionaron información fragmentaria sobre tanques enemigos, cañones y concentración de tropas.

Y pese a todo, un clima de benigna desconfianza se adueñó del alto mando aliado, al que no pudo hacer cambiar de opinión ningún informe de testigos de primera mano. Anderson visitó a Robinett en Maktar y le propuso pedir prestado un solo batallón de tanques para expulsar al enemigo de Sidi Bou Zid. Una propuesta francesa de lanzar

todo el CCB al contraataque fue rechazada por los británicos por imprudente, dadas las legiones alemanas dispuestas a dar el zarpazo en el norte. Poco después de las 20 horas del sábado, Anderson envió un mensaje a Fredendall:

En cuanto a la acción en Sidi Bou Zid, concéntrese mañana en resolver la situación allí y en destruir al enemigo... El comandante lamenta las pérdidas sufridas por el CCA, pero los felicita por su valiente combate y confía en que mañana derrotarán al enemigo, que también debe de haber sufrido pérdidas considerables.

Esta alucinación pasó por «Speedy Valley» sin que nadie la desmintiese, y de allí a manos de Ward. Él y su jefe de operaciones, Hamilton Howze, redactaron la orden de contraatacar con una fuerza más débil que la ya aniquilada: un batallón de tanques, una compañía antitanques, un batallón de infantería del CCC y varios cañones. «No me gustó mucho», anotó Ward en su diario, pero ni protestó la orden ni intentó aumentar el contingente. Howze, que admitió saber poco de tácticas acorazadas, más tarde reconoció haber sentido una «perdurable vergüenza por no contestar la orden de forma más enérgica, aun a costa de mi mando».

El batallón blindado elegido para el contraataque nunca había entrado en combate. Equipado con nuevos Shermans y capitaneado por el teniente coronel James D. Alger —un graduado de West Point de 29 años, oriundo de Massachusetts—, el 2.º batallón del 1.º regimiento acorazado ostentaba menciones ganadas en el campo de batalla que databan de la guerra de Halcón Negro. Pero en esta guerra la unidad era completamente virgen. Ward anotó en su diario: «Alger se la juega a solas».

Robinett estaba a un lado del camino a Maktar cuando los tanques pasaron hacia el sur dispuestos para la batalla. «Y salimos cruzando el desierto», recordó más tarde un teniente. «No sabíamos dónde nos metíamos.» En cuanto al joven Alger, Robinett informó de que «saludó y sonrió mientras pasaba».

A un kilómetro al sur de la carretera 13 y a medio camino entre Sidi Bou Zid y Sbeitla, el Djebel Hamra brindaba un lugar privilegiado para observar cómo el enemigo recibía su merecido. A media mañana del lunes 15 de febrero, un grupo de oficiales y corresponsales había escalado la cima de 600 metros. Llegó McQuillin con el comandante del CCC, el coronel Robert J. Stark. Allí estaban Hains, Hightower y el ubicuo Ernie Pyle, con sus «eructos característicos, los inventivos insultos y su omnipresente hipocondría». Esa mañana, en el cuartel general de Ward, un oficial le había asegurado a Pyle: «Hoy vamos a darles una paliza y tenemos con qué hacerlo».

El día era seco y soleado. Un espejismo resplandecía como mercurio derramado en torno a Sidi Bou Zid, una oscura mancha verde a 20 kilómetros de distancia. Más allá del poblado, el neblinoso trapezoide color lavanda del Djebel Ksaira se elevaba en el horizonte. El Djebel Lessouda se erguía a la izquierda unido a la larga cinta de la

carretera 13. El paisaje, que en la distancia parecía llano, estaba ondulado por pliegues y hondonadas sutiles. Incluso desde la olímpica cima del Hamra, la llanura se veía ahita de labradores árabes arando los campos detrás de sus negros bueyes. La corriente térmica ascendiente traía los gorjeos de los pájaros y el olor a estiércol.

Poco antes de las 13 horas, el batallón de Alger apareció por una pista de camellos desde el norte. La columna avanzó con precisión de desfile a los lados de un solitario gomero y se encaminó al sureste en dirección a Sidi Bou Zid a doce kilómetros por hora. Detrás de cada Sherman se levantaba una nube de polvo. Los vehículos antitanques avanzaban por los flancos; más atrás, venía un batallón de infantería en camiones y semiorugas seguido por una docena de cañones. En la radio de un camión resonaba el himno estadounidense. Claramente audible en la cima de la colina, un teniente inmune a la confianza predominante de sus superiores, murmuró: «Al valle de la muerte rodaron los seiscientos».

A Alger se le había ordenado que avanzara hasta más allá de Lessouda y Ksaira, y que luego esperase a que «la infantería amiga pudiera retirarse» de las colinas donde estaba atrapada. El equipo de Ward dibujó la ruta con lápiz azul y una regla en el único mapa disponible, un plano a escala 1/100.000, en el que cada kilómetro de terreno estaba representado por menos de 0,20 centímetros de papel. Los conductores debían utilizar el extremo norte de el Ksaira como punto de referencia. No se llevó a cabo ningún reconocimiento y la inteligencia aliada calculó que la fuerza enemiga sólo contaba con 60 tanques, menos de la mitad de los que tenía en realidad.

A las 13.40 aparecieron veinte Stukas. Semejaban golondrinas en el aire. Causaron pocos daños, pero desorganizaron la formación de Alger y confirmaron que los comandantes alemanes estaban enterados del contraataque. Alger volvió a hacer una pausa cuando oyó por radio que los aviones estadounidenses planeaban contraatacar Sidi Bou Zid. Como no apareció ningún avión, prosiguió la marcha eliminando sin problemas a media docena de antitanques escondidos en un wadi próximo a la aldea de Sadaguia.

En su puesto de mando, Ward oía la radio y almorzaba con una bandeja de madera. A las 14.45 escuchó el informe del CCC: «Los tanques se acercan a Sidi Bou Zid... La falta de reacción del enemigo es sospechosa, pero según las actuales indicaciones, deben de contar con pocos efectivos o nos están engañando». Ward escribió un mensaje para Drake en un trozo de papel que debía dejarse caer desde un avión: «Daisy Mae se sumará a Lil Abner a la luz de la luna. Lo sacaré de allí». Howze también envió un mensaje por radio alertando a los hombres de Ksaira sobre su inminente salvación. «Mantengan los ojos abiertos y estén listos para subir al carro.»

Tan pronto salieron estos mensajes optimistas, una llamarada trazó un arco encima de Sidi Bou Zid, como «un brillante diamante al sol». Fogonazos de cañón parpadearon cerca de la ciudad; veinte segundos después, las andanadas de la artillería enemiga salpicaron las baterías estadounidenses. Alger informó de que una polvareda anunciaba

el avance de tanques enemigos a su izquierda y, diez minutos más tarde, a su derecha.

Habían caído en la trampa del valle. «Empezaron a estallar geiseres marrones de tierra y humo», escribió Pyle. Quedó atónito al ver que los árabes seguían arando, como si se negaran a reconocer el fin de la tranquilidad del día. Un transporte de municiones detonó «con llamas saltando y temblando. Cada pocos segundos estallaba una de las bombas y el proyectil se elevaba en el cielo con un ruido como *zuan-zi*». Divine, de pie al lado de McQuillin, escribió que «en unos minutos, la estela dorada que seguía [a los tanques de Alger] como un estandarte había ennegrecido. El humo azul y el rojo de las señales alemanas se mezclaban... Presenciamos flaquear el contraataque, romperse y desmoronarse».

La matanza se llevó a cabo en un campo de cebollas de mil metros cuadrados y a tres kilómetros al oeste de Sidi Bou Zid. Cientos de descargas de los tanques pasaban encima de los surcos y muchas de ellas daban en el blindaje con eléctricos fognazos azules. A las 16.30 ardían los tanques estadounidenses de la compañía D en el norte, la compañía E en el centro y la compañía F en el sur. Más adelante se pondría de manifiesto que el cañón principal de los Shermans no podía atravesar el blindaje de un Tiger ni aun disparando a bocajarro, mientras que un Tiger atravesaba un Sherman desde kilómetro y medio de distancia. Menos científico, pero no menos relevante, fue el cálculo de un soldado norteamericano, según el cual los tanques medianos tardaban veinte minutos en arder, y «en su interior un hombre fuerte tarda diez minutos en morir». La barahúnda de la batalla ahogó el ruido de esos hombres fuertes como si gritasen bajo el agua.

A las 16.50 el coronel Stark llamó por radio a Alger. ¿Qué pasaba? ¿Qué necesitaba el batallón? «Muy atareados», contestó lacónicamente Alger. «Situación difícil. No hay respuesta a segunda pregunta. Detalles más tarde.» Momentos después un proyectil alemán cortó la antena de la radio. Otro dio en el cañón y atascó la torreta, matando al operador de la radio y produciendo una humareda de fuego retardante. Saltando por la escotilla con otros dos tripulantes, Alger salió corriendo en dirección norte. A la media hora había caído prisionero. Pronto haría compañía a Waters en un campamento alemán.

Stark advirtió a Ward que llegar a Lessouda y Ksaira era bastante dudoso. «Puede ser que no alcancen antes de la caída del sol la posición indicada por usted.» Cinco minutos después ordenó a su batallón de infantería que se mantuviera en su sitio en vez de arriesgarse a que lo rodearan. A las 18 horas, el ataque fue cancelado directamente y los supervivientes empezaron a retirarse. Cuatro tanques Sherman de reserva se agruparon bajo Djebel Hamra para esperar a los 52 vehículos que habían llevado a cabo el ataque, pero según informó el parte de guerra del batallón, «Nadie regresó».

«Cuando cayó la tarde, el crepúsculo pareció teñirse de rojo en la zona de Sidi Bou Zid», informó más tarde McQuillin. «No hacía viento y las columnas de humo negro sobre el terreno marcaban el emplazamiento de tanques ardiendo.» Contó 27

tanques en llamas, pero «la nube de humo más espesa cerca de Sidi Bou Zid oscurecía a otros también incendiados. Resultaba fácil reconocer un tanque ardiendo por la columna de humo que ascendía». Aquella tarde, el desierto quedó salpicado de tanques destrozados y manchados de humo. «Me encontré solo andando entre los muertos y los restos», recordó un soldado. «Por la noche reinaba un silencio de muerte. Sólo lo interrumpían los ladridos de unos perros.» Los equipos alemanes de salvamento batían los campos arados en busca de armas a la luz de las llamas de los tanques y lavaban con mangueras los sesos y demás restos en los pocos Shermans que no se habían incendiado.

A la mañana siguiente, el CCA estimó en 1.600 hombres las bajas de los últimos dos días. Casi cien tanques habían sido sacrificados junto con 57 semiorugas y 29 piezas de artillería. También se perdió, tras semejante y obvio mal liderazgo, toda la fe que las tropas podían todavía tener en el alto mando.

Escuchando el palabrerío de la radio, Ward se negó a abandonar toda esperanza. A las 22.30 del lunes, le dijo a Fredendall: «Podríamos haberles dado una paliza o ellos podrían habernos dado una paliza».

Anderson no se hizo ilusiones. «Estamos peligrosamente dispersos», le dijo a Eisenhower en un mensaje. «Sería inteligente considerar que nos retirásemos voluntariamente hasta las principales montañas del Gran Dorsal.» Las «noches espantosas de huir, arrastrarse y esconderse de la muerte», en palabras de Ernie Pyle, habían empezado.

«A VECES ESO NO ES SUFICIENTE»

La inmolación del batallón de Alger también había sido visible desde Djebel Lessouda, que brindaba asientos de roca blanqueada, a Robert Moore y sus soldados atrapados. Salvo por algunas andanadas de mortero cada dos horas, el enemigo parecía contentarse con hacer que los norteamericanos se rindieran a causa del hambre. Al anochecer del lunes, un solitario P-40 voló sobre la colina y arrojó una saca de correo en un pequeño paracaídas. Dentro, Moore encontró un mensaje a John Waters, de quien aún se desconocía el paradero. «Debe retirarse al camino al oeste de Blid Chegas, donde los guías le encontrarán. Traiga todo lo que pueda. Ward.» Sospechando que podía tratarse de una trampa, Moore envió un mensaje por radio al puesto de McQuilhn para su confirmación. ¿Y cuál era el sobrenombre del comandante de la división? «El mensaje, correcto», dijo. Luego añadió, «Pinky».

A las 22.30, Moore reunió a sus hombres en la ladera suroeste de Lessouda. Cientos de rostros, azules a la luz de la luna, le prestaron atención. Se debían destruir y abandonar las armas pesadas. Moore sólo se llevaba su precioso saco de dormir británico y el casco con la huella de la ametralladora de Argelia. Marcharían en dos columnas, separadas 30 metros, en paralelo y a kilómetro y medio al norte de la carretera 13. Se transportaría a los heridos en camillas. Si un prisionero alemán hacía

el menor ademán, había que matarlo con la bayoneta en el acto.

Y partieron bajo una luna creciente, dos líneas reptantes encabezadas por la compañía F que Moore había mandado hacía mucho tiempo en Villisca. Al pie de la colina pasaron un cañón de 88 mm, «tan cerca que podíamos haber estirado una mano y tocarlo», informó luego un oficial. Un artillero alemán lanzó un grito. Moore ordenó silencio a sus hombres y siguieron adelante. El artillero se encogió de hombros y continuó durmiendo.

Media hora más tarde, Moore oyó voces en unos matorrales a su izquierda. Tal vez los guías de Ward los buscaban. Se separó de la columna y se acercó a unos árboles. Una figura oscura a unos 30 metros le saludó *auf deutsch*. Moore regresó a la columna. «No hablaba nuestro idioma», le susurró a un joven capitán. La voz volvió a llamar con más insistencia. De inmediato una ametralladora abrió fuego.

«¡Dispersión!», gritó Moore. ¡Corred!» Y salieron corriendo en todas las direcciones del compás. Los primeros proyectiles alemanes pasaron demasiado alto, pero a los 20 segundos los hombres empezaron a caer. Moore ordenó cuerpo a tierra y a rastras. Y se arrastraron frenéticamente. Retumbó la artillería en el borde occidental del Lessouda seguida del golpeteo de los morteros cuyos disparos atravesaban a ciegas el desierto. El capellán del batallón, el teniente Eugene L. Daniels, les dijo a los camilleros y enfermeros que huyeran y que él se quedaría con los heridos a la espera de ser capturados.

A las cinco de la mañana del martes 16 de febrero, Moore y un reducido grupo de la compañía F llegaron al cruce de caminos donde Ward había apostado centinelas. Ojerosos y con los ojos enrojecidos, lacerados por las espinas de los cactus y desesperadamente sedientos, descubrieron que casi tres decenas de hombres de la compañía ya habían llegado. Quince minutos después, los miembros de la compañía H llegaron tambaleantes con una decena de prisioneros alemanes, seguidos por la compañía G. A la salida del sol, Moore había contado 231 hombres. Otros llegaron durante el día a Sbeitla, donde un suboficial de intendencia distribuía mantas y abrigos. Tras otro recuento, Moore informó que de los 904 hombres bajo su mando quedaban 432.

El calvario de Drake fue aún más funesto. A casi el doble de distancia de las líneas amigas, él y sus 1.900 hombres estaban amontonados en un reducido perímetro en las cimas del Ksaira y del Garet Hadid. «Sitiados, en buen estado y con la moral alta», comunicó por radio Drake a Ward. Únicamente lo primero era verdad. El hambre atenazaba los estómagos de los soldados, que tenían la lengua hinchada por la sed. Al menor pretexto, se alejaban de la línea de combate. Drake autorizó a los líderes del regimiento que organizaran pelotones de fusilamiento en caso de ser necesarios.

La inteligencia alemana creía erróneamente que una sola compañía ocupaba cada colina, pero la fuerza estadounidense equivalía aproximadamente a dos batallones. Los esfuerzos por desalojar a los ocupantes se volvieron cada vez más agresivos. Al

atardecer del 15 de febrero, unos 300 granaderos apoyados por Panzers se habían infiltrado en las laderas más bajas de Ksaira. Las ametralladoras y los francotiradores disparaban contra todo lo que se moviera. El tambor de la banda cayó fulminado mientras llevaba munición extra al perímetro; el clarinetista resultó muerto al tratar de vengarlo. Los heridos morían por falta de asistencia médica; los muertos no eran enterrados por falta de enterradores. Los contraataques estadounidenses rechazaban temporalmente al enemigo con granadas de mano, pero minutos después se podían ver los cascos alemanes moviéndose una vez más por los wadis.

A las 14.30 del 16 de febrero, Drake, en Garet Hadid, llamó por radio al comandante del 3.er batallón en Ksaira y le propuso que se «abra paso y se una a mí». El teniente coronel John H. van Vliet Jr. le contestó de inmediato: «Entre usted y yo hay ocho cañones 88». Como para confirmarlo, el enemigo apareció en la llanura entre las dos colinas, «ajustaron las armas pesadas y bombardearon a nuestros hombres a voluntad», recordó un teniente. «No teníamos artillería para contestarles y estaban fuera del alcance de nuestras armas ligeras.»

Unos pocos minutos después, un mensaje de McQuillin confirmó que ninguna caballería acudiría al rescate: «Salga de allí. Decida la hora y el lugar. Se proveerá cobertura aérea. Se lanzarán instrucciones esta tarde desde avión». Dos páginas mecanografiadas bajaron en paracaídas en Ksaira en vez de Garet Hadid; Van Vliet tardó más de una hora en descifrar el detallado mensaje; luego debió codificar una versión reducida para transmitirla por radio a Drake. Los soldados pinchaban los neumáticos con las bayonetas y rompían los equipos a martillazos. La colina sonaba como una forja. Un sargento caminó en el reducido parque de vehículos disparando contra todos los motores. Los heridos demasiado graves para caminar, y había 60 sólo en Ksaira, fueron envueltos en lonas y abandonados a la clemencia alemana. Un oficial describió que el capellán del regimiento, «a la vista de los francotiradores enemigos, levantó las manos pidiendo la bendición de Dios por esa decisión». Drake comunicó por radio la frase codificada para levantar el campamento («Romper el globo»). Cientos de soldados reptaron por las laderas rocosas bajo la luna llena cubierta de nubes. Por una causa u otra, las últimas tropas no salieron de Ksaira hasta cerca de la medianoche; es decir, ya no tenían la menor posibilidad de conseguir la salvación antes del alba.

«Marchamos toda la noche por arenales, barrancos, cauces secos, dondequiera que encontrásemos una senda que nos ocultase», escribió un soldado. «Cuando salía la luna u oíamos un ruido real o imaginario, nos deteníamos y nos echábamos cuerpo a tierra.» Debilitados por el hambre y atormentados por la sed, los soldados pronto abandonaron las ametralladoras y los cañones de los morteros; luego desecharon la munición, las mantas e incluso los rifles. Las columnas se desintegraron en torno a ruidosas bandas de rezagados que ofrecían a sus camaradas cantimploras llenas a cambio de mil francos el sorbo de agua. Las tropas avanzaron a trancas y barrancas por

los fantasmales campos de batalla donde habían luchado Hightower y Alger, ahora cubiertos de muertos. Buscando en los tanques incinerados, algunos encontraron raciones-C y se comieron los guisos calcinados del interior.

El cabo Dave Berlovich, otrora un empleado en una librería de Des Moines, se encontró en un matorral con dos camaradas que insistieron en que viajara solo. «Estás marcado como judío, ¿verdad?», le preguntó uno de los hombres. «Mierda, no. Soy católico.» Su padre era judío, pero Berlovich había sido criado en Iowa por su madre cristiana. A la luz de una cerilla, examinaron su etiqueta de identificación; debajo del nombre y número de serie del cabo, había una «J» diminuta que él nunca había visto. Arrancándose la cadena y la etiqueta del cuello, Berlovich las arrojó en una mata de espinos y se encaminó al oeste redoblando el paso.

El alba los pilló en campo abierto, dispersos en unos ocho kilómetros de desierto al oeste de Sidi Bou Zid. Su objetivo, el Djebel Hamra, se elevaba en el horizonte envuelto en la niebla. Una columna de camiones apareció en un camino de tierra. Por un instante, los hombres de Drake creyeron que habían llegado a rescatarlos. Entonces, tropas vestidas de gris salieron de los toldos de lona. «Ésos», informó un teniente a Van Vliet, «no son nuestros vehículos.» Las ametralladoras abrieron fuego desde el flanco izquierdo y los hombres salieron huyendo ante una vorágine de proyectiles y obuses. Drake trató de reunir 400 hombres aún cercanos y despachó a una docena de voluntarios para ganar tiempo. El escuadrón «ganó el terreno deseado, un pequeño promontorio en el desierto», informó un testigo, «y pudo contener al enemigo durante aproximadamente una hora». Esa retaguardia, rodeada y atacada por granaderos de Panzers, acabó aniquilada.

A las 10, Drake ordenó al teniente William W. Luttrell que asumiera el mando de otro escuadrón. «Me miró y gritó: "¡Teniente, reúna a esos hombres y ataque!"», contó luego Luttrell. Luttrell, a quien sólo le faltaba el sable para completar un cuadro de la guerra civil, organizó a toda prisa una escaramuza de asustados fusileros. Luego, los vio caer aniquilados. «Simplemente cayeron delante de mí, algunos lentos, otros rápidos, algunos hacia delante; otros, hacia atrás.» Luttrell sobrevivió para ser hecho prisionero por un sargento de la Wehrmacht con una ametralladora. «Todo es mejor en Alemania», comentó el apresador, pero el olor a quemado de los proyectiles de las ametralladoras permaneció en su memoria toda la vida.

Los Panzers acabaron la encerrona empujando a los norteamericanos en pequeños grupos. «Vi que no había salida, até un pañuelo blanco en la punta de un palo y lo agité. Eso fue todo», informó Van Vliet. De la torreta abierta de un Tiger, un oficial gritó a Drake: «Coronel, ríndase». Drake contestó, «¡Vayase al infierno!», y le dio la espalda hasta que apareció un comandante de la Wehrmacht, que, en perfecto inglés, le ofreció un asiento en su coche de reconocimiento. Había ejercido de abogado en Chicago, dijo el comandante, y se sentiría honrado por la compañía del coronel.

La debacle era completa. De los hombres de Van Vliet en el Djebel Ksaira, unos

800 fueron capturados junto con otros 600 de Garet Hadid. Una cuadrilla de sepultureros apiló los muertos en una fosa común; luego se sumó a la columna de prisioneros norteamericanos, que se extendía hacia el este, hasta donde llegaba la mirada. Unos pocos centenares de soldados, incluido al desetiquetado y ecuménico Berlovich, alcanzaron las líneas abadas, muchos tras haber sobrevivido una semana a base de huevos robados y hojas de cactus. El teniente coronel Gerald C. Line, el segundo de Drake y el único oficial que pudo escapar, llegó más muerto que vivo al campamento estadounidense. Luego le escribió a su esposa: «No sé si estoy cuerdo o loco».

Para todo propósito militar, el 168.º regimiento de infantería, el mejor de Iowa, había sido aniquilado. «Se puede perdonar ser derrotado», escribió el teniente Luttrell, que pasaría el resto de la guerra en una prisión alemana, «pero es imperdonable dejarse sorprender.»

La victoria en Sidi Bou Zid desequilibró a los alemanes. FRÜHLINGSWIND había sido un éxito rotundo. El abandono aliado de Gafsa hizo innecesario MORGENLUFT, la ofensiva de Rommel en el sur. ¿Y ahora qué?

La seguridad atroz en las comunicaciones aliadas ayudó a contestar esta pregunta. Transmisiones por radio sin codificar proporcionaron a los escuchas alemanes amplia evidencia de las intenciones y del desconcierto de los aliados. Más tarde, la seguridad de la 1.ª división acorazada de Ward fue calificada de «increíblemente baja», la peor de cualquier unidad estadounidense en Tunicia. Sus transmisiones incluían perlas como «si el enemigo ataca, tendré que retirarme». Tras la orden de Anderson de las 10.40 del 16 de febrero según la cual el II cuerpo debía olvidarse de otros contraataques, los comandantes alemanes pronto supieron con total seguridad que las tropas norteamericanas sólo llevarían a cabo una acción de demora en Sbeitla como parte de la retirada general. Con la aprobación de Kesselring, Arnim ordenó que sus tropas siguieran el avance hasta Sbeitla, la puerta de acceso a Kasserine y el Gran Dorsal.



El coche oficial de Rommel entró en Gafsa el martes 26 por la mañana. Los tunecinos que no estaban atareados rescatando supervivientes de las demoliciones estadounidenses, se dedicaron al pillaje de la ciudad con festiva desidia arrancando cañerías, marcos de ventanas y fregaderos. Con su largo abrigo de cuero sobre los hombros, Rommel observó divertido cómo un gentío se reunía alrededor del coche

gritando: «¡Hitler! ¡Rommel! ¡Hitler! ¡Rommel!». Los campesinos les regalaban huevos y pollos aleteantes mientras que los soldados alemanes repartían cartones de Lucky Strike encontrados en un camión militar abandonado.

Arnim tenía órdenes más o menos concretas, pero ¿qué iba a hacer el Zorro del Desierto? El plan original de Kesselring preveía que la 21.ª división Panzer se uniera al Afrika Korps para el asalto a Gafsa, pero esa misma mañana Arnim había informado a Rommel de que ya no veía ninguna razón para transferir la división. En cambio, pensaba girar al noreste desde Sbeitla para capturar más tropas anglonorteamericanas en el valle de Ousseltia. Rommel llevó a sus hombres a los abandonados aeródromos de Feriana y Thelepte, pero seguía con los ojos fijos en el oeste y en el inmenso depósito de combustible de Tébessa. Kesselring, conferenciando con Hitler en el este de Prusia, no estaba disponible para actuar de árbitro entre los comandantes cada vez más antagónicos de África. Los norteamericanos retrocedían, pero el gran impulso del Eje ahora bajaba visiblemente de voltaje por falta de un mando unificado y de una visión ofensiva a largo plazo. Reinaba una anómala incertidumbre. Por suerte para los aliados, los alemanes perdieron más de dos días preciosos debido a las desavenencias en el alto mando.

«Jamás he jugado», escribió luego Rommel, «ni nunca he tenido miedo a perderlo todo, pero en aquella situación el riesgo era máximo.» La fuerza más débil debía correr más riesgos. Una ofensiva en Tébessa y luego otra a 220 kilómetros en Bône romperían la línea aliada y «obligarían a todas las fuerzas británicas y norteamericanas a retroceder hasta Argelia». Esa maniobra «cambiaría todo el teatro de operaciones del norte de África». En un mensaje a Kesselring y al Comando Supremo en Roma, pedía que tanto la 10.ª como la 21.ª divisiones Panzer pasaran a estar bajo su mando para efectuar «un inmediato avance en pinza de fuerzas poderosas... sobre Tébessa y el área al norte de la misma». A la espera de la contestación de Roma, Rommel cenó cuscús y cordero con un jeque local.

Arnim expresó su desacuerdo en una llamada telefónica a Rommel y en un mensaje a Kesselring. «Tendríamos el terreno en contra», advirtió. Tébessa era montañosa y fácil de defender; una ofensiva llevaría al menos dos semanas con inciertos suministros de gasolina y con el VIII ejército de Montgomery a las puertas de Mareth. Mejor pasar al norte, a un terreno llano, para aliviar la creciente presión en el oeste de Túnez.

La inteligencia aliada detectó parte de este prolongado debate. Gracias a Ultra, los escuchas oyeron un mensaje de Rommel del 17 de febrero indicando que no podía arriesgarse a atacar Tébessa con los 52 tanques alemanes y los 17 italianos que tenía bajo su mando. Pero otros mensajes más importantes no fueron descifrados, entre ellos la petición de Rommel de dos divisiones blindadas. Una vez más los desciframientos de Ultra probaron ser incorrectos.

Kesselring titubeó, pero finalmente llegó a la conclusión de que la oportunidad

superaba al riesgo y puso su influencia al servicio del plan de Rommel en un mensaje al Comando Supremo: «Considero esencial continuar el ataque en dirección a Tébesa». Después de más exasperadas presiones de Rommel, que alegaba que la operación tenía «una posibilidad de éxito si el ataque se lanza sin demora», el viernes a las 13.30 llegó el permiso de Roma. Rommel podía contar con las dos divisiones Panzer «para forzar un éxito decisivo en Tunicia». Sin embargo, había un contratiempo. En vez de alcanzar Tébesa, se le pidió que pusiera como objetivo El Kef, a 110 kilómetros al norte de Kasserine, donde los caminos eran mejores y podía cortar en dos al I ejército de Anderson. La encerrona se estrechaba al menos 80 kilómetros, dividiendo la diferencia entre la propuesta de Rommel y la de Arnim.

Rommel protestó contra «la increíble falta de visión» de unos superiores que «carecían de las agallas necesarias para tomar una decisión sin reservas». Luego, calmándose, pidió una botella de champán. Norte u oeste poco importaba. Él volvía al ataque. De repente, le confesó a su asistente que se sentía «como el viejo caballo de guerra que vuelve a escuchar la música de siempre».

Desde 647 d.C., cuando los soldados del califa incendiaron Sbeitla y degollaron a sus habitantes, no había sufrido la pequeña ciudad una noche como la de aquel 16-17 de febrero. «Se produjo una confusión insondable», escribió un oficial. «El camino estaba atestado hasta donde alcanzaba la mirada con los restos de una fuerza derrotada que se batía en retirada.» Hacía semanas que Sbeitla estaba llena de tropas coloniales francesas arrolladas en el paso de Faid dos semanas atrás y de soldados norteamericanos de retaguardia cada vez más nerviosos ante las noticias de los desastres en el este. Ahora, supervivientes ojerosos de media docena de batallones destrozados entraron en la ciudad con la artillería enemiga pisándoles los talones. La mayoría creía que Rommel y no Arnim comandaba las tres columnas acorazadas que los perseguían; había una perversa satisfacción de ser derrotados por el famoso Zorro del Desierto, que, como reconoció un artillero, «nos daba bofetadas como a colegiales. Era deprimente y humillante al mismo tiempo, pero también era fantástico».

Poco a poco, empezó a cundir el pánico. Las enfermeras que evacuaban un hospital francés abandonaron todo aquello que no podía trasladarse en un carro, y los soldados se llevaban relojes despertadores, abrecartas y botellas de licor de melocotón. En el 77.º Hospital de Evacuación de Estados Unidos más de 600 quemados y otros heridos graves fueron colocados en una tienda invertidos, los pies frente a la cabeza, para evitar la respiración en las caras. Unos médicos pálidos donaban una y otra vez su propia sangre para transfusiones hasta que llegó la orden de «hacer las maletas y escapar». Los pacientes, envueltos en mantas militares, fueron cargados en camiones abiertos y sin iluminación, excepto las luces cubiertas de los parachoques traseros. Mientras el convoy avanzaba al oeste hacia Kasserine, la nieve blanqueaba los cuerpos tendidos en los camiones. «Batirse en retirada», dijo un cirujano, «es una expresión aterradora.» Un irónico soldado norteamericano envió a su

casa la contestación perfecta en una carta: «Los norteamericanos nunca se baten en retirada; se *repliegan*».

Se hizo noche cerrada. Se acercaban los ruidos de la batalla. El resplandor de las trazadoras se encendía y apagaba en los olivares a cinco kilómetros de Sbeitla. «Tiros. Tengo que ir», escribió un soldado en una carta. Luego añadió: «Nunca he estado más asustado en mi vida». Con o sin permiso, huyeron muchas unidades. Los oficiales franceses engarzaban sus hombres a los carros, los caballos a los cañones y las mulas a los camiones averiados, todo lo cual dificultaba aún más el tráfico de la carretera 13. Howze imploró a Carleton Coon y sus colegas de las fuerzas especiales que se atrincheraran y arrojaran cócteles Molotov a los Tigers que pasaran. «No quisimos hacerlo», informó luego Coon. «No era nuestro trabajo.» En cambio jugaron al póquer utilizando cartuchos de rifle como fichas y más tarde sembraron unas cuantas minas. Sumándose a los refugiados, había un pelotón de palomas del cuerpo de señales que habían llegado a Sbeitla el 11 de febrero para complementar las comunicaciones de radio y teléfono. Aún no se había enviado ningún mensaje por paloma; los encargados necesitaban una semana para aclimatar a sus aves antes de que pudieran llevar mensajes. Ahora, 1.500 palomas decididamente inquietas se dirigían hacia el oeste en unas jaulas que se balanceaban sobre un camión.

A las 20.30, sin previo aviso, los ingenieros hicieron estallar los surtidores que aumentaban el acueducto a Sfax. Las siguientes detonaciones demolieron un puente ferroviario al este de Sbeitla, así como alcantarillas de calles y el propio acueducto. Aunque los tanques enemigos aún estaban a kilómetros de Sbeitla, pronto estallaron los depósitos de municiones. La impresionante explosión amarilla se oyó en la Tunicia central.

Los soldados en retirada siempre están predispuestos a creerse lo peor y los hombres atribuyeron las detonaciones a enemigos infiltrados. El pánico, que había sido aislado hasta entonces, ahora se generalizó. Se produjo la estampida. Conductores aterrorizados aceleraron por las calles estrechas destrozando los guardabarros o metiéndose en baches. En la carretera 13, los vehículos corrían de tres en tres como cuadrigas. Agitando los brazos, los oficiales trataban de detenerlos sólo para tener que hacerse a un lado. Los soldados que no podían conseguir un vehículo huyeron a campo traviesa. Al encontrar un escuadrón de infantería disparando frenéticamente en medio de la noche, un joven oficial preguntó a qué disparaban. Un soldado levantó los ojos de su humeante M-1 y le contestó: «Maldito sea si lo sé, mi teniente, pero todo el mundo está disparando». Otros profundizaron su vergüenza con superficial crueldad. «Estábamos al lado de unas casas árabes», escribió más tarde un soldado de un batallón de reconocimiento. «Decidimos ver lo que había en el interior de una de las casas; derrumbamos una esquina con el semioruga y salieron cinco mujeres; entonces fuimos a la siguiente.» Los británicos llamados a reforzar Sbeitla se abrieron paso a contracorriente entre la muchedumbre que huía. «Saca esa basura del camino», gruñó

un oficial, «y deja paso a un ejército.»

La neblina de la guerra obnubiló a Orlando Ward desde la agresiva ofensiva alemana en el paso de Faid hacía cuatro días. Rara vez se aventuraba fuera del puesto de mando de la 1.ª división acorazada y le costaba imaginarse un panorama verosímil del campo de batalla a partir de los mensajes que le llegaban a su franja de cactus en Sbeitla. No obstante, Ward guardó la calma, incluso el buen humor, pese a la evidencia de que los norteamericanos habían perdido dos batallones blindados, dos batallones de infantería y varias unidades menores. Únicamente la orden de Fredendall del martes por la tarde de destruir el depósito de municiones le «molestó y enfureció». La detonación parecía prematura y representaba una clara señal a enemigos y aliados de otra retirada estadounidense.

La noticia que a continuación le perturbó fue que entre los que huían al oeste estaba McQuillin y muchos de los soldados del CCA todavía no caídos ni capturados. Al Viejo Mac lo habían despertado las explosiones y las ráfagas de las ametralladoras en los huertos al este de la ciudad. Como un caballo de ajedrez, saltó a la retaguardia entre las ruinas romanas en los suburbios del oeste y pasó de largo ante la tumba del mártir San Jucundo. El coronel Stark, el comandante del CCC, vio pasar a McQuillin con una unidad de caballería francesa. Luego fue a comunicárselo a Ward. «Le dije al general Ward», recordó Stark, «que si pensaba que el CCA era su primera línea de combate, estaba equivocado.» El general llamó por radio a McQuillin y lo encontró a «varios kilómetros en la retaguardia», añadió Stark. «Ward ordenó a McQuillin que detuviera la retirada del CCA y regresara de inmediato a sus posiciones.»

A la una de la madrugada del 17 de febrero, Ward telefoneó a Fredendall para anunciarle que los bárbaros estaban en la puerta. La punta de lanza de tal vez 90 Panzers, incluidos 9 Tigers, había perforado el flanco izquierdo estadounidense a cinco kilómetros al este de la ciudad. Ward no sabía cuánto tiempo podría resistir su división.

Fredendall telefoneó de inmediato a Truscott en Constantina. El comandante del II cuerpo había informado anteriormente que la «situación... no pinta nada bien», pero ahora añadió que «consideraba [Fredendall] la situación extremadamente grave; no es seguro que se pueda resistir». Truscott escribió unas rápidas notas. Treinta minutos más tarde, Fredendall volvió a llamar. «Me temo que hemos perdido la 1.ª división acorazada». Truscott garabateó: «Parece que el I ejército no ha creído la grave situación expresada en sus informes».

Truscott tenía su propio espía en Sbeitla, un coronel que le enviaba informes de inteligencia bastante líricos y ahitos de licencias poéticas. Poco después de la una, el coronel informó de que «los tanques combatían a la luz de la luna en Sbeitla y rodeaban el puesto de mando de Ward». Truscott llegó a la conclusión de que los Oid Ironsides no tardarían en ser derrotados. Fredendall hizo tanto caso a sus propios temores que pronto ordenó abandonar «Speedy Valley» y organizar un nuevo puesto de

mando en una escuela primaria de Le Kouif, a 28 kilómetros al noreste de Tébessa. El proyecto del túnel fue olvidado para siempre y sus galerías incompletas quedaron como un frío y húmedo monumento a un Ozimandias norteamericano y sabelotodo.

Este fárrago de problemas tuvo la virtud de estar equivocado. El enemigo estaba cerca, pero no *tan* cerca, y ciertamente no contaba con 100 tanques. (Y ningún Panzer estaba a 130 kilómetros de los caminos difíciles de «Speedy Valley».) Hubo suficientes valientes e incondicionales que optaron por presentar resistencia para que el avance alemán fuera detenido a medio camino. «Fuerte resistencia enemiga», informó la 21.ª Panzer tras varias escaramuzas. Con sólo 65 tanques, el comandante de los Panzers decidió esperar el alba antes de proseguir el avance. Para mayor debilitamiento de la causa del Eje, Arnim eligió ese momento para retirar parte de la 10.ª división blindada para una ofensiva a 40 kilómetros al noreste donde los tanques sólo encontrarían problemas con los campos minados y el fuego cerrado de la artillería aliada.

Para mayor beneficio de Ward, su división volvía a estar unida por primera vez desde Irlanda del Norte. Finalmente convencido de que la principal ofensiva alemana había venido por el paso de Faid, Anderson autorizó a Fredendall a que desviara el CCB y otras unidades estadounidenses unos 100 kilómetros en dirección a Sbeitla.

«Mueve los grandes elefantes a Sbeitla, muévete rápido y llega disparando», le dijo Fredendall a Robinett. De inmediato, dos columnas paquidérmicas avanzaron hacia el sur. Ward emplazó el CCB a su derecha, al este de la ciudad; al otro lado de la carretera 13, los restos del CCA se dispusieron a la izquierda. Robinett llegó a lo largo del martes por la noche emplazando sus tanques, llamando la atención a los desanimados y haciendo gala de toda la fanfarronería de un hombre dispuesto a combatir. Cuando un artillero expresó su temor a que los cañones hubieran sido capturados, Robinett le contestó parafraseando a Sherman: «Cuando las cosas van mal en la retaguardia, vaya al frente. Allí las cosas siempre van mejor».

A decir verdad, las cosas en el frente tampoco iban mejor. El CCA había fracasado sin posibilidad de mejorar y lo mismo sucedía con la confianza del alto mando. «Todo va mal en Sbeitla», dijo Anderson a un general francés. A la 1.30 del miércoles, el comandante británico permitió que Fredendall abandonara Sbeitla, al tiempo que pedía que Ward resistiera hasta la tarde siguiente para levantar fortificaciones en el paso de Kasserine al oeste y en Sbiba en el norte. Fredendall protestó diciendo que para la tarde los Oíd Ironsides estarían reducidos a ceniza. Anderson estuvo de acuerdo en fijar la hora de levantar campamento a las 11 del miércoles. Antes del alba el plan volvió a cambiar para dar más tiempo a Fredendall, y Ward recibió la orden de resistir a toda costa hasta próximo aviso.

«Tuve otra discusión con el gran jefe», le dijo Fredendall a Truscott, que ahora tenía una estenógrafa escuchando y transcribiendo en la misma línea. «Quería que aguantara todo el día en Sbeitla... Me habría visto en otra pelea de perros. Finalmente,

logré que me dejara ir adelante. No sólo quieren decir lo que uno debe hacer, sino también *cómo* hacerlo. De cualquier modo, creo que saldremos de esta.»

En cuanto a Drake, Fredendall añadió: «Tenemos que olvidarnos de él».

«¿Alguna noticia de Waters?», preguntó Truscott.

«Nada, no sabemos absolutamente nada de él», contestó Fredendall.

Fredendall bajó el tono. Los ruidos de los túneles en «Speedy Valley» habían sido suplantados por el clamor de los hombres desarmando las tiendas y cargando los camiones. Sus fuerzas estaban desmoralizadas; ya se habían retirado unos 80 kilómetros, sufrido unas 2.500 bajas y el final no estaba a la vista. Su carrera profesional también estaba destrozada. Durante 25 años, había servido de uniforme, se había hecho un nombre, se había ganado sus estrellas. Pero con toda seguridad Eisenhower necesitaría un chivo expiatorio.

«¿Cuándo piensa que el viejo querrá tener mi uniforme?», preguntó Fredendall.

Truscott vaciló. «El sabe que usted está haciendo todo lo que puede.»

«A veces», dijo Fredendall, «eso no es suficiente.»

Ward y Robinett esperaban un ataque la madrugada del miércoles, pero no pasó nada. La posición, la moral y el número de fuerzas aún favorecían al Eje, pero los alemanes no forzaron la marcha, sino que merodearon cautelosamente en vez de asestar un golpe definitivo a los desorganizados norteamericanos. Kesselring seguía en Prusia; Arnim continuaba perdiendo el tiempo en el noreste, Rommel cenaba cuscús en Gafsa y redactaba peticiones al Comando Supremo. Aunque los escuadrones de la Luftwaffe bombardeaban Sbeitla y otros bastiones aliados, no había una sensación de urgencia extrema. El Eje parecía sufrir la misma languidez que había marcado los primeros movimientos aliados en la campaña tunecina, y cada hora que pasaba permitía el rearme y el fortalecimiento aliados.

Ward recuperó la gallardía. «Estuvimos en la franja de cactus toda la mañana y parte de la tarde», contó un sargento a sus padres. «Con los prismáticos y luego a simple vista, se podían ver los puntos negros de los vehículos acorazados. El general, uno de los mejores hombres, de pie, fumaba un puro con mucha calma, lo que tranquilizaba a un buen número de soldados muy nerviosos, incluyéndome a mí.»

Quince minutos antes del mediodía, se reanudó el ataque. La infantería de la Wehrmacht avanzó por la carretera 13 y los Panzers embistieron al CCB en el flanco derecho, donde Robinett había emplazado a un batallón antitanques en una línea de varios kilómetros al este de la ciudad. Unos pocos pelotones dispararon contra los Panzers, pero la mayoría se batió en retirada; finalmente lo hicieron todos. En vez de retroceder compañía tras compañía como estaba previsto, los semiorugas «dieron media vuelta y retrocedieron», recordó luego un soldado. «Todo el mundo arrojaba bombas de humo, de modo que aquello se convirtió en una escena dramática.»

A las 13.15, los Panzers rodaron hacia el 2.º batallón del 13.º regimiento acorazado, cuyo comandante, Henry Gardiner, se había batido con valentía en los

alrededores de Tébesa hacía tres meses. Los tanques de Gardiner aún eran los antiguos M-3 General Lee, pero habían tenido tiempo suficiente para esconderse en un wadi y ser camuflados artísticamente con arcilla. «Conté 35 tanques rodando por un promontorio directamente al frente a una distancia de cinco kilómetros», informó Gardiner. Esperaron y esperaron, y cuando los tuvieron a tiro, gritó: «¡Muchachos, son nuestros!» Salió fuego del wadi, alcanzando a 15 Panzers y destruyendo a cinco. La andanada «detuvo el ataque en seco», dijo Gardiner.

Por una hora. Luego volvieron los Panzers, esta vez furibundos, con un ataque demoledor alrededor del flanco derecho estadounidense, a unos ocho kilómetros al sur de Sbeitla. Los jefes de artillería pedían a gritos más municiones. Sus bocas abiertas parecían brillantes Oes rojas en medio de la mugre y el polvo de los rostros. Entre bombazo y bombazo, los hombres, al límite de sus fuerzas, se dormían sentados. «Estábamos todos agotados después de la batalla de la noche anterior; casi no habíamos dormido y habíamos perdido muchos hombres», recordó un artillero.

Gardiner advirtió a Robinett que muy pronto sus tanques tendrían «serios problemas». A las 14.30 Ward autorizó la retirada del CCB detrás de sus gemelos cuerpos de comandos. Durante tres horas, los hombres de Gardiner lucharon en una diestra batalla de retaguardia a un coste de nueve tanques Lee, incluyendo el del comandante del batallón. Con el conductor muerto y el tanque en llamas, Gardiner se escondió hasta el crepúsculo. Luego huyó hacia el sur, engrosando la estela del ejército en retirada.

Al anoecer, las tropas germanas e italianas ya estaban en las proximidades de Sbeitla. Era un lugar en ruinas, vacío, ardiendo y hediondo, con puentes destruidos y cañerías destrozadas. Sólo los templos romanos y la cripta de San Jucundo habían escapado a la destrucción. Robinett podría haber invocado otro aforismo de Sherman: «La guerra es crueldad y no se puede adornar». Cayó la noche sobre la columna aliada que avanzaba al oeste abriéndose paso por los densos bosques más allá del paso de Kasserine, el desfiladero que daría su nombre a una sucesión de batallas de dos semanas de duración. «La noche era densa, con nubes bajas y el omnipresente e intolerable viento... y todo el caos y la confusión inevitables de los movimientos nocturnos», escribió A. D. Divine. «Las nubes enrojecían con el incendio de los depósitos de Sbeitla.»

Una vez más, los aliados habían sido aplastados. Pero en aquella oscuridad brillaba una luz entre todos los que habían dado la cara, luchando valientemente hasta el final. Hicieron acto de presencia el orgullo, la sed de venganza, la casta y una sensación de que ya estaba bien, de que ya era suficiente. De aquel desastre podía surgir un despiadado espíritu de matar. La guerra se daba la vuelta como un guante. Entre los que marchaban penosamente bajo los oscuros picos del Gran Dorsal estaba Ernie Pyle, que consideró la retirada «sumamente humillante», pero que escribió sobre los soldados que lo rodeaban:

No es menester sentir vergüenza ni preocuparse por su capacidad... No hay nada malo en el soldado norteamericano. Su espíritu de combate es bueno. Su moral es alta. Cuando más combate, mejor combatiente es.

Pyle decía a sus lectores lo que él sabía que querían oír. Pero por extraño que parezca, era la verdad.

«ESTE SITIO ESTÁ DEMASIADO CALIENTE»

El Gran Dorsal se extiende de noreste a suroeste a lo largo de 320 kilómetros antes de desaparecer más allá de Feriana. Tres orificios traspasan la cordillera en el sur conectando la meseta interior tunecina con las tierras altas de Argelia. El segundo y más espectacular es el paso de Kasserine, a 40 kilómetros al oeste de Sbeitla, más allá del escrofuloso poblado de Kasserine.

Durante milenios, ha ofrecido paso a las invasiones de oeste a este y de este a oeste. En su punto más estrecho, a 600 metros sobre el nivel del mar, el desfiladero tiene apenas kilómetro y medio de ancho.

Dos formidables centinelas se elevan a ambos lados del paso. El Djebel Chambi, en el sur, es la montaña más alta de Tunicia, con sus 1.544 metros de altura, un macizo impresionante con densos bosques casi hasta la cima. El Djebel Semmama en el norte, de 1.458 metros, da al desfiladero una cara cortada a pico, al tiempo que ofrece un terreno más amable y escalable desde el este. El serpenteante río Hatab divide el desfiladero de noroeste a sureste; de forma significativa, las empinadas orillas del río, seco en verano pero con mucho caudal el resto del año, impiden el movimiento entre las mitades norte y sur del paso. Agrietado por wadis e infestado de cactus, Kasserine tiene puntos en común con el suroeste norteamericano. Es mala tierra.

Tras pasar por el pueblo de Kasserine en la garganta del paso, el camino se bifurca. La carretera 13, a la izquierda, continúa al oeste en paralelo al Hatab a lo largo de otros 50 kilómetros, hasta la frontera argelina cerca de Tébessa. El camino y el río atraviesan el Bahiret Foussana, un ancho valle de granjas dispersas y de minas de fosfatos, zinc y plomo. El terreno del Hatab ha sido descrito como «una gigantesca rampa crudamente ondulada que desagua en un arroyo sinuoso y turbulento». El segundo ramal, designado carretera 17, evita el Djebel Semmama para corretear al norte unos 50 kilómetros, hasta el pueblo montañoso de Thala, y luego otros 65 hasta El Kef.

El paso de Kasserine no es impenetrable, nada lo es, salvo las puertas del paraíso, pero una crónica militar señala que «ofrece tales ventajas a la defensa que una fuerza suficiente puede cobrarse un precio desorbitado». El II cuerpo de Fredendall poseía la fuerza suficiente, pero para infortunio de los norteamericanos esa fuerza no estaba desplegada en el paso. Los restos de la 1.ª división acorazada de Ward habían

recibido orden de reagruparse en las tierras altas al sur de Tébessa para proteger los depósitos de suministros; el resto del cuerpo estaba disperso, como de costumbre.

«Defiendo un montón de pasos de montaña contra una fuerza acorazada con sólo tres batallones y medio de infantería», dijo Fredendall a Truscott poco antes de las 14 horas del 17 de febrero. «Si [el enemigo] reúne en cualquier lugar un par de batallones de infantería, nos destrozarán.»

«La artillería de la 9.a división está en camino», replicó Truscott.

«Consígame un equipo de combate de infantería, no tengo ninguna reserva.»

«Haré lo que pueda.»

«Necesito un equipo de combate de infantería», repitió Fredendall. «Lo único que tengo son tres batallones y medio. Eso no es suficiente.»

Fredendall parecía un hombre al borde de la desesperación. Eisenhower enviaba 800 soldados diarios desde Casablanca, pero pocos llegarían a Tunicia antes de finales de febrero. «No hay ninguna esperanza de tener aquí en pocos días un equipo de combate», dijo lentamente Truscott. «La infantería de la 9.a división se está desplegando lo más rápido que puede.»

«¿Podemos esperar algún refuerzo?»

«Muy pocos.»

Así, la defensa inicial de Kasserine fue responsabilidad del 19.º regimiento de ingenieros, 1.200 hombres singularmente inapropiados para esa tarea. Desde su llegada al frente hacía 6 semanas, los ingenieros habían trabajado casi exclusivamente en la construcción de caminos, salvo aquéllos encargados de excavar los ahora abandonados túneles de «Speedy Valley». El regimiento no había podido completar el entrenamiento con rifles antes de embarcarse. Sólo uno de ellos había oído disparar en serio. El arsenal del regimiento incluía 54 vehículos de carga y media docena de compresores de aire.

A las 21 horas del 17 de febrero, con densa niebla y fría lluvia, esta infantería improvisada acabó de formar una línea al oeste de la bifurcación de caminos. Durante 36 horas, mientras los alemanes consolidaban su avance en el valle, esperaron agazapados la noche, cobijándose como podían para conservar el calor, atormentados por la ansiedad y el desconcierto táctico. Los nidos de ametralladoras estaban mal situados, las trincheras no eran demasiado profundas y gran parte del alambre de espino aún permanecía en las bobinas. Casi todos los hombres estaban apostados en el suelo del paso en vez de las alturas adyacentes. La mayoría de los comandantes sabía, al menos en teoría, que un valle no puede defenderse sin controlar también sus flancos. Pero tal como más tarde observó un oficial, gran parte de la campaña tunecina llevada a cabo por los norteamericanos implicó «trazar una línea entre lo que sabíamos y lo que hacíamos».

Más allá de las ruinas romanas, al oeste de Sbeitla, Rommel intentaba trazar su propia línea entre lo que quería hacer y lo que le habían ordenado que hiciera. Con las

manos entrelazadas a sus espaldas, las gafas encima de la visera estudió los distantes picos de Semmama y Chambi. Por esa vía, había 112 kilómetros a Tébessa y los grandes depósitos de combustible que esperaba atrapar antes de seguir el glorioso camino de Bône, pero también ofrecía la carretera 17 a Thala, la puerta trasera a El Kef, el objetivo del Comando Supremo. Un camino más directo y algo más corto a El Kef podía ser tomando la carretera 17 al norte, a unos 128 kilómetros de Sbeitla, a lo largo del flanco este del Gran Dorsal. Sin duda el enemigo defendería ambas rutas. ¿Qué defensas serían menos duras? ¿Por la izquierda, a través del paso de Kasserine, o a la derecha, directamente a El Kef? Rommel estudió el terreno con los prismáticos mientras los oficiales del Estado Mayor golpeaban el suelo con sus botas especiales para el desierto.

Arnim había complicado su decisión, pues en vez de dar a Rommel toda la 10.º Panzer, había retenido la mitad de los tanques de la división, incluyendo los Tigers, con la excusa de necesitarlos en el norte. Si bien denunció la «terquedad» de sus dos comandantes africanos, Kesselring aún no había regresado de Prusia para hacer de arbitro e imponer su criterio. Creía que la orden del Comando Supremo era lo bastante ambigua como para permitirle a Rommel un ataque frontal en Tébessa antes de moverse hacia El Kef. Pero Kesselring no estaba allí, y Rommel, dando muestra de una obediencia atípica posiblemente fruto del resentimiento, prefirió creer que El Kef debía ser su principal objetivo.

A las 4.50 del viernes 19 de febrero, Rommel dio la orden: el Afrika Korps debía avanzar hacia el este y conquistar el paso de Kasserine; la 21.ª Panzer atacaría al norte, en la carretera 71, en dirección a El Kef; la 10.ª Panzer, o todo lo que se pudiera rescatar de esa división, debía concentrarse en Sbeitla, lista para explotar la ruta que estuviera más disponible. Con ambos caminos bifurcándose delante de él, Rommel dividiría su fuerza y utilizaría los dos.

En su lejano refugio, Fredendall admitió la vulnerabilidad del paso de Kasserine. Sustrajo un batallón a la 1.ª división de Terry Alien y lo envió al frente, a sumarse al 19.º de ingenieros, junto con una batería francesa de cuatro cañones y algunos vehículos antitanques. Eso aumentó el número de defensores a 2.000 hombres. En otra llamada a Truscott a última hora de la mañana del martes, afirmó que «la 1.ª acorazada les dio una buena paliza», una victoria que sólo existía en la imaginación del II cuerpo, al tiempo que solicitaba 120 tanques Sherman de reemplazo. Truscott sólo podía ofrecer 52, casi lo suficiente para un batallón, y prefirió no revelar que Eisenhower había optado por retener otros 200 Shermans recién llegados por miedo a perderlos.

A las ocho de esa tarde, Fredendall telefoneó al coronel Alexander Stark, comandante del 26.º regimiento de infantería de Alien, que estaba al sur de Tébessa.

«Alex, quiero que vaya a Kasserine ahora mismo y lo bloquee como hizo Stonewall Jackson. Hágase cargo de todo.»

Stark vaciló. «¿Quiere decir esta misma noche, general?» «Sí, Alex, ahora

mismo.»

Stark tardó doce horas en abrirse paso por el tenebroso Bahiret Foussana, donde resonaron los altos (¡Snafú!») y las contraseñas («¡Correcto!»). Llegó al paso a las 7.30 de la mañana del viernes, al mismo tiempo que los alemanes. A diferencia del genio militar del general confederado que ahora debía reproducir, Stark sabía poco de la capacidad o disposición de sus tropas, muchas de las cuales nunca habían oído hablar de él. Una rápida inspección del paso neblinoso reveló unas dificultades que ni siquiera Stonewall Jackson habría podido resolver con facilidad. Salvo por una sola sección emplazada en las laderas del Djebel Semmama, las cuatro compañías de infantería ocupaban las tierras bajas en el flanco izquierdo del paso; lo mismo a la derecha, donde una sola sección de ingenieros ocupaba el Djebel Chambi, y tres compañías, el llano. Para pasar las tropas de un lado al otro del desfiladero, era necesario desviarse 15 kilómetros hasta el puente más próximo sobre el río Hatab. Las minas antitanques habían sido echadas en tierra, pero no enterradas, en muchos sitios donde podían pasar las fuerzas enemigas. Otras 60.000 minas y 5.000 bombas trampa estaban en camino, por avión y en camiones, pero no se sabía cuando llegarían. Fredendall también había pedido a Anderson 30 toneladas de alambrada, y cada sección rogaba que le diesen bolsas de arena, palas y picos.

Al alba, una intentona alemana de ocupar el paso con un golpe de mano había sido rechazada por la buena puntería de los cañones 75 franceses; el batallón de reconocimiento del Afrika Korps retrocedió como si hubiera tocado un horno ardiendo, pero a las diez la artillería enemiga empezó a disparar sobre el puesto de mando de Stark a cinco kilómetros al oeste de Kasserine. «De 35 a 40 camiones hostiles han traído infantería a las 10.15, que ahora se despliega por las tierras altas a nuestra izquierda», informó un oficial.

Y muy pronto, a la derecha. Unos espectros vestidos de gris escalaron las cuevas rocosas, y echaban cuerpo a tierra cuando les disparaban para luego seguir avanzando. Detrás de ellos, artilleros con ametralladoras de trípode y cajas de municiones barrían el paso con ráfagas de balas trazadoras. Los refuerzos estadounidenses llegaron a primera hora de la tarde, incluyendo la banda del regimiento, una sección de tanques y tres compañías de la 9.ª división del 39.º de infantería. Las minas mal emplazadas fueron suficientes para destruir cinco Panzers al pie del Djebel Chambi; Stark se volvió a animar pese a la pérdida a manos alemanas del risco debajo de la cima de Semmama.

Las sombras se alargaron sobre el paso cuando Stark recibió a última hora de la tarde la visita del brigadier Charles A. L. Dunphie, cuya 26.ª brigada acorazada británica ocupaba el camino de Thala, a 32 kilómetros por detrás de los norteamericanos. Stark le anunció que la batalla estaba a «punto de librarse», pese a los «pequeños problemas de comunicación» debido a que unas bombas habían cortado las líneas telefónicas. Dunphie sospechó que Stark estaba equivocado, una sospecha

que se confirmó cuando se aventuró unos 400 metros en su coche de reconocimiento. Volvió a toda prisa a la tienda perseguido por una andanada de balas alemanas. La infiltración enemiga en las líneas estadounidenses era tan obvia como ubicua.

Los norteamericanos carecían de reservas, informó Dunphie, y hasta «la posición de las tropas de Stark era indefinida; ni siquiera pudo decirme dónde estaban los campos de minas, aunque aseguró que se habían sembrado todas las minas posibles». En suma, Dunphie llegó a la conclusión de que Stark «había perdido todo control de la situación... Consideré a Stark una buena persona, valiente, pero superada por los acontecimientos». Al regresar a Thala a las 19 horas, informó a Anderson que las condiciones eran «muy precarias en el paso». Por su parte, Stark calificó a Dunphie de «cabeza cuadrada». Incluso ante un peligro mortal, los congéneres no podían esconder sus diferencias.

Stark todavía no había «perdido todo control de la situación». Eso sucedería en las horas siguientes, pero Anderson eligió ese momento para lanzar una orden de defender a muerte, efectiva a partir de las 20 horas: «El comandante del ejército ordena que no habrá retirada de las posiciones ahora defendidas por el I ejército. Ningún hombre dejará su puesto a menos que sea para contraatacar».

Mientras este ultimátum circulaba entre las tropas, muchos abandonaban su puesto, y *no* para contraatacar. El fuego enemigo caía con mayor insistencia a medida que llegaba la noche. «Lo peor era ver a algunos de tus mejores compañeros acribillados o reventados a tu lado», observó un cabo de ingenieros. «Nunca me imaginé que podía haber tantas balas en el aire al mismo tiempo, que hubiera tantas explosiones y que uno siguiera con vida.» Para aumentar el terror, había una nueva arma alemana usada por primera vez, el Nebelwerfer, un mortero de seis cañones que «destripaba» el objetivo con media docena de explosivos 75 de alta potencia, pronto conocidos como «gemidos aullantes» porque el ruido que hacían en el aire se parecía «a muchas mujeres llorando a moco tendido».

La ansiedad nocturna se propagó por las tropas de ingenieros en el flanco derecho de Stark. «Un número considerable de hombres dejaron sus posiciones y marcharon a la retaguardia», informó un oficial de ingenieros. Algunos fueron acorralados y devueltos al frente; otros simplemente desaparecieron en la noche. El flanco izquierdo de Stark era aún más vulnerable. A las 20.30, las patrullas enemigas conquistaron el puesto de mando del batallón. Los soldados infiltrados aislaron a la solitaria compañía en las laderas de Semmama, luego capturaron el Punto 1.191, el risco más importante de la montaña. Muchos soldados eludieron ser capturados, pero perdieron las ropas y las armas a manos de los bandoleros árabes. «En algunos casos, los árabes liquidaron a los hombres con los M-1 y los fusiles 0,30 que les acababan de robar», informó un disgustado comandante de compañía al jefe de la policía militar.

Por más escabrosa que hubiera sido la noche, la mañana brumosa del 20 de febrero fue aún peor. Rommel se levantó temprano para visitar un batallón italiano de

la división Centauro que atacaría el paso desde el sureste. A las 10.30 viajó al poblado de Kasserine, pasando cadáveres abotagados de conductores norteamericanos aún al volante. En un puente ferroviario sobre el Hatab, Rommel se encontró con el general Karl Buelowius, jefe del Afrika Korps, y el general Fritz Freiherr von Broich, comandante de la diezmada y lenta 10.a división Panzer. El mariscal de campo se mostró enfadado. Aunque Buelowius había ordenado que dos batallones de granaderos reanudaran el asalto, el ataque parecía carecer de ímpetu. Los norteamericanos se estaban desmoronando, pero se negaban a derrumbarse. A menos que las fuerzas alemanas penetrasen *ese mismo día* en el paso, creía Rommel, los refuerzos aliados cerrarían la herida y no permitirían ningún avance, en especial desde que la 21.a Panzer había hecho pocos progresos en su ofensiva al norte por la carretera 71. Ordenó que entrasen en acción tres batallones más para un ataque con seis batallones, la 10.a Panzer a la derecha, el Afrika Korps a la izquierda, apoyados por cinco batallones de artillería. Después de recriminar a Buelowius su falta de brío y a Broich por no liderar en el frente —ambos cabizbajos, como sorprendidos con las manos en la masa—, Rommel regresó al puesto de mando en la estación de tren de Kasserine.

El colapso estadounidense se produjo a última hora de la mañana. A las 11.22, el coronel A. T. W. Moore, comandante del 19.º de ingenieros, advirtió a Stark por radio de que la infantería y los tanques enemigos estaban forzando el paso por la carretera 13. Un comandante de ingenieros rugió: «Olvídense del equipo y salven la vida». Los observadores de artillería huyeron. De forma plausible pero poco gloriosa, explicaron: «Este sitio está demasiado caliente». Las compañías se desintegraron en secciones, las secciones en escuadrones y los escuadrones en soldados solitarios perseguidos por los «gemidos aullantes». Media hora más tarde, Moore transmitió por radio: «El enemigo ocupa nuestro puesto de mando». Y salió disparado hacia las tierras altas. Pronto llegó a la tienda de Stark para anunciar que el 19.º de ingenieros había dejado de existir. De hecho, con 128 bajas, el regimiento estaba gravemente herido, pero no aniquilado.

«El repliegue no coordinado», tal como lo expuso finamente Moore, tuvo su réplica en el flanco izquierdo. Stark ordenó que la artillería se replegara; los artilleros franceses, sin tractores para mover sus cañones 75, lloraban mientras destruían las armas. Luego huyeron a las colinas. El coronel Theodore J. Conway, enviado para evaluar la situación de Stark, quedó atónito al ver a las tropas que le pasaban a ambos lados en dirección de la retaguardia. Por un instante, se acordó de Washington a caballo en la batalla de Nueva York golpeando con la espada a los continentales que huían, en un esfuerzo inútil por hacerlos regresar; sin caballo ni espada, Conway se sumó al éxodo.

Stark resistió hasta las 17 horas, cuando las granadas empezaron a detonar cerca de su puesto de mando en el Hatab. Con su Estado Mayor y dos desventurados cámaras que acababan de llegar en busca de «un poco de acción», se lanzó río arriba antes de encaminarse a Thala. «Tuvimos que arrastrarnos», contó luego Stark, «porque en

algunos momentos [los soldados alemanes] estaban a quince metros».

Hubo 500 bajas en la infantería entre muertos, heridos o desaparecidos. Los tanques italianos avanzaron ocho kilómetros por la carretera 13 sin ver otra huella de los norteamericanos que algunos restos humeantes. A las 3.35 del domingo 21 de febrero, precisamente una semana después del inicio de la ofensiva del Eje, el cuartel general de Fredendall advirtió: «De fuentes bien informadas, se sabe que el enemigo ocupa las alturas a ambos lados del paso de Kasserine... Asimismo, atacan en dirección a Thala en un frente de 4.000 metros, y han avanzado unos 2.000 metros después del paso».

El paso de Kasserine estaba perdido. Anderson se despachó en esta ocasión con otra enérgica exhortación: «No hay más retiradas con ninguna excusa... Hay que luchar hasta el último hombre». Para los yanquis, eso simplemente significaba que los británicos estaban dispuestos a luchar hasta el último norteamericano.

«ORDEN, CONTRAORDEN, DESORDEN»

Los encargados de la demolición colocaron grandes fragmentos de algodón pólvora en los inmensos depósitos de Tébessa y esperaron órdenes para encender las mechas. A medida que aumentaban los rumores sobre la proximidad de las hordas enemigas, 400 soldados de intendencia se desbandaron. El arsenal del depósito de suministros consistía en dos ametralladoras y un único cañón de 37 mm. Los centinelas recorrían los antiguos muros con la vista puesta en el este para ver si detectaban columnas de polvo. Un oficial británico conocedor de las costumbres de Jartum y Balaklava propuso repeler el ataque de los Panzers lanzándoles granadas desde los parapetos. Para la evacuación, se cargaron en camiones 400.000 galones de gasolina dispuestos en barriles de 50 galones, pero más de un millón de raciones de comida tendría que ser abandonado si atacaba el enemigo. Cocineros blandiendo sus cuchillos iban enloquecidos por los gallineros y conejeras de Tébessa, sacrificando pollos y conejos para no dejárselos a los alemanes. La pequeña guarnición disfrutó de un excelente desayuno.

Como siempre sucede en los grandes choques entre los ejércitos, los pequeños dramas centraron la atención. Ted Roosevelt ayudaba a los franceses cerca de Ousseltia cuando le llegó la noticia de que su hijo Quentin —un oficial de artillería de 25 años, llamado así por un tío muerto en la Gran Guerra—, había resultado gravemente herido en un combate cerca de Kasserine. Una bala de un Messerschmitt le había atravesado un pulmón y había llegado al riñón. Un conductor de ambulancia corrió a tres hospitales de campaña antes de encontrar uno del que aún no había huido el personal ante el avance alemán. Roosevelt le escribió a su esposa Eleanor:

La mañana del segundo día, la temperatura le subió a 40° y pensaron que se

moría. Me hicieron llegar la noticia. Al anochecer fui a verlo. Hacía dos días que no dormía y el hospital estaba a 100 kilómetros, 100 kilómetros que hice de noche, pensando que lo encontraría muerto.

Lo encontró vivo. Dormido en un catre en una tienda con suelo de tierra, Quentin se recuperaba. «Fui hasta él y lo besé como si fuera de nuevo un niño pequeño, y ciertamente sentí que era nuestro pequeño», escribió Roosevelt. «Me siento optimista.»

Poco optimismo había en el cuartel general del II cuerpo, en la escuela de Le Kouif. Aunque Fredendall combatía el pesimismo con ocasionales sorbos de bourbon, un oficial lo describió sentado en la escalinata de entrada a la escuela con «las manos en la cabeza y dando muestras de abatimiento y desconcierto». En una ocasión, Marshall había dicho de Fredendall, «Me gusta ese hombre. Se ve determinación en su cara». Ahora lo que mostraba aquel rostro era desesperación; había empezado a referirse a su adversario como el «profesor Rommel». Silbando monótonamente mientras contemplaba un mapa, de pronto se giró y le dijo a un asistente: «Si estuviera en casa, me pondría a pintar las puertas del garaje. Eso sí que es una gozada».

Alertado del posible abandono de Tébessa, el general Juin marchó a toda prisa a Le Kouif, donde encontró al comandante del cuerpo encima de una caja de embalaje en una oficina desierta. Saludando con la mano izquierda, instó a los norteamericanos a que resistieran. Entregar Tébessa significaba dar a los Panzers una avenida llana y abierta hasta Constantina, un objetivo estratégico.

Fredendall se encogió de hombros. Carecía de refuerzos. Su cuerpo retrocedía. Haría lo que le ordenara Anderson.

Juin se irguió. «Mi mujer y mis hijos están en Constantina», dijo con la voz entrecortada por la emoción. «Si usted cumple esta orden (de abandonar Tébessa), le quitaré la división Constantina a fin de defender Tébessa, y allí nos tendrán que matar.»

Fredendall se bajó de la caja librándose del abatimiento. «Vi que cambiaba de actitud», contó luego Juin. «Dándome un abrazo, juró que no abandonaría Tébessa.»

Al menos, todavía no. Fredendall marchó a su nuevo acantonamiento, una elegante mansión propiedad de un ejecutivo de minas de Vichy. Después del frío sepulcral de «Speedy Valley», la casa parecía decadentemente acogedora. Sentado al lado del hornillo de aceite con las zapatillas puestas, ordenó a su jefe de Estado Mayor: «Dabney, abre una botella. Tomemos un trago». Al anochecer del 20 de febrero, perdido el paso de Kasserine y el «profesor Rommel» haciendo estragos, llegó el jefe de la 1.,* división de artillería tras un enlodado viaje en jeep. Su rostro parecía una máscara de yeso. «Informé a Fredendall, quien dijo que tenía para mí una misión muy importante, pero que podía esperar hasta después de la cena», escribió el brigadier general Clift Andrus. «¡Una cena! Mantelería, plata, camareros de blanco, carne, hasta helados.»

«Yo voy a ser el chivo expiatorio de todo esto», dijo Fredendall a uno de sus tenientes. Era lo más probable, a menos que pudiera encontrar un buen sustituto.

Fredendall pensó en Pinky Ward. A las 15.15 del viernes envió un telegrama «ultrasecreto» a Eisenhower:

Ward parece agotado, preocupado, y me ha informado de que traer más tanques equivaldría a dárselos a los alemanes. En estas circunstancias, no creo que deba continuar al mando, aunque ha hecho cuanto ha podido. Necesitamos a alguien mejor dispuesto de inmediato.

Mientras en Argelia Eisenhower estudiaba esta inquietante petición, la situación de la estructura de mando aliada en el Gran Dorsal se complicaba aún más. Con parte de la 1.ª división despachada a Bou Chebka, a 32 kilómetros al suroeste del paso de Kasserine, Fredendall encargó inicialmente a Terry Alien la misión de dirigir una gran área que incluía unidades francesas y británicas. El sábado por la mañana, cuando fracasaron las defensas del paso, ordenó a Robinett que se hiciera cargo del resto de las fuerzas de Stark y contraatacara con el CCB. Una vez más, Ward quedó excluido de la cadena de mando.

Varias horas después, Fredendall volvió a pensarse lo de darle a Rommel en bandeja los tanques estadounidenses que quedaban. En una conferencia improvisada sobre el capó de su coche, cerca de Thala, ordenó a Robinett que defendiera las entradas a Tébessa. Pero parecía deprimido y derrotado. «No hay nada que hacer, Robbie. Han roto las líneas y no los podemos detener», luego añadió: «Si ^ sales de ésta, Robbie, te ascenderé a mariscal de campo.»

La defensa de Robinett de las dos entradas occidentales estaría «coordinada» por el general de brigada Dunphie, que las bloqueaba por el norte hacia Thala, pese a que carecía de radios compatibles y de otros medios para comunicarse con los miles de soldados norteamericanos dispersos en una extensión de casi mil quinientos kilómetros cuadrados. En una última vuelta de merca, Anderson, cada hora más seguro de que Fredendall era incapaz de resolver la situación, nombró a su propio candidato, el general de brigada Cameron G. G. Nicholson, para comandar las fuerzas británicas, francesas y estadounidenses que estaban desplegadas al sur de Thala.

Fredendall se retiró a reflexionar en el comedor revestido de paneles de madera. El cuartel general del I ejército de Anderson era menos plácido. «Allí todo era confusión», informó un coronel norteamericano después de presenciar cómo un oficial británico abofeteaba a un histérico colega al tiempo que le gritaba: «¡Guarde la compostura!». Un guardia británico expresó el sentimiento que reinaba en las filas aliadas: «El ejemplo más perfecto de orden, contraorden y desorden que he experimentado en mi vida».

En ese terreno enlodado hizo acto de presencia un hombre ordenado en apariencia, ideas y compostura. Finalmente, el general Harold Alexander había llegado de El Cairo dispuesto a hacerse cargo de todas las fuerzas terrestres en Tunicia, tal

como se había convenido en Casablanca. Designado 18.º grupo de ejército, este nuevo mando abarcaba al I ejército, en el norte, y al VIII que acababa de entrar en Tunicia por el sur. Tras visitar a Eisenhower el lunes 15 («Su misión es la pronta destrucción de todas las fuerzas del Eje en Tunicia», le había ordenado el comandante en jefe), Alexander se entrevistó con Anderson el jueves por la noche y pasó revista al II cuerpo el viernes, mientras su equipo de 70 oficiales y 500 reclutados se asentaba en Constantina. Todo dispuesto para que tomara el mando el sábado 20 de febrero, Alexander encontró el frente tan desorganizado que adelantó en un día su propia investidura. A las 19.30 del viernes, cuatro horas después de que Fredendall hubiera pedido la cabeza de Ward, cablegrafió a Eisenhower: «En vista de la situación, he asumido el mando». En una nota a Montgomery, confesó sentirse «muy alarmado. No ha habido política ni plan. En la zona de batalla reina una confusión de unidades británicas, francesas y estadounidenses».

Tenía un aspecto espléndido con su gorra de banda roja, la guerrera abierta, chaqueta de cuero y pantalones de pana por dentro de las botas tunecinas. Era delgado, estaba bronceado y tenía profundas arrugas en las comisuras de los labios, que se convertían en cobijo de los bigotes, y en las de los ojos, acostumbrados a mirar a media distancia. Era el tercer hijo del conde de Caldeon y había sido criado con privilegios patricios en una inmensa propiedad en el Ulster. (En una ocasión, cuando le pidieron que citara sus principales virtudes viriles, contestó: «Buenos modales».) Considerado «más hábil que inteligente», había aspirado a ser pintor y presidente de la Academia Real. En cambio, asistió a la escuela militar Sandhurst y pronto se convirtió en el teniente coronel más joven del ejército británico y luego en el más joven general. Su historial de treinta años de combate rivalizaba con el de Héctor. Rudyard Kipling escribió de él: «En las peores crisis, era imaginativo y cordial y... de alguna manera, capaz de revestir un drama con el aire de la alta comedia». Cuando un oficial en Dunkerque le manifestó: «Nuestra posición es catastrófica», se dice que Alexander contestó: «Lo siento, yo no entiendo las palabras largas». Más recientemente, como superior de Montgomery, había contribuido a la victoria británica en El Alamein. Suave, flemático e inmaculado, «el arquetipo del héroe eduardiano», era el soldado más admirado de su país y el general preferido de Churchill.

Algunos le creían necio. «Wellington sin el ingenio», señaló un biógrafo. Pese a su dominio del francés, el alemán, el hindi y el urdu, Brooke y Montgomery le consideraban «un recipiente vacío». Otro oficial británico confesó: «No lo puedo imaginar formulando un plan; y mucho menos, un buen plan». A otros les atraía su naturalidad (bailaba claqué en los espectáculos del regimiento) y su sangre fría. Harold Macmillan comparaba el casino de oficiales de Alexander con el comedor de un colegio de Oxford donde se «ignoraba benévolamente» la política y la conversación versaba sobre «las campañas de Belisario, las ventajas de la arquitectura clásica sobre la gótica o las mejores maneras de azucar faisanes en un campo llano».

Brillantemente lento o lentamente brillante, Alexander había llegado, estaba al mando y se sentía horrorizado. Escribió a Churchill y Brooke: «El verdadero fallo ha sido la falta de dirección desde el principio». Consideraba a Anderson «un soldado sólido, más bien soso», pero luego observó que el comandante del I ejército «permitía que los alemanes le apremiaran y no controlaba su cuartel general... Había perdido la iniciativa».

No obstante, quienes más le alarmaron fueron los norteamericanos. Por desgracia, los primeros que conoció eran petulantes anglóforos, incluidos el mercurial general Joseph W. Stilwell en Birmania y ahora Fredendall en Tunicia. Este último estaba «totalmente desquiciado», concluyó Alexander, y no sabía cómo redimirse. Su equipo estaba enfermo «de los nervios». «El pobre cuerpo está debilitado a causa de su enfermedad», dijo del II cuerpo el 18 de febrero. Las tropas parecían «blandas, novatas y sin demasiado entrenamiento... Carecen de espíritu de lucha». La incapacidad estadounidense le horrorizó esas primeras horas y días, pero la impresión persistiría hasta dañar la armonía aliada en Italia, donde Alexander sería el comandante en jefe.

«Mi principal preocupación es el mezquino espíritu de combate de los norteamericanos», ahora comunicó a Londres. «Simplemente no saben hacer su trabajo como soldados y esto vale para los de arriba y para los de abajo... Tal vez el enlace más débil es el líder joven que no lidera y, por tanto, sus tropas no pelean de verdad.» En un lacerante comentario a un periodista estadounidense, sintetizó esta incapacidad de los jóvenes oficiales para cuidar de sus tropas: «Sabe, sus muchachos no llevan la corbata de la vieja escuela». Si el ejército estadounidense no se entrena para la invasión de Europa, advirtió a Brooke, esas fuerzas «serán inútiles y no tendrán un papel positivo».

La mentalidad de Alexander carecía de la sutileza necesaria para imaginar el día en que ese diamante en bruto adoptara su forma definitiva o para comprender las muchas diferencias que había entre los militares británicos y estadounidenses, enmascaradas por el idioma en común. Habiendo él mismo participado en varias retiradas catastróficas, tendría que haber reconocido que la derrota a veces sirve para templar y hasta posee propiedades curativas. Una gran selección estaba en marcha: los competentes y los incompetentes, los valientes y los cobardes, los afortunados y los infortunados. Sucedería más rápido en el ejército estadounidense de lo que había sucedido en el británico. Alexander no estaba completamente equivocado, pero estaba equivocado.

Tres acciones separadas se llevaron a cabo durante o poco después de la caída del paso de Kasserine. Desde la perspectiva aliada, una fue mala, y dos, buenas; una proporción que contravino el flujo de mala suerte vivida hasta entonces. Se desplegaron de este a oeste en una secuencia tanto geográfica como temporal.

Primero fracasó la ofensiva en el norte de Rommel, por la carretera 71 y con la

21.º división Panzer. A medida que los tanques rodaban rumbo a El Kef la mañana del viernes 19 de febrero (era el flanco derecho del doble asalto de Rommel contra las defensas aliadas), la inteligencia alemana llegó a la conclusión de que todas las tropas que había en la carretera de Sbiba, a 40 kilómetros más allá de Sbeitla, eran francesas y británicas. De hecho, se trataba de ocho batallones de infantería norteamericanos desgajados de la 34.a y la 1.a divisiones, que, con el apoyo de artillería, ocupaban el terreno al este del camino. «Si nos atacan en serio no podremos resistir, pero lo haremos de cualquier manera», manifestó un oficial de la 1.a división. Bombardeados por la artillería británica a 10 kilómetros al sur de Sbiba, los granaderos transportados en camiones y 25 Panzers giraron hacia el este en un intento de abrir una brecha en el flanco estadounidense. El ataque alemán se acercó a 600 metros de la atrincherada infantería estadounidense; luego la flanqueó. A media tarde, una docena de tanques alemanes habían sido destruidos por la artillería, y los cadáveres del enemigo quedaron esparcidos en el desierto. Un soldado comparó el efecto de las bombas de 105 mm en los tanques con la acción de «aplastar cajas de zapatos con los pies».

La reanudación del ataque el sábado por la mañana a cargo de 40 Panzers y 2 batallones de infantería de la Wehrmacht fracasó rápidamente. Con la reacia autorización de Rommel, la 21.a Panzer retrocedió y se atrincheró debajo de Sbiba. En el reconocimiento posterior, los soldados de infantería franceses capturaron a media docena de árabes, que fueron acusados de espionaje y sabotaje; los pusieron contra el muro de la mezquita y los despacharon de una sola descarga cerrada. Un capitán francés fue de cuerpo en cuerpo administrando el golpe de gracia con un disparo en la nuca.

Frenado a la derecha, Rommel centró la atención en la izquierda. La caída del paso de Kasserine sugería que el camino occidental y de circunvalación a Thala era la vía más factible a El Kef. Lanzó la segunda acción. Desesperado por detener el avance alemán, el general de brigada Dunphie ordenó que una pequeña unidad británica de retaguardia bajara por el camino de Thala en dirección a Kasserine.

El resultado fue el previsible, aunque heroico. Al mediodía del 20 de febrero, los tanques del 8.º regimiento Panzer chocaron contra los británicos a tres kilómetros al norte del paso de Kasserine en la carretera 17. En las siguientes dos horas, los británicos cedieron una colina indefendible tras otra. «Nos obligaron a retroceder y en cada promontorio perdíamos algún tanque, que quedaba inutilizado o incendiado», escribió un soldado. Un corresponsal describió a las tripulaciones saliendo de los tanques incendiados «como orugas cayendo de un nido abrasado. Corrían en zigzag, los ojos blancos en los rostros ennegrecidos por el humo y los balazos de las ametralladoras alemanas persiguiéndoles adondequiera que iban». El comandante A. N. Beibly, al frente del escuadrón, iba de tanque en tanque dando órdenes de responder al fuego enemigo, hasta que una ráfaga lo mató. A las 18 horas, no quedaban más tanques. Los oficiales de artillería habían muerto al igual que Beibly. Los

supervivientes se alejaron al norte «lo más rápido que nos permitían las piernas entumecidas y los revólveres que nos colgaban de la cintura», perseguidos por las ráfagas de las balas trazadoras.

Una vez más, Rommel recuperó la iniciativa, pero se encontró con un problema conocido: ¿y ahora qué? Desde su puesto de mando próximo a Kasserine, repasó el mapa, luego reconoció el terreno para estudiarlo. Ya había dividido dos veces su ejército, en Sbeitla y Kasserine. «Esperaba dividir a las fuerzas enemigas más que a las propias», explicó más tarde. Pero ahora carecía de la fuerza necesaria para atacar simultáneamente en el norte hacia Thala y en el oeste hacia Tébesa. Thala llevaba a El Kef, pero no podía pasar por alto que el CCB y otras fuerzas norteamericanas acechaban en alguna parte al oeste, más allá del Bahiret Foussana, tal vez a la espera de contraatacar para cortar el camino de retirada del Eje a través de Kasserine. Pese a las fuertes pérdidas, el II cuerpo aún disponía de 150 tanques.

Un informe de reconocimiento a las 11.25 del 21 de febrero espoleó a Rommel para que tomara una decisión que exigió la tercera acción de esta secuencia, la cual a su vez debía llevar al final de Kasserine. A 32 kilómetros del paso y paralelo a la frontera argelina, una escarpadura con picos llamada Djebel el Hamra se extendía de norte a sur cruzando el camino de tierra de la carretera 13. Los exploradores de la Wehrmacht informaron de que no había sustanciales fuerzas aliadas al este de Hamra; la poco elevada llanura del Bahiret Foussana estaba vacía. Sin esperar a que los pilotos de la Luftwaffe le confirmaran que el flanco izquierdo era ciertamente seguro, Rommel ordenó que la 10.ª Panzer avanzara por la carretera 17 hacia Thala en el principal ataque; el Afrika Korps iría a El Hamra y salvaguardaría el flanco cerrando los pasos de Tébesa y Bou Chebka.

Los exploradores se habían equivocado. El Djebel el Hamra y las colinas más bajas estaban plagados de norteamericanos en buenas posiciones y con una fuerza formidable. En el sur, Terry Alien ocupaba el paso de Bou Chebka con el 16.º de infantería. «Bueno, muchachos», anunció Alien, «éste es nuestro sector; de aquí no nos moverán.» En el norte, en la cara este de la cordillera y a lo largo de Bahiret Foussana, Robinett mandaba ocho batallones, once baterías artilleras, casi quince cañones, y una combinación de unidades, incluidos los fusileros senegaleses y unas 700 almas perdidas desplegadas en una línea de rezagados. Espesos pinares y reductos rocosos proporcionaban un excelente escondite a lo largo de un frente de 4.000 metros. Desde su puesto de mando cerca de la carretera 13, Robinett podía ver 30 kilómetros hasta el paso de Kasserine a través de una llanura brumosa con chumberas y cactus. Seguro de sí mismo como siempre, *sabía* que el enemigo pasaría por allí. «Simplemente», dijo más tarde, «estaba escrito en el camino.»

Ese mismo sábado, Anderson había informado de que «el valor de combate norteamericano era muy bajo». Los comandantes, añadió, eran especialmente «horrendos». No obstante, un nuevo espíritu animaba a las filas norteamericanas. Alien

lo captó en un mensaje a Bill Darby, cuyos Rangers defendían el sur de infiltraciones enemigas: «Hay mucho desorden en nuestro frente... ¿Me podría enviar una compañía de refuerzo con un comandante de pelo en pecho y un buen par de cojones?». Darby le envió la compañía C, cuyo capitán tenía las necesarias credenciales físicas. Luego Alien les dijo a sus hombres: «Vamos adelante. Y si vienen los tanques, que Dios se apiade de ellos».

Y los tanques fueron, pero hacia Robinett. El general Buelowius apareció en la ribera sur del Hatab a las 14 horas del 21 de febrero con 40 Panzers seguidos de infantería motorizada. Las tropas italianas del 5.º batallón de bersaglieri se sumaron al ataque, siendo reconocibles por los cascos emplumados y su forma única de marchar. Pero al cabo de una hora, las descargas masivas de los obuses estadounidenses hicieron sentir sus efectos. Las bombas estallaban alrededor de las formaciones del Eje, que se ponían a cubierto donde no había forma de hacerlo. Los cañones alemanes de 88 mm contestaban desde la ribera, pero Buelowius carecía de suficientes cañones para dar una respuesta efectiva. A las 16 horas, los atacantes se habían acercado para estar al alcance de los tanques estadounidenses y de los cañones antitanques ocultos entre las rocas. Hasta para el Afrika Korps aquello fue insoportable. A las 18 horas, Buelowius suspendió el ataque aún a 6 kilómetros del Djebel el Hamra. Sombras emplumadas y de cascos alemanes retrocedieron al anochecer hasta quedar fuera del alcance de los morteros aliados. Buelowius había perdido diez tanques; Robinett, sólo uno.

Rechazado a la derecha, Rommel ordenó a Buelowius hacer un amplio rodeo por la izquierda. Su intención era flanquear a los norteamericanos en el sur y sorprenderlos por detrás. En la oscuridad y bajo la lluvia, Buelowius avanzó por el lodo; al amanecer del día 22, sus hombres no sólo estaban empapados y desorganizados, sino también perdidos. La línea estadounidense avanzaba y retrocedía, dejando un promontorio brumoso denominado Colina 812 ahíto de aullantes granaderos alemanes.

Era la historia de siempre: grandes esperanzas tras un creíble ataque inicial; un enemigo infatigable que resistía el ataque; una defensa precaria que se rompía bajo presión. Por casualidad, el Afrika Korps había atacado el extremo donde acababa la autoridad de Robinett y empezaba la de Alien. A 56 kilómetros, en el puesto de mando del II cuerpo, se preparaba el traslado del puesto a Constantina y El Kef por temor a que Le Kouif fuera ocupado. Atemorizados por el avance alemán en lo que un británico calificó de «domingo de pánico», los oficiales bromeaban sobre la preparación de sus bolsas de campo de internamiento, los bolsos *Oflag*.

Sin embargo, algo se había endurecido en este ejército. Aunque las pérdidas terribles reducían sus filas, los hombres resistían. La línea se curtía. El Afrika Korps estaba a 37 kilómetros de Tébesa; no se acercaría ni un centímetro más. A las nueve se levantó la neblina, dejando a la vista a centenares de granaderos ahora emplazados en la Colina 812. Buelowius ordenó que dos docenas de Panzers y el 5.º de bersaglieri

avanzaran al noroeste en el Djebel el Hamra, una diversión para que su infantería atrapada pudiera escapar; la fuerza llegó a 3,2 kilómetros de las colinas antes de detenerse ante el triple fuego cruzado norteamericano.

«El aire estaba lleno de balas, de humo y de proyectiles de verdad», recordó más tarde Clift Andrus. Si alguien apareció en el momento oportuno, ése fue Andrus, el imperturbable jefe de la 1.ª división de artillería, conocido como Míster Chips; un personaje con gafas y pipa, bastón y un pequeño bigote.

«El más capaz y eficiente oficial de artillería que conozco», dijo de él Alien. Y Andrus demostró su valía. Los norteamericanos tenían muchos cañones, pero nadie que los organizara. Andrus reunió a los artilleros desorientados y los emplazó en la línea. «Los ojos salidos de las órbitas, barbudos, enlodados y con señales de agotamiento», escribió luego de los miembros de una batería. Cuando les dijeron que los norteamericanos estaban a punto de contraatacar, «la mayoría prorrumpió en sollozos». Tal era el alivio que sintieron. Artilleros con hachas en las manos talaron pinos en la ladera del Djebel para despejar el campo de visión. Y qué campos había. «El sueño de cualquier artillero», informó Andrus. «El valle estaba lleno de objetivos de todas clases, desde tanques y baterías de 88 mm hasta infantería y camiones.»

Un solo batallón, el 27.º de artillería de campaña, realizó más de 2.000 descargas; los demás se mostraron casi igual de pródigos. A las 14 horas, el castigado Afrika Korps se batía en retirada. Muy pronto una desbandada generalizada de soldados aterrorizados se dirigió al este. Los cadáveres yacían como losas grises en todo el Bahiret Foussana. El 16.º de infantería expulsó a los granaderos de la Colina 812, capturando intactos los vehículos y cañones abandonados esa mañana. Henry Gardiner, que una vez más se vio en medio del combate, describió «una de las vistas más reconfortantes... Una columna de prisioneros caminando por un recodo del wadi con las manos en alto, encabezados por uno de nuestros tanquistas con un subfusil».

Un soldado yanqui pasó junto a una improvisada jaula de prisioneros de guerra y llenó un casco con estrellas de aluminio, la insignia de los soldados rasos italianos; luego le anunció a Robinett que él había «capturado todo un rebaño de generales de brigada italianos». Robinett cogió dos del montón y se las colocó en las hombreras. Había estado buscando estrellas desde su ascenso a general antes de Navidad.

«ÉCHENSE COMO PUEDAN EN LOS TANQUES»

Mientras esta acción tenía lugar en el oeste, el acto final de la saga de Kasserine se representaba en la carretera 17, donde la principal ofensiva de Rommel avanzaba hacia Thala y pasó a un lado de los restos de la exterminada retaguardia británica. Agotado y enlodado, el mariscal de campo había vivido en los últimos dos días momentos de entusiasmo parecidos a los que había sentido cuando era un joven oficial en la Gran Guerra. Un asistente describió su llegada al frente ese domingo 21 a primera hora de la mañana. «De repente apareció, como en los viejos tiempos, entre la

infantería y los tanques de vanguardia, y tuvo que echarse cuerpo a tierra como los fusileros cuando el enemigo abrió fuego.»

A media tarde, la euforia había desaparecido. Rommel observó que sus tropas del Afrika Korps, largo tiempo acostumbradas al combate del desierto, tenían mucho que aprender sobre conquistar tierras altas y evitar valles vulnerables en terreno montañoso. Y la 10.ª Panzer, ahora presionando por el camino de Thala con una punta de lanza de 30 tanques, 20 cañones y 35 semiorugas transportando infantería, daba una cierta impresión de lentitud. La inteligencia alemana había esperado norteamericanos sólo al norte del paso de Kasserine, pero una molesta fuerza acorazada británica hostigaba a la columna alemana sin presentar batalla. Más tarde, Rommel se quejaría de Broich y los otros comandantes alemanes diciendo: «Parecían no darse cuenta de que estábamos en una carrera contrarreloj con las reservas aliadas». Durante más de cuatro horas, la ofensiva alemana siguió adelante: Rommel iba en coche a la izquierda del camino, y Broich, a la derecha. Arabes con chilabas y capuchas de lana merodeaban por las colinas despojando a los muertos hasta de los calcetines. Los cadáveres yacían con los brazos y las piernas abiertos, espectacularmente blancos.

Los británicos tenían sus propios problemas. El general de brigada Nicholson, enviado por Anderson para supervisar a Dunphie y los otros defensores, no pudo llegar a Thala hasta las 3.15 de la madrugada del domingo. Había pasado seis horas con el lodo hasta el eje de su coche Humber. Al llegar no encontró «órdenes claras y enérgicas» de Anderson, sino unas instrucciones vagas e irritantes de «actuar ofensivamente», pero sin arriesgarse a perder los blindados que podían ser necesarios en otras partes. En su gran mayoría, los tanques de Dunphie eran obsoletos Valentines que nada tenían que hacer contra los Panzers alemanes. La mayor unidad de infantería, el 2º batallón del V regimiento de Leicestershire, acababa de llegar de Inglaterra y «no tenía ni idea de lo que se le venía encima», señaló más tarde Nicholson. «Me resultó hartamente difícil hacerles comprender lo apremiante de la situación.» Excepto los cinco blindados antitanques de Estados Unidos que se sumaron a la lucha, un oficial británico informó de que no había podido retener a ningún soldado norteamericano rezagado, que pasaban «a toda velocidad» con la acostumbrada excusa de «ser los únicos supervivientes», tal como observó un oficial norteamericano. Durante todo el día, cientos de soldados del aniquilado comando de Stark pasaron por Thala gritando: «¡Los tenemos pisándonos los talones!». No era necesario preguntar quiénes eran los perseguidores.

En ausencia de órdenes categóricas de Anderson, Nicholson formuló sus propias órdenes para Dunphie. «Asegúrese de que las fuerzas acorazadas alemanas activas en su frente no lleguen [a Thala] antes de las 18 horas.» A 19 kilómetros al sur de Thala, Dunphie dejó de retroceder y se atrincheró. A kilómetro y medio, las líneas de asalto enemigas se agruparon en una colina con tal precisión que, como describió un británico, «era hermoso de ver, pero espantoso». Con Rommel al mando, los Panzers

pasaron las filas de los granaderos a pie y la línea alemana lanzó la ofensiva. Los superados Valentines, a menudo obligados a revelar su posición con fuego prematuro, simplemente estallaban. Tras una hora de heroísmo excepcional, Dunphie dio la orden de retirada. La cumplieron con quince tanques menos.

Los británicos retrocedieron apresuradamente entre los cactus hasta llegar a la colina ocupada por los Leicesters, a menos de cinco kilómetros de Thala. «Se podían ver los cartuchos de las ametralladoras en el camino y en nuestra dirección», recordó un oficial. Dunphie, «de pie en su coche de reconocimiento, dirigía tranquilo la batalla con el inalámbrico», antes de seguir al último Valentine en el perímetro detrás de nubes de humo. Eran las 18.30 horas. La oscuridad y la lluvia se adueñaron del campo de batalla.

Dunphie era un artillero de profesión, pero se dio cuenta tardíamente de su error de no emplazar la artillería más cerca del frente. Casi no tenía cañones disponibles. Thala estaba defendida por un débil batallón francés y unos pocos refuerzos que se alojaban en el burdel local, «vacío pero con olor a perfume barato». A una altura de casi mil metros, Thala parecía un bastión inexpugnable, pero con esas fuerzas precarias la defensa sería difícil. Al norte de la ciudad, el camino se volvía una recta, la tierra era llana y la ruta a El Kef a 64 kilómetros carecía de defensas. «Sentí miedo», confesó más tarde Juin, «porque si Rommel rompía la línea, todo el norte de África estaría perdido.»

Casi pisándole los talones a Dunphie, apareció por la carretera 17 una columna blindada encabezada por un Valentine. Soldados sin cascos y filmando estaban sobre los guardabarros de estos aparentes rezagados. Los Leicesters, a quienes Nicholson acababa de echar la bronca por no haber cavado trincheras más profundas ni sembrado a conciencia el campo de minas, echaron una mirada a la conocida silueta de la torreta. Con mejor luz, podrían haber visto el nombre *Apple Sammy* escrito en lápiz en el costado del Valentine. El *Apple Sammy* había sido capturado en Tébessa hacía tres meses. «Apartaos de mi trinchera», rugió un fusilero a un tanque. «Me la estáis destrozando.»

Como los griegos del caballo de Troya, los granaderos saltaron de los tanques y cayeron sobre los atónitos defensores. Ocho Panzers, además del Valentine enemigo, estaban en el interior del baluarte inglés. Los alemanes avanzaron por la línea de trincheras de los Leicesters arrojando granadas y disparando los subfusiles. Los tanques destruyeron el camión de señales. Las peticiones de ayuda dejaron de emitirse. Los alemanes descargaron sus armas en un letal fuego cruzado. «Manos arriba, afuera», ordenó una voz con acento extranjero en la oscuridad. «Ríndanse a los Panzers.» En pocos minutos, los Leicesters fueron derrotados y 300 prisioneros desconcertados desaparecieron en la noche.

A 2.000 metros al norte, los tanques restantes de Dunphie se refugiaron en un verde barranco debajo de la población. Los tanquistas se disponían a cenar cuando

«las trazadoras alemanas empezaron a volar encima de nuestras cabezas», escribió un soldado. «Un fogonazo explotó en el aire... Se nos venían encima seis tanques y los chispazos verdes y amarillos salían de las bocas de sus cañones.» Un camión de gasolina estalló iluminando la defensa y proyectando extrañas sombras en la colina.

«¡Echense como puedan sobre los tanques!», ordenó un comandante. Durante tres horas se libró un caótico combate sobre la hierba. «Fue una lucha de tanques en la oscuridad y a 20 metros de distancia», informó Dunphie. Unos pocos valientes británicos colocaban en los Panzers «bombas pegajosas», granadas cubiertas con adhesivo y una mecha que detonaba a los cinco segundos. A las 21.30, un oficinista del puesto de mando escribió: «Situación confusa». Dunphie llamó por radio a Nicholson para notificar que los Leicesters habían sido derrotados y que una suerte similar aguardaba a los tanques. Pero cuando propuso retirarse a las inmediaciones de Thala, Nicholson se negó: «Defienda a toda costa».

Y a toda costa defendieron, aunque el coste fue muy alto. Los 50 tanques de Dunphie se habían reducido a 21 cuando el último alemán lanzó una última descarga antes de retirarse; ahora Rommel ocupaba la colina donde habían estado los Leicesters. Sólo disponían de 40 de los 800 hombres que contaban al inicio de las hostilidades. A kilómetro y medio, Rommel, cuyas pérdidas incluían nueve Panzers, reagrupó 50 tanques, 2.500 soldados de infantería y 30 cañones. A modo de balance de la noche, «las alarmas fueron numerosas y el fuego intenso», escribió un cronista, y los británicos se aprestaron a recibir el golpe de gracia que seguramente llegaría al alba.

Llegó el alba; el golpe de gracia, no. Aún mejor para los británicos, otro providencial artillero norteamericano hizo acto de presencia, esta vez con 2.200 hombres, 48 cañones e instinto letal. El general de brigada Stafford Le Roy Irwin, comandante de artillería de la 9.ª división de infantería, había hecho 1.176 kilómetros en una marcha forzada motorizada a través de los caminos congelados del Atlas. La llegada de Irwin a Thala a las 20 horas de la noche del domingo fue «espectacular y efectiva», declaró más tarde Dunphie. «Irwin era un estímulo. Y lo único que no teníamos y lo que más queríamos era artillería.» Por su parte, Irwin juzgó que la situación en Thala era «extremadamente crítica».

Compañero de curso de Eisenhower en West Point, Irwin era un hombre de caballería, alto y pelirrojo, que había optado por la artillería en 1917 porque le pareció más atractivo el reto de calibrar las armas que calcular la mezcla de heno y avena de los caballos. Ingenioso y educado, oriundo de Virginia, era un hábil acuarelista que amaba la poesía casi tanto como el fuego cerrado. Al amanecer del 22 de febrero, y pese a los deficientes mapas, el tiempo borrascoso y las dudas británicas sobre el paradero del enemigo, Irwin ya había emplazado sus cañones en un arco de cinco kilómetros para que el primer bombardeo alemán de la mañana fuera contestado con el mismo tenor. Las líneas distaban apenas mil metros y los francotiradores impedían el reconocimiento de avanzada, de modo que el bombardeo estadounidense

tendría que efectuarse a ciegas, lanzando cientos de bombas sobre el otro lado de la colina.

Funcionó. A las siete, Broich telefoneó a Rommel, que había regresado a Kasserine. Los Panzers habían pensado atacar, pero ahora caía una lluvia de bombas aliadas. Asimismo, a las cinco los británicos habían lanzado un ataque blindado contra el flanco derecho alemán. («Lo siento», dijo un comandante británico a sus hombres, «pero tenemos que ir casi sin esperanzas. Dudo de que alguno de nosotros pueda regresar.») El ataque había sido rechazado con siete de los diez tanques británicos destruidos, pero el raid reveló una fortaleza inesperada. ¿Acaso debían esperar? Rommel dio su conformidad.

El mariscal de campo había echado el cerrojo, pero pese a la captura de armamento, su ejército sólo tenía municiones para cuatro días y gasolina para avanzar unos 300 kilómetros. Los espías árabes y la Luftwaffe informaron que refuerzos aliados se encaminaban a Thala. Tras la llamada de Broich, Rommel viajó al frente. Observó el terreno bombardeado en las afueras de Thala, luego volvió a su tienda en un matorral entre el Djebel Chambi y el río Hatab. Al mediodía, Kesselring aterrizó en Kasserine en su pequeño Storch y viajó al puesto de mando en el coche de reconocimiento de Rommel.

Fiel a sí mismo, Kesselring se sentía optimista. Durante el fin de semana había temido que la ofensiva flaqueara, pero los informes filtrados la noche anterior a su cuartel general cerca de Roma parecían satisfactorios, «una promesa de éxito». Es cierto que la negativa de Arnim a enviar toda la 10.ª Panzer representaba «un serio contratiempo... que no se podía subsanar». Kesselring se lo había reprochado. No obstante, los aliados se tambaleaban, creía Kesselring.

Rommel no perdió el tiempo tratando de desengañarle. En una reunión de apenas una hora de duración, frecuentemente interrumpida por llamadas telefónicas, insistió en «detener el ataque y retirar el equipo ofensivo». Rommel arremetió contra Arnim, la Luftwaffe y los italianos, e incluso censuró la «falta de espíritu de lucha» de sus propios hombres. Su flanco izquierdo estaba expuesto al ataque del este, donde la defensa estadounidense «ha sido muy hábilmente organizada». El asalto contra Thala previsto para las 13 horas volvería a ser pospuesto. Un oficial del Estado Mayor registró los argumentos más serenos de Rommel:

Parece inútil continuar el ataque a la vista del refuerzo constante de las fuerzas hostiles, la adversa climatología que hace imposible el paso en los caminos de tierra y los crecientes problemas causados por el terreno montañoso, que no permite el empleo de las unidades blindadas. Todo lo cual reduce la fortaleza de nuestra organización.

«Rommel estaba muy deprimido», observó Kesselring. «Aprecié en él un deseo irrefrenable de volver lo antes posible con su ejército al sur del frente... Opté por

levantarle la moral, expresando mi confianza en él y citando sus éxitos, obtenidos en circunstancias mucho más severas.» «Tenemos la iniciativa», añadió Kesselring. «Tébessa está al alcance de la mano.»

Inútil. El viejo guerrero no reaccionaba. No mostraba «su voluntad de mando habitual y apasionada», anotó Kesselring. «Rommel está física y psicológicamente agotado.» El Zorro del Desierto se había «convertido sin duda en un hombre viejo y cansado».

Thala sería el cénit de la campaña del Eje en el noroeste de África. El bombardeo por ambos bandos continuó el resto de ese lunes lluvioso. Al atardecer, a los artilleros norteamericanos sólo les quedaba munición de 150 mm para otros quince minutos. Más tarde Irwin manifestó que el 22 de febrero de 1943 había sido «el día más duro que viví en la segunda guerra mundial», palabras muy categóricas para un hombre que combatiría otros dos años. Pero la marea cambiaría de dirección. Los salvados británicos de Thala charlaban «como si disfrutaran de una ducha después de un partido de polo», escribió el reportero A. B. Austin. «Era digno de una canción de Gilbert y Sullivan.»

De regreso en Roma, Kesselring autorizó oficialmente la retirada. La noche del lunes, las tropas del Eje abandonaron las trincheras y retrocedieron por el paso de Kasserine sin prisas y con la cabeza bien alta. La 10.ª Panzer serviría como guardia de la retaguardia, pero no había nada que defender. «El enemigo acosa de forma sólo vacilante», refleja el parte del día 23 de febrero del ejército Panzer en África. «El día transcurre sin ninguna refriega de importancia.» Broich esperó cerca del pueblo de Kasserine hasta que el último vehículo pasó por un barranco entre un campo de minas recién sembradas y los zapadores hubieron cerrado el paso con unas últimas minas Teller. Rommel ya pasaba por Gafsa en su retorno a Mareth en el sureste. Se tomó un momento para escribir a casa: «He aguantado bien hasta ahora los agotadores días de combate. Por desgracia, no podremos conservar el terreno que tanto nos costó conquistar».

«El enemigo acosa de forma sólo vacilante.» El 22 de febrero, Eisenhower envió a Fredendall un lisonjero telegrama expresando su «confianza en que bajo su inspirador liderazgo, se paren los actuales avances enemigos y... sus fuerzas, cuando llegue el momento idóneo, hagan una contribución efectiva para expulsar al enemigo de Tunicia». Esa noche, el comandante en jefe hizo el seguimiento con una llamada telefónica. El «momento idóneo» había llegado. Los mensajes interceptados de la radio alemana sugerían una amplia retirada. Fredendall estaría «perfectamente seguro» para contraatacar de inmediato y atrapar a Rommel al descubierto. Eisenhower se sentía tan seguro de esto que ofreció «asumir toda la responsabilidad».

Fredendall puso reparos. El enemigo «tiene otro as en la manga». Insistió en que sería más inteligente pasar otro día a la defensiva como medida de precaución. Los oficiales de inteligencia del ejército habían reclutado agentes tunecinos para espiar los

movimientos del enemigo, pero descubrieron que «la incapacidad de los árabes para leer o escribir, contar correctamente hasta veinticinco o saber la hora» limitaba el valor de su espionaje. Nadie sabía a ciencia cierta cuál era el paradero de Rommel.

Las vacilaciones se adueñaron tanto del II cuerpo como del I ejército. Habiendo sido castigados desde hacía más de una semana, los comandantes de mayor rango sólo querían poner distancia entre ellos y sus torturadores. El general Alexander siguió encerrado en Constantina, tratando de poner en claro el cúmulo de errores que tres días antes había recibido en herencia. Entre todos, poco esfuerzo se hizo para tomar la iniciativa.

Varios cambios más complejos en la cadena de mando impidieron la persecución aliada. Eisenhower había estado pensando en la solicitud de Fredendall de cesar a Ward, y estaba a punto de acceder cuando Truscott le contó que Ward «había puesto orden en el caos» de la retirada. El comandante en jefe llamó a Marruecos al general de división Ernest N. Harmon, uno de los oficiales a las órdenes de Patton durante ANTORCHA. En Argel, Eisenhower le dijo a Harmon que asumiera el mando del II cuerpo o de la 1.ª acorazada, lo que le pareciera más conveniente. Harmon, un corpulento miembro de caballería que había sido descrito como «una cobra sin encantador de serpientes», replicó, «Bueno, decídete, Ike. No puedo asumir los dos». Entonces, se fue a acostar, pero fue despertado por el propio Eisenhower, que le ayudó a atarse los cordones de las botas antes de despacharlo al frente de Tunicia.

A las tres del martes 23 de febrero, Harmon llegó a Le Kouif. Serviría como «principal asistente» de Fredendall, quien también recibió un punzante mensaje de Eisenhower. «No creo que usted deba reemplazar a Ward, quien, según tengo entendido, al menos en dos ocasiones tuvo una fina actuación en el campo de batalla.» Desplomado en un sillón al lado de la estufa, Fredendall echó un vistazo a las credenciales que introducían a Harmon como segundo comandante autorizado para supervisar la 1.ª división blindada y las fuerzas británicas. Esto convertía a Harmon en el octavo comandante táctico de las fuerzas aliadas en menos de una semana. «Aquí lo tiene», dijo Fredendall. «Es todo suyo.» Pensando que el hombre estaba borracho, Harmon se guardó el papel en el bolsillo y partió en un jeep a Thala.

Allí encontró al general de brigada Nicholson menos impresionado por él o sus credenciales. Nicholson le explicó amablemente que pensaba «pelear esta batalla hasta el final», luego Harmon podía hacerse cargo. «[Harmon] se sorprendió un poco al principio, pero pronto colaboró sin reticencias», informó Nicholson, y añadió: «Les dimos una buena lección ayer y lo volveremos a hacer esta mañana». Harmon dio su aprobación con un gruñido, luego fue a ver a Ward. «Aquí nadie retrocede», declaró Harmon.

La mañana del 23 de febrero, en un sótano de Thala, un joven oficial sin aliento se cuadró delante de Nicholson y Dunphie. «¡Los alemanes se han ido!» Un murmullo de excitación resonó en el puesto de mando. Con cautela, los oficiales fueron en un coche

de reconocimiento hasta la ensangrentada colina que habían defendido los Leicesters. «No pudimos ver nada delante de nosotros», informó un oficial, excepto a los saqueadores árabes. Nicholson no podía creer que su fuerza hubiese sobrevivido. Recordó los versos de Kipling:

El hombre no lo puede saber pero Alá sí sabe
hasta qué punto está malherido el enemigo.

Seguramente Rommel aún mantenía el paso con una fuerza de cobertura a la espera de emboscar a unos perseguidores demasiado entusiastas. A las 11.30, Nicholson, quien más tarde se reprochó cierta timidez, ordenó que avanzara el reconocimiento, «pero sin precipitarse». Con su autorización, los exploradores esperaron hasta las 15 horas para avanzar hasta Kasserine.

Rommel había desaparecido y sus huellas estaban grabadas en el hielo, pero las tropas aliadas tardaron más de un día en cruzar el Gran Dorsal en un número apreciable. «Nuestra persecución fue lenta», concedió más tarde Harmon, «y les permitimos escapar.» Ward le ofreció gentilmente a Harmon su equipo, luego redactó un tenso mensaje a Beetle Smith en el cuartel general aliado. No podía seguir a las órdenes de Fredendall. La mutua desconfianza era intolerable. Con el ánimo por los suelos y sin decir palabra, reducido a dos asistentes y el chófer, montó una tienda cerca del puesto de mando de Robinett mientras esperaba la respuesta desde Argelia. Un asistente manifestó que Ward «se siente abatido y necesita un descanso».

Una blanda nieve caía sobre los soldados norteamericanos y británicos que se abrían paso por Kasserine la mañana del 25 de febrero. El paisaje desolado estaba ahito de «aviones alemanes y estadounidenses destrozados, vehículos incendiados, tanques abandonados [y] dispersas cajas de bombas», informó Robinett. Latas de raciones, cartas de amor incompletas, un par de guantes de boxeo: el detrito de las batallas ganadas y perdidas. Prisioneros italianos con cascos emplumados cavaban fosas para cadáveres irreconocibles; un soldado norteamericano estaba de guardia. Sentado en un jeep, mascaba chicle y leía un comic de Superman. Se dieron órdenes rigurosas contra el saqueo; sonaba el tableteo de los subfusiles sobre la nieve. Los tunecinos corrían o caían.

Aunque las tropas aliadas se hubieran lanzado a una rabiosa persecución, los zapadores de Rommel habrían desalentado cualquier audacia. Habían demolido los nueve puentes que había entre Sbiba y Sbeitla, y trece más en las inmediaciones de Kasserine. Y habían sembrado más de 45.000 minas. Al este del paso, los «vehículos [aliados] volaban en todas direcciones en los campos de minas», dijo un oficial británico. «Un asunto muy desagradable y muy enojoso.» Las baterías de los detectores de minas se averiaban debido a la humedad, obligando a los ingenieros a buscar las minas con las bayonetas «como cadíes o golfistas en busca de una pelota perdida». Los

soldados también veían los restos desmembrados de los camellos cuyas patas planas ejercían presión suficiente para detonar los cinco kilos de TNT de una mina Teller. Sigue siendo imposible precisar el número de bajas que hubo en Kasserine, en parte debido a la incertidumbre de las bajas francesas, italianas y tunecinas. Las norteamericanas superaron los 6.000 hombres sobre un total de 30.000 combatientes. De los 6.000, la mitad fueron desaparecidos. (Los documentos alemanes, siempre tan precisos, especificaron 4.026 soldados aliados de todas las nacionalidades capturados.) El cuerpo de Fredendall perdió 183 tanques, 104 semiorugas, más de 200 cañones y 500 jeeps y camiones. Las pérdidas británicas fueron relativamente leves, aparte de los pobres Leicesters y una pocas decenas de tanques, y los alemanes sufrieron menos de 1.000 bajas, incluidos 201 muertos.

Algunas unidades estadounidenses fueron heridas de muerte, entre ellas, el 2.º y 3.º batallones del 1.er regimiento acorazado, temporalmente combinados para formar el endeble 23.º batallón. El 3.º batallón del 6.º de infantería blindada, tan maltrecho en Oran durante la operación RESERVISTA, fue una vez más castigado duramente en Kasserine, quedando reducido de 750 hombres a 418. La mitad de los supervivientes carecían de calzado, como los soldaditos de Valley Forge en la guerra de la independencia americana. «Toda nuestra gente y de todos los rangos ha aprendido que esto no es un juego de niños», dijo Eisenhower a Marshall.

«Los norteamericanos, orgullosos y arrogantes, hoy se sienten humillados por una de las mayores derrotas de nuestra historia», garrapateó Harry Butcher en su diario. «Es realmente una gran vergüenza.» Del paso de Faid a Thala, en una semana, los norteamericanos debieron retroceder 136 kilómetros, más que durante la infame retirada en las Ardenas belgas casi dos años después. Al menos en términos de terreno perdido, Kasserine puede ser considerada el peor revés estadounidense de la guerra.

Por muy dolorosos que hubieran sido los últimos diez días, los aliados habían sufrido una derrota táctica y transitoria, pero no estratégica. Rommel no había logrado alcanzar los depósitos de suministros aliados, ni expulsar del norte de Tunicia al I ejército británico, ni destruir la capacidad ofensiva de las fuerzas aliadas, que pronto se recuperarían de sus pérdidas. Los veteranos soldados alemanes demostraron ser astutos y despiadados, y los comandantes pusieron en práctica la virtud militar de dirigir desde el frente, pero el alto mando alemán era más proclive a las rivalidades y deficiencias que sus colegas aliados, un nivel muy bajo, por cierto.

Ambos bandos violaron principios de guerra clave en detrimento de sus propias causas; entre otros errores, no supieron mantener el contacto con el enemigo en retirada y sacar provecho de esa circunstancia. El Eje cometió ese error en Sidi Bou Zid y en Thala. Además, Rommel incumplió el precepto fundamental de concentración al dividir su fuerza y atacar en demasiados sitios al mismo tiempo. Arnim tenía razón: una expedición en terreno montañoso, con una modesta fuerza de infantería, era un plan demasiado ambicioso, en especial, sin el apoyo decidido de Arnim.

Los fallos aliados fueron también dolorosamente obvios. Partes de cinco divisiones estadounidenses habían luchado en Kasserine, pero casi nunca integras. Los jefes iban y venían, hasta cambiando dos veces al día como si fueran una marea. Unos desconocidos mandaban a otros desconocidos. Durante años, Fredendall sería el blanco de las críticas por la pobre actuación estadounidense; al igual que muchos de sus comandantes subordinados, se vio superado por los acontecimientos y fue incapaz de pegar el salto de las operaciones estáticas de la primera guerra a la moderna guerra móvil; pero después de la contienda, Robinett puso los puntos sobre las íes cuando escribió que culpar en exclusiva a Fredendall era un «craso error». «Posiblemente habría que revisar toda la historia para encontrar una estructura de mando tan compleja como la de los aliados en esta operación.»

Ese error podría achacarse a Eisenhower. Cuando Rommel aún estaba forzando el paso el 20 de febrero, Eisenhower convocó una conferencia de prensa en Argel y asumió «toda la responsabilidad de la derrota», palabras que censuró de inmediato. Reconoció que había subestimado la vulnerabilidad francesa y estirado al límite la línea aliada. Más tarde, lamentó no haber insistido, en noviembre, en subordinar las tropas francesas a la cadena de mando aliada y en haber permitido la dispersión de las fuerzas estadounidenses hasta Gafsa en el sur. Además, después de la guerra escribió: «De haber estado yo dispuesto a finales de noviembre a admitir una derrota transitoria y pasar a la defensiva, ningún ataque contra nosotros hubiera conseguido un éxito ni siquiera temporal».

Hubo otros fallos no reconocidos. Él había recomendado, que no exigido, que Fredendall contraatacase vigorosamente el 22 de febrero, así como había recomendado, que no exigido, la concentración de la 1.ª división acorazada a mediados de febrero. A finales de febrero, expresó su sorpresa de que el «rifle para las ardillas» de 37 mm y los cañones de 75 mm de los semiorugas no fueran rival para los Panzers alemanes, aunque hacía meses que se conocían esas deficiencias. Durante la semana de «cansancio y ansiedad» después del viaje a Sidi Bou Zid, perdió tanto tiempo dando explicaciones a los jefes del Estado Mayor que Marshall lo reprendió: «Me preocupa que en una situación tan grave, usted nos dé tanto de su tiempo... Puede concentrarse en la batalla con la seguridad de que nuestra tarea es ayudarle y no molestarle».

Ciertamente había hecho bien algunas cosas, incluso muy bien. Utilizó la 2.ª división acorazada y la 3.ª de infantería como refuerzos y envió a la 9.ª de artillería al oportuno encuentro en Thala. Se afanó por rearmar a los franceses; rediseñó los métodos de entrenamiento estadounidenses; dio paso a Alexander; puso a punto las operaciones de inteligencia y eludió a Churchill, que le había enviado un inquietante mensaje insistiendo en que la campaña tunecina debía finalizar en marzo y la invasión a Sicilia debía lanzarse en junio. «Debemos estar preparados para una lucha dura y encarnizada», dijo Eisenhower al primer ministro el 17 de febrero. «Y el final puede

no llegar tan pronto como esperamos.»

Estudió sus propios errores, siendo esta práctica una de sus principales virtudes, y aprendió las lecciones para las futuras batallas en Italia y Europa occidental. Y se endureció con la remota posibilidad de que esta su primera gran batalla pudiera ser la última. A su hijo John, le escribió: «Es posible que se plantee la posibilidad de mi reemplazo y la consiguiente degradación... No se me romperá el corazón y no debe causarte la menor angustia mental. La guerra moderna es un asunto muy complejo y los gobiernos se ven obligados a tratar a los individuos como títeres».

Seguramente Eisenhower se enorgulleció de que por primera vez los comandantes norteamericanos, en especial en la exitosa defensa del Djebel el Hamra, dieran muestras de capacidad para el combate de fuerzas combinadas, la vital integración de acorazados, infantería, artillería y otras fuerzas. Ese arte, como luchar a la defensiva y operar dentro de una coalición aliada, había tenido poca importancia en la instrucción militar en Estados Unidos; los soldados se vieron obligados a aprender donde más costaban las lecciones, en el campo de batalla.

Sin embargo, la cooperación entre las fuerzas aéreas y las terrestres seguía siendo deplorable. Los fratricidios proliferaron pese a la orden de no disparar contra los aviones a menos que éstos abrieran fuego. Sólo en tres grupos de combate aliados, el fuego amigo destruyó o dañó 39 aviones. Y el error se repetía desde el aire: el 22 de febrero unas desorientadas Fortalezas Volantes B-17 erraron sus supuestos objetivos en Kasserine en más de cinco kilómetros, matando a numerosos tunecinos y destruyendo el aeropuerto británico cerca de Souk el Arba. Se pidieron disculpas al tiempo que se pagaban varios miles de dólares de indemnización.

Aparte de la modesta demostración de fuerzas combinadas, el desastre de Kasserine irradió tres rayos de luz prometedoras. El primero fue la eficacia de la artillería estadounidense en Sbiba, el Djebel el Hamra y en Thala. El segundo, el temple mostrado bajo el fuego enemigo por varios jefes norteamericanos, entre ellos Irwin, Robinett, Andrus, Gardiner y Alien, y el temple similar de los mandos británicos. El tercero, la conciencia generalizada de que hasta un enemigo tan formidable como Erwin Rommel no era invencible ni infalible. A él y a sus fuerzas se los podía vencer. No era cuestión de infravalorar esta certeza: «Podían ser derrotados». Lo sorprendente es que pasarían apenas dos meses entre la «vergüenza» de Kasserine y la victoria total aliada en Tunicia.

Los expertos en demolición quitaron el algodón pólvora y las mechas en los depósitos de Tébesa. Agotados, los hombres durmieron tan profundamente que no hubo lugar ni para las pesadillas. Tras diez días de matanzas cacofónicas, un silencio fantasmagórico cayó sobre el campo de batalla, roto en las primeras horas del día por el martilleo de las máquinas de escribir en las tiendas de los oficinistas, donde se trabajaba toda la noche para convertir los misterios más sagrados del sacrificio y del destino en pulcros listados de desaparecidos, heridos y muertos.

CUARTA PARTE

10. Hace tiempo que el mundo conocido está muerto

VIGILIA EN RED OAK

En el suroeste de Iowa ya había pasado el segundo invierno de la guerra y se podían ver señales de la segunda primavera en los brotes del azafrán y en el sol de la tarde, que cada día avanzaba hacia el norte. En Red Oak, así como en Villisca, Clarinda y el resto del país, la guerra seguía siendo un poco abstracta, incluso cuando las primeras noticias fragmentarias de la primera gran batalla estadounidense contra los alemanes empezaron a llegar de África. La gente de Iowa tenía noticias de la guerra a través de los noticiarios cinematográficos y las cartas de los parientes y amigos; empero continuaba siendo algo que se manifestaba más como una ausencia que como una presencia. El colegio universitario de Montgomery había cerrado por falta de alumnos. Las hierbas crecían en el inactivo campo de béisbol del America Legión Park. Las enfermeras y los médicos jóvenes se habían ido, y el viejo doctor Reiley fue persuadido a salir de su retiro para llenar el vacío. La compañía de taxis Red Oak contrató por primera vez a mujeres para conducir los coches. Nadie iba mucho en coche, porque hasta los que tenían tarjetas de racionamiento de gasolina estaban limitados a doce litros por semana. Los granjeros y otros trabajadores recibían algo más.

Todo el mundo seguía en la brecha. El cine Grand pasaba películas casi cada noche y un programa doble los domingos. Los chicos invadían el Green Parrot en el centro. Iban a tomar gaseosas después de la escuela. A menudo, las estanterías del J. C. Penney estaban vacías, pero los clientes entraban de cualquier modo, como si las compras fueran un acto más imaginativo que comercial. El equipo de los Red Oak Stalking Tigers entrenaba para jugar el torneo de baloncesto del distrito. La producción estudiantil de la obra *Room for Ten* reunió una gran multitud en un gimnasio escolar. A medida que se acercaba la temporada de la siembra, la problemática carencia de maquinaria quedó aliviada por la sabia decisión del Consejo de Guerra local de aumentar la cuota de arados y cultivadoras en Montgomery.

Aunque el campo de batalla parecía muy lejano, el patriotismo era palpitante. La colecta de libros para el Día de la Victoria había reunido 500 ejemplares, y los colegiales de Red Oak, con el encargo de vender bonos de guerra por valor de 900 dólares para la compra de un jeep para el ejército, vendieron suficientes bonos para comprar nueve. Los veteranos de la Gran Guerra preparaban una solemne conmemoración para el 9 de marzo de 1943, el 25 aniversario del día en que la compañía D se enfrentó por primera vez al fuego alemán en 1918.

La primera señal de malas noticias en Tunicia llegó disfrazada de buena noticia. El diario *Red Oak Express* del 22 de febrero publicó una reseña en primera página de

la Associated Press titulada «Moore lidera la huida de las líneas nazis», en la que el antiguo Capitán Niño («los ojos enrojecidos, demacrado y debilitado a causa de la falta de agua y comida») había conducido a muchos miembros de su batallón a la salvación escapando de una colina rodeada por soldados alemanes. Todo el mundo en Montgomery County estuvo de acuerdo en que, en circunstancias difíciles, Bob Moore era la persona *indicada* para resolver los problemas. Pero en las siguientes dos semanas, se supieron algunos detalles concretos, además de vagas noticias periodísticas, sobre una batalla en un remoto lugar llamado Kasserine.

Los primeros telegramas llegaron a Red Oak la tarde del 6 de marzo; a medianoche había más de dos decenas, casi todos idénticos: «El Secretario de Guerra desea expresar su pesar porque su hijo desapareció en acción en el norte de Africa el día 17 de febrero». Los hombres del pueblo vestidos con monos o trajes de gabardina se reunieron en el ancho pórtico del Hotel Johnson, al lado de la oficina de la Western Union. Apoyados en las dobles columnas jónicas, fumaron y charlaron. Y escucharon dar las horas al reloj del juzgado de la calle Coolbaugh.

Los parientes más próximos fueron fáciles de encontrar. Mae Stiffle, una viuda que había criado a ocho hijos, trabajaba de gobernanta en el mismo hotel. En quince minutos recibió dos telegramas comunicándole que dos de sus hijos, el sargento Frank y el soldado raso Dean, estaban desaparecidos; a la mañana siguiente, un tercer telegrama añadió a la lista a su yerno Darrell Wolfe. «Alguna gente no cree en la oración», dijo la mujer, «pero yo rezo cada día por mis hijos.» La familia de Vern Bierbaum también perdió dos hijos, Cleo y Harold, y un yerno y el hermano del yerno. Los dos hijos de la familia Gillespie estaban desaparecidos; su padre, que llevaba la tienda de piensos, colocó los dos telegramas entre las páginas de la Biblia. Resultó más difícil localizar a quienes habían dejado el pueblo, como Lois Bryson, que ahora trabajaba en el turno de 16 a 24 horas instalando tubería hidráulica en la fábrica de bombarderos de Omaha. Finalmente, le llegó noticia de que su marido Fred también estaba desaparecido. Se había alistado en la compañía F de Villisca cuando tenía 17 años.

El 11 de marzo, el *Express* publicó un titular que nadie pudo discutir: «El SO de Iowa recibe un duro castigo». Las fotos de muchachos desaparecidos oriundos de Red Oak llenaban cuatro columnas debajo del titular de primera página. La persona más atareada del pueblo era un chico de 17 años llamado Billie Smaha, que repartía los telegramas de la Western Union. «Me tenían miedo», declaró más tarde al *Saturday Evening Post*. «Nunca me ponía la gorra de la Western Union porque pensé que los podía asustar demasiado cuando llamaba a la puerta.»

Se dispararon los rumores más disparatados. Se dijo que Shenandoah, Iowa, había perdido 500 hombres, aunque apenas una cuarta parte de ese número servía en el norte de África. Los hechos ya eran bastante siniestros. Clarinda había perdido 41; Atlantic, 46; Glennwood, 39; Council Bluffs, 36; Shenandoah, 23; Villisca, 9. Las bajas de Red

Oak sumaron 45, casi un tercio de la compañía M, que en total había perdido 153 hombres, entre ellos el comandante y seis tenientes. El total de bajas del 168.º regimiento de infantería incluía 109 oficiales y 1.797 reclutas. «Que yo sepa, no hay ningún otro sitio en esta guerra que haya sufrido tantas bajas en un área relativamente pequeña», declaró un oficial al *Council Bluffs Nonpareil*.

Todo el mundo volvió a ponerse en marcha. La conmemoración del aniversario de la Gran Guerra fue cancelada. Cuando empezaron a llegar cartas, resultó obvio que afortunadamente la mayoría de los desaparecidos habían sido hechos prisioneros. Muchos acabaron en la prisión Stalag III-B junto a soldados franceses, rusos y holandeses, mientras que los oficiales normalmente iban a un *Oflag* en Silesia. «Queridos padres, la única ropa que tengo es una camisa, pantalones, zapatos y una chaqueta de campaña. Hasta hace unos pocos días, no me pude cambiar durante un mes», escribió en marzo el teniente Duane A. Johnson desde Alemania. «Enviad los paquetes de comida primero. No me importa si no es más que chocolate.» También llegaron cartas de quienes habían escapado por un pelo de la muerte o la captura. «Perdí todo salvo el rifle, la nueva estilográfica, la pala y la vida», escribió el sargento Willis R. Dunn a sus padres en Villisca. «Y doy gracias a Dios.»

El Club de Damas de los Lunes redobló sus esfuerzos en la recogida de libros; las cajas pronto ocuparon las cuatro esquinas de la plaza del pueblo. Los veteranos recolectaron maquinillas de afeitar para enviar a Alemania. La organización de los Padres de la Guerra, que luego se convirtió en grupo de apoyo, creció y se volvió muy activa. Un discurso de un profesor de instituto de Iowa, que había sido prisionero de los alemanes durante siete meses mientras trabajaba en Egipto, atrajo a 900 personas a la iglesia metodista un domingo por la noche a mediados de marzo; quienes llegaron tarde debieron colocarse detrás de los cantantes del coro.

Los telegramas siguieron llegando. Billie Smaha siguió atareado. Se presentó la revista *Life* para documentar la desgracia de Red Oak; el breve artículo incluía una serie de fotos aéreas en dos páginas mostrando las casas de los desaparecidos, capturados o muertos. Un periodista del *New York Times* calculó que «si la ciudad de Nueva York sufriera bajas en la misma proporción, el listado tendría más de 17.000 nombres». En Red Oak, de 5.600 habitantes, con el tiempo se pusieron pequeñas placas honrando a los caídos en el Elk Club y en la compañía Zoz-Aire Furnace, y fotos de los sonrientes jóvenes de uniforme impecable se vieron sobre las repisas de las chimeneas y los pianos de todo el pueblo. En la escuela Washington, una maestra llamada Francés Worley guardaba una lista de honor en un álbum de fotos; al lado de los nombres de aquellos desaparecidos, ella ponía una estrella dorada, las mismas que dibujaba en los trabajos especialmente meritorios.

Llegó la segunda primavera de la guerra. Los brotes surgieron en los robles y regresaron los gansos salvajes; el agua de los arroyos canturreaba llena de vida. La hierba brotó entre las tumbas del cementerio que se extendía por la ladera de la colina

al este del pueblo. La gente proseguía con su rutina de siempre, como sucedía en miles de comunidades antes de que volviera la paz. «Red Oak llegó a conocer casi más que ningún otro pueblo del país lo que significaba la guerra», escribió un historiador local. No hay duda de que era verdad.

«SABEMOS QUE HABRÁ PROBLEMAS DE TODA ÍNDOLE»

Rommel había salido de Kasserine cruzando la ancha llanura tunecina hacia el Dorsal oriental. Cuando febrero dio paso a marzo, las líneas rivales recuperaron prácticamente las mismas posiciones que tenían antes de que la ofensiva de San Valentín casi expulsara a los norteamericanos de vuelta a Argelia. La ganancia territorial del Eje se redujo a un escuálido saliente en la Baja Tunicia; se estiraba al oeste en arco hasta Gafsa y Sbeitla sobre un terreno llano e indefendible. Rommel sabía que no podría defenderlo de un ataque decidido. Los mandos de ambos bandos eran conscientes de que la campaña final de Africa tendría lugar en un espacio limitado: el este de Tunicia. Allí, en un rectángulo irregular de 80 kilómetros de ancho y 480 de largo, los ejércitos aliados se enfrentarían a dos ejércitos del Eje en una lucha titánica por controlar el continente y el sur del Mediterráneo.

En el norte, el V ejército Panzer de Arnim preparaba en secreto ampliar la cabeza de puente alrededor de Túnez y Bizerta con el fin de reconquistar parte del territorio ocupado desde el inicio del invierno por el I ejército de Anderson. En el sur, Rommel reagrupó su ejército Panzer de África y se planteó cómo detener al VIII ejército de Montgomery, que en los últimos cuatro meses había atravesado más de 1.500 kilómetros desde Egipto para penetrar en Tunicia desde el oeste de Libia.

Y en el centro, donde el II cuerpo seguía bajo el mando táctico de Anderson, los norteamericanos enterraban a sus muertos, daban la espalda al paso de Kasserine y esperaban ver quién los llevaría hacia adelante.

Los antiguos cartagineses, famosos malos perdedores, a menudo castigaban a sus generales derrotados con la crucifixión. No se sabe si Eisenhower tenía en cuenta este aleccionador precedente tunecino, aunque también es verdad que no era un entusiasta estudioso de las guerras púnicas. En cualquier caso, para evitar un destino equivalente, cuando las cenizas de Kasserine aún estaban calientes empezó a buscar chivos expiatorios. En un mensaje a Marshall, restó importancia a las pérdidas afirmando con alguna justicia que «esta experiencia no es más que un incidente» en la más amplia campaña africana. No obstante, la derrota incuestionable y las 6.000 bajas estadounidenses produjeron un inevitable bajón de moral; sesenta ambulancias habían tenido que evacuar a los heridos de los hospitales hasta el aeropuerto de Oran. «Es muy desalentador», escribió Everett Hughes, representante de Eisenhower, en su diario. «Esta guerra no tiene pies ni cabeza. Tenemos hombres, pero carecemos de organización. ¿Quién hace qué?» La censura ocultaba a la opinión pública el alcance

de las pérdidas aliadas, pero Eisenhower sabía que tarde o temprano se sabría la verdad y se extendería la alarma.

El primero en irse fue el jefe de la inteligencia, el general de brigada Eric E. Mockler-Ferryman. Eisenhower creía que había dependido demasiado de Ultra para adivinar las intenciones del enemigo. El general se marchó sin rechistar. «Si a un hombre no se le quiere», observó, «discutir no cambiará la realidad.» Eisenhower pidió a Londres que le enviara un reemplazo británico «que tenga un mayor conocimiento de la mentalidad y los métodos alemanes». Pronto cayeron cabezas de menor importancia, entre ellas la de Stark. Fue enviado a casa el 2 de marzo. Luego serviría con distinción en el Pacífico. Después le llegó el turno a McQuillin. Tunicia, como observó Paul Robinett, se convertía rápidamente «en un cementerio profesional, en especial para los rangos superiores del mando». Alexander consideró seriamente defenestrar a Anderson; incapaz de convencer a Montgomery de que le cediera el mando del VIII ejército, decidió conservarlo, pero «vigilarlo muy de cerca».

A Orlando Ward también le aguardaba el cese. Tal como escribió en su diario, «F y yo no cabemos en la misma habitación». «F», por supuesto, era su cruz. Durante meses, Eisenhower había tratado a Fredendall con la deferencia debida a un protegido de Marshall, aunque en privado lamentaba no tener a Patton en su lugar. Asimismo, el comandante en jefe, inoportunamente, había escrito dos notas elogiando su liderazgo en Kasserine, y elogiando ante Marshall su «firmeza» merecedora de una tercera estrella. Si como Moltke luego afirmó, un general necesitaba perder toda una división para tener una verdadera experiencia, Fredendall había cumplido con creces.

Pero los informes del frente no podían echarse en saco roto. Ernie Harmon estaba escaldado. «Ése no vale nada», le dijo a Eisenhower el 28 de febrero cuando regresaba a Marruecos. «Tienes que quitártelo de encima.» Fredendall era «un vulgar y gran hijo de puta», añadió Harmon, «un cobarde físico y moral». Truscott informó de que no era probable que el II cuerpo «jamás combata bien bajo su mando». Hasta Alexander añadió su granito de arena. «Estoy seguro», le dijo a Eisenhower, «de que usted tendría que tener a un hombre mejor que *eso*.»

El veredicto final lo pronunció un oficial recién llegado a África, otro compañero de curso de 1915, que había sido enviado para ayudar a Eisenhower en lo que conviniera. El 5 de marzo, durante una interrupción de una reunión de mandos cerca de Tébessa, Eisenhower pidió al general de división Ornar N. Bradley que saliera un momento al porche de la mansión donde tenía lugar la reunión.

«¿Qué piensas del mando aquí?», preguntó Eisenhower fumando nerviosamente un cigarrillo.

«Deja mucho que desear», contestó Bradley. «He hablado con todos los jefes de división. Sin excepción, han perdido la confianza en Fredendall como jefe del cuerpo.»

El cese se consumó discretamente durante un breve encuentro en el aeropuerto Youksles-Bains. Fredendall recibiría su tercera estrella, el mando de un centro de

instrucción del ejército en Tennessee y una recepción de héroe. Muy pronto Eisenhower tendría la capacidad de cortar un cuello sin remordimientos ni benevolencia, pero todavía no. Fredendall tuvo una salida amable, le dijo Eisenhower a Harmon, para evitar que decayera la confianza pública en el alto mando, y eso ciertamente le incluía. A Marshall le explicó: «Fredendall tiene dificultades para encontrar personas idóneas» y «ha demostrado una especial apatía en la preparación de la gran batalla».

Fredendall se marchó de Le Kouif el 7 de marzo tras haber distribuido sus reservas de alcohol entre sus subordinados más próximos. En vez de aventurarse a volar a Argel, decidió irse en un Buick civil en la oscuridad de la noche, cuando los cazas enemigos no podían detectarlo, aunque «algo no funcionaba bien en los amortiguadores y fuimos dando tumbos todo el trayecto», informó un asistente. En el camino, Fredendall y sus compañeros de viaje se detuvieron para tomar unas raciones K y un fuerte Borgoña que había estado guardando.

«Dios sea loado», escribió Ward, pero el epitafio más cáustico provino de Beetle Smith: «Fue un buen coronel antes de la guerra».

Patton cazaba jabalíes en Marruecos cuando un mensajero polvoriento le llevó la orden de ir al frente. Pocas horas después, llegó al aeropuerto Maison Blanche, en las afueras de Argel, donde él y Eisenhower celebraron una breve reunión sobre el capó de un coche. El comandante en jefe quería que Patton se hiciera cargo del II cuerpo, pero sólo durante unas tres semanas, antes de reanudar los preparativos para la invasión de Sicilia. «No tienes que probarme tu valentía personal y quiero que seas el comandante del cuerpo, no una baja», le aleccionó Eisenhower. «No tienes que mantener ni un instante a nadie en un cargo de responsabilidad del que dudes de su capacidad para realizar el trabajo. Espero que seas absolutamente despiadado al respecto.»

A Patton le preocupaba el destino aún incierto de su yerno. Buscaría personalmente en todo el Djebel Lessouda la tumba de John Waters. En cualquier caso, no podía dejar de ser un apasionado. «Maldijo a los alemanes con tal vehemencia y emoción que le saltaron tres veces las lágrimas durante la breve reunión», informó Butcher. Eisenhower estuvo de acuerdo en que Patton detestaba al enemigo «como el demonio detesta el agua bendita».

Ornar Bradley, que sería el segundo de Patton, bosquejó un retrato indeleble de su primera aparición en la escuela primaria de Le Kouif.

Con las sirenas anunciando la llegada de Patton, una procesión de coches acorazados de reconocimiento y de semiorugas hicieron su aparición en la lúgubre plaza delante de la escuela, cuartel general del II cuerpo en el Djebel Kouif, a última hora de la mañana del 7 de marzo... En el primer vehículo estaba Patton como un auriga. Tenía el ceño fruncido contra el viento y la barbilla sujeta por la

correa del casco de dos estrenas.

«Es ciertamente pintoresco», escribió Ward en su diario. Un capitán habló en nombre de muchos jóvenes oficiales cuando dijo: «Patton me hace cagar en los pantalones».

Ambas reacciones le encantaban y no tardó ni un segundo en dejar su sebo en el II cuerpo. Una definición de la moral castrense reza que la voluntad de luchar es mayor que la voluntad de vivir; los norteamericanos simplemente necesitaban inspiración. «Revestido de estrellas y cargado de pistolas», observó Robinett, «Patton llegó con discursos marciales y una canción de odio». Una y otra vez, juró «echar a patadas a esos bastardos de Africa». Para este fin, necesitaba oficiales que «puedan sudar, enloquecer y pensar al mismo tiempo». Y precisaba hombres «con un odio adecuado a los alemanes».

Pronto llegaron a odiar a Patton. Un chaparrón de órdenes con la finalidad de endurecer la disciplina provocó un clamor en todo el cuerpo. Ahora cada oficial estaba obligado a mostrar de forma ostensible su insignia de oro o plata, conocida como «blanco de tiros» por la propensión del enemigo a disparar contra los oficiales. Los policías militares, estigmatizados como la Gestapo de Patton, multaban regularmente a los conductores por inadecuada presión en los neumáticos o bajo nivel de aceite. El hecho de no usar polainas representaba una multa de quince dólares. «Ni siquiera tenemos calzoncillos; mucho menos polainas», se quejó un piloto. No usar corbata se multaba con diez dólares. Se decía que las unidades funerarias no enterraban a un hombre muerto en acción a menos que estuviera apropiadamente vestido con corbata y polainas. Las botas sin lustrar y las correas de los cascos sin atar, incluso en la letrina, también eran objeto de multas. Cada tarde, Patton volvía a la escuela con un cargamento de capas azules tejidas para el frío que él detestaba por ser para desaliñados y descuidados.

Determinado y enérgico, también podía ser grosero y arbitrario, incapaz de distinguir entre las exigencias del ordenancista y los caprichos de un matón. «Terry, ¿dónde está tu hoyo para atrincherarte?», le preguntó a Alien durante una visita a la 1.ª división. Alien le señaló una trinchera cavada delante de su tienda. Patton se bajó la cremallera de la bragueta y orinó en el hoyo, demostrando su desprecio por la defensa pasiva. Inquieto y bostezando en una reunión en Le Kouif con veinte oficiales del Big Red One, de improviso los acusó de cobardía y exigió que «cualquier cobardica presente... salga y practique un poco de combate». Cuando el jefe del Estado Mayor de Alien le señaló que la sacudida de las descargas de artillería podía quebrarle el cuello a un soldado con las correas del casco atadas, Patton se puso hecho una fiera y gritó que «cuando quiera consejos de un coronel los pediré; de otra manera, no me interesan para nada». Después de que otro oficial casi tuviera un encontronazo con una patrulla enemiga, Patton declaró: «Podrían haberle matado. Cuando yo quiera que usted muera, ya se lo haré saber».

Los sobrenombres le caían como anillo al dedo: Magnífico Patton, Flash Gordon, Corbata Patton, Vieja Goma de Mascar. El más elogioso, Vieja Sangre y Cojones, pronto fue sustituido por Sangre de Toro, o Nuestra Sangre, sus Cojones. Algunos le admiraban como a una fuerza de la naturaleza. «Elegante, blasfemo, oportuno y espectacular... pero nacido en el siglo equivocado», como señaló un oficial británico. La mayoría simplemente prefería apartarse de su camino, como si evitase una tormenta peligrosa. Patton, que creía en la reencarnación, podría haber sido la reencarnación de William Tecumseh Sherman, descrito por Walt Whitman como «un poco de proa al aire libre en la imagen de un hombre». Bradley llegó a la simple conclusión de que era «sencillamente «el tipo más raro que he conocido en mi vida».

Subió la moral de la tropa, tal vez gracias a Patton, tal vez pese a él. A partir del 8 de marzo, el II cuerpo ya no pertenecía al I ejército de Anderson, sino que dependía directamente de Alexander y su XVIII grupo de ejército como parte de la reorganización llevada a cabo por el mariscal de campo. Las divisiones estadounidenses, la 1.a acorazada y las 1.a, 9.a y 34.a de infantería, se unieron de una manera que habría sido imposible en los primeros cuatro meses de la campaña. Al tiempo que se impedía cualquier contraataque alemán por medio de densos campos de minas (en marzo, se sembraron más de 12.000 minas antitanques cada día), las divisiones se reagruparon y ejercitaron intensamente varias semanas. «Nos han dado una pelota resbaladiza en un campo enlodado», sentenció Alien, muy propenso a las metáforas del fútbol americano. «Miren cómo corremos con ella.»

Ted Roosevelt anotó el 1 de marzo que se había cambiado de ropa por primera vez desde el 14 de enero. Pantalones limpios, comida caliente y correspondencia reanimaron las almas. Yendo de campamento en campamento en su jeep *Rough Rider*, Roosevelt caminaba arrastrando los pies entre las tiendas de campaña lanzando joviales observaciones a los soldados. Después de que los soldados hubieran lavado sus hediondos uniformes con gasolina y pasado por el obligado despioje, repartía medallas a diestro y siniestro, concitando el aplauso con su voz estentórea antes de proseguir viaje al siguiente vivaque.

«Siempre he pensado que era absurdo decir que a los norteamericanos no les gustan las medallas», le escribió a Eleanor. «Yo sabía que les gustaban. Querían obtenerlas, ponérselas y lucirse delante de su mujer diciendo "Mira con qué gran tipo te has casado".»

Pero la sobriedad de Roosevelt en otras cartas captó el sentir de muchos hombres que ahora comprendían que estaban comprometidos en una lucha a muerte por tiempo indefinido. «Supongo que las naciones que entran en guerra deben pasar un período difícil antes de purgar a los incompetentes», escribió.

Creo que se trata de una guerra de cinco años. No acabará hasta que haya pasado otro invierno, hasta que estemos firmes en el continente europeo y hasta que Alemania afronte un nuevo invierno... Ahora sabemos mucho. Ahora sabemos que el

mundo conocido hace tiempo que está muerto. Sabemos que habrá problemas de toda índole.

Patton tuvo de inmediato problemas de naturaleza administrativa. Le acosarían a él y a los demás mandos hasta el final de la guerra. Los problemas con los soldados enviados para reemplazar a tantas bajas habían sido obvios incluso antes de Kasserine. Ahora, cuando miles más llegaban a Tunicia, resultó evidente que el Departamento de Guerra repetía los errores de 1918. Entonces el sistema de personal militar perdió el control por completo.

Los soldados eran considerados como piezas intercambiables, como bujías o juntas de automóvil. Cuando las piezas se gastaban o se rompían, se llevaban nuevas piezas para mantener las unidades en pleno funcionamiento. Plausible en teoría, este modelo de producción en serie tenía varios fallos perniciosos. La demanda urgente de reemplazos a mediados de febrero hizo que el ejército sacara soldados de la 3.ª división de infantería y de la 2.ª acorazada de Marruecos. Muchos de esos soldados trasladados eran personas capacitadas, pero pocos comandantes pudieron resistir la tentación de quitarse de encima la morralla.

Peor aún, el Departamento de Guerra había creído que el poderío aéreo reduciría el peso de la infantería, de modo que las bajas serían menores que en la primera guerra mundial. Sorprende que nadie hubiera previsto que los fusileros caerían más rápidamente que, digamos, los cocineros o el personal de intendencia. Además, el mero combate desgastaba las unidades. Los altos mandos eran conscientes de que no se podía tener en el frente a una división más de treinta o cuarenta días sin ningún descanso; llenar las filas con reemplazos inexpertos sin ninguna atadura emocional con sus nuevos camaradas tampoco contribuía en nada a la eficiencia en el combate.

Estos errores y más empezaron a hacer acto de presencia en Tunicia. Debido a la necesidad urgente de nuevos reemplazos, muchos de los hombres enviados aún no habían terminado la instrucción militar básica, y otros estaban incapacitados mentalmente o eran marginados o indisciplinados. Eran tratados como «sacos de trigo», tal como admitió el jefe de personal de Eisenhower. Un estudio calculó que el 80 por 100 no conocían las armas básicas. De los 2.400 hombres enviados a la 3.ª división, un gran número de ellos eran demasiado viejos o tenían problemas de salud. Un grupo de 250 incluía 119 con más de 39 años. Llegarían a África 1.900 hombres bien entrenados en Estados Unidos como reemplazos en unidades blindadas, pero la necesidad imperiosa en las unidades de servicios de la retaguardia convirtió a la mayoría en estibadores, conductores y encargados de municiones. En vez de confiar en los caprichos de los oficiales a cargo del personal militar, los agudos comandantes empezaron a enviar a sus propios agentes a los cuarteles de reemplazos para elegir a los nuevos soldados; «de algún modo, como cuando se quieren comprar caballos», escribió un oficial.

No menos problemático fue el aumento de las crisis nerviosas. Todos los

expuestos a combates intensos se habían vuelto «un tanto temerosos de los disparos», para usar la frase de un periodista británico. Antes de Kasserine, una quinta parte de las evacuaciones del frente, a veces un tercio, se debía a «reacciones psiquiátricas». Ahora, en la primavera de 1943, más de 1.700 tuvieron que ser admitidos en las salas psiquiátricas del 95.º Hospital General, y muchos miles más mostraban síntomas de inestabilidad. Eisenhower expresó su preocupación en un memorándum a Patton en el que decía: «Se registra un número creciente de estos casos».

En Tunicia, el síndrome, primero conocido como «impacto de bomba» debido al malentendido imperante en la primera guerra que los desórdenes mentales eran resultado de las sacudidas sufridas durante las descargas de artillería, fue rebautizado como «agotamiento de combate», una expresión tomada de los británicos. Los soldados también lo llamaban fatiga de guerra o síndrome del viejo sargento. El principal psiquiatra del ejército describió así a un paciente tipo: «Parecía un hombre abatido, cansado y sucio. La expresión facial era de depresión y al borde de las lágrimas. Con frecuencia, le temblaban las manos». Al final de la guerra, más de medio millón de hombres sólo de las fuerzas de tierra habrían sido dados de baja por razones psiquiátricas; eso pese a la severa selección de las pruebas físicas, en las que el 12 por 100 de los posibles reclutas era rechazado como mentalmente incapacitado. De cada seis hombres heridos, uno fue una baja neuropsiquiátrica.

A menudo los casos individuales del norte de África eran penosos, a veces horriblos. Un soldado de la 1.ª división «se golpeó la cabeza contra el muro de la trinchera hasta que la piel de la frente le colgaba en tiras. Echaba espuma por la boca como un demente». Un soldado de infantería de 21 años, el único superviviente de un camión alcanzado por una bomba de mortero, salió por la noche con un par de tirantes en busca de un árbol del que colgarse. Otro veinteañero trastornado contó agitadamente cómo había colocado los cadáveres de un norteamericano y de un alemán para protegerse de la artillería. Centenares de hombres, luego miles, sufrían temblores o parálisis en los miembros, incontinencia, desconcierto. Algunos intentaban cavar trincheras en las camas del hospital con las manos y los pies. Llorando y gimiendo, decían que los alemanes andaban por la sala.

Al principio, los casos graves eran evacuados lejos del frente, a menudo a Estados Unidos o Gran Bretaña, donde perdían contacto con sus unidades, sufrían problemas de autoestima y con frecuencia exageraban sus problemas. Un estudio del ejército dictaminó que los comandantes tenían una «actitud (con las enfermedades) casi idéntica al enfoque puritano con respecto a las enfermedades venéreas», la actitud de la ostra, la idea de que «no se habla de eso» o «no se trata de eso». El informe añadía que «por desgracia, es así... El soldado de primera línea se agota en combate».

Los médicos pronto aprendieron a tratar a los pacientes con todos los recursos disponibles. Los tratamientos en el norte de África incluían electroshocks, grandes dosis de barbitúricos para inducir el sueño de dos a siete días y pentotal sódico con el

objeto de hacer salir a la superficie los demonios reprimidos. Casi tres cuartas partes de los soldados tratados reanudaron sus obligaciones militares de algún modo, pero menos del 2 por 100 volvió a combatir.

Las lecciones de Tunicia empezaron a ser claras para los psiquiatras: «El soldado normal alcanza el máximo de efectividad en los primeros noventa días de combate y está tan destruido después de otros 180 que queda inutilizado e incapacitado para volver al servicio militar». Otro estudio señaló que «nadie es retirado de la obligación militar hasta que está inutilizado. La gente de infantería considera este hecho como una dura injusticia... Sólo pueden esperar la muerte, la mutilación o la crisis nerviosa». Después de meses de estrés, de salvarse por un pelo de la muerte, de presenciar horrores, hasta el más valiente se hace la pregunta que se formuló el jefe de un escuadrón aéreo: «¿Estoy perdiendo el valor?». El combate moderno puede quebrar a cualquier soldado.

No se trataba de una conclusión aceptable para el ejército estadounidense; y mucho menos para el nuevo jefe del II cuerpo. Patton tenía poca tolerancia con las limitaciones humanas. En su cosmología, el agotamiento debido al combate era un diagnóstico espurio tras el que se escondían los cobardes.

Cuando visitó un hospital de campaña cerca de Feriana poco después de llegar a Tunicia, Patton dio muestras de la cólera que le costaría el mando pocos meses después en Sicilia cuando abofeteó brutalmente a dos soldados hospitalizados. Yendo de cama en cama, le preguntó a un herido qué le había pasado. El muchacho le contestó que le habían disparado cuando intentaba huir.

Patton se dio media vuelta con expresión de disgusto. «Se lo merece», comentó amargamente. «Eso es lo que se consigue con rendirse.»

«SE NECESITA SUERTE EN LA GUERRA»

El 26 de febrero, el alba no era más que un haz grisáceo en el este cuando el ruido de los Panzers cruzó los campos de salvia y de piedra caliza hasta el pueblo agrícola de Sidi Nsir. En la carretera 11 y a medio camino entre Mateur y Béja, en Sidi Nsir (o City Sneer, como inevitablemente pronunciaban los soldados aliados) se desplegaba el centro de la línea británica que se extendía 112 kilómetros desde Cap Serrat en la costa norte hasta Bou Arada, debajo del valle del río Medjerda.

Los habituales sonidos de la mañana, el canto de las alondras y el mugido de las vacas, cesaron abruptamente a las 6.30, cuando cuatro batallones alemanes lanzaron su ataque contra las posiciones británicas. Las paredes de estuco se desintegraron con la descarga de artillería, y el ineluctable staccato de las ametralladoras se fusionó en un único y prolongado arrebató. A última hora de la mañana, 30 tanques, incluidos 14 Tigers, todos al mando del coronel Rudolf Lang, el conquistador de la colina Longstop el día de Navidad, habían flanqueado la artillería británica y estaban a 600 metros. «Quedo yo y tres hombres», anunció por radio un teniente. «No podemos resistir mucho

más. Adiós y salud.»

Ocho ataques similares habían tenido lugar a lo largo del frente británico en una ofensiva codificada como OCHSENKOPF, o Cabeza de Buey. Pese a éxitos locales como en Sidi Nsir y algunos más, el asalto no estuvo bien concebido y sólo aceleraría el destino del Eje en Tunicia. Diseñado originalmente por Arnim como un ataque modesto contra Medjez-el-Bab, el plan creció bajo la fertilizante influencia del optimismo de Kesselring hasta convertirse en una gran ofensiva para capturar Béja y ampliar una vez más la cabeza de puente alemana.

Como jefe del nuevo grupo de ejército Africa, a Rommel se le había conferido la autoridad sobre su ejército y el de Arnim, pero fue informado de OCHSENKOPF casi en el último momento. Entre sus principales deficiencias, la ofensiva no estuvo coordinada con el ataque a Thala de varios días antes, dando tiempo a los aliados para reagruparse. Rommel estaba estupefacto y clamó contra «esos papirotos del Comando Supremo». Como observó un oficial sobre ambos bandos en la campaña tunecina: «Era una guerra pequeña para tantos generales».

Por supuesto, los papirotos no morirían, morirían los adolescentes de la Wehrmacht y los rubicundos ingleses. Durante más de dos semanas, los combates se sucedieron en toda la línea con estallidos de crueles carnicerías. El general Allfrey envió refuerzos a toda prisa aquí y allá por todo el frente del V cuerpo. El 1 de marzo, a Lang sólo le quedaban cinco Panzers en condiciones. Sus propios soldados le llamaban «asesino de tanques».

A los alemanes les fue un poco mejor en el extremo norte. Arnim en persona supervisó una ofensiva al oeste: ocho batallones salieron como un enjambre de sus madrigueras en Jefna pasando junto a los huesos de los muertos abandonados el pasado noviembre en las colinas Verde y Pelada. Soldados italianos e ingenieros paracaidistas al mando de Rudolf Witzig, el héroe de Verde y Pelada, flanquearon hábilmente a los británicos y franceses en un pueblo minero llamado Sedjenane, que cayó el 3 de marzo. Tras hacer retroceder 16 kilómetros a las bisoñas tropas de la 46.ª división, Arnim las empujó otros 15 más quedando a pocos miles de metros del Djebel Abiod, el acceso norte a Béja. Anderson consideró abandonar Medjez-el-Bab creyendo que la caída de la ciudad era «casi inevitable» si el enemigo atacaba rodeando el flanco izquierdo británico. Alexander no sólo se negó a abandonar Medjez, sino que prohibió cualquier otra retirada.

Se produjo entonces un cruel combate de montaña en condiciones meteorológicas inclementes. El fuego de los francotiradores devastó tanto a los mandos jóvenes británicos que los jefes de pelotones y compañías, desdeñando las órdenes de Patton para los norteamericanos, se arrancaron las insignias, intercambiaron revólveres por rifles, escondieron los prismáticos bajo las guerreras y evitaron cualquier gesto que denotase su rango.

Al final, Arnim estaba demasiado débil y disperso para aprovechar sus ganancias.

La línea británica retrocedió 32 kilómetros a la derecha, 16 en el centro y muy poco en el sur. Ese terreno perdido tuvo que recuperarlo colina tras colina para poder reanudar el avance hacia Túnez. Las bajas británicas fueron numerosas, incluyendo a 2.500 hombres hechos prisioneros y 16 tanques destruidos, pero las de Arnim fueron más duras porque no se las podía permitir. Aunque declaró que sólo habían sido 1.000 bajas, los británicos contaron más de 2.200 prisioneros alemanes con tal vez muchos más muertos y heridos.

Además, casi el 90 por 100 de los Panzers utilizados en OCHSENKOPF fueron destruidos o inutilizados. Habían extendido un poco la cabeza de puente, pero la línea del Eje era angosta e irregular. La ofensiva sólo logró enfurecer a Rommel y desconcertar a Anderson.

«No fue una época feliz», reconoció más tarde Anderson. «Las cosas salían mal con demasiada frecuencia.»

Rommel aún echaba sapos y culebras contra los papirotos cuando a las 14 horas del 5 de marzo su coche de reconocimiento subió por un camino de polvo dorado en una montaña como un tirabuzón. El delicado fracaso en Thala había quedado diez días y 350 kilómetros atrás. ¡Qué cerca había estado de la victoria! Ahora estaba de vuelta donde se sentía más cómodo, en el desierto con su Afrika Korps oteando el horizonte oriental en busca de la huella polvorienta del ejército de Montgomery. Era un espléndido territorio de luz refractaria y árido espacio, muy distinto de la patria e incluso de Kasserine. Se había detenido para deleitarse con los huertos de regadío y los verdes campos de trigo cuando exclamó: «¡Qué colonia sería esta para los alemanes!».

Desde la cima de esta colina sin nombre, aunque marcada en el mapa como Colina 715, el turquesa mar Mediterráneo chispeaba 32 kilómetros al norte. Libia estaba 112 kilómetros al este, pero los británicos debían estar mucho más cerca, quizá a 25 kilómetros en una línea sinuosa que se extendía de norte a sur antes de Médenine, un mercado agrícola con una docena de caminos en todas direcciones, incluyendo el del Sahara al sur. «El mundo podría ser tan hermoso para todos los hombres», le había escrito a Lu hacía dos días. «Se pueden hacer tantas cosas, en especial aquí en Africa, con estos espacios abiertos.»

Sí, podría haber sido una hermosa colonia, pero el mariscal de campo sabía que no caería esa breva, no para los alemanes y ciertamente no para los italianos aunque codiciaran aún más ese territorio. Una vez más, había exigido abandonar este rincón de Tunicia y la línea defensiva de Mareth a sus espaldas, reduciendo así el perímetro que ocupaban él y Arnim de 640 kilómetros a 150, pero los papirotos no dieron su visto bueno, y mientras ellos se acariciaban los mentones en Roma y Berlín, él pensaba en atacar.

La operación CAPRI era una osada ofensiva con el objetivo de destruir las cadenas de montaje del VIII ejército y demorar la ofensiva británica que todos sabían

que tarde o temprano tendría lugar. Si CAPRI fracasaba, y OCHSENKOPF en el norte ya había forzado un retraso de dos días, «el fin del ejército en África estaría cercano», advirtió Rommel. No tendría «sentido albergar más esperanzas». En la llanura, 31.000 hombres y 135 tanques, las 1.ª, 15.ª y 21.ª divisiones Panzer, se preparaban para un ataque previsto para el alba. Algunos tanquistas jugaban un partido de fútbol a la vista de las patrullas británicas como muestra de despreocupación.

La preocupación estaba garantizada. Si «las cosas salían mal con demasiada frecuencia» para Anderson en el norte, ahora se presentaban extraordinariamente bien para Montgomery en el sur. Desde la conquista de Trípoli el 23 de enero, poca actividad había habido en el frente del VIII ejército; sólo tuvieron lugar algunas escaramuzas desganadas con el objeto de distraer a Rommel durante la batalla de Kasserine. Montgomery había previsto tomarse otro mes antes de pasar a Tunicia central para asestar un ataque obligado contra la línea alemana en Mareth.

Pero información proveniente de Ultra a finales de febrero reveló que Rommel pensaba atacar en Médenine. Como redención de la inteligencia británica tras el amargo fracaso de Kasserine, pronto los escuchas aliados supieron la exacta envergadura, el lugar y el calendario de CAPRI. Montgomery cambió de inmediato su ritmo lento y envió a toda prisa su ejército a reforzar la única división desplegada en la punta de lanza de Médenine. Avisado de antemano, ahora se armó también de antemano con 300 tanques británicos, 827 piezas de artillería y antitanques, el doble del poderío aéreo de Rommel y tres divisiones veteranas atrincheradas en un frente de 40 kilómetros.

Una niebla espesa después de una noche lluviosa ocultó los Panzers cuando salieron de sus wadis a las seis de la mañana del 6 de marzo. Las tropas británicas desayunaban té y salchichas cuando se oyó una andanada de proyectiles Nebelwerfer. El ataque alemán fue mal desde el principio.

Los comandantes de la 21.ª Panzer cayeron en la trampa de latas de carne colgadas simulando un campo de minas a ocho kilómetros al oeste de Médenine. Al girar a la izquierda, se tropezaron con el fuego de los cañones británicos y ofrecieron los flancos a descargas letales que dejaron una docena de tanques en llamas, todo a la vista de Rommel, en lo alto de la colina. La 15.ª Panzer, a tres kilómetros al norte, y la 10.ª Panzer, a tres kilómetros al sur, corrieron la misma suerte contra el erizado fuego de los cañones antitanques. «Es un completo regalo», escribió Montgomery, «el hombre debe de haberse vuelto loco.» A las diez, el ataque blindado se había estancado. Los Panzers supervivientes «andaban de forma imprecisa», informó el parte de la 201.ª brigada de guardias, y buscaban la forma de defenderse de las descargas enemigas.

El fuego de la artillería disminuyó. Entonces un segundo asalto a las 14.30 dio a 10.000 soldados alemanes de infantería el dudoso honor de protagonizar el ataque. Un guardia del regimiento Coldstream informó:

Un gran número de pequeñas figuras aparecieron encima de la cresta distante,

todas en formación. La artillería reaccionó con todas sus fuerzas. Cuando desapareció la humareda, otras pequeñas figuras aparecieron portando camillas.

Una crónica del regimiento de Highlanders lo denominó «una vista magnífica» con las tropas grises de campaña «cayendo como bolos». Montgomery, que tenía una foto de Rommel sobre el escritorio, quedó poco impresionado por ese ataque. «El mariscal ha hecho un desastre. Iré a escribir cartas», dijo, y se retiró a su tráiler a hacer exactamente eso.

Médenine fue «la primera batalla perfecta», señaló un entusiasmado comandante británico. Treinta mil bombas de artillería y de antitanques habían pulverizado al Afrika Korps sin que los tanques británicos tuvieran necesidad de intervenir. Las bajas de Montgomery fueron unas 130. Rommel sufrió 635 bajas, la mayoría alemanas, y la destrucción de 52 tanques, más de un tercio de toda su fuerza blindada. Esa noche, las patrullas de guardias escoceses se adentraron en el campo de batalla para dar el golpe de gracia a los tanques inutilizados antes de que los pudieran recuperar. Quedaron fragmentos, «ninguno de los cuales era mayor que una carta de naipes».

Durante el día, Rommel inspeccionó el frente antes de regresar al vivaque en la Colina 715. La matanza había sido tan desigual, la batalla tan claramente prevista por los británicos, que el mariscal de campo pensó en la traición, tal vez de los italianos, una sospecha que Kesselring llegó a compartir. Ninguno de los dos imaginó que los aliados estuvieran descifrando sus códigos. «Esta operación careció de sentido en el momento en que no tomamos al enemigo por sorpresa», manifestó Rommel. «Ahora todo se ve negro.»

A continuación, les cayó otra bofetada, esta vez de parte del alto mando en Berlín, que esa noche volvió a rechazar de plano la petición del mariscal de contraer radicalmente las líneas. «Retirar ambos ejércitos a una reducida y abigarrada cabeza de puente alrededor de Túnez y Bizerta equivaldría al principio el fin», decretó Hitler.

Aunque era de esperar, esa decisión fue devastadora. Que el grupo de ejército permaneciera en África, era ahora «sencillamente suicida», declaró Rommel. Para cuando bajó de la Colina 715 el 7 de marzo, ya había decidido aceptar la baja por enfermedad tantas veces aplazada en los Alpes austríacos. Nadie quería su presencia en Tunicia, en especial aquellos que estaban a cargo de la guerra en el Comando Supremo. «Durante el viaje de regreso al cuartel general», informó el parte diario del ejército, «el C en J [comandante en jefe] decidió iniciar el tratamiento médico de inmediato.» Ese día se despidió de sus subordinados. Era una figura pálida, amarilla de ictericia, con forúnculos en la cara y el cuello. «El C en J hace una emotiva despedida», escribió su asistente. «Todo hiede.»

«Hacía unas semanas que no le veía y me impresionó el mal aspecto que tenía», recordó más tarde su jefe de reconocimiento, Hans von Luck. «Estaba visiblemente debilitado... y completamente agotado.» Los mapas de la campaña estaban tirados en su tráiler, un recordatorio de la causa perdida. Rommel se puso de pie y estrechó las

manos. Se le llenaron los ojos de lágrimas. «Las lágrimas de un gran hombre ahora derrotado», añadió Luck, «me conmovieron tanto como todo lo visto en aquella guerra.»

A las 7.50 del 9 de marzo subió a un avión en Sfax con destino a Roma. Durante un mes, su partida fue un secreto para los aliados, que siguieron preocupados por un fantasma, pero nunca más volvió a pisar África. «Poco a poco, le consumió el fuego que llevaba adentro», escribió su jefe de Estado Mayor. El optimismo de Kesselring se desvaneció. Médenine fue «el último as que tuvimos en la manga tunecina», dijo después. «Ya no podíamos esperar mantener un año más la guerra fuera de Europa y lejos de Alemania. Se necesita suerte en la guerra. A Rommel sin duda la suerte le había abandonado hacía tiempo.»

Durante una visita al secreto puesto de mando de Hitler en Ucrania, Rommel intentó inútilmente convencer al Führer para que redujera la cabeza de puente tunecina a un área defendible. Hitler rechazó la idea echando pestes. «Si el pueblo alemán es incapaz de ganar la guerra», declaró Hitler, «entonces, que se pudra.» A su hijo menor, Rommel le confió: «A veces da la impresión de no ser normal».

«Querido general Arnim», escribió Rommel el 12 de marzo, por el momento no se aprueba una nueva retirada de las fuerzas... Sólo lamento decir que el Führer me ha negado la petición urgente de regresar de inmediato a Africa. Me ordenó iniciar el tratamiento médico sin la menor dilación. Como siempre, mis pensamientos y mis preocupaciones siguen en África. ¡Viva el Führer!

Estaba condenado y lo sabía; lo mismo le pasaba a la horrenda causa que él había servido. «Nuestra estrella estaba en decadencia», escribió más tarde Rommel. La gloria había desaparecido para siempre. Y a su hijo le dijo: «He caído en desgracia».

El viernes 12 de marzo, mientras Rommel se lamentaba de su suerte, Eisenhower escribió a su hijo en West Point: «Con frecuencia he observado que no es hombre muy brillante el que cumple su cometido en tiempos de crisis, sino más bien el hombre que puede seguir haciendo un buen trabajo indefinidamente».

Ahora era necesario hacer «un buen trabajo», y para este requisito familiar los norteamericanos encontraron a su genio. Si la campaña de invierno en el norte de África había puesto en evidencia las flaquezas de Eisenhower así como los de su ejército, la primavera produciría fuerza de carácter y de eficiencia tanto en el hombre como en las fuerzas que comandaba. Eisenhower había sido ingenuo, zalamero, inseguro de sus juicios, poco enérgico y más comandante titular que real. El ejército estadounidense había sido torpe, indisciplinado, displicente, poco enérgico, y un ejército titular más que uno real. Estas características no desaparecieron de la noche a la mañana ni se transformaron en nuevos bríos y un liderazgo brillante por arte de magia, pero hicieron acto de presencia nuevas peculiaridades marciales que conformarían el meollo de la victoria y la liberación.

Tras meses de navegar con el viento en la cara, Eisenhower ahora encontró una fresca brisa a sus espaldas. Recuperó la salud. Alexander y Patton le aliviaron en sus responsabilidades bélicas. La debilidad del Eje y el poderío material aliado fueron cada vez más evidentes. Fueron bienvenidos los elogios que recibió. Churchill encomió públicamente su «carácter desinteresado y su desprecio por los beneficios personales». El presidente Roosevelt le envió un mensaje: «Decidle a Ike que no sólo yo sino todo el país se siente orgulloso del trabajo realizado. Tenemos confianza en su éxito». Con este recuperado equilibrio y con el trabajo aparentemente asegurado, el liderazgo de Eisenhower floreció con la nueva estación.

«He recuperado la confianza y lo tengo todo bajo control», aseguró a Marshall a principios de marzo. Sentía el poder de unas pocas ideas largamente predicadas que se convirtieron en los principios de su ejército, aunque a veces fueran más enunciadas que practicadas. En primer lugar, estaba la unidad aliada. «Los propagandistas alemanes tratan de convencer al mundo de que británicos y norteamericanos están a matar en estas circunstancias», le dijo a Alexander en una nota manuscrita. «Les daremos una lección.» También irradiaba fe en una victoria que veía en términos simplistas: el bien triunfando sobre el mal tras una batalla que rivalizaría con la pelea original de los ángeles. «Tenemos por delante una dura lucha, incluso en Tunicia», escribió a un viejo amigo el 21 de marzo. «Más allá, está el proyecto más serio y a mayor plazo de llegar a derrotar definitivamente al enemigo.» A su hermano Edgar le señaló: «Vamos a expulsar al Eje de África. Eso ya es algo».

Estaba más atareado que nunca, pero también más concentrado. «Los problemas políticos ya no me acucian como antes», le contó a Edgar. Anunció que los visitantes no serían bien recibidos en Argel a menos que resultasen esenciales para la victoria. «Los jefes de la Legión Americana, los príncipes y otros de esa estofa no son más que unos aburridos de la peor especie», le escribió a Marshall. «Borro de mi lista a todo aquel que no haga algo específico para ganar la guerra.» Puso especial interés en conseguir mejores detectores de minas, mejores miras para los tanques e incluso mejores bombas de humo coloreado para las señales en el campo de batalla.

Agradablemente modesto, conservaba la autenticidad de hombre llano que formaba parte de su carisma; nadie olvidaba aquella estupenda y franca sonrisa. «El genio de Eisenhower parece ser el de un buen directivo», manifestó a su diario después de Kasserine Philip Jordán, que había sido un crítico acérrimo anteriormente. «He cambiado de opinión sobre este hombre: *tiene* algo.» A una de sus antiguas maestras en Abilene que tenía problemas para reconocer a los seis hermanos Eisenhower, el comandante en jefe le escribió el 5 de marzo: «Si ayuda a su memoria, yo era el tercero de los hermanos y el más feo». La concesión de una cuarta estrella, le dijo a su hijo John, «no tiene la menor importancia para la victoria en esta guerra, que es lo único que me interesa». Fuera cual fuera su relación con Kay Summersby, no cabía la menor duda de su entrega a su esposa Mamie. «La extraño tanto que cualquier carta de ella no

tiene precio para mí.»

Cada vez pasaba más tiempo en los preparativos de HUSKY, la invasión de Sicilia en principio programada para mediados de junio. Ahora contemplaba la siguiente campaña por encima del horizonte, tal como debe hacer un comandante en jefe. Organizó un grupo secreto denominado Fuerza 141, nombre inspirado en el número de habitación del Hotel St. Georges, donde se habían reunido a fin de redactar una y otra vez nueve planes independientes para el asalto. «El proyecto de HUSKY es complejo y difícil... [y] plantea problemas y dificultades que me causan muchos quebraderos de cabeza», le dijo a Marshall. Estudió las lecciones de ANTORCHA sobre lanchas de desembarco, programas de transporte, operaciones de paracaidistas y cientos de elementos más.

Con un ojo puesto en Sicilia, mantuvo el otro en Tunicia. Tal vez su principal contribución a la campaña de primavera fue asegurar que se dispondría del material necesario para acabar el trabajo. Después de la guerra, echó raíces la creencia de que la victoria del ejército estadounidense era atribuible a una abrumadora superioridad material, la fuerza bruta, mientras que los reveses se podían achacar a deficiencias en el liderazgo, pero la guerra moderna fue un encuentro de sistemas políticos, económicos y militares. El motor de la destrucción de un ejército sólo puede organizarse integrando eficazmente fuerzas que incluyen la capacidad industrial, el carácter nacional y el sistema educativo, y que preparan hombres capaces de llevar a cabo una guerra global.

«La batalla», según la famosa observación de Rommel, «la llevan a cabo y la deciden los jefes de intendencia antes de que se haya disparado un solo tiro.» Hacía meses que habían comenzado los tiros en el noroeste de Africa, pero ahora los jefes de intendencia tomaron la palabra. Los prodigios de la capacidad industrial estadounidense y de la visión organizativa empezaron a dejar su sello. En Oran, los ingenieros crearon una cadena de montaje cerca del puerto y enseñaron a los trabajadores locales en inglés, francés y castellano a montar un jeep en nueve minutos a partir de una caja de piezas. Esta fábrica produjo más de 20.000 vehículos. Otra nueva fábrica en las inmediaciones montó 1.200 vagones de tren que estuvieron entre los 4.500 vagones y 250 locomotoras que finalmente se sumaron al transporte en el norte de Africa.

A finales de enero, Eisenhower había solicitado más camiones a Washington. Menos de tres semanas después, un convoy especial de 20 barcos zarpó de Norfolk, Nueva York y Baltimore con 5.000 camiones de dos toneladas y media, 2.000 remolques de carga, 400 dumpers, 80 aviones de combate y, como propina, 12.000 toneladas de carbón, 16.000 de harina, 9.000 de azúcar, 1.000 de jabón y 4.000 ametralladoras, todo lo cual llegó a África el 6 de marzo. «Fue», según un informe del ejército que denotaba un justificado orgullo, «una brillante operación.»

En la primera guerra mundial, más de la mitad de los suministros para las fuerzas

estadounidenses provino del extranjero: casi todos los aviones y pertrechos de artillería. En esta guerra, casi todo se produjo en Estados Unidos, incluso los inmensos cargamentos enviados a rusos, británicos, franceses y demás aliados. Las demandas del combate moderno no tenían precedente. Aunque una división de infantería ahora tenía la mitad de tamaño que en la primera guerra, normalmente utilizaba el doble de municiones: 111 toneladas en un día medio de combate. En África, el total de suministros fue de 13 toneladas por soldado cada mes.

Se puede hacer. De finales de febrero a finales de marzo, 130 barcos zarparon de Estados Unidos con rumbo a Africa llevando 84.000 soldados, 24.000 vehículos y un millón de toneladas de carga. Aunque el II cuerpo perdió en Kasserine más blindados de los que tenían los alemanes al principio de la batalla, esas pérdidas fueron reemplazadas de inmediato. Otros materiales aparecieron con la misma prontitud, incluidos 800 kilómetros de alambre para las comunicaciones. Fueron enviados al frente desde Argel un día después de haber sido solicitados.' Cuando Patton solicitó (no, en realidad, exigió) nuevo calzado para todas sus fuerzas, 80.000 pares de botas llegaron casi de un día para el otro. Tanta munición llegó a Tunicia que se la almacenó en pirámides cubiertas por ramas para simular una población árabe.

«El genio [de los estadounidenses] estribó más en crear recursos que en utilizarlos económicamente», observó con sagacidad un estudio británico. Encontraban espacio en las bodegas de los barcos para incontables cajas de Coca-Cola, algo que apenas podían creer los expertos británicos de logística militar. Un tren que supuestamente transportaba raciones a Béja para 50.000 hombres en realidad llevaba una bolsa de harina, una caja de zumo de uva, un vagón de galletas y 16 vagones de mantequilla de cacahuete. Los chasis y las cabinas de los camiones eran cargados en barcos diferentes y despachados a puertos diferentes, cuando no a diferentes continentes. Lo mismo sucedía con los proyectiles y las cargas de artillería, las radios y las baterías y muchos otros componentes cuya utilidad rara vez es mejorada por medio del divorcio. Los puertos estaban tan plenos de cargamentos recién llegados que los barcos ni siquiera podían cargar el lastre para el viaje de regreso y empezaron a llevarlo en el viaje de ida. Los inventarios eran caóticos; hasta el verano de 1944 el ejército fue incapaz de calcular con cierta precisión lo que había sido enviado al norte de África.

«El ejército estadounidense no resuelve los problemas», señaló un general, «los agrava.» Había una economía pródiga en tiempo, en movilidad y en *cosas*, pero más allá de las extravagancias, había una capacidad decidida para que se hiciera el trabajo. Después de Kasserine, los ingenieros aeronáuticos construyeron cinco nuevos aeropuertos en torno a Sbeitla en setenta y dos horas. Más de cien aeropuertos en total fueron construidos durante la campaña tunecina. El problema del enemigo no sería «resuelto» en Tunicia; sería «agravado».

Los militares alemanes habían sido pioneros en la moderna logística militar, pero

cuando la guerra entró en su cuadragésimo tercer mes, los avituallamientos de la Wehrmacht no podían mantener el ritmo de los aliados en todos los frentes simultáneamente. Con el mayor esfuerzo dedicado al frente oriental, y con la marina alemana ocupada en otros lugares, las líneas de suministros al norte de África dependían en gran parte de la flota italiana.

Eso era poco fiable. Un tercio de la flota mercante italiana había sido recluido cuando Roma entró en la guerra; en septiembre de 1942, la mitad del resto yacía en el fondo de varios océanos. Entonces, la situación empeoró. Desde el inicio de ANTORCHA hasta mayo de 1943, los italianos perdieron 243 barcos en la ruta tunecina, la mayoría a causa de los ataques aéreos aliados; otros 242 resultaron dañados. El canal siciliano fue descrito por un oficial alemán como «una caldera rugiente», y para los marineros italianos se convirtió en la «ruta de la muerte», el canal más peligroso del mundo. A menudo los capitanes italianos fingían tener problemas en los motores para no aventurarse; el capitán de un transporte de 600 mulas para la 34.ª división de la Wehrmacht zarpó tres veces, regresó tres veces y nunca llegó a la costa africana.

Los barcos todavía no hundidos a menudo estaban inmovilizados por falta de combustible. Los bombardeos aliados castigaban de tal modo los puertos italianos que en un momento determinado dos tercios de todos los buques escolta no estaban en condiciones para el servicio. Decaía el entusiasmo por «la guerra de los alemanes» con cada nueva lista de bajas. Cada vez más, a los italianos les preocupaba la dolorosa posibilidad de tener que defender su propia tierra.

A medida que avanzaba la primavera, las noches se hicieron más cortas ofreciendo menos cobertura a quienes intentaban cruzar el Mediterráneo. Los barcos fuertemente armados y de poco calado conocidos como transbordadores Siebel brindaban algún alivio; noventa de ellos habían cruzado la «caldera» a finales de enero. Pero la logística alemana calculó que necesitaban cuatro veces ese número y la carencia de acero impidió que aumentara esa flota. Antes de su partida, Rommel advirtió que a fin de «crear la fuerza necesaria para defenderse de un gran ataque» en África, eran precisas 140.000 toneladas mensuales de suministros, el doble de lo recibido en enero y febrero juntos incluso antes de que se intensificara la intervención aliada. Por el contrario, en marzo los aliados movilizaron 220.000 toneladas sólo en los puertos próximos a Oran.

Otros males aquejaban a la logística militar alemana. Los incesantes ataques aéreos aliados agobiaron de tal manera a los trabajadores árabes del puerto que se tuvieron que importar estibadores de Hamburgo. Al estar los puertos dañados, más y más suministros debían ser transportados por una flotilla de 200 aviones Ju-52, pero cada aparato cargaba sólo dos toneladas. Los trenes usados en Tunicia necesitaban carbón importado de Europa; a medida que se reducían estos suministros, se recurrió al lignito local, que reducía mucho la eficiencia de la locomotora. Cuando sobrevino la

falta de lignito, la única alternativa disponible era una mezcla más débil de pasta de aceite y los sedimentos de la cosecha de la oliva. El vino barato tunecino se destilaba como gasolina de ínfima calidad.

Estas tribulaciones despertaban un mínimo interés en el alto mando alemán y en el Comando Supremo, donde, como señaló un informe, «las divisiones sobre el papel tenían tanta fuerza como las reales... los barcos y los convoyes no se hundían jamás, y los ejércitos, al menos sobre el papel, siempre estaban en plena forma». Mientras los aliados eran derrotados en Kasserine, un equipo de inspección de Berlín informó de que si los barcos del Eje seguían siendo hundidos a ese ritmo, no habría ninguno a flote para el principio del verano. Se intensificaron las alarmas provenientes de Africa. Arnim previno que «si no nos llegan suministros, para el 1 de julio habrá caído Tunicia». La cabeza de puente del Eje, añadió, se estaba convirtiendo en «una fortaleza sin municiones ni raciones».

En Berlín y Roma se hacían e incumplían las promesas una y otra vez. Sin debilitar los demás frentes de batalla o resucitar la armada italiana, poco se podía hacer. Incluso se hacía *menos*. «Hitler quería prevalecer sobre los hechos, doblegarlos a su voluntad», observó el jefe del Estado Mayor de Kesselring. «Todo intento de hacerlo entrar en razón le provocaba un ataque de ira.»

«HA LLEGADO EL DEMONIO»

El suave murmullo de un proyector de cine hizo guardar silencio a los oficiales en el casino de Montgomery. Colocando las teteras sobre las mesas, los hombres giraron sus sillas de lona hacia una sábana colgada como pantalla improvisada. El olor familiar de guiso de carne y bollos quedaba anulado por el hedor de las ropas impregnadas de sudor. Brillantes luces blancas iluminaban el sinuoso wadi que servía de refugio al puesto de mando; el ronco sonido de la artillería era transportado por la brisa del anochecer bajo la luna creciente.

Entonces dio comienzo la película. Los resplandores y fognazos de la artillería en la pantalla se mezclaron con la realidad hasta ser casi indistinguibles: una descripción en celuloide de la batalla de El Alamein de hacía cinco meses se superponía con la descarga inicial del asalto del VII ejército contra la línea Mareth. Pero la película captaba la atención de los hombres. El mismo Churchill había enviado esta copia de *Victoria en el desierto*, un documental de 65 minutos de duración que se había convertido en un éxito mundial de propaganda en dos semanas tras su estreno en Londres. Montgomery ya lo había visto el 16 de marzo, pero cuatro noches después, no parecía menos extasiado; «un pequeño hijo de puta con gorra negra», tal como lo describió un soldado escocés, reviviendo el mayor triunfo británico desde Waterloo. Su rostro taimado, empalidecido por las imágenes reflejadas en la pantalla, apenas se movía salvo por un ligero temblor en el fino bigote negro.

Estaba Rommel, visto en una película capturada a los alemanes, luciendo su

abrigo de cuero y los prismáticos. Luego el mismo Monty, «esa madeja intensamente compacta de alambre de acero», según las famosas palabras de George Bernard Shaw. Los tanquistas apilaban las bombas; los enfermeros abrían las camillas. Entonces, los zapadores avanzaban para cortar los alambres, los jefes artilleros miraban sus relojes antes de dar la orden: «¡Fuego!». Los terribles cañonazos convierten la noche en un mediodía. Avanzan los soldados de infantería con sus amplios pantalones cortos, los rifles cruzados. Las bayonetas caladas. Chillonas las gaitas. Luego todo ha terminado. Quedan las últimas imágenes de muertos alemanes achicharrándose al sol y los prisioneros de guerra conducidos a sus jaulas mientras el VII ejército prosigue su marcha hacia el oeste. La bandera británica flamea sobre Tobruk el 23 de enero, acercándose a Médenine y la actual línea Mareth. «La determinación ha sido imparable», afirma el narrador.

El jefe aplaude la terminación del documental mientras los oficiales regresan a sus vivaques. Tienen una batalla por pelear, no una por revivir, y hasta ahora esta no ha ido especialmente bien. Montgomery se puso en pie estirando al máximo su corta estatura —quizá un poco más con sus botas *chukka*—, antes de volver a su caravana. Le encantaba la película. «Es de primera categoría», le escribió a Alexander. Como señaló un periodista: «Disfrutaba totalmente de esa profesión de conquistador».

Bernard Law Montgomery era hijo de un obispo; había tenido una infancia «solitaria y sin amor» en la lejana Tasmania, soñando grandezas y creyéndose nacido para la gloria. Al lado de la foto de Rommel sobre su escritorio, tenía una copia de la oración de Drake antes de atacar Cádiz en 1587 pidiendo a Dios «la gloria verdadera». Ése era el gran objetivo de Montgomery: la verdadera gloria. Era austero y quisquilloso, un abstemio, un ferviente lector de la Biblia que citaba a Moisés y a Cromwell entre sus preferidos grandes capitanes; una persona que, al inaugurar un seminario de oficiales pocas semanas después de El Alamein, había prohibido no sólo fumar sino también toser. (Churchill, al enterarse de que Montgomery se ufanaba de que la abstinencia le daba un «estado físico del 100 por 100», replicó que él bebía y fumaba y tenía «un estado del 200 por 100».) Endurecido en las trincheras (había resultado gravemente herido en Ypres), lo endureció aún más la muerte prematura de su esposa, a la que adoraba. «Sólo se ama una vez en la vida», le dijo a Alexander, «y ahora eso se ha acabado.»

Uno de sus versos favoritos era del Libro de Job: «Del hombre viene el infortunio como del fuego vuelan los chispazos». Era un maestro en organización e instrucción militar, en la disposición de las batallas y en la gestualidad del mando. «Matad alemanes, incluso los capellanes, uno por semana, dos los domingos», dijo a sus soldados. Ningún miembro del VIII ejército, con 200.000 hombres, dudaba de que él mera su líder. Sabían que no desperdiciaría sus vidas. Eso era importante. La mayoría de sus 43 batallones de infantería provenían de los ejércitos de la Commonwealth o de los aliados, y él tenía suficiente olfato político como para ser pródigo con las tropas de

otras naciones. Tras asumir el mando en Egipto a mediados de agosto de 1942 bajo la indulgente supervisión de Alexander, Montgomery había batido a Rommel primero en Alam Halfa, y después, una segunda vez decisiva y definitiva, en El Alamein. El ataque británico del 23 de octubre con más de 1.000 tanques aplastó la defensa más débil del Eje en un frente de 64 kilómetros. «El mero peso de los recursos británicos superó todos los inconvenientes», señaló un informe. Doce días más tarde, Rommel ya se batía en la retirada que le llevó al sur de Tunicia. Hasta El Alamein, el ejército británico había estado huérfano de victorias; el triunfo en Egipto dio nueva vida al gobierno de Churchill y al imperio con un coste de 13.560 bajas británicas, pero con más del doble del enemigo. En toda Inglaterra repicaron las campanas por primera vez en tres años. Llegaron miles de cartas de admiradores al vivaque de Montgomery, incluidas varias propuestas de matrimonio, y los soldados salían de sus tiendas para ver pasar su coche brillante como si fuera una estrella de cine. En realidad, lo era. «Todos confiamos en él para vencer», dijo un brigadier. Una virtud redentora, eso también era importante.

No obstante, las chispas se multiplicaban alrededor de Montgomery. Era pueril, mezquino y egocéntrico; carecía de ironía, humildad o sentido de la proporción. No le resultaba suficiente ganar; otros debían fracasar. «Si admitía un error, siempre era mínimo, y le servía, como un toque de negro en una sinfonía de colores, para realzar su general infalibilidad», escribiría después de la guerra el historiador Correlli Barnett. Reconociendo el «caos de su temperamento», su biógrafo Ronald Lewis describió *una generosidad e intermitente humanidad estropeadas por la crueldad, la intolerancia y la simple falta de empatía; una capacidad maravillosa para ignorar lo no esencial combinada con una ciega insensibilidad por lo obvio; un profundo y simple cristianismo; un brío, una ambición desmedida y, sobre todo, una individualidad: éstas eran las características buenas y malas recibidas en la cuna por Montgomery.*

Desdeñaba a los franceses («bastante inútiles salvo para defender aeropuertos») y en especial a los norteamericanos, a quienes hizo sufrir miserablemente hasta el fin de la guerra. Montgomery sentenció a Eisenhower, a quien había conocido en Inglaterra el tiempo suficiente para reprobarle que encendiera un cigarrillo, con cuatro palabras: «Buen tipo, nada soldado». Tras el segundo encuentro, que pronto tendría lugar cerca de Mareth, bordó su evaluación del comandante en jefe en una carta a Brooke: «No sabe nada de hacer la guerra ni de librar batallas; debe ser alejado de este asunto si queremos ganar la guerra». Antes de ver el ejército estadounidense, proclamó que «el verdadero problema de los norteamericanos es que los soldados no combaten. No tienen la luz de la batalla en los ojos».

Montgomery fue quizá el hombre más controvertido de su país. Consideraba a Anderson «poco cualificado para mandar un ejército». El I ejército no valía nada. «Las tropas de Tunicia son pan comido para cualquiera», declaró. Y añadió: «Allí hay falta de buena gente». En son de broma dijo que intentaba «echar al mar a los alemanes y al I ejército». Un alto mando británico le consideraba «un subordinado absolutamente

desleal».

Entrando arrogantes en Tunicia, Montgomery y su ejército se sentían muy seguros de sí mismos. Tenía la visión de un gran avance hasta Túnez. Más campanadas y laureles para él. «Desde el sur, cubriremos todo el territorio», le confió a Alexander. Churchill señaló, cortante: «Indómito en la retirada, invencible en el avance, insufrible en la victoria». Sin embargo, su ejército avanzaba lentamente, como «un caballo fortachón en un partido de polo», según la frase de Correlli Barnett, pese al entusiasmo por la benzadrina, de la que se repartían miles de tabletas a «todo el personal del VIII ejército» por orden de Montgomery.

Frente a la mitología de *Victoria en el desierto*, la persecución después de El Alamein no fue «imparable». Rommel logró escapar con el grueso de sus tropas, pese a la superioridad británica de 15 a 1 en tanques, de 12 a 1 en artillería y a un conocimiento detallado de las debilidades del Eje gracias a Ultra y otras fuentes de información. El VIII ejército se había demorado en la Costa de los Piratas en Libia mucho más que los alemanes en retirada. Esa indolencia había dado tiempo a Rommel para derrotar a los norteamericanos en Kasserine, volver a Médenine a intentarlo y luego escapar una vez más. «Una vez Monty se hizo con una reputación», manifestó el mariscal del aire Arthur Coningham, «nunca más la pondría en peligro.»

Ahora se presentó otra oportunidad de derrotar al ejército enemigo gracias a la orden del alto mando alemán de defender la línea existente a vida o muerte.

Esta vez la última trinchera se cavaría en Mareth, en una línea de fortificaciones que se extendía 35 kilómetros entre el Mediterráneo y los escarpados montes Matmata en el sur. Durante siglos, esa estrecha franja costera había sido el principal portal al sur de Tunicia para las caravanas saharianas que transportaban esclavos y marfil. Se decía que los mercaderes atrapados por los bandoleros beréberes eran obligados a beber cubas de agua caliente para que vomitasen el oro que habían podido tragar.



Aunque Hitler había vacilado antes de dar la orden de defender Mareth contra viento y marea, Kesselring, desdeñando el escepticismo de Rommel, consideraba la posición un lugar idóneo para empezar a convertir Tunicia «en una vasta fortaleza». Una retirada alemana de Gabes a Sfax por la costa tunecina permitiría la reunión de los dos ejércitos de Anderson y también acortaría las rutas de los bombarderos aliados a Túnez y Bizerta. Por orden del Comando Supremo del 17 de marzo, la línea Mareth debía ser «defendida hasta el último hombre». Con Rommel en Europa, Arnim estaría al mando del grupo de ejército del Eje compuesto por su propio V ejército Panzer en el norte y el ejército Panzer de Africa, rebautizado como I ejército italiano, en el sur. Este último incluía los restos del Afrika Korps entre sus 50.000 alemanes y 35.000 italianos, y estaba al mando del general Giovanni Messe, que había encabezado en los dos últimos años el cuerpo expedicionario italiano en Rusia.

La línea Mareth, construida por los franceses en los años treinta para detener la agresión italiana proveniente del este, estaba ahora defendida en un extraño vuelco del destino por 22 batallones italianos apoyados y flanqueados («encorsetados») por diez batallones alemanes de infantería y la 15.ª división Panzer, con 34 tanques en funcionamiento. Los wadis tenían forma de emplazamientos antitanques con más de 30 metros de ancho y 6 metros de profundidad en algunos lugares. Espesas alambradas protegían el frente de 6 kilómetros de ancho y sembrado con 170.000 minas. Veinticinco decrepitos bunkeres franceses marcaban la línea, algunos con muros de cemento de 3 metros de ancho. El flanco oeste del Eje más allá de las colinas estaba protegido por *chotis*, lagos de sal del desierto, marcados en los mapas franceses como *terrain chaotique*.

Por supuesto, los aliados conocían bien estos inconvenientes técnicos. La inteligencia anglonorteamericana no sólo poseía un plano oficial de Mareth, sino también al ex comandante francés, quien, según Beetle Smith, contaba con seis asistentes en Argel, «uno para él y cinco para su mujer. Los cinco no cesaban de

pedirle jamón, tocino y azúcar a madame». El 12 de marzo, Alexander ofreció su evaluación de las intenciones del enemigo en Mareth con un mensaje cantarín pero ambiguo sacado del capítulo 12 de la Revelación: «El diablo ha descendido a vosotros, teniendo grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo».

Montgomery conocía la Biblia y también creía conocer al enemigo. El VIII ejército, con sus 85.000 hombres, duplicaba el número del I ejército italiano. La disparidad en armamento pesado era aún más pronunciada, con una ventaja de 5 a 1 en tanques, 743 contra 142. Con un sentido de la infalibilidad agudizado por la victoria de Médenine, Montgomery consideró a los italianos simplemente demasiado débiles para aguantar su ataque por más «encorsetados» que estuvieran. Despachó su cuerpo de Nueva Zelanda con aproximadamente un cuarto de su fuerza de combate en una expedición envolvente en el oeste, donde por medio de una serie de marchas nocturnas secretas cruzarían el *terrain chaotique* antes de caer en la retaguardia del enemigo con 26.000 hombres y 150 tanques, provocando el caos y la confusión. Pero el golpe principal, llamado PUGILISTA sería un ataque frontal de su XXX cuerpo a pocos kilómetros de la costa contra un reducido frente de 1.300 metros; una vez se abriera una brecha en la línea enemiga, el X cuerpo entraría como una exhalación. «Cuando doy una fiesta, es una buena fiesta», aseguró Montgomery a sus hombres la víspera del ataque. «Y va a ser una fiesta estupenda.»

La fiesta había empezado mal. En los escarceos preliminares con objeto de mejorar las posiciones británicas cuatro noches antes del ataque, dos batallones de guardias embistieron un saliente enemigo a 16 kilómetros de la costa en el camino de Médenine a Mareth. Los atacantes eran el 6.º de guardias granaderos y el 3.º de Coldstream, recién llegados de Siria con pesados abrigos de Hebrón y borlas colgando. Su objetivo era una nebulosa línea de colinas de 180 metros de altitud conocida como La Herradura; según sabían, estaba «poco protegida» por «uno o dos aislados puestos de nidos de ametralladoras».

De hecho, estaba defendida por 6.500 asesinos de sangre fría de la 90.a división ligera alemana, que formaba parte de un frente de seis kilómetros con más de 50 cañones. Dos batallones de granaderos ocupaban también La Herradura, y los ingenieros alemanes habían hecho buen uso de los tres meses que les permitieron mejorar las defensas de Mareth. Tras la descarga de la artillería británica de 24.000 proyectiles, que no lograron más que enfadar a los defensores, los guardias avanzaron bajo la luz de la luna susurrando y toqueteando nerviosamente las galletas que llevaban en los bolsillos. A los pocos minutos, estaban en medio de un imprevisible campo de minas de una densidad sin precedentes. Las bengalas en paracaídas flotaban sobre ellos como pequeños soles exponiendo a los hombres a un fuego infernal. Tras un desagradable encontronazo con bayonetas en el fondo de un wadi, los guardias retrocedieron dejando La Herradura llena de abrigos de Hebrón ensangrentados y borlas que no darían más juego. «Fue mi primer encuentro con la muerte; no podía

creer lo que veía», informó un superviviente. Un oficial alemán intercambió cigarrillos estadounidenses por café frío y pan negro. «Para ustedes, la guerra ha terminado», les dijo. «Pero yo debo seguir adelante.»

Los Coldstreams sufrieron 159 bajas, los granaderos 363, incluidos 27 de los 34 oficiales. «Bueno, al menos estoy vivo y eso es más de lo que pensaba hace doce horas», escribió un capellán de los Coldstreams. «Nuestro ataque fue un tremendo fracaso.» Según admitió uno de los asistentes de Montgomery, fue «algo terrible». Las bajas enemigas no llegaron a 200. Los pelotones de sepultureros que trataban de recoger 69 cadáveres británicos en una zona especialmente difícil descubrieron que primero debían desenterrar más de 700 minas.

Otra persona podría haber reconsiderado el plan de un ataque frontal contra una defensa tan formidable. Montgomery, no. Impertérrito, proclamó que esas operaciones preliminares «en su conjunto constituyeron un gran éxito». Concentrado en sus planes para Sicilia, parecía tan ajeno a PUGILISTA que el general de división J. S. «Crasher» Nichols, jefe de la división que encabezaría el ataque, fue abandonado «a su propia suerte», según un informe oficial británico de la batalla. El resultado fue un valiente ataque de lamentable ineptitud, utilizando una solitaria brigada de infantería apoyada por un solitario regimiento de tanques Valentines, la mayoría armados con los impotentes cañones de dos libras, que eran como de juguete.

Con batallas semejantes se crean los mitos y se pierden los imperios. Mientras Montgomery y sus oficiales miraban su película el 20 de marzo, 300 cañones de la Artillería Real descargaban 36.000 proyectiles. La mayoría cayó sobre los Jóvenes Fascistas invirtiendo el punto de ataque, a 12 kilómetros del anterior desastre de los guardias y a corta distancia del olor salobre del Mediterráneo. Los soldados de infantería avanzaron bajo la luz de la luna «como si asistieran a un picnic», informó un testigo presencial. Un oficial con un farol en las manos condujo los tanques Scorpion por los polvorientos campos de minas hacia el wadi Zigzaou. Encontraron un profundo foso de agua de dos metros y medio protegido por otro foso paralelo antitanque de cemento erizado de puntas.

El sabor medieval de ese campo de batalla se vio acentuado por la aparición de escuadrones británicos con escaleras de asalto, que dispusieron sobre el foso para que los fusileros entrasen en el laberinto de trincheras y parapetos del otro lado. A medianoche, las tripulaciones de los Valentines arrojaron en el wadi decenas de haces de leña con la intención de que las orugas de los tanques tuvieran dónde agarrarse. Otros ingleses marchaban al trote con cintas adhesivas para marcar los pasos entre las cadenas de minas.

Hasta aquí, todo bien. Entonces, el primer Valentine se empantanó en el wadi bloqueando el paso. El tremendo calor de los motores encendió los haces: pronto las llamaradas del incendio aumentaron la iluminación de las bengalas y de los polvorientos rayos de luna. Cuatro tanques consiguieron pasar el wadi sobre un camino

improvisado, pero el quinto se empantanó bloqueando el paso abierto entre un campo de minas.

Al amanecer, grupos de cuatro batallones de infantería habían conquistado una reducida cabeza de puente: kilómetro y medio de ancho por 800 metros de profundidad. Pero con la aviación detenida a causa del mal tiempo, ni siquiera 300 cañones podían «pulverizar los objetivos y confundir a los defensores», tal como había previsto un general. Las descargas italianas se intensificaron a la luz del día, lanzando en el wadi ráfagas de fuego. Los granaderos y la artillería alemanes pronto reforzaron a los Jóvenes Fascistas. Se produjeron muchísimas bajas. Los británicos pasaron el día tratando de expulsar a los defensores de sus fortificaciones y esperando a que se hiciera de noche para que los Valentines hicieran nuevas intentonas de forzar su paso en el wadi. Los ingenieros británicos lograron construir uno de los tres pasajes previstos sobre el Zigzaou. «Pronto la vaga sensación de que había algo que no funcionaba pasó de soldado en soldado», informó un testigo presencial, «alguien lo estaba haciendo mal.»

A primera hora el 22 de marzo, 42 Valentines pudieron cruzar el wadi, pero su paso destruyó el delicado camino, de modo que ningún cañón antitanque ni ningún otro vehículo fue capaz de seguir la estela. Unos densos nubarrones limitaban el apoyo aéreo y un chaparrón inundó el Zigzaou devastando aún más el trabajo de los ingenieros. Los portadores de municiones avanzaban con las pesadas cajas verdes y los camilleros iban y venían sin preocuparse de plegar las camillas. «Mis operaciones progresan bien», telegrafió Montgomery a Alexander a las 11.45 del día 22. «Sugiero que anuncie que mis operaciones se desarrollan satisfactoriamente y según lo previsto.»

Una hora y cincuenta y cinco minutos después de enviar esta necesidad, los 7.000 hombres de la 15.ª división Panzer contraatacaron en tres columnas desde una zona de agolpamiento a once kilómetros al noroeste del wadi Zigzaou. Treinta tanques y dos batallones de infantería cayeron sobre la cabeza de puente en un encuentro cuerpo a cuerpo. Pese al buen tiempo de ese momento, los pilotos aliados vacilaron en disparar por miedo a matar a su propia gente. Los Panzers aniquilaron sistemáticamente un baluarte tras otro aplastando las trincheras. Muy pronto, 35 Valentines se vieron reducidos a cascos humeantes. El barranco de Zigzaou se convirtió en un matadero. Había cuerpos en el barro o flotando en la corriente. Mientras las ráfagas acribillaban el agua a su alrededor, los zapadores sijs se afanaban por reparar el puente con planchas de acero con el improbable grito de batalla de «¡Más madera!».

«Multitud de hombres heridos o no desaparecían como espectros en la neblina», escribió el corresponsal Jack Belden. «Algunos se arrastraban. Otros caminaban a trancas y barrancas. Los demás caminaban erguidos.» De hecho, la *mayoría* se arrastró en fila india a través de 50 metros de tierra de nadie arrasada por las balas. Se oían fragmentos de conversación a pesar de las descargas. «La organización», dijo una voz

en la penumbra. «Ése es el problema.»

Al anochecer, la cabeza de puente había desaparecido. Únicamente la 151.a brigada de la 50.a división sufrió 600 bajas. Prosiguió la retirada. Alguien lo había hecho todo mal.

A Montgomery le disgustaba que le despertaran, aunque fuera para darle una buena noticia, y desde los días de El Alamein sus asistentes no habían osado interrumpir su descanso. Pero no hubo forma de endulzar esta pildora. A las dos de la madrugada del martes 23 de marzo fue despertado. El general Oliver W. H. Léese, comandante del XXX cuerpo, necesitaba verlo. El corpulento y dentón Léese se reunió con él en la desordenada sala de mapas dentro de un camión a 15 kilómetros al sureste del campo de batalla. El L cuerpo había retirado a casi todas las tropas supervivientes de Zigzaou, informó Léese. Un ulterior ataque británico había sido cancelado. Habían sufrido fuertes bajas. El ataque había fracasado.

Montgomery guardó la compostura hasta que Léese se marchó con orden de regresar por la mañana. El jefe del Estado Mayor del VIII ejército, el general de brigada Francis de Guingand, «Freddie», encontró a su jefe despeinado y perplejo entre los mapas enrollados; su actitud impasible era ahora de grave preocupación. Por primera vez en diez meses, el VIII ejército se batía en retirada. El estrépito infernal de la artillería hacía temblar el camión. «Nos bombardearon toda la noche», recordó más tarde De Guingand. En voz baja, Montgomery preguntó: «¿Qué voy a hacer, Freddie?».

La respuesta estaba en el mapa, y Montgomery la encontró junto con la compostura perdida. Los montes Matmata, «unas colinas recortadas y rojas» ahitas del perfume de flores silvestre, según escribió un soldado, se extendían en ángulo recto desde la línea Mareth, casi en paralelo a la costa mediterránea a lo largo de 160 kilómetros. Sólo el estrecho paso de Tebaga los perforaba a 80 kilómetros al oeste de Mareth, y sólo a través de ese paso podían flanquearse las defensas del Eje. En esa dirección, Montgomery había enviado su cuerpo de Nueva Zelanda hacia poco más de una semana con órdenes de traspasar la línea enemiga. La ruta tortuosa de 350 kilómetros había llevado a los neozelandeses hasta las áridas tierras de los trogloditas, un antiguo pueblo que vivía en cuevas subterráneas y cuyo extraño idioma Heródoto había comparado con los chillidos de los murciélagos. La caravana también se cruzó con una plaga de langostas de intensidad bíblica; millones de insectos empujados por el viento caliente del suroeste acribillaron las ventanillas y las torretas. Pero a media tarde del 21 de marzo, la vanguardia del cuerpo había entrado en el paso de Tebaga.

El general Messe y sus oficiales, alertados por la Luftwaffe, conocían el peligro que corrían sus flancos; alertados por Ultra, los británicos se enteraron de que aquéllos ya lo sabían. Las legiones de la Wehrmacht se desplazaron sigilosamente hacia el oeste; más tarde, la 21.a y la 15.a divisiones Panzer les siguieron los pasos. Un prometedor ataque neozelandés la noche del 21 hizo 850 prisioneros con un coste de sólo 65 bajas, pero entonces el letargo y la cautela, esos compañeros del fin de batalla,

impidieron aprovechar la situación antes de que llegaran las fuerzas del Eje en masa. Y se perdió una oportunidad de oro de caer sobre la retaguardia del enemigo.

Pero no importó. Montgomery había recuperado el brío. A las 4.30 de la mañana del 23 de marzo, alertó a los neozelandeses de un cambio radical de plan. En vez de servir como fuerza secundaria, ahora debían llevar a cabo el ataque principal. Tres divisiones al mando del general Léesse permanecerían en la costa para mantener ocupados a los defensores enemigos en Mareth, pero habría refuerzos para fortalecer el ataque neozelandés. El teniente general Brian Horrocks, que esperaba en vano irrumpir con su X cuerpo en la brecha abierta por Léesse en Mareth, asumiría el mando de este nuevo asalto por la izquierda, que recibió el nombre de SUPERCARGA II. «Envío a Horrocks a hacerse cargo», añadió Montgomery en su mensaje de madrugada. «Estoy seguro de que lo comprenderán.»

El hombre que no lo comprendió fue el legendario jefe de los neozelandeses, el teniente general Bernard C. Freyberg. Nacido en Inglaterra, pero criado en Nueva Zelanda, Freyberg había sido dentista antes de descubrir su verdadera vocación de guerrero de proporciones homéricas. Conocido como Tiny por sus tropas, tenía el cráneo del tamaño de una gran pelota, con bigotes como una escoba y piernas como troncos de sicómoro que se extendían desde sus pantalones cortos caquis. En la Gran Guerra, había sido condecorado con la medalla de la reina Victoria en el Somme; sirvió como portador de su gran amigo Rupert Brooke y salió de la guerra tan cosido a balazos que cuando Churchill le pidió que mostrara las heridas, le contaron veintisiete. Habría más. Remero, boxeador, cruzó a nado el Canal de la Mancha, y fue retirado, según el historial médico, por «incompetencia aórtica» en los años treinta, antes de ser convocado una vez más a filas. No había corazón más grande que latiera tras un uniforme británico. Un mes antes, Churchill lo había proclamado «la salamandra del imperio británico», un término que hizo las delicias de los neozelandeses. «¿Qué demonios es una salamandra?», se preguntaban. Pronto se propagó la buena nueva de que significaba ser capaz de pasar ileso por el fuego. «Simple como un niño y astuto como un perro maorí», Freyberg era supersticioso (se negaba, por ejemplo, a mirar la luna llena con prismáticos) y culto. Con su voz ronca, le encantaba recitar el alegre cotorreo de la señora Bennet en *Orgullo y prejuicio* cuando se enteraba de que su hija Lizzy se va a casar con el ricachón señor Darcy. «¡Diez mil libras anuales! ¡Dios mío! ¿Qué será de mí? ¡Debo distraerme!»

A la Salamandra no le cayó nada bien ser suplantado por Horrocks, que era seis años más joven y de menor rango. Freyberg parecía «sombrio, firme y nada comunicativo», registró la crónica oficial británica, mientras que Horrocks «se sentía molesto e indignado». Montgomery trató de solventar la ofensa cometida enviando una botella de brandy a cada uno, mientras De Guingand encabezaba sus mensajes con «Mis queridos generales» y en broma se refería a ellos como «Hindenburg y Ludendorff».

Montgomery se olvidó de los planes para Túnez y Sicilia el tiempo suficiente como para pergeñar un plan digno de su reputación. Al insistir que se lanzara SUPERCARGA II lo antes posible, también propuso un inusual ataque a última hora de la tarde desde el suroeste. A esa hora, el sol poniente cegaría a los defensores. Tras una noche frenética, avanzando a rastras y cavando trincheras, al alba del 26 de marzo, unos 40.000 atacantes y 250 tanques estaban escondidos cerca de un antiguo muro romano que se extendía seis kilómetros y medio a través del paso de Tebaga. Desde sus madrigueras camufladas, los hombres contemplaban la puesta del sol en el cielo africano. Los oficiales pasaban las horas jugando al ajedrez en sus trincheras.

Entonces, a las 15.30 horas, oleadas de bombarderos aliados en vuelo rasante atacaron los objetivos del Eje marcados con bombas de humo rojas y azules. Treinta minutos más tarde, la Artillería Real abrió fuego mientras una providencial tormenta de arena cegaba a los defensores. Precisamente a las 16.15, los primeros tanques surgieron de sus escondites con fusileros maoríes sobre los cascos. Un comandante neozelandés informó de que la infantería salió de las trincheras. Donde nada había estado visible, hicieron su aparición centenares de hombres que formaron largas columnas y siguieron a los tanques a una distancia de 500 metros. A las 16.23, la descarga de fuego superó los 100 metros, una extraordinaria línea de mira para las bombas, los tanques y la infantería próximos a ella, y se lanzó el asalto.

Y atravesaron el paso; el extremo de la vanguardia que avanzaba estaba marcado por espirales de humo naranja para beneficio de los pilotos aliados. «Adelante, marchando, sin detenerse», gritaban los oficiales. Se presentaron dos batallones alemanes y fueron abatidos. En una colina especialmente cruenta, un general de brigada informó de que había «muertos y heridos alemanes por todas partes, más de los que yo había visto en un área pequeña desde el Somme en 1916». Los jefes de los tanques británicos arrojaban granadas desde sus torretas abiertas y los maoríes acosaron al enemigo en desbandada. Les lanzaron piedras cuando se les acabó la munición. Al este, los gurkas de la 4.ª división india entraron aullando en combate «no muy diferentes a los perros de presa en una cacería».

Al atardecer, el ataque había penetrado seis kilómetros y medio en el paso. Los tanques «avanzaron pesadamente abriéndose paso» en la oscuridad hasta medianoche. Entonces la luna salió de entre las nubes y desveló el espectáculo extraordinario de las fuerzas británicas y alemanas compitiendo en una carrera hacia el cruce vital de El Hamma, a la entrada del paso de Tebaga.

La carrera la ganaron los alemanes, al menos por el momento. A primera hora de la mañana del 27 de marzo, una improvisada pantalla antitanque de once cañones sumamente eficaz retrasó a los británicos más de un día a cinco kilómetros al sur de El Hamma. Fue suficiente. Cuando el bloqueo por los flancos hubo terminado, el general Messe había retirado hábilmente sus fuerzas tanto de Mareth como de Tebaga a otro paso fortificado en el wadi Akarit, a 100 kilómetros al norte. «Como una serpiente

negra reptando en la tierra, podíamos ver los camiones y los cañones de la retaguardia alemana en su huida», informó un desilusionado soldado británico. «Una vez más... una huida inteligente.»

Montgomery había ganado una batalla, pero no fue una victoria sonada y, ciertamente, no ganó la guerra. Tres divisiones alemanas, con la ayuda de la carne de cañón itabana, habían frustrado por segunda vez en quince días a tres cuerpos británicos. Es verdad que pagaron un alto precio y que el ejército del Eje no podía permitirse semejantes bajas. Se hicieron 7.000 prisioneros del Eje en las acciones de Mareth, un tercio de ellos, alemanes. El VIII ejército sufrió 4.000 bajas, 600 en el intento del paso de Tebaga. Después de la batalla, se vio a un solo soldado británico conduciendo a varios cientos de prisioneros italianos que hablaban como cotorras; cuando le preguntaron al soldado si necesitaba ayuda, contestó: «Oh, no, ellos confían en mí».

«Fue la batalla que más he disfrutado en mi vida», declaró un Montgomery entusiasmado. Tal vez fuera así, pero la creencia local atribuyó a las maldiciones de Montgomery la severa sequía de cinco años que empezó en 1943. Pese a todo, el VIII ejército había logrado abrir la puerta para iniciar una marcha inexorable por la costa oriental de Tunicia en su camino a Túnez. Eso estaba claro y todo oficial alemán o italiano sensato sabía que los dos ejércitos del Eje ahora afrontaban el peligro mortal de los dos ejércitos aliados.

Sin embargo, al VIII ejército le faltaba el instinto letal de ir a por la yugular. En términos boxísticos, no remataba. El general Freyberg ordenó a sus escuadrones de vanguardia que evitaran Gabes la mañana del 29 de marzo y prosiguieran la persecución por el camino de la costa, pero entonces se enteró de que en ese momento el jefe de la punta de lanza estaba aceptando las llaves de la ciudad de manos del alcalde de Gabes. La 4.ª división india, ya retrasada unas doce horas críticas por un horrendo atasco de tráfico, se vio obligada a esperar en Gabes mientras la 51.ª de Highlanders lucía sus kilts para un formal desfile con gaitas. Una vez más, la persecución languideció. «El enemigo no sigue», informó el parte de guerra de la 90.ª división ligera. Los soldados del Eje en retirada tuvieron tiempo para robar mesas, espejos, ropa de mujer e incluso pianos. Los británicos tuvieron que contentarse con capturar seis vagones de tren llenos de salchichas alemanas.

Algunos admiradores de Montgomery consideraron que el cambio a media batalla de ataque frontal a gancho de izquierda había sido una de las decisiones más audaces de su gloriosa carrera. Empero un plan más imaginativo en el comienzo podría haber convertido Mareth en la batalla final. «Nunca perdimos la iniciativa y hemos hecho bailar al enemigo al son de nuestra música», declaró Montgomery el 31 de marzo. Esta afirmación es cuestionable. Había violado una de sus propias máximas básicas. «Concentrar todas las fuerzas y propinar un golpe demoledor.» También subestimó los recursos del enemigo, los requisitos técnicos para luchar en la montaña y la dificultad

de cruzar un arroyo fuertemente defendido. Eso era un mal augurio para el VIII ejército después de años en el desierto: el ejército y su comandante encontrarían más montañas en el norte de Tunicia y *muchas* más en Italia, además de innumerables ríos. El general de división Francis Tucker, el jefe de la 4.ª división india, llegó a la siguiente conclusión: «En el VIII ejército había una aparente falta de determinación en aquel momento».

En los meses posteriores a Mareth, Montgomery reconoció que el fracaso de su ataque en la costa le había obligado a replantearse todo el plan. La improvisación no implicaba una deshonra, pero pronto empezó a afirmar que el ataque por la izquierda había sido lo planeado para el ataque decisivo. Al final de la guerra, parecía convencido de ello; acaso se había persuadido a sí mismo a fuerza de repetirlo. Tal vez el alto listón de la infalibilidad exigía que no hubiera el menor error, ni salidas en falso ni muestra alguna de desesperación a las dos de la mañana preguntando qué hacer. Tras abandonar Gabes para una larga y última marcha hasta Túnez, sus hombres se adaptaron al tipo de guerra —con montañas, ríos y aliados— que ahora debían afrontar hasta el final.

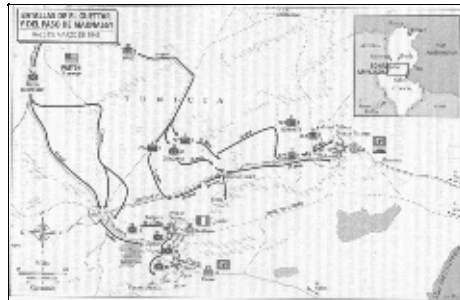
11. Al ataque

«¡DÉMOSLES ALGO DE PLOMO!»

Una antigua canción árabe advierte:

*Gafsa es miserable,
su agua es sangre,
su aire, un veneno.
Puedes vivir cien años
sin hacer un solo amigo.*

Miserable lo es: un espacio de fosfatos lleno de moscas y poblado por 10.000 almas. Yugurta, que encabezó la revuelta nómada contra Roma en el siglo II a.C., escondió allí su tesoro porque se trataba de una población remota. Tras haber cambiado de manos cuatro veces en los últimos tres meses, Gafsa era aún más miserable. Los brotes en los huertos de granados y albaricoqueros no podían redimir las miserias de la guerra. Mientras Montgomery se aprestaba a presentar batalla a casi 200 kilómetros de Mareth, el general Alexander ordenó a los norteamericanos liberar Gafsa una vez más. El ataque recibió el nombre codificado de operación WOP, el ofensivo nombre dado a los italianos, en homenaje a los 7.000 hombres de la división Centauro que ocupaban la ciudad y las colinas adyacentes. Los soldados brindaron su propio tributo con una procaz cancioncilla titulada *La tercera vez que capturamos Gafsa*.



Si la conquista de Gafsa parecía poco ambiciosa para el II cuerpo de Patton, que ahora contaba con 88.473 hombres —exactamente el tamaño del ejército de Sherman en Carolina al final de la guerra civil—, la modestia del cometido refleja el desdén de Alexander por la capacidad de combate estadounidense. Alexander tenía dos opciones estratégicas. Podía utilizar el II cuerpo y el I ejército de Anderson para forjar una cuña entre las fuerzas del Eje a través del Gran Dorsal, aislando el ejército de Arnim en el norte y el I ejército italiano en el sur, que quedarían a merced de la fuerza aliada; o bien podía presionar a las tropas del Eje hasta empujarlas a una reducida cabeza de puente alrededor de Túnez, donde el VIII ejército de Montgomery podría pulverizarlas.

Alexander eligió esta última opción. Estaba seguro de que los inexpertos norteamericanos no podrían aguantar el inevitable contraataque de los Panzers tras cualquier intento de dividir la cabeza de puente. «No quiero que los norteamericanos se entrometan en el camino», confió Montgomery en privado a Alexander. En cambio, añadió, debían «facilitarme el camino» quitando minas y arreglando los baches.

Montgomery era insufrible, como de costumbre, pero la decisión de Alexander era defendible si se tenía en cuenta la experiencia de Kasserine. Seguía vivo el recuerdo de los yanquis aterrorizados huyendo por el camino de Thala. Con el visto bueno de Eisenhower, advirtió en dos ocasiones a Patton de que tenía que evitar «cualquier batalla campal e incierta» donde «nos podamos meter en problemas». Alexander consideraba a Patton un «gallardo corcel», pero no quería que se cruzara en el camino de Montgomery. A Patton le tenía más cortas las riendas que a Montgomery e incluso a Anderson. La 1.ª división de Alien recibió orden de «apoyar el avance del VIII ejército británico desde el sur» construyendo un depósito de suministros en Gafsa y protegiendo el flanco izquierdo de Montgomery mientras este procedía hacia Sfax y luego Túnez. Sólo los exploradores podían aventurarse al sureste de Gafsa en dirección a Gabes, aunque si las cosas iban bien, la 1.ª división acorazada de Ward podría avanzar hacia el este a través de la estación Sened hasta Maknassy. De las cuatro divisiones de Patton, las dos más novatas, la 34.ª y la 9.ª, quedarían en reserva.

Patton se indignó al verse relegado a un pobre papel de apoyo, pero se tragó el orgullo y se preparó para atacar. El 12 de marzo le llegó la noticia de que le habían concedido la tercera estrella. «Soy un teniente general», escribió en su diario. «Quiero y obtendré cuatro estrellas.» Un día después, como si volviera a recuperar el rumbo de su carácter, añadió: «Soy exactamente el mismo desde que soy teniente general». Nadie sentía como él una relación tan viva con los grandes capitanes del pasado. Patton ahora comparaba la ofensiva de Gafsa con el ataque de flanco de Stonewall Jackson en apoyo de Longstreet durante la segunda batalla de Manassas en 1862. Luciendo sus altas botas marrones y un abrigo forrado de lana, dijo a sus comandantes que quería «ver más muertos, tanto norteamericanos como alemanes». A sus tropas, les arengó:

Por suerte para nuestra gloria como soldados, el enemigo es merecedor de nosotros. El alemán es un veterano de la guerra, confiado en sí mismo, valiente y despiadado. Nosotros somos valientes. Estamos mejor equipados, mejor alimentados y en vez de un Wotan sediento de sangre, tenemos al Dios de siempre de nuestros padres... Si morimos matando, estará bien, pero si peleamos lo bastante fuerte, lo bastante ferozmente, mataremos y viviremos. Viviremos para volver con nuestras familias y con nuestras novias como héroes conquistadores, como hombres de Marte.

Ya estaba lanzado. El 16 de marzo convocó a sus oficiales en el frío y húmedo puesto de mando en un destartalado hotel de Feriana. Con una mueca aún más agresiva por un herpes en el labio superior, anunció: «Caballeros, mañana atacamos. Si no

salimos victoriosos, que ninguno de nosotros regrese aquí con vida». Se excusó y se retiró a rezar. A Bea le escribió: «Siempre me falta un poco el aliento antes de la acción».

Esa noche, la policía militar, con linternas cubiertas con celofán rojo, dirigió el convoy por la resbaladiza carretera 15 en un trayecto de 70 kilómetros hasta Gafsa. El suelo de cada vehículo llevaba sacos de arena para amortiguar las explosiones de las minas. En las laderas de las colinas las tiendas árabes brillaban como telarañas en la mortecina luz de la luna. «Lo más duro que debe hacer un general», escribió Patton en su diario, «es esperar a que empiece la batalla una vez que ha dado todas las órdenes». A las 23 horas oyó el rugido de la artillería. «Bueno, la batalla ha comenzado», garrapateó. «Me estoy quitando los zapatos para ir a la cama.»

No hubo batalla, aunque la prensa estadounidense, ansiosa por olvidar Kasserine, trató la operación WOP como si fuera una segunda Manassas. Mil doscientos italianos y un batallón alemán de reconocimiento huyeron hacia el este de madrugada. No hubo acoso por parte de los CCA de Ward, que, demorados por las intensas lluvias, no lograron cortar la vía de escape a la estación Sened tal como estaba previsto. Ted Roosevelt esperaba en un monte bajo mientras los bombarderos aplastaban Gafsa y los exploradores arreaban ovejas al lado del camino para verificar si había minas. Tras horas de escuchar las confusas voces en la radio, Roosevelt avanzó de forma temeraria. *Rough Rider*, su jeep, encabezó un convoy, «como una pequeña flotilla dando tumbos por los wadis», escribió un testigo presencial, que llegó a Gafsa cuando el enemigo había desaparecido. A las 0.30 la ciudad fue declarada segura.

«Los italianos se largaron», escribió Patton. Él y Alien, que vestía pantalones de montar y una chaqueta de campaña, regresaron a Feriana y vieron a los asombrados civiles saliendo de sus refugios. Una anciana vestida de negro gimoteaba en un balcón roto, y sus gritos de dolor se alzaban sobre la población devastada. Un mes de ocupación del Eje y una mañana de bombardeo estadounidense habían puesto final a la destrucción iniciada por las demoliciones de los norteamericanos durante la retirada de Kasserine. Los saqueadores italianos y árabes habían destrozado las casas de los casi 500 residentes franceses y de 800 judíos: muebles rotos, puertas arrancadas de sus marcos y alfombras, bañeras y grifos robados. El ganado y los camellos habían sido alejados; hacía meses que no llegaban las caravanas de dátiles al *fondouk*, y el mercado de cereales en la Halle aux Grains permanecía espectralmente vacío. Objetos no robados o estropeados habían sido arrojados por las cisternas, incluyendo álbumes de fotos familiares. Tras la previa ocupación del Eje, las tropas francesas habían fusilado a los saqueadores árabes, dejando sus cadáveres en la plaza; ahora empezaban a detener a los sospechosos habituales.

Al cabo de pocas horas, los norteamericanos habían vuelto a hacer suya la ciudad. Los capellanes celebraron una misa en honor del día de San Patricio. Ya entrada la semana, Patton eligió como centro de mando el edificio amarillo y de ladrillos de la

gendarmería con su suelo de baldosas azules. En una mina abandonada, los soldados de patrulla descubrieron vagonetas de mineros que hicieron deslizarse por los rieles; ellos, montados en las vagonetas, gritaban de alegría. Madame LaZonga y sus «hijas» pronto regresaron de Tébessa para reabrir el burdel y contribuir al alza del índice de enfermedades venéreas, que había alcanzado los 34 por 1.000 soldados blancos y un aterrador 451 por 1.000 soldados negros. Patton ordenó que el burdel quedara prohibido al personal norteamericano, pero las tropas coloniales francesas ofrecían alquilar sus cascos y tónicas como disfraz. El jefe de intendencia y el de inteligencia del II cuerpo informaron de que cuando un centinela interrogó a un cliente con quepis si se había quitado el uniforme, éste le contestó: «No, seguro que no. Yo soy marroquí», en perfecto inglés.

Patton conocía el valor de la publicidad y no tardó en dedicar su tiempo a los corresponsales que le habían perseguido hasta Gafsa. Encantador y voluble, organizaba cenas con bistecs vieneses y buen café; cada reportero recibía un paquete de cigarrillos y otro de condones a los postres. Un informativo de radio poco antes de la medianoche del 17 de marzo anunció a todo Estados Unidos: «Si algún oficial norteamericano tuvo alguna vez el espíritu ganador, ese hombre es el teniente general George S. Patton. Ciertamente hoy ha ganado el primer asalto... Al parecer, los nazis lo vieron venir y se esfumaron».

Pero ni siquiera Patton pudo convencerse a sí mismo de que ésta era una campaña digna de un Stonewall Jackson. «La gran y famosa batalla de Gafsa ha tenido lugar y se ha ganado», escribió sarcásticamente en su diario. A los periodistas, les dijo: «Estaría más contento si supiera dónde están los alemanes. Cuando sepa su paradero, no me importará lo bien que puedan llegar a combatir». Ya sentía la frustración. La noche del 17 de marzo llamó a Terry Alien y le espetó: «Tú también tendrías que haber seguido adelante hasta encontrar a alguien con quien combatir».

El 19 de marzo, mientras Montgomery se aprestaba a atacar Mareth, Alexander modificó las órdenes a los norteamericanos. Patton debía extender su ofensiva en dos pinzas al este. Tras capturar la estación Sened, los regimientos de infantería y blindados de Ward avanzarían 32 kilómetros hasta Maknassy, luego despacharía una unidad para destruir un aeropuerto de la Luftwaffe en Mezzouna, al otro lado del Dorsal oriental. Más al sur, el Big Red One de Alien penetraría en los montes más allá de Gafsa. El 1er batallón de Rangers de Darby ya había capturado El Guettar, un oasis de palmeras en la carretera 15, a 16 kilómetros de Gafsa. Las tropas italianas se desvanecieron en los cerros escarpados junto a una pista de grava bautizada Camino del Gómero, que después de 160 kilómetros acababa en Sfax.

Nadie que lo hubiera conocido dudaba de que Bill Darby había nacido para mandar a otros hombres en la oscuridad de la noche. Transmitía la seguridad, dijo un oficial, «de poder mandar a cualquier soldado al combate y hacerlo regresar sano y salvo». Apuesto y simpático, a menudo bromeaba diciendo que su familia de Arkansas

había sido tan pobre que sus padres habían dejado caer los hijos en una porqueriza. Salvo por unas misiones menores en Arzew en noviembre y en Sened en febrero, su batallón no había participado en muchos combates y un buen número de Rangers aburridos habían pedido el pase a otras unidades por miedo a que la guerra terminara sin su participación. Algunos vendieron sus botas inglesas de montaña en Argelia para comprar vino o pagar prostitutas. Ahora lo lamentarían, porque Terry Alien tenía una misión nocturna para ellos. Después de escapar de Gafsa, varios miles de soldados italianos habían ocupado un impresionante desfiladero en las montañas al este de El Guettar. Un ataque frontal de la 1.ª división por el Camino del Gómero conllevaría cientos de bajas; asimismo, las unidades estadounidenses que giraban al sureste por la ruta pavimentada a Gabes exponían un flanco a la artillería proveniente del desfiladero. ¿Hay alguna manera, le preguntó Alien a Darby, de sorprenderlos por detrás sin atacar frontalmente sus defensas?

En el atardecer del 20 de marzo y a cuatro kilómetros de El Guettar, una columna serpenteante de 500 Rangers y 70 artilleros de obuses se apartó de la carretera 15 hacia el noreste. Se habían pegado las tarjetas de identificación en las suelas de los zapatos para no hacer ruido y se habían pintado la piel de negro con betún. Treparon por el pedregal tropezando con obstáculos invisibles en una senda oscura. Más de mil botas rozaban la roca en un suave murmullo que un soldado comparó con «los suspiros del mar».

A lo largo de 16 kilómetros, avanzaron por el hombro agrietado del Djebel Orbata, una mole de 1.100 metros por encima del Camino del Gómero. Cruzaron hondonadas y collados; se cogían por las muñecas para formar cadenas humanas. Tenían las manos ensangrentadas; los uniformes, hechos hilachas. A la una de la madrugada vieron la luna. Entre quienes se esforzaban por mantener el ritmo estaba Ralph M. Ingersoll, un hombre de mundo, calvo y de mediana edad, que había sido director de las revistas *Fortune* y *The New Yorker*, y luego director general de Time, Inc. Ahora no era más que otro teniente de ingenieros con los pies destrozados.

Nadie creerá la belleza de aquella marcha a la luz de la luna... Los profundos valles, los picos escarpados, el juego de la luz y las sombras en las hondonadas, el paso delicado y translúcido de las nubes que atravesaban lentamente la faz de la luna y se arqueaban a lo largo del cielo; una sinfonía en tonalidades grises y plateadas... Al pasar un collado en la montaña, se podía ver la formación de hombres varios cientos de metros por delante subiendo la cuesta, figuras vestidas con armaduras de plata difuminada.

Al amanecer del día 21, Ingersoll y los artilleros habían quedado atrás; la noche parecía menos turbadora después de recorrer más kilómetros, sudorosos bajo el peso de los tubos de los morteros. Pero los Rangers estaban donde querían estar: a mil metros por encima del Camino del Gómero y a pocos del adormecido campamento de

los Centauros. En la estrecha hondonada, los italianos habían dejado el flanco izquierdo sin vigilancia. Algunos Rangers dormitaban a la espera de la orden de ataque. Cuando Darby los despertó «se pusieron de pie... restregándose los ojos como niños somnolientos». Estudió las tiendas y las trincheras de abajo y luego anunció: «Muy bien, muchachos, allá vamos». Los hombres calaron las bayonetas y empezaron a bajar la cuesta. «Espera y verás», murmuró un soldado, «no traerán ningún prisionero.»

Las dinámicas notas del clarín llamando «a la carga» resonaron en la sierra, ahora iluminada por los tintes ferrosos del alba. Las sombras de la mañana coloreaban el valle con ribetes azules. «¡Démosles algo de plomo!», gritó Darby. Los Rangers descendieron ruidosos en un semicírculo de alaridos. Las balas acribillaron el comedor de oficiales. Había un desayuno que nadie comería. Los soldados escapaban de las tiendas en calzoncillos, espantados por las granadas. «Un buen tiroteo», anunció Darby por la radio. «Necesitamos un poco más de plomo en la colina del sur... Allí no lo están haciendo bien.» Ingersoll llegó a tiempo para oír la descarga de los morteros. Los Rangers, arrodillados detrás de las rocas, le recordaron a los soldados de la guerra civil disparando «a lo largo de una cerca de piedra medio derruida en Virginia en vez de Tunicia».

A lo largo de la cara norte del valle, empezaron a aparecer banderas blancas. Se tomaron prisioneros y un capellán de los Rangers que hablaba italiano convenció al resto de que se rindieran. Una humareda azulada inundó el valle con el olor de los «cañones recalentados y el polvo levantado por las descargas», informó un Ranger. Los muertos italianos llenaban el campamento. En sus rostros de cera había una expresión de sorpresa. Unas pocas descargas de la artillería alemana se hicieron oír, pero para el mediodía la lucha había acabado. La demora en la llegada de los morteros había permitido escapar a algunos italianos, pero muchos otros, que llevaban raídos abrigos cosidos con bastos cordeles, fueron capturados. Entre los Rangers y las tropas de Alien, ahora presionando por el Camino del Gómero, capturaron a más de 1.000 italianos.

Llegaron camiones de cocina con barriles llenos de guisos calientes que los soldados comieron en sus vasos de campaña o en sus cascos. A las 16 horas, los Rangers estaban de regreso en su vivaque. Los tres regimientos de infantería de Alien siguieron avanzando por una cuesta al sureste de El Guettar antes de atrincherarse para pasar la noche.

«Pocos alemanes al mando del II cuerpo», informó Monk Dickson, el jefe de inteligencia de Patton. «Seguramente Rommel [*sic*] nos atacará con todo lo que tiene después de enfrentarse al VIII ejército. Con toda probabilidad no antes del 24 de marzo.»

En cinco días, los norteamericanos habían cubierto 120 kilómetros, ocupando Gafsa, El Guettar y la estación Sened con un coste de 57 bajas. «Es como en maniobras», caviló Terry Alien. «Aquí hay gato encerrado.»

El 23 de marzo, Ted Roosevelt fue despertado por el tableteo de las ametralladoras. Quitándose la manta, se sentó en la cama con la desgana predisposición de un hombre de 57 años con dolores en una rodilla, artritis en las articulaciones y un corazón debilitado. Se había dejado las botas puestas. Hacía meses que sentía un frío tremendo. «El frío del desierto», lo llamaba. A Eleanor le había escrito hacía tres días: «Hay un pensamiento que no me abandona: ¿No somos demasiado viejos para que nos llamen a lidiar con el enemigo? ¿No tendrían que presentarse los más jóvenes, quitándonos del medio, para que nosotros podamos sentarnos al sol?».

Apoyado en su bastón, subió la cuesta cojeando. Por la intensidad del fuego, supo que las ametralladoras eran alemanas. El sonido ahora se mezclaba con la réplica de los norteamericanos. Un centinela gritó la contraseña: «¿Tres?». De inmediato contestó: «¡Golpes!». La luz de la luna revestía de color azogue el paisaje y la niebla cubría el desierto, pero un resplandor rosado en el este anunciaba la llegada del alba. Los fogonazos de los disparos aparecían como relámpagos. Roosevelt encontró el puesto de mando del 18.º regimiento de infantería en la Colina 336 (la «colina Wop») y bajó a una trinchera que le llegaba al pecho.

«El campo de batalla estaba a mis pies; era una llanura circular de unos once kilómetros de diámetro», escribió a Eleanor dos días más tarde. «Lo podía ver todo.» La línea estadounidense formaba un anzuelo de 25 kilómetros. Los tres regimientos de la 1.ª división (16.000 hombres) ocupaban las colinas de Keddab de norte a sur. El 26.º de infantería defendía el flanco norte cerca del Camino del Gomer, a la izquierda de Roosevelt. Parte del 16.º de infantería y un batallón del 18.º ocupaban el centro. Unos pocos cientos de metros a la derecha, la sierra se perdía en un estrecho valle cortado por la carretera 15 que iba de El Guettar a unos 13 kilómetros pasada la línea estadounidense y hacia Gabes sobre el horizonte. Al otro lado de la carretera, en el sur, la tierra volvía a elevarse y se reanudaba la línea estadounidense. Sólo unas pocas horas antes, Roosevelt había enviado dos batallones del 18.º de infantería a extender la línea en las laderas más bajas del Djebel Berda, de 900 metros de altitud. En un terreno tan irregular que había que colocar los cañones en posición con cabrestantes, los batallones conectaron con los Rangers de Darby. Sus trincheras, que giraban al este, brindaron la protección de sus alambradas.

El estrépito de unas herramientas llamó la atención de Roosevelt. Los soldados cavaban furiosamente trincheras en el suelo pedregoso pese a las hormigas y escorpiones que infestaban las rocas. La ladera estaba cubierta de margaritas de pequeños pétalos blancos que se estiraban hacia el sol naciente. El Big Red One había planeado atacar esa mañana debido a un nuevo cambio de órdenes de Alexander. Las dificultades del VIII ejército en Mareth habían logrado que Montgomery reconsiderara su desprecio por los norteamericanos. Hacía sólo tres días había escrito en su diario que los yanquis no eran más que «unos completos aficionados». Ahora necesitaba su

ayuda.

A Patton se le pidió que amenazara el flanco del Eje atacando por la carretera 15 en dirección a Gabes. Durante la noche, la artillería estadounidense había avanzado para proporcionar fuego de cobertura a la infantería de Alien, aunque los informes de inteligencia advertían de que los Panzers se acercaban hacia el II cuerpo para un posible ataque por sorpresa. Por el creciente estrépito de los cañones y de las bombas que ahora volaban por encima, Roosevelt pudo darse cuenta de que el enemigo tenía la iniciativa y había atacado primero. Por orden de Kesselring, quien reconoció que una ofensiva estadounidense por el camino a Gabes podía dejar atrapado en Mareth al I ejército habano, Arnim envió la más fuerte de sus tres divisiones acorazadas, la famosa 10.ª Panzer, a contraatacar antes de que Patton se moviera.

Una voz resonó en la Colina 336. «¡Aquí vienen!» Roosevelt trató de ver a través del polvo y los resplandores, sus débiles ojos llenos de lágrimas por el esfuerzo. El terreno a lo largo del camino de Gabes era brutalmente abierto y no ofrecía más cobertura que matas de hierba y unos pocos olivos. De repente, como si se materializaran a partir del mismo polvo, aparecieron los Panzers: una formación rectangular avanzaba por la carretera. A un oficial, la aparición le pareció «una inmensa fortaleza de hierro moviéndose por el valle».

Haces de fuego naranja estallaban delante de la formación. «Los tanques enemigos parecían centenares», recordó un sargento, «pero nadie tuvo el ánimo de contarlos.» Roosevelt lo tuvo: en su flanco derecho, antes de que el humo ocultara los escalafones del enemigo, contó 24 tanques avanzando hacia la brecha marcada por la carretera 15. De hecho, había más, aunque toda la 10.ª Panzer contaba con 57 tanques y un número comparable de coches blindados y semiorugas. Dos columnas acorazadas giraron hacia la izquierda estadounidense seguidas por granaderos y un camión Volkswagen de plataforma que portaba municiones extra. Dando ánimos por encima del ruido ensordecedor, Roosevelt ordenó que otro batallón antitanque viniera de Gafsa y luego dio órdenes por radio a la artillería. Oleadas de Stukas con alas de gaviota atacaron la sierra volando tan bajo que los oficiales vaciaron sus pistolas antes de ponerse a cubierto. «Me pareció que podía levantar una mano y tocarlos», escribió Roosevelt a Eleanor. Los tanques lanzaron nubes de humo blanco para proteger a los granaderos y a sí mismos. Pronto el sol desapareció. «La llanura», informó Roosevelt, «se convirtió en una quimera humeante y polvorienta.»

En el flanco izquierdo estadounidense, el humo y el polvo eran lo de menos. A las ocho, dos batallones norteamericanos de artillería, el 32.º y el 5.º, se encontraban en peligro: habían quedado atrapados en las posiciones de vanguardia que habían ocupado para atacar, no para ser atacados. «Muchas figuras humanas pasaban un altozano en el frente», informó un jefe de sección. Por razones desconocidas, aunque la simple confusión siempre es una posibilidad, el mando del II cuerpo había ordenado que la 1.ª división cancelara los planes de almacenar más municiones extra con los

cañones; fiel a su carácter, la división ignoró en gran parte la orden del cuerpo, pero de cualquier modo le faltaban municiones. Los artilleros mojaban con latas de agua los cañones recalentados mientras otros portaban desde la retaguardia más de 40 kilos de peso sobre los hombros. Como flechas, los soldados alemanes se lanzaban en las irregularidades del terreno gritando «*Hitler kommt!* ¡Rendición!»: Los artilleros lanzaron unas últimas andanadas a quemarropa, se cargaron de granadas y lucharon en retirada como fusileros.

A los dos batallones de infantería a la izquierda del puesto de mando de Roosevelt tampoco les iba muy bien. Los Panzers atropellaron los tres batallones de los regimientos 18.º y 16.º de infantería, aplastando las trincheras con sus orugas. Ambas unidades cedieron terreno y se retiraron por la sierra Keddab antes de reagruparse en un ancho wadi detrás de la línea estadounidense; el combate cuerpo a cuerpo fue tan brutal como el de la colina Longstop hacía tres meses. Una compañía, la K del 18.º, mantuvo a raya a los granaderos con una lluvia sincronizada de granadas de mano y gritos de «¡Venid, venid, hunos bastardos!». A última hora de la mañana, la compañía había utilizado 1.300 granadas y tenía más de 60 bajas. En un pequeño oasis cercano al wadi, Terry Alien, despeinado y con la corbata perdida hacía rato, pedía refuerzos de Gafsa y suministros de Tébessa. A medida que se acercaba el fuego alemán, un oficial propuso desplazar el puesto de mando a otro emplazamiento. «Yo no me muevo de aquí», respondió Alien, «y mataré al maldito bastardo que lo haga.»

Desesperada como era la lucha en el monte Keddab, la ofensiva alemana al sur de la carretera 15 fue la que puso en mayor peligro a la 1.ª división. No lejos del otero de Roosevelt, el 601.º batallón antitanques defendía el segmento de la línea estadounidense que daba a la carretera. Treinta Panzers atacaron tan de súbito que una compañía flaqueó y retrocedió con fuertes pérdidas, mientras que otra, también vapuleada, resistió hasta quedarse sin munición. Los tanques alemanes pasaron por la brecha. Casi habían avanzado lo suficiente como para atacar el flanco derecho de los norteamericanos cuando la compañía A abrió fuego desde 2.300 metros; la andanada de 75 mm frenó a los tanques, que viraron al sur para entrar inadvertidamente en un terreno pantanoso y un campo de minas a lo largo del lecho seco de un río. Tanto la artillería de Alien como los antitanques intensificaron el fuego. A cada bombazo, los hombres en lo alto vitoreaban, nadie más sonoramente que el Roosevelt de los pulmones de acero. A media mañana, los Panzers ya había visto lo suficiente de la hendidura ahora llamada «Valle de la Muerte» por los norteamericanos. «Vacilaron, dieron media vuelta y se batieron en retirada», informó Roosevelt. «A mi alrededor, los hombres prorrumpieron en vítores.»

Se habían perdido 24 de los 36 cañones del 601.º. En total, el batallón había disparado casi 3.000 proyectiles de 75 mm y casi 50.000 balas de ametralladora. El jefe de la unidad, de quien Patton había dicho, «Espero que muera si se produce un ataque», sobrevivió para notificar a Alien que su batallón había dejado de existir.

Asimismo, se perdieron los siete nuevos cañones M-10 del 899.º batallón antitanques que habían llegado de Gafsa para sufrir una emboscada en el fondo del valle a las diez de la mañana. («Valientes, pero inexpertos», sentenció Roosevelt tras presenciar el combate.) No obstante, a la 10.a Panzer le había ido bastante peor. La artillería, los antitanques y los campos de minas habían dado cuenta de 37 tanques; algunos fueron remolcados por equipos alemanes de salvamento; los otros ardieron furiosamente. El enemigo se retiró al este para reagruparse. Los soldados norteamericanos lo festejaron a lo grande.

El primer acto había acabado, pero los alemanes jamás se contentaban con obras de un solo acto. Alien y Roosevelt volvieron a poner orden en la línea. Los heridos fueron retirados en camillas. Se trajeron más cañones. Diecinueve jeeps, acosados por los Stukas y la artillería de largo alcance, fueron a la retaguardia en busca de más municiones. Regresaron trece. Iban sobrecargados y dando tumbos entre los cráteres de las balas y las bombas.

Con las sirenas sonando en la escolta de motocicletas, Patton partió de Feriana, no sin antes reprender a un soldado que iba mal afeitado y sin polainas, aunque acababa de dejar la línea para buscar más municiones. Patton se había preguntado dónde estaban los alemanes. Ahora lo sabía. «Quiero pelear contra el campeón», dijo. «Si pierdes, has perdido con el campeón y eso no es una desgracia. Si ganas, tú eres el nuevo campeón.»

A las 15 horas, un equipo británico de intercepción de radio en colaboración con el II cuerpo descifró una transmisión de la unidad de reconocimiento de la 10.a división Panzer. Seis batallones alemanes reanudarían el ataque a las 16 horas. A las 15.45 otro mensaje interceptado avisaba: «Angriff bis 1640 verschoben». Se había pospuesto el ataque hasta las 16.40 para dar tiempo a que la artillería tomase posiciones. Patton consideró que la comunicación era lo bastante urgente como para avisar a sus subordinados con mensajes sin codificar sobre el asalto inminente y luego sobre el breve retraso. A las 16.15, Alien ordenó a sus hombres de señales que emitiesen un mensaje en la frecuencia de radio de la 10.a Panzer. «¿A qué demonios estáis esperando? Estamos listos desde las 16 horas. Firmado. Primera División». Patton, que acababa de llegar al puesto de mando, meneó la cabeza. «Terry, ¿cuándo vas a aprender a tomarte esta guerra en serio?»

Los mensajes sin codificar de Patton y la intolerable trastada de Alien alertaron a los alemanes de sus fallos de seguridad. Muy pronto la 10.a Panzer cambió sus códigos. «Después, tardamos mucho tiempo en leer el correo alemán», reconoció más tarde el oficial de inteligencia de Alien. Los británicos montaron en cólera ante la indiscreción yanqui, pero por el momento los norteamericanos estaban preparados. A las 16.45, dos batallones de granaderos, uno de motociclistas, uno de artillería y dos de Panzers con 50 tanques aparecieron en un extremo de la carretera 15, justo a tres kilómetros del monte Keddab. Patton y Alien se reunieron con Roosevelt en la cima de

la Colina 336; como si vieran «una ópera desde el palco», según dijo un oficial.

Esta vez, los tanques se mantuvieron rezagados agrupándose en una polvareda marrón fuera del alcance de los cañones antitanques. A. J. Liebling comparó el lento avance de los tanques con «chicos gordiflones y poco seguros de sí mismos saliendo a pedir un baile al otro lado de la sala, deteniéndose con la menor excusa y yendo y viniendo una y otra vez». Los granaderos no dieron ninguna muestra de vacilación: marcharon recto hacia la línea estadounidense. Creció el ruido de las armas ligeras y el estruendo de los cañonazos. «Los hombres caminaban erguidos, se movían lentamente y no intentaban esconderse ni maniobrar», informó luego un comandante de batallón. «Les disparamos a 1.500 metros. Fue como segar trigo.»

Los artilleros norteamericanos habían experimentado por primera vez con fuego de rebote; es decir, disparando al suelo entre las formaciones enemigas. Los efectos fueron devastadores. Ahora usaron un método de «cortar y buscar»: algunos morteros ajustaban su alcance de más a menos y otros lo hacían en la otra dirección. Barrían el campo de batalla como aspersores múltiples en un jardín. Darby observaba desde el monte Berda hacia el sur, mientras las bombas de tiempo montadas para estallar a poca distancia del suelo llovían sobre las formaciones enemigas. «El humo negro y fantasmal de las bombas de tiempo mostraba que estallaban por encima de las cabezas de los alemanes», escribió. «No salieron corriendo, sino que continuaron avanzando a sacudidas pero como un solo hombre.»

El combate degeneró en algo a medio camino entre la guerra y la carnicería. Roosevelt, que había ordenado las descargas de las bombas de tiempo, pensó que la batalla «parecía irreal». Se abrieron espacios vacíos en las formaciones de los granaderos. Los rostros y los uniformes de quienes aún se mantenían en pie se volvieron pardos del polvo, como si los condenados a muerte empezaran a cumplir lo de tierra a la tierra, polvo al polvo. Roosevelt luego escribió:

Delante de mí, había 400 hombres, una unidad alemana. Abrimos fuego y echaron cuerpo a tierra detrás de unas dunas. La artillería fue a por ellos con bombas de tiempo y explosiones en el aire. De inmediato se batieron en retirada. Se producían descargas encima de sus cabezas; eran figuras en caqui retrocediendo y cayendo.

Los soldados enemigos se agruparon detrás de una colina en tal número que la formación pareció extenderse como una sombra. Entonces la puntería aliada no falló. «El batallón se olvidó de la cobertura y empezó a retroceder corriendo en busca del siguiente wadi», informó Clift Andrus. «Pero nadie lo alcanzó.» A las 18.45, un puesto de observación del 18.º de infantería informó: «Nuestra artillería los crucificó». Las bombas caían cada siete metros encima de las tropas en retirada. «Dios mío», murmuró Patton a Roosevelt, «parece un crimen liquidar así a una buena infantería.»

Los supervivientes se sumaron a los Panzers retirándose al este entre la bruma y

las sombras. No se sabe a ciencia cierta cuántos alemanes murieron, pero la 10.ª división Panzer, ya muy debilitada antes de la batalla, estaba básicamente reducida a la mitad. Un mensaje de Ultra del 25 de marzo mencionaba 27 tanques en servicio en una unidad que ahora sólo tenía el nombre de división. Las pérdidas de Alien en una semana totalizaron 417, la mitad de ellas el 23 de marzo, y dos docenas de cañones. El ejército estadounidense había obtenido una victoria histórica derrotando a una veterana división acorazada que había aterrorizado a sus oponentes en Polonia, Francia, Rusia y Tunicia. «Se trató de la primera derrota sólida e indiscutible que causamos al ejército alemán en la guerra», sentenció Omar Bradley. Es verdad. El Guettar había sido una batalla defensiva llevada a cabo desde las trincheras, sin el empuje de la ofensiva acorazada con que soñaba liderar Patton. Es verdad también que las malas costumbres persistían: inseguridad, indisciplina y esa molesta tendencia a cargar contra encerronas enemigas. Sin embargo, la 1.ª división había demostrado agilidad, rápidos cambios de ataque a defensa ante una imprevista ofensiva enemiga, así como entereza y un sorprendente poder artillero. «Los hunos pronto aprenderán a detestar este ejército», predijo Eisenhower en su mensaje de felicitaciones.

Ted Roosevelt, que era la encarnación del temperamento de la división para bien y para mal, fue condecorado con la Cruz de Servicios Distinguidos. «No espero volver a ver algo semejante; una batalla disputada a mis pies», le escribió a Eleanor. Pero lo haría dos años después, en un lugar llamado Playa Utah, donde obtendría la Medalla de Honor por el mismo liderazgo frío y sereno de que había hecho gala en el monte Kedgab.

Pero la última palabra debe ser para un joven soldado muerto en el último tiroteo de El Guettar. La carta sin acabar para su familia, hallada al lado de su cuerpo, empezaba: «Bueno, hemos parado en seco a lo mejorcito que tenían».

«BUSQUEN EN SUS ALMAS»

A 64 kilómetros al noreste se gestaba una batalla de comparable intensidad y trascendencia mientras el flanco izquierdo del ataque de doble pinza de Patton enviaba las tropas del Eje sobre el Gran Dorsal.

El ataque de Orlando Ward había comenzado bastante bien pese a una inundación galopante que cubrió tiendas y rifles con casi un metro de agua. Con más de 20.000 soldados (el 60.º regimiento de infantería se había sumado a la 1.ª división acorazada de Ward), él también tenía bajo su mando 277 tanques, casi la mitad Shermans. La estación Sened cayó el 21 de marzo, pronto seguida por el poblado de Sened, casi en la cima donde una guarnición de 542 italianos desafió un ultimátum de «ríndanse o serán aniquilados» hasta que el primer cañonazo provocó un frenético flamear de banderas blancas. La madrugada del 22 de marzo, los exploradores descubrieron que Maknassy, a 35 kilómetros al este, había sido abandonado. Las tropas de Ward empezaron a entrar en el pueblo esa misma mañana.

Allí se detuvo, y esa decisión tendría consecuencias de extrema gravedad. Según el plan de Alexander del 19 de marzo, Ward debía ocupar Maknassy y permanecer allí a menos que lanzara la operación BUSTER, el asalto de un batallón de tanques contra el aeropuerto alemán de Mezzouna, 24 kilómetros al este en el camino a Sfax. Mientras viajaba por la carretera 14 hacia Maknassy ese lunes por la mañana, Ward consideró sus opciones. Los regadíos habían convertido aquí el desierto en un inmenso huerto de cítricos y olivos. Maknassy era un agradable centro agrícola con palmeras datileras y tiendas con postigos a lo largo de una calle pavimentada de 300 metros de largo. A ocho kilómetros al este del poblado acababan los huertos y el terreno llano se elevaba abruptamente en una cordillera escarpada de varios cientos de metros de altitud; más allá de esta sierra estaba Mezzouna y la abierta llanura costera.

Un oficial de enlace francés había insistido en que Ward ocupara la sierra lo antes posible o se arriesgara a «una lucha encarnizada y costosa». Pero había muy poca información disponible. Ward no sabía que unas pocas compañías italianas ocupaban el paso de la carretera 14 ni que los refuerzos alemanes ya estaban en camino. Con órdenes de permanecer en Maknassy, tenía pocos incentivos para ocupar las tierras altas o arriesgarse a pérdidas sin sentido. Hasta llegar a este punto, sólo 31 norteamericanos habían resultado muertos o heridos. El día anterior, Patton había presionado a Ward para que pusiera «más cojones» e hiciera acto de presencia en la línea del frente. Aunque en su diario se quejó de que Ward «simplemente se divirtió todo el día» en la ocupación de Maknassy, Patton optó por no reunirse personalmente con él. En su lugar envió a un oficial que estuvo de acuerdo con la decisión de Ward de reagrupar todas sus fuerzas antes de pasar a las montañas. Ward recogió prismáticos entre sus oficiales y los distribuyó entre sus jefes de tanques. Era el tipo de gesto por el que siempre destacó.

Ward también tenía otros problemas. El 60.º de infantería, prestado por la 9.ª división de infantería, no se había distinguido demasiado. El regimiento parecía poco motivado y había tenido roces con los tanquistas de Ward. El coronel Frederick J. de Rohan, el jefe del regimiento, competía con su superior por la lealtad de la unidad. «El regimiento estaba dividido», recordó más tarde un oficial. Algunos oficiales tuvieron la osadía de firmar una petición solicitando la sustitución de De Rohan. Además, un inspector del Departamento de Guerra informó de que una plaga de malaria había afectado a la unidad desde su desembarco en Port Lyautey; había 468 casos e insuficiente quinina para llevar a cabo el tratamiento.

Luego coleaba el problema Robinett. Un mes después de Kasserine, Ward había perdido toda la confianza en su comandante del CCB. «Robby se ha dejado llevar por la ambición y tiene la intención de cortarme el cuello», escribió Ward a su mujer a finales de febrero. Los oficiales del Estado Mayor de Robinett le consideraban desleal por su hábito de despotricar contra Ward y desautorizarlo ante la oficialidad del II cuerpo; un oficial le tachó de «pequeño dictador». Ward lamentaba el «consumado

egoísmo y engreimiento» de un hombre que se había convertido en «una espina que llevo clavada». Se sentía indignado, pero la confrontación no era su modo de solucionar las cosas. Asimismo, reconocía que pese a los demonios de la ambición que habían poseído a Robinett, era uno de los oficiales tanquistas más competentes del ejército de Estados Unidos. «Robinett es la personificación del ego», escribió en su diario el 9 de marzo. «Es sumamente difícil, pero competente.» También Eisenhower se había percatado de lo que sucedía. En una carta del 12 de marzo encabezada con «Mi querido Pinky», el comandante en jefe le comunicaba a Ward que «Robinett era extremadamente difícil de controlar. No tengas el menor reparo en utilizar la fuerza si es necesario». Eisenhower tenía sus propios motivos de descontento: la crítica de las deficiencias del ejército escrita en privado a Marshall después del desastre de Tébourba en diciembre finalmente había llegado a Argel. También el comandante en jefe estaba indignado, tal vez debido a que la crítica era legítima, aunque no lo fuera el canal elegido para manifestarla. En una nota a Marshall, Eisenhower tachó a Robinett de «desconcertante». Pese a su historial en combate, que le describía como el «mejor comandante en el frente», añadió, «jamás lo recomendaré para un ascenso a menos que aprenda a controlar su lengua. Parece inteligente, pero carece de criterio salvo en el sentido táctico».

Por último, Ward tenía el problema Patton. «George Patton está tomando el control con gran empuje», le había escrito Ward a Eisenhower. «Personalmente, soy un hombre nuevo.» Ese entusiasmo no era recíproco. El nuevo comandante del cuerpo escribió en su diario una semana después de reemplazar a Fredendall que «la 1.ª acorazada es tímida». El 18 de marzo, escribió con tono aciago a Bea: «Tal vez tenga que destituir a un general». Las mejores cualidades de Ward, su profesionalismo, la inteligencia penetrante, su decencia, no impresionaron a Patton. «Ward no lo ha hecho bien», escribió después de la caída de Maknassy. «Nada de empuje.» Patton se sintió progresivamente molesto, exigiendo que «Ward mueva el culo».

En una llamada telefónica, el jefe del cuerpo montó en cólera cuando Ward mencionó su buena suerte de no haber perdido oficiales ese día en combate. «Maldito sea, Ward, eso no es tener suerte. Eso es malo para la moral de los reclutas», replicó Patton. «Quiero que se te mueran más oficiales.»

Ward estaba perplejo. «¿Hablas en serio?»

«Claro que hablo en serio. Quiero que envíes varios oficiales de observadores a primera línea de fuego y los dejes ahí hasta que maten a un par de ellos.»

Fiel a sí mismo, Ward le buscó el lado positivo. En su diario anotó el 22 de marzo: «Patton impaciente, pero justo».

Las nuevas órdenes del 22 de marzo de Alexander al II cuerpo (el cambio que incitó a Alien a atacar El Guettar cuando la 10.ª división Panzer le atacó primero) pusieron en marcha un calvario que ningún soldado de los Oíd Ironsides podría haber previsto. Para hostigar aún más el flanco del Eje, la 1.ª blindada recibió la orden de

avanzar en dirección este. Ward, tras haber decidido no ocupar los altos de Maknassy, recibió instrucciones de Patton de conquistar las colinas esa misma noche. Patton dejó claro que se trataba de una oportunidad que desearía cualquier combatiente: la posibilidad de arrasar la retaguardia enemiga con 300 tanques.

A las 23.30, tras media hora de bombardeo con tres docenas de cañones, dos batallones de infantería salieron de los huertos al este de Maknassy y avanzaron kilómetro y medio por la hierba bajo la luna. A las 3.30 del martes por la mañana, un batallón, el 16.º de infantería acorazada, había conquistado el objetivo en la cima con una débil resistencia. El otro batallón, el 3.º del 60.º de infantería, fue parado en seco. Las minas y el fuego de las ametralladoras detuvieron a los hombres en las expuestas laderas del Djebel Naemia, un cerro en forma de L que dominaba la carretera 14 en la garganta del paso. Poco después de la salida del sol, el jefe del batallón advirtió a Ward de que se enfrentaba al menos con un batallón enemigo bien atrincherado.

De hecho, únicamente se enfrentaba a 80 soldados de infantería alemanes, los restos de la *Begleitkompanie*, la antigua guardia personal de Rommel, y unos pocos ingenieros. Con una ferocidad primitiva que intimidó a una fuerza estadounidense diez veces mayor, los alemanes acribillaron a los atacantes con proyectiles, piedras y rocas despeñadas. Usaron un solo cañón de 89 mm para repeler a los atacantes y disuadir a los italianos que intentaban rendirse. Al mediodía, Ward renovó el ataque, esta vez con tanques. Cuatro Shermans se atascaron debido a las minas, pero el avance estadounidense casi consiguió el objetivo cuando otra andanada de proyectiles y piedras hizo retroceder a los atacantes.

Tras haber perdido la audacia y la iniciativa, Ward culminó sus pecados tácticos: no atacó con la fuerza suficiente. No era un terreno idóneo para los tanques; la superficie irregular los condenaba a avanzar por el vulnerable camino y las rocas impedían el paso de las orugas, pero Ward sólo había utilizado dos de sus seis batallones de infantería en el asalto inicial. Cada hora que pasaba, los defensores se hacían más fuertes. Ahora los norteamericanos se enfrentaban nada menos que al coronel Rudolf Lang, quien había recibido de Arnim la orden personal de hacerse cargo de los altos de Maknassy. Ansioso por vengar su malogrado ataque en Béja durante la operación OCHSENKOPF, Lang llegó el martes por la mañana, pero encontró a los soldados italianos replegándose a la retaguardia. Después de ordenar al equipo del 88 mm que usaran «todos los medios... para evitar que un solo hombre retrocediera hacia el este», Lang, empapado en sudor y los ojos brillando de gloria anticipada, se hizo cargo en el paso de una defensa que pronto pasaría a la historia de la Wehrmacht como una Termopilas alemana.

Recibieron el apoyo de ocho Tigers. Los *Gefreiters* vitorearon cuando aparecieron los monstruos de acero por el camino de Mezzouna. También llegó artillería de largo alcance y hombres de dos batallones de granaderos. Pronto Lang contó con 350 defensores para enfrentarse a una división acorazada reforzada. En

cuanto a sus temerosos aliados, luego informó: «Ya no es posible depender de las tropas italianas por muy numerosas que sean. Tan pronto atacó el enemigo, quienes no salieron corriendo, se rindieron».

Un tercer ataque estadounidense al anochecer del día 23 se malogró con fuertes pérdidas, incluido el comandante del III batallón, que fue herido en una pierna. Esa noche, las bengalas inundaron las laderas de luz fría; con cada fogonazo, mil hombres echaban cuerpo a tierra sin mover ni un músculo hasta que se agotaba el magnesio. Trazadoras rojas y naranjas se clavaban en la tierra desde todos los ángulos, como agujas calientes. Los francotiradores acechaban en las sombras. Los pilotos de la Luftwaffe dejaban caer sartas de bombas mariposa, explosivos antipersonal con alas doradas que daban vueltas para poner en funcionamiento el detonador. «Flotaban hacia la tierra como linternas de colores atadas a un hilo», señaló un soldado. «Eran hermosas, pero enervantes.»

Ward volvió a atacar a las siete de la mañana del miércoles con ocho batallones, incluyendo tanques. Los pelotones enemigos dejaron que los exploradores yanquis se acercaran a 20 metros para arrojarles entonces granadas de mano que incendiaron las hierbas. Algunos huyeron del fuego. Otros siguieron avanzando cubriéndose con las chaquetas de campaña. Fueron diezmados. Tras abandonar el puesto de mando a cinco kilómetros al oeste de Maknassy, Ward se dirigió bajo el fuego enemigo hasta unas estrechas pistas que salían de la carretera 14 al pie del Djebel Naemia. Cientos de hombres se agazapaban en fosos o depresiones o se rezagaban en los huertos.

Llegó a la línea y arengó a las tropas. «¡Adelante! ¡Adelante! ¡No nos hacen nada!», gritaba. «¡Tenéis que subir esta cuesta directamente hasta el frente!» Los menos obedecieron; la mayoría no se movió. Los morteros y las ametralladoras volvieron a dar con los hombres en tierra. Las minas pararon un ataque de tanques estadounidenses en el flanco derecho. Asimismo fracasó un movimiento envolvente más intenso, también a la derecha, donde Ward pensó que había desfiladero suficiente para proteger a los Shermans de la artillería antitanques alemana. No había desfiladero, sino sólo Panzers al contraataque. Cuatro ataques consecutivos a cargo de cuatro batallones apenas ganaron unos pocos centímetros.

Las bajas se multiplicaron por diez, luego por cien. La apatía se adueñó del campo de batalla. Pese a las intimidaciones de los oficiales, los hombres no salían de sus escondites. En un diario capturado al enemigo, los oficiales de inteligencia encontraron una entrada que hablaba por los dos bandos:

Aquí se puede descubrir lo que significa pasar el día con la nariz pegada al polvo. Es un sitio miserable; ni un árbol, ni un matorral, sólo unas pocas hierbas, el resto es arena, rocas y piedra caliza... Estamos sucios de pies a cabeza.

Un oficial de intendencia de la 1.ª acorazada observó: «Esto es una galería de tiro y nosotros somos la diana». Desconcertado, Ward miró el combate desde una colina resguardada cerca de la carretera antes de regresar a su puesto de mando a primera

hora de la tarde.

Patton había pasado el día con la división de Alien, evocando cómo habían rechazado a los Panzers en El Guettar. Al volver a su puesto de mando, todavía en la húmeda escuela de Feriana, dio cuenta de la cena y empezó una carta a Bea. A las 19, el teniente coronel Russell F. Akers, miembro del Estado Mayor, le llevó las últimas noticias de Maknassy. En cuarenta y ocho horas, Ward no había progresado. «¿Qué diablos pasa con esa maldita 1.ª división?», exclamó Patton. Akers sugirió, con cierta injusticia, que el punto muerto reflejaba la tendencia de Ward a permanecer a 25 kilómetros del frente. Patton cogió un teléfono de campaña. «Póngame con el general Ward», dijo, colgó el auricular y retomó su carta. El teléfono sonó con Ward en la línea.

«Pinky, ¿ya has tomado esa colina?» Patton escuchó menos de diez segundos antes de interrumpir. «No quiero ninguna excusa. Quiero que vayas allí y ocupes esa colina. Encabeza el ataque personalmente. No regreses con las manos vacías.» Volvió a colgar el auricular.

Antes de acostarse, Patton escribió en su diario: «Ahora me remuerde la conciencia el temor de haberle enviado a la muerte».

Ward se comportó con la grave dignidad de un condenado a muerte. Se puso el casco sobre los ahora ralos cabellos pelirrojos, recogió una carabina y a las 20 horas se dirigió a Djebel Naemia.

Hizo una parada en el puesto de mando del 6.º de infantería, una maloliente tienda de campaña bajo unos árboles al este de Maknassy. Allí vio en una litera al teniente coronel William B. Kern, el jefe del 1.º batallón del regimiento, que había combatido tan hábilmente desde Oran hasta Kasserine; una bala de ametralladora le había reventado el ojo derecho. Espolvoreado con sulfamida y sedado con morfina, Kern esperaba ser llevado a un hospital de campaña en la retaguardia. Ward le dio una palmada en el hombro y siguió adelante.

Tres batallones que sumaban más de 2.000 hombres estaban listos para atacar poco después de medianoche. A fin de sorprender al enemigo, no habría fuego anticipado de artillería. Ward fue hasta la vanguardia del 2.º batallón con la carabina en la mano. Los soldados se sorprendían al ver a todo un general asumir el mando de la unidad. A las 0.30 del jueves 25 de marzo, la columna se puso en marcha rumbo al Djebel Naemia, una inmensa presencia oscura al noreste. A 1.200 metros del macizo, la columna se dividió en tres; una compañía fue a la izquierda y las otras dos, encabezadas por Ward, pasaron al flanco derecho. Desde las defensas, disparaban con fusiles. Ward hizo una pausa para reprender a un sargento indolente. «Sargento, ¿puede usted volver a casa y decir a sus padres, a su novia y a los amigos que cumplió con su país y sus camaradas mirándolos a los ojos?», dijo Ward. «Lo que debe hacer es avanzar.» El sargento lo hizo.

Pero no demasiado. El fuego cruzado alemán hizo que el batallón buscara

cobertura. Ward pasó corriendo con ocho hombres el primer y segundo montículos de la cara sur. Se le atascó la carabina y la arrojó a un lado. «¡Maldita sea!», gritó. «¿Vais a dejar que un hombre de 51 años os deje sin aliento? Adelante, vamos a conquistar esa colina.» El asistente de Ward, el capitán Ernest C. Hatfield, se preguntó si el general no estaría buscando el martirio.

El tercer montículo fue demasiado. «El fuego de las ametralladoras era terrible y pasaba a 60 centímetros del suelo; otras hendían el aire a un metro de altura», informó más tarde Hatfield. El mensajero entre Hatfield y Ward recibió un disparo en una pierna. Una ráfaga hirió a Ward en un ojo y en el puente de la nariz. Rápidamente la sangre le cubrió el rostro y se extendió por el uniforme de fajina.

Al amanecer, el ataque llegó a punto muerto. Unos pocos hombres alcanzaron la cima de Naemia, pero los obuses alemanes los hicieron retroceder. Ward descendió del monte a las siete para dirigir el fuego de los tanques contra los puntos fuertes alemanes, pero una hora más tarde los agotados batallones empezaron a bajar y a cavar trincheras a mil metros del cerro. Los heridos atestaban los puestos de asistencia. Ward dio la orden de suspender el ataque. Acto seguido viajó a Maknassy en ambulancia con un herido que había perdido un pie y otro al que le faltaba la mitad de la cara.

Robinett y Ornar Bradley estaban en el puesto de mando cuando Ward llegó a las once. Su aspecto los dejó sin habla. Tenía la cara cubierta de sangre seca y sulfamida. Tenía rasguños y moretones púrpuras en las piernas y las manos. Una bala de ametralladora le había trazado una raya en la espalda del uniforme, como si le «hubieran pegado con un atizador al rojo vivo». Mientras un médico le vendaba el ojo herido, Hatfield le trajo una taza de té de la cocina. Cuando le preguntaron cómo se sentía, Ward contestó: «Muy desafortunado».

Horas más tarde en Feriana, Patton leyó el último despacho del frente antes de sentarse a escribir otra carta a casa. Con su ortografía irregular e inclinada, le contó a Bea: «Tremendamente desafortunado».

Dos días después, el 27, Patton hizo acto de presencia en el puesto de mando de la división para condecorar a Ward con una estrella de plata. El comandante del cuerpo estaba «tranquilo, simpático y razonable», anotó Ward en su diario, pero en una tormentosa reunión privada antes de la ceremonia, Patton le acusó de indolencia y de demasiada dependencia de su equipo. «Tengo poca confianza en Ward y en la 1.ª división», escribió Patton en su diario al día siguiente. «A Ward le falta fuerza. La división ha perdido brío y está nerviosa. Me temo que nuestros soldados quieren combatir sin que los maten.»

El punto muerto al este de Maknassy no daba signos de cambio, en especial después de que Patton transfirió varios tanques de los Oíd Ironsides a la fuerza de Alien en el sur. En un mensaje a la división, Ward condenó el «no dar la cara y evitar la lucha... Busquen en sus almas», pidió, «y hagan que el enemigo pague con su vida por amenazar la vida de nuestro país».

Sin embargo, sus días en Tunicia estaban contados. A comienzos de abril, las pérdidas de la división desde la reconquista de la estación Sened sumaban 304 muertos, 1.265 heridos, 116 desaparecidos y 40 tanques destruidos, con poco de provecho que lo justificase, salvo la ingratitud de Patton. Aunque la división reivindicaba 2.000 enemigos muertos o heridos y otros 900 capturados, más otros 2.000 capturados por las fuerzas al mando de Aben, esas cifras eran exageradas. Eisenhower escribió a Marshall que Ward «no ha sido capaz de recuperarse totalmente de los reveses iniciales y no ha mostrado la firmeza necesaria».

Había algo de verdad en eso. Ward no era la persona adecuada para un trabajo que requería voluntad de acero y capacidad de mando en la primera línea de combate. Hasta el coronel Lang, observando a los norteamericanos desde su atalaya en Djebel Naemia, se había sorprendido de la timidez del asalto inicial a los altos de Maknassy; un ataque más decisivo, pensó, podría haber reducido en varias semanas la campaña tunecina. Desde su perspectiva, los norteamericanos parecían reacios a arriesgarse a sufrir grandes bajas. Eso significaba intensificar la lucha. También había algo de verdad en esta evaluación.

Una carta de Alexander a Patton selló el destino de Ward. «Con algunos reparos», el comandante del grupo de ejército había llegado a la conclusión de que «Ward no es la persona idónea para encabezar la 1.ª división acorazada». (Alexander tuvo menos reparos en una nota personal a Brooke que calificaba a Ward como «bastante inútil».) De inmediato, Patton le pidió a Eisenhower que llamara a Ernie Harmon, que había regresado a Marruecos tras su corta intervención en el II cuerpo después de Kasserine. Reacio a enfrentarse personalmente con sus colegas, Patton delegó la tarea de cesar a Ward en Ornar Bradley. «Mira, Brad, tú eres amigo de Ward», le dijo en un desayuno. «Ve ahí y dile por qué debo dejar que se vaya.»

Pocas horas después, Bradley llegó al puesto de mando de Ward en el huerto de Maknassy. Había estado en el curso anterior al de Ward en West Point y en la misma compañía de cadetes; creía que el cese era injusto. Al pergeñar un plan que se acomodase básicamente a las características de Montgomery y luego cambiarlo varias veces, Alexander no se había mostrado muy brillante. En cuanto a Patton, había aportado más críticas envenenadas que útiles consejos tácticos o refuerzos de infantería. Ward no había tenido suerte, creía Bradley. Y en la guerra la suerte representaba una virtud indispensable para un general.

En su tienda, Ward recibió a Bradley con una serena sonrisa, como si esperase la noticia. Patton había decidido realizar un cambio, dijo Bradley sin mencionar la carta de Alexander. Sin duda, había un importante trabajo que hacer en casa o en algún otro teatro de la guerra. Harmon llegaría al día siguiente para asumir el mando. Casi con lágrimas en los ojos, Bradley estrechó la mano de Ward y regresó a Feriana. Ward tenía poco que decir.

«Bradley dio el orden de mi pase», escribió en su diario. «Estaba más conmovido

que yo.» En una nota manuscrita a la división anunció: «El firmante cede el mando de esta espléndida división al general de brigada Harmon. Les ruego que le presten el mismo apoyo y lealtad que me han prestado a mí».

Harmon llegaría el 5 de abril, demorado primero por los Messerschmitts y luego por Patton. Cuando Harmon le preguntó si quería que defendiese o atacase, bramó: «Para qué has venido aquí? ¿Para hacerme un montón de preguntas estúpidas? ¡Sal de aquí de inmediato y ponte a hacer lo que he dicho o te devuelvo en el acto a Marruecos!». Ward esperó a Harmon con la mochila y el colchón preparados. Saludó a su sucesor y le dijo: «Son todos suyos, Harmon».

Aunque guardara las formas, en su interior Ward estaba hecho una furia. Le molestaban los británicos, Fredendall, Eisenhower y Patton, de quien pensaba que no daba la talla para ser comandante de tanques. De haber ido las cosas mejor en Tunicia, creía, podría haber sido un día jefe del Estado Mayor. Otras indignidades le caerían encima en los días siguientes. Robinett le envió un mensaje de despedida generoso, aunque hipócrita, expresándole «mi mayor gratitud por su gran condescendencia», y admitiendo: «Francamente, estoy cansado y necesito un cambio de aires». En Argel, Eisenhower se sentía complacido, aunque le dijera a Ward que «no era lo bastante ruin». Mark Clark trató de evitar que se le concediera la Cruz de Servicios Distinguidos por su valor en el Djebel Naemia. Un comité que estudió el caso concluyó que «los hechos no justifican la concesión de la Cruz» pese a la estrella de plata ya concedida. Clark escribió a Eisenhower: «Estoy de acuerdo con la recomendación del comité».

Ward era un buen soldado y, tal como decía a menudo, tenía la conciencia limpia. Aceptó con ecuanimidad todos los desaires. «Me temo que mi historial me tacha de estúpido y valiente», confió a un amigo. «Probablemente es necesario ser un estúpido para merecer semejante calificación.» A mediados de abril estaría de vuelta en su casa en Denver, pero ciertamente aún desempeñaría misiones importantes, primero como director de las escuelas de antitanques y artillería de campaña del ejército y luego como jefe de otra división acorazada que conquistaría Munich en abril de 1945. En el ejército estadounidense, pocos comandantes retirados tuvieron una segunda oportunidad de comandar hombres en combate; Ward fue una excepción porque era excepcional. Pero primero tuvo que hacer penitencia por sus virtudes y por sus pecados.

«Ward era demasiado sensible tanto a la crítica de sus superiores como a la pérdida de amigos y subordinados en el campo de batalla», escribió Eisenhower a Marshall. «En todo lo demás, era de primera categoría.»

NOCHE CERRADA

Con los norteamericanos incapaces de alcanzar la retaguardia del enemigo a través de los altos de Maknassy, Alexander replanteó sus órdenes a Patton por tercera

vez. El mediodía del 25 de marzo, mientras a Ward le curaban el ojo herido y Montgomery se aprestaba a lanzar su gancho de izquierda en Mareth, el II cuerpo recibió la orden de transferir el peso de su ataque al sur. La 9.a división de infantería se sumaría a la 1.a de Alien para abrir una brecha en las defensas del enemigo al sureste de El Guettar de modo que los tanques de la 1.a acorazada de Ward pudieran avanzar por la carretera 15 hacia Gabes. La ofensiva estaba diseñada para hostigar a las fuerzas enemigas enfrentadas a Montgomery, amenazar una vez más con dividir a los ejércitos del Eje y atacar por detrás a los defensores de Mareth.

A la orden de Patton, poco antes de la medianoche del día 25, Alien relevó a los Rangers de Darby y al 18.º regimiento de infantería de una posición cerca del Djebel Berda, en el extremo sur de la línea estadounidense. Se alegraron de irse. La tarde anterior, un frenético contraataque alemán les había hecho retroceder 2.000 metros. Los Rangers regresaron a Gafsa a darse baños calientes y a jugar al voleibol. El 18.º de infantería saltó al norte en el Camino del Gomero y se estacionó en el flanco izquierdo de la división de Alien, que ocupaba un frente de 15 kilómetros al norte. La 9.a división avanzó para tomar posiciones al sur de la carretera desocupada por Darby y el 18.º.

Si había dioses oteando desde sus moradas en el djebel y vieron que se preparaba un desastre, declinaron intervenir en pro de los mortales de uniforme verde. El plan de Patton, pergeñado en respuesta al precipitado cambio de órdenes de Alexander, estaba pésimamente concebido. Los infiltrados alemanes ahora ocupaban los altos del Berda, incluyendo un collado clave denominado Colina 772; podían vigilar prácticamente cualquier movimiento estadounidense. En vez de asegurarse primero la cima y los riscos adyacentes, los norteamericanos optaron por rodearlos con un ataque endiablado de dos divisiones de infantería a cada lado de la carretera 15.

Además, la 9.a división carecía de suficiente personal, estaba mal informada y pobremente equipada para la batalla que se avecinaba. De los tres regimientos de infantería de la división, uno, el 60.º, había sido enviado al quijotesco combate de Ward en Maknassy, y otro, el 39.º, se había pasado casi los últimos cinco meses de guardia en Argelia. Las demoras en llegar al sitio convenido pospusieron un día el ataque, hasta el domingo 28 de marzo; como siempre, los alemanes usaron sabiamente el tiempo extra. El miope comandante de la 9.a división, el general de brigada Mantón S. Eddy, cuya frente arqueada y un amplio mentón hicieron que se le describiera como «un gran memo parecido a un maestro de escuela», era de hecho enérgico e imaginativo; para estimular la disciplina militar, en una ocasión concedió un permiso de tres días a un soldado que se había cuadrado ante el coche vacío de un superior. Pero sus tropas carecían de artillería pesada y de vehículos blindados; no tenían suficientes brujulas ni experiencia en atacar altos fortificados.

Un estudio de la inteligencia basado en los informes de los oficiales que acababan de salir de ese sector concluyó que el terreno estaba «poco defendido por los alemanes

o los italianos, que se pondrían a temblar ante las bayonetas estadounidenses. Craso error. Mapas deficientes, fundamentados en peritajes franceses de 1903, daban a entender que la topografía era casi toda llana. Otro grave error. Las divisiones 10.a Panzer y Centauro, aunque sumamente reducidas por el fracasado ataque del 23 de marzo, se habían reagrupado y ahora contaban con la ventaja de combatir a la defensiva en un terreno irregular de barrancos cerrados y riscos dentados. Prestaron especial atención en fortificar la Colina 369. Se trataba de un empinado macizo a tres kilómetros al sur de la carretera; se elevaba unos 170 metros sobre el desierto, con mayor presencia de lo que sugería su modesta altitud. Como puesto de mando, los zapadores alemanes habían excavado cinco refugios en la roca; cada uno tenía tres metros cuadrados y estaba techado con losas y lodo. Los nidos de ametralladoras ocupaban tres promontorios de metro y medio al norte del cerro y dominaban la carretera, mientras que la infantería atiborraba las trincheras excavadas en la rocosa ladera. Diez cañones antitanques de 75 mm se ubicaban alrededor de la cima apoyados por tres cañones de 100 mm aún más letales espaciados 100 metros cada uno. Tras el anochecer, aparecieron unos camiones de la Wehrmacht con botes de moscatel para los defensores.



La Colina 369 impedía todo paso aliado por la carretera 15 y era el objetivo de la 9.a división. Saliendo de los wadis al pie del Djebel Berda, una columna formada por cuatro batallones marchó hacia el este a las 3.30 del 28 de marzo. Un oficial médico describió el alba «iluminando las montañas con tonalidades doradas, rojas y negras sobre un brillante cielo azul». Fue la última manifestación de belleza que vieron muchos de aquellos hombres. A las 5.35, unos alemanes que dispararon luces de bengala y ametralladoras tendieron una emboscada al 2.º batallón del 47.º de infantería, que sin darse cuenta se había metido en un laberinto montañoso. En quince minutos, sólo la compañía E perdió 159 hombres. Para rendirse, los oficiales ataron

pañuelos en las bocas de sus fusiles. Quienes continuaron la lucha, murieron. «La última vez que lo vi», informó más tarde el oficial de un fusilero, «estaba en el suelo sujetándose los intestinos con ambas manos.» Los soldados de gris hicieron 242 prisioneros, incluyendo al jefe del batallón, ocho oficiales y el joven asistente de Eisenhower, que había sido enviado al frente para que adquiriera experiencia. Más tarde, una patrulla norteamericana sólo encontró cadáveres. Un olor dulzón se elevaba sobre aquellos wadis crepusculares. Sacudiendo el puño y chupando la pipa, el jefe del 47.º de infantería repetía una y otra vez: «Hijos de puta, hijos de puta».

Peor aún, otro batallón también había equivocado el rumbo y se encontraba tan perdido que nada se supo de él durante 36 horas. Los otros dos batallones que participaban en el asalto atacaron lo que supusieron que era la Colina 369, pero en realidad era la 290, una cima más baja, un kilómetro y medio más próxima a la carretera y que no figuraba en los mapas. La colina resistió y la artillería alemana, guiada al centímetro por observadores desde el Djebel Berda, acribilló el wadi. Los hombres se refugiaban donde podían, orinaban en cantimploras y defecaban en los cascos. Los heridos pedían ayuda mientras los alemanes, imitándoles, intentaban que los enfermeros salieran al descubierto. Un soldado escribió en su diario: «Permanecí en mi agujero y golpeaba el polvo con los puños».

Alexander visitó el II cuerpo y expresó su satisfacción, pese a que la furia de Patton no conocía límites. A Eddy le echó una filípica que dejó perplejo al jefe de división. «En toda mi carrera, nadie me ha tratado como lo ha hecho Patton esta mañana», le dijo a uno de sus coroneles. «Puede ser que me quiten el mando.» Eddy conservó el trabajo, pero eso no fue suficiente para olvidarse de los dolores de cabeza. Ordenó que el 2.º batallón del 39.º de infantería avanzara por la carretera 15 y conquistara la Colina 369 a la madrugada.

Volvieron a salir, esta vez en camiones, de algún modo convencidos de que los alemanes estarían cansados tras un largo día de victorias y que sólo los rezagados italianos les esperaban dispuestos a ser aniquilados. Con ruido de portazos y de equipo, los hombres bajaron de los camiones al amanecer del 30 de marzo sólo para volver a confundir la Colina 369 con la 290. Una sola bengala inauguró la emboscada del enemigo seguida del familiar tableteo de las ametralladoras. El batallón rompió filas. La mayoría volvió corriendo a la carretera; otros se escondieron hasta que la oscuridad les permitió escapar a la noche siguiente.

Al norte de la carretera 15, las cosas no le habían ido mucho mejor a la 1.ª división de Alien. El 18.º de infantería avanzó varios kilómetros por el Camino del Gomero en el flanco izquierdo, pero todos los demás progresos se pudieron medir por metros o centímetros. La cuña de terreno entre el Gomero y la carretera pronto quedó cubierta con fragmentos de la artillería y cruzada por interminables madejas de cables del cuerpo de señales. El cirujano del 26.º de infantería escribió en su diario el 29 de marzo: «Los francotiradores y los artilleros con ametralladoras habían cubierto todos

los wadis y nuestras bajas fueron terribles hasta que los hombres decidieron esconderse hasta el anochecer... Nos asamos bajo sol desde las 11.30 hasta la noche». Las evacuaciones a la luz del día eran letales y los heridos se desangraban hasta morir o morían del shock mientras esperaban la llegada de la noche.

La oscuridad trajo sus propios sufrimientos. «Luchas todo el día en el desierto y ¿para qué?», escribió un soldado. «Se hace noche cerrada y te asfixia.» Un parte del 26.º de infantería sintetizó la batalla con cinco palabras: «Este lugar es el infierno». Un ataque a cargo de dos batallones del 16.º de infantería perteneciente a la 9.a división acabó en nada y se cobró 105 bajas en diez minutos. Otro oficial informó de que Alien «se intranquilizaba y echaba chispas [y] estaba fuera de sí». Algunos dijeron que había vuelto a tartamudear.

A última hora del 29 de marzo, Alexander modificó el plan de ataque estadounidense por cuarta vez consecutiva: una punta de lanza acorazada de la 1.a división debía traspasar las defensas enemigas por la carretera 15. Dadas las fortificaciones del Eje, el plan tenía pocas posibilidades de éxito.

No se sabe cuánto tiempo había dedicado Alexander a estudiar el terreno. Su orden incluía instrucciones precisas sobre cómo desplegar los batallones estadounidenses. Patton replicó con un mensaje subido de tono al cuartel general del grupo de ejército.

Con el debido respeto, considero que debo llamar la atención del general Alexander sobre el hecho de que en el ejército de Estados Unidos decimos a los oficiales qué hacer, no cómo hacerlo, porque sugeriría falta de confianza en esos mandos... Considero que debo protestar en nombre del honor y del prestigio del ejército de Estados Unidos.

Enviada la protesta de Patton y redimido su honor, el ataque se lanzó al mediodía del 30 de marzo con siete batallones a cargo del coronel Clarence C. Benson, quien hasta esa mañana no había conocido a varios de sus subordinados. «De cientos de wadis y hondonadas salieron tanques, en medio del valle», escribió el corresponsal Alan Moorehead, «...como si se contemplase una flota de guerra entrando en acción a toda máquina en un mar amplio y verde. Una visión maravillosa.» Las antenas se movían al ritmo de los tanques. Las filas oscuras de la infantería salieron de sus fosos para seguir a los Shermans. Tras un avance inicial de 5.000 metros en un frente de 800 metros, el camión de Benson entró en un campo de minas. Entonces los cañones alemanes abrieron fuego concentrándolo en una franja de tierra montañosa que los norteamericanos denominaron Rincón Caliente. Unos 300 metros más atrás, con su pipa de maíz seco en la boca, Benson pronto se dio cuenta de que el enemigo se había reforzado primero con granaderos del Afrika Korps y luego con la 21.a división Panzer.

«Vi que ardían varios tanques que habían sido blanco de los disparos», informó el corresponsal John D Arcy-Dawson. «La torreta estaba inclinada hacia atrás. Pequeñas

figuras saltaban a tierra y corrían entre las bombas hacia los jeeps que dando tumbos iban a recogerlas.» Moorehead añadió: «Las ambulancias empezaron a correr en todas direcciones. Por encima de todo, se oía el rápido y ronco staccato de los cañones». Con cinco tanques en llamas Benson ordenó la retirada. Tratar de arrancar al enemigo de sus posiciones era tarea «más dura que plantar patatas», advirtió.

A las 12.30 del día siguiente, la fuerza de Benson volvió a intentarlo, pero sólo logró un modesto avance antes de que los humeantes cañones le hicieran retroceder con ocho tanques menos. Luego se sucedieron unas desagradables reuniones. «Parece que estamos atascados en algún sitio», escribió Patton en su diario el 31 de marzo.

La línea del Eje se retiró tres kilómetros en el norte y kilómetro y medio en el sur. Luego se atrincheró. Fracasó también con graves pérdidas un ataque de dos batallones contra la Colina 772, tardíamente identificada como el eje central del campo de batalla. «Una desagradable y atroz lucha en la montaña», dijo Patton a Eisenhower. El Día de los Inocentes, Alexander ordenó otro cambio, el quinto, volviendo al plan original para que dos divisiones de infantería abrieran una brecha que permitiera el paso a los tanques. Cansados y con cara de perro, los soldados siguieron intentando avanzar hacia los cerros, pero sin mayores consecuencias. El parte de guerra de la 9.ª división lo reconoció el 2 de abril: «Ningún movimiento importante a lo largo del día».

Miles de proyectiles de morteros y de artillería cayeron en ambos lados. La 9.ª división usaría más de un millón de balas de fusil y ametralladora en El Guettar. El 47.º de infantería aumentó el número de camilleros de 16 a 75; el 39.º añadió 60. Hasta los chirridos de los frenos de las ambulancias provocaban el fuego enemigo. Los muertos yacían amontonados como leños en un camión y eran llevados a Gafsa para su entierro.

En poco menos de una semana de combates, la 9.ª división sufrió 1.812 bajas, más del 10 por 100 del total de la unidad. Cinco de seis comandantes de batallón se dieron por desaparecidos. Las bajas sólo en el 47.º de infantería ascendieron a 868, más de la cuarta parte del regimiento. Más tarde, Eddy consideró que El Guettar había sido la batalla más dura de la segunda guerra mundial y que no sería eclipsada por el combate en Sicilia o Normandía. Las pérdidas de la 1.ª división eran cercanas a las 1.300. Stanhope Masón, el jefe de operaciones del Big Red One, también pensó que El Guettar fue «la batalla más trabajosa en tres años de guerra», una evaluación sorprendente para una división cuyo destino la llevó a campos tan mortíferos como Sicilia, Normandía y Aquisgrán.

El período de estancamiento duró una semana. Casi todos ahora sentían lo que Ernie Pyle llamó «agotamiento célula a célula». El II cuerpo había hecho lo que le mandaron hacer. Distrajo a dos divisiones Panzer y más unidades del frente del VIII ejército. Montgomery había logrado abrir una brecha en Mareth, conquistado Gabes y ahora sitiaba al enemigo en la costa, en el wadi Akarit, al este de los norteamericanos. Pero todo eso no curaba las heridas. A medida que se alejaban las esperanzas de poder

seguir hasta la costa, una desagradable frustración cundió en el ánimo. «Todos daban órdenes a todos», como dijo un comandante. Ted Roosevelt le escribió a su mujer Eleanor: «Dejamos escapar la oportunidad».

A Patton todo esto le sentaba muy mal. La mañana del martes 1 de abril, su cólera se convirtió en furia cuando su ayudante predilecto, el capitán Richard N. Jenson, murió en un ataque aéreo mientras visitaba el puesto de mando de Benson, a siete kilómetros al este de El Guettar. Ocho Stukas emergieron delante del sol matando a tres hombres, hiriendo al general de brigada Dunphie, el héroe británico de Thala, y errando por poco a Bradley con una bomba que detonó a cinco metros de su trinchera. El impacto mató a Jenson al instante. «Tenía todos los huesos rotos y la piel estaba intacta», informó un oficial.

Patton esperaba en el pórtico de la gendarmería de Gafsa cuando llegó el cuerpo de Jenson en el asiento trasero de un jeep. Se dirigió de inmediato al cementerio de la ciudad, donde los cadáveres envueltos en mantas de otros veinte muchachos esperaban a ser enterrados. En una cercana tienda de campaña, se apilaban cruces y estrellas militares. Con lágrimas en los ojos, Patton descubrió la cara de Jenson, lo besó en la frente y le arrancó un mechón de pelo para la madre del soldado muerto. Después de arrodillarse a rezar, Patton se puso de pie, y sin pronunciar palabra, volvió al despacho.

«Las tropas de vanguardia han sido bombardeadas sin cesar toda la mañana», escribió una hora después en un feroz informe para el alto mando aliado. «Una absoluta falta de cobertura aérea de nuestras unidades ha permitido a la fuerza aérea alemana operar casi a voluntad.»

A las 22.45 del martes, el neozelandés que comandaba las fuerzas aéreas tácticas de los aliados, el vicealmirante del aire Arthur Coningham, replicó con un mensaje tan ampliamente difundido que hasta el Departamento de Historia del Pentágono recibió una copia. La queja de Patton era «inexacta y exagerada», «un falso aullido de lobo», según escribió el mordaz Coningham. Tras puntualizar que el 1 de abril los cazas aliados habían efectuado 353 vuelos, más de dos tercios de los mismos sobre el II cuerpo, añadió que el mensaje de Patton «al principio fue considerado una broma del Día de los Inocentes... Sólo se puede concluir que el correspondiente personal del II cuerpo no ha dado la talla en combate en relación con las actuales operaciones».

La condescendencia y las conclusiones de Coningham eran ofensivas; no obstante, sus datos eran básicamente sólidos. Al no intentar proporcionar un paraguas permanente a las tropas aliadas, los escuadrones británicos y estadounidenses podían concentrarse en los aeródromos, el transporte y otros objetivos más lejanos de retaguardia, donde la destrucción llevada a cabo era muy considerable, aunque invisible para las fuerzas de tierra. El número de vuelos de la Luftwaffe había llegado a un máximo de 370 el 20 de febrero para empezar a decrecer desde entonces hasta menos de 75 vuelos diarios. Los lentos y vulnerables Stukas estaban casi extintos y

haciendo sus últimas intervenciones en el campo de batalla.

Nada de eso le importaba lo más mínimo a Patton, cuya furia convulsa ante el insulto encendió la alarma en Argel. Por insistencia de Eisenhower, Coningham se retractó en un mensaje de 37 palabras notificando a todos los destinatarios que su mensaje debía ser «retirado y cancelado». Al mediodía del 3 de abril, los dos mandos de mayor rango de la fuerza aérea aliada en el norte de África, el mariscal del aire sir Arthur W. Tedder y el teniente general Cari Spaatz, llegaron a Gafsa en una misión de temporización. Patton acababa de golpear el escritorio con el puño en un arranque de furia cuando tres cazas Folke-Wulf sobrevolaron Gafsa a menos de 60 metros del suelo escupiendo por las alas brillantes agujas amarillas. Tras acribillar las calles, los aviones regresaron para aprestarse a un último bombardeo, tras el cual un fragmento del tamaño de un melón traspasó el techo de la sala de reuniones donde los generales estaban echados cuerpo a tierra. El revoque saltó de las paredes mientras Patton salía al exterior corriendo para vaciar su cargador en los aviones que se alejaban. Quitándose el polvo, Tedder le preguntó cómo se había organizado una demostración tan espectacular. «¡Maldito sea si lo sé!», replicó Patton. «Si pudiera encontrar a los hijos de puta que pilotan esos aviones, yo mismo los condecoraba con una medalla.»

Coningham llegó al día siguiente en su propia misión de paz. Patton, con el casco puesto, se sentó detrás de su escritorio con el gesto adusto de un juez de la horca. Se levantaron las voces, los puños golpearon el escritorio. «Perdón por mis gritos», bramó Patton, «pero yo también tengo mi orgullo, y no toleraré que ningún norteamericano sea tachado de cobarde... De haber dicho yo la mitad de lo que usted dijo, ahora sería un coronel en viaje de vuelta a casa.»

Coningham presentó entonces sus más sinceras disculpas. Patton le respondió con un galante mensaje: «En mi opinión, usted representa en su forma más perfecta todas las características del caballero guerrero». Aun así, no las tenía todas consigo. Eligiendo dos unidades británicas que le irritaban especialmente, comentó en su diario: «Espero que los alemanes den una tremenda paliza a la 128.ª brigada y a la 6.ª acorazada. Estoy harto de que los británicos me traten como a un imbécil. Ike debe irse».

Su animosidad había llegado a tal extremo que podía desear, aunque sólo fuera fugazmente, la destrucción de sus mayores aliados y la caída de su mejor amigo.

Si la cólera infestaba el bando estadounidense, también lo hacía una emoción más profunda y tenebrosa. Ernie Pyle notó en las tropas «la manera casual y habitual en que hablaban de matar. Habían realizado la transición psicológica de creer que matar a alguien era pecado a una nueva actitud profesional según la cual matar era un oficio». El soldado norteamericano había aprendido finalmente a odiar.

Se le subió la sangre a la cabeza. Luchaba por su vida, y matar, por tanto, era para él una profesión, como para mí escribir. Quería matar de uno en uno o en gran

número... El soldado de primera línea quería [que la guerra] acabase por medio del proceso físico de matar los suficientes alemanes para que eso sucediera. Estaba realmente en guerra. Los demás, por muy duro que trabajásemos, no lo estábamos.

Lo que Rommel denominó «Krieg ohne Hass», guerra sin odio, había predominado en el desierto durante más de dos años. Más mito que realidad en el campo de batalla, ya que los ejércitos dispuestos a aniquilarse mutuamente no pueden evitar la malicia, se había alcanzado una perversa caballerosidad que «producía una guerra limpia, directa, desapasionada, sin Gestapo, sin política, sin civiles perseguidos ni casas destruidas», según fantaseó un corresponsal. En 1942, hasta los británicos se vieron obligados a instituir un entrenamiento de odio cargando las tintas en la brutalidad enemiga y derramando sangre de matadero en los cursos de instrucción militar.

Los norteamericanos fueron menos imaginativos, pero igual de ineficaces. Varias exhortaciones habían promocionado la virtud del odio. «Con el tiempo tendréis sed de matar, ¿por qué no ahora?», urgía en noviembre en un discurso por la radio nacional el teniente general Lesley J. McNair, jefe de las fuerzas de tierra del ejército. Un despacho del alto mando en Argel referido a la instrucción instaba a los comandantes «a enseñar a sus hombres a odiar al enemigo y querer matar por cualquier medio». Patton señaló a sus tropas a mediados de marzo: «Debemos tener el deseo de matar».

Pero la realidad de las 6.000 bajas en tres semanas —incluidos 845 muertos— logró lo que no consiguieron los discursos. «Quizá estos norteamericanos encuentren de improviso que les ha subido la adrenalina y se pongan firmes», escribió Alexander a Brooke el 3 de abril. «Digo "quizá" porque, a diferencia de nosotros, esta gente es voluble y están o animados o deprimidos.»

La sangre les hervía a esos veleidosos. Se enfurecieron aún más con las historias de testigos presenciales sobre los alemanes matando a bayonetazos a prisioneros indefensos. En El Guettar «aprendimos realmente a odiar», escribió luego un sargento del 26.º de infantería. «El odio a los alemanes nos acompañó el resto de la campaña tunecina, Sicilia, Francia, Bélgica, a través de Alemania, en las montañas Harz y en Checoslovaquia.» Un oficial del 6.º de infantería llegó a la conclusión de que «un soldado no es efectivo hasta que ha aprendido a odiar. Cuando vive para un objetivo, matar al enemigo, se convierte en un soldado valioso».

«Perdieron demasiados amigos», observó Pyle con su acostumbrada simplicidad penetrante. «Al poco tiempo, lo que les animaba era matar.»

Una muy sutil membrana separa el tolerable rencor bélico de la mera barbarie, y en el norte de Africa disparar contra los árabes se convirtió en algunas unidades en un deporte. Las tropas se convencieron de que los nativos estaban al servicio del enemigo o eran infrahumanos. Los llamaban «wogs», una palabra del argot británico. Se los consideraba como «una seria amenaza» y vivían en «woggeries».

«Nos volvimos despiadados con los árabes», escribió un soldado de la 1.a

división. «Si los encontrábamos en el sitio equivocado, eran blanco legítimo, como los conejos en Estados Unidos cuando se levanta la veda.» Otro soldado explicó: «Aquí los árabes están en todas partes. A algunos les disparábamos sin más; a otros, los cacheábamos y con algunos regateábamos para comprarles huevos o pollos». Algunos soldados se ufanaban de usar a los nativos como dianas bajo una arcada. Otros tiroteaban a los camellos para ver saltar a los jinetes, o disparaban a los pies de los niños «para verlos bailar de miedo», como recordó un soldado de la 34.ª división.

En un campo de entrenamiento en Argelia, a los centinelas se les dio orden de disparar contra todo aquel que fuera «vestido de blanco, o que no responda de inmediato a la contraseña». Los nativos sospechosos de espionaje o de sabotaje eran normalmente entregados a los franceses para un juicio sumario, pero no siempre. «Los obligamos a cavar sus propias fosas», informó un soldado de la 1.ª división. «Los pusimos en fila y los fusilamos.» Los comandos británicos cerca de la Colina Verde en el norte quemaron varios «woggeries» cuyos habitantes eran sospechosos de ayudar a los alemanes. «No es muy agradable ver las chozas ardiendo mientras las mujeres y los niños chillan en el exterior», reconoció un testigo presencial.

Después de Kasserine, durante un avance de Sbiba a Fondouk, «vi hombres de otra unidad que disparaban contra los árabes sólo para verlos saltar y caer», contó luego Edward Boehm. Boehm era un teniente oriundo de Montana que pertenecía a la batería C del 185.º de artillería de campaña. «Pude oírlos gritar y reír cada vez que lo hacían y yo no pude hacer nada al respecto... Los vi hacerlo, como si disparasen a las ardillas. Los podía oír. "¡Diablos, cogí a uno!" Esos tipos eran asesinos.»

Atrocidades semejantes fueron cometidas por un porcentaje mínimo de los soldados norteamericanos, pero los archivos de la policía y de la justicia militar revelan una indisciplina preocupante. Cuando un convoy de camiones con tropas de reemplazo para el II cuerpo se detuvo para comer en Affreville, Argelia, unos soldados se emborracharon con vino local y empezaron a disparar a los árabes en la carretera 4. Un soldado mató a un hombre sobre su burro, hirió a un segundo y mató a un tercero antes de fanfarronear: «Maté a tres de cinco árabes». Fue dado de baja con deshonor y condenado a veinte años de trabajos forzados.

Pero otros delitos quedaron impunes. El 31 de marzo, Giraud envió a Eisenhower una carta citando incidentes «en que tropas norteamericanas y británicas han molestado, asaltado y matado a nativos». Varias semanas después, un memorándum secreto del alto mando informó de que el jefe del Estado Mayor de Giraud «llamó otra vez nuestra atención sobre un hecho que se ha repetido varias veces en el último mes. Se trata de casos continuos de violaciones de mujeres árabes en la zona de primera línea». Otro memorándum interno del alto mando se refiere a «delitos cometidos por tropas norteamericanas en la zona de vanguardia», e informa de que se ha despachado un batallón adicional de policía militar para imponer el orden.

Algunos de los incidentes más incalificables tuvieron lugar en el poblado argelino

de El Tarf. A mediados de abril, unas tropas alcoholizadas de una compañía de ingenieros de Estados Unidos aterrorizaron a la población durante dos días. Declaraciones de testigos en un documento de la investigación llevada a cabo por los franceses para el alto mando dieron testimonio de diez violaciones en masa de seis mujeres árabes, todas ellas con nombres y apellidos, una de 30 años enferma de tifus, una viuda de 45, una de 50, otra de 55 y su nuera. Una joven de 15 años y una viuda de 45 pudieron escapar de los soldados. Varios árabes recibieron una paliza con culatas y puños.

«Los habitantes del lugar, tanto europeos como nativos, ahora viven con miedo a que vuelvan a ocurrir estas cosas», recogía un informe oficial local. Un investigador francés informó de que había visitado a una compañía estadounidense que había vivaqueado a tres kilómetros del pueblo; estaba seguro de que la unidad en cuestión no estaba implicada. Si las autoridades norteamericanas examinaron las alegaciones francesas (y los archivos del alto mando indican que al menos se llevó a cabo una investigación preliminar), sus conclusiones han desaparecido. Durante la segunda guerra mundial, 140 soldados norteamericanos fueron ejecutados por asesinato y violación, pero si se hizo justicia por la barbarie de El Tarf, los archivos guardan silencio.

«YO TENÍA UN PLAN... AHORA NO TENGO NINGUNO»

Ted Roosevelt fue de los primeros en darse cuenta de la retirada del enemigo. «Esta mañana, se siente una extraña falta de presión en el frente», escribió el martes 6 de abril. En el wadi Akarit, a unos 80 kilómetros al este del frente de las 1.ª y 9.ª divisiones, el VIII ejército atacó la nueva línea del Eje con una ventaja en tanques de 462 a 25. El «huracán apocalíptico de acero y fuego», tal como describió el general Messe el ataque británico, logró hacer prisioneros a más de 5.000 soldados italianos; fueron tantos que crearon un problema, y fueron utilizados para ayudar en las trincheras antitanques. Messe dijo a Arnim que podría resistir hasta el miércoles por la noche, pero únicamente «luchando hasta el último hombre». En cambio, la mayoría de las tropas supervivientes, incluidos casi todos los alemanes, el martes escaparon al norte después del anochecer y los que aún se enfrentaban a los norteamericanos retrocedieron hasta que su vía de escape quedó cerrada. «Non é stata una bella battaglia», se lamentó Messe. Ciertamente no había sido una bella batalla.

Tampoco fue especialmente agradable para los británicos. El VIII ejército sufrió 600 muertos y 2.000 heridos. Pese a todo, no logró aniquilar al enemigo ni prevenir su huida. El martes por la noche, Alexander hizo el sexto y último cambio de planes para los norteamericanos: el II cuerpo debía atacar por la mañana, sin tener en cuenta las pérdidas acorazadas, en un último intento de romper el flanco del Eje. En un papel arrancado de un cuaderno, Patton escribió a mano la orden para el coronel Benson: «Ataque y destruya al enemigo; actúe agresivamente. GSP».

No hubo necesidad. Mientras el enemigo se escabullía, la Colina 772 y Djebel Berda finalmente cayeron. Lo mismo pasó en la Colina 369 tras un feroz bombardeo de la artillería estadounidense. Pronto el desierto a lo largo de la carretera 15 se llenó de «tanques, semiorugas, cañones móviles, jeeps y camiones que surgieron en dirección este como un ejército español, con gallardetes y banderas al viento». Se hicieron mil prisioneros, llegando las capturas del 2º cuerpo a un total de 4.700. Pero sólo uno de cada diez era alemán y el grueso del ejército enemigo no era más que una mancha polvorienta al noreste en el horizonte. En su diario, Patton escribió: «Sic Transit Gloria Mundi».

Por último, también cayeron los altos de Maknassy. Los perseguidores norteamericanos tuvieron un poco más de suerte cerca de Mezzouna y a lo largo del Camino del Gomer. El coronel Lang logró huir, pero media docena de tanques estadounidenses barrieron la retaguardia de un convoy alemán, y los cazas aliados acosaron a las unidades en retirada. Entre los sorprendidos en campo abierto estaba el jefe de operaciones de la 10.ª división Panzer, el coronel Claus von Stauffenberg, un aristócrata alto y brillante. Durante su servicio en la Unión Soviética había sentido tal hastío por la barbarie nazi que poco después de llegar a África empezó a planear en secreto un golpe de Estado contra Hitler. El miércoles por la tarde, los cazas dispararon con proyectiles de 20 mm contra el coche de Stauffenberg. Gravemente herido, fue llevado al hospital de campaña en Sfax, donde le amputaron la mano derecha. La tiraron a la basura todavía con un anillo en el dedo; los cirujanos también le extirparon el ojo izquierdo y dos dedos de la mano izquierda. Evacuado a Italia, Stauffenberg fue transportado en un tren hospital a Munich. Su larga recuperación le dio tiempo suficiente para organizar el complot de la bomba que casi mató a Hitler el 20 de julio de 1944.

Una o dos horas después del incidente de Stauffenberg, los exploradores norteamericanos y las tropas británicas se miraban a través del desierto por primera vez. «¡Hola, británicos!», gritaban los yanquis, pero aquellas tropas eran indias. Nada importaba; el ejército del oeste se encontraba con el ejército del este, pese a la campaña del Eje de cinco meses para mantenerlos separados. A medida que se encontraban más tropas británicas y estadounidenses, parecían parientes hartos improbables. Dos semanas en El Guettar habían dejado hechos jirones los uniformes de los norteamericanos. Los hombres se asemejaban a espantapájaros. Dos años en África habían conseguido que los británicos, blancos pero muy bronceados, pareciesen «árabes en jeeps», según los norteamericanos. Además iban vestidos con una mezcla heterogénea de pantalones cortos caquis, camisetas de manga corta o descamisados y sombreros que iban de turbantes a boinas.

El primer encuentro provocó amplias sonrisas y estrechamientos de manos, pero pocas palabras memorables. «Sin duda se trata de una agradable sorpresa», dijo amistosamente un sargento británico, a lo que el soldado Perry Searcy, de Kentucky,

respondió: «Bueno, está bien ver a alguien que no sea un nazi».

Los congéneres estaban juntos y ningún enemigo volvería a separarlos.

Eisenhower estaba entusiasmado. «Finalmente operamos en un solo frente de batalla y hemos forzado al enemigo a una posición que, como mínimo, es sumamente molesta para él», escribió a su hijo John. «Hace mucho tiempo que deseo esto y, francamente, debo decir que vivo una magnífica experiencia de felicidad y deleite.»

El éxito en Tunicia fortaleció su convicción en la justicia de la causa aliada, un tema que expresó con vehemencia a sus interlocutores más próximos con un patriotismo arraigado y primitivo. «Mi única pasión es cumplir al máximo con mi obligación de ayudar a liquidar a los discípulos de Hitler», le dijo a John. Aunque sus hombres luchaban por sí mismos, como lo hacen los hombres de cualquier ejército en guerra, Eisenhower veía «otras cosas invalorable por las que luchamos».

Me parece a mí [escribió a principios de abril] que en ninguna otra guerra en la historia han estado las cosas tan claras entre las fuerzas de la opresión arbitraria por un lado, y por otro, aquellos conceptos de libertad y dignidad con que hemos levantado nuestra gran Democracia...Tengo la sensación de ser un cruzado en esta guerra.

Era igual de vehemente como partidario de la unidad aliada, que consideraba la piedra angular de la inminente victoria en Tunicia y de la eventual mayor victoria en el futuro. «Estamos estableciendo un modelo de completa unidad en el esfuerzo aliado — por tierra, mar y aire— que fijará el rumbo de las naciones aliadas en lo que resta de guerra», le escribió al general A. D. Surles, del Departamento de Guerra. Una y otra vez, reiteraba «mi política de negarme a permitir cualquier crítica basada en planteamientos nacionalistas».

Implantar esa política no fue tarea fácil. La proximidad con los británicos sólo había profundizado la anglofobia de numerosos generales norteamericanos, entre ellos, Patton, Clark y Bradley. Si los británicos eran más circunspectos en su desdén, los yanquis sospechaban con buena razón que estaban siendo tratados con condescendencia. «El único modo de arreglar las cosas», escribió el mariscal del aire Tedder el 26 de mayo, «es mostrar a los norteamericanos la forma correcta de hacer las cosas y en qué se equivocan.» Alexander estuvo de acuerdo. Tres días después escribía a Montgomery: «Me he tomado infinitas molestias con ellos y le recalco que hay que tener sumo cuidado, porque no son como nosotros... Tengo serias dudas de que esos soldados realmente cumplan con sus obligaciones tal como nosotros las entendemos.»

Hasta Eisenhower tenía que contenerse. El 30 de marzo voló hasta el puesto de mando del VIII ejército en Gabes para conferenciar con Montgomery. Después de mutuas muestras de buena convivencia, los dos se vilipendiaron en privado. «Su tono agudo y su forma de hablar tan alto me volvieron loco», se quejó Montgomery a

Alexander. «Yo diría que probablemente es capaz para la política, pero obviamente no sabe nada de combates.» Por su parte, Eisenhower advirtió a Marshall de que Montgomery «jamás moverá un dedo sin garantías de éxito». La hostilidad, que acababa de empezar, fue agravada por la infantil petición de Montgomery de que le enviaran una Fortaleza Volante B-17 para su uso personal: había conquistado Sfax antes de lo previsto y, por tanto, había ganado una apuesta entre caballeros con Beetle Smith. «Montgomery a Eisenhower. Entré en Sfax esta mañana. Por favor, envíe Fortaleza», cablegrafió el 10 de abril. Se le envió el avión (que se estrellaría tres meses más tarde), pero el comandante en jefe estaba hecho una fiera. «Maldito sea, puedo lidiar con cualquiera, menos con ese hijo de puta», se quejó. Montgomery era «una espina que llevo clavada».

Para compensar esos sentimientos encontrados, Eisenhower hacía proselitismo como un hombre poseído por la fe verdadera. «Todo subordinado en la cadena de mando debe ejecutar la orden recibida sin pararse a considerar si la orden se origina en una fuente norteamericana o británica», decretó. En una conferencia con Alexander y Patton, les confió que no pensaba en sí mismo «como estadounidense sino como aliado». Patton escribió en su diario: «Ike es más británico que los británicos».

Sin embargo, en su celo ecuménico, Eisenhower desatendió el papel que debían tener sus compatriotas en el último acto del drama tunecino. Hacía tiempo que los oficiales del II cuerpo especulaban que los británicos tenían intención de que el I ejército de Anderson conquistara Bizerta y el VIII de Montgomery, Túnez. Esas sospechas se vieron confirmadas cuando el equipo de Anderson hizo público un plan para el final de campaña que excluía al II cuerpo, salvo la 9.ª división, con el pretexto de que sería hartamente difícil aprovisionar simultáneamente a las fuerzas británicas y estadounidenses alrededor de la cada vez más estrecha cabeza de puente del Eje. «Tanto Patton como yo nos quedamos sin habla de la indignación», escribió luego Bradley. «Pero como ambos teníamos órdenes estrictas de Eisenhower de hacer lo que nos mandara Alexander, no expresamos nuestras objeciones.»

Incapaz de guardar silencio, a finales de marzo Patton envió a Bradley a una reunión privada con su antiguo compañero de curso en West Point. El jefe no parecía estar al corriente del plan británico y, en opinión de Bradley, no se mostró muy interesado. Bradley explicó varios argumentos: dejar tres experimentadas unidades estadounidenses fuera de acción era tácticamente una necesidad; enviar la 9.ª división era volver a caer en el mal hábito de mezclar unidades de distintas naciones, y, finalmente, Estados Unidos y su ejército se habían ganado el derecho al remate final.

«Esta guerra va a durar largo tiempo, Ike. Habrá muchos más compatriotas involucrados antes de que acabe», añadió Bradley. «Si no nos das la oportunidad de demostrar lo que somos capaces de hacer en un sector propio, con un objetivo propio y con un mando propio, nunca sabremos hasta qué punto estamos realmente capacitados.»

Eisenhower asintió con la cabeza y estudió el mapa en la pared de su despacho

del St. Georges. Esa tarde telegrafió a Alexander pidiendo «un esfuerzo de verdad para usar el II cuerpo de Estados Unidos hasta el final de la campaña». En las dos semanas siguientes se elaboró un nuevo plan en el que parte de la fuerza estadounidense, pero no la Indivisión, sino únicamente la mitad de la 1.a acorazada, conquistaría Bizerta. Demostrando sus dotes cortesanas, Eisenhower, con suma destreza, se otorgó el crédito del cambio. El plan original de Alexander «me pareció un tanto lento y metódico», escribió a Marshall, «y además daba la impresión de contemplar la eventual desaparición de la escena del II cuerpo... Alexander está de acuerdo conmigo.»

El 5 de abril, Eisenhower le escribió a Patton: «El general Alexander me ha dicho que tu cuerpo no será excluido de la acción en la próxima campaña».

Por muy bien formulado que estuviera el plan, no sobreviviría al contacto con el enemigo. La mayor amenaza a la visión de Eisenhower sobre la colaboración y la armonía aliadas había empezado a desplegarse en un pueblo polvoriento llamado Fondouk.

Aún restaba una última oportunidad para interceptar al resto del ejército en retirada del general Messe antes de que llegara al santuario de las defensas de Túnez.

A medio camino entre El Guettar y Túnez, el río Marguellil serpenteaba por un estrecho paso por el Dorsal oriental, donde Fondouk, unas pocas chozas de adobe y una mezquita, dominaba la carretera 3 que se extendía 32 kilómetros al noreste en dirección a Kairuán. Con menos de mil metros de ancho, el desfiladero daba al norte a un promontorio rocoso llamado Djebel Rhorab y al sur a otro collado igualmente rocoso, el Djebel Haouareb. El río de poca profundidad serpenteaba en un lecho lodoso a través del paso dentro del escarpado wadi que había erosionado. Chumberas y olivos deslucidos moteaban las colinas de 90 metros de altura; por tanto, en el esplendor de un abril norteafricano, las caléndulas y las rojas amapolas despuntaban como charcos de sangre entre las rocas.

También estaban llenas de alemanes desde hacía meses. Demoliendo partes del macizo, habían construido emplazamientos para los cañones y espacios para vivaques con cocinas, camas e incluso ocasionales crucifijos. Los artilleros hacían prácticas en los abiertos accesos del oeste y calibraron sus morteros en los espacios debajo de los riscos. Los campos de tiro eran casi perfectos. Los defensores contaban con dos batallones de la 999.a división África, cuyas filas estaban formadas por soldados juzgados en tribunales militares, pero considerados «aptos para la rehabilitación» mediante el combate. Muchos eran culpables de haber trapicheado en el mercado negro, oficiales degradados y *Schwarzchlachter*, «carniceros negros», reclutas que habían cazado ilegalmente animales para alimentarse. Tenían prohibido ostentar el emblema nacional; no lucían águilas en el pecho ni en las gorras, ni insignias, como escarapelas en el cuello o en los cinturones, ni lemas como «Gott Mit Uns». Sin prestar atención a las formidables dotes para la rehabilitación de los sargentos alemanes, la inteligencia británica consideró inferiores a estas unidades.

Fue un error, como comprobarían en carne propia las tropas estadounidenses. A finales de marzo, ya se había hecho un intento a medio gas de forzar el paso de Fondouk. En combinación con el despliegue del II cuerpo en Maknassy y El Guettar, cuyo objetivo era alejar las fuerzas del Eje del frente de Montgomery, el 25 de marzo Patton ordenó que la 34.ª división saliera «a esa zona para hacer el mayor ruido posible, pero sin tratar de conquistar nada». Los tres regimientos de infantería de la división, el 168.º, el 133.º y el 135.º, finalmente se habían reunido y el origen común de Iowa y Minnesota seguía en pie, pero el mal rato pasado en Kasserine había dejado cicatrices físicas y psíquicas. En un mensaje del 11 de marzo a sus tropas, el general de brigada Ryder, el alto oficial de Kansas que mandaba la 34.ª división, condenó «esta creciente parálisis militar presente en nuestra división» y la falta de «espíritu ofensivo».



La primera incursión en Fondouk había confirmado las palabras de Ryder. Tras avanzar en la noche impenetrable, tan «negra como un montón de gatos negros», dijo un soldado, que un guía con un cigarrillo encendido caminaba a tres metros por delante de cada vehículo, a las seis del 27 de marzo, la división atacó con cuatro batallones en un frente de 3.000 metros. A media tarde, después de avanzar subiendo las cuestas bajo el fuego de los cañones, el ataque se estancó a 500 metros del Djebel Haouareb. Las ametralladoras alemanas rugieron toda la noche. Disparaban trazadoras verdes y amarillas tan densas que los soldados afirmaban haber podido leer el periódico con semejante iluminación. El 28 otro ataque fracasó, así como varias maniobras de infantería en los tres días siguientes. En el 15.º hospital de evacuación en las proximidades de Sbeitla, cada centímetro cuadrado de la tienda de admisiones, las cuatro salas de primeros auxilios, las dos de cirugía y la de evacuación estaban llenas de jóvenes ensangrentados de Fondouk, y las enfermeras rechazaban las ambulancias que seguían llegando. Tal como Patton había pedido, la división hizo mucho ruido y no

conquistó nada, con un coste de 257 bajas. La mayoría de ellas provenían del 168.º de infantería, que se acababa de reabastecer de tropas después del desastre de Sidi Bou Zid. Ahora sus filas volvían a necesitar reemplazos.

Con retraso, Alexander se dio cuenta de que únicamente una fuerza mucho mayor podía romper las barreras del paso de Fondouk. La cautela y los convencionalismos (golpes y ganchos cortos y asaltos frontales) habían caracterizado las seis semanas de su generalato en Tunicia. Se habían utilizado a casi 90.000 norteamericanos para picotear el Dorsal oriental en tres emplazamientos distintos, mientras que una fuerza comparable del I ejército de Anderson se lo había tomado con calma durante el último mes. Así como el coronel Lang había llegado a la conclusión de que un ataque estadounidense más potente contra los altos de Maknassy podría haber doblegado antes a los defensores, los mandos del Eje llegaron a creer que la campaña de Tunicia podría haberse acortado un mes si Alexander hubiera dado un golpe más concluyente y letal en Fondouk.

Ahora trató de reparar ese error. La 34.ª división se sumaría al IX cuerpo británico y a tropas francesas, más que triplicando la fuerza de Fondouk. Los soldados de infantería abrirían el cerrojo en el río Marguellil, permitiendo que la 6.ª división acorazada británica pasara la llanura costera en dirección a Kairuán. El ejército de Messe, huyendo de Montgomery y de Patton en el sur, sería interceptado y destruido antes de que pudiera unirse al V ejército Panzer de Arnim en el norte.

A las once del martes 6 de abril, el teniente general John Crocker, dejando tras de sí una estela de polvo, llegó a la tienda de Ryder, camuflada en un huerto a 14 kilómetros de Fondouk. El comandante británico del cuerpo había arribado a África hacía pocas semanas. Su reputación no había dejado de crecer desde su magistral mando de una brigada de tanques en Francia en 1940. Sin embargo, Crocker, una persona directa y juiciosa, tenía prejuicios contra los norteamericanos. Algunos eran superficiales. Se le atribuía una cáustica expresión («Cuan verdes son nuestros aliados») y le horrorizaban las costumbres de los yanquis: comer sólo con un tenedor y fumar en la mesa. Más importante que eso era que consideraba que las fuerzas estadounidenses tenían tanto equipamiento que «les dificultaba la movilidad estratégica». Los oficiales tendían «a ser muy ignorantes y los mandos tienen poca idea de cómo dirigir las fuerzas». Los norteamericanos parecían proclives a la fantasía, y en retrospectiva, eran capaces de elevar el desastre de Kasserine al nivel de una victoria. Hacía pocas semanas, Crocker le había escrito a su esposa que al tratar con los norteamericanos «es necesario cuidar lo que se dice y enmascarar toda crítica o lo que pueda parecer un consejo con el lenguaje más diplomático posible». Eran «una gente rara con muchos buenos tipos... En cuanto al tema militar, créeme, los británicos no tenemos nada que aprender de ellos».

Es una pena que Crocker pensara así porque su plan para Fondouk estaba equivocado. Unos días antes había propuesto conquistar el Djebel Rhorab en el norte

con la 128.a brigada británica, mientras los hombres de Ryder atacaban al sur en dirección del Djebel Haouareb, escenario de su reciente ataque frustrado. Sin embargo, ahora, en la tienda con aire viciado de Ryder, quince oficiales se reunieron alrededor de un gran mapa montado en un tablero de contrachapado (los cuadrados de colores representaban los distintos batallones) para descubrir que Crocker había cambiado el plan con la esperanza de acelerar el avance de los blindados a Kairuán. El Djebel Rhorab estaba débilmente defendido, afirmó Crocker, de modo que la infantería británica giraría inicialmente más al norte «negándole» la colina al enemigo, pero sin ocuparla hasta que el ataque estadounidense estuviera en marcha. La artillería estadounidense podía cubrir la colina con bombas de humo, pero no con explosivos, que podían alcanzar a las tropas británicas que estarían llegando.

Ryder estaba perplejo. Sólo hacía una semana, su división había sido acribillada con fuego proveniente del monte Rhorab, que se elevaba a 500 metros del camino propuesto para el ataque estadounidense. Con toda seguridad, los alemanes habían reforzado esa formidable posición desde entonces. «Yo tenía un plan basado en nuestra reunión de hace unos días», replicó Ryder sin alterarse. «Pero ahora no tengo ninguno.» Puso de manifiesto la vulnerabilidad de sus tropas, que afrontarían el fuego cruzado del norte y del este. Crocker no tuvo en cuenta esas objeciones. La velocidad y las maniobras superarían las frágiles defensas. Ryder miró a Crocker apretando los labios y se encogió de hombros. Las órdenes de Eisenhower eran bastante claras; los subordinados debían ponerse firmes y cumplir la orden sin tener en cuenta la nacionalidad del jefe.

Entonces, otro oficial tomó la palabra, pero *en français*. El general Louis-Marie Koeltz, comandante del XLX cuerpo, conocía el terreno como la palma de su mano. Allí los alemanes habían aniquilado a sus tropas en enero para ocupar las tierras altas que ahora defendían. En su uniforme azul celeste y kepi rojo con ribetes dorados, Koeltz señaló que el acceso de los norteamericanos era un terreno llano y completamente expuesto salvo por una hilera de cactus. Su propio reconocimiento demostraba que un ataque frontal fracasaría. Con los ojos azules brillantes y el cuidado bigote retorciéndose en su rostro rubicundo, Koeltz añadió: «Podríamos conquistar el Djebel Rhorab desde el norte, en esa zona la infantería podría tener el apoyo de los tanques». El terreno ondulado y los densos olivares ofrecían más cobertura que el terreno despejado que accedía al Djebel Haouareb.

Crocker escuchó amablemente y luego reafirmó su plan. «Mi intervención no tuvo efecto», dijo después Koeltz. «Al tener que expresarme en francés, quizá no fui bien entendido.»

Por supuesto, el plan fracasó. La fatalidad se apoderó de la 34.a división, que esa primavera adquirió colectivamente seguros de vida por valor de 26 millones de dólares, en gran parte antes de la ofensiva en Fondouk. Los capellanes estuvieron muy atareados escuchando confesiones o atendiendo a los incrédulos. Un recuento de

asistentes a la iglesia un domingo de abril llegó a los 7.000 fieles, casi la mitad de la 34.a división. En una nota manuscrita, Alexander le contó a Eisenhower que las tropas de la 34.a «parecen razonablemente confiadas con la operación de mañana y espero que les vaya bien». Sin embargo, a Brooke, los calificó de «blandos, verdes y bastante poco preparados... ¿Acaso sorprende a alguien que les falte el espíritu de combate?»

Tal como más tarde reconoció el jefe de la 135.a de infantería, ningún oficial de la unidad estaba de acuerdo con el ataque, «pero nadie se lo dijo a los demás». El plan británico fue descalificado por «efímero y axiomático... inflexible». Ryder había recelado de los británicos desde la invasión de Argel y ahora, injustamente, creía que «querían ganar la guerra con las tropas y el equipamiento estadounidenses». En Fondouk, eso significó desplegar la 34.a división para que la 6.a acorazada pudiera pasar indemne a Kairuán.

Tal vez, pensó Ryder, la división podría pasar de puntillas por el Djebel Rhorab antes del alba. Obtuvo el permiso de Crocker para adelantar el ataque de las 5.30 del 8 de abril a las 3.00. Sus hombres se pegaron papel higiénico en los cascos para poder verse en la oscuridad mientras practicaban la contraseña («¿grandes?», y la respuesta, «almacenes»). Tuvieron una comida final a base de galletas y sopa de rabo de buey; luego masticaron un trozo de pan blanco de postre. A las 20 horas del miércoles, los regimientos se montaron en camiones para ir a una zona de reunión al oeste de Fondouk. Un camión de media tonelada para transportar a los muertos cerraba el convoy con grandes letras blancas en los costados: «La carroza fúnebre del valle de los Stukas; la Muerte viaja con nosotros».

A las 2.30 horas, en un wadi poco profundo, cada fusilero se deshizo del abrigo y recogió dos bandoleras extras de munición. El coronel Ray C. Fountain, un antiguo federal de bancarrotas, ahora al mando del 133.º de infantería, informó a sus oficiales: «Me han dicho que habrá un tremendo apoyo aéreo que lo aplastará todo. Algo nunca visto».

No habría bombardeos tremendos ni de ninguna clase. Las deficientes comunicaciones y la confusión creada por el cambio de horario provocó la cancelación de los ataques aéreos. Mientras dos regimientos de asalto avanzaban en un frente de tres kilómetros y medio, el tercer batallón se perdió en la oscuridad, entró en los lechos de los ríos y trastocó tanto el horario de Ryder que hasta las 5.30, la hora H original, no comenzó el ataque.

Casi de inmediato, se encontraron en la zona de castigo. «Siempre teníamos por delante una oleada de nubes de polvo, acero y plomo», recordó luego un soldado. El alba dejó al descubierto a 6.000 soldados que se arrastraban por pastizales demasiado bajos para esconder a un gato. «Eramos como un guisante en un plato», relató un sargento. A las 7.30, a medida que se intensificaba el fuego cerrado desde el Rhorab a la izquierda y del Haouareb justo por delante, llegó la orden de retroceder 2.000 metros para dejar espacio a otro bombardeo que nunca se materializó. Para cuando las

tropas volvieron a avanzar, los alemanes las tuvieron a su alcance. Las andanadas de la artillería barrieron el campo de batalla; el fuego de las ametralladoras cortaba los largos tallos de las amapolas y las bombas antitanques rebotaban una y otra vez sobre los cactus con el efecto de una sierra circular. «Seguimos avanzando hacia el enemigo, de pie, como los soldados británicos en Bunker Hill», escribió un joven oficial.

No por mucho tiempo. Al mediodía, la ofensiva se había detenido a 700 metros del Djebel Haouareb. Frenéticos, los hombres rascaban la tierra con las bayonetas y los utensilios de campaña; luego yacían inmóviles, salvo para apartar los fragmentos ardientes que caían sobre sus uniformes de sarga. «Con sólo levantar una ceja, atraías el fuego del enemigo», contó un sargento del 135.º de infantería.

Nunca mejoró, no durante dos días. Los tanques hicieron acto de presencia a primera hora de la tarde para animar a la infantería, pero provocaron más fuego. A los pocos minutos, cuatro Shermans ardían, y el resto retrocedió. Nuevas órdenes de ataque a las 15 horas fueron ignoradas; los hombres «hicieron poco más que levantar la mirada... y cavar un poco más profundo», anotó un teniente. A las 17 horas, llegaron quince tanques más, pero no los siguió ningún fusilero. Muy pronto otra media docena de cascos en llamas iluminó las largas sombras del valle.

El general Crocker estaba obcecado con cuándo lanzar la 6.ª división acorazada hacia Kairuán y se convenció a sí mismo de que tal vez el Djebel Rhorab había sido neutralizado o incluso abandonado. No era así. A media tarde, las escaramuzas del enemigo detuvieron a la infantería británica a más de kilómetro y medio del objetivo. A lo largo del día siguiente, el 9 de abril, un batallón de guardias luchó en un feroz combate «cuerpo a cuerpo» que acabó con todos los oficiales de dos compañías británicas muertos o heridos. A las 15.30, 34 horas después del comienzo del ataque aliado, cayó el Djebel Rhorab. Se capturaron más de 100 prisioneros alemanes, pero una cantidad similar escapó. Las pérdidas de sólo los guardias galeses totalizaron 114, un alto precio por una colina considerada insignificante.

Una dura noche para los hombres de Ryder fue seguida por un duro día. «La colina parecía más alta que nunca», escribió del Djebel Haouareb un teniente del 133.º. En las filas estadounidenses, «no se ve en movimiento ni un solo individuo». Las tropas se echaron cuerpo tierra, y sólo se levantaban con cualquier excusa para pasar a la retaguardia. «No había cobertura ni forma de esconderse», informó un mando de la compañía A del 135.º de infantería. «El fuego de la artillería y los obuses era tan denso que la nube de polvo formada por los fragmentos de los proyectiles parecía una pantalla de humo.» Los ataques de tres tanques superaron la cobertura de la artillería y la infantería, y fueron obligados a retroceder velozmente. El comandante de un batallón prefería ser arrestado antes que obligar a seguir luchando una hora más. Y fue arrestado. Los actos de valor fueron notables tanto por su singularidad como por su heroísmo. «Vamos a conquistar la cima de la montaña y a preparar té sobre las espaldas de los muertos», fanfarroneó un soldado raso. Su jefe de pelotón le replicó:

«Soldado, ahora ya es sargento. Adelante».

Y adelante fueron, pero todavía no habría preparativos para el té. El mismo Alexander rompió el *impasse* ordenando a Crocker que forzara el paso con una punta de lanza acorazada y que los norteamericanos se fueran a freír espárragos. Entre las filas corrió el rumor de que «se debe forzar el paso... como una bandada de perdices volando por encima de los cañones». «Adiós», dijo un jefe de escuadrón a un camarada. «Nunca más nos veremos. Vamos a morir todos.»

No todos, pero bastantes, incluido al profético comandante. Tan pronto como el 17.º/21.º regimiento de lanceros avanzó unos pocos cientos de metros (la historia de la unidad incluía una carga tan alarmante como ésta en Balaclava en 1864), el Sherman de vanguardia informó por radio: «Hay un endiablado campo de minas allí delante. Parece de unos 300 metros de ancho. ¿Entro?». La respuesta fue inmediata: «Adelante. Avance contra viento y marea». Las minas destrozaron los vehículos de vanguardia y quince cañones antitanques dieron cuenta del resto. Los hombres que escapaban de las torretas en llamas eran ametrallados antes de tocar el suelo. Se perdieron 32 tanques. Dos Shermans supervivientes volvieron traqueteando a la retaguardia con soldados ingleses aturdidos aferrados al casco. Algunos heridos estaban tan quemados que su ropa prendía fuego a las mantas con que los cubrían en los blindados que los llevaban a primeros auxilios.

Temerario o no (los tanquistas debatirían el asunto durante años), el audaz asalto logró su objetivo. Otro escuadrón blindado, el 16.º/5.º de lanceros, siguió los pasos de los tanques y giró a la izquierda siguiendo un sendero estrecho que hacía ángulo con el wadi Marguellil. «El tanque se balanceaba como un remolcador en alta mar», escribió un capitán británico. «Seguimos avanzando, los motores a tope, los Browning disparando, las armas retumbando y arrojados todos de un extremo a otro y de lado a lado.» Superando el terreno pantanoso, a última hora del viernes por la noche, los tanques empezaron a aparecer a casi dos kilómetros más allá del poblado de Fondouk. La infantería norteamericana que los seguía de lejos por las laderas del sur quedó perpleja al ver a los británicos detenerse, encender fuego al abrigo de sus Shermans y prepararse un té mientras los disparos del enemigo seguían cayendo sobre los cascos. Los desquiciados alemanes (siete batallones lucharon finalmente en Fondouk, entre ellos los convictos rehabilitados) huyeron al anochecer entre el trigo y las plantas silvestres. Otros permanecieron en los cañones, muertos y medio enterrados entre casquillos de explosivos. «Tenían las caras tersas y blancas como estatuas de mármol», recordó un joven teniente yanqui.

Una vez más, la persecución llegó demasiado tarde. Los italianos en retirada del ejército de Messe habían pasado por Kairuán la noche del 8-9 de abril junto a las cúpulas de los edificios y los minaretes. Sintiendo poca presión por parte de Montgomery o Patton, los alemanes pasaron por allí la noche siguiente saqueando los manteles, la cubertería y los colchones de los hoteles. Cuando Crocker se enteró de que

los restos de las 10.ª y la 21.ª divisiones Panzer acechaban un poco más adelante, optó por detenerse a pasar la noche en vez de seguir avanzando hacia las llanuras costeras en la oscuridad. A las diez de la mañana del sábado 10 de abril, más de 100 Sherman británicos habían abierto el paso de Fondouk. Hicieron 650 prisioneros y destruyeron 14 tanques enemigos, pero el grueso del ejército enemigo escapó hacia el norte envuelto en otra nube de polvo, fuera del alcance de la artillería aliada.

Esa tarde cayó Kairuán y las tropas abadas traspasaron las cinco puertas que horadaban sus muros almenados. «Las hermosas cúpulas acanaladas se asemejaban a un terciopelo blanco sobre una alfombra roja de campos de amapolas», escribió el corresponsal Philip Jordán. Un sargento británico ofreció una imagen menos romántica de la ciudad, aunque datara de 671 d.C. y íbera considerada la cuarta más sagrada del islam: «Para nosotros, tenía el aspecto de cualquier otro poblado árabe». Los árabes miraban impasibles desde las tiendas del laberíntico zoco, pero los niños franceses ofrecían ramos de mimosas rosadas a sus liberadores y los judíos lloraban de alegría cuando les decían que se quitasen las estrellas amarillas. Los ingleses se colocaban las estrellas descartadas en sus gorras u ofrecían cerillas a los judíos para que las quemaran.

Los destacamentos de enterradores peinaron el campo de batalla de Fondouk para recoger a los muertos antes de que los saqueadores les robasen; los ladrones de tumbas se habían vuelto tan insolentes que los capellanes portaban carabinas. Los británicos habían perdido 39 tanques y un número incierto de vidas, además de las bajas de los guardias galeses en el Djebel Rhorab. «Ese terrible e insoportable hedor de la carne quemada siempre está presente», escribió el reverendo G. P. Druitt, capellán del 16º/75.º de lanceros. Acababa de sacar un cadáver calcinado de un Sherman destruido. «Persiste en la nariz varios días.»

Las pérdidas estadounidenses de los últimos tres días totalizaban 439 hombres, más de un centenar de caídos en acción. Envueltos en blancas mantas de cama, los muertos yacían en hileras para ser transportados a otro cementerio. «Sólo se debe a la gracia de Dios el que yo esté hoy aquí para escribir estas líneas», le dijo a sus padres de Minnesota un soldado del 135.º de infantería. En el hospital de evacuación, los cirujanos trabajaron toda la noche y el vapor brotaba tras cada incisión debido al aire frío. El estoicismo de los tanquistas británicos impresionó a los médicos. «No se quejaban ni cuando les arrancábamos tiras de piel quemada de las manos y los rostros», informó el parte del 109.º batallón médico. Entre los heridos norteamericanos estaba Robert Moore, comandante del 2.º batallón del 168.º de infantería, que había sido arrojado fuera de una trinchera por una bomba alemana que mató a su operador de radio. Transitoriamente ciego y sordo, Moore fue evacuado a la retaguardia donde un soldado que lo había conocido en Villisca lo describió una semana después como «aún muy aturdido y tembloroso... triste y preocupado. Mencionó varias veces a su esposa Dorothy y a su hija Nancy, y se preguntó si volvería verlas un día».

Se había perdido una gran oportunidad. Las tropas de Messe se acercaban a la cabeza de puente del Eje en Enfidaville, 64 kilómetros al sur de la capital. Era la posición más formidable ocupada por el Eje desde la pérdida de El Alamein hacía cinco meses. Ahora la campaña tunecina se convertiría en un sitio. Nadie sabía cuánto duraría. Al escenario sólo le faltaban arietes y aceite hirviendo derramado desde las murallas para completar el cuadro medieval. Fondouk había resultado ser una desagradable batalla para los aliados, en especial después de las frustraciones de Mareth, Médenine, El Guettar, Maknassy y el wadi Akarit. La estrategia de Alexander había sido lenta y pesada, y la táctica de Crocker, pobre; el valor en combate de los norteamericanos estaba bajo sospecha. Un mal plan había sido mal ejecutado, y la larga persecución por el litoral tunecino se había quedado corta pese a la captura el mes anterior de 6.000 alemanes y 22.000 italianos.

Sí, se había perdido una gran oportunidad, pero siempre hay tiempo para las recriminaciones. Crocker disparó primero. La mañana del domingo 11 de abril, en una desacertada filípica a un grupo de oficiales de Argel de paso en Tunicia, declaró que «todos los mandos, del general Ryder para abajo en la 34.a división, estaban demasiado lejos en la retaguardia de sus tropas», y que el liderazgo de «los oficiales de menor rango fue ciertamente deficiente». Haciendo totalmente responsable a la 34.a del desastre de Fondouk, recomendó que la retiraran del frente para que volviera a recibir instrucción en la retaguardia «bajo supervisión británica». A uno de los generales de visita, Harold R. Bull, le alarmaron tanto los «cáusticos y graves» comentarios de Crocker que voló de inmediato a Argel para poner al corriente a Eisenhower.

Aún peor, Crocker o alguien próximo a él hizo declaraciones parecidas a cuatro corresponsales de guerra. Pronto se publicaron en Estados Unidos noticias sugiriendo que «Rommel» había vuelto a engañar a los aliados. La revista *Time* informó el 9 de abril de que Fondouk había sido «simplemente lamentable» para los norteamericanos y había «permitido una nefasta comparación entre las tropas británicas y estadounidenses... Durante todo el día, los británicos se abrieron paso eficazmente entre los riscos; durante todo el día las tropas de Estados Unidos tantearon tímidamente el terreno, pero nunca asaltaron las cimas».

Ryder se negó a morder el anzuelo, y sólo dijo: «Los británicos estuvieron muy bien». Pero las malas sensaciones se propagaron por todos los rangos. El plan de batalla de Crocker fue equiparado a la carga de la Caballería Ligera o el costoso asalto final británico contra el general Andrew Jackson en Nueva Orleans en enero de 1815. «No creo que los británicos sepan mejor que nosotros cómo luchar con una unidad blindada o cómo se la debe organizar», dijo Ernie Harmon, el nuevo jefe de la 1.a división acorazada. El capellán Druitt, del 16.º/75.º de lanceros, dio muestras de poca caridad cristiana cuando escribió en su diario que los yanquis, «como de costumbre, no han logrado conquistar el objetivo... Es exasperante. Perdimos el tren

por completo debido a los errores de los norteamericanos». Un artillero británico que adelantaba a un convoy yanqui hizo gestos obscenos y gritó:

«A perjudicar otro frente, supongo». Y los ingleses cantaban en las comidas una nueva cancioncilla:

*Nuestros primos lamentan no poderse quedar
porque los alemanes los vuelven locós.*

Eisenhower se sintió deprimido e indignado. Los defectos innegables de la capacidad de combate estadounidense, si bien no tan irremediables como sugerían las caricaturas británicas, le produjo un desaliento «tan profundo como las huellas de las ballenas en el fondo del mar», informó Patton. La incapacidad de los censores para suprimir las dañinas noticias de *Time* y otras publicaciones enfureció tanto al comandante en jefe que estuvo en un tris de echar al responsable de la censura, pero no hizo nada contra Crocker. Ante Patton y Bradley, se preguntó si sus órdenes a los mandos norteamericanos de adaptarse a los británicos «habían sido tomadas tan literalmente que aceptan mansamente cualquier orden de arriba, aunque piensen que se trata de una táctica errónea». La supuesta «blandura» de Ryder al negarse a despedir a sus subordinados incompetentes también le sacaba de sus casillas. Y Eisenhower no estaba exento de ciertos rencores. «Dice que Alex no es tan bueno como se piensa», escribió su asistente Everett Hughes en su diario. «Ahora tiene por delante un verdadero combate.»

Había ironía en todas estas críticas. Una media de casi mil prisioneros del Eje entraban cada día en los campos de internamiento aliados. Los aliados estaban a punto de consolidar su quinta gran victoria del año en el campo de batalla, un triunfo que se sumaría a Midway, El Alamein, Guadalcanal y Stalingrado como auténticos hitos hacia la victoria final. Más de 200.000 tropas del Eje se encontraban arrinconadas como ovejas en un redil tunecino de 80 por 130 kilómetros, lo bastante grande como para enterrar a dos ejércitos enemigos. Muy pronto todo un continente sería conquistado, al igual que un mar, el Mediterráneo, ahora convertido en un lago anglonorteamericano. Las tropas norteamericanas a veces parecían inexpertas. Aún había que considerar cuan lejos podían llegar una vez que el mayor poder industrial del mundo se lanzara de lleno a la guerra.

El hecho de que Eisenhower se sintiera abatido sólo confirmaba la máxima de Wellington según la cual «nada, salvo una batalla perdida, puede ser la mitad de triste que una batalla ganada». A Marshall, le escribió: «Me doy cuenta de que las semillas de la discordia entre nosotros y los británicos se remontan, por nuestra parte, a los libros de historia de la escuela primaria». Tenía tanto sentido como el vaticinio de Eisenhower: «Esta guerra no se va a ganar hasta que estemos en el corazón de Europa». Entre uno y otro momento, por más meses o años que debieran pasar, el mantenimiento de la unidad en la coalición aliada en pro de un objetivo común sería

uno de los grandes desafíos militares de la historia moderna. El chovinismo, la vanagloria, la frustración y el dolor eran fuerzas centrífugas para romper la unidad. Tal como Eisenhower sólo empezaba a apreciar, la unidad requería una vigilancia perpetua y la capacidad de un diplomático magistral.

En cuanto a las tropas de Fondouk, los soldados observaron por las ventanas las blancas mortajas y desviaron la mirada. El ayer pudo no haber pasado jamás. Sólo existía el mañana, y matar requería el mañana a fin de llegar al día siguiente. El sargento Samuel Alien Jr., un antiguo estudiante universitario que había dirigido su propia banda de música en los tiempos felices de la paz, trató de explicar en una carta a su familia el acerado nihilismo que tanto envejecía a los jóvenes cuando contemplaban a sus muertos.

«Hemos llegado a la conclusión de que es mejor olvidarse de esos amigos y no hablar de ellos», escribió. «Ni siquiera existen.»

12. El pilar interior

EL RINCÓN INFERNAL

Con una fuerza compuesta por 100.000 soldados, los norteamericanos partieron al norte por cuatro carreteras principales el domingo 11 de abril como parte de la maniobra aliada para atacar la cabeza de puente tunecina del Eje. El polvo blanqueaba el convoy, dando a las tropas un aspecto espectral pese al bronceado y al ribete oscuro de los cuellos de las camisas. Necesitaban un corte de pelo, afeitarse y bañarse, pero sobre todo necesitaban descansar. Los veteranos, y ahora la inmensa mayoría ya lo era, poseían lo que Lincoln había denominado de forma poco elegante «el punto de cansancio que no se puede alcanzar». Ernie Pyle, que les acompañaba como de costumbre, escribió: «Estaban agotados, como cualquiera podía ver, aunque los mirara de lejos. Cada parte de sus cuerpos expresaba su humana extenuación... Eran jóvenes, pero la mugre, la barba sin afeitarse y el agotamiento les hacían parecer hombres de mediana edad». Un sargento escribió a su familia en Iowa: «Pronto hará cinco meses que una tienda de campaña es nuestro hogar. Cinco meses en que ni siquiera me siento a una mesa a comer».

Siguieron 250 kilómetros hacia el norte; un vehículo pasaba rugiendo cada 37 segundos exactos, todo según lo previsto, 30.000 vehículos en total, por caminos por los que habían pasado los elefantes cartagineses, las cuadrigas romanas y los corceles bizantinos. El desierto quedaba atrás. Una vez más, estaban en las colinas del norte, donde muchos habían combatido en noviembre y diciembre. Ya estaba alto el trigo de mediados de abril. Los quingombós y las jaras florecían a los lados del camino y las amapolas se extendían como llamaradas en las laderas con «franjas alegres y cantarinas de color». Los maravillosos terraplenes de convólculos azules parecían humo de madera en la distancia y, para los ojos cansados, una espumante andanada de morteros. Brotaban los espinos. Florecían los manzanos. El cucú de los cuclillos se elevaba por encima de los matorrales.

La munificencia del Señor no significaba nada para estos hombres. Debajo del paisaje primaveral, cada soldado sólo veía la topografía, del mismo modo que un patólogo puede ver el cráneo debajo del cuero cabelludo. El lecho del río no era un lecho de río, sino un desfiladero; los pastizales no eran pastizales, sino campos expuestos al fuego enemigo. Las matas de laurel se transformaban en lugares propicios para las emboscadas, y cada bosquecillo de alcornoques podía esconder un cañón alemán de 88 mm. Ningún soldado podía mirar este terreno pródigo sin sentir que se había vuelto siniestro y profundamente personal.

Ni siquiera una primavera tunecina podía esconder las cicatrices de la guerra. Los refugiados caminaban por los arcenes envueltos por el polvo de los camiones. Sólo

quedaban escombros donde antes había habido ciudades con nombres como Sidi Bou Zid, Sbeitla o Medjez-el-Bab. La otrora hermosa Béja de laberínticas murallas y torres bizantinas ahora tenía carteles amarillos advirtiendo de una epidemia de tifus a los viajeros.

Y ellos se dirigían a Béja. Formaba parte del gran plan para el golpe de gracia concebido por Eisenhower y Alexander. El plan era el siguiente: más de 300.000 soldados aliados, desplegados en unas 20 divisiones, con 1.400 tanques y un número similar de cañones, atacarían en tres grupos principales a lo largo de un arco de 225 kilómetros que se extendía de Enfidaville al sur de Túnez hasta la costa mediterránea al oeste de Bizerta. El VIII ejército de Montgomery embestiría desde el sur con seis divisiones, girando en dirección a la capital, al tiempo que evitaba al Eje en el cabo Bon, una gran península rocosa al este de Túnez, en un Bataan africano que podría durar meses. Desde el suroeste, casi en paralelo al río Medjerda, el I ejército de Anderson avanzaría hacia Túnez con seis divisiones británicas y seis francesas. Y en el extremo izquierdo de la línea aliada, los norteamericanos avanzarían hacia Bizerta con cuatro divisiones estadounidenses y tres batallones franceses, conocidos colectivamente como Cuerpo Franco de África. «Los tenemos donde queremos», dijo Alexander a sus hombres, «de espaldas a la pared».

Conseguir que las divisiones aliadas estuvieran donde *querían* había requerido solucionar varias disputas fraternales. Influidor por Crocker, Alexander había intentado retirar la 34.ª división de la línea y enviarla a una instrucción rigurosa en la retaguardia, aunque accedió a la petición de Eisenhower, que deseaba que el II cuerpo participara en la ofensiva. También era reacio a enviar toda la 1.ª acorazada «debido a su actual bajo estado de moral y entrenamiento». Asimismo, la 1.ª división de infantería de Alien debía retirarse a fin de prepararse para HUSKY, la invasión de Sicilia.

Patton puso el grito en el cielo. Ahora los norteamericanos tenían 467.000 soldados en el noroeste de África, más del 60 por 100 del ejército anglonorteamericano. La mayoría estaba destinada a HUSKY o formaba parte del inmenso aparato logístico estadounidense, pero Alexander propuso llevarse los laureles con una fuerza mayoritariamente británica. «Francamente, no estoy muy contento», escribió Patton a Alexander el 11 de abril. Si el ejército estadounidense parece tener «un papel secundario, las repercusiones podrían ser poco afortunadas». Un día después, volvió a escribir proponiendo que la 34.ª división siguiera en el II cuerpo para «recuperar el ánimo» y, advirtiendo que debido a que era una unidad de la Guardia Nacional, «sus actividades implican un interés local de gran importancia política». En otras palabras, los congresistas de Iowa y Minnesota reaccionarían mal ante cualquier humillación que pudieran sufrir sus muchachos a manos de los oficiales británicos. A petición de Patton, Bradley llevó esta segunda carta al cuartel general de Alexander en Haïdra. «Déme esa división», le dijo Bradley al mariscal de campo, «y

yo le prometo que conquistará el primer objetivo que se le ponga por delante.»

Extrañado, Alexander hizo caso omiso de las objeciones de su equipo, y le dijo a Bradley: «Lléveselos. Son todos suyos». Tras nuevas negociaciones, las cuatro divisiones estadounidenses del II cuerpo serían incluidas en la ofensiva. Los expertos norteamericanos en logística habían demostrado que podían suministrar tropas estadounidenses sin desbaratar las líneas británicas del I ejército de Anderson, en parte, utilizando 5.000 camiones para abastecer los depósitos en las proximidades de Béja y alquilando *balancelles*, barcas de pesca, para transportar las municiones. Asimismo, hacía más de un mes que Patton objetaba el hecho de tener que estar bajo las órdenes directas de Alexander. Anderson hizo muy poco para apaciguar a los airados yanquis cuando, después de revisar sus planes para conquistar Bizerta, señaló el mapa con su bastón de mando y dijo: «Nada más que una fantasía infantil, una fantasía infantil». («Haré que ese hijo de puta se trague esas palabras», juró más tarde Ernie Harmon; Patton escribió en su diario: «Prefiero que me mande un árabe».) Una vez más, Alexander cedió autorizando al jefe del II cuerpo a apelar directamente ante él cualquier orden desagradable de Anderson. En contra de la normal rigidez de la jerarquía en combate, este acuerdo no sólo era poco ortodoxo, sino incluso incorrecto.

De modo que los yanquis participarían en gran número aunque las tropas británicas aún constituían casi dos tercios del grupo de ejército de Alexander. Si en su empeño por trascender el chovinismo, Eisenhower seguía haciendo oídos sordos a los asuntos del honor nacional, no era el caso de Marshall. Mencionando una «fuerte caída del prestigio de las tropas estadounidenses», advirtió a Eisenhower el 14 de abril: «Por favor, preste especial atención a este problema». La necesidad de probar que las tropas norteamericanas eran capaces en el campo de batalla, una compulsión que se remontaba a la primera guerra mundial, seguía siendo una fuerza poderosa en la mentalidad militar estadounidense.

Los actores habían tomado sus posiciones. Ahora se levantaría por última vez el telón en el norte de Africa. Dos aguerridos ejércitos aliados atacarían a dos maltrechos ejércitos alemanes; los británicos avanzarían desde el sur y el suroeste, y los norteamericanos, desde el oeste.

El 18 de abril, el II cuerpo reemplazó oficialmente a las tropas británicas en los alrededores de Béja, pero cuando el puesto de mando se montó con tiendas de campaña en una granja a tres kilómetros al noroeste de la localidad, hubo un hombre notoriamente ausente: G. S. Patton. Tal como deseaba Eisenhower desde hacía tiempo, Patton dejó calladamente el mando del cuerpo para completar las preparaciones para Sicilia, ahora a menos de tres meses de su puesta en marcha. En 43 días se había convertido en un héroe nacional, había peleado contra las mejores fuerzas blindadas alemanas consiguiendo un empate y había consolidado su reputación como «nuestro más aguerrido general», en palabras de Franklin D. Roosevelt. Sin embargo, y quizá él mismo se percatase de ello, su titularidad tuvo altibajos por decirlo suavemente. Pese a

todos sus recursos melodramáticos, su influencia en el espíritu y la disciplina del II cuerpo fue marginal. Aun teniendo en cuenta las restricciones impuestas por Alexander, él había demostrado escasa capacidad táctica en El Guettar, Maknassy y en el primer Fondouk. Descubrió que los rápidos y destructivos movimientos blindados eran tan infrecuentes en esta guerra como lo habían sido en la pasada.

Pese al elogio de Eisenhower, el «brillante ejemplo de liderazgo que nos has dado», Patton se iría de Tunicia con su sed de gloria insatisfecha. Se puede apreciar esa frustración en su orden de hinchar las cifras del daño causado al enemigo por el II cuerpo. En una guerra posterior, esto se denominaría retocar el número de bajas. Según tres informes de oficiales de alto rango, Patton no aceptó los cálculos iniciales de pérdidas del enemigo. «No eran lo bastante "llamativos", no plasmaban la importancia de esas operaciones», informó después de la guerra el teniente coronel Russell F. Akers, oficial asistente de operaciones del cuerpo, el segundo de Bradley. «Resultado: doblamos las cifras de equipo dañado, destruido o capturado intacto.» El oficial a cargo de la inteligencia de Patton, «Monk» Dickson, registró la siguiente conversación a mediados de abril:

Patton: Sus cifras de enemigos muertos o heridos son absurdas. Les ocasionamos diez veces más bajas.

Dickson: Señor, contamos todas las tumbas que pudimos encontrar, interrogamos tanto a médicos como a combatientes y verificamos sus registros... Resulta difícil matar a soldados experimentados.

Patton: Ponga otro cero en ambos totales.

Dickson: Señor, por problemas de conciencia, no puedo hacerlo.



El informe del II cuerpo posterior a la acción y enviado a Argelia señalaba que

800 tumbas alemanas habían sido contadas en el camino de Gafsa a Gabes. El equipo enemigo que el II cuerpo afirmaba haber destruido sobre el terreno y desde el aire entre el 15 de marzo y abril incluía 128 tanques, otros 850 vehículos y 300 cañones y ametralladoras, cifras ciertamente exageradas a petición o no de Patton. Debido a que el informe aún estaba en preparación cuando Patton se marchó, Akers añadió que el comandante «me dejó su firma en un trozo de papel en blanco para que yo pudiera luego copiarla con plántula.»

Antes de abandonar Gafsa, Patton cogió un ramo de narcisos y lo depositó sobre la tumba de Dick Jenson. Casi 800 jóvenes norteamericanos estaban enterrados allí junto al capitán. Lloró de emoción, nunca un mal comportamiento en un general. Su entrada final en el diario antes de irse de Tunicia es Patton en estado puro:

A medida que gano en experiencia, no pienso mejor de mí mismo, sino peor de los demás. Los hombres, incluso los llamados grandes hombres, son maravillosamente débiles y tímidos. La guerra es muy simple, directa y despiadada. Se necesitan hombres simples, directos y despiadados para librar una guerra.

La mañana del martes 22 de abril llegó el sucesor de Patton en un jeep a la cresta de una verde colina en las afueras de Béja. Era un hombre alto, con gafas, tenía una frente amplia y convexa y el pelo ralo, que se le había encanecido desde sus días de cadete. Acababa de cumplir cincuenta años. La prominencia del mentón a menudo era confundida con una señal de belicosidad. De hecho, en un accidente de patinaje en la infancia se le habían roto los dientes, lo que le dejó con un invariable rechazo a sonreír abiertamente ante los fotógrafos para que no crearan «un registro permanente de ese confuso desastre». Vestía una ajada chaqueta de campaña y unos pantalones impermeables que le convertían en «el comandante peor vestido del ejército estadounidense en campaña desde Zachary Taylor, que llevaba un sombrero de paja», observó un testigo. Desenrolló el mapa del norte de Tunicia que llevaba bajo el brazo, lo fijó en un caballete y luego se dio la vuelta delante de un pequeño grupo de corresponsales que habían ido a tomarle la medida y a tomar nota de su plan.

Ornar Nelson Bradley estaba en el candelero. Allí permanecería hasta el final y aún más. Descendía de campesinos pobres y su padre había sido maestro itinerante. Eisenhower había contribuido con un generoso comentario en la entrada de su compañero de curso para el anuario de West Point: «El verdadero mérito es como el río; cuanto más profundo, menos ruido hace». Al igual que Patton, Bradley podía ser simple, directo y despiadado, pero las semejanzas acababan ahí. La blasfemia le ofendía y no probó el alcohol hasta los 33 años; a su abstemia esposa, Mary, la sacaba de quicio el espectáculo de la intoxicación (bastante frecuente en las filas militares). Su cuidada imagen de humildad (era el «soldado general») no estaba lejos de la realidad, pero era incompleta; también poseía una rectitud intolerante y una capacidad de disimulo que en hombres de menor valía se podría tachar de engañosa. Su gran

pasión era la caza (cuando estuvo destinado en Fort Bennington, a menudo cazaba en los pantanos antes del desayuno y mataba las serpientes acuáticas de un tiro en la cabeza). En Tunicia se contentaba con las piedras arrojadas al aire por sus asistentes. Tenía el don innato del soldado sobre el terreno, y un detallado mapa mental para cada obstáculo y risco significativos de Béja a Bizerta. De los 55 miembros de su curso de 1915 en West Point que llegaron a generales («El de 1915 fue el curso donde cayeron las estrellas»), Bradley había sido el número uno de la promoción. Los árabes, creyendo que «Ornar» era un nombre musulmán, se alegraban de que uno de los suyos tuviera un cargo tan importante en el ejército de Estados Unidos. Patton se quejó irónicamente de que Bradley fuera «tan condenadamente sano».

Con el mapa desplegado sobre el caballete y el puntero en la mano, Bradley procedió a explicar la inminente campaña con su voz gangosa, monótona y campechana. «Explicó el plan con la desenvoltura de un maestro que explica el programa del siguiente semestre», recordó A. J. Liebling, que estaba entre quienes se mantenían en cuclillas a su alrededor. Mateur era la clave de Bizerta. La 9.ª división ocuparía el extremo flanco izquierdo a lo largo de la costa y evitaría las colinas Verde y Pelada, donde los británicos habían tenido tantos problemas. Las otras dos divisiones de infantería de Estados Unidos, la 1.ª y la 34.ª, atacarían más al sur a través de Sidi Nsir y el terreno montañoso más abajo. La 1.ª acorazada utilizaría cualquier paso a la llanura costera que llevara a Bizerta.

Bradley no mencionó que su primer acto como comandante del cuerpo, incluso antes de derogar la directriz de Patton sobre el uso de la corbata, había sido desobedecer una orden directa de Eisenhower. En un condescendiente mensaje encabezado con «Mi querido Brad», el comandante en jefe señalaba: «La zona sur de tu sector parece ser razonablemente apta para el empleo de tanques y es allí donde se espera que realices el mayor esfuerzo». La ruta propuesta a través del estrecho valle del río Tine era un sitio tan obvio para una emboscada alemana que el II cuerpo lo había bautizado La Ratonera. Seguro de que un ataque por allí era una invitación al desastre, Bradley simplemente ignoró la propuesta y ordenó a sus comandantes que evitaran La Ratonera. Comparó la tarea que tenía por delante con «cazar cabras salvajes». Al avanzar por las tierras altas, «saltando por los djebels», como lo llamó, las tropas evitarían los vulnerables cuellos de botella que tantas vidas habían costado en los últimos cinco meses. El ataque nevaría su tiempo—, había que saltar muchos djebels y muchas cabras que cazar. Los zapadores del Eje se habían pasado meses fortificando las colinas con perforadoras neumáticas, cemento, incontables minas y seis batallones de artillería. En el sector del II cuerpo, el enemigo ahora contaba con 12.000 soldados de infantería y esa cifra se triplicaría en las siguientes dos semanas.

Bradley respondió a unas pocas preguntas, volvió a subir en el jeep y desapareció cuesta abajo. Su concepto de la batalla, sintetizado en media página con un solo mapa, fue enviado al V cuerpo británico, que colindaba por el sur con el sector

estadounidense. El general Allfrey lo estudió y meneó la cabeza. «Este Bradley», se dice que declaró, «obviamente no tiene la menor idea de cómo mandar un cuerpo.»

Aunque la lucha final sólo estaba empezando en tierra, hacía semanas que tenía lugar en el aire. La abrumadora superioridad aérea aliada podía ser difícil de detectar desde el fondo de una trinchera en Béja, pero era patente para las fuerzas del Eje que la sufrían. Se habían arrojado miles de toneladas de explosivos en puertos, aeródromos y centros ferroviarios del noreste de Tunicia, Sicilia y el sur de Italia. Y lo harían miles más. Bizerta había sido castigada tan duramente que no quedaba ningún edificio habitable. «Atacamos Bizerta con la intención de borrarla del mapa», dijo un general de las fuerzas aéreas. No se trató de una fanfarronada, sino de un hecho. Los vuelos sobre Túnez se concentraron en puertos y aeropuertos, pero aun así el bombardeo mató a 752 civiles e hirió a más de mil; una puntería precisa estaba fuera del alcance de los B-17, volando a 6.900 metros de altitud y con un fuego antiaéreo tan intenso que la ruta era amargamente conocida como la «ruta de la leche». Un solo ataque en Palermo hizo estallar un buque de municiones, hundió otros siete cargueros y provocó olas tan grandes que arrojaron dos barcasas contra los muelles. El puerto quedó inmovilizado durante semanas. En otro ataque naufragaron tres destructores italianos que transportaban un batallón Panzer a Tunicia. Seis hombres sobrevivieron para contarlo.

Los minadores aliados al norte y este de Tunicia se volvieron tan eficientes que los navios del Eje se vieron obligados a cruzar el estrecho siciliano por un solo canal de kilómetro y medio de ancho y 65 m. de largo. Las escuchas de Ultra descifraban los manifiestos y los horarios de los buques con tal detalle que los responsables aliados podían seleccionar sus presas sobre la base de qué cargamento querían que acabase en el fondo del mar. Un solitario y patético lanchón de carga transportando gasolina o bombas para tanques podía atraer a 50 aviones aliados. Las tripulaciones norteamericanas calculaban que una media de 28 toneladas de bombas bastaba para hundir un mercante de tamaño medio; una formación normal de 18 Fortalezas Volantes arrojaban el doble de ese tonelaje; las tripulaciones se alejaban del objetivo cantando «es mejor dar que recibir» por la radio. Únicamente en marzo, más de tres decenas de barcos del Eje fueron hundidas en la ruta tunecina y con ellas, casi la mitad de la carga militar y de la gasolina destinadas a las fuerzas de Arnim.

En consecuencia, Kesselring recurrió cada vez más al transporte aéreo. A principios de abril, 200 o más vuelos diarios, organizados en convoyes como oleadas llamados *Pulks*, llevaron hombres y material a África. Los aliados respondieron empezando el 5 de abril con la operación FLAX, una serie de vuelos masivos de cazas y bombarderos. En la primera misión FLAX, los pilotos aliados tendieron una emboscada a 50 transportes Ju-52 y sus escoltas. En lo que se describió como una «*mélée* aérea generalizada», 17 aviones alemanes fueron derribados, con un coste de dos aparatos estadounidenses. Los bombarderos arrojaron casi 11.000 toneladas de bombas de fragmentación en objetivos de Bizerta e Italia. Al final del día, las pérdidas

de la Luftwaffe sumaron 30 aviones en el aire y muchos más en tierra.

Aún vendría lo peor. El 18 de abril, Domingo de Ramos, cuatro escuadrones del 57.º grupo de cazas. —los Escorpiones Negros, los Gallos Peleadores, los Exterminadores y los Diamantes Amarillos—, se unieron a un escuadrón sobre el cabo Bon para la última patrulla del día. Sesenta cazas se desplegaron «en el cielo como una escalera, cada columna de cuatro aviones en fondo», según un relato contemporáneo de Richard Truelsen y Elliott Arnold. Los aviones que volaban más bajo lo hacían a 1.200 metros. Los Spits lo hacían a 2.400 metros. Se estiraban sombras rojizas sobre el cabo Bon cuando de repente los pilotos divisaron en la costa varias formaciones en V de Ju-52 y Me-323 de seis motores. «Volaban en la más hermosa formación que nunca había visto», dijo luego un piloto. «Me pareció un pecado romperla.»

Separándose en parejas, los aliados atacaron por la retaguardia derecha rompiendo las V perfectas y concentrándose en los rezagados. Un piloto describió así a su primera víctima: «Una breve descarga dejó ardiendo el motor de la izquierda. Las llamas se extendieron por todo el aparato. El motor central también prendió fuego». Los aviones en llamas cayeron en las aguas violáceas o se estrellaron en la playa tunecina. «El mar enrojeció y se formaron grandes círculos con restos cabeceando sobre un agua aceitosa», informó un testigo presencial. «En las playas se elevaron altas columnas negras de una decena de piras funerarias.»

Se destruyeron 38 aparatos de la Luftwaffe. Veinte más fueron derribados la mañana siguiente y otros 39 el 22 de abril, entre ellos numerosos transportes de combustible, que ardieron como fuegos infernales durante su lánguida caída en tirabuzón hacia el Mediterráneo. En menos de tres semanas, FLAX destruyó 432 aparatos del Eje, con un coste de 35 aviones aliados; las pérdidas incluyeron más de la mitad de la flota de carga alemana. Una infantil arrogancia invadió los aeropuertos aliados. «Si Kesselring sigue cometiendo errores de este calibre, no nos vamos a hacer muy famosos», observó el mariscal del aire Tedder. Ante la insistencia de Göring, los aviones alemanes remontaban vuelo sólo en la oscuridad; con los días más largos de la primavera, sólo pudieron hacer 60 vuelos cada noche para transportar los suministros y los refuerzos que necesitaba Arnim.

Aunque un cuarto de millón de hombres se concentraba en la cabeza de puente, sólo un tercio eran genuinas tropas de combate. La mayoría estaba formada por no combatientes de los destacamentos logísticos habanos que se habían organizado en un ejército con pretensiones de un vasto imperio colonial, o soldados de bajo rango provenientes de divisiones destruidas durante la retirada de Rommel por la línea norte de Africa. Reducido a menos de 100 cañones, el ejército italiano «estaba agónico», observó un general. Los traficantes árabes del mercado negro hicieron pingües beneficios vendiendo salvoconductos a los soldados italianos que intentaban cruzar la tierra de nadie. Los pilotos y los artilleros aliados dejaron caer nubes de impresos en las filas del Eje alentando a la desertión y el disenso; fueron el inicio del aluvión

de 4.000 millones de panfletos (equivalentes a la carga de 4.000 camiones) que serían impresos en el Mediterráneo en los siguientes dos años.

Las reservas del Eje aún eran transportadas a Túnez a un ritmo de unos 2.000 hombres cada día, pero ya era imposible reconstituir la mayoría de las unidades de primera línea. La 15.a y la 21.a divisiones Panzer tenían aproximadamente 5.600 hombres cada una, la 90.a ligera de África sólo contaba con 6.000 y la 164.a ligera de África con 3.000 soldados. Las divisiones italianas Centauro y Spezia habían sido arrasadas, y otras tres habían sido reducidas colectivamente a once raquíticos batallones. El general Messe advirtió de que «es imposible rechazar un ataque enemigo a gran escala con la cantidad de munición de que disponemos». A finales de abril, una unidad antiaérea de la Luftwaffe tenía problemas para conseguir los 35 galones diarios que necesitaba para sus equipos de radar. Como observó un oficial alemán del Estado Mayor: «Una división acorazada sin gasolina vale poco más que un montón de hierros retorcidos»; una división blindada sin tanques, aún menos. Las fuerzas acorazadas del Eje tenían menos de 150 tanques, apenas una décima parte de la fuerza aliada. La 15.a Panzer tenía cuatro tanques preparados para la batalla. Arnim rechazó varias propuestas de contraataque. Consideraba que era como «dar un cabezazo contra una montaña». Cuando un oficial visitante de Berlín acusó al Grupo de Ejército África de «dar la espalda al enemigo», Arnim le replicó cortante: «Los que nos dan la espalda son los barcos de suministros».

Ya en diciembre, el alto mando alemán había considerado discretamente qué transporte sería necesario para evacuar por completo la cabeza de puente tunecina, pero esos planes habían sido archivados ante el optimismo inquebrantable de Kesselring. Cuando éste, más tarde, propuso «separar» los elementos superfluos, Hitler se opuso argumentando que una evacuación selectiva dañaría la moral. Aunque a principios de abril, la inteligencia había calculado que el Eje todavía podía retirar de Tunicia a 37.000 hombres diarios, hasta mediados de mes no empezó una evacuación limitada y tardía de los *mangiatori*, las bocas inútiles. Las bocas lo bastante desafortunadas como para ser consideradas esenciales tenían poco que comer: el diario de un soldado italiano indica que su ración diaria consistía en media lata de arroz frío, un par de patatas y una rebanada y media de pan.

Si el virtual abandono de Hitler de su ejército africano parece *a posteriori* una tontería, el Führer, como de costumbre, pudo hilvanar un argumento lógicamente coherente dentro de la gran órbita de su locura. El 8 de abril se reunió a conspirar con Mussolini en un castillo próximo a Salzburgo. El Duce había abandonado la actitud de gallito. Cada paso en dirección a Túnez era un paso hacia Roma. Nápoles y las ciudades del sur estaban siendo castigadas desde el aire. Las huelgas y las manifestaciones a favor de la paz perturbaban Milán y Turín. Deprimido y debilitado, Mussolini renovó su petición de una paz separada entre Berlín y Moscú; entonces el Eje podría concentrarse en el Mediterráneo, mantener Tunicia y caer por detrás sobre

el enemigo a través de España y del Marruecos español.

Hitler rechazó el plan. De todas las propuestas de Mussolini, sólo le interesó la defensa de Tunicia. Tras el desastre de Stalingrado, los recientes éxitos alemanes en la contraofensiva en Jarkov (habían aniquilado a tres ejércitos soviéticos en menos de un mes) habían reanimado la sed de victoria total del Führer en la guerra con los odiados rusos. Mientras los anglonorteamericanos concentrasen su fuerza en la periferia del imperio del Eje, no podían intentar ninguna gran operación en otros lugares. Le dijo a Mussolini que Tunicia protegía a Italia y al resto de Europa del sur. También reconoció que la pérdida final del norte de África amenazaría a Mussolini, tal vez fatalmente, al poner en peligro tanto la defensa de la patria italiana como del propio Eje. Tunicia debía ser defendida hasta el último hombre.

La retórica de Hitler endureció la fibra bélica del Duce. Estuvo de acuerdo en que la cabeza de puente debía ser defendida a «toda costa», esa portentosa frase utilizada tan fácilmente por quienes estaban alejados del frente. «Todo puede suceder si persistimos», le dijo a Kesselring en Roma el 12 de abril, «y por tanto, persistiremos.» Al día siguiente, martes y 13, Arnim recibió la noticia de que no habría evacuación.

Consternado por lo que llamó «esta liquidación», Arnim luego reconoció que sintió «el mayor deseo de dejarlo todo y solicitar el relevo». En cambio, aceptó la orden, empezó a organizar batallones con cocineros y administrativos, y se entregó a la tarea de cavar la última trinchera.

EL TAPÓN DE CORCHO

A medida que los dos ejércitos aliados convergían en la cabeza de puente, los combates tuvieron lugar casi simultáneamente. En aras de la coherencia narrativa, pueden ser tratados uno a uno empezando por el VIII ejército en el sur.

Los hombres de Montgomery avanzaron hacia Túnez con la seguridad del bravucón callejero ansioso por noquear por última vez a su oponente. Los ingleses iban requisando el botín abandonado por las tropas del Eje en retirada. Había trajes de baño norteamericanos capturados en Kasserine o una caja de cubertería de un regimiento italiano abandonada en el camino como una ofrenda. Un sereno orgullo dominaba a las filas y ni siquiera los impetuosos gritos de «Vivent les américains!» de los habitantes liberados lograban alterar el ánimo de un ejército con una moral por las nubes.

Desde el 11 de abril, Montgomery sabía que Alexander tenía la intención de que el I ejército llevara a cabo la principal ofensiva hacia Túnez. El terreno llano favorecía más un golpe acorazado desde el suroeste, ya que en el sur la llanura costera se estrechaba hasta convertirse en un embudo de apenas kilómetro y medio de ancho y rodeado por colinas que eran escarpadas y de 33 kilómetros de largo, con «frentes desnudos en la roca, barrancos y otras abominaciones», tal como lo explica la crónica oficial británica. Esto Montgomery lo podía aceptar; él mismo había pedido a Alexander que concentrara «toda su fuerza» para «un golpe masivo» en un solo punto, y

a tal fin, cedió su propia 1.ª división acorazada y un regimiento de carros blindados al I ejército.

Pero Montgomery no era un hombre que renunciara fácilmente a los laureles, en especial si recaían en aquellos que él consideraba sus inferiores militares, lo que virtualmente incluía a todo el mundo. «Estaría bien que Anderson lo hiciera todo si fuera un poco bueno», escribió en su diario el 12 de abril. «Pero no lo es.» A Alexander le telegrafió el 16 de abril: «Todas mis tropas están en perfecta forma y quieren estar presentes en el Dunkerque final». Aunque en el plan de Alexander, en la campaña final el VIII ejército sólo aportaría un valiente granito de arena, Montgomery aún esperaba ganarle la mano a Anderson y ser el primero en llegar a Túnez, «reventando las puertas» de la cabeza de puente del Eje con un asalto de cuatro divisiones blindadas contra el macizo rocoso en los altos de Enfidaville.

Es curioso que en la guerra de montaña, la segunda cima más alta sea a menudo tierra baldía y sin valor estratégico, pero ahora el VIII ejército lanzó una campaña para asegurar la conquista de una cadena de colinas de segunda importancia. Después de pasar años en el desierto, el abrupto cambio topográfico era agradable a la vista — estos hombres habían soñado con colinas verdes y floridas durante una travesía de casi tres mil kilómetros—, pero también era tácticamente erróneo. La creciente dependencia de Montgomery de la fuerza bruta aquí no funcionaba. Incluso un poder de fuego arrobador tenía efectos limitados en un terreno irregular que protegía a los defensores y era capaz de absorber enormes cantidades de bombas de artillería. Las unidades del VIII ejército estaban muy disminuidas físicamente después de los agotadores trabajos del año anterior, y se necesitaría hasta una cuarta parte de los soldados de infantería que quedaban para portar la munición por un terreno tan escarpado que a veces ni siquiera podían avanzar las mulas.

A los británicos esos inconvenientes les parecieron superables, porque sus servicios de inteligencia habían llegado a la conclusión de que las fortificaciones de Enfidaville estaban pobremente protegidas por seis u ocho batallones alemanes desmoralizados y unos pocos desventurados habanos que supuestamente defendían el sector del X cuerpo. (Pronto se triplicaría esa previsión de fuerzas enemigas.) Pero Montgomery estaba convencido de que podía «desalojar al enemigo de Enfidaville», así como creía que tenía poco que aprender de los aficionados del I ejército y del II cuerpo pese a su aprendizaje de seis meses de combates en las montañas de Tunicia. Ahora, la arrogancia y el error arrojarían los consabidos dividendos.

Incluso las colinas menos altas tenían laderas sustanciales que servían a los puestos de vigilancia escondidos entre las rocas. Entre ellas, a unos cinco kilómetros de Enfidaville, estaba Takrouna, un promontorio de piedra caliza de 200 metros de alto coronado por una mezquita abovedada, un antiguo fuerte beréber y casas de adobe en tres niveles. El general Messe en persona se ocupó de organizar sus defensas a cargo de 300 soldados italianos de infantería. «En un intento de levantar el espíritu de

emulación», contó más tarde Messe, «incluí un pelotón de alemanes en la guarnición.» Los neozelandeses de Freyberg, concretamente los soldados maoríes del 28.º batallón, atacaron esta «hedionda estalagmita» justo antes de la medianoche del lunes 19 de abril. Durante dos días, la batalla arrasó los pálidos costados de Takrouna. La lucha tuvo lugar arriba y abajo y a través de los túneles secretos que desembocaban en recintos ensangrentados.

Los refuerzos llegaron a ambos bandos. Durante la mañana del miércoles, no hubo «un instante en que la cima de Takrouna no estuviera cubierta por los bombazos y las balas trazadoras, que caían en un ligero arco a través del valle y que rebotaban demencialmente entre las casas», escribió más tarde un comandante. Los italianos, utilizando una cuerda, arrojaban granadas sobre un puesto maorí improvisado lleno de soldados heridos. Poco después se iniciaron las venganzas, que incluyeron perseguir al enemigo hasta un precipicio y arrojarle a dos prisioneros. «Fue uno de esos tristes momentos», reconoció luego un oficial neozelandés, «en que se pierde todo control.»

«Los sargentos se ascendían a sí mismos a sargentos mayores, los cabos a sargentos, etc. En algunos casos, apenas ascendidos, ya caían heridos», recordó un oficial también herido. Las terribles descargas redujeron dos compañías maoríes a menos de veinte hombres cada una, y nueve de doce jefes de compañía resultaron muertos o heridos. Finalmente Takrouna cayó. El general Horrocks la calificó como «la hazaña de armas más valiente que he presenciado en el curso de la guerra», pero por ella se pagó un precio pírrico. Las pérdidas neozelandesas totalizaron 459 hombres, incluidos 34 oficiales. Fueron hechos prisioneros más de 700 hombres, de los que tres cuartas partes eran italianos.

Pero eso fue todo: hasta aquí y nada más. Un ataque simultáneo de la 4.ª división india contra el Djebel Garci, a ocho kilómetros al oeste, conquistó unos pocos metros insignificantes con otra pérdida de 500 hombres. El valor y la sed de sangre estuvieron a la altura de Takrouna. Un jefe de sección gurkha, que había sufrido una decena de heridas sólo en la cabeza, se hizo el muerto antes de volver con sus hombres aprovechando la oscuridad y decidido a liderar un contraataque. «Tenía las manos con cortes y ensangrentadas», recordó, «y tuve que pedir a uno de mis hombres que me sacara la pistola de la cartuchera y me la pusiera en la mano.» Los gurkhas, esos pequeños y duros guerreros nepaleses de quienes se dice que sólo se cansan cuando andan en terreno llano, no hacían prisioneros, se deleitaban decapitando al enemigo con sus sables curvos, los *kukri*, y calculaban las bajas del Eje contando el número de relojes que adornaban sus brazos después de una batalla, pero encontraron su contrapartida en Garci, donde los puñales y las piedras complementaron los rifles y la artillería. «En la oscuridad, los hombres se atacaban y apuñalaban», informó un testigo indio. «Cada paso adelante provocaba un contraataque de hombres desesperados dispuestos a conservar los altos a cualquier coste.»

Por primera vez, el enemigo parecía dispuesto a luchar hasta la última gota de

sangre. Una nueva desesperación homicida inflamó el campo de batalla, alimentada por la salvaje intimidación de pelear hombro con hombro y por la conciencia del Eje de que la próxima retirada los relegaría al mar. Los hombres flaqueaban por falta de sueño. Los camilleros iban y volvían con las piernas insensibles y llagas en las palmas de las manos. El 22 de abril, las descargas del Eje parecieron más intensas que nunca y los ingleses permanecieron cuerpo a tierra todo el día esperando a que al enemigo «se le acabara el malhumor», comentó un comandante. Un oficial escocés informó de que sus hombres habían dejado de portar las gaitas al frente porque invariablemente eran acribilladas a balazos y últimamente el precio de las mismas había subido a 80 libras. Las noticias de las dificultades del VIII ejército provocaron una crítica poco caritativa en las filas aliadas. «Llamemos por radio a Monty», bromeó Bradley, «y veamos si quiere que le enviemos unos cuantos consejeros norteamericanos para enseñarles a sus combatientes del desierto a cruzar esas colinas.»

Agotado y distraído por las preparaciones de HUSKY, ahora Montgomery amenazó con empeorar una situación ya mala mediante un súbito cambio de planes. Si sus hombres no podían abrirse paso a través de las colinas, los dirigiría hacia el estrecho camino de la costa en un intento de alcanzar Bou Ficha primero y luego Túnez. Tras dar la orden de suspender los ataques en la montaña y de prepararse para un ataque frontal en la carretera 1, Montgomery voló a El Cairo, donde permaneció tres días y asistió a varias reuniones sobre HUSKY. Regresó el Lunes de Pascua, el 26, con un ataque agudo de amigdalitis, y se encontró a sus subordinados, en especial los jefes de división Bernard Freyberg y Francis Tucker, en abierta rebelión contra un plan que parecía poner la ambición personal del principal mando por encima de la prudencia táctica. Irritado y febril, Montgomery se metió en cama. «Los grandes temas son tan vitales que debemos abrirnos paso por aquí», gruñó. Horrocks se llevó las manos a la cabeza. «Por supuesto que podemos abrirnos paso por aquí», replicó antes de salir de la caravana, «pero no quedará casi nada de tu precioso VIII ejército una vez que lo hayamos hecho.» Montgomery sólo gruñó cuando la puerta se cerró de un portazo.

Hasta la fuerza más irresistible se puede tropezar con un objeto inamovible; para Montgomery, ese objeto era Enfidaville. Después de años de luchar y meses de viajar por África, el VIII ejército tenía «un aspecto más bien rancio y avejentado», según escribió luego un oficial británico de inteligencia. Montgomery y su equipo «daban la impresión de haber perdido interés. Nunca les gustaron las montañas». Un ataque para capturar unos altos entre Takrouna y la costa prefiguró las calamidades por venir si Montgomery persistía en su cambio de plan. La novel 56.ª división llegó a la línea el 26 de abril después de un extenuante viaje de 5.000 kilómetros desde Irak. De inmediato, un jefe de batallón resultó muerto y el comandante de la división, gravemente herido. Los asustados supervivientes salieron en desbandada como si intentasen correr todo el trayecto de vuelta a Kirkuk. «A medida que subían la ladera, los vi agitar los brazos, darse media vuelta y retroceder», recordó más tarde un oficial

de artillería. «Fue la segunda vez que vi correr a la infantería. La primera fue en Mareth... Me recordó a la infantería avanzando en orden abierto el primer día del Somme.»

Otro Somme era lo último que necesitaba el ejército británico, y se le debe dar el mérito a Montgomery por haber reconocido que era inútil persistir en su postura. «No estoy, y repito, *no* estoy satisfecho con los actuales planes para acabar este problema», telegrafió a Alexander a las 18 horas del 29 de abril. «¿Puede venir a verme mañana?» Estaba decidido a que Anderson siguiera adelante, transfiriendo dos divisiones más al I ejército; esa decisión eliminaría al VIII ejército de la carrera hacia Túnez y esencialmente pondría punto final a su papel en la campaña africana. Así era la guerra. La gloria habría que ganarla en otros campos de batalla. Mientras aguardaba la llegada de Alexander, Montgomery envió una nota personal a Brooke en Londres. «Puedo ponerme a llorar ante la tragedia de todo esto», escribió. «No tengo la menor duda de que todo acabará bien, pero hemos perdido una gran oportunidad y a muchos buenos camaradas.»

«A veces creo», añadió, «que necesito un poco de descanso.»

Como era costumbre en Tunicia, las críticas de Montgomery fueron menos fruto de una serena reflexión sobre la actuación de su propio ejército que una disputa personal con Anderson y el I ejército. Rechazaba el plan de Anderson para la toma de Túnez como «una cacería de perdices» con todas «las señales del fracaso». En vez de concentrarse en un ataque de máxima intensidad contra un punto vulnerable de la débil defensa enemiga, el I ejército dispersaba su poderío en múltiples ataques a lo largo de un frente de 60 kilómetros. Si se incluía a los franceses en el sur y a los norteamericanos en el norte, ese frente llegaba a tener 144 kilómetros de largo. El mérito de la evaluación de Montgomery pronto se hizo evidente, lo que por supuesto le brindó una satisfacción en proporción directa a las desgracias de Anderson. El plan de este último tenía pocos matices. Entre otros fallos, explotó de forma inadecuada el poderío aéreo de los aliados. Habiendo planeado sin un método claro, dilapidó su fuerza abrumadora en 70 ataques aéreos diferentes sobre 44 objetivos distintos. No obstante, con tres divisiones acorazadas y diez de infantería a su disposición, Anderson llegó a la razonable conclusión de que los alemanes, muy necesitados de combustible, no podrían detener múltiples ataques.

La operación VULCANO fue exactamente eso: múltiples ofensivas. Primero, el LX cuerpo del general Crocker, libre ya de las inconveniencias de Fondouk, atacaría desde la derecha británica para dar paso al V cuerpo de Allfrey a la izquierda. Entonces, 16 horas más tarde, Allfrey irrumpiría en el valle del Medjerda, donde Anderson creía correctamente que se encontrarían «los puntos vitales del enemigo», para luego seguir camino de Túnez. Por último, al día siguiente, los norteamericanos del extremo flanco izquierdo darían comienzo a su ofensiva hacia Bizerta, aunque no se esperaba que llegaran allí. Menos aún se esperaba del XLX cuerpo francés, que

actuaría como una cuña entre el I y el VIII ejércitos británicos y como concesión a la unidad aliada. Anderson quería destruir primero el V ejército Panzer de Arnim antes de girar hacia el sur para atacar por detrás al I italiano que se enfrentaba a Montgomery. La ofensiva duraría nueve días. «Vamos a aniquilar los ejércitos de Arnim y de Rommel, todos nosotros juntos», les dijo a sus tropas, aún temerosas de la larga sombra del Zorro del Desierto.

Kenneth Anderson era incapaz de formular un plan sin estar seguro de sí mismo, «esa extraña condición humana» le seguía importunando, y VULCANO no fue una excepción. «El plan es correcto, pero ¿lucharán las tropas?», le preguntó al general Eveleigh. El comandante de la 78.a división, cuyas tropas habían estado luchando y muriendo desde los sombríos días de noviembre, no supo qué contestar. Finalmente, le replicó fríamente: «Sólo se puede planear con la esperanza de que lo hagan.»

Como hacían tan a menudo, los alemanes golpearon primero con un aguerrido ataque llamado en código secreto FLIEDERBLÜTE, capullo de lila, orquestado por Kesselring para el 20 de abril como regalo de cumpleaños para Hitler. Cinco batallones de la división Hermann Göring, fundada en 1933 como unidad de policía estatal, atacó al sur de Medjez-el-Bab con tanques de la 10.a Panzer. Cantando mientras avanzaban, de cualquier manera lograron sorprender lo suficiente como para que un oficial de artillería en su tienda, molesto de tanto ruido, gritara: «¡Vete de una vez, James, y deja de hacer tanto escándalo!». Pero el alba expuso a los atacantes a un tremendo fuego de ametralladoras y artillería que abrió grandes huecos en sus filas. Al anoecer del 21, la línea se había recobrado y había 450 alemanes prisioneros y 33 Panzers destruidos. Las bajas británicas fueron modestas y no fue necesario modificar el horario de Anderson para VULCANO, salvo por la demora de cuatro horas de una sola división.

Crocker lanzó su cuerpo con gran retumbo de cañones a las 3.40 del martes 22. A última hora del día siguiente, Viernes Santo, abrió una brecha con la 6.a acorazada avanzando 16 kilómetros a través de la línea alemana y despertando esperanzas de un avance hasta el mar. Pero el ataque se frenó. El fuego letal de los antitanques y los contraataques de la Wehrmacht en una escabrosa colina llamada Djebel Bou Kournine dejaron las cosas en punto muerto. La 1.a división acorazada británica acabó casi donde había empezado y las demás ofensivas se limitaron a unos pocos kilómetros. Un soldado inglés en Bou Kournine escribió:

Los hombres empezaron a retroceder en pequeños grupos, la mayoría bastante castigados. Hablaban de arrastrarse hasta altos precipicios, sólo para encontrarse con todo el terreno barrido por la metralla, de heridos que caían rodando hasta el fondo, de minas con cables trampa en los bordes de las rocas, de zonas iluminadas automáticamente con bengalas y bombillas que eran de inmediato castigadas por el fuego cruzado, de prematuros disparos de fusil hechos por hombres aturdidos, y de paredes y cuevas y todo tipo de ingeniosos artificios defensivos en la cima, rodeados

por montones de muertos de ataques anteriores.

El 26 de abril, Anderson ordenó al LX cuerpo que cesara ese ataque inútil y costoso. Las partidas de rescate atravesaron los campos de trigo de noche buscando con los pies a los muertos; pronto abandonaron la tarea tras haberse percatado de que los zapadores alemanes a menudo sembraban minas y trigo al mismo tiempo para que cuando crecieran las plantas ocultaran las minas. Los heridos llenaron los puestos de auxilio; sus rostros eran azules por la luz nocturna y a causa del shock. El general Crocker se les sumó al día siguiente cuando resultó herido en el pecho con la esquirla de un nuevo proyectil antitanque británico. Deseoso de demostrar a sus tropas que el nuevo proyectil podía penetrar en un Tiger capturado, prendió fuego a un campo y acabó en el hospital. Permanecería allí durante el resto de la campaña.

Por tanto, ahora todo dependía de Allfrey y el V cuerpo. Según lo previsto, la noche del 21 de abril, tres batallones de Medjez-el-Bab se habían arrastrado por los campos de avena y los olivares en una zona de prácticas al norte del Medjerda. Se escondieron en unos barrancos próximos a la aldea de Chassart Teffaha. Todos permanecieron inmóviles a lo largo del día siguiente bajo un sol abrasador, solos con sus pensamientos y una clara vista del objetivo a tres kilómetros al noreste: la colina Longstop. Al igual que en el último diciembre, Longstop bloqueaba todo tráfico por el valle del Medjerda y tenía que ser conquistada antes de que cualquier columna de tanques pudiera avanzar por la carretera 50 hacia Tébourba y luego Túnez. La colina de doble pico, a la que ni siquiera las caléndulas ni el sol de abril podían redimir, ofrecía un aspecto más siniestro que nunca. Esqueletos en uniformes enmohecidos se sentaban en las grietas donde habían muerto durante las batallas de Navidad como si, como escribió luego un general británico, «los fantasmas de los buenos soldados se hubieran reunido para contemplar el espectáculo».

El ataque de Allfrey dio comienzo a las 20 horas del día 22 con un cañoneo que fue insólitamente contestado por una tormenta de primavera que estalló en el norte con una muestra impresionante de descargas eléctricas. Cuatrocientos cañones rugieron desde los nidos de artillería alrededor de Medjez y los soldados de infantería se pusieron de pie para empezar a subir por las laderas más bajas. «Esperemos que los fogonazos de esos cañones hayan sido visibles desde Túnez como una señal de la violencia por venir», escribió el corresponsal de la BBC Howard Marshall. «Desnudos hasta la cintura, nuestros artilleros mantuvieron la descarga mientras la infantería avanzaba bastante cerca de la cortina de fuego.» El imperturbable Alexander estaba entre quienes contemplaban con prismáticos desde un altozano del Medjerda, «como el público que miraba a los escaladores en la cara norte del monte Eiger». Los fogonazos de magnesio y las detonaciones de la artillería iluminaban los diminutos puntos negros que ascendían la ladera seguidos de cerca por otros puntos un poco más grandes, que eran las mulas de carga. Periódicamente éstas se espantaban y bajaban a todo trazo por la montaña: «Hijas de Satán con cuatro patas y quisquillosas», las llamó

un soldado convertido en mulero.

El Viernes Santo amaneció con un atraso en el ataque y los batallones de asalto expuestos a la luz del día. Un reportero en Medjez indicó que «toda la sierra parecía estar en llamas». El Djebel el Ahmera, la cima occidental del monte de doble pico tardíamente descubierto en Navidad, tenía que ser tomado por el 8.º batallón de Argyll y los Sutherland Highlanders con la teoría de que los escoceses podían encontrar inspiración en el parecido de la sierra con el terreno natal. En cambio, después del mediodía, los artilleros alemanes sorprendieron al grupo de comandos en campo abierto y sus descargas diezmaron el batallón y mataron al jefe de gaitas.

Aquellos que se salvaban de los proyectiles alemanes caían a causa de la insolación. Pronto la mitad del batallón estaba fuera de combate. La otra mitad sufría de agotamiento, pero todos se enfurecieron cuando un prisionero de la Wehrmacht sacó una pistola que llevaba escondida y mató a varios soldados antes de caer abatido. En los días siguientes se hicieron pocos prisioneros. «Los Argylls han llegado a un punto de furia absoluta», observó el comandante J. T. McK. Anderson, quien recibiría la Cruz Victoria por su heroísmo en Longstop. «Sólo sentíamos odio: a los alemanes, a las colinas, a todo». La carga con bayonetas del comandante Anderson, al frente de 30 camaradas aullando, finalmente conquistó los altos del Ahmera; habiendo muerto el gaitero mayor, los hombres se contentaron con un voluntarioso músico de armónica. La segunda cima de Longstop, el Djebel el Rhar, tan contumaz como lo había sido en diciembre, cayó finalmente el Lunes de Pascua, después de que los tanques británicos treparan hasta la cima. «La colina era un auténtico infierno, hedionda y humeante», escribió un periodista. A 300 granaderos se les concedió permiso para rendirse y de inmediato se les requisaron los prismáticos Zeiss y las latas de lengua de ternera como botín de guerra.

Longstop había caído, esta vez de verdad, pero el V cuerpo perdía gas, tal como le sucedía al IX en el sur. Los Argylls habían perdido dos tercios de sus hombres. Más de 500 soldados de la 1.ª división británica de infantería estaban muertos, heridos o desaparecidos tras un asalto el Viernes Santo en la orilla derecha del Medjerda, y se perdieron 339 más al día siguiente en sólo dos batallones. Veintinueve de los 45 tanques que reforzaron la infantería fueron destruidos o dañados; estuvieron entre los 252 tanques británicos fuera de acción que los alemanes reivindicaron en los últimos diez días de abril.

En ninguna parte de África fue la lucha más encarnizada que en el Djebel Bou Aoukaz, el Bou, un monte escarpado de 210 metros de altura a seis kilómetros de Longstop y del otro lado del Medjerda. Tres batallones de guardias atacaron el Bou y sus espolones durante más de una semana mientras «nos arrojaban todo cuanto tenían, salvo sus gorros». Día tras día, el estruendo de la artillería y el tableteo de las ametralladoras sacudían el monte. Los soldados yacían toda la noche en sus patéticos parapetos de piedras amontonadas a mano y oliendo «el fuerte olor a romero y a otras

hierbas segadas por las ráfagas y humedecidas por la lluvia». Cuando se acabaron las existencias de granadas, los ingleses arrojaban piedras al enemigo «sólo para mantenerlos en vilo». Los cadáveres en las faldas ubérrimas del Bou estaban marcados con un casco en la culata de una bayoneta clavada en tierra. Los sepultureros enviados a recoger los cuerpos una noche informaron que en un campo de heno había «un bosque de rifles». A finales de abril, el 1.º de guardias irlandeses se había reducido a 80 hombres, incluido el camillero que eventualmente perdería una pierna ante el cuchillo de un cirujano, quién en ese momento gritó, «¡Ahora no tengo tiempo para gangrenas!». El 5.º de guardias granaderos sufrió casi 300 bajas al defender un altozano, entre ellos 13 de sus 17 oficiales en un bombardeo de tal intensidad que un teniente se limitó a decir: «No hay la menor duda: esos alemanes no quieren irse de esta colina».

La colina cayó en manos británicas, pero el resto de la cabeza de puente seguía perteneciendo al enemigo. El 29 de abril, Alexander y Anderson reconocieron que la ofensiva del V cuerpo estaba estancada. Allfrey había avanzado nueve kilómetros en un arco a ambos lados del Medjerda, casi la misma distancia ganada por el cuerpo de Crocker, pero aún a 40 kilómetros de Túnez. Al día siguiente, el viernes 30, Anderson le dijo a Eisenhower que el I ejército había sufrido en una semana 3.500 bajas. Aproximadamente 900 habían muerto. VULCANO había costado un hombre por cada tres metros ganados. Muchas compañías se vieron reducidas a menos de dos decenas de soldados de todos los rangos.

Si las pérdidas británicas eran cuantiosas, también lo eran las alemanas e italianas, pero eso sólo servía de consuelo. Ahora Arnim contaba únicamente con 69 Panzers en funcionamiento en toda África. Sus reservas consistían en un solo y exhausto batallón acorazado.

Pero aun así, todavía no se producía la gran penetración aliada, sino solamente sufrimiento y muerte. Anderson recibió una petición de alto el fuego de la división Hermann Göring para recoger a los muertos. Anderson se lo negó. De noche, los ruidos de las palas en subrepticios enterramientos se podían oír a través de los campos y los huertos de la tierra de nadie. Un capellán británico que encontró el cadáver de un guardia muerto hacía algún tiempo cerca del Bou describió su intento de enterrarlo antes del alba. «Tenía un brazo alzado», escribió el capellán. «No había forma de meterlo en el foso. Cada vez que lo bajábamos, el brazo se volvía a alzar con la mano blanca y brillante en la oscuridad. Resulta muy difícil romper el brazo de un muerto.»

«¡CUENTA AHORA A TUS HIJOS, ADOLFO!»

Inmovilizados los dos ejércitos británicos, se puede decir que la ofensiva final de la campaña tunecina la empezaron los norteamericanos. El asalto inicial de Omar Bradley en el norte fue tan frustrante como los de los británicos y, ciertamente, no menos valeroso, pero una vez iniciado el ataque, no se detuvo ni siquiera cuando el

avance diario se medía por centímetros. Ese ataque iniciado el Viernes Santo puede considerarse una incesante marcha de dos semanas hasta el mar para alcanzar una victoria decisiva que finalmente dio a los norteamericanos un reconocimiento bien ganado.

«Estoy sentado en una vieja granja desvencijada escribiendo a la luz de una vela», escribió Terry Alien a su esposa Mary Fran el 22 de abril. Con el cabello alborotado y un cigarrillo en los labios, vestía la misma ajada camisa verde y los pantalones de Gafsa y El Guettar, ahora remendados por su asistente. El conjunto parecía más un edredón que un uniforme. Las estrellas de aluminio en sus hombros eran las mismas que hacía dos meses le habían sido requisadas a un soldado italiano. Ni siquiera la luz de la vela podía suavizar la crispación en el rostro de Alien ni borrar las profundas patas de gallo de los ojos. Había cumplido 51 años el 1 de abril, pero parecía más viejo. Había asistido a misa para rezar por sí mismo y por sus hombres, y por aquellos a quienes él había dado la inexorable orden que les había causado la muerte. «Espero y rezo para que mi plan de maniobra sea el correcto», escribió. «La tensión es extrema y me alegraré mucho cuando se acabe este infierno.»

Los cañones no le dejaron seguir. Unos abrasadores fognazos blancos saltaron por los barrancos y rodaron por las cimas como incendios flamígeros. La andanada, escribió A. B. Austin, «[llenó] las hondonadas de luz. Fue como si las colinas realmente se sacudieran y rodaran». Un solo obús de 150 mm disparando a su máxima potencia podía arrojar 1.800 kilos de bombas en una hora sobre una zona de 32.500 metros cuadrados; ahora los norteamericanos disponían de más de 300 cañones que lanzaban once toneladas de acero por minuto. Las bombas llevaban nuevos sensores de radar que las hacían detonar a doce metros del blanco para lograr una óptima dispersión. Tras cada andanada, los artilleros gritaban: «¡Cuenta ahora a tus hijos, Adolfo!».

La infantería avanzó con la primera luz del viernes, «una larga y lenta fila de formas con negros cascos entre los destellos del día», escribió Ernie Pyle. Mientras la 9.a división de Eddy progresaba en un ancho frente de 45 kilómetros en el flanco izquierdo, Bradley echó todo el peso de su ataque contra el derecho con la 34.a y la 1.a divisiones de infantería y el 6.º regimiento acorazado, formando una media luna en un sector del noreste. La 1.a lanzó tres regimientos por delante, cada uno con un frente de cinco kilómetros en dirección a las colinas designadas por su altitud en metros y seleccionadas en un mapa: 350, 407, 400, 469, 575, 394, 346, 444. Diez batallones enemigos aguardaban el asalto con el apoyo de Tigers. Sonaban los cañonazos, detonaban los morteros, las colinas quedaban teñidas de grandes gotas naranjas y rojas y el humo caía sobre las sucias laderas del campo de batalla.

Al cabo de dos horas, tenían problemas o estaban perdidos y las oraciones aliadas no parecían haber sido escuchadas. La Colina 350, elevada sobre la entrada sur a La Ratonera, demostró ser especialmente letal para el 2º batallón del 18.º de

infantería, que sufrió 224 bajas sólo en Viernes Santo. Su batallón gemelo, el 3.º, perdió otros 138 hombres al asaltar la Colina 407 a tres kilómetros al sur. Esas pérdidas hicieron llorar al comandante de la unidad. En el centro, la artillería se quedó corta durante una larga hora y mató o hirió sin querer a 70 hombres del 16.º de infantería. Los soldados encontraban las colinas sembradas de minas antipersona, muchas de las cuales eran conocidas como «castradoras» o «Bettys saltarinas» debido a que saltaban hasta la cintura antes de detonar. En una compañía del 26.º de infantería, todos los oficiales y el sargento primero resultaron muertos o heridos. Un soldado del 26.º, después de escuchar los lamentos de un cantarada agonizante, informó: «Rodé hasta él, que me miró y me rogó, “Ayúdame. Por favor, mátame”». El joven murió poco después sin haber recibido asistencia.

En medio de esta vorágine, el viernes por la mañana apareció un visitante de Washington de corta estatura y rostro anguloso que pronto llegó a la conclusión de que las tropas carecían de la pasión necesaria para cerrarse sobre el enemigo. El teniente general Lesley J. McNair había llegado a Tunicia para evaluar sobre el terreno la valía de combate, de la que era responsable como jefe de las fuerzas estadounidenses de tierra. Poco sociable, enigmático y medio sordo, un escocés de ojos azules de Minnesota, McNair había sido el general más joven de Francia en 1917. Artillero y brillante matemático que portaba una regla de cálculo como otros una Biblia o la pipa, le gustaba describirse como un simple «hombre de pico y pala», pero un conocido lo comparó con un «orador presbiteriano en el pulpito: todo ironía e intelecto». «Puedes cometer un error», decía McNair, «pero has de hacer *algo*.»

Ahora McNair hizo algo que ciertamente constituyó un error. Al llegar a la «vieja granja desvencijada» de Alien a las cinco de la mañana, pasó ante un humeante montón de bosta en el patio, se tomó una taza de café y discutió acerbamente con Ted Roosevelt, que llegó montado en *Rough Rider*, sobre la prudencia de que un general de tres estrellas se acercara a la primera línea de fuego. Impertérrito, McNair evitó al oficial designado para acompañarle y montado en un jeep con una gran placa de tres estrellas en el parachoques salió en dirección al estruendo de los cañones. Después de pasar junto al 26.º de infantería en el flanco izquierdo, siguió hacia el sur hasta el 16.º para declarar que «en ningún sitio, encontré algo más que un 100 por 100 de letargo. No había una sola gota de sangre combativa en todo el conjunto».

McNair se enfadó aún más cuando encontró a casi todo el 2.º batallón cuerpo a tierra detrás de una colina y los soldados bramándole: «¡Quite ese jeep de en medio!». Murmurando algo sobre «este triste espectáculo de un grupo de combate» e ignorando el consejo de no seguir adelante, McNair trepó por la colina hasta un puesto de artillería, donde desplegó un gran mapa para estudiar el terreno. Una docena de bombas alemanas aterrizaron inofensivamente detrás de él antes de que la decimotercera explotara en aquel punto y matara a un sargento primero. Un fragmento de acero atravesó el borde inferior del casco de McNair parando el golpe lo suficiente

para que se le alojara en el cráneo y no en el cerebro. Otro le hizo un corte de 20 centímetros en el hombro y en el cuello seccionándole una arteria. Mientras la sangre empapaba el mapa, McNair señaló: «He calculado mal mi protección». Transportado en el jeep al puesto de primeros auxilios de la división para un tratamiento con plasma y sulfamida (el general gruñó cuando el cirujano le cortó la camisa a medida que le había costado 16 dólares), fue llevado después en una ambulancia Dodge por una pista de camellos al hospital de evacuación al norte de Béja. Bradley pronto hizo acto de presencia para colocarle sobre el pijama una condecoración Corazón Púrpura para heridos de guerra. McNair voló a un hospital en Oran antes de su evacuación a Washington. Seguía quejándose de que «los soldados norteamericanos no pelean».

Eso no era verdad; en realidad se trataba de una gran mentira. Unos 500 soldados norteamericanos morirían en Tunicia en aquella Semana Santa, y otros 2.000 resultarían heridos. Era un sacrificio que ninguna calumnia del Pentágono podía negar. Mientras las tropas de Alien se esforzaban en el sur por avanzar unos pocos miles de metros diarios, en el flanco izquierdo, los 23.000 soldados de Eddy, su propia 9.a división más 4.000 del Cuerpo Franco de Africa, progresaban por una vegetación tan tupida que a menudo tenían que arrastrarse.

El 47.º de infantería fue a toda velocidad por los cortos pastizales a lo largo de la carretera 7 hasta que avistó las colinas Verde y Pelada. Restos calcinados de los tres intentos británicos fracasados contra las fortificaciones de Jefna llenaban el camino y las laderas más bajas. En vez de lanzar un nuevo ataque frontal, el 47.º empezó a roer las avanzadillas alemanas la mañana del día 23, atemorizando y distraendo mientras sus dos regimientos gemelos saltaban al norte para flanquear al enemigo en un terreno considerado impenetrable desde hacía largo tiempo.

Y probó ser impenetrable; al menos, al principio. La división Von Manteuffel, 5.000 soldados en 9 batallones, defendía el frente de 32 kilómetros entre Jefna y el mar con fortificaciones tan grandes que para entrar en algunos bunkeres había que trepar por una escalera. El ataque del 39.º al norte de la carretera 7 empezó mal. Una patrulla alemana tendió una emboscada y capturó a 70 hombres, incluyendo al comandante, el coronel J. Trimble Brown. Menos de una hora después, un intrépido capitán que había visto a Brown y sus hombres caer prisioneros y ser conducidos después de entregar los anillos y los relojes, contraatacó con la compañía C matando o hiriendo a 45 alemanes, rescatando a los prisioneros y salvando el día pero no los planes de batalla de Brown, que, por desgracia, desaparecieron en poder del enemigo. Poco antes de medianoche, Eddy relevó a Brown, que recogió su petate y su saco antes de dirigirse a la retaguardia.

Y así fue día tras día. Se libraban batallas encarnizadas en las colinas sin nombre (432, 438, 513, 382) y los dos bandos estaban tan cerca el uno del otro que los soldados se esforzaban por no roncar de noche a fin de que no les arrojasen granadas de mano. Se conquistaban y se perdían las cimas continuamente. La niebla invadía las

trincheras, las hacía aún más opacas y siniestras. Para un oficial era como «ser conducido en un teatro a oscuras después de que ha empezado la función». Los artilleros norteamericanos rechazaban los contraataques enemigos con andanadas de bombas de fósforo tan cerca de las propias líneas que los soldados trataban de esquivar el humo mezclado con elementos químicos que les agujereaban los uniformes. La llamada a la oración de los muecines en las mezquitas de las cimas provocaba los disparos de las tropas británicas, convencidas de que esos religiosos estaban dando señales a los alemanes. Para no correr riesgos, los agentes del contraespionaje de Estados Unidos crearon una zona «libre de árabes», evacuando por la fuerza un área de 640 kilómetros cuadrados al este de Béja. Los de la intendencia de Eddy consiguieron 350 mulas y 50 toneladas de pienso para transportar suministros allí donde no pudiera llegar ningún jeep, y cada caravana de regreso volvía con jóvenes muertos dispuestos sobre las monturas.

El enemigo se aferró a las colinas Verde y Pelada, pero al norte de la carretera 7, lentamente su línea empezó a retroceder. El 27 de abril, el 39.º de infantería estaba a tres kilómetros y medio de la Colina Verde y amenazaba con rodear todo el reducto de Jefna. El 60.º de infantería, aún lamiéndose las heridas de Maknassy de hacía un mes, presionaba todavía más en el este al otro lado del río Sedjenane; a finales de abril, el regimiento avanzaría unos 20 kilómetros, casi la mitad de la distancia a Bizerta. El Cuerpo Franco de África bordeaba la costa con tres batallones de hombres considerados demasiado volátiles políticamente para estar en el ejército francés; entre los comandantes estaba un famoso almirante español, un médico judío y un coronel opuesto a Vichy que había sido encarcelado por ayudar a Patton durante ANTORCHA, pero los más extravagantes eran los miembros de una compañía de *goums*, nativos marroquíes de chilabas hediondas y sandalias hechas con trozos de caucho de neumáticos. Como soldados convencionales, los «goons» (los memos) como inevitablemente los llamaban los americanos, eran una nulidad, y de manera rutinaria, saqueaban poblados árabes y se llevaban a las mujeres. Pese a todo tenían su utilidad, en especial cuando corrió el rumor entre el enemigo de que los *goums* recibían un pago por cada oreja cortada a los alemanes. Se decía que las echaban sobre la mesa del responsable de pagos como si fueran billetes de diez francos. Muchos soldados alemanes dormían con los gorros tapándoles las orejas. En silencio, los *goums* volvían de sus expediciones nocturnas con bolsos llenos de lo que podrían haber sido higos secos, aunque los soldados deseosos de nevarse un recuerdo preferían creer que se trataba de orejas del Eje.

«¡Una colina más!», decían cada mañana los oficiales a sus hombres con la irónica inflexión siempre presente cuando los camaradas se mienten a sabiendas. Con cada cúspide conquistada, se lograba mejor observación para la artillería y, por consiguiente, una mejor oportunidad de pulverizar el siguiente risco con disparos bien dirigidos. La infantería, aprendidas las duras lecciones de El Guettar y Maknassy,

maniobraba alrededor de los flancos obligando a que el enemigo retrocediera una vez más.

«¡Una colina más!» No era verdad, pero cada hombre veía una pizca de verdad en aquellas palabras.

Ninguna colina se elevaba más que el cerro llamado Djebel Tahent, más conocido por los norteamericanos como Colina 609. Las tropas de Arnim habían retrocedido unos 20 kilómetros a través del frente del II cuerpo sólo para atrincherarse con más potencia que nunca. El lunes 26 de abril, Bradley reconoció que la 609 era el eje de las defensas alemanas. A cinco kilómetros al noreste de Sidi Nsir en el flanco derecho norteamericano, la 609 dominaba la campiña por su altura y su ubicación: a casi 600 metros por encima del nivel del mar, miraba en todas direcciones de Béja a Mateur. Una meseta desolada de 800 metros de largo y 500 de ancho coronaba la colina. Tenía caras espectaculares con precipicios de piedra caliza de 15 metros de profundidad en el sur y en el este. Desde la cima, un solo hombre con un telescopio podía ver cualquier ventana de una casa de Mateur a casi 20 kilómetros de distancia y la neblinosa mancha de Bizerta, otros 20 más allá.

Salvo por un pequeño olivar a unos 500 metros de la ladera sur, el terreno ofrecía poca cobertura a los atacantes, mientras que los despeñaderos proporcionaban incontables refugios a los defensores. Las cigüeñas anidaban en las fisuras que formaban chimeneas naturales en los murallones del monte; ahora había nidos de ametralladoras en la base. El viento mecía los trigales en las laderas más bajas haciendo que la colina ondulase como un inmenso ser respirando. Las cimas vecinas (461, 490, 531, 455) brindaban entrelazados campos de tiro a cargo en gran parte de soldados del regimiento Barenthin provenientes de las escuelas de paracaidismo y planeadores, que, según la evaluación de Alexander, estaban «entre las mejores tropas alemanas de África».

Anderson propuso que simplemente se ignorase la colina. En una llamada telefónica al puesto de mando de Bradley en Béja el martes por la mañana, el comandante británico recomendó: «No os importe el enemigo de Sidi Nsir. Cuando estén en lo alto de una colina, tratad siempre de flanquearlos. No quiero que los hagáis retroceder, sino que os coloquéis a sus espaldas antes de que ellos puedan establecer una cabeza de puente alrededor de Bizerta». Como si se le acabase de ocurrir, Anderson pidió el traslado de un regimiento de infantería estadounidense para reforzar al atascado I ejército más al sur.



Bradley estaba estupefacto, y en privado confió que, en su opinión, Anderson se excedía en sus prerrogativas de jefe del ejército. En una reunión apresuradamente organizada esa tarde en la desvencijada granja de Alien, Bradley clavó un mapa en la pared y le explicó a Alien por qué la 609 no se podía dejar de lado. El Big Red One había hecho suficiente progreso como para dejar expuesto su flanco izquierdo a sólo tres kilómetros al suroeste de la colina, desde donde la artillería alemana ya había empezado a hostigar a las tropas de Alien con cañonazos. La 1.ª división tenía más de 2.000 hombres de menos, incluyendo la necesidad de 60 oficiales más; los nuevos tenientes recibían un curso de orientación de sólo 15 minutos; luego eran enviados en el acto al frente. Alien no disponía de la fuerza suficiente para enfrentarse a cinco batallones enemigos sin arriesgarse a un catastrófico contraataque desde la Colina 609 que demolería su flanco izquierdo. Además, la circunvalación de la colina significaba volver a los valles vulnerables y, una vez más, provocar el fuego de obús de todas las colinas *Gefreiter*. «Todo depende de nuestra conquista de la Colina 609», concluyó Bradley.

Alien asintió enérgicamente con la cabeza, pero teniendo cuidado de apartar el humo del cigarrillo de sus ojos. Anderson estudió el mapa largo tiempo, y luego también asintió. En cuanto al traslado de un regimiento de infantería, Bradley se negó. «Nos gustaría ayudarle, pero usted me está pidiendo algo que yo no haré si no es por orden directa de Ike.» Y para su equipo, añadió: «Esta campaña es demasiado importante para el prestigio del ejército estadounidense como para correr ese riesgo». Muy pronto Eisenhower demostró estar de acuerdo con su jefe de cuerpo. «Mantente fuerte, Brad.»

Para conquistar la colina, Bradley se ocupó de las tropas cuya autoestima y reputación estaban entre las más bajas del ejército de Estados Unidos. Desde el desastre de Fondouk ya hacía tres semanas, la 34.ª división se había sometido cada día a un intenso entrenamiento de recuperación; practicó ataques nocturnos, tácticas de

infantería con tanques y, encabezada por su jefe, Charles Ryder, marchó a 50 metros de las descargas de la artillería. Entonces Bradley le dijo a Ryder: «Conquista esa colina y penetrarás las defensas del enemigo a lo largo de toda nuestra línea. Ocúpala y nadie volverá a dudar de la valentía de tu división».

El 27 de abril, nueve batallones de la 34.ª salieron hacia Sidi Nsir en un frente de 6.000 metros. Un mendaz desertor alemán había afirmado que la Colina 609 sólo estaba defendida por una extenuada unidad de retaguardia que podía ser abatida por una sección decidida de 50 hombres. «Reinaba el entusiasmo y se apreciaba el deseo de atacar de inmediato», recordó luego un capitán. Pero Ryder pensó que lo que él denominaba «el tablero de ajedrez de defensas entrelazadas» requería que sus hombres redujeran las colinas adyacentes antes de atacar la 609.

Las tropas recogieron sus raciones C, llenaron las cantimploras y fumaron los últimos cigarrillos. Los zapadores marcaron los senderos a través de campos de minas con cinta adhesiva blanca o con papel higiénico sobre las rocas. Cada pocos minutos, los jefes de sección, abrigados con mantas, verificaban con linternas de luz roja el funcionamiento de sus brujulas. «Por todos los santos», llamó en la oscuridad un comandante de compañía, «en marcha.» Cuando entraron en la zona de peligro, el ruido característico de una ametralladora desgarró la noche, y fue seguido por más metralla.

«Nuestros hombres eran sombras grises agachadas corriendo, cayendo, disparando, volviendo a correr», señaló un testigo. Las descargas de mortero explotaban en los collados entre las colinas y había fogonazos amarillos por delante. Los hombres volvían a echarse cuerpo a tierra, inmóviles como muertos. Los heridos se contorsionaban. Las minas y las bombas trampa detonaban con un sonido breve y seco; más hombres se retorcían. «Permanecemos echados a la espera del alba oyendo los gemidos de un herido a cien metros en la ladera», recordó más tarde un soldado. «Se fue debilitando y finalmente guardó silencio.»

Dos ataques fracasaron con fuertes bajas, pero para el mediodía del miércoles 28 de abril habían caído las colinas 435 y 490 entre Sidi Nsir y la 609. Cuatro contraataques alemanes fueron rechazados. Durante todo el día, en los valles retumbó el fuego de la artillería; el ruido de los proyectiles impactando en las rocas llegaba a las cimas. Cientos de hombres cayeron enfermos en una supuesta reacción a la Atabrine, una droga sintética contra la malaria también llamada «magia amarilla» y recientemente distribuida en lugar de la quinina, de la que tenía la exclusiva mundial un distribuidor japonés. Muchos hubieran preferido la malaria. Débiles y mareados, vomitaron sobre los uniformes y ensuciaron los pantalones con una diarrea incontrolable antes de levantarse en las primeras horas del jueves para seguir adelante.

La espesa niebla dificultaba cada paso, pero, no obstante, el 3.º batallón del 135.º avanzó 2.000 metros desde la Colina 490 hasta El Kadra, una aldea árabe al pie de la cara sur de la 609. Con las primeras luces, Drew Middleton informó de que podía divisar «el paso de esos soldados por el trigo del mismo modo que se pudo ver

la carga de Pickett en el trigal de Gettysburg». Pero a la derecha, un ataque contra la Colina 531 fue rechazado; las defensas ataron montones de granadas llamadas «pasapurés» y las arrojaron sobre los soldados que escalaban la ladera. Unas demoras en el flanco izquierdo dejaron al batallón de El Kadra vulnerable a un contraataque alemán. Explotaron bombas en toda la cara de la 609 como «pequeños chispazos, y el viento nos trajo el furioso tableteo de las ametralladoras», anotó Middleton. Desorganizado, el batallón retrocedió 400 metros desde el pueblo hasta refugiarse en unos olivares. Las pulgas de las chozas del poblado atormentaban tanto a algunos hombres que se descalzaban, se quitaban los cascos y las cartucheras y luego rociaban sus uniformes infestados con gasolina. Cientos de obuses caían en la cima de la 609. «Parece un volcán en erupción», dijo un soldado, pero los alemanes resistieron y el empuje norteamericano cedió por el momento.

Los problemas de Ryder en la 609 irritaban cada vez más a Terry Alien, quien se quejó de que sobre sus unidades caía una lluvia de bombas y morteros provenientes de la 609. A las 14 horas del 28 de abril ordenó detenerse a los tres regimientos de la 1.a división hasta que la 34.a pudiera proteger mejor el flanco izquierdo. En una quejosa llamada telefónica a Ryder, Alien le preguntó cuánto tiempo más necesitaba la 34.a para conquistar la Colina 606.

«¿No quieres decir 609?», replicó Ryder.

«No, quiero decir 606. La artillería de mi división ya le ha enviado fuego suficiente como para restarle tres metros.»

Otra mañana de inactividad el martes era más de lo que podía aguantar Alien. Las bajas del cuerpo en la ofensiva ahora superaban los 2.400 hombres, y casi la mitad provenía del Big Red One; si bien las bajas del enemigo eran inciertas, se habían hecho 400 prisioneros desde el Viernes Santo. La 34.a división ahora se limitaba a arrojar bombas de fósforo blanco en los pastizales alrededor de la 609 para que los tiradores pudieran disparar contra los alemanes iluminados por las llamas. Alien, convencido de que la buena suerte de su unidad estaba siendo dilapidada por el fracaso de Ryder, el jueves ordenó que volviera a avanzar el 16.º de infantería. La unidad debía capturar la Colina 523, un promontorio fortificado a kilómetro y medio al este de la 609. Alien procedió pese a las protestas mordaces del comandante del regimiento, el coronel George A. Taylor, que consideraba que el ataque era precipitado.

La impaciencia le costó muy cara a Alien. En una noche oscura y lluviosa poco después de la medianoche del viernes 30 de abril, el 1.er batallón del 16.º de infantería cruzó un trigal desde el sur, escaló la Colina 523 y a las 4.45 había capturado a once alemanes y matado o herido a varias decenas más. Pero al alba la situación cambió; bajo la luz grisácea, figuras con cascos alemanes surgieron de una fisura obra de un terremoto y rodearon la colina. La lucha siguiente con las tropas del regimiento Barenthin fue «más una pelea callejera que una batalla a cierta distancia», informó un superviviente. «No podíamos pedir ayuda a la artillería porque las fuerzas

estaban muy próximas.» El encontronazo, añadió, degeneró en «peleas a puñetazos y con granadas de mano».

Cuando el estrépito de las descargas de artillería finalmente llegó al puesto de mando del coronel Taylor, un soldado anotó en el parte de guerra que «ese sonido nos alegra el corazón», pero entonces se dieron cuenta de que se trataba de cañonazos alemanes. Ted Roosevelt ordenó que una compañía de tanques subiera la colina, pero las minas y el fuego de 47 mm destrozaron tres Shermans en un abrir y cerrar de ojos. El tanque delantero recibió más de una decena de descargas, y los otros fueron rechazados antes de alcanzar la cima. Cuando la humareda lo permitía, el objetivo podía ser visto desde un puesto de observación cercano, desde el cual al mediodía se informó a Taylor: «Los alemanes están en la cima». A las 12.30, los alemanes retiraron a más de 150 prisioneros, incluido el jefe del batallón, el teniente coronel Charles J. Denholm; más de un centenar de muertos y heridos norteamericanos quedaron atrás. En las siguientes 24 horas, la Colina 523 cambiaría de manos otras tres veces.

La Colina 609 sólo cambiaría de manos una vez. Pese al escepticismo de sus jefes de la acorazada («Nadie con uso de razón consideraría poner tanques en las montañas», advirtió un coronel), Bradley persuadió a Ryder para que enviara otros 17 Shermans a la ladera oeste a primera hora del 30 de abril. Nubes de infantería los seguían, a menudo agarrándose al tanque con una mano y disparando su rifle con la otra. «Que Dios os bendiga», dijo un jefe de compañía del 133.º de infantería a sus hombres. «Debemos triunfar o morir en el intento.» Algunos murieron. El soldado raso Edward S. Kopsa, de Grundy Center, Iowa, cayó con una herida tan grande que se le veía el corazón latiendo. «Avisad a mi madre», dijo, y le dejó de latir. Pero al cabo de dos horas, los tanques habían cubierto más de un kilómetro en medio del tableteo de las ametralladoras y de los cañonazos. El olor de la pólvora saturaba el aire ya lleno de gritos de dolor y de socorro. A media tarde, los soldados habían remontado un camino de cabras para llegar a la cima, donde expulsaron a los alemanes de sus parapetos. Batallones de refuerzo rodearon la colina desde ambos flancos. Entre los primeros refuerzos en la cima estuvieron los hombres de Iowa del 2.º batallón del 168.º de infantería, que incluía la compañía F de Willisca y la E de Shenandoah. El 1 de mayo, unos débiles contraataques alemanes fueron rechazados con fuego de artillería y de armas automáticas. A lo largo de toda la línea, los exploradores informaron de que el enemigo se batía en retirada o se rendía.

«Los alemanes se acercaban a nuestras tropas; algunos corrían, otros caían de bruces; la mayoría eran hombres exhaustos, demacrados, con los ojos desorbitados y aterrorizados que levantaban las manos por encima de las cabezas», informó el 16.º de infantería. «Era la imagen de la derrota, mientras vehículos, mulas y hombres se acercaban con banderas blancas.» Algunos fingieron rendirse engañando con las banderas blancas. Entre los abatidos por esa traición estaba el sargento mayor Clarence T. Storm, cuya esposa trabajaba en el almacén de Willisca. Creció el odio de

los norteamericanos a los alemanes. «Durante veinticuatro horas», anotó Bradley, «se tomaron muy pocos prisioneros en el frente de la 34.a división.»

La cima de la 609 era un infierno, un terreno arrasado por el fuego con restos de latas, vendas ensangrentadas y, curiosamente, fotos de familias, como si quienes estaban a punto de morir las hubieran sacado para un último adiós. Los muertos alemanes en sus reductos rocosos le recordaron a un soldado las fotografías de la guerra civil que mostraban los cadáveres abotagados sobre las vallas de Antietam. Las mesas estaban «literalmente cubiertas de cuerpos», escribió otro. «El hedor era terrible.» Aunque la colina estaba «llena de cráteres de bombas, anchos como pasas en una tarta», pocos agujeros tenían una profundidad mayor de 40 centímetros; una roca sólida subyacía la fina corteza. Tras intentar inútilmente enterrar a los muertos en esos cráteres poco profundos, los soldados los arrojaron en grietas de terremotos y los bulldozers completaron la faena. «Quienes pasaron por aquel calvario», escribió Ernie Pyle, «dudarían seriamente de que la guerra pudiera ser peor que aquellas dos semanas de lucha en la montaña.»

La 34.a división se había redimido, aunque esas nociones refinadas estuvieron ausentes después de la batalla. Ryder calculó sus pérdidas en 324 hombres. Los muertos estadounidenses fueron evacuados del monte en camiones. «Lo único que se podía ver», recordó luego un artillero, «eran sus botas colgando en la parte posterior.» Al otro lado del valle, un oficial del Estado Mayor de la 16.a llamó a un teniente que se aprestaba a encabezar una patrulla a la Colina 523. «No creo que se deba hacer ningún prisionero en la 523.»

«No», contestó el teniente, «no se hará ningún prisionero.»

Pero salvo por los muertos y los mapas del coronel Denholm, la colina estaba vacía. El enemigo había huido. Tal como Bradley había previsto, la conquista de la 609 desquició las defensas enemigas en todo el frente; desde el Mediterráneo hasta La Ratonera, las tropas norteamericanas se lanzaron en persecución. Un periodista, contemplando el panorama desde la 609, escribió: «A nuestros pies, cada camino estaba lleno de tropas, cañones y suministros avanzando hacia el norte».

Fuera de Béja, Bradley tomó asiento en un taburete metálico en su tienda y leyó despachos. Estudió el mapa en el caballete, ahora manchado con marcas azules y rojas mostrando al enemigo en retirada y a los perseguidores pisándoles los talones. Estaba de buen humor, sonreía y, tal como luego contó su asistente, «se pasaba los dedos por el ralo y cano cabello y pensaba en voz alta». Llegaron nuevos informes de la 9.a división en el norte, la 34.a y la 1.a divisiones en el sur, y la 1.a división acorazada: se preparaban para lanzarse por el valle del río Tine por dos rutas libres de minas llamadas Broadway y Riley Street. El enemigo parecía haber retrocedido hasta 24 kilómetros a un extremo de Mateur. Cuando llegó otro despacho avisando de un posible contraataque, Bradley meneó la cabeza.

«Que vengan», dijo, «queremos matar alemanes.»

Mateur cayó el 3 de mayo, tres días antes de la previsión de Alexander. El 81.º batallón de reconocimiento entró en la ciudad desierta desde el sur y el oeste a las 11.30, justo cuando los artificieros alemanes demolían el último puente del Tine en el este; a primera hora de la tarde, los ingenieros del ejército ya habían levantado un puente provisional. En Mateur convergían una decena de caminos y senderos, y su conquista acabó con cualquier esperanza del Eje de reagruparse contra los británicos que aún combatían en el valle del Medjerda a unos 32 kilómetros al sur.

Aquí la tierra era llana antes de volver a elevarse en un conjunto final de montes que cobijaban dos grandes lagos entre Mateur y Bizerta. Bandadas de golondrinas atravesaban el firmamento, el aire olía a estiércol y heno recién segado, y los álamos, en perfecta formación, flanqueaban ambos lados del camino. En una blanca casona, las tropas encontraron una biografía de Bismarck abierta sobre el escritorio; pronto supieron que aquella mansión había sido el cuartel general de la división del general Hasso von Manteuffel. Los exploradores norteamericanos se sentaron en un promontorio que dominaba el Tine cantando *Moonlight on the Colorado River*. Otros se emborracharon en una bodega de Mateur con vino local. El jefe de la 1.ª acorazada ordenó que se los fusilara a la caída del sol. «General», le dijo un coronel, «pienso que los tendría que dejar vivir hasta el amanecer. Es la costumbre.» El general Harmon aceptó la propuesta sin ganas y, tras reflexionar, conmutó la condena. Los heridos norteamericanos y los prisioneros alemanes compartían una granja que servía de puesto de primeros auxilios cerca de Mateur, «fumando, maldiciéndose y haciéndose muecas». Un soldado, que llegó en ambulancia con una bala alojada en un pulmón, señaló una columna de prisioneros y murmuró: «Diles a esos hijos de puta que se vayan al infierno».

Muchos se habían retirado hasta su último bastión, las colinas del lago Ichkeul. Los artilleros norteamericanos, usando crema de afeitar Barbasol como protección de los rayos solares y redes en la cabeza contra las nubes de moscas, los arrasaron con un fuego de artillería tal que prendió fuego a los pastizales secos. «Las chozas árabes y la paja prendían con violencia enviando nubes de humo al aire», señaló un oficial. Una compañía de Shermans del 13.º regimiento acorazado fue enviada para demoler las trincheras que protegían a la retaguardia alemana. «Algunos enemigos terminaron enterrados vivos cuando cayó un lado de la trinchera bajo el peso de los tanques», informó otro oficial. «Otros fueron acribillados por la metralla de los tanques.» Los comandantes presionaban para seguir adelante. «Ésta es nuestra oportunidad», dijo Eddy a la 9.ª división. «¡Que no se pierda, adelante!» Harmon ordenó a los tanquistas que avanzaran a toda máquina.

Hacía semanas que la 1.ª división acorazada era mantenida bajo estrecho control, pero ahora había llegado su hora. El terreno era propicio para una persecución a cargo de 200 tanques de los Oíd Ironsides, y Alexander fijó el asalto final contra Bizerta para

el 6 de mayo, al tiempo que se produciría un ataque masivo del I ejército para conquistar Túnez. Sin embargo, una vez más, las defensas alemanas parecían formidables; se decía que la artillería antitanque en las entradas a Bizerta estaba «atrincherada hasta las cejas». Hamilton Howze, quien había vuelto a una unidad de primera línea después de la partida de Ward, más tarde escribió: «En el período de espera, debo confesar que aprendí lo que es el miedo: es una garra de mono que te aprieta fuertemente el hígado». En una visita al puesto de mando de Harmon al suroeste de Mateur, Bradley estudió el terreno desde un campo de cultivo. «¿Puedes hacerlo?», le preguntó a Harmon.

«Sí, pero nos va a salir caro», contestó Harmon. «Supongo que unos 50 tanques para acabar el trabajo.»

«Adelante. A la larga nos costará más si no los hacemos trizas lo antes posible.»

No obstante, Harmon tenía sus propias dudas. Si la 34.ª división había sido la unidad de combate más problemática del ejército antes de la victoria en la Colina 609, los Oíd Ironsides, después de Kasserine y Maknassy, no le iban muy a la zaga. Harmon se había pasado todo un mes tratando de reconstruir lo que él consideraba una «unidad quejica», aún fracturada por las divididas lealtades a Ward y Robinett y «por un sinfín de disensiones». Pero molestó a muchos con su brusca actitud, expuesta en un memorándum de mediados de abril que castigaba a la división por «falta de disciplina, falta de sistema y un aspecto generalizado de dejadez». Y la tarde del 13 de abril convocó a todos los oficiales en las laderas del Djebel Lessouda, donde los restos calcinados procedentes de Sidi Bou Zid estaban esparcidos por todas partes. Harmon lanzó una filípica que, según Robinett, «condenaba todos los servicios anteriores y no salvaba a nadie». Concluyó con una ronca advertencia: «La división llegará a Mateur, pero tal vez ustedes no». Algunos tuvieron la temeridad de rechiflar, pero la mayoría se alejó desanimada. «Sus palabras no fueron muy bien recibidas», escribió más tarde un teniente. «Esa noche todos nos fuimos a acostar muy dolidos.»

Y ahora ya habían llegado a Mateur, pero el gran premio aún estaba más lejos: Bizerta. El 5 de mayo, Harmon fue al puesto de mando de Robinett y sacó al jefe del CCB a campo abierto para una conversación privada. Con su cabeza rotunda y el pecho como un barril, Harmon parecía inmenso al lado de su pequeño subordinado. «¿Lucharán esos malditos tanques?», exigió saber.

«Por supuesto que lucharán, tal como algunos lo están haciendo ahora mismo», replicó Robinett. «Siempre han luchado y volverán a hacerlo.» Sin resignarse a que lo dejara con la palabra en la boca, entonces amonestó a Harmon por cuestionar «el coraje de esos hombres». Harmon dio media vuelta y volvió a su jeep mientras un furibundo Robinett regresaba a su tienda y redactaba un mensaje para todos los rangos. «En la retaguardia, hombres anónimos han manifestado que carecemos de "valor de combate". Este insulto a nuestros gloriosos muertos y a ustedes, los valientes que aún viven, no será olvidado ni echado en saco roto.»

Tras ese inicio poco prometedor, Harmon celebró una última reunión de planificación con sus oficiales en el puesto de mando de la división pocas horas después. El ataque tendría lugar al amanecer del día siguiente martes 6 de mayo con el CCB en la punta de lanza. Pero la conducta de Robinett en el último mes continuaba mortificando a Harmon. Robinett «parece pensar sólo en términos de defensa y es extremadamente cauteloso en lo que respecta a bajas», informó Harmon en secreto al Departamento de Guerra. «No creo que tenga la capacidad necesaria para comandar una división acorazada.» Seis meses de combate lo habían quemado. Mientras miraba a Robinett que regresaba a su propio puesto de mando, Harmon murmuró: «Diablos, ese tipo no va a luchar por mí mañana». La opinión era dura y probablemente equivocada, pero Harmon ya había tomado una decisión. Llamando a su chofer, siguió a Robinett para relevarlo del mando.

Harmon casi había alcanzado el jeep por un camino lleno de álamos en los lados cuando una descarga de la artillería alemana atravesó el aire. Una bomba explotó a pocos metros detrás de Robinett destrozándole una pierna y haciéndole saltar del asiento, a él y al chofer. Sonaron más descargas entre los árboles cuando aparecieron soldados del campamento del CCB que depositaron a su herido comandante en una ambulancia que zigzagueó entre los bombazos hasta quedar fuera del alcance de la artillería.

Minutos después, Harmon entró en la tienda de Robinett con un gesto «más duro que una roca». Una mirada a la pierna destrozada le reveló que la guerra había acabado para Robinett. Éste lo miró con ojos vidriosos. Ya había traspasado el mando al coronel Benson. En una hora sería conducido a un hospital de campaña en Béja: vomitaba entre grandes dolores; la banda del regimiento lo esperaba para tocar *The Missouri Waltz*. Un vuelo a Argelia y la evacuación a Estados Unidos serían seguidos por muchos meses de rehabilitación y una cojera que afectaría a su autoestima.

«Va a obtener una gran victoria», le dijo Robinett a Harmon antes de que los camineros lo nevasen a la ambulancia. «Sólo siento que no podré estar presente para compartir la batalla con mis hombres.»

Harmon meneó la cabeza. «Pobre tipo», murmuró antes de salir de la tienda.

TUNEZGRADO

La cortina de fuego más intensa jamás vista en África dio comienzo con ráfagas de blancas llamaradas a las tres del 6 de mayo. Más de 400 cañones de la Artillería Real dispararon al unísono contra objetivos en la carretera 5, a ocho kilómetros al sur del río Medjerda. Allí se había concentrado el I ejército para la gran ofensiva contra Túnez, ahora llamada operación STRIKE (golpe). «Los fogonazos de los cañones iluminaban el lugar con una danzarina luz amarilla, y los proyectiles, elevándose a un ritmo de quinientos o seiscientos por minuto, explotaban pocos segundos después en la ladera de enfrente como la florescencia de un campo de tulipanes rojos», escribió un

joven oficial.

Decididos a enterrar al enemigo bajo «apabullantes cantidades de metal», los artilleros calcularon una bomba por cada metro ochenta del frente enemigo. (En El Alamein, había sido una bomba cada 10 metros.) Las bombas zumbaban «encima de nuestras cabezas en ráfagas incesantes y tan cercanas que parecía que se podía encender una cerilla con ellas», declaró un testigo presencial. Tras media hora, las descargas bajaron un poco de intensidad, pero entonces se redoblaron en dirección al este cada 100 metros, cada tres minutos. Las veintisiete presuntas baterías de artillería enemiga que habían sido localizadas por los fogonazos o por el reconocimiento aéreo recibieron una esmerada atención: cada batería hostil fue batida en tres ocasiones con concentraciones de fuego de al menos 32 cañones. El efecto fue «un tejado de bombas... destruyendo a todo bicho viviente que se moviera». También se devastaron varios blancos inanimados, incluido, como informó con tristeza un explorador, un barril de roble con 300 litros de vino tinto tunecino.

Después de los cañones, a las 5.40 llegaron los aviones, también con bombardeos sin precedentes en el continente. Más de 2.000 misiones de combate aliadas volarían ese jueves castigando una franja entre Medjez-el-Bab y Túnez. Los cazas y los bombarderos en tales cantidades que casi eclipsaban el sol naciente se concentraron en una zona de seis kilómetros cuadrados alrededor de Massicault y St. Cyprien, a lo largo de la carretera 5. El castigo dio pie al insulto: nubes de panfletos de propaganda avisaban al enemigo de que había sido «engañado» por Rommel y abandonado para morir en la soledad de África.

Bastante antes del amanecer, la infantería había avanzado en un frente de 3.000 metros guiada por un cañón Bofors que disparaba tres trazadoras rojas en una dirección fija cada tres minutos. Ante la insistencia de Alexander, el I ejército había sido reforzado con dos divisiones y una brigada de guardias de las fuerzas de Montgomery. Más de 30.000 efectivos habían llegado de Enfidaville en los últimos días; las latas de té ennegrecidas por el fuego golpeaban los parachoques de los vehículos; aunque los faros estaban autorizados en esta operación, después de años de apagones, ni uno de cada cinco vehículos los tenía encendidos. No hubo ningún amor fraterno entre la tribu de la montaña y la del desierto. Los dos ejércitos británicos eran «tan diferentes como la tiza y el queso». El general Horrocks permitió que los ingleses de la 78.a división pintaran en sus vehículos: «No tenemos ninguna relación con el VIII ejército». Pero el peso de los refuerzos daría un empuje irresistible al ataque de Anderson, y para el alba, la 4.a división británica y la 4.a división india habían abierto una brecha de tres kilómetros de ancho en las defensas enemigas.

Cuatro batallones de tanques irrumpieron por las defensas. Los defensores que no habían caído por la artillería o los ataques aéreos murieron en sus puestos o se batieron en retirada, abandonando los rifles mientras huían. Pese a haber tenido información de por dónde atacarían los británicos debido a una interceptación de radio,

Arnim se encontraba impotente; el V ejército Panzer estaba reducido a menos de 70 tanques, tenía poca munición y aún menos combustible. A las once de la mañana, los blindados británicos habían penetrado 5.000 metros más allá de la brecha con pocas pérdidas. Al principio, Anderson había dispuesto que los tanques se ocuparan de liquidar a los rezagados, pero Alexander anuló la orden. Los tanques debían «proseguir a toda velocidad hacia Túnez», ordenó Alexander. «La estocada», explicó más tarde, «debía llegar al corazón.»

«Todo el valle parecía un gran mar en llamas», escribió el periodista norteamericano John Mac Vane. «En una decena de caminos y senderos, se elevaba la polvareda de las columnas de vehículos.» El hedor de la cordita y del trigo aplastado era lo bastante nauseabundo como para hacer enfermar a varios hombres. A través de «una cortina de humo y polvo tan densa que parecía niebla cerrada», los conductores avanzaban dando tumbos en segunda marcha y navegaban con la ayuda de una brújula. El corresponsal Alan Moorehead describió a Alexander, cuando le pasó «a una velocidad temeraria con ambas manos en el volante y la cara blanca de polvo, como cualquier asistente de panadero».

Los escuchas aliados interceptaron mensajes de radio alemanes que ordenaban que los enfermeros actuaran de fusileros; pronto los heridos que aún caminaban recibirían orden de sumarse a ellos. Otro mensaje del jefe de intendencia de Arnim pedía que no se enviase más munición de Italia porque no había combustible para distribuirla. Un tercer mensaje informaba de que la 15.ª división Panzer había sido «muy castigada... Se puede decir que el grueso de sus fuerzas ya no existe». A medida que se desintegraba la resistencia alemana, la avanzadilla británica recibió orden de seguir adelante con una palabra convenida previamente: «Mantequilla». Pronto en los radios del frente se oía, «mantequilla, mantequilla, mantequilla». Al anoecer, dos divisiones acorazadas habían llegado a Massicault, doce kilómetros por delante de la infantería y a un día de marcha de Túnez. Sobre una colina al oeste de la capital, un coronel británico informó: «Puedo ver las murallas blancas de esa condenada ciudad».

El estrecho de Sicilia estaba patrullado por 18 destructores para prevenir cualquier maniobra del Eje de última hora. Las superestructuras de los navios habían sido pintadas con el rojo inconfundible de la marina británica después de tres bombardeos accidentales de algunos aviones aliados demasiado entusiastas. Todas las aguas hasta los ocho kilómetros de la costa tunecina habían sido declaradas zona de tiro libre; pronto el jefe naval de Eisenhower redujo la orden del día a ocho palabras: «Hundir, quemar y destruir. Que no pase nada».

Lo tremebundo de esas órdenes tuvo graves consecuencias para 464 prisioneros norteamericanos y británicos embarcados en el carguero *Loyd Triestino*, que navegaría con rumbo a los muelles italianos. Tras marchar por los arrasados muelles de Túnez la noche del 5 de mayo, antes de subir a bordo, cada hombre recibió un cuarto de rebanada de pan agrio, una cucharada de carne enlatada, ocho ciruelas pasas y unos

macarrones de la Cruz Roja. Entre los yanquis estaban el teniente coronel Denholm y los 150 soldados del 16.º de infantería capturados en la Colina 523. Los guardias confiscaron el dinero en efectivo de los prisioneros, siempre dando el correspondiente recibo a cambio, y limitaron los interrogatorios a preguntas emocionales sobre si las tropas alemanas capturadas estaban siendo enviadas a campos de internamiento en Canadá o Estados Unidos. El carguero de 3.000 toneladas zarpó a las cinco del 6 de mayo avanzando lentamente por un puerto tan lleno de restos de barcos hundidos que un prisionero pensó que se parecía «casi a un bosque».

Tres horas más tarde, atacó el primer avión aliado hundiendo a un destructor escolta y enviando al *Triestino* en busca de cobertura bajo los riscos de la costa noroeste del cabo Bon. Los aterrorizados prisioneros se apretujaron en las húmedas bodegas, mientras que las bombas que erraban por centímetros abrían brechas en el casco y la metralla barría las cubiertas superiores. La artillería antiaérea respondió, pero después de un segundo ataque, un humo azul envolvió al tocado navío. Los prisioneros, que sufrían disentería y disponían de sólo tres hediondas letrinas en una cubierta expuesta al fuego, arrancaron tableros de la bodega para poder defecar en el agua del pantoque. «El aire», informó más tarde Denholm, «apestaba.»

Con el barco hundiéndose lentamente, el capitán italiano levó anclas y puso rumbo a Túnez a primera hora del 7 de mayo. Un tercer ataque dejó una bomba en el castillo de proa; no explotó. A medida que se aproximaba al puerto, era atacado por más aviones y cada bomba que erraba el blanco provocaba grandes gritos entre los hombres atrapados en la bodega. «El barco parecía saltar sobre el agua, luego se enderezaba con una especie de temblor, lo que no era nada bueno», recordó después un teniente. «Ninguno de nosotros dudaba de que el barco naufragaría. Empezamos a golpear el casco gritando que nos dejaran salir.» Un cuarto ataque fue demasiado para los 30 tripulantes italianos, que «se dieron por vencidos», bajaron los botes salvavidas y, «saltando como pulgas», se lanzaron al mar. El capitán, sin marineros, condujo el barco hacia La Goleta, un pueblo de pescadores al sur de Cartago, y embarrancó el *Triestino* con la quilla en equilibrio a pocos cientos de metros de la playa. Él y los artilleros alemanes liberaron a los vociferantes prisioneros y luego se fueron remando en el último bote salvavidas.

Al menos media docena de ataques más tuvieron lugar esa larga tarde. Sólo la mala puntería y una extraordinaria buena suerte salvaron al barco; cayeron más de 100 bombas y todas erraron, a excepción de la que no estalló. Los ingleses arriaron la bandera italiana y los hombres de Denholm colocaron grandes cruces rojas sobre la cubierta hechas con el tapizado de los muebles del salón. Los pilotos no vieron las señales o las consideraron una trampa. El hecho es que los ataques continuaron, obligando a los hombres a guarecerse en las fétidas bodegas. Una balsa improvisada fue lanzada hacia La Goleta, pero el viento la envió a alta mar. Esa noche varios británicos nadaron hasta la playa a pedir ayuda y un valiente francés en una motora

llevó un mensaje a las fuerzas aliadas pidiendo que detuvieran los ataques. Finalmente, se puso punto final al calvario del *Triestino*. Denholm informó de que el casco había recibido el impacto de 2.000 proyectiles y bombas. Milagrosamente, sólo murió un hombre y hubo tres heridos.

La 1.ª acorazada de Harmon partió hacia el este bajo una llovizna a última hora de la tarde del 6 de mayo. El CCA tomó rumbo a Ferryville, en la orilla suroeste del lago Bizerta, mientras que el CCB se dirigió hacia el este para controlar los caminos entre Bizerta y Túnez. Los cañones alemanes antitanques fueron destruidos uno a uno; habiendo previsto 50 tanques, Harmon perdió 47 en esas acciones. Al norte de los dos lagos, la 9.ª división de Eddy avanzó por la carretera 11 con orden de Bradley de «seguir hasta Bizerta» y evitar el sabotaje del puerto.

El viernes por la mañana, el enemigo retrocedía dejando una estela de vehículos carbonizados y de cadáveres calcinados. El periodista A. B. Austin recordó que «las mujeres de Tindja y Ferryville cargaban sus cochecitos con los casquetes brillantes y pulidos de las bombas alemanas. ¿Floreros? ¿Paragüeros?». Un jefe de tanque entró en Ferryville tocando la obertura de *Guillermo Tell* con su ocarina por la radio. Las multitudes jubilosas hacían flamear la bandera tricolor cuando pasaban los Shermans, y Harold V. Boyle, de la Associated Press, de pie en un jeep declamaba: «Votad a Boyle / Un trabajador / Un chico honesto / El amigo de los árabes». Hubo más vítores y el eslogan «Vote a Boyle» se convirtió en la bienvenida habitual del gentío que se agolpaba para recibir a las perplejas tropas que llegaban a continuación. También sorprendente fue una enigmática pintada que empezaron a ver los soldados en los muros y en las señales de los caminos. De incierto origen, tan ambigua como ubicua, la frase los seguiría hasta el corazón de Alemania dos años después. Decía: «Kilroy estuvo aquí».

Con la 9.ª división de camino a Bizerta y los tanques de la 1.ª acorazada cortando por la mitad la cabeza de puente del Eje, la 1.ª tenía poco que hacer en el valle del río Tine a doce kilómetros al sur de Mateur, y en eso estribaba el problema. Terry Alien era un hombre combativo: tenía que luchar; la inactividad era su cruz. Con orden de Bradley de permanecer allí y prevenir un contraataque del regimiento Barenthin al otro lado del río, la noche del 5 de abril Alien se inventó un plan para expulsar a las tropas enemigas de las colinas al este del río. El comandante del 18.º regimiento de infantería se opuso al plan; lo mismo hicieron Ted Roosevelt y varios oficiales del Estado Mayor, que a las 23 horas argumentaron que, si se las dejaba en paz, las tropas del Barenthin simularían un contraataque para retirarse al este a un terreno más llano. Alien se despidió, reflexionó sobre el asunto y a medianoche ordenó ir adelante con el ataque.

A las 4.20 del 6 de mayo, el 18.º de infantería atravesó la carretera 55 que cruzaba el valle y avanzó hasta el monte con dorados trigales marcado en el mapa como Colina 232. A las 5.30 se perdió un batallón del flanco en la oscuridad. Varias

compañías de asalto habían sido detenidas con un fuego letal de metralla y de morteros. «Los proyectiles silbaban en derredor», escribió en su diario el soldado Max B. Siegel, del 3.º batallón. «A nuestros chicos no les iba nada bien. Muchos fueron alcanzados por los disparos y pedían enfermeros... Vi a unos pocos muchachos retrocediendo. Yo trataba de quedarme agazapado.» Los ingenieros terminaron de montar el puente sobre el Tine a las siete, pero la estructura se derrumbó después de que hubieran pasado cuatro tanques. El jefe del 3.º batallón volvió con menos de tres decenas de hombres horrorizados y silenciosos. Otros permanecieron echados sobre el trigo hasta el anochecer para evitar el fuego de la artillería. A las 16 horas, todos los batallones y todos los tanques habían cruzado el río. Las pérdidas del 18.º de infantería totalizaban 282 hombres. El Barenthin había huido durante la noche.

Alien había recibido un escarmiento y hasta sus más leales dudaban de su buen juicio. «Mi maldito imprudente jefe», se lamentó el teniente coronel John T. Corley, que en una brillante carrera de armas sería condecorado dos veces con la Cruz de Servicios Distinguidos y ocho veces con la estrella de plata. «Nos han dado una soberana paliza. Es culpa de la vanidad del jefe. Quería participar como fuera en la matanza final.»

A primera hora de la tarde del viernes, Bradley y Eisenhower fueron a la verde cañada al oeste del Tine, donde la 1.ª división había montado el puesto de mando. Una cálida llovizna mojaba los caminos y la red de camuflaje se movía con la brisa. Una granja bombardeada al otro lado de un prado había servido como depósito de municiones a los alemanes y el terreno estaba lleno de túnicas grises y cascos antisolares del Afrika Korps. Era el tercer viaje de Eisenhower al frente desde que empezara la ofensiva del Viernes Santo; Harry Butcher pensó que «se parecía a una gallina sentada sobre un montón de huevos... y se preguntaba cuándo demonios romperían la cascara». El 3 de mayo había aprobado el plan final para Sicilia y ahora aguardaba el visto bueno de los jefes de Londres y Washington. Con más tiempo para dedicarse al último tramo en Tunicia, se sentía esperanzado. «Cada día aprendemos algo nuevo», escribió a un amigo, «y en general, no cometo dos veces el mismo error.» Si bien le reconoció a Marshall que necesitaba un mínimo de descanso, «cuando este asunto haya acabado, voy a tener un permiso de 24 horas y nadie sabrá dónde encontrarme». A Butcher le propuso «emborracharnos cuando Túnez haya caído».

En realidad, dormía mal, a menudo se levantaba a las cuatro de la madrugada, daba vueltas preocupado y se fumaba un paquete de cigarrillos antes del desayuno. Aunque se acercaba la victoria en África, aún había mucho que acongojaba al comandante en jefe. «Desde el 23 de abril, los combates han tenido una gran influencia en nuestra manera de pensar y en nuestros cálculos», escribió a Marshall. «Hasta los italianos, defendiendo terreno montañoso, son difíciles de batir y los alemanes representan un verdadero problema.» Los vaticinios eran innegables para Sicilia y lo que luego les depararía el destino. «La lucha tunecina parece ofrecer una indicación

acertada de lo que podemos esperar cuando nos enfrentemos a los alemanes en posiciones defensivas.» Y Eisenhower añadió: «En especial cuando el terreno les es favorable».

Pero Eisenhower sólo reconoció a sus ayudantes de mayor confianza el efecto más profundo de sus visitas al frente. Aquí las consecuencias del combate eran más vividas, y las obligaciones del mando, más imponentes. A su hermano Arthur le escribió sobre su visita a «los desesperadamente heridos» y sobre los «cadáveres consumiéndose en el suelo con el hedor de la carne humana podrida». Había ordenado a muchos hombres ir a la muerte. Miles y miles morirían en el futuro. Buscaba refugio en el deber y en el concepto de *pro patria*, tal como deben hacer los comandantes. «Muy por encima de mi odio a la guerra está la determinación de liquidar a cualquier enemigo de mi país, en especial a Hitler y los japoneses», le dijo a Arthur. También se ocupaba de tomar decisiones esenciales acerca de los suministros y el personal, como si su dedicación a las minucias pudiera acortar la duración de la guerra. Esa misma semana había propuesto al jefe de intendencia del ejército que diseñara un nuevo uniforme de invierno de «lana bien dura porque ese material no muestra la suciedad». A Marshall el miércoles le escribió: «Hemos descubierto que nuestros hombres mayores, es decir, de 50 a 55 años de edad, no se cansan *físicamente* con la rapidez que nos habíamos imaginado».

Ahora Terry Alien, de 55 años, salió de su tienda, donde se le había despertado de un sueño profundo echado en el suelo. Su aspecto no sólo era cansado, sino catatónico, y hablaba con monosílabos. Tenía los ojos vidriosos, y el pelo, revuelto. Mientras Eisenhower y Bradley se ponían las gafas para estudiar el mapa, Alien describió con pocas palabras el ataque contra la Colina 232 de la noche anterior. Las bajas eran numerosas. Algunas compañías quedaron reducidas al tamaño de un pelotón. Sus hombres estaban cansados después de meses de combates.

Eisenhower levantó la mirada. Los británicos, señaló, habían perseguido a Rommel durante meses, desde El Alamein hasta la línea Mareth, con poca agua y casi sin descanso. Ellos, añadió, «lo aguantaron». Alien contestó sin venir al caso que su unidad había atacado cada día durante semanas en la Gran Guerra. La conferencia había terminado. Alien hizo un cansado saludo cuando los dos generales salieron de la tienda. «Cuánto mejor habría sido que Alien hubiera estado contento, optimista y agresivo», escribió Butcher en su diario.

Eisenhower ignoró el infortunado encuentro. «Encontré al II cuerpo con excelente ánimo. La 1.ª división ha sufrido un gravísimo desgaste», escribió a Marshall unas horas después. Pero Bradley estaba indignado. El ataque contra la Colina 232 había sido «estúpido y llevado a cabo sin autorización», declaró más tarde. Si bien Alien estaba entre los jefes más competentes del ejército (Alexander llegaría a decirle a Drew Middleton que era «el mejor comandante de división que había conocido en las dos guerras»), Bradley lo consideraba «el hombre más difícil con que he tenido que

trabajar», un rebelde incorregible «profundamente contrario a cualquier rango superior al de división». Le preocupaba la truculenta autonomía de Alien y el ensimismamiento del Big Red One división, la «sagrada primera», en especial porque se esperaba que tuviera un papel de primera importancia en Sicilia.

Por su parte y en privado, Aben consideraba a Bradley «un falso Abraham Lincoln». Los dos hombres no podían ser más distintos: uno abstemio, medido y cerebral, y el otro, alcohólico, emocional e impetuoso. Pero Bradley tenía el rango necesario y la atención del comandante en jefe (Eisenhower le acababa de recomendar para una tercera estrella), y esto no presagiaba nada bueno para Alien. «A partir de aquel momento», escribió Bradley del desastre del Tine, «Terry fue para mí un hombre marcado».

Mientras Eisenhower y Bradley regresaban al nuevo cuartel general del II cuerpo al pie de la Colina 609, el teniente coronel Charley P. Eastburn llamaba al puesto de mando de la 9.ª división. «Creo que el camino a Bizerta está completamente despejado», dijo Eastburn, comandante del 894.º batallón antitanques. «Solicito permiso para proceder a ocupar la ciudad». La respuesta de Eddy llegó en el acto. «Adelante. Y buena suerte.» Al frente de tres compañías, con más de una decena de tanques, Eastburn vadeó un riachuelo junto a un puente demolido, luego volvió a la carretera 11. Poco antes de las 16 horas, la caravana traspasó las puertas de piedra del extremo oeste de Bizerta.

Entraron en una ciudad muerta. El antiguo puerto de 70.000 habitantes estaba vacío y horadado por más de dos docenas de bombas de 2.000 kilos y muchas toneladas de explosivos de menor poder. «Bizerta era el lugar más arrasado que yo había visto», escribió Ernie Pyle. Las casas al estilo italiano yacían reventadas y con los pórticos destruidos. Los troncos calcinados de las palmeras desprovistos de las frondas formaban hileras en las avenidas. Los negocios habían sido bombardeados y luego saqueados, y un olor a podredumbre y yeso sobrevolaba la lluvia. Hacía tres meses que la ciudad carecía de agua corriente. Y el tifus se había extendido y el cólera amenazaba.

Los almacenes del puerto y los astilleros yacían en ruinas. Las bombas habían arrancado una grúa de 100 toneladas de su base echándola sobre un muelle seco. Todo lo que quedaba de una gran iglesia católica eran tres muros carbonizados y los escombros amontonados en la nave. «Entrabas por el gran pórtico principal para encontrarte otra vez bajo cielo abierto», recordó un soldado. Para escapar de los bombardeos, los soldados alemanes se habían retirado hacía meses a tiendas de campaña al oeste de la ciudad; en los últimos días, habían vuelto para volar los muelles que quedaban en pie, las centrales eléctricas y hasta las barcas de pesca que se habían salvado de las bombas aliadas.

Cuando el coronel Eastburn se detuvo un momento entre las ruinas del puerto para preguntarle a un francés ebrio la dirección del ayuntamiento, una ráfaga de metralla

rebotó de improviso en el pavimento. A lo lejos se oyeron detonar bombas de 88 mm. Se vieron los fogonazos de las armas de la retaguardia alemana a través de un canal de navegación construido originariamente por los colonizadores fenicios para conectar el lago salado de Bizerta con el Mediterráneo.

Volvieron los Shermans de Eastburn abriendo fuego con un humeante estrépito; otros cañones disparaban contra las tropas de la Wehrmacht que infestaban los tejados y un campanario. Más franceses salieron de los sótanos para celebrar la liberación descorchando botellas de vino, vitoreando cada andanada de los tanques, mientras los fragmentos de yeso caían de las paredes y los proyectiles de los francotiradores rebotaban en el empedrado. «Muy ridículo», murmuró un oficial de enlace británico. «Muy ridículo.» En el Café de la Paix, un soldado entonó *It's a Long Way to Tipperary*. En la calle se oían las detonaciones del cañón de un Sherman. «Todo el mundo se mantenía firme, en parte tarareando, en parte cantando, porque no todos sabían la letra», según dijo un testigo presencial. «Ese café era parte de otro mundo.» Al alba, los últimos alemanes habían muerto o huido. Transportaron en camiones al Cuerpo Franco de Africa para que tuviera el honor oficial de haber tomado la ciudad. Detrás de la procesión francesa, iban las tropas norteamericanas en jeeps portando un maniquí de grandes pechos requisado en una lencería. Los hombres dieron rienda suelta a una balada improvisada que con el tiempo llegaría a tener 200 estrofas, todas ellas salaces:

*La impúdica Gertie de Bizerta
escondió una trampa bajo la falda:
a su novio le rompió un dedo...*

A unos pocos kilómetros al este, los exploradores informaron de «cientos de vehículos ardiendo en el llano, mientras más adelante el cielo estaba lleno de trazadoras disparadas en anticipo de una rendición». Los Shermans de Harmon llegaron a orillas del golfo de Túnez, apuntaron a unos pocos alemanes tratando de escapar en barcasas o esquifes y los volaron. El final estaba cercano.

Túnez cayó a las 15.30 del 7 de mayo, casi al mismo tiempo que Eastburn entraba en Bizerta. El regimiento Derbyshire Yeomanry y el 11.º de húsares, provenientes respectivamente del V y VIII ejércitos, entraron tan rápidamente en la ciudad que los pilotos de la RAF los confundieron con alemanes tratando de huir y atacaron tres veces. Los francotiradores libraron una dura batalla para demorar la entrada en el centro de la ciudad disparando contra los neumáticos de los coches blindados de los exploradores; sin llantas, los vehículos avanzaron por el empedrado en medio de grandes chispazos. A diferencia de Bizerta, y a excepción del puerto destruido, gran parte de Túnez permanecía intacta y muchos de los 180.000 habitantes no la habían abandonado durante la ocupación. Multitudes delirantes de franceses se echaron a las

calles bajo la lluvia arrojando ramos de flores a los liberadores o rodándolos con perfume de frascos con atomizadores. Los resistentes franceses disparaban con mosquetes o pistolas contra los alemanes que huían, mientras entonaban *La marseillesa*.

«Las calles bullían de tráfico civil. Se veían alemanes atónitos retirándose con sus novias por las calles», escribió más tarde un comandante de una brigada de fusileros. «El populacho gritaba con auténtico estilo francés... Para inmenso regocijo del batallón, a mí me abrazó por detrás una francesa extravagante de amplias proporciones y claras tendencias eróticas.» Los británicos encontraron a oficiales de la Wehrmacht bebiendo schnapps en el bar del Hotel Majestic o esperando turno en una barbería árabe. Sordas explosiones se oían en garajes de la Rué el Jebbar cuando los alemanes hacían estallar sus automóviles con granadas; otros se daban a la fuga a toda velocidad como gánsteres haciendo rechinar los neumáticos y disparando sus armas. «Coged las armas, muchachos. Los alemanes siguen obstinados», gritó un sargento. Las balas trazadoras volaban por las avenidas y los Shermans disparaban a bocajarro contra los presuntos sospechosos. Los húsares comunicaron que habían capturado al alcalde colaboracionista de la ciudad, «en un Buick y con una novia». Y por encima del estrépito de las armas, se oyó una voz gritar: «Basta de disparar, idiotas. Estáis machacando a uno de los nuestros».

Al este de la ciudad, cerca de la blanca capilla donde había muerto San Luis a causa de la peste mientras encabezaba la última cruzada en 1270, se elevaban columnas de humo negro de los depósitos de combustible en llamas. Los soldados de la Wehrmacht despedazaban el armamento pesado y amontonaban las armas ligeras para que las aplastaran los Panzers. En el aeropuerto de El Aouina lo único que funcionaba era una manga catavientos.

En la ciudad entraron «interminables columnas de camiones de tres en tres, llenos de tropas jubilosas... Los hombres cantaban y gritaban». Al general Barré, el primer general francés que disparó contra los alemanes en Tunicia, se le hizo el honor de entrar desfilando en la ciudad al frente de sus tropas. Los encargados de logística y los simpatizantes siguieron la estela: franceses con sed de venganza, judíos radiantes, cazadores de recuerdos, jefes de intendencia reservando los mejores edificios para sus jefes y periodistas que disgustaron a Anderson al describir la conquista de Túnez como un «gancho de izquierda propinado por el VIII ejército». «¿No se puede parar esta perniciosa rivalidad?», le telegrafió a Eisenhower. «Somos un solo ejército que lucha por la misma causa.» («Dios santo», escribió Everett Hughes en su diario, «ojalá podamos olvidar el ego por un momento.»)

Diez equipos de una unidad de contraespionaje conocida como S Forcé también peinaron la ciudad en busca de 130 objetivos, incluidas las sedes de la Gestapo y las SS en la Avenue de Paris 168 y 172 respectivamente, y una casa de la Rué Abdelhouab utilizada para entrenar a saboteadores. Asimismo, había muchos civiles, cuyas descripciones y presuntos delitos eran igualmente ambiguos, bajo orden de busca y

captura, «Scarzini, dentista italiano» en la Avenue Bab Djedid, y «Ramdam, comerciante de huevos tunecino» en La Goleta, por ejemplo.

Durante meses, a Eisenhower le había afligido la posibilidad de que el Eje pudiera convertir la península del cabo Bon en un reducto impenetrable. Pero una vez caídas Bizerta y Túnez, la falta de combustible y los rápidos movimientos aliados no permitieron que Arnim se pudiera reagrupar. El 9 de mayo, los soldados de Bradley cortaron a plena luz del día el último camino entre Bizerta y Túnez, dando por terminadas las operaciones estadounidenses de combate en Tunicia. Ahora lo único que quedaba por hacer era descubrir a los renegados y escoltar a los prisioneros hasta sus celdas. Oficiales alemanes con una bandera de tregua pidieron a Harmon las condiciones para rendirse. Éste contestó citando a Grant en Fort Donelson: «Rendición incondicional. Me apresto a asaltar de inmediato sus posiciones». Como medida de prevención, añadió: «Mataremos a quienes intenten huir».

Pocos lo intentaron. Los jeeps y camiones estadounidenses pronto lucían cascos alemanes como decoración en el capó. «Ganar una batalla es como ganar al póquer o pescar muchos peces», escribió Pyle. «Resulta sumamente agradable y reanima a un muerto.»

Las bajas del II cuerpo en las últimas dos semanas habían superado las 4.400, de las cuales casi la mitad eran de la 1/ división de Alien. Los muertos enemigos de esos quince días fueron calculados en 3.000 en el sector estadounidense, y otros 40.000 resultaron capturados. El botín supuso la captura de 30.000 armas ligeras, casi suficientes para construir un camino de troncos, tal como Sheridan había hecho cerca de Appomattox. Las espasmódicas declaraciones de los comandantes dieron lugar a otras de elocuente brevedad; el cable de Bradley a Eisenhower el 9 de mayo sólo decía: «Misión cumplida».

Para los británicos más al sur, el final fue menos ordenado, aunque las tropas del Eje que aún mantenían la línea de Enfidaville carecían de la gasolina suficiente para retroceder 60 kilómetros hasta el cabo Bon a menos que abandonaran el armamento pesado. Kesselring, en su puesto de mando en Roma, ordenó el envío a Tunicia de submarinos cargados de combustible y material. Cada uno podía llevar 20 toneladas, pero sólo uno llegó a la costa africana, donde el timonel no pudo encontrar una playa adecuada para descargar la munición que transportaba. La noche del 8 de mayo, los comandantes alemanes ordenaron a los barcos del Eje que estaban costa afuera que echaran por la borda los barriles de gasolina con la secreta esperanza de que unos pocos llegaran a las playas con la marea. Un mensaje de Berlín que anunciaba que las tropas del Eje en África serían «evacuadas en barcos pequeños» provocó gritos de burla entre los alemanes y entre los aliados. El responsable de inteligencia de Alexander repitió las palabras de Churchill de 1940 cuando se esperaba el intento de invasión a Gran Bretaña: «Los esperamos, pero también los esperan los peces».

Las cartas estaban echadas. El V ejército Panzer, que había ocupado la franja

norte de la cabeza de puente desde Túnez a Bizerta, registró en su último parte de guerra a las 15.23 del 8 de mayo: «El grueso de nuestros tanques y artillería está destruido. No hay municiones ni gasolina. La intención es luchar hasta la última bala... En una leal demostración de cumplimiento del deber, los efectivos del V ejército Panzer saludan a su patria y a su Führer. ¡Viva Alemania!». La 90.ª división ligera ordenó a las tropas que rompieran todo el equipo, incluidos los relojes de pulsera.

En Hammam Lif, un lugar de veraneo en la costa aló kilómetros al sureste de Túnez, los tanques británicos y la infantería con las bayonetas caladas barrieron seis calles paralelas el 9 de mayo, limpiándolas de francotiradores. La lucha tuvo lugar en escaleras y en jardines con rosales en el claro amanecer. Más de una docena de tanques flanquearon al enemigo en una audaz misión por la playa, «levantando olas como un barco a vapor mientras describían círculos en el agua», informó un periodista. Otros dos escuadrones irrumpieron en la ciudad, las torretas girando de lado a lado, mientras los árabes que participaban en un cortejo fúnebre se escondían en las callejuelas y los franceses salían de los sótanos para ofrecer vino y pasteles a las tropas británicas. En el azul y blanco palacio de verano del bey de Túnez, un teniente británico encontró reunido al gabinete tunecino en el destrozado salón del trono. Pronto apareció el bey y con la sangre fría de un anfitrión recibiendo a sus invitados para el té, amablemente preguntó por la salud de los reyes británicos. Perfectamente bien, gracias, le contestó el teniente, y de inmediato ordenó el arresto del bey por colaboracionista. Se oyeron muchos lamentos de las concubinas reales, pero los guardaespaldas, espléndidos con sus uniformes rojos y negros, entregaron las armas sin rechistar. Y luego saquearon el palacio.

Al igual que Terry en el Tine, Alexander descubrió que la limpieza de la periferia resultaba una experiencia sumamente frustrante. La noche del 10 de mayo lanzó la 56.ª división contra Zaghuan, a 32 kilómetros al noroeste de Enfidaville; el ataque se cobró casi 500 bajas británicas, un revés tan desafortunado como innecesario. El martes 11 cayó el cabo Bon y la resistencia del Eje se redujo a focos aislados en las escarpadas colinas cercanas a Enfidaville. En una docena de poblaciones liberadas, los jubilados civiles franceses hicieron flamear la bandera tricolor y cubrieron a los soldados británicos con flores de madreselva. El 12 de mayo, por primera vez desde noviembre, se permitió que los soldados encendieran fuegos en los campamentos. Los Sherwood Rangers celebraron la victoria con un cóctel hecho con partes iguales de ginebra, vino, whisky y leche condensada. «Mirando estos últimos seis meses», escribió un capitán a su padre, «parece que se ha estado reteniendo el aliento y que ahora lo exhalamos por primera vez.» La tarde del 12 de mayo, un guardia granadero describió: «La llanura está llena de puntos de luz, cada uno refleja débilmente la forma de un tanque Sherman; se ve la pesada marcha de los prisioneros alemanes hacia el internamiento, y se oye el estruendo en las colinas mientras los alemanes aún libres disparan sus últimos cartuchos».

En el cabo Bon, el general Anderson se dirigió a Horrocks y le dijo: «Hace muchísimo tiempo que espero algo así».

Los prisioneros se entregaron por centenares, luego a miles, finalmente, fueron cientos de miles. Con el tiempo habría más de 200.000 haciendo flamear banderas blancas hechas con mosquiteros o con ropa interior. Llegaban en ordenadas columnas con uniformes grises de fajina cantando *Lili Marlene* con ese desconcertante acento alemán que corta la última sílaba de cada verso. O llegaban como una turba desaliñada de *mangiatori*, cantando tristes baladas napolitanas, o como pelotones de paracaidistas italianos de paseo con los abrigo sobre los hombros como las chaquetas de los viandantes habituales de Via Véneto. Llegaban en los pardos camiones del Afrika Korps con la insignia de la palmera dibujada en la parte trasera. O en autobuses con alcohol de combustible llenos hasta los topes de equipaje y perros de compañía; o en coches Mercedes Benz, coroneles y generales vestidos con hermosos uniformes con Cruces de Hierro en el cuello y botas de gamuza tan bonitas que un soldado dijo: «Esos bastardos dan la impresión de asistir a una boda».

«Había alemanes por todas partes», informó Ernie Pyle. «Me marearon un poco.» Muchos de los soldados por rendirse también llegaban mareados... de bebida. Una patrulla de los Derbyshire Yeomanry informó el 9 de mayo: «Encontramos a 19 oficiales alemanes cenando con champán. Un champán bastante seco». Otros se postraban agitando pañuelos y llamando: «¡Tommy británico! ¡Tommy británico!». Al carecer de una espada para rendirse, el jefe de un hospital militar pasó a sus captores una caja de instrumental odontológico. Mientras las tropas del Barentin, el Manteuffel y el Hermann Göring entraban en las celdas, los guardias norteamericanos daban órdenes en una mezcla híbrida de inglés y yiddish y luego cantaron su propia canción:

Are ve not Supermen?

Ya, ve iss der Supermen, super-doooper Supermen...

Unos pocos escaparon en botes o amarrados a los trenes de aterrizaje de los últimos aviones sobrecargados del Eje que partieron. Finalmente, los servicios de Ultra informaron de que en los postreros días fueron evacuados 632 hombres; los marinos aliados pescaron a otros 700 en mar abierto, incluyendo una sección que había cortado postes de teléfono «sobre los cuales», informó un guardia de granaderos, «esperaban remar hasta la costa italiana». Los rezagados de la 15.ª división Panzer al otro lado del río Medjerda fueron persuadidos a entregarse con un par de tiros de advertencia; al ver que las aguas eran demasiado profundas para vadearlas, los hombres fueron custodiados hasta las casas nada húmedas de los campesinos árabes, que les cobraron a los alemanes 50 francos por viaje.

Entraban en las prisiones militares «los *Herrenvolk* como pollos en el gallinero», escribió A. D. Divine. A cada nueva tanda de prisioneros, el general Koeltz, el

comandante de cuerpo francés, proclamaba: «¡Los angustiados de ayer saludan a los vencidos de hoy!». Entre el botín capturado por los guardias del King's Dragoons estaban los instrumentos de música de la banda de la 21.ª división Panzer, incluido un piano con el teclado intacto salvo dos teclas. Los músicos alemanes tocaban *Roll Out the Barre!* en sus campamentos y los oficiales de la Wehrmacht organizaban fiestas musicales, partidos de fútbol y compañías teatrales que utilizaban disfraces improvisados con trozos de las redes de camuflaje.

Ya el 5 de mayo, Eisenhower había asegurado a Marshall que «el Eje no puede tener más de 150.000 hombres en Tunicia». Estaba equivocado casi por la mitad; las tropas rendidas, incluidos centenares de soldados y oficiales coloniales habanos, excedían en mucho esa cantidad. Al cabo de una semana, la población penal creció hasta más de 225.000 hombres metidos en campos construidos para alojar a 70.000. Por razones que abarcaban tanto la carestía de los transportes como los insuficientes servicios de despioje en los muelles de Nueva York, el sistema aliado de transporte de prisioneros a Argelia y Marruecos primero, y luego a Gran Bretaña o Estados Unidos, había dado la señal de alarma antes de la caída de Tunicia. Ahora las cosas empeoraron.

Las bien calibradas proporciones de guardias y prisioneros (uno por cada 20 italianos y tres por cada 20 alemanes) fueron reducidas de inmediato; aun así, aquellas hordas requerían 8.600 guardias, el equivalente a media división. Los prisioneros eran embarcados en vagones de carga sin letrinas ni agua suficiente para el tortuoso viaje a través de África. Un soldado describió a las tropas italianas, en camiones, «apretadas como sardinas, orinando y vomitando». Los buques de emergencia se convirtieron en barcos penitenciarios con balsas salvavidas improvisadas hechas de bidones vacíos de gasolina, pero muchos prisioneros fueron amontonados en guardacostas argelinos, donde eran atormentados por los ladrones guardias senegaleses y vigilados por oficiales franceses que comían chocolate en el puente y arrojaban los restos a los hambrientos prisioneros.

Para algunos, aquello fue el final. Los jefes de la policía militar del ejército documentaron que al menos 21 prisioneros del Eje murieron de disparos en el verano de 1943; algunos por los guardias norteamericanos; otros a manos de guardias coloniales franceses; algunos, por accidente; otros, tratando de escapar, y unos pocos, en circunstancias nunca debidamente aclaradas. Una investigación de malos tratos en campos franceses también documentó que a los prisioneros italianos se les obligaba a trabajar catorce horas diarias como ferroviarios. Entre otras alegaciones, había «amenazas constantes de sodomía por parte de los guardias árabes; tres meses sin mantas... cuarenta hombres sin zapatos durante tres meses... once hombres en una celda con una sola ventana, por la que los árabes y los niños escupían y arrojaban piedras». Prisioneros italianos que lograron escapar «preferían cualquier cosa, incluso la muerte, antes que regresar con los franceses», añadieron los investigadores. «En el campo 131,

cuando se ordenó que 58 prisioneros fueran devueltos a los franceses, los hombres se postraron y rogaron que los norteamericanos intercedieran y se negaran a devolverlos. Uno pidió que lo matasen. Finalmente hubo que subirlos a los camiones a la fuerza.» Un general británico también vio que los carceleros franceses usaban «a sus prisioneros para limpiar campos de minas, lo que nosotros consideramos contrario al derecho internacional. A los franceses tampoco les preocupa mucho alimentarlos».

Ni el hambre, ni la limpieza de los campos de minas, ni los escupitajos o la sodomía afligirían a los generales alemanes; sólo la ignominia de la derrota en una causa infame. A finales de abril y comienzos de mayo, ciertos oficiales de alto rango habían caído víctimas de oportunas enfermedades que requirieron su regreso inmediato a Alemania para el tratamiento. Entre estos inválidos estuvieron los generales de división Friedrich Weber y Hasso von Manteuffel. Unos pocos recibieron orden de regresar o luego lograron escapar, pero los aliados capturaron a más de una docena de generales. Cuatro de la Wehrmacht y dos de la Luftwaffe se entregaron al II cuerpo. Se les dio raciones C y habichuelas el 10 de mayo antes de ser llevados a la tienda de la inteligencia de Bradley, conocida como el Teatro, donde «Monk» Dickson los agasajó con whisky y puros durante una larga charla en torno a un mapa sobre un tablero. Según se informó, al comandante de la 15.ª Panzer se le escaparon las lágrimas cuando comentó: «Los norteamericanos han combatido como deportistas».

Las presas más grandes fueron capturada más al sur. A las 11.15 del 12 de mayo, Mussolini autorizó la capitulación del I ejército italiano. Le ofreció a Giovanni Messe el consuelo del ascenso a mariscal de campo, y luego añadió en el mensaje: «Como se pueden dar por cumplidos los objetivos de su resistencia, su excelencia está libre para aceptar una rendición honorable». Tras los consabidos regateos, se enviaron emisarios con banderas blancas para conocer las condiciones de los británicos, quienes ofrecieron la opción de rendición incondicional o aniquilación. Diez minutos antes de la hora señalada, Messe se dio por vencido. Llevado en custodia, se quejó amargamente del reducido tamaño de su tienda en el campo de prisioneros. Un testigo lo describió desplomado en el asiento trasero del coche oficial, «decaído y adusto». Se puso de pie en el coche oficial para saludar a sus compatriotas capturados, pero pronto se cansó y tomó asiento sin dar ninguna señal más de reconocimiento a la interminable columna de soldados italianos.

Con la gasolina de un bidón que había llegado a la playa, Arnim y su comitiva se habían retirado al remoto pueblo de Ste. Marie-du-Zit, a 32 kilómetros al norte de Enfidaville, donde acamparon con el general Hans Cramer y los restos del Afrika Korps. La orden de Hitler de luchar «hasta la última bala» provocó una animada discusión teológica. «¿Qué significa la "última bala" en una guerra moderna?», preguntó Arnim a su equipo. Mientras los fusileros gurkhas ocupaban la colina colindante el 12 de mayo, Arnim decidió que significaba el último proyectil de tanque que ya se había disparado hacía algún tiempo. Surgieron banderas blancas por todo el

campamento. Cramer envió un mensaje final por radio informando a Berlín de que el Afrika Korps había «peleado hasta llegar a una situación en que no puede luchar más». Arnim prendió fuego personalmente a la caravana de Rommel cumpliendo con lo pedido por el Zorro del Desierto en abril. Acto seguido despachó a un duro coronel a buscar el cuartel general británico.

Al poco tiempo, regresó con los generales Allfrey y Tucker, comandantes respectivamente del V cuerpo británico y de la 4.ª división india, en el coche oficial. Cientos de soldados de la Wehrmacht miraban impasibles y giraban la cabeza cuando los generales británicos bajaban del coche y cruzaban el campo. En un estrecho barranco, Arnim y Cramer esperaban erguidos al lado de la última caravana intacta del Afrika Korps aún camuflada con ramas de árboles dispuestas artísticamente. Los dos generales alemanes vestían guerreras, largas capas y lustrosas botas de montar. Si se lo comparaba especialmente con Tucker —que lucía raídos pantalones de fajina y arrugadas botas del desierto y que se presentó picaramente como «general Vón Tucher»—, el aspecto de Arnim era como «si fuera a un desfile en Potsdam, impecable e inmaculado», según un testigo presencial.

Negándose a hablar en su pasable inglés, Arnim se expresó en francés para informar a los británicos de que él «no podía alterar las órdenes de Hitler» y rendir a las restantes fuerzas del Eje en Africa. Bruscamente, Allfrey prometió «borrarlas del mapa» y le dio quince minutos para hacer las maletas y marchar a prisión. Se debían entregar en el acto todas las armas personales. «Arnim se lo tomó a mal», recordó luego Allfrey; «se despojó de la automática y la tiró despectivamente.» Tucker le dijo en broma si tenía una navaja. Entonces Arnim, con el «rostro ahora enrojecido», la arrojó sobre la mesa. Los oficiales formaron en escuadra y Arnim pronunció un breve discurso con la voz entrecortada, y luego les estrechó las manos uno a uno diciéndoles *Heil*.

«Más tarde entró en el coche y se sentó en el asiento delantero saludando a sus hombres mientras se alejaba», recordó Allfrey. «No me gustaba ese hombre y me alegré de ver que se iba.» En el valle, el coche aceleró con un escolta británico detrás antes de entrar en el camino de Túnez pasando al lado de los restos calcinados de un ejército otrora formidable y de los prisioneros que marchaban y agitaban las manos al grito de «¡Von Arnim! ¡Von Arnim!». Lo transportaron en avión a Argelia, a un campo de prisioneros construido en un enlodado campo de fútbol. Eisenhower desairó a Arnim al negarse a concederle una audiencia y estableció el precedente de no hablar con un general alemán hasta la rendición final en Reims dos años más tarde. Un teniente coronel británico usó la limusina de Arnim, un Steyer Daimler, de la que se decía que contaba con 28 marchas hacia adelante y seis para atrás. El tráiler indemne fue enviado a la India para mostrarlo como una curiosidad en actos benéficos de recaudación de fondos. En cuanto a Arnim, un soldado y bardo norteamericano compuso un cuarteto que expresaba a la perfección el desprecio que sentían los soldados aliados por el

enemigo vencido.

*Jürgen T. von Arnim lucía monóculo con marco de acero,
pero no veía más allá de sí mismo. ¿No es irónico?
Luchó en la retaguardia y lo hizo muy duramente
con bombas trampa, minas Tellery valientes hijos de Italia.*

Poco importaba su arrogante negativa a rendir las fuerzas finales; el ejército del Eje se había quebrado. A las 13.16 del martes 13 de mayo, Alexander envió a Churchill un mensaje singular. «Señor, es mi deber informarle de que la campaña tunecina ha terminado. Ha cesado toda resistencia enemiga. Somos los amos de las costas del norte de Africa.»

Epílogo

El martes 20 de mayo de 1943, en Túnez el aire matinal olía a rosas. El brillante sol se elevaba en un cielo despejado y las sombras se reducían a pequeñas manchas sobre el pavimento. A las once de la mañana había una temperatura de 36 grados («demasiado caluroso hasta para decir un taco», escribió un soldado), pero muchedumbres de seis en fondo llenaban la Avenue Maréchal Gallieni y la ancha y llena de palmeras Avenue Jules Ferry para ver pasar el desfile de la Victoria con que acabaría la campaña en el norte de Africa. Los niños se deslizaban hasta la primera fila o se subían a los árboles. Los vendedores ambulantes ofrecían pequeñas banderas francesas, británicas y norteamericanas. Un murmullo de anticipación recorría la multitud «como un satisfecho público de fútbol», escribió Harold Macmillan en su diario. «Cada calle estaba a rebosar; cada ventana de cada casa estaba llena de gente; cada tejado estaba pleno.»

Poco antes de mediodía, las numerosas gaitas y tambores de los regimientos escoceses hicieron acto de presencia con el gran resuello de los instrumentos y el susurro de los tejidos de tartán. Con un solemne medio paso, los gaiteros avanzaron hasta una tribuna aún vacía, luego dieron media vuelta para ocupar posiciones en el lado de enfrente de la avenida tocando las gaitas a todo volumen. A continuación se oyó un rítmico taconeo en el pavimento y una guardia de honor de granaderos inmensamente altos marchó en formación con «la misma precisión y total indiferencia a lo que pasaba a su alrededor que muestran durante los cambios de guardia en el palacio de Buckingham». El calor se hizo sentir en las filas de los granaderos: los afectados de disentería caían de rodillas o se retiraban abruptamente. El sargento mayor del regimiento «utilizó toda su astucia para llevarse a cada enfermo sin que los espectadores se dieran cuenta de lo que pasaba», señaló el historiador de los guardias.

Un convoy de limusinas y coches abiertos llegó a la tribuna. Con pantalones de montar, botas altas y un bastón de mando en la mano, Eisenhower ocupó su lugar en la primera fila al lado del inmaculadamente vacuo general Giraud. Los principales asistentes del comandante en jefe (Coningham, Alexander, Tedder y Anderson) se situaron detrás de él. Macmillan y Robert Moore ocuparon la tercera fila. Estaban radiantes y lucían sus trajes tropicales como funcionarios en un día de fiesta. Las estrellas menos brillantes estaban en las otras filas; Bradley y Patton se vieron relegados a un grupo periférico formado por pequeños burócratas franceses; Patton señaló agriamente que le habían asignado un sitio «junto a un importante eclesiástico francés con un ancho fajín en la cintura, probablemente necesario para sostener su bien desarrollado estómago y también para servir de fondo a una gran cruz con amatista».

Al mediodía se ensombrecieron momentáneamente los ánimos cuando unas detonaciones fueron confundidas con un ataque aéreo, pero los cañonazos simplemente

marcaban el comienzo del desfile. Grandes ovaciones recibieron a la banda de la Legión Extranjera, que pasó con boinas blancas y charreteras rojas tocando una oportuna marcha marcial; la presencia de un guardia negro provocó un éxtasis de aplausos en las tribunas. Siguió el general Juin a la cabeza de las tropas francesas, un contingente deliberadamente reforzado para impresionar a los árabes y otros presuntos colaboracionistas. Durante más de una hora, marcharon de diez en fondo una lucida comitiva operística de quepis y boinas, turbantes y gorras con visera, pantalones rojos y chaquetas azules. Los soldados coloniales, vestidos de rojo y de pie sobre los estribos de sus caballos blancos saludaban con los sables en alto. Pasaron *tirailleurs* argelinos, marroquíes y senegaleses, algunos calzados, otros descalzos. Detrás de ellos, iban los barbudos y desgarrados *goums* con chilabas a rayas; sus bolsos de cuero atraían la atención de los soldados norteamericanos decididos a creer que cada saco contenía orejas alemanas; finalmente, los legionarios, cuyas filas estaban llenas de rubios alemanes y polacos, que marcharon con paso marcial.

Después de los franceses vinieron los norteamericanos. Una banda hacía sonar el himno *The Stars and Stripes Forever* y el 135.º regimiento de infantería de la 34.a división, elegido por su heroísmo en la Colina 609 para representar a toda la infantería estadounidense, pasó rápidamente con unos zapatos de suela de goma que casi no hacían ruido sobre el pavimento. Los hombres habían quemado los uniformes de combate infestados y ahora lucían nuevas camisas verdes con el cuello cerrado y las mangas largas en su sitio. Los cascos de acero les ocultaban la mitad de la cara. El general Harmon pensó que esas tropas marchaban «como paletos de Arkansas». Y Patton se quejó de que «nuestros hombres no brindan un buen espectáculo en los desfiles. Pienso que todavía carecen del orgullo de ser soldados, y debemos procurar que lo tengan». El público no se mostró de acuerdo con estas apreciaciones. En las aceras y los balcones, la gente prorrumpió en vítores de *Vive l'Amérique!* y los jóvenes se lanzaron a las calles a estrechar las manos de sus liberadores.

Luego, más gaitas. Los compases de *Flowers of the Florest* siguieron a los últimos norteamericanos. Entonces, salieron a la palestra los británicos, casi 14.000 hombres en filas de nueve en fondo y encabezados por el general Eveleigh. Cada participante había recibido instrucciones tan meticulosas como para un plan de batalla, incluida la orden: «Todo el metal debe brillar». Y todos estaban resplandecientes. Vestían pantalones cortos y medias hasta las rodillas, boinas o birretes; llevaban abierto el cuello de la camisa y las mangas arremangadas hasta los codos para dar el efecto de miembros musculosos y rostros bronceados. Macmillan estaba radiante con «los pasos rítmicos y marciales de las tropas», y un coronel norteamericano reconoció que «los británicos ofrecen mucho más espectáculo». Siguieron pasando de nueve en fondo los maoríes y los australianos, los sijs y los Coldstreams, a una precisa distancia de veinte metros entre cada contingente. Los comandantes ordenaban el giro de vista a la «derecha» cuando pasaban delante de la tribuna. Grandes escuadrones de cazas y

Fortalezas Volantes rugían en el cielo rindiendo homenaje.

El desfile llegó a un misericordioso final con las notas de *Glory of the Trumpets* y los tanques Sherman traqueteando detrás de la infantería británica. A medida que pasaban los últimos tanques delante de la tribuna, los enronquecidos espectadores bajaron de los árboles y vaciaron los balcones. A cientos de prisioneros de guerra italianos se les había concedido permiso para ver el desfile: vitorearon a cada formación con delirante entusiasmo, y se quejaron amargamente cuando los guardias los llevaron otra vez detrás de las alambradas. Eisenhower y sus oficiales subieron a sus coches para desplazarse hasta la residencia del general residente, donde Juin ofreció un almuerzo para 70 personas sentadas a ambos lados de una larga mesa; más tarde, conocerían al nuevo bey, tío del derrocado colaboracionista, en una ceremonia descrita por Harry Butcher como «completa, con trono de oro, eunucos y tropas nativas tunecinas». Patton y Bradley, aún ofuscados por su exclusión de la tribuna, regresaron a Argeba para reanudar los preparativos de la invasión de Sicilia. El desfile, gruñó Patton, había sido «una condenada pérdida de tiempo».

Tras dos horas y media bajo el sol inclemente, Eisenhower no dio señales de debilidad. Un periodista lo describió como «delgado, bronceado y ágil de movimientos. Estaba más contento que un colegial... y respondía a los saludos de los que pasaban. Cuando el desfile acabó, fumó, se rió y bromeó con los demás líderes».

A decir verdad, estuvo malhumorado y distraído pese al festivo anuncio de sus compañeros de curso de West Point que lo rebautizaron como Ikus Africanus. «Todo este griterío por el fin de la campaña tunecina me deja absolutamente frío», le confió Marshall. El propio concepto de desfile de la victoria lo abrumaba, y había intentado sin éxito convertir el acontecimiento en un sobrio homenaje a los muertos. Aún dormía mal. Si parecía contento, esa satisfacción era una de las máscaras que el comandante en jefe había tenido que aprender a utilizar.

Ningún soldado en Africa había cambiado y crecido más que Eisenhower. Seguía aparentando ser un hombre de un pequeño pueblo de Kansas; insistía en que era «demasiado simple para ser un intrigante o intentar jactarse de inteligente» y conservaba las características ganadoras de autenticidad, vigor e integridad. Había demostrado una desenvoltura y un carácter admirables en situaciones de gran presión. Pero no era ningún ingenuo. La candidez brindaba una pantalla conveniente para un hombre que era complejo, astuto y a veces maquiavélico. El caso Darían le enseñó la necesidad de disimular su propia actuación en ciertos eventos, incluso cuando asumía la total responsabilidad. Los fallos de Fredendall y de otros comandantes le enseñaron a ser más duro, incluso despiadado, con sus subordinados. Y aprendió la lección más difícil de todas: para que un ejército gane una guerra, los jóvenes deben morir.

«Uno de los hechos fascinantes de la guerra es presenciar cómo los norteamericanos hacen crecer a sus grandes hombres», dijo más tarde un general británico. Ninguno más que a Eisenhower. Hasta el otoño de 1942, prosiguió el

general, había sido un «subordinado leal y bien preparado» ante sus colegas británicos más experimentados. Ahora era un jefe cabal. Su hijo John escribió más adelante: «Antes de partir a Europa en 1942, lo conocía como una personalidad agresiva e inteligente. El norte de Africa le convirtió en un personaje... lleno de autoridad y autocontrol».

Cuando la victoria ya estaba decidida y conmemorada, aún quedaban varios cabos por atar.

La pequeña isla mediterránea de La Galite fue liberada por una flotilla que partió de Bône; un oficial naval británico informó de que una ceremonia con los isleños en la cubierta del barco fue interrumpida varias veces «por la necesidad de rescatar primero los sombreros que los delegados arrojaban al aire, y luego al alcalde, que se cayó por la borda». Los equipos aliados de salvamento peinaron Tunicia en busca de restos de material del Eje, pero el resultado fue «nada de valor. La mayoría de las armas habían sido destruidas». Los campos de minas ocuparon a miles de zapadores, y las minas seguirían matando a civiles y militares, entre ellos el coronel Richard R. Arnold, el prometido de Kay Summersby. Arnold murió en Sedjenane el 6 de junio. Sesenta años después, las autoridades tunecinas aún desentierran un promedio mensual de cincuenta bombas, proyectiles y minas.

El alto mando francés no perdió tiempo en embarcarse en lo que la inteligencia norteamericana secretamente describió como «campaña feroz contra los musulmanes y, en menor medida, los italianos» en Tunicia. La ocupación de seis meses del Eje se había ganado la simpatía árabe con eficaces medidas propagandísticas: edictos antisemitas, una cierta redistribución de las tierras y doblando los salarios pagados con billetes robados al Banco de Francia. En venganza por la presunta traición árabe durante la ocupación, «se instituyó un auténtico reino del terror en el que los arrestos arbitrarios y la tortura de los musulmanes eran moneda corriente», reveló el OSS, el servicio de inteligencia. En la isla de Djerba se organizaron campos de detención con 3.000 árabes, donde supuestamente había palizas, matanzas y ejecuciones en masa; gendarmes y otros funcionarios malintencionados «recorrían el país... y golpeaban y arrestaban a sus enemigos personales». Entre otras reparaciones, las autoridades francesas exigieron el pago de 25 millones de francos a los árabes de Sidi Bou Zid para compensar a los agricultores franceses cuyas granjas habían sido desvalijadas. Esas acciones eran contrarias a los ideales de las naciones unidas, observó el OSS, y servían «para desacreditar no sólo a las autoridades francesas, sino también al prestigio estadounidense y británico».

Eisenhower y su equipo, preocupados por la inminente invasión de Sicilia, no prestaron atención a estos problemas, y a gran parte de las tropas aliadas no podría haberles importado menos. La recuperación para la siguiente campaña absorbía a todos. Pasaban los días durmiendo, pescando con granadas en el lago Bizerta y, muy pronto, vuelta a la instrucción. Algunos empezaron a sentir una fuerte nostalgia. Incluso

hombres de buen criterio como Spaatz y Tedder pronto idealizaron la guerra del norte de África como una campaña fácil y sencilla de proporciones humanas llevada a cabo por una valiente saga de hermanos.

Los soldados norteamericanos y británicos no tenían ilusiones semejantes. La ironía y el cinismo invadían las filas. «Soy el corderito de Dios», se decían los soldados entre sí. «Sí, de verdad lo soy.» Ernie Pyle ya había visto suficientes miserias para preguntar recatadamente: «¿Cuándo y cuántos van a morir? ¿Y para qué?». Por muy realistas que fueran, las tropas tenían otra clase de fantasías, incluida la creencia de que muchas unidades ya habían cumplido con sus obligaciones y volverían a casa. «La señora Rumores con sus miles de lenguas corre a lo loco por todos los campamentos de Tunicia», advirtió un soldado. La llegada de muchas nuevas tropas a Tunicia alimentó la creencia de que al menos los más veteranos se irían. Entre los recién llegados estaba la 3.ª división de infantería, ahora a las órdenes de Lucian Truscott; las filas de la división contaban con un joven granjero con cara de niño, oriundo de Texas, poca educación, aficionado a los dados y un afecto al ejército porque «puedes dormir hasta las 5.30». El soldado raso Audie L. Murphy, aún sin cumplir los 19 años y con 50 kilos de peso, se convertiría en el soldado más condecorado de la historia, pero ni la aparición de otros como él libraría a la mayoría de las tropas del servicio obligatorio hasta el final de la contienda.

Charles Ryder estaba tan alarmado por el autoengaño a que se sometían sus hombres que a mediados de mayo reunió a todos los oficiales y suboficiales en una colina próxima a Mateur y les comunicó:

Ha habido muchos rumores de que la 34.ª división ha luchado sus batallas, cumplido su misión y de que volverá al país. Pero, caballeros, yo estoy aquí para decirles que la 34.ª división no volverá hasta que la guerra haya terminado... A medida que avanza la guerra, empeorará progresivamente, y habrá objetivos cada vez más difíciles y más bajas a medida que se endurezcan las defensas alemanas. Combatiremos en Europa y veremos que, en comparación, la campaña de Tunicia sólo ha sido una maniobra con munición de verdad.

Era la verdad, y la verdad dolió lo suficiente como para que un soldado bromeara diciendo: «El general Ryder es tan feo que seguramente a su mujer no le importa si regresa o no».

La mayoría de sus líderes también irían a las campañas en Italia o al norte de Francia, o a ambas. Fueron Eisenhower, Bradley, Patton, Clark, Alexander y Montgomery; volverían a enfrentarse a Rommel y Kesselring. Sin embargo, para algunos el final en África marcó efectivamente su protagonismo en el escenario bélico. Entre ellos estaba Anderson, quien escribió elegante a Eisenhower el 12 de mayo: «El hecho de haber estado en estrecha relación con el ejército estadounidense permanecerá como uno de los más preciados recuerdos de mi vida, pase lo que pase en el futuro».

El futuro no le deparó gran cosa a Anderson. Vilipendiado hasta la saciedad por Montgomery y otros, volvió para ser armado caballero en Inglaterra, pero le quitaron el mando militar antes de Normandía. Acabó su carrera como gobernador de Gibraltar en la posguerra.

Entre los que volvieron a casa estuvo Robert Moore, apenas reconocible como el Capitán Niño desde sus heridas en Fondouk. Las órdenes le dieron como destino un campo de instrucción en Georgia. De los hombres de la compañía C que él había comandado cuando salieron de Vibisca hacía dos años, «seguramente no quedamos muchos», escribió a su familia el 12 de mayo. «No más de siete u ocho del grupo inicial. Será un día feliz cuando vuelva a veros, ¿verdad?»

El 15 de julio de 1943 fue ciertamente un día feliz. A las 9.30, Moore se apeó del Burlington n.º 6 en Villisca portando el maletín de piel de camello que le habían dado sus hombres como regalo de despedida. A sus brazos saltó su hija de siete años, Nancy; un fotógrafo de prensa captó el momento en una foto que obtendría el premio Pulitzer. Sonaron las sirenas de los bomberos anunciando su llegada y las banderas estadounidenses flamearon en la Tercera Avenida delante de la droguería de la familia. Bob Moore serviría honorablemente durante toda la guerra y más allá permaneciendo en la Guardia Nacional de Iowa hasta retirarse como general de brigada en 1964, un año antes de que cerrara la droguería. Cuando falleció en 1991, los asistentes al funeral cantaron *The Battle Hymn of the Republic* y contaron historias sobre cómo el joven Bob había salvado a su batallón pasando las líneas alemanas durante la batalla de Kasserine. El mensaje en el tablero de la iglesia presbiteriana decía simplemente: «Los viejos soldados nunca mueren».

Los jóvenes, sí, y en el norte de Africa había habido miles y miles de muertos; las bajas aliadas en ANTORCHA y en la siguiente campaña tunecina superaron las 70.000; puestos uno detrás del otro se habrían extendido a lo largo de 128 kilómetros, desde la frontera argelina hasta Túnez. La cifra incluía 38.000 británicos, dos tercios del I ejército y un tercio del VIII, de los cuales 6.200 resultaron muertos en acción y 10.600 desaparecidos o capturados. Cuando las unidades francesas en Argelia retornaron a sus casas a mediados de mayo, formaron en las calles principales para un recuento. Cada hombre contestaba cuando lo nombraban hasta que salía el nombre de un camarada muerto. Entonces, escribió el reportero John D'Arcy-Dawson, una voz de bajo replicaba, «¡Mort!». Sonaban a continuación los tambores mientras los espectadores se quitaban el sombrero y las mujeres hacían la señal de la cruz.

A las más de 1.000 bajas norteamericanas de ANTORCHA hubo que sumar 18.221 ocurridas entre mediados de noviembre y mediados de mayo. Incluían 2.715 muertos en acción, casi 9.000 heridos y más de 6.500 desaparecidos. Como siempre, la infantería se llevó la peor parte. (Aunque las unidades de infantería representaban el 14 por 100 del total estadounidense en la guerra, sufrieron el 70 por 100 de las bajas.) Sólo la 34.ª división tuvo más de 4.000 muertos, heridos y desaparecidos, un cuarto de

la fuerza de Ryder. Y la 1.ª división de Alien tuvo una cantidad similar.

Algunas unidades resultaron simplemente aniquiladas. El 1.º batallón del 6.º de infantería blindada, que llegó para ANTORCHA con 734 efectivos, soportó 455 bajas en los seis meses siguientes: el 62 por 100. El batallón de la compañía A tuvo cuatro comandantes en ese mismo medio año, una indicación de cómo esa campaña devoraba a los oficiales novatos. Las pérdidas de oficiales también castigaron a las unidades británicas: de los seis comandantes de batallón implicados en la primera ofensiva de Túnez en noviembre, el último aún al mando resultó muerto por una de los últimos proyectiles disparados en mayo. De modo similar, los Argylls habían sufrido 49 bajas de oficiales desde su desembarco en Bougie, el 150 por 100 de los oficiales asignados a un batallón.

Las bajas del Eje siguen siendo inciertas. La confusión a ambos lados de la línea en el último mes de campaña dio como resultado recuentos contradictorios de prisioneros capturados, de la cantidad de tumbas y de soldados heridos y tratados. Se ha calculado que los muertos alemanes en Tunicia fueron más de 8.500, sin contar los 3.700 muertos italianos. Los heridos en combate superan normalmente a los muertos por un factor de tres o cuatro; por tanto, se puede calcular que hubo unos 40.000 a 50.000 heridos del Eje.

La ambigüedad también envuelve la cifra de prisioneros de guerra alemanes e italianos. Los registros aliados de finales de mayo apuntaban 238.243 prisioneros ilesos en custodia, incluyendo a 102.000 alemanes. Arnim informó de que el recuento total era de 300.000 (por supuesto, él entre ellos), pero el ex jefe del Estado Mayor de Rommel dio como buena la cifra de aproximadamente 166.000 alemanes. Un cálculo razonable podría ser de un cuarto de millón de capturados. En privado, Goebbels consideró la caída del norte de África como «un segundo Stalingrado», dice en su diario. «Nuestras pérdidas son enormes.» Es verdad, pero en Tunicia fueron destruidas la mitad de las divisiones de Stalingrado y los campos de prisioneros tunecinos rebosaban de elementos de bajo valor combativo.

No obstante, la campaña había terminado para un bando en humillación y desastre; para el otro, en victoria y alabanzas. Sea cual sea el recuento exacto de las bajas del Eje, lo cierto fue la aniquilación de dos ejércitos y la certeza de que no quedó ni un solo soldado alemán en activo en el norte de África.

Al precio de 70.000 hombres, «se había redimido un continente», en palabras de Winston Churchill. Pero se había ganado algo más que territorios. En su primera campaña contra la Wehrmacht, las ganancias más profundas fueron para los estadounidenses. Ahora cuatro divisiones de Estados Unidos tenían experiencia en cinco variantes de guerra euromediterránea: expedicionaria, anfibia, en montañas, en desierto y urbana. Las tropas habían aprendido la importancia del terreno, de las fuerzas combinadas, de patrullas agresivas, de lo furtivo y de una fuerza acorazada masiva. Ahora también sabían lo que era ser bombardeadas y ametralladas y seguir

adelante.

Proporcionaron a Eisenhower 100.000 combatientes «de primera calidad que debemos entrenar lo antes posible», presionó un general.

Aun así, todavía tenían mucho camino por recorrer. A Truscott le preocupaba «una satisfacción que no corresponde a una actuación mediocre» y la tendencia de algunos comandantes a pasar por alto las deficiencias. Bradley creía que la campaña «demostraba que los soldados norteamericanos no están dispuestos a acercarse al enemigo; ésa era su mayor preocupación», informó Truscott, quien añadió: «¿Por qué no somos honestos con nosotros mismos?». Algunas lecciones, como la crítica coreografía de tanquistas y fusileros, fueron rápidamente olvidadas y tendrían que volver aprenderse a un coste de más sangre derramada. El norte de África, señaló una vez el historiador Eric Larrabee, proporcionó un «lugar para comportarse mal, un sitio para descubrir la capacidad de combate y la práctica del mando».

También fue el sitio donde germinaron muchas cosas que darían fruto más adelante. Algunas fueron emocionantes, como la vuelta de Francia a la confederación de democracias. Algunas fueron penosas: la anglofobia de Bradley, Patton y otros; el desdén de Alexander por la capacidad castrense de los norteamericanos, y varios conflictos, apuros y aprietos. Más profundo fue el sutil cambio en el equilibrio de poder dentro de la alianza anglonorteamericana; ahora Estados Unidos era el factor dominante en virtud de su poderío y su peso específico, y las consecuencias se extenderían no sólo más allá de la guerra sino hasta superado el siglo.

Fue ese descubrimiento de «la capacidad de combate y de mando» lo que sesenta años después sigue seduciendo. «Hay tres cosas que hacen luchar a un hombre», observó Ryder. «Una es el orgullo de sí mismo; otra es sentirse orgulloso de la organización, y la tercera es el odio. La 34.ª tenía las tres.» Por tanto, en África nació una terrible belleza. La mayoría de los yanquis llegaron a Argelia y a Marruecos convencidos de que luchaban en una guerra ajena. Ahora ya la habían asumido como propia y en aras de su propia supervivencia. Drew Middleton señaló que, después de Tunicia, «la guerra se ha vuelto algo así como un ajuste de cuentas, un asunto personal».

Muchos descubrieron algo sobre la guerra y sobre sí mismos. «Aquí no hay nada que empañe tu visión del bien y del mal», escribió un soldado de Iowa a sus padres. Un cabo del 13.º regimiento acorazado, ex patrón de una mercería en Nueva York, escribió a su novia: «Dentro de unos años, cuando esto sólo sea un recuerdo distante, podré llevar la cabeza tan alta como el que más». Y eran incorregiblemente optimistas. «No sabíamos ni pensar en perder», escribió un soldado, un ex vendedor de zapatos. «No teníamos la disposición mental de perder una guerra.» Un comandante británico que había acompañado a los yanquis desde su desembarco en Marruecos llegó a la conclusión de que «no hay quien pueda competir con los norteamericanos en la rapidez con que arreglan las cosas si se les ordena, persuade o manda que lo hagan».

África proporcionó experiencias de deber cumplido, de camaradería y de supervivencia incluso cuando se expresaban con sarcasmos. «No estoy dispuesto a morir. Muerto ya no tendría utilidad para el gobierno», escribió un sargento a su hermana. No obstante, a veces el cinismo desaparecía dando paso a la verdadera razón por la que luchaban todos: el derecho a irse a casa. «Todos sentimos», escribió un soldado, «que tenemos algo por qué luchar y algo por qué vivir, y pasamos cada día con la esperanza y la oración en los labios pidiendo que pronto podamos estar de regreso en casa.»

África representó el primer paso de aquel largo viaje. «Por primera vez en la guerra se produjo una verdadera elevación de los espíritus», escribió luego Churchill. Menos de un año antes, el Eje avanzaba inexorablemente en todos los frentes: la ofensiva de Rommel en Egipto había llenado de refugiados las estaciones de tren de El Cairo mientras los diplomáticos británicos, presas del pánico, quemaban documentos en los jardines de sus casas. Ahora únicamente la campaña de submarinos permitía que el Eje conservara algo parecido a una ofensiva sostenida, y hasta eso peligraba: el primer convoy aliado en completar el paso del Mediterráneo desde 1941 partió de Gibraltar el 17 de mayo y arribó a Alejandría sin ninguna pérdida nueve días después.

Hitler había perdido para siempre la iniciativa estratégica. Hasta Kesselring presentía un empuje insuperable en el campo aliado. «Fue en Tunicia», observó luego, «donde la superioridad de su fuerza aérea resultó incuestionable.» Un periódico suizo informó de que los berlineses «caminaban como si les hubieran golpeado en la cabeza». El golpe fue aún más doloroso en Italia, que había perdido sus colonias y sus ilusiones. A medida que se intensificaban los bombardeos aliados, los fascistas parecían cada vez más impotentes. Un general alemán en Roma informó en mayo de que «en Europa, listo para actuar en Sicilia, sólo hay hoy un batallón italiano acorazado equipado con tanques franceses totalmente obsoletos... Si el enemigo consigue un éxito inicial, el fatalismo hoy predominante puede causar resultados muy negativos». Se decía que Mussolini estaba tan enervado que sólo podía comer arroz con leche.

Pese a todo esto, Túnez, al igual que Stalingrado, El Alamein, Midway y Guadalcanal, estaba en la periferia del imperio del Eje. En el invierno de 1942-1943, los alemanes habían transferido 17 divisiones de Europa occidental al frente del este, un acto que sugería que la campaña del norte de África había logrado poco para influir en la titánica lucha de los rusos (aunque la acción en el Mediterráneo provocó una pérdida del poder aéreo alemán). A principios de junio, Hitler afirmó que la batalla de Tunicia había tenido «el éxito de posponer seis meses la invasión de Europa» al tiempo de mantener a Italia en el campo del Eje y evitar una súbita ofensiva aliada en los Alpes a través del paso del Brennero.

Tal como ha señalado el historiador Michael Howard, el Führer sobreestimó la capacidad aliada: ni siquiera Patton era capaz de soñar con cruzar toda Italia para aparecer de improviso en Munich. Pero la campaña le *había dado* tiempo al Eje para

mantener cerrado el Mediterráneo medio año más; para limitar el transporte aliado y contener la planificación estratégica, para demorar la llegada de tropas y suministros aliados al Mediterráneo y para alejar el peligro de una expedición a través del Canal de la Mancha y, lo más peligroso, para darle tiempo a Kesselring de empezar a reforzar el flanco sur del Reich.

La prolongada campaña de Tunicia ciertamente retrasó otras operaciones europeas, empezando por HUSKY. Lo único que se podía hacer era seguir adelante. «La guerra es una carga para ser portada por un camino escarpado y sangriento», observó Marshall, «y sólo nervios de acero y espíritus determinados pueden aguantar hasta el final.»

¿Y si Tunicia hubiera caído en la primera ofensiva de noviembre? Seguramente la invasión de Sicilia y luego de Italia se habría adelantado unos meses, acaso permitiendo la conquista de Roma en 1943. Pero las limitaciones aliadas en materia de transporte y poderío aéreo hacen difícil creer que el día D de Normandía podría haber sido organizado antes del 6 de junio de 1944. O preparado con serias probabilidades de éxito.

No queda nada claro que esa aceleración, incluso en caso de haber sido posible, habría sido prudente. Si ANTORCHA dio un beneficio por encima de todos los demás, ese fue salvar a Washington y Londres de un desembarco catastróficamente prematuro en el norte de Europa. Dada la gran cantidad de divisiones alemanas que esperaban detrás del muro atlántico, Francia hubiera sido un mal sitio para pasar. ANTORCHA había representado un gravísimo riesgo («la apuesta más pura y dura que hicieron norteamericanos y británicos en todo el curso de la guerra», dice la crónica oficial de la Fuerza Aérea de Estados Unidos), pero evitó una apuesta aún mayor como era la invasión a través del canal.

Por el momento, los vencedores celebraron la victoria. Según Churchill escribió a Eisenhower, para los anglonorteamericanos, la victoria «era un augurio de esperanza en el futuro del mundo. Ojalá marchemos juntos largo tiempo derrotando a los tiranos y los opresores de la humanidad».

Muchos compartían ese sentimiento. «Juntos nos hemos enfrentado a la muerte en innumerables ocasiones y esta experiencia ha creado entre nosotros un vínculo que jamás será roto», escribió un capitán británico de la 78.ª división. «Hemos llegado al borde del abismo y hemos vuelto.»

Entre quienes no volvieron, estaba un joven camillero norteamericano, Caleb Milne, que resultó muerto de un disparo de mortero el 11 de mayo mientras brindaba los primeros auxilios a un soldado herido. En una carta final y profética, Milne describió la campaña tunecina como *un mundo vivo y maravilloso, pletórico de inviernos y primaveras, de lluvias cálidas y nieves gélidas, aventuras y alegrías, cosas buenas y malas. Cuántas veces me tendrás a tu lado cuando el humo de la leña vuela en el aire, o llegue el primer tulipán o una tormenta de verano oscurezca los*

cielos... Piensa hoy en mí y en los días por venir como yo pienso en ti en este instante, no solo ni desaparecido ni muerto, sino parte de la tierra debajo de ti, parte del aire a tu alrededor, parte del corazón que no puede estar solitario.

Kilroy había estado aquí y ahora se aprestaba a seguir adelante. Más allá del puerto de Túnez, en el horizonte, esperaba otro continente.

—oOo—